864.3
ROD ya
920
RODP
4430

GLICERIO ALBARRAN PUENTE

EL PENSAMIENTO
DE
JOSÉ ENRIQUE RODÓ

EDICIONES CULTURA HISPANICA
MADRID, 1953

4430

INDICE ESQUEMATICO

		Págs.
CAPÍTULO	I.—*Biografía y semblanza*	9
—	II.—*Personalidad literaria e influencias*	69
—	III.—*La obra. Simbolismo de los títulos. Panorámica. Generalidades*	107
—	IV.—*Análisis introspectivo. Significado moral del pensador*	169
—	V.—*Evolución del pensamiento filosófico hispanoamericano*	195
	1.—La Filosofía en Hispanoamérica	195
	2.—La Filosofía en el Uruguay	226
	3.—Reflejo de la evolución del pensamiento filosófico en la literatura uruguaya.	244
—	VI.—*Ideas filosóficas*	247
	1.—Los temas clásicos: Dios, hombre, mundo	247
	2.—Psicología	255
	3.—Lógica y Epistemología	305
	4.—Etica y Estética	310
	5.—Educación e Instrucción	332
	6.—Sociedad y Política	348
	7.—Rodó, pensador	364
—	VII.—*Rodó ante la historia de la Filosofía. Esquema. Valoraciones. Visión personal*	371

Págs.

— VIII.—*Filosofía de la Historia* 451
— IX.—*América* 527
1.—Norteamérica 527
2.—Hispanoamérica 561
— X.—*Amor a España* 601
CONCLUSIONES 675
NOTAS 679
APÉNDICES 685
I.—Cartas inéditas de Rodó a Unamuno 687
II.—Curriculum vitae de Rodó 707
III.—Bibliografía 731

CAPITULO PRIMERO

BIOGRAFÍA Y SEMBLANZA

1.—*Rodó, profundamente americano, y sus antepasados españoles.*

Corta fué la vida de José Enrique Rodó. Vivió cuarenta y cinco años. Nació el 11 de julio de 1872 en Montevideo, capital de la República Oriental del Uruguay, «un país a la vuelta de una ola» (1). Por sus venas corría sangre española; era hijo de español casado con uruguaya. Fueron sus padres don José Rodó y Janer y doña Rosario Piñeyro y Lamas. Antonio Rodó y María Janer fueron los abuelos paternos. Benjamín Fernández y Medina, que fué Ministro plenipotenciario del Uruguay en Madrid, afirma «descendía de catalanes y galle-

(1) *Uruguay, un país a la vuelta de una ola.* Título del artículo de Germán Fernández Fraga en «Mundo Hispánico». Madrid, noviembre-diciembre 1948, núm. 10, p. 38.

gos» (2); quizá los ascendientes maternos Piñeyro y Lamas fueran gallegos.

Rodó, no sólo no renegó nunca de su ascendencia española, sino que se enorgullecía de ella. Durante su estancia en Barcelona, de paso para Italia, se entrevistó con Rodó Vicente Clavel. «Le pedí entonces al inolvidable maestro un libro, un original, y el concurso de su dirección intelectual para crear una gran Biblioteca de Autores Hispanoamericanos.

»¡Cómo le alegró esta idea al maestro!

»—Es ésta la satisfacción más grande que recibo desde mi llegada a Europa, y aquí en la tierra de mis antepasados; porque yo no oculto jamás mi ascendencia catalana, aun siendo como soy, en cuerpo y alma, profundamente americano» (3). Cuenta con íntima satisfacción cómo aprendió, en agosto de 1916, a pronunciar bien su apellido en Barcelona, «la ilustre y hacendosa ciudad, raíz de mi sangre y objeto siempre para mí de mi estimación y simpatía» (4). «Sigo por donde me indica el paso de la muchedumbre; pero, como veréis, no sin fruto provechoso. He aquí que descubro mi apellido en la muestra de una casa de comercio, y por vez primera aprendo a pronunciarlo bien... Parece ser, según me explica concienzuda y prolijamente mi homónimo, que, en buena prosodia de esta lengua, la primera *o* no suena como la clara y neta vocal castellana, sino de una manera que participaría de la *o* y de la *u*. Agradezco la revelación de mi homónimo y pienso cuán cierto es que cada hora trae su enseñanza» (5).

(2) Benjamín Fernández y Medina: *La muerte de José Enrique Rodó*. En «Unión Ibero-Americana», mayo de 1917, año XXXI, número 4, p. 1-2.

(3) Vicente Clavel: Prólogo a *Nuevos motivos de Proteo*. Editorial Cervantes. Barcelona, 1927, p. 10.

(4) R.: *España. En Barcelona*. En «El C. de P.», p. 79.

2.—*La infancia.*

De los siete hijos del matrimonio Rodó-Piñeyro, José Enrique fué el menor. Pepe era el nombre familiar. De sus tres hermanas, Rosario, Isabel y Julia, la última especialmente era apasionada por José Enrique. Para su madre, mujer a la vez apasionada y fuerte, «señora de la vieja familia patricia de los Piñeyros», era el hijo predilecto. Aunque no es de suponer llegara a sospechar la significación que su hijo había de tener en el campo de las letras, la intuición femenina intensificaba hacia él la tonalidad del afecto. Buena católica, imprimió en el alma del niño los principios del Catolicismo (6).

Pasó la niñez en la quinta Santa Lucía. En el número 102 de la calle de Cerrito (donde hoy está el Banco de la República), vivió en Montevideo, ciudad a la que tanto amó. Con qué fruición evocó en Nápoles, en febrero de 1917, «las palabras que oí una vez a un cultísimo y delicioso sevillano, don Francisco Orejuela, que contaba admirablemente sus recuerdos de viajes:

—No hay más que tres ciudades en el mundo: Nápoles, Sevilla y Montevideo (7).

(5) R.: *España. En Barcelona*. En «El C. de P.», p. 80-81.

(6) Alberto Zum Felde: *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*. Editorial Claridad. Montevideo, 1941; p. 225.

(7) R.: *Nápoles la española*. En «El C. de P.», p. 209.

Quedó huérfano de padre muy pronto. Se educó en la escuela laica «Elbio Fernández», y en la clase C fundó el periódico juvenil «Los primeros albores». Los cuentos de Carlos María de Trueba fueron lecturas de sus primeros años. Su primer libro de lectura fué uno de fábulas, que regaló al hoy profesor don Carlos Lacalle. A los catorce años ingresó en la Universidad, pero terminó abandonando las aulas, formándose a sí mismo como autodidacto. Aficionado a la lectura, a ella consagró días enteros en su biblioteca particular y en la del Ateneo. Trabajaba en su casa, en un cuarto sin ventanas iluminado por la luz que penetraba por una claraboya central (8). Aunque intervino en política, su actuación pública pasa a segundo plano en la esfera de la actividad, pudiendo ser considerado como prototipo del *hombre de letras.* A pesar de su formación autodidacta, ha influído notablemente en la juventud universitaria de toda América, que lo respetó siempre.

3.—*Queda consagrada la fama de escritor de veinticinco años.*

Con los hermanos Daniel y Carlos Martínez Vigil, y Víctor Pérez Petit, fundó Rodó, en 1895, la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales;* fué el más joven de sus redactores, y en ella colaboró de los veintidós a los veinticinco años, en los tres años de existencia de

(8) Dato facilitado por el profesor don Carlos Lacalle, Secretario de la Oficina de Educación Iberoamericana, del Instituto de Cultura Hispánica, en conversación particular el 17 de julio de 1951.

la publicación. «Rodó cultivó el ensayo y la crítica, imponiéndose desde los primeros años como una mentalidad de excepcional relieve» (9). Desde sus primeros escritos se manifestó el escritor plenamente formado; sin titubeos ni vacilaciones. «Salía de sí mismo, y no ya en busca de sí mismo, pues si en su generación hubo alguien que desde luego encontrara la definición de su personalidad, ése fué Rodó» (10). En la *Revista* apareció *El que vendrá;* reproducido por Samuel Blixen, en la primera plana de su periódico, quedó consagrada la fama del joven escritor de veinticinco años. Rodó, noble corazón agradecido, manifestó el 23 de mayo de 1909, en el discurso pronunciado en representación del Círculo de la Prensa, al inhumarse los restos de Samuel Blixen: «Todos los que manejamos una pluma o un instrumento de arte, todos le debemos un artículo, todos le debemos una esperanza, todos le debemos una parte de nuestro nombre y de nuestra consagración» (11). De ser cierta la afirmación de Vicente A. Salaverri, que Samuel Blixen «murió a los cuarenta y cinco años» (12), se daría la curiosa coincidencia de haber vivido el mismo número de años Blixen y Rodó, y decimos de ser cierta la afirma-

(9) Benjamín Fernández y Medina y Juan León Bengoa: *El Uruguay en su primer centenario* (1830-1930). Madrid. Imp. Católica, 1930; IV, p. 7.

(10) Arturo Jiménez Pastor: *José Enrique Rodó.* Discurso en la Facultad de Filosofía y Letras. En «Nosotros», mayo de 1917. Buenos Aires; p. 10 y 11.

(11) En «El M. de P.», p. 177.

(12) Vicente A. Salaverri: *Antón Martín de Saavedra.* «Florilegio de prosistas uruguayos». Buenos Aires. Valencia. Ed. Cervantes; s. a.; p. 59.

MUNICIPAL DE BIBLIOTECA

ción, porque la «Biblioteca Internacional de Obras Famosas» (13) señala las fechas del nacimiento y muerte de Blixen en 1868 y 1909; así, pues, los años de su vida serían cuarenta y uno. Zum Felde situó la muerte de Blixen en 1911 (14).

4.—*Su labor de escritor.*

Su producción de escritor, que veremos panorámicamente en el capítulo III, queda jalonada por las siguientes fechas: 1899, *Rubén Darío;* 1900, *Ariel,* que aumentó su prestigio en América y fué acogido muy favorablemente por la intelectualidad española; 1906, *Liberalismo y Jacobinismo;* 1909, *Motivos de Proteo,* y 1913, *El Mirador de Próspero.*

Además de sus libros, su producción se manifestó en buen número de periódicos y revistas. Escribió en *El Orden* en 1898. «Rodó, afiliado al partido liberal, ornó sus artículos con ese sentido de la actualidad que fué prenda constante de su labor, con el acento de la oratoria parlamentaria, y así se manifestó en sus colaboraciones que aparecieron en el periódico *El Orden* y que le condujeron a presidir «El Club Vida Nueva», de Montevideo, cenáculo de la dialéctica político-intelectual de su tiempo» (15). Fué presidente del Club «Vida Nueva» el año 1907. Colaboró, de 1912 a 1914, en el *Diario del*

(13) Biblioteca Internacional de Obras Famosas. Sociedad Internacional; s. a.; Madrid; tomo XX, p. 10-143.

(14) Alberto Zum Felde: Ob. cit., p. 209.

(15) Gonzalo Zaldumbide: *José Enrique Rodó,* p. 99.

Plata, fundado en 1912 por don Antonio Bachini. En «le revista literaria y de actualidades *Monos y Monadas,* de Rosario..., colaboraron Rodó, Zorrilla de San Martín, Acevedo Díaz, Nin Frías, O. Fernández Ríos, etcétera» (16). «Julio Raúl Mendilaharsu... En 1914 dirigió la revista *Tabaré,* que reunió entonces la colaboración de los más destacados escritores uruguayos, como Rodó, Acevedo Díaz, Zorrilla de San Martín, Víctor Pérez Petit, María Eugenia Vaz Ferreira, Alvaro Armando Vasseur, Emilio Frugoni, Delmira Agustini» (17). Su actuación en el «Círculo de la Prensa», en 1913, dejó grato recuerdo. Carlos E. Castellanos estimaba fundamental la labor de Rodó en el «Círculo de la Prensa»: «Me refiero a los trabajos que con tanto empeño se efectuaron durante la presidencia del señor José E. Rodó, el más brillante de nuestros estilistas (y actualmente bajo la del señor Antonio Bachini, estadista hábil y sagaz y el más completo de los periodistas de América), trabajos, repetimos, que tendieron y tienden hoy a evitar las discusiones y polémicas violentas, eliminándose el personalismo» (18).

(16) Luis Amador Sánchez, de la Universidad de S. Paolo: *El pensamiento vivo de Rodó.* En «Universidad de Antioquia, núm. 99. Medellín-Colombia. Mayo, junio y julio de 1950, p. 279.

(17) Arturo Scarone: *Uruguayos contemporáneos.* Montevideo. Imprenta y Casa Editorial «Renacimiento», 1918; p. 407.

(18) *Antología de la moderna poesía uruguaya.* 1900-1927. Seleccionada por Ildefonso Pereda Valdés. Buenos Aires. El Ateneo, 1927; p. 83.

5.—*Actividades culturales.*

A los veintiséis años, en 1898, fué nombrado profesor de Literatura de la Universidad de Montevideo. «Débese sin duda a esta época el acendrado conocimiento de los clásicos españoles, que desde temprano contrabalancearon un tanto, en la formación de su estilo más que en la de su espíritu, la predominante influencia de los franceses modernos» (19).

En 1900, al año de *Ariel*, fué nombrado Director interino de la Biblioteca Nacional, y formó parte de una Comisión investigadora y organizadora, compuesta por él y los doctores Juan Paullier, Víctor Pérez Petit y Elías Regules, «los que presentan como fruto de sus cometidos un Reglamento interno y un plan de catalogación metódica, que son aprobados por el Gobierno y rigen todavía» (20).

Aparte de sus libros y su labor en la cátedra y en la Biblioteca Nacional, desarrolló diversas actuaciones culturales. Como diputado, demostró inquietud por la cultura. En 1905 fué miembro de la Comisión del Centenario de Cervantes, y en 1907, de la Comisión de Propaganda del IV Congreso Científico Panamericano. El Conservatorio Labardén lo nombró jurado, en 1908, para fallar un concurso de obras teatrales. Formó, en 1909, parte del Tribunal del concurso para proveer la cátedra de Literatura de la Universidad, y en 1915, del de Gramática Castellana de la Universidad. Se halla su nombre entre los colaboradores de la «Biblioteca Internacional de Obras Famosas» (21).

(19) Carlos E. Castellanos: *El Círculo de la Prensa.* En «La Prensa del Uruguay». Folleto editado bajo la dirección de la «Oficina de la Prensa». Montevideo. Tip. O. M. Bertani, 1912; p. 5.

(20) Víctor Pérez Petit: *El Ateneo del Uruguay.* En «Nosotros». Buenos Aires. Año XVII, núm. 166, marzo de 1923; p. 323.

Perteneció a distintas Academias y Centros. Fué miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia de Venezuela en 1912; en 1914, de la Academia Nacional de Historia de Colombia y de la Sociedad Jurídico-Literaria del Ecuador; en 1916, Socio Honorario del Ateneo de El Salvador y del Centro de Estudiantes de Derecho de Montevideo.

6.—*Intervención en política.*

«Rodó, en la concentrada atmósfera de su pequeña nación, fué absorbido por la inquietud que desbordaba, o sea por la política nacional.

»La honradez de su conducta, que es inseparable de su existencia y de su obra y que se proyecta como una señalada virtud de su pensamiento, tuvo su primera y noble expresión pública al abandonar en 1901 su cátedra de la Universidad, para militar sin embarazos en la

(21) «Biblioteca Internacional de Obras Famosas». Colección de las producciones literarias más notables del mundo, en la que están representados los más grandes escritores de los tiempos antiguos, medievales y modernos. Recopilada en colaboración con los siguientes eruditos: Marcelino Menéndez y Pelayo, Ricardo Palma, Enrique José Varona, David Peña, José Toribio Medina, Justo Sierra, José Enrique Rodó, Ricardo Garnett, León Vallée, Alois Brandl y Ainsworth R. Espafford. Sociedad Internacional; s. a.; Madrid.

política» (22). Era por entonces Vicepresidente primero del «Club Libertad».

Elegido diputado en 1902, fué reelegido en dos legislaturas. Gallinal afirma: «En su actuación destacada y gallarda, en la arena política, había recibido alguna profunda herida, exacerbada luego en el largo combate. La resolución que lo llevó a bajar, muy joven, a mezclarse en el tumulto de la vida pública, obedeció a un impulso reflexivo, tendente a realizar una doble aspiración: una aspiración «de cultura armónica y de vida integral». Vivir la vida en su plenitud, ensueño y acción, ¿no es éste uno de los consejos de Próspero, junto a la estatua de Ariel?» (23).

Teniendo en cuenta «la hidalguía de su carácter independiente y la independencia de sus convicciones—enjuicia Clara Inés Zolesi—, mal podría triunfar, porque mal podría avenirse a los imperativos disciplinarios del partido. Tanto valiera un renunciamiento de sí mismo.

»No era un desorbitado soñador de realidades. No era tampoco un rebelde, hostigado por ambiciones egoístas» (24).

El propio Rodó dió su adiós a la política en *Pensamientos inéditos:* «La experiencia que mi temporada de politiquero me ha suministrado me ha bastado para tomar desde ahora (o más bien, desde antes de ahora) la

(22) Luis Amador Sánchez: *El pensamiento vivo de Rodó.* En «Univ. de Antioquía», núm. 99, p. 279.

(23) Gustavo Gallinal. Citado por Vicente Clavel en el Prólogo a *N. M. de P.*, p. 15-16.

(24) Clara Inés Zolesi San Martín: *José Enrique Rodó.* En «Mi primer viaje literario. De Garcilaso a Rodó». Montevideo. Imp. «El Siglo Ilustrado»; p. 250 y 251.

resolución firmísima de poner debajo de mi última página de vida parlamentaria un letrero que diga: «Aquí acabó la primera salida de Don Quijote», y decir adiós a la política. Esto equivaldrá a decir adiós al país, pues el país nuestro y su política son términos idénticos: no hay país fuera de la política. Todo lo demás es aquí epidérmico y artificial» (25).

7.—*Deseo de repatriación en 1904.*

Cuando nació Rodó, hacía escasamente medio siglo que había nacido la República. Le tocó vivir en años de intensa efervescencia interna. Se sucedían los golpes revolucionarios. Reiteradamente manifestó su desagrado ante la realidad en 1904.

En carta a Unamuno, el 20 de marzo, le decía: «De mi país nada nuevo ni bueno puedo decirle. La guerra civil no es cosa nueva», y aunque percibe «que, en medio de tantas tribulaciones, vamos adelante, aun en lo político y administrativo, y veo tanta vitalidad y tanta riqueza, y tanta fuerza almacenada en estas tierras bendecidas por la Naturaleza, que tengo por cuestión de tiempo el triunfo sobre los resabios del pasado», termina manifestando: «En fin, estoy muy hastiado de lo que por aquí pasa; y tal vez, tal vez, si logro arreglar mis asuntos, no pasará un año antes de que me vaya a *oxigenar* el alma con una larga estadía en esa Europa» (26).

(25) R.: *Pensamientos inéditos.* En «El q. v.», p. 284.

(26) V. en Apéndice: Carta a Unamuno, del 20 de marzo de 1904.

«Alguna vez (dice Gallinal), en la intimidad de su correspondencia, el espectáculo que ofrecía nuestra revuelta y ensangrentada arena política le arrancó frases de desusada crudeza, en las que se adivina el instintivo movimiento de repulsión de su sensibilidad de artista y de caballero: hay una amarga carta, escrita a raíz de la guerra de 1904, en la que flagela con áspero sarcasmo a este pueblo de Montevideo entregado a los festejos de la paz» (27).

La carta a que se refiere Gallinal fué escrita por Rodó en septiembre de 1904 y dirigida al uruguayo don Juan Francisco Piquet, residente en Barcelona.

En otras cartas a Piquet, fechadas en 1904, expresa su deseo de salir del país. Le escribía el 3 de abril: «¡Qué esfuerzos de voluntad y de perseverancia tengo que hacer sobre mí mismo para tomar en los ratos de ocio la pluma y seguir trabajando, en este ambiente de tedio y de tristeza! Lo que me estimula es precisamente la esperanza de poder dejar esta atmósfera. Si supiera que habría de permanecer en el país, le aseguro a usted que no escribiría una línea y optaría por abandonarme a la corriente general, matándome intelectualmente» (28). El 20 de abril manifestaba que, una vez terminado y publicado *Proteo*, deseaba colaborar «en periódicos americanos y españoles, que repetidas veces me han solicitado con este objeto; y me proporcionaría por este medio nuevos recursos pecuniarios para cuando me largue por

(27) Gallinal. Citado por Vicente Clavel en Prólogo a *N. M. de P.*, p. 17.

(28) En «El q. v.», p. 207.

esos mundos» (29). Insiste, en carta de septiembre, aunque le haga vacilar la nostalgia de patria y hogar: «El tiempo que rescato para mí mismo lo consagro a *Proteo*, a los toques finales del libro en que he puesto lo mejor de mi alma.

»Con este libro debajo del brazo saldré de mi país (cuando pueda) para empezar una nueva etapa de mi vida...

»Y sin embargo, hay veces en que estas veleidades de nómada tienen que luchar dentro de mi corazón con otros propósitos y tentaciones; y hay una voz íntima que suele decirme por lo bajo: «Radícate, échate raíces en tu tierruca; zambúllete de cabeza en este pozo; pon lastre en tu carga para evitar los caprichos de alzar el vuelo. El ideal de la vida está en tener una choza propia; en constituir una familia; en esperar en santa paz el desvanecimiento de esta gran ilusión que llamamos vida, al abrigo de la borrasca, junto al fuego del hogar tranquilo y alegre.» Pero esta voz dura poco, y prevalece la otra, la que me aconseja el movimiento continuo... Vegetar no es para hombres que se estimen. No quiero permanecer estacionario en este ambiente enervador. La reputación que he conquistado con mis esfuerzos tiene para mí más de asiento que de término o meta» (30).

A pesar de las manifestaciones anteriores, Rodó continúa en su país. Solamente, en 1910, se ausentó del Uruguay, por corto tiempo, para asistir en Santiago de Chile a las Fiestas del Centenario de la Independencia chi-

(29) En «El q. v.», p. 209.

(30) En «El q. v.», p. 212 y 214.

lena. En 1915, el Presidente de Chile le envió la medalla «Al mérito» de 1.ª clase por su delegación en las mencionadas fiestas.

8.—*Rodó, ante la guerra del 14.*

Durante la guerra europea, el Uruguay se colocó al lado de los aliados (31). Antonio Balbín de Unquera, al enjuiciar el libro *Les Ecrivains Hispano-Américains et la guerre européenne*, de Francisco Contreras (32), expresa el fundamento de la postura uruguaya: «Dice Contreras que los americanos tienen sangre española y espíritu y educación franceses, y que la revolución americana nació de la francesa, y nada es más cierto» (33).

Rodó, como otros escritores uruguayos, el novelista Carlos Reyles y los poetas Julio Raúl Mendilaharsu y Ricardo Garzón, y por la motivación aducida por Francisco Contreras, se manifestó aliadófilo. En la velada que se organizó en Montevideo para socorrer a las víctimas de la guerra, franceses, belgas e ingleses, Rodó pronunció un sentido discurso (34), muy a tono con su psicología, impregnado de «calor de humanidad, simpatía por la heroica Bélgica» (35). Su apasionado fervor por Francia se puso de manifiesto en «El 14 de julio», incluído en *El Mirador de Próspero*, al referirse a los actos celebrados en Montevideo el 14 de julio de 1915: «Convocaremos a todos los que crean en la virtud inextinguible de la genialidad latina, madre de la civilización, depositaria de sus tesoros más nobles; a todos los que amen el inmortal espíritu de Francia... Para confirmar y engrandecer nuestro homenaje de adhesión a la Francia de 1914» (36).

En cuanto a los otros escritores uruguayos citados, «Carlos Reyles... no obstante sus alardes de positivismo sajón, y no obstante su adopción del tragicismo nietzscheano, la cultura de Reyles, como la de todo latinoamericano, era predominantemente francesa... Y el avance alemán sobre París hizo sublevar todo su escondido culto por la dulce Francia» (37).

Cuando estalló la guerra europea, Mendilaharsu se consagró con la pluma, con la palabra y con la acción a la causa de Francia y sus aliados. Publicó tres opúsculos de poemas francófilos: *Franjas Tricolores*, *Ante la Victoria* y *Altar de Bronce*. También un volumen de poesías: *El alma de mis horas*.

En 1917 fué a Francia. Visitó el frente, conoció el país

(31) Hugo D. Barbagelata: *Histoire de l'Amérique espagnole*. Librairie Armand Colin. París, 1936; p. 257: «Après la seconde présidence de Batlle (1911-1915), Feliciano Viera (1915-1919) continua son oeuvre sociale et sous son gouvernement l'Uruguay se plaça ouvertement aux côtés des Alliés dans la Grande Guerre européenne.»

(32) Francisco Contreras: *Les écrivains hispano-américains et la guerre européenne*. Preface de Philéas Lebesgue. Editions Bossard. París, 1917.

(33) Antonio Balbín de Unquera: *Libros nacionales y extranjeros*. En «Unión Ibero-Americana». Madrid, junio de 1919. Año XXXIII, núm. IV, p. 34.

(34) R.: *Bélgica*. En «El C. de P.», p. 49-54.

(35) Alejandro Andrade Coello: «Bélgica y Rodó». En *Rodó*. Quito-Ecuador. Imp. y Enc. Nacionales. 4.ª ed., 1917; p. 59.

(36) R.: *El 14 de julio*. En «El M. de P.», p. 461.

(37) Alberto Zum Felde: Ob. cit., p. 363 y 364.

durante el bombardeo. En esa época, en la Semana de la América Latina, que se realizó en París, fué el orador representante del Uruguay (38).

En Montevideo publicó Ricardo Garzón *¡Hurra, latinos! Cantos de Guerra* (39). «Son poemas de circunstancias inspirados en un vivísimo amor de la raza latina» (40).

La postura de Rodó frente a la guerra del 14, manifestada con la franqueza habitual en sus actos, no fué discutida, como lo fué la de Romain Rolland, el autor de *Au dessus de la melée*, que, como dijo Anatole France en Estocolmo, al asistir a la recepción oficial de los laureados con el premio Nóbel, «ha sabido desafiar la impopularidad por quedar un hombre de bien» (41).

En la múltiple y variada literatura surgida con motivo de la guerra del 14, podría relacionarse *Au dessus de la melée*, de R. Rolland, con las novelas de Louis Dumur: *Nach Paris*, *Le Boucher de Verdun* y *Les Défaitistes*.

(38) *Antología de la moderna poesía uruguaya*. 1900-1927. Seleccionada por I. Pereda Valdés. Buenos Aires. El Ateneo, 1927; p. 84.

(39) Ricardo Garzón: *¡Hurra, latinos! Cantos de guerra*. Montevideo. Imp. Latina, 1916; 1 hoj. + 39 p.

(40) Antonio Balbín de Unquera: *¡Hurra, latinos! Cantos de guerra, por Ricardo Garzón*. Montevideo, 1916. En «Unión Ibero-Americana». Madrid, mayo de 1917. Año XXXI, núm. 4, p. 31. Libros nacionales y extranjeros.

(41) La alocución de Anatole France se publicó en «Le Temps» del 12 de diciembre de 1921. Apareció traducida en «Justicia», de Montevideo, el 20 de enero de 1922 y reproducida en la Sección «Las Revistas», de «Nosotros», de Buenos Aires, enero de 1922, p. 136, con el título: «Lo que dijo Anatole France en Estocolmo».

Rolland y Dumur conocían perfectamente a Alemania. Dumur «no glorifica la guerra: la pinta en toda su horrible desnudez» (42).

9.—*Partida para Europa.*

«Hacia el año 1912 sufrió una lamentable injusticia: fué pospuesto, en una embajada que iba a España en celebración de las Cortes de Cádiz, por un personaje del Círculo Gubernativo, persona culta y correcta, pero carente de la personalidad intelectual de Rodó. Es indudable que la presencia de Rodó como embajador intelectual en aquella solemnidad hispanoamericana hubiera tenido, para él y para el país, un alto significado. Esa injusticia fué de las que le hirieron más profundamente, dejando en su espíritu una borra amarga de resentimiento» (43).

Militante en el partido colorado, Rodó había actuado en política con ideas de tolerancia y normas conciliadoras, que no se ajustaban a la rigidez de preceptos programáticos de partido. Cada vez se fué alejando más del partido gubernativo, terminando por no esperar nada del Gobierno.

«Hacia 1914, el carácter de Rodó sufrió una profunda crisis de melancolía... Solía vérsele, por las noches, deslizándose como una sombra por las calles apartadas, en-

(42) Francisco Contreras: *Luis Dumur y su obra*. París, 1924. En «Nosotros». Buenos Aires. Año XVIII, núm. 180, mayo de 1924: p. 53.

(43) Alberto Zum Felde: Ob. cit., p. 231.

fundado en su jaquet negro» (44). Su deseo de salir de la patria se hizo irrevocable, aunque el prestigio de su nombre se extendía por Hispanoamérica. Rechazó una cátedra de conferencias creada expresamente para él por disposición legislativa y aceptó la corresponsalía que le ofreció la revista de Buenos Aires *Caras y Caretas*. Con la creación de la cátedra de conferencias para Rodó, reiteraba el Gobierno del Uruguay la protección a los hombres de letras; en fecha anterior, el Gobierno uruguayo había pensionado al dramaturgo Florencio Sánchez, en su viaje a Europa, y, en otra ocasión, se subvencionó con el mismo fin a Ernesto Herrera, *Herrerita*, el dramaturgo. En el Círculo de la Prensa fué objeto de cordial despedida; Víctor Pérez Petit, como presidente, pronunció las palabras de despedida: «Debo decir ahora, para ser absolutamente sincero y para traducir con exactitud el sentimiento no ya tan sólo de todos los periodistas de Montevideo, sino el de todos los uruguayos en general, que os vemos partir con un íntimo y muy legítimo orgullo, con el orgullo de los que poseen en el arca de sus tesoros nacionales la más fulgente y primorosa de las joyas y van a lucirlas allí donde las joyas son mejor estimadas y comprendidas: en el gran centro de la intelectualidad europea» (45). Una imponente manifestación acudió a despedirlo al muelle en una límpida y soleada mañana.

El 14 de julio de 1916 partió de su patria el *Amazón*

(44) Alberto Zum Felde: Ob. cit., p. 232.

(45) Víctor Pérez Petit: *La muerte de Rodó*. En «Nosotros», número extraordinario a José Enrique Rodó. Año XI, núm. 97, mayo de 1917. Buenos Aires: p. 29.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MONTEVIDEO

y desembarcó en Lisboa. En la capital portuguesa se entrevistó con el Presidente, don Bernardino Machado. Se dirigió a Barcelona «pasando por Madrid de puntillas para evitar banquetes» (dice Cristóbal de Castro en la tarjeta que nos dejó) (46). En septiembre llegó a Barcelona, donde embarcó para Italia.

En Italia escribió artículos para *Caras y Caretas*, que han sido editados póstumamente en un volumen titulado *El camino de Paros*.

Proyectaba Rodó detenerse en España, de vuelta para su patria. «Su entusiasmo por España le hace desear conocerla, así es que sería posible que recorriera algunas provincias» (47).

«En su altivez sin ostentaciones (afirma Bachini), Rodó hizo su turno de prueba, con firmeza, afrontando las circunstancias como un destino natural. Tal vez para su alma sencilla, nutrida de abnegación, no existió siquiera la sospecha de que las horas adversas pudieran ser menos justas que los instantes pasajeros del éxito político. Y así, al partir, aunque triste, sus últimas palabras fueron de aliento patriótico para la juventud, de concordia nacional, de esperanza generosa, de confianza en las ampliaciones futuras del bien común» (48).

(46) Cristóbal de Castro: *Los grandes de Hispanoamérica*. En «A B C», de Madrid, 4 de octubre de 1929.

(47) Semanario «España», núm. 81. Madrid, 10 agosto 1916. Artes Gráficas Mateu. Madrid: p. 8. Nota de prensa, sin firma. Con un retrato de Rodó.

(48) Antonio Bachini: Discurso en el paraninfo de la Universidad, al entregar los restos del maestro. En «Pegaso», revista mensual. Montevideo. Núm. XX, año III, febrero de 1920: p. 283.

10.—*La muerte.*

He aquí cómo el poeta uruguayo Carlos María de Vallejo nos refiere su trágica muerte:

«A los pocos meses de su ausencia, y ya en suelo de Italia, cuando escribió sus diálogos de bronce sobre el *David* de Miguel Angel y el *Perseo* de Benvenuto Cellini, confesaba a su amigo Zubillaga, en correspondencia particular, que se sentía dominado por el *mal de patria*...

»Bajo tal estado de ánimo, llegó a Palermo el día 3 de abril de 1947, al «Hotel des Palmes», con procedencia del «Hotel Santa Lucía», de Nápoles, con una carta de presentación de sus propietarios.

»Y aquí da principio su tragedia silenciosa... conservando el más riguroso incógnito de su persona» (49).

En el «Hotel de Palermo», «en el mismo hotel en que Wagner había escrito el último acto de *Parsifal*» (50), se alimentaba sobriamente, vivía sin hablar con nadie, y en el más absoluto abandono de sí mismo, quizá minado su organismo por el padecimiento que había de llevarle a la tumba. Los dueños del hotel —continúa diciendo Carlos María de Vallejo— «estuvieron a punto de solicitarle la habitación. Mas una especie de respeto intuitivo les imponía la obligación de estarse a distancia, como si comprendieran que bajo aquel desaliño, por el aire señorial que prestigiaba su figura humana y pasajera, había en toda ella el sello de una noble dignidad.

(49) Carlos María de Vallejo. Citado por Vicente Clavel en «N. M. de P.», p. 21-22.

(50) Gonzalo Zaldumbide: *José Enrique Rodó*, p. 101.

»Sin que se haya podido penetrar en el drama íntimo de su rara existencia, en lo que a su estancia en Europa se refiere, ya que pasó sus últimos meses en el más absoluto de los retraimientos, Rodó se llevó su secreto a la tumba.

»La mañana del día 28 de abril, cuando la criada le llevó el desayuno, le confesó que estaba malo... Sin embargo, horas después abandonó el lecho, pero permaneció sin salir del hotel. Las personas que le veían a diario notaban que aquel hombre desconocido pasaba por agudos padecimientos. Hasta el siguiente día no volvió a cambiar una sola palabra con nadie. Cuando la camarera entró por primera vez en su estancia y le preguntara si quería alguna cosa, le manifestó de nuevo que padecía mucho. A las siete de la tarde llamó a la criada y le pidió que hiciera venir a un médico. Sus sufrimientos se agudizaban de una manera cruel... Cuando llegó el médico (que lo fué el doctor Sapuppo) encontró al enfermo retorciéndose en la cama, presa de terribles dolores. Este dispuso su inmediato traslado al hospital, por considerar gravísimo su estado. A la una de la madrugada del 30 de abril, en medio de la más profunda oscuridad de la noche, a causa de las medidas de seguridad impuestas por la guerra, fué conducido al hospital «San Severio». La persona que lo acompañó en esta angustiosa *vía crucis* asegura que fué indecible lo que el enfermo sufrió en el trayecto.

»Antes de continuar este relato, quiero consignar aquí el nombre de la Princesa Bancina de Palermo, que, con-

movida y atraída piadosamente al lecho del escritor, a pesar de su aspecto desconcertante, colocó con sus manos una bolsa de agua caliente, con la esperanza de atenuar en él las horribles torturas del mal.

»El médico de sala que en el «San Severio» lo examinara con detención, no pudo interrogarle. Declaró luego (sin afirmarlo) creía se trataba de un caso fatal, atacado de tifus abdominal y nefritis, puesto que ya había entrado en estado comatoso.

»Desde su ingreso en el hospital hasta su muerte, no tuvo un solo momento de lucidez.

«El día 1.º de mayo de 1917, a las diez de la mañana, falleció finalmente el sereno filósofo de la dulzura José Enrique Rodó, en el más triste de los anónimos, desconocido, lejos de su suelo de origen (que hoy conserva sus despojos mortales en el Panteón de los hombres que han merecido honor de la Patria), sin amigos que le ayudaran a bien morir, y sin más amor alrededor de su lecho de agonía que la caridad helada que irradia la frialdad de una sala de hospicio...» (51).

«José Enrique Rodó (manifiesta Eugenio d'Ors) se fué a morir a Magna Grecia. Era justo, para artista tan clásico como él» (52). Coincidente pensamiento al manifestado por E. d'Ors habían expresado Evar Méndez (53), E. Fariña Núñez (54), E. Morales (55) y A. Bachini (56).

(51) Carlos María de Vallejo. En «N. M. de P.», p. 25-27.

(52) Eugenio d'Ors: *Nuevo Glosario*. Madrid. Ed. M. Aguilar. I (1920-1926), p. 816.

La noticia de la muerte de Rodó fué transmitida a Montevideo por el Ministro uruguayo en Roma. La bocina del periódico *La Razón* la dió a conocer anunciando el triste suceso. Rápidamente se divulgó en medio de un estupor general; al cruzarse, conocidos o desconocidos, manifestaban su consternación: «¡Rodó ha muerto!»; la muerte de ese escritor, estrella perdida en un horizonte de fuego, concentró en un inmutamiento unánime el sentir de todo el Continente» (57).

Poco más de un año antes de la muerte, proyectaba Rodó fundar una revista latino-americana. Relata Rafael Alberto Arrieta (58): «Me place evocar... su voz física, tal como la oyera de sus labios invisibles, en la penumbra intensa de la estancia.

»Conocí personalmente al maestro de los *Motivos* en su casa de Montevideo, hace algo más de un año. Alguien me había advertido: «Lo recibirá a oscuras; es

(53) Evar Méndez: *José Enrique Rodó*. En «Nosotros». Buenos Aires, mayo de 1917; p. 203.

(54) Eloy Fariña Núñez: *El canto de Ariel*. En «Nosotros». Buenos Aires. Mayo de 1917; p. 221.

(55) Ernesto Morales: *José Enrique Rodó*. En «Nosotros». Buenos Aires. Mayo de 1917; p. 80-81.

(56) Antonio Bachini: Discurso en el paraninfo de la Universidad. En «Pegaso». Montevideo. Núm. XX, año III, febrero de 1920; p. 283 y 284.

(57) Arturo Jiménez Pastor: «José Enrique Rodó». Discurso en la Facultad de Filosofía y Letras. En «Nosotros». Buenos Aires. Mayo de 1917; p. 22.

(58) Rafael Alberto Arrieta: *La voz en la penumbra*. En «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 99, mayo 1917; p. 57.

su costumbre.» Y en efecto, fijó nuestra entrevista de seis a siete de la tarde; conversamos en una sala pequeña y sin luz; allí nos despedimos sin que él asomara al vestíbulo iluminado, y sólo recuerdo haber visto, como en los sueños, entre las sombras que indeterminaban las aristas del moblaje, una alta figura encorvada y dos manos moviéndose en la niebla. Por la puerta, pintando una débil franja, entraba un reguero de claridad exterior, y en su plano había una silla para el visitante. Así pudo él observarme, sin ser visto, desde su rincón oscuro.

»Hablaba el artífice de arte, de letras y hombres, de sus manuscritos inéditos, de un vasto proyecto de revista latino-americana. Y al referirse a su pasión política (somnámbulo de la belleza que baja al patio de las fieras), habló con melancolía de próximas luchas que atormentaban el ambiente.»

11.—*El repatrio de los restos mortales.*

Terminada la guerra europea, acordó el Gobierno del Uruguay repatriar los restos de Rodó, propósito que se llevó a cabo en febrero de 1920.

Telmo Manacorda ha relatado con ágil estilo la apoteosis que constituyó en Montevideo el repatrio de los restos de Rodó, en los días 28 y 29 de febrero.

«A las 15,40, el *Uruguay* atraca al muelle, frente al inmenso gentío silencioso, mientras la música de los clarines y el retumbo de los cañones llenan la bahía, el cielo, la tierra y las almas. La bandera nacional se

inclina desde el mástil de nuestro crucero, saludando los despojos sagrados... Sobre una cureña de campaña descansa el féretro... Presiden el duelo los hermanos del muerto, el comisionado Bachini (portador de los restos venerados), la Comisión de Homenaje, los representantes del Gobierno. La columna avanza emocionada y en silencio... En la calle Cerrito, frente a la casa familiar de Rodó, la procesión se detiene imponente... Doña Rosario, la ilustre matrona inolvidable, muerta hace veinte días, no pudo llorar y arrodillarse sobre la caja de su hijo. El introductor de embajadores... recibe las coronas de la familia y de los amigos... Las campanas de la Catedral doblan sus grávidas oraciones... Las casas altas de tres pisos, con los balcones cubiertos de palmas. En la plaza de la Independencia, el público se desborda... Caen las rosas, los nardos, los laureles, sobre la carroza y el pueblo.

»Son las 17,30. Estamos a cincuenta metros de la explanada de la Universidad y vienen a recibir el féretro ocho o diez cadetes de la Escuela Militar...

»El espectáculo es grandioso... Está la juventud de la Patria, y la de otras Patrias, algunas tan lejanas como la de El Salvador y la del Paraguay, y la de la Argentina misma...

»Las guardias públicas son arrolladas por la muchedumbre...

»A duras penas, haciendo esfuerzos sobrehumanos, una veintena de hombres colocan el ataúd sobre el catafalco. La bandera nacional envuelve la caja, alta y grande, mientras se abate desde el balcón central de la Universidad la bandera de Artigas, que cobijara un

4430

día y una noche, como un palio, como una bendición, los restos de Rodó.

... ...

»Las bandas tocan el Himno nacional, que reverencia al héroe, y termina la primera jornada con el discurso... que el comisionado Bachini dice entrecortado y grave, a los pies del catafalco. El doctor don Rodolfo Mezzera (Ministro de Instrucción Pública), recibe los despojos y los entrega a la custodia del Rector de la Universidad, en un discurso elocuente, de concepción alta y de brillante forma, que exalta la tolerancia, la concordia, el ideal.

»Se establece la primera guardia militar, y en seguida la primera civil...

»Ahora se establecen ocho bomberos con hachones encendidos y hay dos grandes pebeteros fúnebres que diluyen el incienso como una nube que se deshace sobre las cabezas...

»En el atrio de la Universidad se van exponiendo... los álbumes, que pasarán de ciento.

»A la hora 23 hay más de diez mil almas frente a la Universidad...

»A las 24 horas del sábado... Rodó duerme su primera noche de la Patria...

»Pocos momentos antes, el doctor Carlos M. Prando ha dicho una conferencia sobre el héroe, al fulgor inquietante de los hachones...

»Al dar la medianoche... se alzan los coros magníficos de la Asociación Coral, que cantan el *Chant Funèbre* de Chausson. A las primeras voces, la muchedumbre, desordenada, aquieta su rugido, y se hace un

silencio pavoroso sobre el que se desgranan los coros sagrados... Ariel abrió sus alas inmensas y sutiles sobre aquellos millares de cabezas descubiertas que las antorchas iluminan fantásticamente... Son ciento veinte voces que claman con clamor religioso y musical...

»En seguida, la Asociación Coral canta el *Hostias*, de Mozart, que reza por el alma liberada del mundo, con una grandiosidad sublime. Hay mujeres que sollozan; los hombres se han vuelto pensativos...

... ...

»En la madrugada, la plazoleta de la Universidad y las calles adyacentes continúan repletas... Cuatro grandes braseros de hierro alzan su llamarada simbólica como cuatro anchas piras antiguas cuyas brasas encendidas alumbraran las fiestas glorificadoras de los dioses.

»A las 10 horas del domingo, el túmulo ya no es más que *un montón de flores y coronas*.

Desde las 14 horas, el ejército se va tendiendo en línea de batalla...

»A las 15 llega el Presidente de la República al paraninfo de la Universidad. Va a iniciarse la jornada culminante, y la ciudad entera está presente. Ministros, Consejeros, Embajadores, altos funcionarios públicos, el Arzobispo, rodean al primer magistrado de la Nación...

»Es el fulgor solar de una fiesta griega, a cielo abierto. Junto al mismo catafalco, de frente hacia la multitud, el poeta de la Patria (esa gloriosa figura de don Juan Zorrilla de San Martín) pronuncia su brillante oración fúnebre, en nombre de Su Excelencia el Presidente de la República...

»A las 16 comienza el desfile hacia el cementerio..., cortejo nunca visto...

»... Los batallones presentan armas, y derrotan las banderas. Y las damas que ocupan los balcones del trayecto arrojan flores...

»Allá, detrás del cementerio, en la rampa que da al mar, la artillería descarga sus cañones... Acá, frente a las tapias de entrada, los batallones de infantería cumplen también las ordenanzas. Se pronuncian, una tras otra, las nueve oraciones fúnebres que permitió el protocolo...

»Conducen el féretro a la capilla de la Rotonda, y los clérigos ofician la ceremonia ritual que pidió la familia...

»Por el camino más corto, ya en la penumbra del atardecer, simplemente, la Comisión de Homenaje deposita en el Panteón Nacional, bajo el ñicho de Juan Carlos Gómez, frente a las cenizas de Artigas, los despojos del maestro» (59).

Víctor Pérez Petit honra su libro *Rodó* (60) con esta dedicatoria: «A la juventud de mi Patria, que tiene el respeto de sus grandes hombres, dedica este libro de recuerdos, que es también un tributo de admiración, quien se honra con haber sido amigo fraternal de José Enrique.»

Muestras de cómo el Uruguay honra a sus hombres, son los homenajes tributados a Plácido Ellauri, adherido al eclecticismo, y al espiritualista Prudencio Vázquez Vega. «Casi octogenario (Plácido Ellauri), fué objeto de un homenaje nacional verdaderamente apoteótico, como no lo ha recibido nunca en el Uruguay, por su sola calidad de tal, un profesor universitario. Tuvo lugar el 5 de octubre de 1893, con motivo de su cumpleaños. A la manera de un guerrero victorioso, fué paseado por las calles de Montevideo bajo una lluvia de flores, en una curiosa manifestación jalonada por actos académicos en las Facultades de Medicina y Derecho y en la Sección Preparatoria» (61). «Prudencio Vázquez y Vega..., que en el siglo pasado se acercó más entre nosotros al tipo del filósofo puro... Nació en Cerro Largo hacia 1855... El 7 de febrero de 1883 dejó de existir en la ciudad de Minas, adonde en vano fué en busca de salud. Traído el cadáver a Montevideo por Batlle y Ordóñez, fraternal amigo que veló su agonía, fué objeto de un entierro apoteótico que los pocos años del caído hacen hoy sorprendente» (62). En las efemérides del Uruguay quedan, para ejemplo de generaciones venideras, las honras fúnebres tributadas a hombres de tan distinta significación como Rodó, el poeta nacional Juan Zorrilla de San Martín y el del «mediterráneo, catalán de estirpe, don José Batlle y Ordóñez, Presidente de la República en los años del 3 al 7

(59) Telmo Manacorda: *Las fiestas de Rodó*. En «Pegaso», revista mensual. Montevideo. Núm. XX, año III, febrero 1920; páginas 289-297.

(60) Víctor Pérez Petit: *Rodó. Su vida. Su obra*. Montevideo. Imp. Latina, 1918.

(61) Arturo Ardao: *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay. Filosofías universitarias de la segunda mitad del siglo XIX*. Colección Tierra Firme; 46. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1950; p. 40.

(62) Arturo Ardao: Ob. cit., p. 140-141.

de este siglo, y luego del 11 al 15, plasmador personalísimo de la reforma constitucional del 17» (63).

12.—*Retrato y etopeya.*

Arturo Jiménez Pastor, en su discurso en la Facultad de Filosofía y Letras, trazó el retrato de Rodó: «Había vivido su adolescencia en el mundo de los libros... Se escondía en la exterioridad de una larga y pálida figura de miope imberbe, convergiendo toda ella hacia los lentes en la mirada curiosa y distraída a la vez, pues tenía que esforzarse para ver lo de afuera, menos por dificultad de visión que por tendencia a esparcirse adentro.

»Era, por lo que se refiere a figura y actitud, el hombre a quien le sobra todo en el desairado juego de los movimientos: brazos, piernas, ropa; todo eso estaba de más, funcionaba como quiera; daba la mano entregándola como una cosa ajena; la voluntad y el pensamiento no se ocupaban de ello, y la cortedad natural del solitario, la sensibilidad tímida del retraído infundían al aspecto físico una desabrida tibieza que nada decía de la afectuosidad generosa y buena en que abundaba el amplio espíritu.

»El tiempo abultó a aquella figura, dándole más importancia con el volumen; el bigote, en profusión mal disciplinada, afirmó el rasgo fisionómico: y la vida,

(63) Eugenio d'Ors: *Nuevo Glosario*. Madrid. Ed. M. Aguilar. II (1927-1933); p. 675.

el trato con el mundo exterior en figuración eminente, dieron más aplomo a la actitud y más autoridad a la expresión; la mirada se espació más segura, aun entre unos párpados codiciosos que reducían su campo de proyección, y la blanda redondez un tanto invasora de las carnes infundió al físico todo una amplitud descansada y abierta que decía mejor con la grande bondad interior, pero siempre muy poco de la superior condición de una inteligencia cuya altura y dignidad la hacían en verdad peregrina» (64).

A Javier Bueno se le antoja muy castellano por la apostura: «Es un hombre alto, fuerte, con la apostura muy castellana, algo militar, muy hidalga, y con un tanto desgarbo. La levita cae lacia por ambos lados y se repliega hacia atrás. Su cabeza es grande, alta, con pelo crespo y ya un poco nevado. A través de sus espejuelos se ven dos ojos trabajadores.

»El gran escritor me esperaba en el último tramo de la escalera. Me hizo pasar a una salita muy oscura, sin más luz que la de un quinqué que se filtraba por los cristales esmerilados de la puerta» (65).

Pedro Miguel Obligado destaca la sencillez. «Rodó era alto, de ademanes tímidos... No se notaba en él la menor señal de rebuscamiento o afectación... Era sen-

(64) A. Jiménez Pastor: «José Enrique Rodó». Discurso para el homenaje realizado en la Facultad de Filosofía y Letras, a iniciativa del Centro de Estudiantes de dicha Facultad. En «Nosotros». Año XI, núm. 97, mayo de 1917; p. 11.

(65) Javier Bueno: *España y Rodó*. En «Mi viaje a América». París-Chartres. Tip. Garnier; s. a.; p. 115 y 116.

cillo hasta la modestia y natural hasta la intimidad» (66).

Con motivo de su muerte, Víctor Pérez Petit evoca su carácter reconcentrado, su honradez y su figura. «No era Rodó de los que fácilmente se entregan a la amistad de última hora. Reconcentrado en sí mismo, viviendo más su vida que los demás vivimos, mostrábase celosísimo de su alma, de su yo. Para que abriera su espíritu, era menester ganarle previamente el corazón, y su corazón no se engañaba con falsas o pasajeras amistades. Por eso aparecía ante algunos como un hombre raro... Bueno, fundamentalmente honrado, de una entereza lacedemonia... Si le apenó alguna vez la deslealtad de un amigo, nunca mancilló sus labios la invectiva acusadora... Discípulo de su propias doctrinas, aceptó el rigor de la suerte, refugiándose en su ensueño de arte, como en una Thule invulnerable. Y cuando el éxito y la gloria aletearon en torno de sus sienes, no se envaneció, no se creció, continuó tendiendo a todos su mano fláccida, por hábito, en una cordial e ingenua bienvenida.

»Y en la intimidad era un espíritu retozón, brillante, saturado de ática alegría.

»... Hondo y grave en las altas especulaciones del arte, regocijado y finísimo en el seno de la amistad... los que le han tratado no olvidarán su cordialidad, su innata tolerancia para todos los errores y debilidades, esa suavidad de carácter que le hacía tan humano y tan superior.

(66) Pedro Miguel Obligado: *La serenidad del artista.* En «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97, mayo de 1917; p. 53.

»Ahora ya no le veremos pasar más por nuestras calles tranquilas, con su largo y anguloso cuerpo, colgantes los brazos, un hombro caído, ensimismado siempre, perdida la mirada tras sus lentes de miope» (67). El mismo Pérez Petit, en su libro sobre la vida y la obra de Rodó, aprecia sus cualidades de conversador. «Conversar con Rodó cuando él tenía agrado en hacerlo con su interlocutor, era un verdadero placer.

»Un común amigo que solía oír silenciosamente nuestras lucubraciones, nos dijo cierta vez: «El Gobierno debía subvencionarles a ustedes la conversación.» Esta *boutade*, si no a mí, era rigurosamente aplicable a mi amigo: oyéndole, siempre se aprendía algo hermoso y bueno» (68).

Según Gonzalo Zaldumbide, «hasta su figura física toma el aspecto de... autoridad casi paternal». «Ved en cierta fotografía el emaciado rostro juvenil. Parece devorado por un ardor claro. En sus ojos titilan la inteligente curiosidad y la lucidez feliz, sin inquietud interior, del diletante seguro de sí y de la bondad del mundo. Después, la carnación abundante viene a dar, con su plenitud, serenidad y sosiego al continente, que no pierde la expresión de espiritualidad, merced a la dulzura meditativa que se concentra en la cuenca de los ojos miopes. Es el semblante de tolerancia de quien todo lo comprende, y el aire ensoñado, sujeto a *ausencias*,

(67) Víctor Pérez Petit: *La muerte de Rodó.* En «Nosotros». Buenos Aires. Mayo de 1917; p. 31, 32 y 34.

(68) V. Pérez Petit: *Rodó. Su vida. Su obra.* Montevideo. Imprenta Latina, 1918; p. 8 y 9.

del trabajador ensimismado y solitario que se olvida de cuanto no es, a la verdad, esencial» (69).

»Alto, enjuto, miope, era la noble timidez social y la candorosa misoginia del hombre de libros», dice Cristóbal de Castro (70).

La figura de Rodó evoca en Gustavo Gallinal la del profesor Próspero del *Ariel*: «Después de varias horas de concentración estudiosa, una dulce fatiga se posaba en los ojos. Un fugaz movimiento de extrañeza se renovaba al hallarnos en el mundo de la realidad, bullicioso e inquieto, después de una larga, férvida excursión por el encantado mundo de las ideas. En lo íntimo «se verificaba ese fino destilar de la meditación absorta en cosas graves, que un alma santa ha comparado exquisitamente a la caída lenta y tranquila del rocío sobre el vellón de un cordero (71). Era Rodó más bien esquivo y apartadizo. A falta de exterioridades brillantes y seductoras, poseía, para vincular a su persona el afecto y el respeto, un fondo claro de bondad caballeresca; se recibía a su lado la emanación de un espíritu de la más acendrada lealtad y de sinceridad transparente... Cierro ahora los ojos, y aún me parece verlo que se aleja, con su pesada marcha. Veo su alta y desgarbada silueta: ceñido el cuerpo por un chaquet, los brazos abandonados, con las manos hacia atrás, rígidas, en un gesto muy suyo; la cabeza hundida entre los hombros; los lentes muy bajos, la mirada abstraída y como ausente de las cosas...» (72).

(69) C. Zaldumbide: *José Enrique Rodó*, p. 56.

(70) C. de Castro: *Los grandes de Hispanoamérica*. En «A B C», de Madrid, 4 de octubre de 1929.

(71) R.: *A.*, p. 143.

Los testimonios de los que conocieron y trataron a Rodó permiten apreciar la inexactitud de algunas representaciones iconográficas, representándolo con rasgos angulosos y de fuerte relieve, así el busto de Nebel de Herrera, en la Universidad de Santiago de Compostela (73) y el cuadro de Barthold, existente en el Senado del Uruguay (74), que figura también en la edición *El Camino de Paros*, de la editorial Cervantes.

Rodó diseñó su propio retrato en *Albatros*: «Albatros era un espíritu dulce y afectuoso, de esos en que la bondad fluye como el agua mansa y continua de una fuente, y era, además, un temperamento delicado de artista (75). En lo físico lo singularizaba, sobre todo, su andar torpe, vacilante, como de ebrio al que debía el nombre que le dábamos. Venía este nombre de aquellas páginas de las *Flores del mal*, donde, para simbolizar la ineptitud divina del poeta cuando desciende a lo prosaico del mundo, se evoca la imagen penosa del albatros, que, cazado por la gente del mar, arrastra en

(72) Gustavo Gallinal. Citado por V. Clavel en Prólogo a «N. M. de P.», p. 13-15.

(73) El pie del busto lleva la siguiente inscripción: «José Enrique Rodó—nació en 1872 † 1917—Pro acercamiento—intelectual—iberoamericano. — Comisión protectora — en la — República O. del Uruguay — de la — «Biblioteca América» — de la — Universidad de Santiago — de — Compostela.»

(74) Reproducido en Arturo Scarone: *Bibliografía de Rodó. El escritor. Las obras. La crítica.* Montevideo. Imp. Nacional, 1930. Tomo I. En tomo II de la misma obra, p. 5, representa ampliada la cabeza del cuadro.

(75) R.: *El C. de P.*, p. 3.

la cubierta del barco su cuerpo sin gracia ni gobierno» (76).

Isaac Goldberg interpreta la etopeya de Rodó como consecuencia de su herencia española. «Su profunda fe en el rebaño humano y en su instintivo impulso hacia la justicia y la verdad me hacen ver en la manera de Rodó, si no en algunas de sus exhortaciones actuales, un residuo de esa sangre aristocrática que heredara de su pura prosapia española» (77).

13.—*El complejo de Rodó: timidez y melancolía.*

Afirma Víctor Pérez Petit, en su biografía de Rodó: «A medida que... se hace más mocito, tórnase más tímido» (78). Rodó, hombre de reconcentrada actividad interna, vivía su intramundo; su intensa actividad meditativa lo aislaba cada vez más del trasmundo, ajeno a lo que no estimaba su mundo propio, hasta aparecer en ocasiones huraño, y es que, como dijo Bachini: «El fondo sombrío parece indispensable para realzar acentuadamente la obra luminosa de los genios» (79).

Armando Donoso nos da cuenta de momentos de intensa melancolía vividos por Rodó cuando fué a Chile

(76) R.: *Albatros.* En «N. M. de P.», p. 33-34.

(77) Isaac Goldberg: *La literatura hispanoamericana.* Versión castellana de R. Cansinos Asséns. Prólogo de E. Díez-Canedo. Madrid. Edit. América; p. 230.

(78) V. Pérez Petit: *Rodó. Su vida. Su obra.* Montevideo. Imprenta Latina, 1918; p. 45.

(79) A. Bachini: Discurso en el paraninfo de la Universidad. En «Pegaso». Montevideo. Febrero de 1920; p. 285.

con el poeta Zorrilla de San Martín para conmemorar el primer Centenario de la independencia chilena:

«Horas de honda quietud convivimos cerca de él mientras huía del bullicio de la ciudad, llegando hasta el florido rincón de Peñalolen, donde le fué grata sorpresa la evocación de los días que don Andrés Bello gustó de vivir en aquel rincón perfumado; luego, cuando escapado algunas horas de las exigencias del protocolo oficial iba hasta el refugio verde y grato del cerro Huelén.

... ...

»... Rodó nos ha dicho: «Antes de alejarme, quién sabe si para siempre, vamos un rato a dialogar con las estrellas.

... ...

»Entorno los párpados y atizo la hoguera del recuerdo; veo a Rodó con la cabeza echada atrás, de cara al cielo, apoyado en la baranda de la glorieta que se perfila sobre el abismo. Habla lentamente, con acento fatigado; de pronto extiende su brazo y traza una amplia rúbrica en el aire; en seguida se endereza y, haciendo visillo con su diestra sobre los ojos, atisba a lo lejos y se queda suspenso mirando hacia la lejanía.

... ...

»Vuelve Rodó a reclinarse sobre la barandilla de la glorieta. Calla. Se dijera que se ha quedado adormecido en la tristeza de la altura, mientras la melancolía de la hora comienza a entrar en él.

»En un inmenso incendio se sumerge el sol en la lejanía más remota; hacia el Oriente, el inmenso taluc de los Andes refleja las últimas luces de aquella orgía

de púrpura; bañándose las nieves en el carmín lejano y las quebradas profundas, donde las sombras se cortan en tonos azules, recogen los albores de las luces vespertinas. Flota sobre la ciudad una bruma terrosa que la cubre como un velo impalpable.

»Huye el tiempo en torno; vuelan los minutos llevándose los encantos de esta tarde inolvidable. ¡Quién nos diera poder eternizar el milagro de tal hora, que luego entrará en el seno de la noche y del recuerdo!

»¿Para qué hablar? El recogimiento que se goza en la altura, adonde sólo llegan los ecos debilitados del bullicio urbano, torna comunicativa la actitud silenciosa de Rodó, que se ha hundido en el regazo del ensueño, con la tranquila mansedumbre de un niño que se duerme. *Silence and secrety*, hemos pensado, con Carlyle: silencio y secreto para los espíritus profundos.

»Digamos las confidencias de la hora; entreguémonos al reposo de la tarde (nos ha dicho hace un instante).

... ...

»Bruscamente el frío de la noche, ya muy entrada, nos ha vuelto a la realidad. La glorieta, que se asienta sobre la roca desnuda del más alto picacho del cerro Huelén, está cubierta por las sombras nocturnas. El cierzo cortante acuchilla el rostro y hiela las pupilas, que se esfuerzan en la oscuridad. ¿Fueron, acaso, minutos, horas, los días que allí permanecimos? Hemos olvidado la noción del tiempo, y ahora nos encontramos ante la realidad de la noche profunda que nos rodea.

»Descendemos la empinada escalera de piedra que conduce a la alta glorieta, y mientras Rodó se detiene

para mirar hacia la profunda lejanía, advierto, al iluminarle de lleno la luz de un foco eléctrico, un inusitado temblor en sus manos. El ha notado nuestra sorpresa, y antes que avancemos alguna pregunta, nos dice:

»—No crea que es el frío de la noche: estas emociones profundas de la naturaleza me conmueven hasta hacerme temblar.

»¡Y el temblor de sus manos era también el temblor de su voz!

»Adorador de la vida, inquieto ante toda expresión de la belleza, la sensibilidad exquisita del poeta profundo que fué Rodó vibraba aquella noche como una cuerda tensa ante el dedo inquieto que le arrancó la nota.

»¡Grande y sincera alma de niño! ¡Admirable espíritu y sensibilidad de artista! ¡Cómo bastó una tranquila noche de septiembre para llenar de estrellas su melancolía!

»El ceño adusto de hacía un instante había desaparecido en el autor de *Ariel*: ágil y rápido, ahora continuaba descendiendo los peldaños de la áspera escalera; luego, al pisar el primer sendero, quebrado en abrupta pendiente hasta el jardincillo cercano, le veíamos apurar el paso, correr en seguida, aspirando el aire frío de la noche, con desenfrenada alegría.

»No era éste el Rodó taciturno que se ocultó a nuestra curiosidad de adolescente un lejano día, allá en su amable rincón de la calle Cerrito, de su Montevideo natal.

»Benévolo y sonriente el Rodó de esta hora íntima, fué para nosotros la revelación del espíritu altísimo y del hombre bondadoso que ha vaciado en sus libros lo

mejor de su corazón. Así lo soñábamos y así le queríamos antes de conocerle; pero ¡la máscara de un rato de mal humor puede cambiar tanto a un hombre! (80).

»El estoicismo del artista acalla las vislumbres de la melancolía: «Acaso el hombre tuvo caídas y flaquezas que le hermanaron a nosotros, míseros; en el escritor, ningún rastro ha quedado de ellas» (81).

»Con los años se acentuó la melancolía. Notas dispersas y fácilmente unificables corren, en los últimos años, por su obra, delatando este amor que refluía de su solitaria altura de meditación, a seres y cosas desaparecidos, y no sin breve dejo de amargura, amargura que da a su esperanza vigor más estoico y entero.

»... Acentos de meditación como algunos suyos frente a la tumba de Leopardi, ya que no pueden tomarse por presentimiento de su fin cercano, muestran que su alma se ensombrecía magníficamente y que un viril amargor iba macerando su corazón como madurándole para la muerte» (82).

En el Prado de Montevideo, Pedro Miguel Obligado fué presentado a Rodó por Bustamante. Al saber que aquél escribía, le dijo Rodó: «Hace bien, amigo, en escribir. Quien escribe se acompaña, y es la propia compañía la única que no puede faltarnos nunca.» Y agregó: «Las pasiones pasan, el triunfo desencanta, la lucha distrae, pero fatiga. Sólo el arte queda.» Aquella

(80) Armando Donoso: *Rodó. Evocación del espíritu de Ariel.* Santiago de Chile. En «Nosotros». Buenos Aires. Mayo de 1917; páginas 40, 41, 42 y 51-52.

(81) G. Zaldumbide: *José Enrique Rodó*, p. 61.

(82) G. Zaldumbide: Ob. cit., p. 70.

tarde, «se le desbordaba la amargura del silencio». «Rodó (dice P. M. Obligado) tenía una actitud muy serena. Nosotros sentimos la sensación de que deseaba quedarse solo. Temimos molestarlo, y nos retiramos. Al volver a la ciudad, Bustamante me dijo: «Hace tiempo que Rodó está muy triste; una melancolía inexplicable invade su alma, como una nube invade una casa de la montaña.»

»Yo pensé: «Como una nube que invade una casa de la montaña»...!

»¡Oh, aquella angustia serena parecía optimismo! Recuerdo sus palabras de *Ariel*: «No olvidéis, además, que en ciertas amarguras del pensamiento hay, como en sus alegrías, la posibilidad de encontrar un punto de partida para la acción; hay a menudo sugestiones fecundas...» «En tal sentido se ha dicho bien que hay pesimismos que tienen la significación de un optimismo paradójico.»

«Ahora, meditando sobre sus libros, pienso que aquel noble escritor tomaba de sus tristezas la fuerza para resistir heroicamente» (83).

Ernesto Quesada, hablando en Buenos Aires con «un distinguidísimo escritor uruguayo», del que, naturalmente, calla el nombre, recoge una pincelada sombría, trazada por éste:

»Tenía mi compatriota y amigo singulares puntos de contacto con Darío, siquiera en su desdén por el concepto burgués de vida metódica y arreglada, y en su amor por la tendencia de cierta bohemia literaria que

(83) Pedro Miguel Obligado: *La serenidad del artista.* En «Nosotros». Buenos Aires. Mayo de 1917; p. 54, 55 y 56.

malgasta pródigamente la vida, la despilfarra y entrega a toda clase de excesos, consumiendo en ellos los días y las noches, y concluye por complicarse con visible fruición en desafiar el criterio de lo que se llama gente equilibrada y normal, rompiendo aquella animosidad por lo vedado. La inspiración en ambos a veces le da el más alto lugar a cierta exaltación de alma, artificialmente sacada de sus casillas por excitantes perniciosos... Su amargura y su abandono no pude nunca saber de qué manera fueran, porque era como vadear un piélago profundo; pero ello no menguaba el brillo de su producción, la alteza de su pensamiento, la pureza de su estilo. Todo se conjuraba gallardamente para que fuera feliz, y él se empeñaba en ser desgraciado, como si hiciera reputación de no enmendarse... A los ojos de sus admiradores y amigos venía el espectáculo de una futura e inevitable ruina, como final de ese afán desordenado: se hizo entonces lo posible por que reaccionara, mas fué en vano. Y su genio se resistía con intrépida desesperación a ese suicidio mental.

»Me asombra y me llena de estupor lo que oigo, dije entonces. ¿No pinta usted, acaso sin quererlo, su condición más áspera de lo que era?... Sus producciones sugestionan, levantan los corazones, los sostienen en la lucha diaria, son un verdadero evangelio de la vida. Debo confesar, sin embargo, que en algunos pasajes cierta inexplicable tristeza revelaba la gran duda de su ánimo, pero a renglón seguido mostraba el sol a los ojos bello y lúcido» (84).

(84) Ernesto Quesada: *Rodó y su obra.* B. A. 25. V. 17. En «Nosotros». Buenos Aires. Mayo de 1917; p. 36, 37 y 38.

Pérez Petit afirma que Rodó era abstemio: «Los que hemos vivido en la intimidad de Rodó podemos asegurar que jamás le vimos beber más que agua. Alguna que otra vez, por raro caso, tomaba en un café o confitería algún licor, escogiendo el curaçao u otro así muy dulce y empalagoso, pues gustaba de los dulces extraordinariamente» (85).

El propio Rodó, comentando el drama del argentino Payró, en *Impresiones de un drama*, justifica la bohemia: «ya el bohemio no se nos aparece consagrado por una elección fatídica, ya no es el «personaje reinante»; y la fe en la virtud viril del trabajo, la confianza en la voluntad rítmica y fuerte, en la eficacia de la disciplina de la vida, para todo género de aplicación mental, han recuperado sus fueros. Pero librémonos de extremar esta reacción, que confina con las más antipáticas limitaciones del sentimiento y del juicio. Librémonos de negarnos, con rigidez fría y necia, a la comprensión de lo que la bohemia tiene de interesante, de conmovedor y de humano. Y esta comprensión estriba en reconocer las fuerzas que atraen al artista con superior intensidad que al hombre común, fuera de la órbita regular de la vida. En primer término, la profesional hipertrofia de la sensibilidad y la imaginación, con sus excitaciones, con sus desequilibrios, con sus hiperestesias y con la correlativa reducción de toda aptitud de gobierno práctico y de orden, ya que es ley de economía orgánica que nuestras facultades se desenvuelvan

(85) V. Pérez Petit: *Rodó. Su vida. Su obra.* Montevideo. Imprenta Latina, 1918; p. 238-239.

a expensas las unas de las otras. Luego, el anhelo de exceder en la competencia de originalidad y verdad, mediante la aplicación de un experimentalismo artístico que opere, con el corazón y los sentidos propios, en los hornillos del sentimiento y en los alambiques de la sensación. Y además, las mismas condiciones precarias del oficio, que si por una parte niegan a la vida el eje consistente a cuyo alrededor ordenarla, por otra parte tientan a la angustiosa busca del olvido y al apresamiento de la hora de forzada, violenta y fugitiva dicha» (86).

En *La literatura posterior a la guerra*, Rodó da su opinión respecto al carácter que cada autor infunde en sus escritos: «La vida de la imaginación es el desquite de la vida real... En lo que se refiere al carácter que cada autor infunde en sus escritos: la parte de personalidad puesta en transparencia por la obra no es siempre la misma que el hombre manifiesta en la sociedad y en la acción, sino, con mayor frecuencia, otra más íntima, tal vez contradictoria con aquélla, y que busca el regazo de la fantasía para tregua y olvido de la realidad. Los poetas-soldados del Renacimiento componían églogas e idilios. Molière y Moratín reían poco y tenían poco de que reír en el escenario del mundo» (87).

El contraste brusco entre la idealidad y la crudeza de la realidad le hizo sentir un intenso deseo de paz en el campo santo de Pisa: «Me sumerjo en la divina serenidad del campo santo, cuyos cuatro cipreses me parecen ya viejos amigos a cuya sombra no sería ingrato dormir» (88).

(86) R.: *Impresiones de un drama*. En «M. de P.», p. 101-102.

(87) R.: *La literatura posterior a la guerra*. En «El C. de P.», página 59.

Se ha pensado si algún amor no correspondido, o quizá ni manifestado por exceso de timidez, contribuiría a acibarar su alma. El párrafo CXII de *Motivos de Proteo* se titula: «La disciplina del amor y la calidad del objeto en que el amor se cifra», y en él se lee lo siguiente: «Relaciónase con esto que digo de la virtud disciplinaria de una potencia interior que nos domina, una proposición llena de dudas: ¿valdrá más, para el buen gobierno de la vida, ausencia de amor, o amor consagrado a quien sea digno de inspirarle?» (89). ¿Esta proposición «llena de dudas» contendrá la autoconfesión de su complejo de timidez?

¿Podría aceptarse, para explicar el complejo de melancolía en Rodó, lo desfavorable del medio ambiente en el que desarrolló su vida y sus propias manifestaciones sobre la necesidad de excitantes ante la hipertrofia de la sensibilidad y las condiciones precarias del oficio?

14.—*El ambiente.*

Rodó, formado autodidácticamente, se ofrece independiente del medio que le rodeaba. Es evidente la desproporción entre el escritor y el ambiente. Rodó repite casi como un *leit motif* su desvinculación con el medio.

(88) R.: *Recuerdos de Pisa*. En «El C. de P.», p. 146.

(89) R.: «M. de P.», p. 344.

En carta a don Juan Francisco Piquet, el 20 de abril de 1904, dice con legítimo orgullo: «Mi mayor satisfacción es poder decir que cuanto soy y valgo intelectualmente lo debo a mi esfuerzo personal, a mi trato directo con los libros, que es necesario luego completar viendo y oyendo lo que hay desparramado por el mundo» (90). En el mismo año 1904, juzgando *De Litteris*, de F. García Calderón, se expresa así: «Y además de la actitud cierta, manifiesta lo que es aún menos frecuente en tierras, como las nuestras, inhospitalarias para las cosas desinteresadas del espíritu» (91).

En el discurso al inhumarse los restos de Samuel Blixen, el 23 de mayo de 1909, afirmó: «Su actividad continua y entusiástica en la propaganda del amor de lo bello, de lo selecto, de lo desinteresado, bastaría a asegurarle la perennidad del recuerdo, porque esa propaganda tiene, en sociedades como la nuestra, toda la significación de un Evangelio, casi siempre mal comprendido y mal agradecido, pero de una eficacia civilizadora más radical y profunda de lo que imagina la vulgaridad.» En el mismo discurso aprecia la circunstancia de ser el Uruguay un pueblo nuevo: «Para nosotros, escritores y artistas, los que hemos consagrado lo mejor de nuestro espíritu y de nuestra existencia a labrar, en el alma de un pueblo nuevo e inestable todavía, un refugio para el pensamiento desinteresado, un refugio para la meditación, un refugio para el arte, la extinción de esa

(90) Carta de Rodó a don Juan Francisco Piquet. En «El q. v.», página 210.

(91) R.: *De litteris*, de F. García Calderón. Lima, 1904. En «El M. de P.». p. 209-210.

vida es una gran fuerza que nos falta, una gran voz alentadora que muere en el silencio, una gran soledad que nos desconcierta...» (92).

Al enjuiciar *Nuevos ensayos de crítica literaria y filosófica*, de Alberto Nin Frías, no niega Rodó «que existan, y hasta abunden entre nosotros, en relación con lo limitado del ambiente, los espíritus capaces de conversar» sobre temas de filosofía, de literatura, o de arte». «Lo que falta (añade) es la persistencia del interés» (93).

Vaz Ferreira, enjuiciando el ambiente de 1908, estima que falta todo: «deficiencias de nuestro medio, que ustedes conocen de sobra: todo falta aquí. Falta, en primera línea, el estímulo..., en realidad, lo que hay aquí para el productor intelectual... no es siquiera hostilidad *(digo siquiera*, porque la hostilidad puede ser todavía una forma de estímulo, y a veces, no de las más ineficaces): hay simplemente la indiferencia absoluta... Así, toda investigación original y propia en estos medios es, a mi juicio, entonces, una forma de heroísmo. Creo que el que llega a producir aquí, en cualquier orden de actividad original, algo simplemente mediano, vale más intelectualmente y muchísimo más moralmente, desde el punto de vista de la voluntad, sobre todo, que un notable productor europeo. Pero, hechas todas estas comprobaciones, que son tristemente certísi-

(92) R.: «Samuel Blixen». Discurso. En «El M. de P.». p. 175, 176 y 177.

(93) Alberto Nin Frías: *Nuevos ensayos de Crítica literaria y filosófica* (con una carta de J. E. Rodó, un estudio sobre el último libro del autor por Miguel de Unamuno, un Apéndice sobre el autor y Bibliografía). Montevideo. Dornaleche y Reyes: s. a.: p. XX.

mas, me será permitido hacer notar a ustedes que, a mi juicio, aun descontando el efecto de tantas y tan lamentables causas, *no hacemos aquí cuanto podríamos y cuanto debiéramos.*

»No hay que exagerar, en efecto, ni sugestionarse. Es cierto, por ejemplo, que los medios materiales de producción faltan aquí, o poco menos; pero tampoco conviene acostumbrarse a encontrar en ello una disculpa sin reservas. Inmensa cantidad de los grandes descubrimientos se han hecho en condiciones materiales pobrísimas» (94). En cuanto a las posibilidades de hacer, aun teniendo en cuenta el medio desfavorable, podría citarse el caso de Rodó y el del propio Vaz Ferreira.

En 1900, Alberto Nin Frías estimaba: «Hay entre nosotros un pequeño círculo pensador y creador al mismo tiempo...; los pensadores son raros. El medio es todo para el hombre... Poseemos talento, y sólo nos falta la emulación y la preparación científica.» Y, considerando que «el positivismo ha tomado la delantera», afirmaba: «Comte y Renán (este último, el hechicero de las almas, que, cual el vendedor de lámparas nuevas del cuento de Aladino, quiere quitarnos aquella que nos alumbra con un día perpetuo y que da a la vida toda su belleza) influyen poderosamente sobre las inteligencias llenas de sueños superiores» (95).

(94) Carlos Vaz Ferreira: *Moral para intelectuales.* (Conferencias de clase). Montevideo. Tip. Escuela N. de Artes y Oficios, 1909; p. 17-18.

(95) Alberto Nin Frías: *Ensayo sobre Enrique H. Taine y sus ideas religiosas.* En «Ensayos de crítica e historia». Valencia. F. Sempere y Cía.; s. a.; p. 32 y 33-34.

En el mismo tono desfavorable al ambiente se manifiesta, en 1911, Elzear Santiago Giuffra: «Desgraciadamente, en este país, más que en ningún otro, tienen mucho de verdad las amargas palabras de un orador célebre [Castelar], cuando afirmaba que la vida de las letras es una vida tempestuosa, donde hace falta un brazo hercúleo para abrirse paso y una lucha titánica para sostenerse» (96).

En el ambiente de Hispanoamérica, Arturo Torres Rioseco, estudiando a José Asunción Silva, estima superior el medio del Uruguay y de la Argentina al de otros países: «En cambio, en otros países hispanoamericanos abiertos a la inmigración europea, en los cuales es posible una comunicación rápida con los principales centros culturales del mundo, el escritor puede ser considerado como parte integrante de un grupo de intelectuales de avanzada. Por esta razón, en países como en la Argentina y el Uruguay, ha habido escritores que, abandonando nuestro provincialismo y nuestra mediocridad ambientes, se han identificado con los mejores escritores europeos de nuestro tiempo y que han sobrepasado a los mejores hombres de letras de la Península. Sirvan como ejemplo los nombres de Rodó, Ingenieros, Herrera y Reissig, Lugones, etc., etc.» (97).

Juan Antonio Zubillaga enjuicia acertadamente a Rodó en relación con el ambiente: «Y es natural que

(96) Elzear Santiago Giuffra: *Cosas del medio ambiente.* Prólogo de José Enrique Rodó. Montevideo; s. in.; 1911; p. 128.

(97) Arturo Torres Ríoseco: *José Asunción Silva* (1865-1896). En «Nosotros». Buenos Aires. Año XVII, núm. 173, octubre de 1929; página 181.

no dependa de la cultura circunstante nuestro autor y su obra: ésta y el espíritu de Rodó, en el ambiente uruguayo de la época en que aparecen, son flores exóticas traídas por un viento venido de tres mil leguas de distancia. Por eso tienen el brillo de las civilizaciones superiores desarrolladas, a través de los siglos, del otro lado del océano que las separa de la patria joven del escritor.

»Precisamente: si era Rodó grande hasta exceptuar de todas su superioridad, sólo fué porque se sustrajo del medio en que existía y se aisló para ser sabio por el estudio y la meditación y para ser artista por el amor y el culto de la belleza. Por eso quedó extraño y luminoso sobre todos» (98).

15.—*Simpatía por el mar y por los atardeceres.*

Rodó, en *Motivos de Proteo*, estima es el mar «gran confidente de meditabundos» (99). Ha analizado la variabilidad de la ola, al explicar el simbolismo de Proteo, antes de la exposición del libro referido (100).

La muerte de Bolívar en Santa Marta, en el otoño de 1890, le inspira una explicación metafórica del final de la vida del héroe: «Allí, arrullado por el trueno del

(98) Juan Antonio Zubillaga: *De una larga amistad.* (Algunos recuerdos de Rodó). Al doctor Abel J. Pérez, Director General de Instrucción Pública (gran amigo de Rodó). En «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 103, noviembre de 1917; p. 360.

(99) R.: «M. de P.», p. 366.

(100) R.: «M. de P.», p. 7.

mar, espera la cercana muerte, epilogando, como el mar, con la tristeza de una calma sublime, la sublimidad dinámica de sus desates tempestuosos» (101).

La inquietud de las aguas saladas despierta su simpatía por el líquido elemento: «Tengo el sentimiento en el mar. Esas afinidades instintivas con las cosas de la naturaleza, esas misteriosas simpatías que parecen recuerdos de una existencia elemental, no me hablan de mi fraternidad con la montaña abrupta, ni la tendida pampa, ni otra de las duras formas de la tierra, sino de mi fraternidad con las inmensas y ondulantes aguas, con el errabundo ser de la ola. Abro el pecho y alma a este ambiente marino; siento como si mi sustancia espiritual se reconociese en su centro.

»Siempre me ha parecido propio de conciencias inmóviles, de caracteres apegados a lo fijo y estático, la incomprensión de la belleza del mar y de lo que hay en él de sugestión profunda» (102).

Según el testimonio de A. Andrade Coello, al comienzo del párrafo citado se lee en *Caras y Caretas*: «Tengo el sentimiento del mar» (103).

La sensibilidad de Rodó ante la naturaleza vibraba, no sólo ante el mar, sino también en la montaña. Recordemos sus palabras en el cerro Huelén, en Chile, y la descripción de Ambato, al comienzo de *Montalvo* (104), trazada con tal verismo, que llegó a creerse

(101) R.: *Bolívar.* En «Hombres de América», p. 115-116.

(102) R.: *Cielo y agua. A bordo del «Amazón».* Agosto 1916. En «El C. de P.», p. 63.

(103) Alejandro Andrade Coello: *Al margen de «El Camino de Paros».* Quito-Ecuador. Imp. Mejía, 1919; p. 13.

(104) R.: *Montalvo.* En «Hombres de América», p. 5-6.

en la estancia del escritor en aquel lugar, cuando lo cierto es que sólo salió de su patria al ir a Chile en 1900 y en el viaje a Europa en los meses finales de su existencia.

La simpatía por el mar y por los atardeceres, reflejo temperamental del escritor, pueden relacionarse con su complejo de melancolía y considerarse como motivaciones de cuadros trazados con pinceladas coloristas.

A bordo del *Amazón*, en agosto de 1916: «Cae la tarde. Me inclino a contemplar desde la borda, ya los oros y púrpuras de la puesta del sol, ya los alabastros, los mármoles, los ónices que la estela del barco compone con la onda transparente. Balsámica emanación de paz y de misterio parece exhalarse de la soledad infinita» (105).

En una «serena tarde de otoño», afirma no haber «visto en parte ninguna morir la tarde de manera tan soberanamente bella como en Pisa» (106).

En diciembre de 1916, «al subir las gradas del Capitolio, cuna y altar de la latina estirpe», observa: «El sol de una suavísima tarde doraba aquellas piedras sagradas y aquellos árboles que dicen la mansedumbre y la gracia de esta naturaleza» (107).

En enero de 1917, mientras contempla el panorama desde la «villa» del cardenal Hipólito de Este, que juzga un Edén: «Una familia de Génova o de Savona recorría al par mío los jardines, y de pronto oí una voz infantil que decía con vibrante júbilo, mientras la tendida manecita señalaba el confín del horizonte:

»—¡Il mare, il mare!

»No es el mar, sino la campiña romana que se extiende al pie de las montañas sabinas...

»Como un faro de ese mar ilusorio, se alcanza a vislumbrar entre los celajes la cúpula de San Pedro» (108).

El atardecer realza la belleza de las *contadinas* de Anacapri: «Belleza de mármol bruñido por el sol y el viento del mar; o, si la tomáis cuando, al caer la tarde van con el cántaro a la fuente, belleza de Nausicaa, rodeada del candor patriarcal» (109).

Variación sobre el mismo tema puede considerarse el párrafo CLVII de *Motivos de Proteo*: «Cuadro de otoño» (110).

16.—*Simpatía por la poesía.*

Rodó escribió algunas poesías: dos sonetos y unas cuartetas. El soneto «Lecturas», publicado en 1896, en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, y reproducido en *El que vendrá*, de la edición «Cervantes», de Barcelona (111). Las cuartetas, tituladas «A...»,

(105) R.: *Cielo y agua*. En «El C. de P.», p. 66.

(106) R.: *Recuerdos de Pisa*. Florencia, octubre de 1916. En «El C. de P.», p. 136.

(107) R.: *Al concluir el año*. Roma, diciembre de 1916. En «El C. de P.», p. 175.

(108) R.: *Tívoli*. Tívoli, enero de 1917. En «El C. de P.», páginas 198-199.

(109) R.: *Capri*. Castellamare, marzo de 1917. En «El C. de P.», página 230.

(110) R.: *Cuadro de Otoño*. En «M. de P.», p. 448-451.

(111) *El que vendrá*. Ed. Cervantes. Barcelona, 1930; p. 301.

dedicadas a la artista Lola Millares, que nunca tuvo conocimiento de ellas, aparecidas en el número primero de *La Carcajada*, del 4 de enero de 1897, y reproducidas en el tomo XVII de la Enciclopedia «Universitas» (112).

El soneto contestando a la epístola de Carlos Reyles pidiéndole un prólogo para su novela *El Terruño* (113). No son sólo dos sonetos la producción poética de Rodó, como afirmó Luisa Luisi (114). Tan poca importancia concedió a sus producciones en verso, que, según recuerda Zubillaga, en una tertulia en casa del doctor Sienra Carranza, sostuvo Rodó: «Yo no he escrito versos», justificando su afirmación con este juicio: «Versos que el autor no reconoce, son versos sin responsabilidad para él» (115).

Rodó tuvo, y manifestó, gran aprecio por la poesía y le señaló elevada significación moral.

Ve con melancolía, al juzgar *Dolores*, de Federico Balart, el dominio de la prosa: «La revelación de un nuevo poeta de verdad, cualquiera que sea su índole y su talla, será siempre una halagadora novedad y una pro-

(112) *Universitas*. Enciclopedia de Iniciación Cultural. Salvat. Editores. Barcelona, 1945. [Imp. Hispano-Americana]. Tomo XVII. páginas 349-350.

(113) Carlos Reyles: *El Terruño*. Prólogo de José Enrique Rodó. Montevideo. Imp. «Renacimiento»; p. IX.

(114) Luisa Luisi: *Escritores uruguayos: Carlos Reyles, novelista*. En «Nosotros». Buenos Aires. Año XVI, núm. 159, agosto de 1922; p. 467.

(115) Antonio Zubillaga: *De una larga amistad*. (Algunos recuerdos de Rodó). En «Nosotros». Buenos Aires. Noviembre de 1917: p. 356 y 357.

mesa de gratas emociones para aquellos que no podemos ver sin un poco de melancolía, aun cuando nos lo expliquemos como oportunidad literaria de la época, cómo el intolerante dominio de la prosa invasora, que absorbe en todas partes la nueva savia intelectual para vivificar el organismo de la novela y la crítica triunfantes, deja languidecer en solitario destierro a aquella reina destronada que ejercía con el cetro del ritmo el soberano imperio del sentimiento y de la fantasía de los hombres» (116).

Comentando *Bajorrelieves*, de Leopoldo Díaz, afirma su fe «en el sublime magisterio de la palabra de los poetas», y a continuación recuerda «a Schiller narrando la historia de *Pegaso bajo el yugo*» (117).

Se lamenta de formar «el rebaño oscuro de la prosa», y, basándose en su afición al estudio de los poetas, sostiene la superioridad de la poesía. «Ustedes ríen de los augures que profetizan la ruina inevitable de la ciudad de que son dueños ustedes imperan eternamente vencedores» (118).

Alta finalidad moral señala a los poetas: «Cantad, ¡oh poetas!, a los ideales que confortan, a los entusiasmos que reaniman, a los impulsos que levantan. Dejad, ¡oh caballeros de una luminosa caballería!, a nuestra prosa oscura la acerbidad de sus querellas y a nuestra estéril

(116) R.: *Dolores*, por Federico Balart. Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales. Montevideo. Marzo de 1895. En «El q. v.», p. 62.

(117) R.: *Divina libertad. Al margen de «Bajorrelieves», de Leopoldo Díaz*. En «El M. de P.», p. 105-106.

(118) R.: *Sobre un libro de versos*. Al argentino Francisco Soto Calvo, autor de «Prosas». En «El q. v.», p. 106.

cavilación sus inquietudes. Cuando oigáis que negamos, vosotros afirmad; cuando las frentes pálidas y fatigadas se dobleguen al peso del dolor o la duda, levántense las vuestras señalando a la región de quien acaso nadie sino vosotros puede hablarnos, porque sois sus proscriptos; cuando nosotros arranquemos de nuestras almas, para enarbolarlo como una fúnebre bandera, un jirón más de sombra, vosotros encended sobre los horizontes de la vida un nuevo rayo de luz...» (119).

Maestro de los poetas consideró Vargas Vila a Rodó: «No incluyo entre los poetas muertos recientemente aquel sereno y noble espíritu, aquel desterrado de los pórticos de Atenas que fué José Enrique Rodó, porque él no versificó (que yo sepa). Maestro de poetas, sin aspirar a emularlos, fué como un pentagrama que contiene toda la Música, y es mudo» (120).

17.—*Amor a su Patria.*

Aun en los momentos en que los puntos de su pluma se empapaban de amargura, en la carta a Unamuno del 20 de marzo de 1904 espera «el triunfo sobre los resabios del pasado» (121).

En el discurso a Anatole France, confía en un di-

(119) R.: *Juicios cortos. La naturaleza. Constelaciones,* por J. Rivas Groot. Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc. Montevideo. Junio 1896. En «El q. v.», p. 135.

(120) Vargas Vila: *Rubén Darío.* Barcelona. Ramón Sopena, editor; s. a.; p. 9-10.

(121) V. «Cartas a Unamuno» en Apéndice.

choso porvenir de su Patria: «Maestro: no podemos ofreceros nada para vuestra gloria, porque vuestra gloria está completa, y porque rudos trabajadores de un suelo que es necesario desbrozar, no hemos cosechado todavía las flores con que se tejen las guirnaldas para las frentes elegidas. Pero os ofrecemos, de lo íntimo de nuestro corazón, algo más sencillo que la gloria: la simpatía; la simpatía que quedará, como huella indisipable de vuestra presencia, en la memoria de un pueblo que marcha al porvenir con la aspiración de ennoblecerse por la virtud de las ideas y por el culto de la belleza y de la verdad» (122).

Carlos María de Vallejo, al referir la trágica muerte de Rodó, recuerda que «ya en suelo de Italia, cuando escribió sus diálogos de bronce sobre el *David* de Miguel Angel y el *Perseo* de Benvenuto Cellini, confesaba a su amigo Zubillaga, en correspondencia particular, que se sentía dominado por el *mal de patria*...» (123).

18.—*Posible corona poética.*

Se podría tejer una corona poética con las poesías dedicadas a Rodó por los poetas nacionales y extranjeros. Se acercan a cincuenta la fichas reseñadas por Arturo Scarone, de poetas que han dedicado a Rodó frutos de

(122) R.: «A Anatole France». Discurso pronunciado en el banquete ofrecido a Anatole France, a su paso por Montevideo, el 16 de julio de 1909. En «El M. de P.», p. 146.

(123) Citado por V. Clavel en Prólogo a «N. M. de P.», páginas 21-22.

sus ingenios (124). En la posible corona podría figurar «La Despedida», de Emilio Frugoni, que utilizamos para poner fin a este capítulo. El poeta, con ritmo y medida que recuerdan a Rubén Darío, aprecia el casticismo del castellano de Rodó, su idealismo, la grandeza de su alma, manifestada en bellas palabras y en su vida, la resonancia platónica en sus ideas y el influjo de Emerson y Renán:

Suave y dulce maestro, todo luz y armonía,
que cerraste los ojos para siempre en Italia
entre los esplendores del azul Mediodía,
tu verbo era serena vena de una Castalia
que en suelo americano hizo brotar un día
sobre un tronco de Hesperia una rosa de Galia.

Descendía esa fuente de las marmóreas cumbres
donde Renán la llama de su oración prendiera;
reflejaba en sus ondas las inmortales lumbres
—la imagen de la Acrópolis con su gracia severa—
y limpió de nocivas y tenaces herrumbres
el metal castellano que Cervantes batiera.

El acero del habla fué en tus manos, maestro,
ágil, flexible, dúctil, levemente sonoro,
y en él grabó sus cifras imborronables un estro
al cual fué siempre aliado el insigne decoro
del arte de un artífice, como ninguno diestro,
que acuñó con su efigie sus medallas de oro.

Platicaste con Sócrates, larga y serenamente,
y con Platón un mudo diálogo mantuviste,
y de esas hondas pláticas conservaste en la mente
un fulgor de idealismo, que en tus obras pusiste,
y un sabor de almas grandes, hondamente presente,
que en tus bellas palabras y en tu vida persiste.

(124) Arturo Scarone: *Bibliografía de Rodó: El escritor. Las obras. La crítica.* Montevideo. Imp. Nacional. 1930. Tomo II. Fichas: 337, 578, 609, 634, 677, 684, 875, 726, 728, 729, 730, 731, 732, 873, 917, 921, 922, 923, 926, 1169, 1174, 1193, 1285, 1300, 1305, 1435, 1588, 1592, 1658, 1662, 1712, 1715, 1729, 1771, 1772, 1775, 1782, 1783, 1784, 1823, 1840, 1880, 1881, 1883 y 1966.

De los mirtos de Grecia a la sombra propicia
tu espíritu fué helénico y tu numen pagano,
y ante las formidables murallas de Fenicia
al Ideal cantaste, divinamente humano...
y la palabra indócil se ofreció a la caricia
—como a Orfeo las fieras— de tu mágica mano.

Próspero, Ariel y Gorgias contuvieron tu esencia,
volaron con tus alas, o las suyas prendieron
en tus hombros. Tuviste su bondad y su ciencia,
y el milagroso impulso con el cual ascendieron,
y su filosofía o su don de videncia:
trinidad de ti mismo, en ti se confundieron.

Bondadoso maestro, que ya a reunirte has ido
con las sombras amigas de Emerson y Renán,
mírame aquí en la playa, por la angustia transido,
agitando un pañuelo con el terco ademán
de quien ahuyenta a un pájaro invisible —el Olvido—
en tanto que unas blancas velas vienen y van (125).

(125) Emilio Frugoni: *La Despedida.* En «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97, mayo de 1917; p. 23-24.

CAPITULO II

PERSONALIDAD LITERARIA E INFLUENCIAS

1.—*La generación uruguaya de Rodó.*

Perteneció Rodó al novecientos. Cumplió su misión en una generación de ilustres compatriotas: el crítico literario Samuel Elixen, el novelista Carlos Reyles, el cuentista Javier de Viana, el dramaturgo Florencio Sánchez, el filósofo Carlos Vaz Ferreira y los poetas Julio Herrera y Reissig, Delmira Agustini y María Eugenia Vaz Ferreira.

Isaac Goldberg ha puesto de manifiesto la particularidad de la generación del novecientos en el momento histórico de su aparición: «El moderno Uruguay presenta en su desarrollo intelectual un espectáculo desproporcionado para las diminutas dimensiones de la República. Después de una época de luchas ha surgido una nación que en la última mitad del siglo XIX ha producido una galaxia de figuras tan importantes» (1).

(1) Isaac Goldberg: *La literatura hispanoamericana*. Versión de R. Cansinos Asséns. Madrid. Edit. América: p. 213.

Después de la impetuosidad del Romanticismo, predominó el Modernismo en la literatura uruguaya. Expresa Ariosto D. González, al enjuiciar el libro *José Enrique Rodó*, por Gonzalo Zaldumbide: «Sin que arraigara en América la cultura clásica, llegó el romanticismo impetuoso a barrer los primeros elementos de orden y jerarquía... Y surgió así una literatura improvisada y convulsa, grande a veces en los aciertos geniales, pero siempre llena de incoherencias y de caídas a lo vulgar. En ese medio social, Rodó reemplaza, «con su manera de pensar, de sentir y de expresar, la tradición clásica, casi inexistente en la formación intelectual de América» (2).

«Después del Romanticismo, crece lo que se denomina el Modernismo... José Enrique Rodó (expone Luis Amador Sánchez, de la Universidad de Sao Paolo), acepta el acontecimiento y lo estudia; es un crítico ponderado, más frío que entusiasta, pero navega, tal vez sin quererlo completamente, al empuje del nuevo curso de las aguas. Venera lo clásico con afán de erudito, pero también se agita con ferviente idealismo. Conserva su independencia como un romántico, pero también cultiva la belleza de la forma» (3).

La generación del novecientos fué, en general, autodidacta, con escasas vinculaciones universitarias. Sin embargo, «en un mundo cultural tan pequeño... la misión rectora de la Universidad no se ejerce únicamente sobre

(2) Ariosto D. González: *Rodó. Su bibliografía y sus críticos*. Estudio que precede a la obra de Arturo Scarone «Bibliografía de Rodó», t. I, p. XXI-XXII.

(3) Luis Amador Sánchez: *El pensamiento vivo de Rodó*. En «Universidad de Antioquia», mayo, junio y julio de 1950; p. 275.

aquellos que asistieron regularmente a sus aulas y se hace palpable hasta en los círculos aparentemente más alejados» (4).

2.—*Las fuentes.*

La capacidad receptiva de Rodó le permitió asimilar ideas de grandes figuras en la historia del pensamiento, fundiéndolas en la coherencia del conjunto de su obra, armoniosa en la realización de la belleza expresiva. Precisó sus preferencias ideológicas y estilísticas en carta a Unamuno (Montevideo, 12 de octubre de 1900): «Mis dioses son Renán, Taine, Guyau, los pensadores, los removedores de ideas, y para el estilo, Saint Victor. Flaubert, el citado Renán.», Adjetiva las características de algunos autores de sus preferencias al analizar la naturaleza del positivismo en América, en su ensayo *Rumbos nuevos*, con motivo de la publicación de *Idola Fori*, de Carlos Arturo Torres: «La *lontananza* idealista y religiosa del positivismo de Renán; la sugestión inefable de desinterés y simpatía de Guyau; el sentimiento histórico de Carlyle; el poderoso aliento de reconstrucción metafísica de Renouvier, Bergson y Boutroux» (5).

Aparte de los pensadores citados, se manifiestan coincidencias o aportaciones con escritores ilustres de distintos

(4) *Centenario de la Universidad. Literatura y Universidad*. Artículo sin firma en la revista «Número». Montevideo: Mayo-junio 1949. Año I, núm. 2; p. 79.

(5) R.: *Rumbos nuevos*. Con motivo de la publicación de «Idola Fori», de Carlos Arturo Torres. En «El M. de P.», p. 46-47.

tiempos: La Biblia, Goethe, Emerson, Bourget, Bergson, Amiel, Barrès y los místicos españoles. Goldberg arranca la genealogía intelectual de Rodó, de Platón (6). Zum Felde añade al nombre de Platón, entre los antiguos, el de Marco Aurelio (7). Zubillaga encuentra analogías de métodos y consecuencias, entre otros, con William James (8). Zuccarini advierte «entre líneas la figura simpática y a la vez sumamente peligrosa de Víctor Cousin» (9). «Alguno de ellos contribuyó, fuera de duda, en alto grado, a desarrollar y robustecer su intelecto. Mas lo que ninguno necesitó darle, porque ya lo tenía Rodó, eran: su poderoso idealismo, su anhelo de perfección, la luminosidad de su espíritu» (10).

Nunca se jactó de original. Las distintas influencias fueron «limitadas por el correctivo personal, que las traba al conjunto y les imprime un movimiento concordante, dan un resultado que hace de él, sin contradicción ni paradoja, una especie de Guyau sin efusiones, un Renán sin reticencias trascendentes, un Taine algo flotante y optimista, un Emerson discursivo, un Maeterlinck sin temblor ni angustia, un Macaulay sin dialéctica vehemente ni combativa lógica, un bergsoniano que se fía clásicamente a la inteligencia» (11).

(6) Isaac Goldberg: *La literatura hispanoamericana*, p. 211.

(7) Alberto Zum Felde: *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*. Montevideo. Edit. Claridad, 1941; p. 227.

(8) Juan Antonio Zubillaga: *Crítica Literaria*. Montevideo. A. Monteverde y Cía., Editores. 1914; p. 214.

(9) Emilio Zuccarini: *El pensamiento filosófico de Rodó*. En «Nosotros». Buenos Aires. Mayo de 1917: p. 186.

(10) Evar Méndez: *José Enrique Rodó*. En «Nosotros». Buenos Aires. Mayo de 1917; p. 202.

(11) G. Zaldumbide: *José Enrique Rodó*, p. 24.

3.—*La sugestión de Renán.*

Como pensador y estilista, afirmó Rodó su simpatía por Renán. Las afinidades electivas, de las que habló Goethe, explican la sugestión de Renán en Rodó. En la evidente afinidad intelectual entre ambos hay una cualidad diferencial: la ironía. Nada más lejano de la seriedad de Rodó que la sutil y penetrante ironía de Renán. «Renán (dice Wifredo Pi) cultivó la ironía, supo sonreír con amable gesto y supo legarnos también... su espíritu cambiante... Rodó, en cambio, jamás sonríe en sus obras. Tiene la impasibilidad de los dioses olímpicos este griego paradojal, que amaba a Cristo y oraba junto a las estatuas de la Helenia inmortal, y sabe dar al estilo, jamás superado, severidades magníficas de escultura» (12). «Sous la plume de Rodó (dice Cassou) la prose saint-sulpicienne s'orne de fleurs plus exuberantes, se ploie en une rhétorique plus caressante, plus ondoyante encore. Seulement, Rodó n'a jamais souri» (13). Y en otro pasaje: «Il y a eu entre Renan et Rodó une évidente affinité intellectuelle. Ils sont tous deux disciples de Comte. Rodó est attiré, comme l'enfant est attiré par certaine grandes personnes, par ces hommes tristes qui ont eu l'expérience de la defaite et qui ont éprouvé le besoin, pour ne pas périr, de se raccrocher à des notions positives. Toutes les espérances sont permises à sa race, et pourtant, il est allé chercher des leçons chez les vain-

(12) Wifredo Pi: *La obra de Rodó*. En «Nosotros». Buenos Aires. Mayo de 1917; p. 85.

(13) Jean Cassou: *Renan et Rodó*. En «Revue de l'Amérique Latine», 2.ª année: vol. V. p. 233.

cus» (14). El conocimiento de la doctrina de Comte le permitió a Rodó rebasar el pensamiento del filósofo francés y apreciar certeramente la influencia del positivismo en América. Véanse págs. 150-2 en el capítulo V: «Evolución del pensamiento filosófico hispano-americano.—2. La Filosofía en el Uruguay».

La irradiación del sentimiento de la simpatía amplía la sugestión a los renanistas famosos: Jules Lemaître, Anatole France, Paul Bourget y Edouard Rod. Interpretó los héroes de Lemaître y de Rod como personificación de «un ligero renacimiento de animación y de esperanza en la psicología de la juventud de que suele hablarnos una literatura que es quizás nuncio de transformaciones más hondas» (15). Creía, en 1909, que Anatole France era la más alta personificación literaria de Francia (16). Folco Testena consideró a Rodó «más profundo y más humano» que A. France (17).

Le atraía el esteticismo en Renán y en Guyau; «espíritus como el de un Renán o un Guyau, en quienes el entendimiento de verdad y el don de realizar belleza se compenetran y ensimisman, de modo que no parecen formar sino una única aptitud» (18). Sueur ha precisado la seducción de Renán y de France: «Il nous faut faire un certain effort pour résister à la séduction d'un Renan,

(14) J. Cassou: Artículo cit., p. 234.
(15) R.: *A.*, p. 36-37.
(16) R.: «A Anatole France». Discurso pronunciado en el banquete ofrecido a Anatole France, a su paso por Montevideo, el 16 de julio de 1909. En «El M. de P.», p. 145.
(17) Falcó Testena: *José Enrique Rodó*. En «Nosotros». Mayo de 1917. Buenos Aires; p. 216.
(18) R.: *M. de P.*, p. 319-320.

à l'esprit d'un Anatole France. Ce sont des sirènes. Mais loin de nous boucher les oreilles comme les compagnons d'Ulysses, nous devons écouter attentivement pour discerner s'il n'y a pas dans l'harmonie de leurs chants quelques notes fausses ou discordantes» (19). «Su fama (dice la Pardo Bazán), su puesto excepcional, lo debió... al velo bordado que tendió gentilmente sobre la aridez de la erudición de cátedra y biblioteca» (20). Zum Felde estima superior la prosa de Rodó a la de Renán (21). Para valorar esta apreciación de Zum Felde, recordamos la opinión de Ventura García Calderón: «Renán, hijo de campesinos, escribe la más pura lengua francesa del siglo XIX» (22). Gallinal opone a la «fina ironía, el matiz delicado y la discreta atenuación» de Renán, «la elocuencia a veces pomposa y siempre rica en color y llena de imágenes de relieves firmemente acusados del estilo de Rodó» (23).

En los puntos de la pluma de Rodó brota fácil y frecuentemente el nombre de Renán. En *Ariel* califica de seductoras las páginas de Renán; lo juzga «el más ama-

(19) Albert Sueur: *Intellectualisme et Catholicisme*. Deuxième édition. Collection Science et Religion. París. Bloud et Cie.; página 12.
(20) Emilia Pardo Bazán: *La literatura francesa moderna*. III: «El Naturalismo». Madrid. Renacimiento; s. a.; p. 360.
(21) A. Zum Felde: *Proceso...*, p. 248.
(22) Ventura García Calderón: *Literatura de lujo y literatura proletaria*. En «Páginas Escogidas». Madrid. Edic. al cuidado de Javier Morata. 1947; p. 550.
(23) Gustavo Gallinal: *Rodó*. Ensayo leído en el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay el día 3 de diciembre de 1917. En «Crítica y Arte». Montevideo. La Editorial Uruguaya, 1920; página 250.

ble entre los maestros del espíritu moderno» y aconseja su lectura: «Leed a Renán aquellos de vosotros que lo ignoréis todavía, y habréis de amarle como yo. Nadie como él me parece, entre los modernos, dueño de ese arte de «enseñar con gracia», que Anatole France considera divino» (24). Lo consideró entre los pensadores representativos del siglo XIX (25). Y cree encarnado el «fascinador espíritu de Francia... en Montaigne, en Voltaire, en Renán» y últimamente en Anatole France (26). Recordó la invocación que Juan Carlos Gómez hacía de Renán: «Todo es literatura cuando se habla con amor de las cosas buenas, bellas y verdaderas» (27). Alabó el comentario de *Clarín* al *Le Prêtre de Némi*, de Renán (28). Comentando la Segunda Serie de *Estudios de crítica literaria*, por Menéndez Pelayo, aludió a «la influencia del espíritu germánico de Renán» (29). «Y toda la vida [precisa la Pardo Bazán], el deslumbramiento del idealismo alemán, la veneración por la raza germánica, gravitan sobre su mente» (30).

Menéndez Pelayo aludió a «Renán, defensor de la cultura española» (31). También fué Rodó fervoroso españolista; véase el capítulo X: «Amor a España».

Estuvo dotado Rodó de alma selecta. De Renán, dice Faguet: «L'horreur de la vulgarité, des trivialités, des amusements grossiers, des plaisirs faciles, d'habitude de penser bassement, de tout ce qui est un peu gros et un peu bête, était la moitié de la religion de Renan jeune» (32).

Trae a la memoria Galán Pacheco: «Renán, en sus *Recuerdos*, escribe: *On ne doit pas écrire que de ce qu'on aime*» (33). Rodó gustaba mover la pluma al dictado de su corazón.

Rodó, sobreponiéndose a sus humanos desfallecimientos, fué un predicador de optimismo. La sutil ironía de Renán velaba un escepticismo disolvente; así, pues, pudo afirmar Rubén Darío que Rodó no es un renaniano: «Rodó no es un renaniano, en el sentido que en el común dialecto literario se da a esta palabra. Su tranquila visión está llena de profundidad. El cristal de su oración arrastra arenas de oro de las más diversas filosofías, y más encontraréis en él del más optimista de los ensayistas que del gordo cura laico biógrafo de Nuestro Señor

(24) R.: *A.*, p. 73.

(25) R.: *L. y J.*, p. 186.

(26) R.: «A Anatole France». Discurso. En «El M. de P.», página 145.

(27) *J. C. Gómez*. En «El M. de P., p. 19.

(28) R.: *La crítica de Clarín*. En «El q. v.», p. 35-36.

(29) R.: *Un libro de crítica*. En «El q. v.», p. 28.

(30) E. Pardo Bazán: *La literatura francesa moderna*. III. «El Naturalismo», p. 365.

(31) Marcelino Menéndez Pelayo: «Dos palabras sobre el Centenario de Balmes». Discurso. En «Ensayos de Crítica Filosófica». Ed. Nac. de las Obras Completas, tomo XLIII, C. S. I. C.; p. 423.

(32) Emile Faguet: *Politiques et Moralistes du dix-neuvième siècle*. Troisième Série. París. Soc. Fr. d'Impr. et de Lib., 1900; página 318.

(33) Manuel Galán Pacheco: *Críticos*. Artículo en «España», núm. 124, Madrid, 7 de junio de 1917; p. 11.

Jesucristo, abate de Jouarre *in partibus in fidelium*» (34). «Pensar para él (dice Zaldumbide) no era, ni en compañía tan deleitable, placer superior e innocuo, aislado de la urgente vida. Era iniciación grave, prueba de la vocación y pacto con los demás hombres: deber y voto» (35). Hernani Mandolini consideró a Renán «un burgués tranquilo y reposado, suavizando su escepticismo con una religiosidad vaga e indefinida, producto de su temperamento más que de su educación clerical. La misma ruptura con la Iglesia no fué de corazón, sino de cerebro» (36). De Renán dijo García Calderón: «De su vertiginosa altura polar ve Renán un mundo triste, al que un irónico y celeste Panurgo devora» (37). Y el mismo García Calderón, en otro pasaje: «Sólo el egoísta Renán pudo pensar sin estremecerse que el mundo era, tal vez, la burla de un inicuo demiurgo» (38). Frente al nihilismo de Renán, que apunta García Calderón, leemos en *Montalvo*: «Nadie puede cooperar eficazmente al orden del mundo sino aceptando con resolución estoica, aún más: con alegría de ánimo, el puesto que la consigna de Dios le ha señalado en sus milicias al fijarle una

(34) Rubén Darío: *José Enrique Rodó*. En «Revista Hispano-Americana Cervantes». Madrid, mayo 1918; p. 4.

(35) Gonzalo Zaldumbide: *José Enrique Rodó*, p. 30.

(36) Hernani Mandolini: *Los escépticos serenos*. En «Nosotros». Buenos Aires. Año XIX, núm. 197, octubre 1925; p. 184.

(37) Ventura García Calderón: *José Enrique Rodó*. En «Páginas Escogidas», p. 407.

(38) V. García Calderón: *La estatua del diablo*. En «Páginas Escogidas», p. 496.

patria donde nacer y un espacio de tiempo para realizar su vida y su obra» (39).

Quizás la nota más coincidente entre Rodó y Renán fué la tolerancia. «Rodó tuvo, como Renán, el don de la tolerancia simpática», dice Gallinal (40). Rodó consideró a Renán espíritu extraordinario de «tacto exquisito y una facultad de simpatía y comprensión» (41), y calificó la simpatía renaniana: «la tolerancia intelectualista y displicente de Voltaire o de Bayle, que no se funda en intuición de simpatía, en penetrante poder de comprensión, como la de un Renán o un Sainte-Beuve, sino sólo en una fría lenidad intelectual» (42). «Le renanisme (según Sueur) est un progrès par rapport au volterianisme... L'esprit sectaire lui paraît une faute de goût et une marque d'inintelligence... Cette simpathie intelligente pour toutes les formes de la pensée humaine et sur tout pour les plus hautes, c'est ce qui fait de Renan un esprit bien plus compréhensif que Voltaire» (43). La Pardo Bazán diferenció también a Renán de Voltaire: «La primera época de Renán es la que corresponde al estado de alma mediante el cual tanto ha influído sobre sus contemporáneos; el del hombre que, ante el problema más grave

(39) R.: *M.* En «H. de A», p. 44-45. Este párrafo fué recogido conjuntamente con otros pensamientos de Rodó y con el título «Párrafos del Maestro» en la Revista Colombina Ibero-Americana «La Rábida», año VII, núm. 72. Huelva, 30 de junio de 1917; páginas 14-15.

(40) Gustavo Gallinal: *Rodó*. En «Crítica y Arte». Montevideo, 1900; p. 253.

(41) R.: *L. y J.*, p. 205.

(42) R.: Idem. íd., p. 185.

(43) A. Sueur: *Intellectualisme et Catholicisme*, p. 36 y 37.

de la vida, que es el religioso, y habiendo perdido la fe, no puede desechar la inquietud, la preocupación constante de tan profunda cuestión... Por este modo de ser, Renán se diferencia de los enciclopedistas, de Voltaire (que es, sin embargo, uno de sus maestros). Negada la aquiescencia al dogma, el corazón queda embebido del sentimiento y deplorando... la soledad interior, la melancolía infinita del templo arruinado, e impetrando el consuelo de creer, que es el mismo consuelo de amar... Renán lo proclamó, y en esto hay que alabarle... Ante estas y otras efusiones frecuentes en Renán, dijérase que había de seguir siendo uno de esos que Taine calificó de hombres interiores, y que, fuera del cristianismo, siguen la pendiente cristiana; que hacen converger toda filosofía y toda crítica al problema de nuestro destino ulterior: hombres que, al perder las creencias, quedan sangrando con herida incurable» (44).

Emile Faguet resaltó la tolerancia de Renán: «Ce qui reste sur tout, et cela c'est toute l'œuvre de Renan qui le respire, c'est un esprit vraiment nouveau de tolérance» (45).

Rodó tituló el párrafo CXXIV de *Motivos de Proteo*: «Vestigios inmortales que deja de su paso toda fe sincera», y en él dice de Renán: «Así Renán (y éste es patentísimo ejemplo) logra la extraña armonía de su espíritu: la educación sacerdotal del maestro, la fe de su adolescencia religiosa, van con él, en lo íntimo de su alma, cuando él pasa el meridiano de la razón, y aroman y coloran para siempre su vida, y le dan actitud y unción de sacerdote, aun cuando predica la duda y el análisis; porque, muerta la fe como creencia, queda indeleble en él, como virtud de poesía, como fragancia del ambiente interior, como *timbre* del sentimiento, como hada ocular en el misterio del alma; como fuerza ideal, mantenedora de mil hondas asociaciones y costumbres.

»La duda de Renán está impregnada de religiosidad hasta los tuétanos. La iglesia de Tréguier tiende hasta el último día de Renán su sombra amiga» (46).

Se generalizó considerar a Rodó como renaniano. Gallinal afirmó: «Renán, aquel encantador nihilista, le había inyectado su veneno sutilísimo, compuesto de las más finas y costosas esencias espirituales» (47). Renán de Hispanoamérica, llamó a Rodó el panameño Julio R. Cabarcos: «José Enrique Rodó, the apostle of grecolatinism . I do not hesitate to call him our Hispano-American Renan» (48). *Caras y Caretas*, de Buenos Aires, en su número del 3 de abril de 1909, publicó una caricatura de Rodó, por Cao, con el siguiente pie:

> «Sus artículos le dan
> fama de intenso y profundo
> y lo tiene todo el mundo
> por un pichón de Renán» (49).

(44) E. Pardo Bazán: *La literatura francesa moderna*. II. «La Transición». Madrid. V. Prieto y Cía., editores; 1911; p. 369-370.
(45) E. Faguet: Ob. cit., p. 378.
(46) R.: *M. de P.*, p. 392-393.
(47) Gallinal. *Apud* Vicente Clavel: Prólogo a «N. M. de P.», página 18.
(48) Julio R. Cabarcos: *Our professors of Idealism in America*. En «Inter-America». New York; English: Volume III. December, 1919; number 2, p. 88.
(49) La caricatura de Cao y el mencionado pie fueron reproducidos en A. Scarone: *Bibliografía de Rodó*, tomo II, p. 127.

Ventura García Calderón calificó a Rodó de «un Renán sin ironía» (50).

4.—*Otros influjos y coincidencias.*

a) *Guyau.*—Después de Renán fué Juan María Guyau «el otro de sus autores más queridos», indicó Morales (51). Apuntó Nin Frías: «Su idealismo ha tomado los rumbos de la estética y de la moral de Guyau» (52). Ventura García Calderón precisó: «Rodó afirmaba, como Guyau, la necesidad del bien sin premio ni castigo», (53).

Se apartó de Guyau en la explicación del origen de lo bello: «Lo bello nace de la muerte de lo útil; lo útil se convierte en bello cuando ha caducado su utilidad. Siempre lo pensé así, y así lo he enseñado en mi cátedra; separándome radicalmente en esto de Guyau, con quien en otras cosas pienso y siento armónicamente» (54).

Rodó repitió la frase de Renán: «La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso que es la vida» (55). De Guyau tomó la seguridad de la renovación

(50) Ventura García Calderón: *José Enrique Rodó.* De «Semblanzas de América». En «Páginas Escogidas». Madrid. 1947; página 400.

(51) Ernesto Morales: *José Enrique Rodó.* En «Nosotros». Año XI, núm. 97, mayo de 1917. Buenos Aires: p. 82.

(52) Alberto Nin Frías: *El testimonio de la juventud.* Artículo en «Estudios Religiosos». Valencia. F. Sempere y Cía.: s. a.; página 83.

(53) V. García Calderón: *José Enrique Rodó.* En «Páginas Escogidas, p. 400-401.

(54) R.: Carta al Sr. D. Miguel de Unamuno. Montevideo, 19 de julio de 1903.

(55) R.: *A.*, p. 30.

de las esperanzas en la sucesión de las generaciones, por su confianza en la vida. En el capítulo I del Libro I de *Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction*, rotulado «L'intensité de la vie», dice Guyau: «Le *but* qui, de fait, *détermine* toute action consciente es aussi la *cause* qui *produit* toute action inconsciente: c'est dont la *vie même*, la vie à la fois la plus intense et la plus variée dans ses formes» (56).

Los versos de Guyau titulados «Le mélèze», según Le Senne, «expriment l'atmosphère de l'ouvre philosophique de leur auteur» (57):

«Comme le gai mélèze, au premier soir d'hiver
Frissonant tout à coup, sent son feuillage vert
Le fuir et sur le sol tomber, vivant encore...
C'est ainsi qu'en un jour, de mon coeur étonné,
J'ai vu se détacher mes premières croyances ..
Et je me suis trouvé nu, seul, abandonné,
Sous les grands cieux déserts, sous le vent déchaîné;
Mais comme l'arbre, encor debout, monte intrépide,
Soulevé dans l'azur d'un élan éternel,
Tel j'ai continué de regarder le ciel,
Même en le croyant vide» (58).

Guyau continúa mirando el cielo, aun creyéndolo vacío. En las palabras finales de *Ariel*, observa Rodó que, aunque la muchedumbre no mire al cielo, el cielo la mira: «Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira al cielo, el cielo la mira. Sobre su

(56) J.-M. Guyau: *Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction.* Dix-huitième édition, París. Lib. F. Alcan, 1925; p. 87.

(57) René Le Senne: *Traité de Morale Générale.* París. Presses Universitaires de France, 1949; p. 435.

(58) M. Guyau: *Le mélèze.* En «Vers d'un Philosophe». París. Alcan, 9.ª éd., 1917; p. 31-32.

masa indiferente y oscura, como tierra del surco, algo desciende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de sembrador.»

En 1885 publicó Henri Lauret su *Critique d'une morale sans obligation ni sanction. Reponse à M. Guyau.* Advierte en Préface: «Tout en admirant le talent merveilleux de l'auteur, il nous parut que les idées et les théories de l'Esquisse étaient fort contestables: répondre devint pour nous un devoir.» No cree Lauret que Guyau haya construído una moral sólida. Al final de la obra argumenta: «Vivre, c'est agir, pourtant c'est affirmer; la vie c'est le dogmatisme en action... Pour notre part, il nous semble que la vie est comme un démenti permanent à la morale de la vie, telle qu'a essayé de la construire M. Guyau» (59).

b) *Taine.*—Manifiesta Zaldumbide, refiriéndose a *El Mirador de Próspero*: «Se acoge Rodó con razón al gusto que Taine declaró tener, al tratar de los *Ensayos* de Macaulay, por esta clase de libros, que son como el diario de un espíritu» (60). En la obra mencionada, Rodó confirma su simpatía por los libros que «son como el diario de un espíritu», al aceptar como lema del libro las manifestaciones de Taine a este respecto en *Littérature Anglaise*» (61).

Incluyó a Taine entre los modelos de pensadores en el siglo XIX. En carta a Nin Frías, puso de manifiesto «nuestro culto por Taine, que supo unir en su gigante alma el amor de Atenas y la admiración de Inglaterra» (62).

Taine le motivó alguna sugerencia: «Frente al *hecho revelador*, según el cual el entendimiento lógico de Taine pretendió inferir de un hecho aislado la noción entera de un carácter... se reproduce, harto a menudo, en la existencia humana, el *hecho* que podemos llamar *contradictorio*: el hecho en que la personalidad de cada uno se manifiesta bajo una faz divergente o antitética de aquella que predomina en su carácter» (63).

Reconoció en Taine, aludiendo a la imaginación creadora, «la potencia analítica y los cálidos colores» (64). La Pardo Bazán calificó de plástica la imaginación del autor de los *Orígenes de la Francia contemporánea*: «Al pronto, Taine es un discípulo de Hegel; pero la índole de su imaginación plástica, de artista realista, le conduce a analizar preferentemente los actos y sentimientos humanos» (65).

Hay cierta similitud temperamental entre Taine y Rodó. Recuerda Francisco García Calderón: «Un crítico ha descubierto la influencia que sobre el espíritu del

(59) Henri Lauret: *Critique d'une morale sans obligation ni sanction. Réponse a M. Guyau.* Neufchateau. Tip. et Lit. Ve. Kienné, 1885; p. 134.

(60) G. Zaldumbide: *José Enrique Rodó*, p. 67.

(61) R.: *El M. de P.*, p. 5.

(62) José Enrique Rodó: «De una carta de —— a Alberto Nin Frías». En Alberto Nin Frías: *Ensayos de crítica e historia.* Valencia. F. Sempere y Cía.; s. a.; p. V y VI. Se encuentra igualmente en Alberto Nin Frías: *Nuevos ensayos de crítica literaria y filosófica.* Montevideo. Dornaleche y Reyes: s. a.; p. XI y XII. Figura también en *El M. de P.*, p. 159-160, con la fecha 1904 y el título «En la armonía, disonancias. De una carta a Alberto Nin Frías».

(63) R.: *M. de P.*, p. 65.

(64) R.: *El rat-pick*, en «El M. de P.», p. 63.

(65) E. Pardo Bazán: *La literatura francesa contemporánea.* III: «El Naturalismo». Madrid. Renacimiento; s. a.: p. 386.

gran escritor pudo ejercer la lectura de Schopenhauer» (66). Rodó escribió en cierta ocasión: «el gran Schopenhauer» (67). El mencionado escritor peruano puso de relieve la tristeza de Taine: «El espíritu de Taine era naturalmente triste... Era un excelente espectador en un mundo abigarrado y caótico... «La felicidad para mí no es el placer (escribía a Prévost Paradol en 1849), sino el bien o el ser, como se dice en Metafísica, pensar mucho, crear cosas bellas y buscar la paz interior» (68).

c) *Bergson.*—De *Motivos de Proteo* dijo Cejador: «Es un dinamismo psicológico bergsoniano» (69).

Pedro Henríquez Ureña dió el 22 de agosto de 1910, en el Ateneo de la Juventud de Méjico, su interesante conferencia sobre «La obra de José Enrique Rodó» (70). De esta conferencia dijo F. García Godoy: «Nuestro ilustre compatriota Pedro Henríquez Ureña, con criterio sagaz y penetrante, estudia el conjunto de ideas y de orientaciones espirituales que caracteriza la obra intelectual, evangelizadora y trascendente del ilustre

(66) Francisco García Calderón: *El pesimismo de Taine.* (Para «La Nación»). París, 1928. En «La Nación. Letras. Artes». Buenos Aires, domingo 29 de julio de 1928. Tomo VI, núm. 161, página 13.

(67) R.: *La literatura posterior a la guerra.* En «El C. de P.», página 55.

(68) F. García Calderón: Artículo citado. En «La Nación», de Buenos Aires, 29 de julio de 1928.

(69) Julio Cejador: *José Enrique Rodó,* II. En «Nuevo Mundo». Madrid, 22 de junio de 1917.

(70) Pedro Henríquez Ureña: «La obra de José Enrique Rodó». Conferencias en el Ateneo de la Juventud. México. Imprenta Lacaud, 1910; p. 61-83.

MONTEVIDEO

José Enrique Rodó» (71). Recordó Isaac Goldberg que, en aquella conferencia, P. Henríquez Ureña observó que la gran originalidad de Rodó consiste «en haber unido el principio cosmológico de la evolución creadora con el ideal de un modelo de acción para la vida» (72).

Rodó, dice Zaldumbide, «no aceptó pasivamente la fatalidad del ser que somos o creemos ser; antes exaltó la liberación por obra del bergsoniano arranque vital, creador interno... Pero limitó (a mi ver, demasiado cuerdamente) el drama de nuestro destino al problema inmediato de la vocación» (73).

F. García Godoy aprecia: «En Bergson, frente al concepto intelectualista de estabilidad, de unidad estática predominante en casi toda la filosofía, el *devenir real*, según su frase, determina una creación incesante. Para Bergson, «lo que aparece como nuevo en las cosas es de una novedad auténtica». Pedro Henríquez Ureña ha visto, y creo que ha visto bien, las conexiones que existen entre el bergsonismo y el dinamismo psicológico de Rodó. La originalidad del autor de *Ariel* consiste principalmente para él en haber convertido en norma de acción para la vida la doctrina cosmológica de la filosofía bergsoniana dándole trascendencia indi-

(71) F. García Godoy: Conferencias del Ateneo de la Juventud. En «Páginas Efímeras» (Movimiento Intelectual Hispano-Americano), p. 158. Y en *La literatura americana de nuestros días* (1915), según Cejador: Lit. Esp.: p. XII, p. 165; p. 127-128.

(72) I. Goldberg: *La literatura hispanoamericana,* p. 276.

(73) C. Zaldumbide: *José Enrique Rodó,* p. 89.

vidual y social con la enseñanza de la necesidad de cultivar perenne e intensamente nuestro yo» (74).

Tenía Rodó especial preocupación por el cuidado del mundo interior, preocupación que le acerca al bergsonismo. García Godoy, comentando la sexta y última conferencia del Ateneo de la Juventud de Méjico, pronunciada por Vasconcelos, sobre «Don Gabino Barreda y las ideas modernas», considera el bergsonismo «entendido sin radicalismos intempestivos que podrían revestirlo de apariencias o realidades dogmáticas. El paso de lo intelectual, de lo puramente conceptual, a la percepción directa, a la intuición inmediata, a lo íntimamente personal, al yo *profundo*, establece en el *devenir real* una perpetua creación que se dilata en horizontes sin término... La filosofía de Bergson entraña una inmensa trascendencia para finalidades de vida individual y colectiva» (75).

d) *Fouillée.*—Alfred Fouillée, de quien Guyau fué discípulo predilecto, tenía también fe en el porvenir.

Las ideas, para Fouillée, no quedan reducidas a meras representaciones; las considera como fuerzas impulsivas. Rodó supervalora el sentimiento y la imagen respecto del intelecto; frente a la *idea-fuerza* de Fouillée, sostiene: «Si la idea, como quiere Fouillée, es una *fuerza*, lo debe sólo a sus concomitantes afectivos» (76).

(74) F. García Godoy: Conferencias del Ateneo de la Juventud. En «Páginas Efímeras», p. 159-160, y en *La literatura americana de nuestros días*, p. 128-129.

(75) F. García Godoy: Conferencias del Ateneo de la Juventud. En «Páginas Efímeras», p. 169, y en *La lit. am. de nuestros días*, p. 137.

(76) R.: *L. y J.*, p. 166.

e) *Barrès.*—Ventura García Calderón encuentra relaciones entre Rodó y Barrès, y se pregunta: «¿Cómo no ver que ha leído *Sous l'oeil des barbares*, cuando invoca, como el adolescente Barrès, al que redima (Mesías, o maestro de los hombres), con cualquiera evidencia consoladora, de la negación desesperada o satisfecha a que llevaron el naturalismo y los *Diálogos Filosóficos* de Renán?» (77).

f) *Quinet.*—A impulsos de sus preferencias, expresó Rodó: «Obras que, como las de Quinet, como las de Guyau, como los *Diálogos* de Renán..., anticipan acaso las formas que tendrán preferencia en la literatura del porvenir» (78).

g) *Amiel.*—Afirma V. García Calderón: «El «reformarse es vivir», tan celebrado, es una fórmula de Amiel» (79). Rodó y Amiel eran espíritus selectos. Recuerda García Calderón la frase de Amiel: «Tengo la piel del corazón demasiado delgada», confiesa el 6 de abril de 1851, a los treinta años» (80). Desagrada a Rodó: «El alma que, en estéril quietud, se emplea en desmenuzar con cruel encarnizamiento cuanto para ella sola piensa, siente y *no* quiere» (81). Así, pues, Ven-

(77) V. García Calderón: *José Enrique Rodó.* En «Páginas Escogidas», p. 402-403.

(78) V. García Calderón: Idem íd., p. 398.

(79) V. García Calderón: *Visita a Enrique Federico Amiel.* En «Páginas Escogidas», p. 514.

(80) R.: *M. de P.*, p. 48.

(81) V. García Calderón: *José Enrique Rodó.* En «Páginas Escogidas», p. 401.

tura García Calderón ha podido calificar a Rodó: «un Amiel optimista» (82).

h) *Carlyle.*—Thomas Carlyle «es una criatura triste... y su facultad profética, que no es más que una fina capacidad receptiva del entendimiento («intuición inspirada», como la definía José Enrique Rodó), puso un grande dolor en su espíritu, porque ve con ojo desnudo y juzga con juicio esclarecido el triunfo de la mediocridad, la ululante victoria de la muchedumbre sobre el hombre» (83).

i) *Emerson.*—Consideró Pedro Umbert a Ralph Waldo Emerson «discípulo predilecto de Carlyle» (84). Sostiene F. C. Sáinz de Robles: «Conoció a Carlyle, a Taine, a Coleridge, a Renán. Ninguno llegó a influir intelectual o espiritualmente en este férreo norteamericano de la *línea recta*, que ya tenía sus postulados» (85). Puede afirmarse que Carlyle tenía elevado concepto de Emerson; así lo manifestó con motivo de *Society and Solitude*, 1870: «Il me semble —lui écrivait Carlyle— que l'on retrouve ici toute votre ancienne personalité, et quelque chose de *plus*. Une calme intuition perçant jusqu'au coeur des faits, une noble sympathie, un admirable esprit *épique*, une âme paisiblement équilibrée en ce monde bruyamment discordant dont elle voit la laideur, mais *note* seulement les vastes *opulences* nouvelles (encore si anarchiques)» (86).

Aun en los casos de más directo influjo, sería el término asimilación más adecuado que el de imitación. La capacidad asimiladora sobrepasa en Rodó la mera imitación impersonal. Esta convicción la ha puesto de manifiesto Goldberg, refiriéndose concretamente a Emerson: «Ha sido comparado el filósofo uruguayo con Emerson. ¿No es la obra maestra de Rodó, en cierto sentido, una vasta amplificación del ensayo sobre la confianza en sí mismo?... ¿No hay en la confianza en sí mismo idéntico desdén de una falsa coherencia? ¿No ha compendiado Emerson en seis palabras lo que pudiera servir de lema a los *Motivos?*: «Vivir siempre en un día nuevo»... Naturalmente, tal semejanza no implica en modo alguno identidad de pensamiento o designio. Hasta pudiera ser que tal semejanza fuera meramente verbal. Pero las intenciones implícitas en Rodó son de mucho más alcance» (87).

j) *Macaulay.*—Afirma Roberto Brenes-Mesén que a Rodó le «sedujo la abundancia de Macaulay» (88).

k) *Spencer.*—Vivió Rodó los tiempos del predominio ideológico de Spencer, al que consideró ejemplo

(82) Carlos de Jovellanos y Paseyro: Prólogo a *Los Héroes*, por T. Carlyle: traducción de John Wollson; p. VIII.

(83) Pedro Umbert: Prólogo a su versión española de *Los Héroes*, por T. Carlyle. M. Aguilar. Ed. Col. Crisol, núm. 183; Madrid, 1946; p. 21.

(84) F. S. R.: Nota preliminar a la traducción de L. Echevarría de *Ensayos*, por R. W. Emerson. M. Aguilar. Ed. Col. Crisol, núm. 217. Madrid, 1947; p. 12.

(85) R.: *A.*, p. 83.

(86) M. Dugard: *Avant-propos à la traduction de «Société et Solitude»*, par R. W. Emerson. París. Libr. A. Colin; 4.ª ed., 1922; páginas VII y VIII.

(87) I. Goldberg: *La lit. hispanoam.*, p. 259-260.

(88) Roberto Brenes-Mesén: *Enrique Federico Amiel.* A propósito de «Enrique Federico Amiel en su Diario íntimo», por Roberto F. Giusti; ed. de «Nosotros». Buenos Aires, 1919. En «Nosotros». Buenos Aires, año XVII, núm. 169, junio de 1923; p. 162.

de superior capacidad metafísica, con versación en las ciencias naturales y biológicas (89). «El principio de la «relatividad del conocimiento humano» (y su derivado lógico: «el hombre no podrá nunca conocer lo absoluto»), que informa toda la filosofía de Herbert Spencer, es la suprema ley de nuestro gran escritor», escribió Víctor Pérez Petit (90).

l) *La mística española.* — «Existe en Rodó (opina García Godoy) cierta unción evangelizadora, como de apóstol, el *misticismo laico* de que hablé en mi estudio sobre *Motivos de Proteo*. Misticismo entendido, ya lo creo, en un sentido intensamente humano. El gran escritor uruguayo, ¿cómo no?, ha sumergido su espíritu, con amorosa delectación, en el fresco y apacible remanso de la mística española, «aquella generosa escuela —dice Menéndez y Pelayo— que llevó la elocuencia castellana al grado más alto que puede llegar lengua alguna» (*Historia de las ideas estéticas en España*, tomo II). Más que en el concepto, más que en la frase misma, en cierto perfume suavísimo que a menudo brota del pensamiento de Rodó, créese aspirar algo de las flores del jardín místico que constituye quizás lo más sinceramente sentido de toda la literatura española» (91).

Rodó, buen conocedor de la literatura española, se refiere a los versos de los místicos al tratar en *Ariel* del

(89) R.: *M. de P.*, p. 331-332.

(90) Víctor Pérez Petit: *Rodó. Su vida. Su obra.* Montevideo. Impr. Latina, 1918: p. 221.

(91) F. García Godoy: Conferencias del Ateneo de la Juventud. En «Páginas Efímeras», p. 160-161, y en *Lit. am. de nuestros días*, p. 129-130.

renacer de las esperanzas humanas: «Se ilumina en el espíritu de la humanidad la esperanza en el Esposo anhelado, cuya imagen, dulce y radiosa como en los versos de marfil de los místicos, basta para mantener la animación y el contento de la vida» (92). En *Motivos de Proteo*, hablando de Salomón, apunta: «El acento penetrante de Kempis» (93), y en la misma obra calificó a Kempis de «penetrante asesor de los que creen» (94).

5.—*Rodó, estilista.*

a) *Concepto rodoniano del estilo.*

«Su obsesionante preocupación por la belleza, para la que tuvo dones superiores, no lo apartó, sino que lo dejó igualmente sensible a la verdad y al bien» (95). Recordando el conciso pensamiento de Gracián: «Lo bueno, si breve, dos veces bueno», Rodó podría haber aceptado como lema estético: «Lo bueno, si bello, dos veces bello.» El artículo «Decir las cosas bien...», publicado en 1899, viene a ser el manifiesto estilista de Rodó: «Decir las cosas bien, tener en la pluma el don exquisito de la gracia y en el pensamiento la inmaculada linfa de luz donde se bañan las ideas para aparecer

(92) R.: *A.*, p. 32.

(93) R.: *M. de P.*, p. 94.

(94) R.: *M. de P.*, p. 64.

(95) Clemente Estable: *Psicología de la Vocación y Profesión.* En «Enciclopedia de Educación», vol. I, época III, año VI, número 2, julio 1946. Montevideo. Impr. Nacional, 1946; p. 83.

hermosas, ¿no es una forma de ser bueno?... La caridad y el amor, ¿no pueden demostrarse también concediendo a las almas el beneficio de una hora de abandono en la paz de la palabra bella; la sonrisa de una frase armoniosa; el «beso en la frente» de un pensamiento cincelado; el roce tibio y suave de una imagen que toca con su ala de seda nuestro espíritu?...

»La ternura para el alma del niño está, así como en el calor del regazo, en la voz que le dice cuentos de hadas, sin los cuales habrá algo de incurablemente yermo en el alma que se forme sin haberlos oído. Pulgarcito es un mensajero de San Vicente de Paúl. Barba-Azul ha hecho a los párvulos más beneficios que Pestalozzi. La ternura para nosotros —que sólo cuando nos hemos hecho despreciables dejamos enteramente de parecernos a los niños— suele estar también en que se nos arrulle con hermosas palabras. Como el misionero y como la Hermana, el artista cumple su obra de misericordia. Sabios: enseñadnos con gracia. Sacerdotes: pintad a Dios con pincel amable y primoroso, y a la virtud en palabras llenas de armonía. Si nos concedéis en forma fea y desapacible la verdad, eso equivale a concedernos el pan con malos modos. De lo que creéis la verdad, ¡cuán pocas veces podéis estar absolutamente seguros! Pero de la belleza y el encanto con que lo hayáis comunicado, estad seguros que siempre vivirán.

»Hablad con ritmo; cuidad de poner la unción de la imagen sobre la idea; respetad la gracia de la forma, ¡oh pensadores, sabios, sacerdotes!, y creed que aquellos que os digan que la Verdad debe presentarse en

apariencias adustas y severas son amigos traidores de la Verdad» (96).

Al año siguiente de *Decir las cosas bien*... escribió en *La gesta de la forma*, sobre «la rebelión de la palabra que se niega a dar de sí el alma y el color»: «Dejáis en las ennegrecidas páginas algo de vuestras entrañas y de vuestra vida... la lucha del estilo no ha de confundirse con la pertinacia fría del retórico... La lucha del estilo es una epopeya que tiene por campo de acción nuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de nuestro ser... ¡Oh *Ilíada* formidable y hermosa; *Ilíada* del corazón de los artistas, de cuyos ignorados combates nacen al mundo la alegría, el entusiasmo y la luz, como

---

(96) R.: *Decir las cosas bien*... En «El M. de P.», p. 121-122. Este artículo fué reproducido en «El C. de P.», p. 47-48, con el título «En un álbum» y con las variantes que se subrayan. En el primer párrafo:

«La caridad y el amor, ¿no pueden *manifestarse* (1) también concediendo a las almas el beneficio de una hora de abandono *en almohadón mullido con palabras bellas* (2), *la caricia* (3) de una frase armoniosa, *el casto beso* (4) de un pensamiento cincelado...»

(1) En vez de demostrarse.
(2) » » » en la paz de la palabra bella.
(3) » » » la sonrisa.
(4) » » » el beso en la frente.

En el segundo párrafo:

«La ternura para el alma del niño está, *tanto* (1) en el calor del regazo... Como el misionero *y el filántropo* (2), *el estilista* (3) *hace también una* (4) obra de misericordia. Sabios: enseñadnos

(1) En vez de así.
(2) » » » y como la Hermana.
(3) » » » el artista.
(4) » » » cumple su.

del heroísmo y la sangre de las epopeyas verdaderas!... Y tu Homero pudo ser Gustavo Flaubert» (97).

En *Motivos de Proteo* expresó el hechizo de la belleza que se representa por palabras «y apenas hay privilegiado entendimiento que no te haya ofrecido su primer amor» (98). El idioma es «la varita mágica con que se penetra al mundo de las cosas aéreas y flotantes que hoy apetecemos más allá de la plena determinación de la forma y de la idea» (99). En la inmortalidad de los Campos Elíseos, «conversaríamos allí de la maravillosa condición y divina virtud de las palabras; de la música de su son y la arquitectura de sus ordenaciones; del placer de cuando se nos rinden y el dolor de cuando nos hu-

---

con gracia. Sacerdotes: retratad a Dios *con un pincel* (5) amable y hermoso y a la virtud en palabras llenas de *armonías* (6). Si nos concedéis en forma fea y desapacible la verdad, eso equivale *a conceder* (7) el pan con malos modos. De lo que creéis *verdad* (8), ¡oh investigadores!, *¡qué!* (9) pocas veces podéis estar absolutamente seguros! Pero de la belleza y el encanto con que lo hayáis *expresado* (10), estad seguros que siempre vivirán.»

(5) » » » con pincel.
(6) » » » armonía.
(7) » » » a concedernos.
(8) » » » la verdad.
(9) » » » ¡cuán!
(10) » » » comunicado.

En el párrafo último:

«aquellos que os digan que la verdad debe *representarse* (1) *bajo* (2) apariencias adustas...»

(1) En vez de presentarse.
(2) » » » en.

(97) R.: *La gesta de la forma*. En «El M. de P.». p. 56.
(98) R.: *El M. de P.*, p. 198.
(99) R.: *M.* En «H. de A.». p. 51.

yen, y del don de evocar y de hechizar que en sí tienen» (100).

Recuerda «las voluptuosidades del esfuerzo» en «el alma de Flaubert», para afirmar que la naturalidad debe sobrepasar la simple espontaneidad. «La naturalidad es como la superficie tersa y límpida en que se condensa visiblemente el aliento del alma del escritor. Lejos de mí las complacencias para con el desaliño... La espontaneidad es una cosa llena de gracia... pero no debe conducirnos jamás a preferir sus facilidades, a menudo engañosas, a las porfías de esa lucha hermosa y viril que empeña con el material rebelde el espíritu enamorado de la perfección.» Acepta de Hugo: «El estilo sobre la idea es el esmalte sobre el diente», pues «¡muerde más hondo el diente que guarda firme y límpido su esmalte!» (101). Recuerda Gómez Carrillo que Renán, no obstante su aparente sencillez, corregía con afán sus libros: «El autor de *La Vida de Jesús* (a quien también se considera como uno de los brujos de la sencillez fácil, cristalina y espontánea) corregía seis veces las pruebas de sus libros. ¿Os espantáis, hermanos? Pues Anatole France, en esto como en todo, va más allá que Ernesto Renán.» Aún corregía más Anatole France. «Anatole France corrige siete pruebas para quitar y para poner; para quitar, sobre todo; y también para buscar el ritmo, que no sólo depende de la medida, sino también de la puntuación, y para dar relieve a las imágenes, y para animar los ángulos que se forman al pasar de un párrafo

---

(100) R.: *M.* En «H. de A.», p. 81.
(101) R.: Prólogo a *Narraciones*, de Juan Blanco de Acevedo. En «El q. v.», p. 189 y 190.

a otro, y para limpiar las frases de conjunciones, de consonancias, de repeticiones» (102).

El estilo es el sello de la personalidad del escritor; «creo que sin estilo no hay obra realmente literaria» (103). «Hago como Raimundo Lulio, el filósofo artista, y baño la idea con la imaginación y la magnetizo con el prestigio hipnótico del estilo» (104). Bergson se defendió contra los que le criticaban por emplear un estilo metafórico, su manera de escribir filosofía con imágenes. Con tal motivo, Bergson escribió a Corpus Barga: «¿Tiene derecho el filósofo a expresarse con imágenes? Ciertamente, cuando son estas imágenes las que se presentan a su espíritu inmediatamente y naturalmente. Se me ha criticado el emplear algunas veces un estilo con imágenes. Tendrían razón en criticármelo si estas imágenes fueran adornos. Pero son esenciales, y donde yo las empleo es que la expresión abstracta deformaría mi pensamiento. ¿Por qué la abstracción ha de ser siempre más filosófica que la imagen? Las palabras abstractas son, las más veces, imágenes antiguas, imágenes muertas y disecadas. O son también, si no, como billetes de Banco que circulan esperando el ser convertidos en oro; las palabras esperan el ser convertidas en imágenes. Esto no

(102) E. Gómez Garrillo: *Un nuevo folleto en francés sobre la lengua castellana*. Artículo publicado en «A B C», de Madrid; figura como estudio preliminar al libro de Ventura García Calderón *El nuevo idioma castellano* (Carta al hispanista James Fitzmaurice-Kelly). En V. García Calderón: «Páginas Escogidas», página 672.

(103) R.: Carta a Unamuno, del 12 de octubre de 1900.

(104) R.: Carta a don Juan Francisco Piquet, julio de 1905. En «El q. v.», p. 217.

quiere decir que la imagen valga más que la abstracción. Hay que emplear una y otra, cada una en su sitio» (105).

La influencia de las frecuentes lecturas de literatura francesa motivan algunos galicismos en su prosa. Por ejemplo: «la América», en *La vuelta de Juan Carlos Gómez* (106); «la América del Norte», en *Pensamientos inéditos* (107); «el Redentor llegó al monte de los olivos...; allí fué el hesitar de que estuvo pendiente» (108); «las brunas carmelas» y «el humo de fábricas y usinas», en *Nápoles la española* (109); «Milán la resonante, con sus usinas y talleres» (110).

Tenía Rodó clara idea del secreto de la expresión; «no hay secreto de la expresión (ha dicho Pedro Henríquez Ureña en *Seis ensayos*), sino uno: trabajarla hondamente, esforzarse en hacerla pura, bajando hasta la raíz de las cosas que queremos decir; afinar, definir, con ansia de perfección. El ansia de perfección es la única norma» (111). Advierte Emir Rodríguez Monegal «que

(105) Corpus Barga: *Literatura de Bergson*. En «La Nación». Buenos Aires. Tomo VIII, núm. 185, domingo 13 de enero de 1929; p. 16.

Corpus Barga había expresado los mismos conceptos y casi con las mismas palabras en *Los intelectuales de Francia hablan de España. Visita a Bergson el filósofo*. En «España», semanario. Madrid. Núm. 60, 18 marzo 1916; p. 12.

(106) R.: «La vuelta de Juan Carlos Gómez». Discurso, el 8 de octubre de 1906. En «El M. de P.», p. 29-30.

(107) R.: *Pensamientos inéditos*. En «El q. v.», p. 282.

(108) R.: *M. de P.*, p. 64.

(109) R.: *Nápoles la española*. En «El C. de P., p. 205 y 208.

(110) R.: *Ciudades con alma*. En «El C. de P.», p. 178.

(111) Pedro Henríquez Ureña: *Seis ensayos*, p. 41. *Apud* E. Rodríguez Monegal, en trabajo citado, núm. siguiente.

las conferencias que dieron origen a *Las corrientes literarias* fueron anunciadas bajo el título de *En busca de nuestra expresión* (112).

b) *Apreciaciones críticas del estilo de Rodó.*

La crítica ha exaltado el estilo de Rodó. Amadeo Almada lo compara con el Correggio y con Bizet: «La variedad de Rodó es otra variedad que la de los violentos claroscuros... Su prosa, siempre flúida y fácil, sin caídas, sin saltos, se desliza... a darnos la impresión exacta de las grandes escenas de la naturaleza, suavemente coloreadas con todos los matices del esmeralda y del azul. Correggio y no Tintoretto, Bizet y no Wagner... ¡Vuelo de cóndores veloces que rozarán apenas la brisa con suavidades de alas de mariposa!» (113).

Andrade Coello, contrariamente a Almada: «Su estilo es música vagneriana... Poesía anímica, deleite que no se define, lejos en ocasiones de las formas estrechas del verso y del pulimento académico... El poeta Ismael Urdaneta, con ligerísimas modificaciones, ha convertido en versos de sonoridad y ritmo el episodio de «El niño y la copa de cristal»:

> Jugaba el niño, en el jardín,
> con una copa de cristal
> que, en el límpido ambiente de la tarde,
> un rayo de sol hería,
> y la tornasolaba como un prisma.

(112) Emir Rodríguez Monegal: *Pedro Henríquez Ureña y la cultura hispanoamericana.* En «Número». Montevideo. Año I, número 2, mayo-junio 1949; p. 151.

(113) Amadeo Almada: *José Enrique Rodó.* En «Biblioteca Internacional de Obras Famosas», t. XX, p. 10209.

> Manteniéndola en alto, no muy firme,
> en la mano, golpeaba,
> acompasadamente, con un junco
> que traía en la otra», etc., etc. (114).

Afortunadamente, el pulimento caracteriza la prosa de Rodó. Siguiendo la idea de Ismael Urdaneta, podría hacerse lo mismo con otros pasajes de *Motivos de Proteo;* por ejemplo, «La inscripción del Faro de Alejandría» y las semblanzas de Alfonso X el Sabio y de Juliano y, entre otras muchas páginas de sus obras, *Bolívar*, el final de *Rubén Darío* y la romanza final de *Ariel.*

Dice Emilio Berisso: «Cincelaba para engarzar sus nobles ideas; por eso quizá se preocupe más de la línea que del color» (115). Rodó le decía a Piquet, en carta del 31 de enero de 1904: «El tiempo de que puedo disponer lo consagro a seguir esculpiendo mi *Proteo* (116).

Como ha sucedido a Renán y a Taine (sostiene Luis María Jordán), «su estilo... le ha asegurado el gajo de laurel» (117).

Algunos críticos han apreciado la densidad de la prosa de Rodó, opuesta al repentismo. Así:

Luis Berisso: «Era el pensador que, apenas iniciado, huía ya de la metáfora hinchada, de la ampulosidad hue-

(114) Alejandro Andrade Coello: *Rodó*, 4.ª ed. Quito-Ecuador, 1917; p. 44-45.

(115) Emilio Berisso: *José Enrique Rodó. Breves reflexiones.* En «Nosotros». Buenos Aires, mayo de 1917; p. 78.

(116) En «El q. v.», p. 206.

(117) Luis María Jordán: *Rodó.* En «Nosotros». Buenos Aires, mayo de 1917; p. 172.

ca, de la pirotecnia verbal, de las complicaciones abstractas» (118).

Alfredo Colmo: «Estilo que es simplemente irreprochable en la riqueza de su vocabulario, en lo escultural de su frase y en lo sereno y musical de sus períodos» (119).

Ernesto A. Guzmán: «Su raro sentido de la armonía entre la expresión y el pensamiento... hacen de este elegido y aristocrático uruguayo el tipo a cuya realización deben aspirar el pensador y el artista» (120).

García Landa: «La enseñanza más útil que se desprende de la obra de Rodó es el amor a la claridad» (121).

Wifredo Pi: «Puede afirmarse que era el artista por antonomasia que descubre con preferencia el aspecto estético de las cosas» (122).

Carmelo M. Bonet: «La sonora lengua de Castilla se le entregaba dócilmente... con esa aparente facilidad de los maestros del estilo. Su prosa, en ningún momento aparece trivial ni femenina, sino que se entona con una cierta solemnidad de órgano (que nuestro idioma rotundo fácilmente le transmite) y que sienta bien a la índole predicante de la obra» (123).

(118) Luis Berisso: *José Enrique Rodo*. En «Nosotros». Buenos Aires, mayo de 1917; p. 68.

(119) Alfredo Colmo: *La filosofía de Rodó*. En «Nosotros». Buenos Aires, mayo de 1917; p. 184.

(120) Ernesto A. Guzmán: *José Enrique Rodó*. En «Nosotros». Buenos Aires, mayo de 1917; p. 86.

(121) García Landa: *El amor a la claridad*. En «Nosotros». Buenos Aires, mayo de 1917; p. 199.

(122) Wifredo Pi: *La obra de Rodó*. En «Nosotros». Buenos Aires, mayo de 1917; p. 84.

(123) Carmelo M. Bonet: *Rodó y la graforrea*. En «Nosotros». Buenos Aires, mayo de 1917; p. 196.

Clemente Estable: «Su estilo es *emocionadísimo*, pues le sale con emoción y lo trabaja con emoción en las líneas rectas de la serenidad; no es la ausencia de vida: es el alma en el templo cuyas campanas callan después que la vida entra por el tránsito divino» (124).

Alberto Nin Frías: «Rodó domina su estilo porque tiene el imperio absoluto de sus ideas. Dice lo que ha menester... en el idioma altisonante de Castilla, la altiva» (125).

Luis Amador Sánchez: «La prosa de Enrique Rodó no se reviste con el deslumbrante color que fué moda en su tiempo: lo superfluo o lo vistoso no se adaptó a su temperamento; pero la castiza manera, sí. Su amenidad hay que solicitarla en un desinteresado contacto con sus ideas» (126).

El estilo de Rodó nos recuerda lo que del estilo apotegmático dice N. González Caminero, refiriéndose a Unamuno: «Bajo algún aspecto no se puede negar que estos estilos apotegmáticos de consigna y arenga filosófica adquieren mayor elevación e inmediata eficacia manteniéndose en las alturas de cierta generalización plurifacética. Aludiendo de un golpe a muchas cosas, la atención no se dirige a ninguna en concreto, pero se siente agudamente incitada ante un panorama tan prometedor

(124) Clemente Estable: *Enciclopedia de la Educación*. En «Psicología de la Vocación y Profesión».

(125) Alberto Nin Frías: *José Enrique Rodó y el íntimo sentido de su obra*. En «Nosotros». Buenos Aires. Año XVI, número 161, octubre 1922; p. 193.

(126) Luis Amador Sánchez: *El pensamiento vivo de Rodó*. En «Universidad de Antioquia». Medellín-Colombia. Núm. 99; mayo, junio y julio de 1950; p. 276.

y crea dentro del alma una situación propicia para la germinación espiritual» (127).

c) *La cooperación de Rodó a la renovación de la prosa española.*

Aspecto interesante en la personalidad de Rodó es su cooperación a la renovación de la prosa castellana. Sostiene Goldberg: «La cooperación de Rodó a la renovación de la prosa española fué de su parte un programa consciente que, según sus propias palabras, intentó devolverle a la prosa castellana color, realce y melodía, infundirle nueva sangre y dotarla de más recios músculos. Para tal objeto comprendió que eran necesarios cambios sintácticos y léxicos, y podemos decir que su resultado final fué superior al del propio Darío... Su temperamento, profundamente meditativo, florece en miles de metáforas que ilustran su sentido, sin empañarlo, como ocurre en tantas obras bellas» (128).

«La plasticidad armoniosa que Rodó supo imprimir a la prosa castellana no ha sido superada en nuestro tiempo», afirmó Max Henríquez Ureña (129), y el Licenciado Vidriera: «Su estilo... constituye por sí mismo la más elocuente defensa de la capacidad expresiva del idioma

(127) Nemesio González Caminero: *Unamuno*, tomo I. Universidad Pontificia de Comillas (Santander). Impr. Aldecoa. Burgos, 1948; p. 220.

(128) Isaac Goldberg: *La lit. hispanoam.*, p. 217 y 237.

(129) Max Henríquez Ureña: Conferencia pronunciada en Santiago de Chile el 9 de junio de 1918. Citado por Ariosto D. González: *Rodó. Su bibliografía y sus críticos.* En A. Scarone: *Bibliografía de Rodó*, tomo I, p. XIX.

de Castilla, que en un tiempo fué ropaje etéreo para las exquisitas sutilezas de Santa Teresa de Jesús» (130).

Renovó la tradición castiza, nos dice Zaldumbide: «Su prosa fué desde el principio, sobre todo por su sobriedad de imágenes y de epítetos, una reacción a la orgía romántica... Hubo en Bello, en Olmedo, en Caro, una mesura y un orden que desaparecen en Andrade, Acuña, Cordero. Era oportuno restaurarlos, y con ellos los fueros de la gramática y de la lengua. Reanudó Rodó muy principalmente, en cuanto a sintaxis y a lenguaje, la tradición castiza verdadera» (131).

Luciano de Taxonera, estudiando la influencia de las letras americanas en la literatura española, enjuicia: «Dans Nervo et encore plus dans Rodó, à cause de son tempérament raissonneur on trouve le souvenir constant de la littérature espagnole du siècle d'or et le culte fervent de ses représentants. La prose du grand écrivain uruguayen a même cette riche saveur, cette noble allure, cet enchaînement robuste et médullaire qui caractérisent celle de plus grands maîtres classiques et de ceux qui sont restés dans les anthologies comme maîtres du bon langage» (132).

(130) Licenciado Vidriera: *José Enrique Rodó.* En «Nosotros». Buenos Aires, mayo de 1917; p. 74.

(131) Gonzalo Zaldumbide: *José Enrique Rodó.* New York-París, 1918; p. 80.

(132) Luciano de Taxonera: *L'influence des lettres américaines sur la littérature espagnole.* «Revue de l'Amérique Latine». París, 3.e année. Vol. VII, n. 30, 1 juin 1924; p. 519.

CAPITULO III

LA OBRA.—SIMBOLISMO DE LOS TÍTULOS.—PANORÁMICA.—GENERALIDADES.

1.—*Obras publicadas por Rodó y por los editores.*

Según Arturo Scarone, «las obras publicadas por Rodó fueron las siguientes: *El qué vendrá, Rubén Darío, Ariel, Liberalismo y Jacobinismo, Motivos de Proteo* y *El Mirador de Próspero*.

Los otros títulos de las obras de Rodó fueron puestos por los editores» (1).

Los títulos son: *Cinco Ensayos* (Montalvo.—Ariel.—Bolívar.—Rubén Darío.—Liberalismo y Jacobinismo), *Hombres de América* (Montalvo.—Bolívar.—Rubén Darío.—Discursos Parlamentarios), *Nuevos Motivos de Proteo* y *El Camino de Paros*. La Facultad de Humanida-

(1) Arturo Scarone: *Bibliografía de Rodó. El escritor. Las obras. La crítica.* Montevideo, Imp. Nacional, 1930, t. I, pág. 13.

des y Ciencias de Montevideo publicó en 1950 *Artigas*, en «Homenaje a Rodó» (2).

El profesor don Carlos Lacalle me ha informado que se está llevando a cabo en Montevideo la edición de las Obras completas de Rodó, con prólogo de Pedro Segundo.

Francis de Miomandre ha realizado meritoria divulgación de las ideas de Rodó con sus traducciones al francés. «Pages Choisies. Choix et préface de Hugo D. Barbagelata», ha publicado traducciones de F. Miomandre: *Celui qui viendra, Rubén Darío, Paraphrases sur quelques poèmes*, trozos de *Ariel; Liberalisme et Jacobinisme, L'Expulsion des crucifix, Bolívar; Montalvo, Etude du milieu; Trois paraboles* («Le verre et la fleur», «La plaine de granit», «Les six pélerins»); *Ceux qui se taisent, Capri, Les villes qui ont âme, La guerre européenne* (3).

F. de Miomandre publicó su traducción *Bien dire les choses* (*«Decir las cosas bien...»*) en la «Revue de Paris», janvier 15 de 1918 (4).

J. F. Juge tradujo un fragmento de *Ariel* en «Revue de l'Amérique Latine», de París, julio de 1923 (5).

(2) Véanse reseñas bibliográficas en «Bibliografía».

(3) José Enrique Rodó: *Pages Choises*. Choix et préface de Hugo D. Barbagelata, traduction de Francis de Miomandre, París, Librairie F. Alcan, 1918.

(4) José Enrique Rodó: *Bien dire les choses*. Traduction de Francis de Miomandre, París, «La Revue», janvier 15, 1918, troisième année, vol. 22, págs. 159-160.

(5) José Enrique Rodó: *Ariel*. Fragment. Traduction de J. F. Juge, «Revue de l'Amérique Latine», vol. 5.e, París, juillet 1923, pp. 235 et suiv.

Bélgica, traducida al francés y prologada por Constant Willems, fué editada en Montevideo en 1915, a beneficio de las viudas y huérfanos de la guerra (6).

Ariel ha sido traducido al inglés, con un ensayo, por F. J. Stimson (7). La revista «Inter América», en la edición en inglés, publicó *Bolívar* (8) y *Diálogo de bronce y mármol* (9). *Motivos de Proteo* ha sido traducido al inglés por Angel Flores, con una introducción por Havelock Ellis (10).

L. Ambruzzi incluyó la parábola «Mirando jugar a un niño», de *Motivos de Proteo*, con anotaciones en italiano, en el «Libro per gli Instituti Medi y Superiori» (11).

Algún artículo de Rodó ha aparecido en esperanto (12).

(6) J. E. Rodó: *Bélgica* (Bélgique). Prefacio y traducción francesa (Préface et traduction française) de Constant Willems, Montevideo, 1915, Imp. y enc. Maciel, 1927, 15 págs.

(7) J. E. Rodó: *Ariel*, by ——. Traslated, wit an introductory essay by F. J. Stimson (J. S. of Dale). Late United States Ambassador to Argentina. Boston and New York, 1921.

(8) J. E. Rodó: *Bolívar*. Inter America. English. New York, november 1923, vol. 6.º, pág. 81.

(9) J. E. Rodó: *Diálogo de bronce y mármol*. En «El C. de P.», págs. 113 y ss. En «Inter América». English. Dialogue Between Bronce and Marble. New York, april 1918, vol. 1.º, pág. 197.

(10) J. E. Rodó: *The Motives of Proteus*. Traslated from spanish by Angel Flores. With an Introduction by Havelock Ellis. London. George Allen and Unwin. Ltd. Printed in the United States of America, 1929.

(11) Apud Arturo Scarone: *Bibliografía de Rodó*, t. I, ficha 998.

(12) *Batalrajda Kristo* (en esperanto). Pri Cervantes ka lia famkonata verko «El Quijote», págs. 37 a 40, Madrid. Tip. Pasaje del Comercio, 1925. 1 foll. en 8.º, rúst. Apud A. Scarone: *Bibliografía de Rodó*, t. I, ficha 88.

2.—*Simbolismo de los títulos.*

La tendencia novecentista se orienta, en general, hacia títulos simbólicos. Esta tendencia se ofrece vigorosa en el Uruguay. Así, Alvaro Armando Vasseur, *El vino de la sombra* y *Cantos augurales;* Julio Herrera y Reissig, *Tertulia Lunática, La Torre de las Esfinges* y *Extasis de la montaña;* María Eugenia Vaz Ferreira, *Virgen Primavera* y *Triunfal;* César Miranda, *Letanías simbólicas,* y, en nuestros días, Concepción Silva Belinzón, *La mano del ángel.*

César Carrizo destacó el carácter simbólico en la obra de Rodó: «Todo en la obra de José Enrique Rodó es simbólico, sugerente, significativo... Nada importa que Ariel y Próspero pertenezcan a Shakespeare: tampoco que Proteo sea oriundo de la Grecia; Rodó supo darles emoción moderna y plasma americano; los libertó del mundo inverosímil y los trajo al reino de las posibilidades. Ahí están en medio de los hombres. Ellos perpetuarán la sabiduría del maestro que desde la isla solitaria y de la Gracia supo conducirlos al solar de América» (13).

En 1897, Rodó precisó su concepto del símbolo al juzgar *Poemas,* de Leopoldo Díaz: «El símbolo es no sólo una «moda retórica» que triunfa, sino a veces un objeto de fe, en cuyo nombre se predica la renovación y se hace la guerra... Para todos es una divinidad en la mitología peculiar de nuestra época. La crítica que juzgando la poesía simbólica de los contemporáneos, cuando ella se le presenta con ambiciones de sistema y de

(13) César Carrizo: *Rodó y la sabiduría.* En «Nosotros», Bs. As., año XI, núm. 97, mayo de 1917, pág. 195.

dogma... la calificará... de hermosa y eficaz, cuando es el símbolo producto de una concepción simultánea de la imagen y de la idea que representa y no del artificio y la interpretación laboriosa; cuando, por la fuerza plástica del símbolo, la relación de semejanza con el significado aparece clara y traslúcida a los ojos del que lee; cuando, para expresarlo por medio simbólico también, es breve y fácil y armonioso el puente tendido por la mano del poeta de la idea a la forma y de lo real a lo ideal» (14). Rodó, en el trabajo mencionado, señaló función de la crítica: «penetrar en el secreto de la obra de la Imaginación y convertir al lenguaje de la idea lo que en ella se expresa en el lenguaje alado de la imagen» (15).

Del símbolo, dijo Emerson: «Cosas mejores que la misma imagen (dice Jámblico) se expresan mediante imágenes. Las cosas admiten ser usadas como símbolos porque la Naturaleza es un símbolo, en conjunto y en cada una de sus partes... El uso de los símbolos tiene un cierto poder de emancipación y estímulo para todos los hombres» (16).

Para Spengler: «Un símbolo es un rasgo de la realidad que, para un hombre con sus sentidos alerta, de-

(14) R.: *Poemas* (Isla de Oro, La leyenda blanca, Balphegore), de Leopoldo Díaz, «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.», Montevideo, marzo de 1897. En «El q. v.», págs. 165-166.

(15) R.: *Poemas* de Leopoldo Díaz. En «El q. v.», pág. 171.

(16) Ralph Waldo Emerson: *Ensayos.* M. Aguilar, Ed., Madrid, 1947. Traduc. de Luis Echevarría. «Col. Crisol», segunda Serie. Ensayo I: «El Poeta», págs. 367-368 y 383.

signa inmediata y evidentemente algo que no puede comunicarse por medio del intelecto» (17).

El símbolo caracteriza la obra del gran poeta uruguayo Julio Herrera y Reissig. Zum Felde observa que la poesía de Herrera y Reissig está sumergida en un clima irreal de ensueño; «sumergidas en esa atmósfera de sueño, las cosas sufren una transfiguración mágica; dejan de ser esas cosas mismas para trocarse, como las palabras, en símbolos universales estéticos... Y ello es así no sólo en aquellas composiciones de un simbolismo más abstracto o, si se quiere, más puramente subjetivas, donde todas las cosas no hablan sino un lenguaje metafísico, tales como *Tertulia Lunática* o *La Torre de las Esfinges*, y en las cuales el poeta uruguayo ha llegado más lejos que todos los simbolistas y los decadentes (sino en aquellas otras de una visión objetiva más concreta y plástica, tales como los sonetos eglógicos de *Los Extasis de la montaña* (18).

Nin Frías calificó la musa de María Eugenia Vaz Ferreira de fantástica y melancólica, y estimó *Triunfal*: «un amor casi místico concentrado en algo abstracto y que se simboliza en un ser humano» (19).

(17) Oswald Spengler: *La Decadencia de Occidente*. Traduc. por Manuel G. Morente. Espasa-Calpe, Madrid, 1934, vol. I, pág. 248. El concepto del símbolo según Spengler fué recogido por Alberto M. Etkin en la detallada reseña bibliográfico-crítica que publicó de la traduc. española de la *Decadencia de Occidente* en «Nosotros», Buenos Aires, año XVIII, núm. 19, abril de 1924.

(18) Alber Zum Felde: *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su Literatura*. Montevideo, Edit. Claridad, 1941, pág. 259.

(19) Alberto Nin Frías: *Ensayo sobre las poesías de María Eugenia Vaz Ferreira*. En «Nuevos ensayos de crítica literaria y filosófica», Montevideo, Dornaleche y Reyes, pág. 10.

El simbolismo en las letras uruguayas llega hasta nuestros días. Limitándonos a un nombre solamente, citamos el de la poetisa de Montevideo Concepción Silva Belinzón, que publicó en 1945 *La mano del ángel*. Recuerda Gastón Figueira: «Ha dicho Supervielle que esos poemas «parecen haber sido dictados por una voz que no es totalmente de este mundo», «versos difíciles, que nos penetran fácilmente»... He aquí uno de sus sonetos, «El regreso de las magnolias»:

Para alcanzar el río de la luna...
junto a los altos árboles te meces;
bañado en tu raíz tu verbo ofreces
de nácar dilatado sin laguna.

Imágenes de talla inoportuna
en vientre de la tierra trece veces;
obsesionados arcos fortaleces,
invasión de principio que te aduna.

Tiempo multiplicado sin herida.
Arroja tu regreso los glaciares
renovando tu lámpara perdida.

Quebranta tentativa de bazares;
canción de multitud amanecida,
tu recuerdo inclinado entre los mares.

Y añade Gastón Figueira: «La sutil y ardiente simbología de esta poetisa, su mundo de sueños, no se expresa de una manera desmelenada y caótica, sino que sabe buscar y hallar ese límpido orden, esa gracia de depuración y clasificación que fija sus imágenes, que las va hermanando en una ronda musical» (20).

(20) Gastón Figueira: *Poetas y prosistas de América*. En «Universidad de Antioquía», núm. 99, Medellín-Colombia, mayo, junio y julio de 1950, págs. 371-372.

3.—*El que vendrá.*

Con el título común de *La Vida Nueva* publicó Rodó en Montevideo tres pequeños volúmenes. Incluyó en el primero *El que vendrá* y *La novela nueva* (1897); en el segundo, *Rubén Darío* (1899), y en el tercero, *Ariel* (1900).

La nota de esperanza mesiánica impregna intensamente las páginas de *El que vendrá*. Rodó expresaba el estado de los espíritus de su tiempo: «Entre tanto, en nuestro corazón y nuestro pensamiento hay muchas ansias a las que nadie ha dado forma, muchos estremecimientos cuya vibración no ha llegado aún a ningún labio, muchos dolores para los que el bálsamo nos es desconocido, muchas inquietudes para las que todavía no se ha inventado un nombre... Todas las torturas que se han ensayado sobre el verbo, todos los refinamientos desesperados del espíritu, no han bastado a aplacar la infinita sed de expansión del alma humana. También en la libación de lo extravagante y de lo raro han llegado a las heces, y hoy se abrasan sus labios en la ansiedad de algo más grande, más humano, más puro. Pero lo esperamos en vano.

»Sólo la esperanza mesiánica, la fe en el que ha de venir, porque tiene por cáliz el alma de todos los tiempos en que recrudecen el dolor y la duda, hace vibrar misteriosamente nuestro espíritu... El ambiente espiritual que respiramos está lleno de presagios, y las vislumbres con que se nos anuncia el porvenir están llenas de promesas... Nuestro corazón y nuestro pensamiento están llenos de ansiosa incertidumbre. ¡Revelador! ¡Revelador! ¡La hora ha llegado!...» (21).

«Cuando apareció su primer opúsculo, *Vida Nueva*, se vió el surgir de un maestro en su generación, en la generación continental», dijo Rubén Darío (22). Estimó Carlos de Velasco que «la resonancia de ese artículo donde su espíritu inquisitivo e inquieto vislumbraba, afirmaba ya una renovación de valores ideales en el mundo» (23). Según Goldberg: «En uno de sus primeros escritos (*El que vendrá*), Rodó, que desde muy mozo ejercía el apostolado literario, revela un profundo sentido de optimismo para el futuro» (24).

4.—*La Novela Nueva.*

En la «Revista Nacional» publicó Rodó, en 1897, *La Novela Nueva*, a propósito de *Academias*, por Carlos Reyles. Cree que un Arte humano será la norma de triunfo en la agitación que desorientaba los espíritus en los finales del siglo. «Un soplo tempestuoso de renovación ha agotado en sus profundidades al espíritu; mil cosas que se creían para siempre desaparecidas, se han realzado; mil cosas que se creían conquistadas para

(21) R.: *El q. v.*, págs. 12, 13 y 16.

(22) Rubén Darío: *José Enrique Rodó*. En Rep. Hip. Am. «Cervantes», Madrid, mayo de 1918, pág. 5.

(23) Carlos de Velasco: *Un duelo de América: Rodó*. En «Nosotros», Buenos Aires, año XI, núm. 101, septiembre de 1927, página 53.

(24) Isaac Goldberg: *La literatura hispanoamericana*, pág. 220.

siempre han perdido su fuerza y su virtud; rumbos nuevos se abren a nuestras miradas allí donde las de los que nos precedieron sólo vieron la sombra, y hay un inmenso anhelo que tienta cada día el hallazgo de una ruta ignorada en la realidad de la vida y en la profundidad de la conciencia.

»El Arte grande, humano y eficaz en nosotros será aquel que se cierna sobre esta inmensa agitación, sobre esta vorágine soberbia, para tender sobre ella la sombra de sus alas» (25).

5.—*Ariel.*

a) *El autor explica el simbolismo de* Ariel *y su entronque con Shakespeare.*

Rodó explicó el simbolismo de *Ariel* y su entronque con *La Tempestad*, de Shakespeare (26). «Aquella tarde, el viejo y venerado maestro, a quien solían llamar Próspero, por alusión al sabio mago de *La Tempestad* shakespeariana, se despedía de sus jóvenes discípulos, pasado un año de tareas, congregándolos una vez más a su alrededor... Dominaba en la sala (como numen de su ambiente sereno) un bronce primoroso, que figuraba al Ariel de *La Tempestad*... Ariel, genio del aire, representa, en el simbolismo de la obra de Shakespeare, la parte noble y alada del espíritu... rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la Vida» (27). «Ariel triunfante significa idealidad y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en moral, buen gusto en arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres. El es el héroe epónimo en la epopeya de la especie... Su fuerza incontrastable tiene por impulso todo el movimiento ascendente de la vida. Vencido una y mil veces por la indomable rebelión de Calibán, proscripto por la barbarie vencedora, asfixiado por el humo de las batallas, manchadas las alas transparentes al rozar el «eterno estercolero de Job», Ariel resurge inmortalmente, Ariel recobra su juventud y su hermosura, y acude ágil, como al mandato de Próspero, al llamado de cuantos le aman e invocan en la realidad. Su benéfico imperio alcanza, a veces, aun a los que le niegan y le desconocen» (28).

«Aún más que para mi palabra, yo exijo de vosotros un dulce e indeleble recuerdo para mi estatua de Ariel... Pueda la imagen de este bronce... reanimar en vuestra conciencia el entusiasmo por el ideal vacilante, devolver a vuestro corazón el calor de la esperanza perdida. Afirmado primero en el baluarte de vuestra vida interior, Ariel se lanzará desde allí a la conquista de las almas. Yo le veo, en el porvenir, sonriéndoos con gra-

(25) R.: *La Novela Nueva.* «Academias», por Carlos Reyles. En «El q. v.», págs. 140-141.

(26) Shakespeare: *La Tempestad.* En «Obras completas» de William Shakespeare. Estudio preliminar. Traducción y notas por Luis Astrana Marín, 4.ª ed. revisada. M. Aguilar, Editor: Madrid. 1941, págs. 1515-1550.

(27) R.: *A.*, págs. 25-26.

(28) R.: *A.*, págs. 138-139 y 139-140.

titud, desde lo alto, al sumergirse en la sombra de vuestro espíritu. Yo creo en vuestra voluntad, en vuestro esfuerzo; y más aún, en los de aquellos a quienes daréis la vida y transmitiréis vuestra obra. Yo suelo embriagarme con el sueño del día en que las cosas reales harán pensar que la Cordillera que se yergue sobre el suelo de América ha sido tallada para ser el pedestal definitivo de esta estatua, para ser el ara inmutable de su veneración» (29).

b) *Apreciación de Rodó sobre su «Ariel».*

En carta a Unamuno (20 de marzo de 1900), consideró Rodó el *Ariel* como obra de *acción*. «Es, como usted verá, obra de *acción*, si así puede decirse; he querido hablar a la juventud a que pertenezco, a la juventud de América, sobre ideas cuyo interés y oportunidad me parecen indudables; y si no pareciera una aspiración presuntuosa, agregaría que he ambicionado iniciar, con mi modesto libro, cierto movimiento de ideas en el seno de aquella juventud, para que ella oriente su espíritu y precise su programa dentro de las condiciones de la vida social e intelectual de las actuales sociedades de América».

Muy pronto tuvo noticia el autor de *Ariel* de la difusión y éxito del libro. Dice a Unamuno, en carta del 12 de octubre de 1900: «Me satisface que, hasta donde sea sensato esperarlo, el éxito del libro ha sido bueno en España y América. Valera, *Clarín*, Altamira, Rueda.

(29) R.: *A.*, págs. 140-141.

Benot, Blanco García, Gómez de Baquero, Rubió y Lluch han tenido muy cariñosos juicios para *Ariel*. Creo que va a hacerse de él una tercera edición en España. En América ya se han agotado dos.» Dió cuenta a don Juan Francisco Piquet, en julio de 1905, de haber recibido «un artículo de Luis Morote, publicado en Madrid, donde habla de la admiración que Menéndez y Pelayo siente por mi *Ariel*. Y añade: «Ello es que esta obra va prolongando sus ecos de una manera poco común, y creo que no queda párrafo de ella que no haya sido citado, comentado o transcrito por alguien» (30).

c) *Milagro de sus veintiocho años.*

Arturo Scarone, en el Proemio de *Bibliografía de Rodó*, dijo de *Ariel*: «Aquel milagro de sus veintiocho años» (31). La circunstancia de haber publicado Rodó *Ariel* a los veintiocho años, suele pasar inadvertida para la generalidad de los lectores, sorprendidos con la grata lectura del libro, concebido y expresado como obra de plena madurez. «*Ariel* es precisamente —dijo Ramiro de Maeztu— uno de los intentos máximos que se han hecho para abrir camino de perfección a pueblos de nuestra habla. Es obra clásica por la dignidad del estilo, la elevación del propósito y la generosidad con que trata el ideal hostil» (32).

(30) R.: Carta a don Juan Francisco Piquet, junio de 1905. En «El q. v.», pág. 215.

(31) A. Scarone: *Bibliografía de Rodó*, t. I, pág. XXX.

(32) Ramiro de Maeztu: *Pareceres.—Exito y fracaso*. En «El Sol», Madrid, 3 de noviembre de 1925.

d) *Breviario de la juventud hispanoamericana.*

En 1900 apareció *Ariel;* marcaba una pauta ideal en la crisis de aquel tiempo. «*Ariel* es este sublime instinto de perfectibilidad por cuya virtud se magnifica y convierte en centro de las cosas la arcilla humana a la que vive vinculada su luz la *miserable arcilla* de que los genios de Arimanes hablaban a Manfredo» (33). Zaldumbide aclara las circunstancias de la crisis de la época: «Evidentemente, en los países maestros de la civilización, la cultura secular, la fuerza de la tradición, los hábitos de selección intelectual y social, el respeto (así no fuese más que puramente estético) a un gran pasado, mantenían enhiestas ciertas categorías espirituales, cierta jerarquía ideal, indispensable a la nobleza del mundo. Sociedades de aluvión, sin estructura de tradiciones ni medulas de herencias afianzadas por la continuidad de la misma sangre, no tenían las muestras mayores diques que oponer al igualitarismo nivelador. La impaciencia de democracias desprovistas aún de todo conspiraba con necesidades materiales y flaquezas espirituales, para entronizar el criterio utilitario, la primacía de lo inmediato y de lo útil» (34). Y frente a esta realidad, la fascinación del ejemplo de poderío del Norte del continente americano. Del momento de la aparición de *Ariel,* dice Nin Frías: «*Ariel* hizo su aparición en 1900, en una época de poca brillantez para las letras castellanas... en la América latina predominaba la influencia del naturalismo; las generaciones vivían aún en el encantamiento producido por Zola y su escuela. En Filosofía reinaba el materialismo. *Ariel* vino a ser como el estandarte de una reacción que comenzaba a sentirse en el mundo de las ideas» (35).

(33) R.: *A.*, pág. 138.
(34) G. Zaldumbide: *José Enrique Rodó*, pág. 46.

Rodó defiende, contra el exceso de especialización, la integridad de la persona humana; contra la uniformidad niveladora de las democracias, la superioridad espiritual de las minorías selectas; frente al utilitarismo práctico de los Estados Unidos, la superioridad de los valores del espíritu. El último de los tres aspectos mencionados lo consideraremos en el capítulo IX: «América».

Ariel fué calificado de breviario de la juventud hispanoamericana. Avanzado el siglo presente, se creyó superada la significación de *Ariel.* Han pasado los años y vuelve el libro de Rodó a servir de pauta ideal a la juventud. Con motivo de la muerte de Rodó, expresó Enrique Díez-Canedo, en 1917: «Basta *Ariel* para que nos demos cuenta de la significación de este hombre de letras que trajo esa figura etérea a difundir gracia y armonía en una época dominada por los deformes y monstruosos Calibanes» (36). En 1925 recordaba Luis Reissig el sentido de las palabras de Rodó: «En la penumbra de la cultura americana, las palabras de Rodó

(35) Alberto Nin Frías: *José Enrique Rodó y el íntimo sentido de su obra.* En «Nosotros», Buenos Aires, año XVI, núm. 161, octubre de 1922, pág. 194.
(36) E(nrique) D(íez) C(anedo): *José Enrique Rodó.* En «España», semanario; Madrid, año III, núm. 123, 31 de mayo de 1917, página 12.

sonaron siempre como aletazos que invitaban a levantar el vuelo. De ser más subjetivo, hubiera sido un gran lírico. Significativo es su símbolo predilecto: *Ariel*» (37). En 1950, Luis Amador Sánchez estimó a *Ariel* como «una lección perenne dirigida a la juventud de toda América latina por el pensador uruguayo. Un íntimo sentimiento de la estética, elevado a la categoría de norma de educación política y social... Asfixiados en este mundo de hoy por la atmósfera material que ha dejado la guerra, y la moral que está creando una paz sin horizontes, Rodó nos brinda la atracción del aire... En *Ariel* se exalta el poder de la juventud y se enseña la fascinación de la Belleza para toda regeneración humana, para toda ambición justa y noble, para el Bien y para el Derecho... Poniéndome al margen de su aristocracia intelectual, que reacciona contra la democracia política, esos pensamientos de Rodó reviven ahora con brillo de estrellas en la noche, presagiando la futura Vía láctea si queremos salvarnos del caos presente» (38).

e) *La pretendida insuficiencia de la obra.*

Algunos críticos han seguido la tendencia de don Juan Valera al estimar insuficiente la prédica de Rodó. Vale-

(37) Luis Reissig: *Ingenieros y Rodó*. En «Nosotros», Buenos Aires, año XIX, núm. 199, diciembre de 1925, pág. 678.

(38) Luis Amador Sánchez: *El pensamiento vivo de Rodó*. En «Universidad de Antioquía», Medellín-Colombia, núm. 99, mayo, junio y julio de 1950, págs. 281-282.

ra (*Ecos Argentinos*, 1901, pág. 375) notó cierta vaguedad en el ideal indeterminado que proponía Rodó. Ante la opinión de Valera, argumenta con acierto Cejador: «Por vago e indeterminado que ese ideal aparezca, acaso no lo sea tanto de hecho... Rodó alienta a la juventud a emprender grandes cosas. Qué cosas son ésas, el espíritu se lo dirá a cada cual dentro de su propia conciencia... y en esto es hermano espiritual de Unamuno» (39).

Pedro Henríquez Ureña estima que en la realidad de la vida americana hubiera sido un error definir con precisión el ideal a seguir: «no define cuáles sean y cuáles deban ser nuestros ideales; pero el error habría estado en querer definirlos. Ni la vida independiente de la América española permite aún descubrir la síntesis espiritual, la *idea-fuerza* directora de sus manifestaciones, ni menos autoriza a construir sobre tales inseguras bases las normas a que haya de ajustarse su desarrollo futuro» (40).

Francisco García Calderón creía prematura la enseñanza que indicaba Rodó: «Rodó aconseja el ocio clásico en repúblicas amenazadas por una abundante burocracia, el reposo consagrado a la alta cultura cuando la tierra solicita todos los esfuerzos, y de la conquista de la riqueza nace un brillante materialismo» (41). Fren-

(39) Julio Cejador: *José Enrique Rodó*. II. En «Nuevo Mundo», Madrid, año XXXIV, núm. 1227, 13 de julio de 1917.

(40) Cita de Ariosto D. González: *Rodó. Su bibliografía y sus críticos*. En A. Scarone: *Bibliografía de Rodó*, t. I, pág. XIII.

(41) Francisco García Calderón: *La Creación de un Continente*. París, Lib. Paul Ollendorf, pág. 98.

te a la crítica de Francisco García Calderón y otras de análogo contenido, precisa Ariosto D. González: «El error de los críticos consiste en no advertir que *Ariel* no es un libro escrito para las grandes muchedumbres; está destinado a las minorías selectas, a los forjadores de cultura. Es un libro consagrado, además, a preparar el porvenir» (42).

A la acusación de insuficiencia en la obra de Rodó, formulada por Zaldumbide, debido «a la vaguedad de su llamamiento y su falta de imposición y absolutismo», recuerda Ariosto D. González la observación de Goldberg: «Eso hubiera sido contrario al propósito cardinal de Rodó de fomentar la autodeterminación de la personalidad, por decirlo así» (43).

Zum Felde aprecia también en *Ariel* la nota de insuficiencia: «El idealismo de *Ariel* carece de últimas razones y de un hondo sentido de la vida, siendo su profundidad sólo literatura. *Ariel* no ofrece a la juventud americana, como ideal y como norma, más que un amable diletantismo intelectual... No obstante... ha de reconocerse que *Ariel* encarnó en su hora histórica un valor representativo, y tuvo una función principalísima en el proceso de nuestra evolución intelectual americana. Adoctrinó la posición de la conciencia continental en un momento dado; marcó la oposición humanística latina al utilitarismo del Norte. Este problema ya no existe» (44).

(42) Ariosto D. González: *Rodó. Su bibliografía y sus críticos.* En A. Scarone: *Bibliog. de R.*, t. I, págs. XXIII-XXIV.

(43) Cita de Ariosto D. González en ob. cit., pág. XXIV.

(44) Alberto Zum Felde: *Proceso...*, págs. 242 y 243-244.

f) «*Ariel*», *brote suramericano del 98 español.*

La frase se encuentra en un artículo de Ramiro de Maeztu publicado en «El Sol» en 1925: «*Ariel* se publicó en 1900. Aunque obra breve, se escribió despacio. No sería aventurado imaginarse que todo el tiempo que medió entre la batalla naval de Santiago y su impresión lo dedicó Rodó a pensarla y escribirla. *Ariel* pertenece a la literatura «regeneracionista». Es el brote americano del 98 español. Lo digo, naturalmente, en honor suyo. Las almas hispanoamericanas presencian desde lejos el desarbolamiento del viejo navío de la madre patria. Los ojos se vuelven hacia el bajel victorioso, que ha operado la desarboladura, y Rodó dice en su libro: «No imitéis al vencedor; alzad más alta la mirada». No hace falta decir la profunda simpatía que su intención ha de inspirarnos» (45). Idénticos pensamientos expresó Maeztu en 1926, en su artículo «Rodó and the United States»: «It is a bock that belongs to what in Spain we call the «regenerating» literature, wich sprang up after the disaster of 1898. Rodó is the South American offspring of the 1898 of Spain. He viwed from afar the sinking of the old ship of the mother-country, and, whom the admiring gaze of the world was fixed on the victorious ship, Rodó had the courage, the generosity, the filial piety, the Hispanic loyalty, to say to his readers: «Do not allow yourselves to be dazzled by the material power of Caliban. Lift up your eyes to *Ariel*, the genius of the air and of the spirit». We Spaniards can

(45) Ramiro de Maeztu: *Pareceres. Exito y fracaso.* En «El Sol», Madrid, 3 de noviembre de 1925.

never be sufficiently grateful to Rodó for this nobility of gesture-especially when we recall that Rodó's most influential masters, Renán, Fouillée and Guyau, bore names that are not precisely Spanisch» (46).

También para Cristóbal de Castro, Rodó representa en Suramérica la generación del 98: «*Ariel*, la genial obra de Rodó, fué concebida por España, a causa de España, ante el dolor de España, cuando el desastre del 98. El insigne uruguayo actuó de nuestro valedor en América» (47).

En 1899, el año anterior al *Ariel*, publicó Rodó su *Rubén Darío*. Termina esta obra con una muestra brillante de literatura «regeneracionista»: «El poeta viaja ahora rumbo a España. Encontrará un gran silencio y un dolorido estupor, no interrumpidos ni aun por la nota de una alegría, ni aun por el rumor de las hojas sobre el surco en la soledad donde aquella madre de vencidos caballeros sobrelleva (menos como la Hécuba de Eurípides que como la *Dolorosa* del Tiziano) la austera sombra de su dolor inmerecido. Llegue allí el poeta llevando buenos anuncios para el florecer del espíritu en el habla común, que es el arca santa de la raza; destáquese en la sombra la vencedora figura del Arquero; hable a la juventud, a aquella juventud incierta y aterida cuya primavera no da flores tras el invierno de los maestros que se van, y enciéndala nuevos

(46) Ramiro de Maeztu: *Rodó and the United States*. En «Inter America», New York; English, vol. IX, number 5, june, 1926; página 461.

(47) Cristóbal de Castro: *Los grandes de Hispanoamérica*. En «A B C» de Madrid, año XXV, núm. 8.353, 4 de octubre de 1929.

amores y nuevos entusiasmos. Acaso, en el seno de esa juventud que duerme, su llamada pueda ser el signo de una renovación; acaso pueda ser saludable, en el reino de aquella agostada poesía, su presencia, como a la de los príncipes que en el cuento oriental traen de remotos países la fuente que da oro, el pájaro que habla y el árbol que canta...» (48).

g) *La recepción de «Ariel» en Hispanoamérica.*

Ofrecemos algunos juicios indicadores de la acogida que tuvo *Ariel* en Hispanoamérica, aparte de manifestaciones recogidas en las páginas anteriores.

Carlos Vaz Ferreira, en *Moral para intelectuales*, sostiene: «Todo estudiante, ya en su bachillerato, en los estudios preparatorios, debe profundizar *algunos* temas; poco importa cuáles: esto realmente es secundario... Un segundo deber del estudiante es, pues, no limitar sus lecturas al círculo de los textos, sino leer algunos *libros*... Mi consejo práctico, entonces, sería simplemente el siguiente: adquirir treinta obras que... podrían perfectamente en un par de años, con todo reposo, sin apuro de ninguna clase, leérselos todos» (49). Entre las treinta incluye *Ariel*, de Rodó.

Para Pedro Henríquez Ureña, «*Ariel* es la más pode-

(48) R.: *R. D.* En «H. de A.», pág. 164.

(49) Carlos Vaz Ferreira: *Moral para intelectuales* (Conferencias de clase). Del curso de Moral de 1908 en la Universidad de Montevideo. Montevideo, Tip. Escuela Nac. de Artes y Oficios, 1909, págs. 9, 12 y 13.

rosa voz de verdad, de ideal, de fe, dirigida a la América en los últimos años» (50).

Juan Antonio Zubillaga, en «Crítica Literaria», «después de exponer la doctrina de *Ariel*, termina así el capítulo: «Su lectura, que seduce con la armonía del fondo y de la forma, que serenamente fluyen en original unión, del numen del escritor, muestra que a la elevación del pensamiento corresponde la magnificencia del estilo» (51).

César Carrizo: «Persuasivo es aquel discurso tan lleno de prestancia y buen amor como el *Sermón de la Montaña*» (52).

Alejandro Andrade Coello, en su libro *Rodó*: «Fluye el verbo como emocionante música que estuviera resonando en el templo del espíritu» (53). Y en «Ariel», trabajo en la revista «Cultura Hispanoamericana»: «Sin *Ariel*, sin la evocación de este genio prodigioso, no puede existir el ideal... Habrá que dejar entonces que impere, como una antítesis repugnante, como una paradoja que mata, el monstruo de Calibán» (54).

Según Marcos Manuel Blanco, Rubén Darío y Rodó «sintieron a la Humanidad como un fin, como una marcha hacia arriba... Utopías a las cuales les debe la civilización todos sus progresos y su nacimiento mismo» (55).

(50) Cita de Ariosto D. González: *Rodó. Su bibliog. y sus críticos*. En A. Scarone: «Bibliog. de R.», t. I, pág.

(51) Alejandro Andrade Coello: *Rodó*, pág. 54.

(52) César Carrizo: *Rodó y la sabiduría*. En «Nosotros», Buenos Aires, año XI, núm. 97, mayo de 1917, pág. 194.

(53) A. Andrade Coello: *Rodó*, 4.ª ed.; Quito-Ecuador, 1917, página 52.

(54) A. Andrade Coello: *Ariel*. En «Cultura Hispanoamericana», año VI, núm. 59, Madrid, 15 de octubre de 1917, pág. 42.

Alfredo Colmo cree, en 1917, que Rodó ha sufrido un espejismo con su ideal de belleza, su antidemocratismo y su antiyanquismo: «mientras no se prepare adecuadamente el respectivo terreno... se habrá predicado en vano» (56). Colmo insiste, en 1925, en creer que *Ariel* es «un error de puntería..., queremos lo mejor antes que lo posible», y con este criterio estima inadecuados a la situación de América: «el humanismo, las letras y la historia», propios, según él, «de países formados..., en los cuales el humanismo tiene cabal función y explicación» (57).

Eloy Fariña Núñez, en su artículo «El canto de Ariel», hace decir a éste: «En un rincón desde entonces caro a mi espíritu se alzó una voz para anunciar a las almas la celeste dulzura de mi canto con un himno que parece una larga oración a Palas Atenea» (58).

Con *Ariel*, dice Arturo Jiménez Pastor, Rodó obtuvo «la fama, no ya ante su pueblo, sino ante los pueblos todos de habla castellana... El naturalismo acababa de

(55) Marcos Manuel Blanco: *José Enrique Rodó*. En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917, pág. 201.

(56) Alfredo Colmo: *La filosofía de Rodó*. En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917, pág. 184.

(57) Alfredo Colmo: *Política negativa que reclaman nuestros países: humanismo y letras*. De un libro, «Política Cultural en los países latinoamericanos», de próxima publicación. En «Nosotros», Buenos Aires, año XIX, núm. 196, septiembre de 1925, págs. 16-18. El libro anunciado fué publicado en edición de la revista «Nosotros» en 1925.

(58) Eloy Fariña Núñez: *El Canto de Ariel*. En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917, pág. 221.

cumplir su misión hasta los términos finales de su alcance renovador...; el individualismo dispersivo de las nuevas generaciones, de la nueva época, sería incapaz de recomponer esas formas resultantes de la generosa afinidad regida por un alto anhelo común». Cuatro años después de *El que vendrá*, «dirá Próspero, junto a la estatua de Ariel: ¿No nos era lícito soñar con la aparición de generaciones humanas que devuelvan a la vida un sentido ideal?» No aceptó ni «el egoísmo heroizante de Nietzsche», ni «la rebelión humanitarista de un romanticismo acerbo... Rodó, elevándose libre sobre aquellos y estos amaneramientos... levantó en *Ariel* la voz de la viril serenidad, del noble sosiego espiritual, de la armonía que está siempre en la voluntad». Caracteriza la doctrina predicada en *Ariel* y en *Motivos de Proteo* «... aparte el aliento de americanismo espiritual fundado en la simpatía de raza, la íntima solidaridad histórica y la superior comprensión del común destino» (59).

Víctor Juan Guillot: «El lenguaje de Próspero (todavía desconocíamos a Renán) sonó en nuestros oídos como la lengua sabia y elegante que debía conducir las enseñanzas de Platón. Recibimos de sus labios elocuentes una imperecedera lección de ética y estética... de aquel largo discurso lleno de noble substancia dialéctica» (60).

Carlos de Velasco, director de «Cuba Contemporánea»,

(59) Arturo Jiménez Pastor: *José Enrique Rodó*. Discurso en la Facultad de Filosofía y Letras. En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917, págs. 14-16.

(60) Víctor Juan Guillot: *Una carta trunca*. En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917, pág. 206.

vió en *Ariel* «el pensamiento alrededor del cual gira principalmente el autor; la soñada solidaridad americana, la de las Repúblicas nacidas del viejo tronco hispano, al que admiraba» (61).

Gonzalo Zaldumbide consideró *Ariel* fruto de una angustia. En momentos de incertidumbre y desorientación, «hele aquí que se adelanta, con todas las gracias de un arte grave y suave, a decirnos también su evangelio, un evangelio entre platónico y renaniano, entre cristiano y helénico. Por encima de las bellezas innumerables del arte, quería recordar a los hombres la esencial belleza de ser hombres... Cuando, junto a la estatua de Ariel, propicio, dirigió a una juventud pensativa su exhortación, toda nuestra América reconoció que un guía espiritual había surgido, anunciando quizás tiempos nuevos. Corrió de mano en mano y de lengua en lengua el precioso libro. Irradiaba una helénica gracia de persuasión y de serenidad. Era, sin embargo, el fruto de una angustia... De él data en nuestra América la moderna reacción idealista» (62).

Ventura García Calderón se fijó en el idealismo y en el éxito de *Ariel*: «Y cuando alentaban en América solicitaciones exclusivas de factoría, él reivindicó descaradamente los derechos del alma, la parte sublime de María, enseñando otra vez, con verbo creado en Galilea, que no sólo de pan vive el hombre... Sus moralejas, inofensivas, sin duda, en pueblos libres, encierran fuerza explosiva de convicción cuando un ilustre general me-

(61) Carlos de Velasco: *Un duelo de América: Rodó*. En «Nosotros», Buenos Aires, año XI, núm. 101, septiembre de 1917, pág. 52.

(62) G. Zaldumbide: *J. E. Rodó*, págs. 45 y 52.

jicano edita *Ariel* en los últimos años de la sombría dictadura de Díaz, y un Presidente de Venezuela persigue a cuantos elogiaron el simbólico libro del uruguayo» (63).

Para Alberto Nin Frías, el fin de *Ariel* es «garantizar la supremacía y el respeto debidos a la inteligencia artística, poética y filosófica» (64). Nin Frías escribió un ensayo sobre Rodó y el sentido íntimo de su obra, para servir de prólogo a una edición anotada, comentada y con un vocabulario para uso de libro de lecturas en universidades de habla inglesa; dice en el mencionado trabajo: «El tema de *Ariel* no es ni local ni nacional, es universal... Muchos de los diálogos de Renán y otros de sus escritos estudian el antagonismo entre el idealismo social y el materialismo, personificados, para él, en Ariel y Calibán. Este era uno de sus asuntos favoritos, y, naturalmente, pasó a serlo en su lejano discípulo» (65).

Ariosto D. González pone de relieve: «Dieciocho ediciones de *Ariel*, además de las numerosas transcripciones parciales, es una cifra no alcanzada por ningún otro pensador de América» (66).

Zum Felde cree que el drama filosófico-político *Calibán*, de Renán, «sugirió a Rodó el empleo de los símbolos de *La Tempestad* shakespeariana». En la obra de Renán, Próspero es vencido por Calibán. «Ariel es, en gran parte, una respuesta (y quiere ser una solución) a los problemas planteados por Renán en esa obra; y especialmente al conflicto entre la democracia y la cultura.» Estima el éxito de *Ariel* por circunstancias históricas. «En tal situación, Rodó trajo a América el espíritu armónico y gracioso de Renán, cuyo culto de la ciencia no era incompatible con el culto estético del helenismo ni con la sentimentalidad cristiana... Y así fué *Ariel*, para los américo-latinos, como el pozo de frescura y el gajo de dátiles en el desierto, a la sombra de sus párrafos armoniosos, la caravana intelectual levantó tienda» (67).

(63) Ventura García Calderón: *José Enrique Rodó*. De «Semblanzas de América». En «Páginas Escog.», Madrid, Edic. J. Morata, 1947, págs. 401 y 404.

(64) Alberto Nin Frías: *Ensayo sobre los libros que he leído*. En «Nuevos ensayos de crítica literaria y filosófica». Montevideo, Dornaleche y Reyes, s. a., pág. 168.

(65) A. Nin Frías: *J. E. Rodó y el íntimo sentido de su obra*. En «Nosotros», Buenos Aires, año XVI, núm. 161, octubre de 1922, páginas 192 y 193.

(66) Ariosto D. González: *Rodó. Su biografía y sus críticos*. En A. Scarone: «Bibl. de Rodó», t. I, pág. XI.

h) «*Ariel*» *y la crítica española.*

La crítica española acogió, en general, el libro con satisfacción y elogio. Tal es la nota predominante desde el juicio entusiasta de *Clarín* en 1900. Rodó estimó el juicio de *Clarín*: «He enviado *Ariel* (escribía a Unamuno) a los pocos amigos intelectuales de verdadero prestigio que tengo en España, contándose entre ellos el que más íntimamente conozco y más benévolamente me ha estimulado: Leopoldo Alas» (68). En otra carta a Unamuno, en 12 de octubre de 1900, hace referencia a «los muy cariñosos juicios» de algunos críticos españoles, y

(67) A. Zum Felde: *Proceso...*, págs. 227, 236 y 238.

(68) R.: Carta a Unamuno. Montevideo, 20 de marzo de 1900.

4430

en carta a Piquet, en julio de 1905, cita la admiración que Menéndez Pelayo sentía por *Ariel*.

Hemos citado anteriormente elogiosas palabras escritas por Ramiro de Maeztu, Cristóbal de Castro y Díez-Canedo. A modo de ejemplo, mostramos a continuación apreciaciones de Altamira, Unamuno y Nueda.

Al llegar Altamira a Montevideo, manifestó a la Prensa: «Ustedes tienen en Enrique Rodó un hombre de observación sutil, pensador profundo y erudito que maneja el castellano de manera asombrosamente maravillosa. ¡*Ariel* es mi lectura predilecta! ¡Cuántas veces lo hemos leído y comentado con mis discípulos, a quienes trato de compenetrar en el alma del escritor que es actualmente el primero del habla castellana!» En 1921, prologó Altamira una edición de *Ariel* y *Liberalismo y Jacobinismo*» (69); comentando el prólogo, recoge José María Delgado el dato de persistir Altamira en el juicio que sobre *Ariel* formulara en «El Liberal» de Madrid: «el libro más representativo de Rodó» (70).

De *Ariel* dijo Unamuno: «Es una buena obra en el doble sentido de estas palabras..., inspirado en Guyau y en Renán sobre todo... es el aticismo sentido en francés por un hispanoamericano... Aunque no exento de cierta hostilidad a lo utilitario, e injusto acaso en demasía con la vulgaridad» (71).

(69) R.: *Ariel. Jacobinismo y Liberalismo*. Barcelona, Edit. Cervantes, 1921.

(70) J(osé) M(aría) D(elgado), en *Notas bibliográficas* de «Pegaso», Montevideo, año VI, núm. 42, diciembre de 1921, pág. 287.

(71) Miguel de Unamuno: *De Literatura hispanoamericana*. En «La Lectura», Madrid, año VII, núm. 1, enero de 1901.

Luis Nueda nota «un acusado fanatismo por Renán» y excesivas citas de obras y autores; sin embargo, afirma: «Obra de juventud del autor, quizá no ha experimentado aún la influencia de los años ni perdido su «actualidad; quizás envejeció muy poco» (72).

i) «*Ariel*» y *la crítica norteamericana*.

Los críticos norteamericanos han considerado a *Ariel* y la literatura de Suramérica con objetividad e imparcialidad. De Rodó se ocupó el profesor de la Universidad de Yale, Frederick Bliss Luquiens, en 1923, en la «Literary Review» (73). Artículos sobre Rodó, y en general sobre temas de Literatura de Hispanoamérica, aparecieron en los números de la revista «Inter América», publicada en Nueva York. La mencionada revista publicó en 1917, en el primer número de la edición en inglés, correspondiente al mes de octubre, el trabajo de Armando Donoso con el título: «Rodó. An evocation of the spirit of Ariel» (74).

Hemos apuntado anteriormente que Isaac Goldberg justifica la pretendida insuficiencia de la prédica de *Ariel*. Para él es *Ariel* el toque de clarín a la juventud

(72) Luis Nueda: *Mil libros*. (Recuerdos bibliográficos). Madrid. Aguilar, S. A. de Ediciones, 4.ª ed., 1952, pág. 1353.

(73) F. B. Luquiens: *José Enrique Rodó*. «Literary Review), pág. 398 del tomo correspondiente al año 1923. New York, 20 de enero de 1923. En A. Scarone: «Bib. de Rodó», t. II, ficha 1722.

(74) Armando Donoso: *An evocation of the spirit of Ariel*. (De «Nosotros»). Inter-America. English. New York, vol. I, núm. 1, octubre de 1917, págs. 23 y ss.

hispanoamericana que contiene el germen de la obra más grande del maestro, *Motivos de Proteo* (75).

Me informan que el profesor de la Universidad de Berkeley, de California, William Berrien se desplazó a Montevideo para recoger y estudiar las anotaciones que Rodó puso en los libros que manejó, y que, en cierta ocasión, convocó un concurso sobre Rodó entre alumnos norteamericanos. Espero noticias de la Universidad de Berkeley para poder precisar y ampliar las referidas informaciones.

j) Divulgación del nombre de «Ariel» y de sus símbolos.

Un grupo de estudiantes del Uruguay fundó el Centro y la revista «Ariel».

En Venezuela, «un numeroso grupo de intelectuales zulianos, dirigidos por las mismas tendencias, fundaron la revista «Ariel» en 1901, y en sus páginas escribieron su labor inolvidable e insuperable Jesús Semprún, Elías Sánchez Rubio, Emiliano Hernández, J. A. Butrón Olivares, Rogelio Illaramendy, Benito d'Erizan, Gustavo Adolfo Cohen y Mario León (76).

Además de la revista de Venezuela, se han publicado en Hispanoamérica otras revistas con el título de «Ariel». Indicamos en «Bibliografía» los títulos de algunas de

(75) I. Goldberg: *La Lit. hispan.*, pág. 229.

(76) J(osé) O(rtín) R(odríguez): *Con uno de la generación de «Ariel»*. En «Letras y Artes», Universidad del Zulia, diciembre de 1949, págs. 9-10.

ellas, aparecidas en Río Cuarto, Asunción, Nicaragua, San José de Costa Rica, El Salvador, Ciudad Trujillo y la Habana.

Joaquín García Monge, el culto y animoso escritor costarricense (77), editó los cuadernos titulados «Colección Ariel».

El cubano Bernardo G. Barros, en la revista «Fígaro», «unas veces con su firma y otras con el seudónimo «Ariel», publicó crónicas, cuentos, críticas literarias y de arte y numerosas bibliografías» (78).

José Antonio Ramos, cubano, es autor del drama político *Calibán, rex*, estrenado en 1904 (79).

José María de Pando escribió *Epístola a Próspero*, en elogio de Bolívar, «quien, como Napoleón, fué, en el fondo del alma, un hombre de letras»... *Epístola a Próspero* se llama este cuadernito de pocas páginas impreso en Lima en 1826 y que le llega al Libertador a la pepita del alma» (80).

D'Annunzio, príncipe de Fiume, le evoca el mago Próspero a Ventura García Calderón: «Todavía perdura el escándalo que provocó Luis de Baviera por haber amado a los cisnes, y recordad el caso de *La Tempestad* de Shakespeare. Es un intelectual quien gobierna la isla del mago Próspero; el genio de la Música preside, como en Fiume, las fiestas de la liberación; pero el irónico inglés

(77) X. X.: *Libros varios*. En «Nosotros», Buenos Aires, año XI, núm. 102, octubre de 1917, pág. 282.

(78) En «Nosotros», Buenos Aires, julio de 1922, pág. 422. Sección «Las Revistas», al dar la noticia de la muerte de G. Barros.

(79) Referencia de Cejador: *Lit. esp.*, t. XII, pág. 194.

(80) V. García Calderón: *Grandeza y decadencia del ídolo. Bolívar en el Perú*. En «Pág. Escog.», pág. 883.

ha situado su gobierno perfecto lejos del mundo, porque sólo en el sueño de una noche de primavera podía concebirse que los Arieles derrotaran a los Calibanes... y los Nittis» (81).

En Francia, André Maurois publicó *Ariel ou la vie de Shelley*. Con motivo de esta obra, dice V. García Calderón: «Ariel, el de Shakespeare; Ariel, el inglés, tendría, si se encarnara, la distinción un poco «distante» de Shelley, y por algo André Maurois intituló con ese nombre la bibliografía del más espiritualista de los poetas sajones del siglo XIX» (82).

Con el título *Ariel corpóreo. (Letras extranjeras)*, publicó Arrieta un libro en Buenos Aires; entre otros estudios, comprende: «Ariel corpóreo» (Shelley) y «Una hora con José Enrique Rodó» (83); el libro es una «colección de artículos publicados en «La Prensa» de Buenos Aires» (84).

La revista «Nosotros» de Buenos Aires, calificó a Louis Mandin «el tierno poeta de *Ariel* y de *Notre Passion*» (85).

En «La Nación», de Buenos Aires, Daniel Halévy escribió un artículo sobre el *Calibán parle*, de Jean Guéhenno. El articulista estima la cultura humanista: «En su grandeza y en su verdad, es el arte de despertar al hombre a la plena conciencia de sí mismo». El Calibán de Guéhenno es una respuesta al de Renán. El sentido humano de la cultura se ha debilitado. «En toda la historia contemporánea (escribe Guéhenno) no hay hecho más trágico». Para salvar las humanidades «hay que ensancharlas, y que esa tradición que nos enseñan tenga en cuenta el esfuerzo de todos los hombres». «Pero el peligro consiste (dice Halévy) en que, volviéndose el humanismo un instrumento en la lucha de clases, se encierre dentro de sus límites» (86).

(81) V. García Calderón: *D'Annunzio, Príncipe de Fiume*. En «Pág. Escog.», pág. 604.

(82) V. García Calderón: *Visita a Jorge Brummel*. En «Pág. Escogidas», pág. 521.

(83) R. A. Arrieta: *Ariel corpóreo* (Letras extranjeras). Buenos Aires, Editorial Buenos Aires, 1926.

(84) Ana Julia Darnet: *Libros*. En «Humanidades». Universidad Nacional de La Plata, República Argentina, t. XV, 1927, páginas 345-346.

(85) «Nosotros», Buenos Aires, año XVI, núm. 158, julio de 1922, pág. 419. En la Sección «Las Revistas».

k) *Proyección de «Ariel» en otros escritores.*

He aquí algunas proyecciones de *Ariel* en otros escritores:

En 1903, Alejandro Andrade Coello recibió *Ariel*, dedicado por el autor. Inmediatamente se lo dió a conocer a Gonzalo Zaldumbide; de aquel conocimiento «brotó», meses después, el magnífico discurso del mismo nombre: «Ariel», pronunciado en el paraninfo de la Universidad por el entonces crítico en embrión» (87). Dijo Zaldumbide: «Lejano maestro y amigo que, en hora para mí

(86) Daniel Halévy: *Calibán habla* (Para «La Nación»). París, diciembre de 1928. En «La Nación»: Letras, Artes. Buenos Aires, pág. VIII, núm. 188, domingo 3 de febrero de 1929, pág. 2.

(87) A. Andrade Coello: *Rodó (Motivos de Proteo)*. 2.ª edición. Quito-Ecuador, 1913, pág. 1.

dichosa, llegó a sembrar en mi mente el germen de todas sus nobles idealidades» (88). Años después, en 1918, publicó Zaldumbide su obra *José Enrique Rodó. Su personalidad y su obra*, que, afortunadamente, ha sido reeditada (89).

La Muerte del Cisne, de Carlos Reyles, es una antítesis de *Ariel*, según Zum Felde, «con cierto apoyo en el materialismo científico de la hora... Directamente nietzscheanos son sus principios de egoísmo vital o voluntad de poder» (90).

El venezolano Zérega Fombona, comentando *Cantilenas*, del poeta Ventura García Calderón, nos recuerda el cuento del príncipe oriental que narró Rodó en *Ariel* (91). Enlaza el recuerdo del cuento con el de la séptima morada de Santa Teresa: «He aquí una historia a la vez simple y extraordinaria. Había un hombre poderoso, rico y bueno. A todos daba su corazón y sus tesoros. Eran admiradas sus riquezas; se alababan sus generosidades, sin que nadie jamás sospechara que él guardaba otros bienes que aquellos magníficos ya conocidos. Pero un día este hombre sorprendió a todos mostrando que en la realidad de la vida se hallan seres como el príncipe de un cuento oriental que guardó años y años, cerrada, visitada sólo por él, la más bella habitación de su palacio. Este hombre de hoy, también él, por egoísmo, por timidez o por amor, ocultó por años la parte más bella de su alma: aquella séptima morada de Santa Teresa, donde se pasan cosas muy en secreto entre Dios y el alma. Pero ¡cómo enojarnos y reñirlo por habérnoslo ocultado tanto tiempo, cuando, al mostrarla, dice, con gentileza y humildad, casi con temor: «Mirad; sólo hay en ella mi corazón; sólo él palpita y desangra en esta Séptima Morada!» (92).

(88) G. Zaldumbide: *Ariel*. Discurso pronunciado en la Distribución de premios de la Universidad Central del Ecuador, verificada al final del año escolar de 1902-1903. Ed. oficial. Quito, Imprenta de la Universidad Central, 1903.
(89) V. en Bibliografía: «Zaldumbide: *José Enrique Rodó*».
(90) Zum Felde: *Proceso*..., pág. 357.
(91) R.: *A.*, págs. 49-53.

Carmelo M. Bonet sitúa a Próspero dialogando con sus discípulos a la sombra de la estatua de Ariel en «Estirpe e idioma. Estirpe clara, idioma regio, naturaleza varia: hegemonía segura». «Y he aquí que Próspero, reuniendo de nuevo a sus discípulos a la sombra de la estatua de Ariel, les dijo:

»—En verdad os digo...

»Entonces sus discípulos preguntaron: —¿Cómo tal, maestro, si no hay dos hombres que parezcan iguales?

»Y Próspero les contestó: —¡Hombres de pocas vistas! Decidme: ¿son acaso distintas las olas de la mar porque unas se levanten hasta el cielo y otras apenas quiebren la tersura del nivel?... ¿No veis que la substancia que las forma es una misma substancia... Así son los hombres» (93).

Cejador, apreciando la novela contemporánea, contrapone las personificaciones de Ariel y Calibán: Calibán,

(92) A. Zérega Fombona: *Ventura García Calderón, poeta.*
(93) Carmelo M. Bonet: *Estirpe e idioma*. Primer premio, concurso de «El Diario Español», año 1910. Publicado en folleto, juntamente con *El alma uruguaya*, Buenos Aires, MCMXI, pág. 21.—Y en Carmelo M. Bonet: *Ensayos literarios*, Buenos Aires, 1926, páginas 15-16.

la personificación shakespeariana de la sensualidad y de la torpeza; Ariel, personificación del imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad, del entusiasmo generoso, del móvil alto y desinteresado en la acción, de la espiritualidad de la cultura, del término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán» (94). Al leer estas palabras de Cejador, creemos percibir el eco de las palabras de Próspero en *Ariel* (95).

6.—*Hombres de América.*

No fué arbitraria la decisión del editor al agrupar en un volumen, bajo el título *Hombres de América*, los estudios de Rodó sobre Rubén Darío, Bolívar y Montalvo. Rubén Darío, el poeta; Bolívar, el héroe; Montalvo, el escritor y el político.

a) *Rubén Darío.*

«Rubén Darío» formó el segundo tomito de *La Vida Nueva*, en edición que circuló poco en América. Puesto luego de prólogo a *Prosas profanas*, salió sin el nombre del autor, por descuido en la corrección de las pruebas.

(94) Cejador: *Historia de la Lengua y Lit. castellana*, t. XIII, Madrid, 1920, págs. 18-19.

(95) R.: *A.*, pág. 138.

Mas no hubo lector que, recordando el ritmo aéreo, la alta elegancia espiritual de otras páginas de Rodó, vacilase en atribuírselo» (96). «Bolívar» (1911) y «Montalvo» (1913), fueron incluídos por su autor en *El Mirador de Próspero*, editado por José María Serrano en Montevideo (97).

Rodó había interpretado con amplio humanismo el pensamiento de Terencio: «Soy hombre: estimo que nada de lo que es humano me es ajeno» (98). En la amplitud espiritual de su campo de atención, consideró con delectación amorosa e íntima complacencia los temas referentes a América. Además de los ensayos sobre las tres mencionadas personalidades, tenía el propósito de estudiar al cubano Martí, y en *El Mirador de Próspero* estudió ampliamente a Juan María Gutiérrez en relación con su época (99).

Resulta inverosímil pensar que Rodó no hubiera fijado su atención en Artigas.

La figura de Rubén ofrece particular interés para los españoles. «Rubén Darío (opinó Pedro Henríquez Ureña, recordado por Díez-Canedo) acaso pertenece hoy, más que a la América, a España» (100). Rodó trazó el primer juicio estimativo, serio, sobre el poeta, en aque-

(96) G. Zaldumbide: *J. E. Rodó*, pág. 43.

(97) R.: *El M. de P.*, Montevideo, José M.ª Serrano, Editor; Peña Hnos., Impresores, 1913.

(98) Terencio: *Eautontimorumenos*. Chremes: «Homo sunt: humani nihil a me alienum puto». Act. I, sc. I, verso 77.

(99) R.: *Juan María Gutiérrez y su época*. En «El M. de P.», págs. 331 y ss.

(100) E. Díez-Canedo: *La poesía castellana y Rubén Darío*. En «España», Madrid, núm. 56, 17 de febrero de 1916, pág. 10.

llos años, entre 1899 y 1902, recuerda Antonio Machado con motivo de sus composiciones *Soledades*, en que «Rubén Darío, combatido hasta el escarnio por la crítica al uso, era el ídolo de una selecta minoría» (101).

Alfredo Colmo consideraba lo mejor de Rodó los trabajos de crítica, «particularmente los de crítica literaria, y por encima de todo, su estudio sobre Rubén Darío, por la elevación, penetración, belleza y lo certero del análisis» (102). La crítica se muestra unánime en la apreciación de la belleza del ensayo. «Este mismo culto por la plasticidad verbal, por la gracia decorativa de la frase, sumado a aquel *dédain natal* de Samain a la vulgaridad, explica la maravilla de su Rubén Darío», dijo V. García Calderón (103); y Carlos Ibarguren: «En Rubén Darío, Rodó nos lleva a un jardín exquisito en cuyo ambiente la música del poeta debe desgranar suave su ritmo de cristal. En ese medio, urdido para decorar la obra deleitosa del vate, el sugestionado lector diría que los versos vuelan y perfilan sus formas vaporosas como enjambre sonoro de líricas abejas» (104).

«El Licenciado Vidriera» consideró el ensayo como ejemplo de acomodación al ambiente del trabajo: «No son de su gusto, según confiesa, estas evocaciones versallescas, llenas de frivolidad; mas, a pesar de este obs-

(101) Antonio Machado: «Páginas Escogidas», 1917, pág. 15. Cita de Cejador: *Lit Esp.*, t. XII, pág. 85.

(102) Alfredo Colmo: *La filosofía de Rodó*. En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917, pág. 184.

(103) V. García Calderón: *José Enrique Rodó*. De «Semblanzas de América». En «Pág. Escog.», pág. 404.

(104) Carlos Ybarguren: *José Enrique Rodó*. En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917, pág. 66.

táculo, de su disgusto, logra colocarse tan en el ambiente del trabajo, que hasta su estilo se hace más alado, más suave y más musical, sin que pierda por eso ni un ápice de su noble estirpe castiza» (105).

El estudio logró alcanzar gran influjo. Rodó lo reconoció en la intimidad de una carta dirigida a Alejandro Andrade Coello el 20 de noviembre de 1914: «El estudio sobre Darío (que tanta aceptación e influencia crítica alcanzó) está reproducido como Prólogo en la edición de *Prosas profanas* hecha por Bouret, de que le remito un ejemplar.»

«Se planteó, quizá primero que nadie, el problema estético del modernismo, en su estudio impresionista sobre Rubén Darío» (106).

Rodó tenía el propósito de completar el estudio sobre Rubén Darío. En la nota final al Prólogo de *Prosas profanas* hizo constar: «Prontas para ser dadas a la publicidad estas páginas, mis amigos de Buenos Aires, y entre ellos los que han formado el círculo íntimo de Rubén Darío, me sugieren el pensamiento de terminar el estudio de la personalidad del poeta con el análisis de *Los raros* y de *Azul*. Téngase, pues, lo leído como la primera parte de un estudio más amplio, que acaso ha de completarse en breve» (107).

(105) Licenciado Vidriera: *José Enrique Rodó*. En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917, pág. 74.

(106) Dr. José M.ª Chacón y Calvo: *José Enrique Rodó*. En «Revista de la Facultad de Letras y Ciencias», Universidad de la Habana, julio y agosto de 1917, pág. 95.

(107) R.: Prólogo a la ed. ***Prosas profanas y otros poemas***, de Rubén Darío. París, Vda. de C. Bouret, 1915, pág. 46.

b) *Bolívar.*

Desde muy joven fijó Rodó su atención en Bolívar. Recuerda Clara Inés Zolesi «su primer trabajo histórico sobre Bolívar, escrito cuando era todavía alumno de cursos elementales en la Escuela «Elbio Fernández» y publicado en la revista que los mismos niños redactaban en dicha institución de enseñanza» (108).

Rodó consideró a Bolívar como ejemplo de genio complejo y armonioso (109). Famosa se ha hecho su expresiva y concisa apreciación del héroe: «Artigas más San Martín: eso es Bolívar. Y aún faltaría añadir los rasgos de Moreno, para la parte del escritor y del tribuno» (110).

Cree Luis Berisso que Rodó «secunda la campaña hostil iniciada en Venezuela contra el general San Martín» (111). Le atraía en Bolívar el deseo de confraternidad de las pueblos hispanoamericanos, mas ello no era obstáculo para apreciar a San Martín: «¿Qué más quieren ustedes los argentinos? (decía en cierta ocasión a Gerchunoff). Tienen a Buenos Aires, han tenido a San Martín. La Argentina define sus períodos históricos con grandes hombres. Esto sólo es dable a pueblos con un alto destino en el mundo» (112).

Características del ensayo son, según F. García Godoy:

(108) Clara Inés Zolesi San Martín: *José Enrique Rodó*. En «Mi primer viaje literario. De Garcilaso a Rodó», pág. 249.
(109) R.: *B.* En «H. de A.», págs. 97-98.
(110) R.: *B.* En «H. de A.», pág. 97.
(111) Luis Berisso: *José Enrique Rodó*. En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917, pág. 69.
(112) Alberto Gerchunoff: *El aspecto argentino de Rodó*. En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917, pág. 91.

MONTEVIDEO

«Penetrante análisis, aquilatada fuerza de erudición e insuperable vigor de colorido» (113). Zaldumbide sólo le encuentra comparable el *Bonaparte* de Taine y juzga su prosa «de poema y de lápida, por el ímpetu lírico y la tenacidad gráfica» (114).

Pronto se divulgó *Bolívar* en América. De su difusión en Cuba da noticias Carlos de Velasco: «dado a conocer en Cuba primeramente por nosotros en el diario habanero «La Discusión», hace cinco años, tan pronto como en agosto de 1912 apareció en el número tercero de «La Revista de América», la excelente publicación recién fundada entonces en París por el muy notable escritor peruano Francisco García Calderón y dirigida por él hasta que comenzó la guerra en Europa» (115).

El crítico brasileño José Verissimo publicó *Bolívar;* al referir la muerte del héroe, cita a Rodó. El trabajo, traducido por Francisco Villaespesa, fué publicado en el «Nuevo Diario», de Caracas, el 28 de octubre de 1915.

c) *Artigas.*

Rodó fechó su trabajo *Artigas* el 17 de julio de 1915. La Facultad de Humanidades y Ciencias de Montevideo lo publicó en 1950, en homenaje a Rodó, reproducien-

(113) F. García Godoy: *El Mirador de Próspero*. En «De aquí y de allá», pág. 368.
(114) G. Zaldumbide: *J. E. Rodó*, pág. 69.
(115) C. de Velasco: *Un duelo de América: Rodó*. En «Nosotros», Buenos Aires, año XI, núm. 101, septiembre de 1917, página 53.

do el autógrafo. Rodó aprecia la significación de Artigas no sólo como estratega, sino también como político, y lo parangona con Bolívar.

d) *Montalvo.*

En 1913 terminó *Montalvo*. En 1907 trabajaba en él. Escribe a A. Andrade Coello el 5 de diciembre de 1907: «Sobre Montalvo escribo actualmente un estudio que daré a la publicidad en una revista española.» En carta a Andrade Coello, el 21 de enero 1910, expresó su satisfacción por «el culto de veneración que El Ecuador mantiene por la memoria de Montalvo». En otra misiva al mencionado escritor ecuatoriano, afirma: «Es de las cosas que con más amor y esmero he escrito en mi vida.» La verdad es que siempre escribió con esmero y casi siempre con amor. Aunque no solía presumir de erudito, le rectifica a Andrade Coello la fecha del nacimiento de Montalvo; le dice, en carta del 10 de febrero de 1914: «Sólo quiero rectificar la fecha de su nacimiento, que no es en 1833, como anota usted, sino el 13 de abril de 1832» (116).

El ambiente está tratado con gran maestría. La descripción de Ambato, ciudad de nacimiento de Montalvo, está trazada con tal verismo, que se creyó que Rodó había estado allí.

Ibarguren cree que *Montalvo* es el más completo de los ensayos de Rodó: «Hay en ese estudio tal amor al

(116) V. Alejandro Andrade Coello: *Rodó*. Quito - Ecuador, 1917, pág. 67.

sujeto que trata, que el escritor se identifica con su modelo... El lector de Rodó percibe el continuo centellear del ingenio y del estilo» (117). Según Luis Berisso, es «uno de los trabajos exegéticos de mayor aliento escritos en lengua castellana» (118).

7.—*Liberalismo y Jacobinismo.*

Liberalismo y Jacobinismo fué el fruto de una polémica surgida por el acuerdo de la Comisión de Caridad y Beneficencia que prohibía los crucifijos en las salas de hospital. Rodó publicó una carta en «La Razón», de Montevideo, el 5 de julio de 1906. Calificó el acto no de liberalismo, sino de *jacobinismo*. «Se trata, efectivamente, de un hecho de franca intolerancia y de estrecha *incomprensión* moral e histórica, absolutamente inconciliable con la idea de elevada equidad y de amplitud generosa que va incluída en toda legítima acepción del liberalismo» (119). Consideró desconcertador y extraño expulsar «del seno de las casas de *caridad* la imagen del creador de la *caridad* —del que la trajo al mundo como sentimiento y como doctrina» (120). El doctor don Pedro Díaz, anticatólico, refutó las ideas de la carta de Rodó en una conferencia dada en el «Centro liberal» el

(117) C. Ibarguren: *J. E. Rodó*. En «Nosotros». Buenos Aires, mayo de 1917, págs. 66 y 67.

(118) Luis Berisso: *José E. Rodó*. En «Nosotros». Buenos Aires, mayo de 1917, pág. 69.

(119) R.: *L. y J.*, pág. 108.

(120) R.: *L. y J.*, pág. 110.

14 de julio. Sostenía el doctor Díaz que la caridad existía en el mundo antes de Jesús. Rodó rebatió los argumentos del doctor Díaz en los números de «La Razón», de Montevideo, correspondientes a los días 4, 5, 7, 8, 11, 12, 13 y 14 de septiembre de 1906.

Para *Nuevos ensayos de Crítica literaria y filosófica*, de Nin Frías, escribió Rodó una carta titulada: «Sobre el espíritu religioso en Alberto Nin Frías»; en ella le decía: «Esta es la hora en que me ha tocado asumir, contra ciertas tendencias, la defensa de la tradición cristiana y del ideal cristiano» (121).

«Y tuvo —dice Rubén Darío— el más bello de sus gestos cuando, llevado a las controversias de la Prensa y a las agitaciones de la Cámara por los caprichos de la política, el adorador de los dioses de la Hélade salió a la defensa de nuestro pálido Dios cristiano, desterrado, allá como en Francia, de los lugares de la Justicia por la roja cosa jacobina» (122).

En la polémica no alteró Rodó la ecuanimidad ni la mesura. *Liberalismo y Jacobinismo* se volvió así la continuación de *Ariel;* «fué Ariel actuando en la liza, puesto por obra en la vida, realizando su evangelio entre los gentiles», expresó Zaldumbide (123). «Pocas veces se ha repetido en nuestros días una tan brillante defensa del

(121) R.: *Sobre el espíritu religioso en Alberto Nin Frías.* En Alberto Nin Frías: «Nuevos ensayos de crítica literaria y filosófica». Montevideo. Dornaleche y Reyes, s. a., pág. XX.

(122) Rubén Darío: *José Enrique Rodó. En* «Revi. Hisp. Am. Cervantes», Madrid, mayo de 1918, págs. 5-6.

(123) G. Zaldumbide: *J. E. Rodó*, pág. 67.

cristianismo», afirmó Luis Amador Sánchez (124). Manifestó Zubillaga: «Elévase Rodó a una serenidad de criterio que, si le aparta del concepto divino que en la religión acompaña al Redentor, le permite comprender y demostrar su poder creador de un nuevo mundo moral, y la influencia triunfal de su ejemplar enseñanza de dar todo al bien: hasta el dolor y la vida... el rápido trabajo de Rodó contiene en su brevedad algo que no es exclusivamente «una defensa estética de la religión de Jesús», como llamara acertadamente Fierens Gevaert a la obra inmortal de Chateaubriand» (125).

Havellock Ellis consideró a Rodó «el mejor escritor de Suramérica... quiso ser mensajero de la dulzura y de la luz, del espíritu de Jesús combinado con el espíritu de Atenas» (126). Manifestación de tolerancia interpretó al *Liberalismo y Jacobinismo* Isaac Goldberg: «Es donde más plenamente desarrolla Rodó su hermosa tolerancia... Pues, a pesar de su ecuanimidad, era hombre de sentimientos» (127).

Andrés González Blanco valoró el libro desde el punto de vista sociológico: «Este tratado tiene tal importancia, que ningún sociólogo futuro podrá dejar de anotarlo al hacer la historia de las orientaciones anticlericales que Waldeck-Rousseau y Combes iniciaron en

(124) L. Amador Sánchez: *El pensamiento vivo de Rodó.* En «Univ. de Antioquia», Medellín-Colombia, núm. 99; mayo, junio y julio de 1950, pág. 283.

(125) Juan Antonio Zubillaga: *Crítica Literaria.* Montevideo, A. Monteverde y Cía., editores, 1914.

(126) Citado por Ariosto D. González: *Rodó. Su bibl. y sus críticos.* En A. Scarone: «Bibl. de R.», t. I, pág. XVIII.

(127) I. Goldberg: *La Lit. hispanoam.*, págs. 235-236.

Francia, traspasaron el Atlántico y hasta en la apartada España estimularon por largo tiempo el generoso y noble espíritu de Canalejas» (128).

El colombiano Carlos Arturo Torres había tratado el mismo asunto y con el mismo criterio que Rodó: «Rodó, en su opúsculo *Liberalismo y Jacobinismo*, tan noble y alto en las ideas como gallardo en la forma, estudia con admirable lucidez la diferencia que existe entre la escuela liberal, propiamente dicha, y el jacobinismo. Antes que el ilustre pensador de Montevideo, aunque a infinita distancia de él en el mérito literario de su esfuerzo, el autor de este ensayo había tratado el mismo asunto y con el mismo criterio en los diarios de Bogotá «La Crónica» y «El Nuevo Tiempo», y en un libro, *Estudios ingleses. Estudios varios* (ensayos sobre Spencer, Morley, Desmoulins, Quinet, Murillo, etc., etc.)» (129).

Mario Falcao Espalter, en *La tolerancia de antaño*, con prólogo de Rodó (1919), hace «la apología de la *tolerancia* (como virtud intelectual y social, de acuerdo con la actitud del prologuista en *Liberalismo y Jacobinismo*)» (130).

8.—*Motivos de Proteo.*

a) *Indole y simbolismo de Proteo.*

La interpretación de Proteo ha sido fuente de inspiración en la literatura. Rodó recuerda las interpretaciones en la *Odisea* y en las *Geórgicas*, al explicar el simbolismo de su libro. En el siglo XVIII, el poeta brasileño Antonio José de Silva escribió *Variedades de Protheu* (1737); «la decadencia de la escena portuguesa era por entonces extrema, y Antonio José de Silva se alzó con su cetro» (131). Emerson interpretó en Proteo «las infinitas mutaciones de la forma» (132). El poeta montevideano Angel Falco fundó y dirigió en Buenos Aires (1916-1917) la revista «Proteo» (133 y 134).

Rodó adoptó como lema, en la portada de *Motivos de Proteo*, la frase de San Mateo, IV, II: «Todo se trata por parábolas». Él mismo explicó la índole del libro: «Nunca le daré «arquitectura» concreta ni término forzoso: siempre podrá seguir desenvolviéndose, viviendo.» «La índole del libro (si tal puede llamársele) consiste, en torno de un pensamiento capital, tan vasta ramificación de ideas y motivos, que nada se opone a que haga de él lo que quiero que sea: un libro en perpetuo *devenir*, un libro abierto sobre una perspectiva indefinida» (135). «El tema (aunque no cabe indicarlo con precisión en breves palabras) —decía a Unamuno en carta del 20 de marzo de 1904— se relaciona con lo que po-

(128) Andrés González Blanco: *Escritores de América*. Madrid, Edit. América, págs. 69-70.

(129) Carlos Arturo Torres: *Los Idolos del Foro*. Ensayo sobre las supersticiones políticas. Madrid. Edit. América, s. a., pág. 256, n.

(130) A. Zum Felde: *Proceso...*, pág. 614.

(131) Dr. Ramón Insúa Rodríguez: *Historia de la Filosofía en Hispanoamérica*. Guayaquil, Imp de la Universidad, pág. 59.

(132) W. Emerson: *Ensayos*. Traduc. de L. Echevarría. Madrid, M. Aguilar, editor; Col. Crisol; pág. 48.

(133) Arturo Scarone: *Uruguayos contemporáneos*. Diccionario de datos biográficos. Montevideo, Impr. y Edit. Renacimiento.

(134) Cejador: *Lit. esp.*, t. XII, pág. 186.

(135) R.: *M. de P.*, pág. 5.

dríamos llamar «la conquista de uno mismo»: la formación y el perfeccionamiento de la propia personalidad; pero desenvuelto en forma muy variada, que consiente digresiones frecuentes y abre amplio espacio para el elemento artístico. Será un libro, en cierto modo, *a la inglesa*, en cuanto a los caracteres de la exposición, que puede tener parecido con la variedad y relativo *desorden* formal de algunos «ensayistas» británicos.»

He aquí las palabras de Rodó interpretando el simbolismo de Proteo: «Forma del mar, numen del mar, de cuyo seno inquieto sacó la antigüedad fecunda generación de mitos. Proteo era quien guardaba los rebaños de focas de Poseidón. En la *Odisea* y en las *Geórgicas* se canta de su ancianidad venerable, de su paso sobre la onda, en raudo coche marino. Como todas las divinidades de las aguas, tenía el don profético y el conocimiento cabal de lo presente y lo pasado. Pero era avaro de saber, esquivo a las consultas, y para eludir la curiosidad de los hombres apelaba a su maravillosa facultad de transfigurarse en mil formas diversas. Por esta facultad se caracterizó en la fábula, y ella determina, en la clave de lo legendario, su significado ideal... Siempre inasible, siempre nuevo, recorría la infinitud de las apariencias sin fijar su esencia sutilísima en ninguna» (136).

Para Rodó, reformarse es condición de progreso y posibilidad de vivir. Para D'Annunzio renovarse era posibilidad de evitar morir. La idea fundamental de *Motivos de Proteo* es: «reformarse es vivir». «O rinnovarsi

(136) R.: *M. de P.*, pág. 7.

o morire», son las palabras de Giovanni Episcopo, de Gabriel d'Annunzio, recuerda Arturo Lagorio (137).

Cejador afirmó que *Motivos de Proteo* es «un dinamismo psicológico bergsoniano; pero también es indeterminado y vago en cuanto al término de la renovación»; no obstante, estimó a Rodó «pensador original, hondo y perspicaz crítico» (138). Más precisa que la observación de Cejador es la de Clemente Estable en *Enciclopedia de Educación*: «La reforma más de fondo nunca es radical en todo ni puede reformarse todo simultáneamente. Si todo es perfectible, no todo lo que existe es malo, y *progresar de veras es tanto innovación como conservación de lo que vale*» (139).

b) *La gesta de Proteo.*

«La gesta de Proteo», titula la edición de *El que vendrá*, edit. Cervantes, Barcelona, 1930, segunda edic.; «la correspondencia que Rodó sostuvo con don Juan Francisco Piquet, distinguida personalidad uruguaya, cuando este señor residía en Barcelona». En diversas fechas de los años 1904 y 1905, da Rodó noticias sobre la obra (140).

(137) Arturo Lagorio: *Letras Americanas*. Con motivo de «Pequeña antología de poetas chilenos», ed. de «Los Diez», Santiago de Chile, 1917. En «Nosotros», Buenos Aires, julio de 1917, página 482.

(138) Julio Cejador: *José Enrique Rodó*, II. En «Nuevo Mundo», Madrid, 22 de junio de 1917.

(139) Clemente Estable: *Enciclopedia de la Educación*. Prólogo. Montevideo, Imp. Nac., 1946, pág. XIII.

(140) R.: *El q. v.*, págs. 205-217.

Montevideo, 31 de enero de 1904: «Leo poco. El tiempo de que puedo disponer lo consagro a seguir esculpiendo mi *Proteo*. Tengo fe en que ésta será mi obra de más aliento hasta hoy. La parte literaria está representada principalmente por cuentos aplicables a tal o cual pasaje teórico, sin que esto sea decir que no hay también literatura en lo demás de la obra.»

Montevideo, 3 de abril de 1904: «Entre desalientos y desmayos, la obra se va haciendo... todo ello relacionado dentro de un plan vasto y completo, sobre el que se cierna como un águila sobre una montaña, un pensamiento fundamental.»

Montevideo, 20 de abril de 1904: Proteo, entre tanto, avanza... sin precipitaciones ni fines inmediatos... y poniendo en sus páginas el sello de mi personalidad definitivamente formada en lo intelectual, sin que esto sea decir que no haya de escribir otra cosa que se le adelante, si puedo; porque yo concibo la vida y la producción del escritor como una perpetua victoria sobre sí mismo.»

Montevideo, septiembre de 1904: «El tiempo que rescato para mí mismo lo consagro a *Proteo;* a los toques finales del libro en que he puesto lo mejor de mi alma.»

Montevideo, julio de 1905: «*Proteo* es mi preocupación casi absorbente. Lo compongo con «delectación morosa»... El aparato de apuntes, datos e informaciones también está completo y ordenado... Esta sola tarea importa la consulta de más de cien volúmenes de obras biográficas, en mi biblioteca, en la del Ateneo, en la de la Universidad, etc.... Pero no se limita a la información biográfica el fondo de datos de que he tenido que echar

mano. Como la tesis de la obra abarca fundamentales cuestiones psicológicas y éticas, y se roza con puntos de Historia, etc., es mucho más lo que he tenido que ver; y todo lo he substanciado, criticado y asimilado por mi cuenta. Después de eso, la cuestión de estilo, de ejecución, que, como usted sabe, es fundamental para mí... Tengo la convicción de que mi obra «quedará» en la literatura americana, superando acaso el éxito de *Ariel*. Le escribo en circunstancias en que estoy enteramente poseído por el espíritu de mi obra en gestación.»

c) *La recepción de «Motivos de Proteo».*

Joaquín de Salterain, en *Sobre Motivos de Proteo,* insistió en el autodidactismo de Rodó (141). La «Revista Histórica de la Universidad de Montevideo», en el número 5, correspondiente a agosto de 1909, calificó de «juicio atrayente» el folleto del médico distinguido» (142).

Juan Más y Pi, después de la lectura de *Motivos de Proteo*, cree en la posibilidad de una literatura plástica; aprecia también la obra de pensamiento: «El encanto singular de una prosa novísima tiene la virtud de hacerme creer en la posibilidad de una literatura plástica, de una literatura que cincele, grabe y esculpa en palabras como en la materialidad perdurable del bronce y del mármol... En este *Proteo*, como en *Ariel*, hay algo más

(141) Joaquín de Salterain: *Sobre «Motivos de Proteo».* Montevideo, Taller Gráfico «El Arte», 1909, pág. 31.

(142) «Revista Histórica de la Universidad de Montevideo», año II, núm. 5, agosto de 1909, págs. 580-1.

que la obra de arte: hay la obra de pensamiento, eso que no puede ser un artificio, que no se puede alcanzar con la paciente minuciosidad benedictina. Y es por el pensamiento, por la idea, tanto como por el arte, por lo que Rodó se yergue en primera línea entre los aedas de la futura América» (143).

«Sembrador de ideas», llamó a Rodó por esta obra Alejandro Andrade Coello (144).

Zubillaga, como el autor «y sus lectores», la consideró su obra capital (145). También le pareció a Ernesto A. Guzmán «su libro culminante» (146).

F. García Godoy, en 1916, lo estimó oportuno en Hispanoamérica, «en la tormentosa hora presente», por su amable y humano eticismo (147).

Emilio Berisso encuentra muchas afinidades y concordancias entre *Motivos de Proteo* y *La Sagesse et la Destinée*, de Maeterlinck, en el método y en «cierta tendencia al estoicismo», pero Maeterlinck lleva a una paz inactiva, mientras que Rodó «prepara el espíritu para dar comienzo a una vida nueva» (148).

Alfredo Colmo encuentra toda la filosofía de Rodó en

(143) Juan Más y Pi: *Los libros. Motivos de Proteo*. En «El Diario Español», domingo 16 de mayo de 1909.

(144) A. Andrade Coello: *Rodó (Motivos de Proteo)*. 2.ª edición, Quito-Ecuador, 1913, pág. 5.

(145) Juan Antonio Zubillaga: *Crítica literaria*. Montevideo, A. Monteverde y Cía., editores, 1914, pág. 161.

(146) Ernesto A. Guzmán: *José Enrique Rodó*. En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917, pág. 87.

(147) F. García Godoy: *De aquí y de allá (Notas Críticas)*. Santo Domingo, Tip. «El Progreso», 1916, págs. 363 y 364.

(148) E. Berisso: *José Enrique Rodó. Breves reflexiones*. En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917, págs. 75-76.

Motivos de Proteo; cree que *Ariel* es, intelectual y lógicamente, un simple capítulo del anterior... Es, si la expresión no arriesgase su poco de grosera concreción, una filosofía de prédica, de consejos morales, de normas individuales de conducta...De ahí que cupiera considerarlo un Marco Aurelio contemporáneo, una especie de lord Chesterfield que, en vez de escribir cartas a su hijo, confecciona libros para sus alumnos, para el público en general... Me acuerdo del soberbio librito *Parerga y Paralipomena*, de Schopenhauer, y de los admirables *Ensayos* o de la *Conducta de la vida*, de Emerson. Maeterlinck ha hecho lo propio, en forma a veces fragmentaria o incidental, en *La Sagesse et la Destinée*, en *Le trésor des humbles*, en *Le temple enseveli* y aun en *La vie des abeilles* y *L'intelligence des fleurs*. El mismo Gourmont, en sus *Dialogues* y en aquella «paradoja» inicial de su *Culture des idées*, también se dejó seducir por la sirena... Con todo, su libro es un producto vigoroso, lo mejor de las obras de su género entre nosotros. Me arrepiento un tanto de la localización. *Proteo* no es una obra americana sino por el autor y por el lugar de su publicación. Los consejos y prédicas que contiene podrían convenir a cualquier joven del mundo. Nos serán útiles no como americanos, sino como hombres... Lo que en él más me seduce es la fuerte versación erudita de que da muestra, lo amplio del criterio que revela», aunque lo cree «demasiado analítico para poder tener visiones y percepciones sintéticas, que son la esencia de toda creación» (149).

(149) A. Colmo: *La filosofía de Rodó*. En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917, págs. 173-175 y 179.

Carlos de Velasco, con motivo de la parábola «La pampa de granito», afirmó: «No vacilamos en decir que ha ejercido una gran influencia en la formación de nuestro carácter» (150).

«En *Motivos de Proteo* (opina Andrés González Blanco) se recoge todo lo más selecto del alma de Rodó y se realiza el ideal del estilo literario» (151).

Estimó Rubén Darío: «Su obra magna... aires mentales, sinfonías de ideas que llevan dentro tanta virtud bienhechora» (152).

La estructura de *Motivos de Proteo* le recuerda a Zaldumbide la construcción del sistema de Schopenhauer: «Admirable libro, cargado de humanidad y magnificencia, tallado como en granito, para durar... Se nos recordaría en vano que Schopenhauer estimaba, como una excelencia más de su sistema, la interdependencia de todas sus partes y el que no tuviera propiamente principio, medio ni fin, sino que el pensamiento vivificante circulara en él como va la sangre del corazón al cerebro y refluye de todos los miembros» (153).

Víctor Pérez Petit llamó «libro océano» a *Motivos de Proteo*, y sostiene que su autor coincide con Hegel en ciertas ideas generales: «existía en el mismo Hegel esa

(150) C. de Velasco: *Un duelo de América: Rodó*. En «Nosotros», Buenos Aires, septiembre de 1917, pág. 55.

(151) A. González Blanco: *Escritores representativos de América*. Madrid, Edit. América, s. a., pág. 64.

(152) Rubén Darío: *José Enrique Rodó*. En «Rep. Hispano Am. Cervantes», Madrid, mayo de 1918, pág. 6.

(153) G. Zaldumbide: *J. E. Rodó*, págs. 57 y 63.

fusión del ser en las representaciones del mundo objetivo» (154).

Ventura García Calderón aprecia en la obra la pompa castellana, y al libro como el diario vitalicio de un pensador: «Rodó ensayó visiblemente en sus *Motivos de Proteo* la estructura literaria de los clásicos. Desaparecen el período breve, la simplicidad perfecta y armoniosa. Hasta la gracia efusiva de antaño cede el paso a una pompa castellana... es el diario vitalicio de un pensador. Lejos del ruido mundanal, en las veredas por donde Platón y Montaigne van de aventura, un horaciano ha instalado su cotidiana fábrica de miel. Un sembrador salió para sembrar, como en la Biblia, pero lo han distraído las abejas» (155).

Para Nin Frías, es la obra de Rodó de más volumen y aliento; pronto alcanzó el éxito de *Ariel*: «escrito en el estilo cautivador de su *Ariel*... da completa expresión a su amor por la parábola» (156).

Isaac Goldberg exalta la importancia educativa: «Los *Motivos de Proteo* deberían ser traducidos a todos los idiomas y formar parte de todo sistema de educación» (157).

A Luis Amador Sánchez le recuerda el *Conde Lucanor*: «Rodó reúne en esa obra observaciones y gustos

(154) Víctor Pérez Petit: *Rodó. Su vida. Su obra*. Montevideo, Imp. Latina, 1918, págs. 240 y 246-248.

(155) V. García Calderón: *J. E. Rodó*. En «Pág. Escog.», páginas 404 y 405.

(156) Alberto Nin Frías: *J. E. Rodó y el íntimo sentido de su obra*. En «Nosotros», Buenos Aires, año XVI, núm. 161, octubre de 1922, págs. 195-196.

(157) J. Goldberg: *La Lit. Hispanoam.*, pág. 260.

de meditación, de interés humano, enriquecidos con una técnica orientalista, la del ejemplo. Nos recuerda a veces el ciclo que en la España del siglo XIV inicia don Juan Manuel con su notable libro *El Conde Lucanor*» (158).

9.—*El Mirador de Próspero*.

Próspero se llamaba «el viejo y venerado» maestro que, a la sombra de la estatua de Ariel, explicó a los alumnos la admirable lección, al terminar las académicas tareas. Rodó trazó en *Ariel* un rasgo autobiográfico al mencionar «la noble presencia de los libros, fieles compañeros de Próspero» (159). «Próspero (en justa opinión de Clara Inés Zolesi San Martín), el tipo equilibrado y sereno, el intelectual libre de ataduras mancillantes, es el mismo Rodó» (160).

Dan idea del carácter de la obra las palabras que, a modo de lema, colocó al comienzo de la misma, tomadas de la *Littérature anglaise*, de Taine (vol. III): «J'aime, je l'avoue, ces sortes de livres. D'abord on peut jeter le volume au bout de vingt pages, commencer par le fin, ou au milieu; vous n'y êtes pas le serviteur, mais le maître; vous pouvez le traiter comme journal: en effect, c'est le journal d'un esprit» (161).

(158) L. Amador Sánchez: *El pensamiento vivo de Rodó*. En «Univ. de Antioquia». núm. 99.
(159) R.: *A*, pág. 25.
(160) Clara Inés Zolesi San Martín: *J. E. Rodó*. En «Mi primer viaje literario», pág. 252.
(161) R.: *El M. de P.*, pág. 5.

«Se acoge Rodó con razón (dice Zaldumbide) al gusto que Taine declaró tener, al tratar de los *Ensayos* de Macaulauy, por esta clase de libros, que «son como el diario de un espíritu». Y bien hizo en dárnoslo Rodó en su compleja abundancia de materias» (162).

Predominan los ensayos sobre asuntos diversos de Hispanoamérica en *El Mirador de Próspero*. «Desde este observatorio espiritual, la mirada íntima, la mirada de *adentro* del insigne autor de *Ariel*, abarca una sucesión cambiante y maravillosa de perspectivas... posee en alto grado la envidiable y rara facultad de adaptarse a estados de alma diferentes y complejos... con un criterio de efusiva simpatía, de tolerancia amplísima, de serena ecuanimidad... resplandores mirificos de magnificentes idealismos... En casi todo este libro predomina un sentido de consciente hispanoamericanismo, amplio, luminoso, en que intereses puramente nacionales se eslabonan, subordinándose a intereses más altos» (163). Con el pensamiento final de las anteriores palabras de García Godoy coincide Goldberg: *El Mirador de Próspero* respira un ardiente hispanoamericanismo» (164), y Luis Amador Sánchez: «En *El Mirador de Próspero* se realzan los magníficos ensayos cuyos temas son: Bolívar; Juan Montalvo, el culto literato de Ecuador; el esteta colombiano Carlos Arturo Torres, y el eminente argentino Juan María Gutiérrez» (165).

(162) G. Zaldumbide: *J. E. Rodó*, pág. 67.
(163) F. García Godoy: *El Mirador de Próspero*. En «De aquí y de allá» (Notas críticas), págs. 357-359 y 367.
(164) I. Goldberg: *La Lit. Hispanoam.*
(165) L. Amador Sánchez: *El pensamiento vivo de Rodó*. En «Univ. de Antioquia», núm. 99. pág. 281.

Gerchunoff ha destacado la importancia de los estudios argentinos de Rodó: «Los mejores artículos de *El Mirador de Próspero* son estudios argentinos... José Enrique Rodó se comunicó con nuestro espíritu como si hubiera vivido en Buenos Aires... Ningún problema de la civilización argentina dejó de interesarle, ningún fenómeno hondo de la vida colectiva del país se suscitó sin provocar su atención de pensador. En este sentido, es tan argentino como uruguayo» (166). Por el estudio «Juan María Gutiérrez y su época», cree Jiménez Pastor: «Los argentinos debemos al ilustre escritor uruguayo lo mejor que se ha estudiado, pensado y escrito sobre las dos primeras grandes épocas de nuestra literatura, desde el punto de vista del valor y significación del espíritu y la obra literarios en el desenvolvimiento de nuestra personalidad nacional» (167). Luis Alberto Sánchez recordó el libro *La tradición intelectual argentina de José Enrique Rodó* (edic. Angel Estrada, 4.ª edición, Buenos Aires): «Un tomo hábilmente compuesto con estudios de Rodó, exclusivamente dedicados a literatura argentina, han sido extraídos de su obra *El Mirador de Próspero*» (168).

Colmo y Zaldumbide en América y Luis Palomo en España, entre otros, han considerado *El Mirador de Próspero* la mejor obra de Rodó. «Allí, en *El Mirador*,

(166) A. Gerchunoff: *El aspecto argentino de Rodó*. En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917, pág. 91.

(167) A. Jiménez Pastor: *José Enrique Rodó*. Discurso. En «Nosotros». Buenos Aires, mayo de 1917, pág. 13.

(168) L. Amador Sánchez: Trabajo cit. En «Univ. de Antioquia» .núm. 99. pág. 281.

es posible ver mejor la hermosa facundia de Rodó, la altura de su criterio histórico y literario... y su adaptación, intencional o no, de las premisas críticas de Taine... todo lo cual le acuerda título para que se le consagre como el primer crítico literario entre nosotros y en nuestra época» (169). «Es *El Mirador de Próspero* el libro que mejor muestra no sólo la excelencia, que hemos proclamado, del crítico, sino también la consecuencia de todas sus épocas con los comienzos, la gracia y la fuerza con que su curva vuelve al dominio de que partió... el libro menos amado por su autor, el vario y rico y fuerte *Mirador de Próspero*» (170). «Uno de sus últimos libros, *El Mirador de Próspero*, tan conocido en España, está considerado como el trabajo más exquisito, más delicado y más correcto de cuanto ha producido la intelectualidad americana contemporánea» (171).

10.—*El Camino de Paros.*

La Editorial Cervantes, de Valencia, publicó *El Camino de Paros*. Contiene, en dos partes: Meditaciones y Andanzas, artículos escritos por Rodó para «Caras y Caretas», de Buenos Aires, desde agosto de 1916. Son impresiones de su vaje por Europa (Lisboa, Barcelona

(169) A. Colmo: *La filosofía de Rodó*. En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917, pág. 185.

(170) G. Zaldumbide: *J. E. Rodó*, págs. 67 y 103.

(171) Luis Palomo: *José Enrique Rodó*. En «Cultura Hispanoamericana», Madrid, año VI, núm. 55, 15 de junio de 1917, página 37.

e Italia). Alejandro Andrade Coello comentó *El Camino de Paros*: «¡El Camino de Paros! ¡El exilio sin regreso!... Fué la ruta postrera del maestro..., aladas crónicas de vigor descriptivo, fragmentos de una vida, amoríos para España, interés por América, cariño docente, meditación, ofrenda y símbolo del *Quijote* en los representativos campos de Montiel del Nuevo Mundo, en el cultivo de sus tradiciones» (172).

El título fué puesto por Vicente Clavel: «Yo soy el que puso el título de *El Camino de Paros*» (173); «certero y sugestivo título», escribía... el distinguido publicista uruguayo Justo Manuel Aguiar en su notable estudio acerca de Rodó (174). Del título, dijo Salaverri: «Vicente Clavel, activo y sentimental, recoge con prodigalidad de discípulo la obra más periodística de Rodó, y medita el título, hasta dar con uno que de seguro el propio José Enrique Rodó habría aceptado: *El Camino de Paros*» (175). Rodó había escrito en *Rubén Darío*: «En vano se lamenta Leconte que hayamos perdido para siempre el camino de Paros» (176).

«Dors, ô blanche victime, en notre âme profonde.
Dans ton linceul de vierge ceinte de lotos:
Dors; l'impure laideur est la reine du monde
Et nous avons perdu le chemin de Paros.»

(172) A. Andrade Coello: *El margen de «El Camino de Paros»*. Quito-Ecuador. Imp. Mejía, 1919, págs. 1 y 24.

(173) Vicente Clavel: Prólogo a *Nuevos Motivos de Proteo*. Edit. Cervantes, Barcelona, 1927, pág. 12.

(174) V. Clavel: Ob. cit., pág. 13.

(175) Vicente A. Salaverri: *Ediciones fraudulentas*. En «Pegaso», Montevideo-Uruguay, marzo de 1920, núm. XXI, año III. Glosas de mes; pág. 350.

(176) R.: *R. D.* En «H. de A.», pág. 146.

Comenta Nin Frías: «Nada más bello que este canto flébil al alma armoniosa e ideal de Hipatia. Todos los poemas *In Memoriam* palidecen ante los versos de Leconte» (177). Todo (dijo de Rodó, Pérez Petit) era un fanal asentado sobre una mole de Paros» (178).

11.—*Nuevos motivos de Proteo.*

«Después de su muerte, en 1919, se publicó... *Ultimos Motivos de Proteo*» (179). Se publicaron ediciones en Montevideo y en Valencia. Son continuación de *Motivos de Proteo*, e interpretan el mismo símbolo.

Al morir, dejó inéditas algunas parábolas, entre ellas la que publicó, con autógrafo, la revista «Pegaso», de Montevideo, en febrero de 1920, como homenaje, al adherirse «al Movimiento Nacional» que provocó la llegada a Montevideo de los restos mortales de Rodó. En el autógrafo se ven las correcciones de Rodó, prueba de su escrupulosidad de escritor. La aludida parábola creo que podría titularse: «El recuerdo empapado en la esencia del sentimiento».

(177) A. Nin Frías: *Ensayo sobre la muerte*. En «Nuevos ensayos de crítica literaria y filosófica». Montevideo. Dornaleche y Reyes, s. a., págs. 60-61.

(178) V. Pérez Petit: *La muerte de Rodó*. En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917.

(179) L. Amador Sánchez: Trabajo cit. En «Univ. de Antioquia», núm. 99, pág. 279.

12.—*Escritos diversos.*

Algunos de sus escritos aparecieron en diversas publicaciones. De esas reproducciones da abundantes datos Scarone en su *Bibliografía de Rodó*. En el Apéndice Bibliografía incluímos algunos datos no recogidos por Scarone.

Rodó fué solicitado para escribir artículos, prólogos, epílogos, impresiones, apreciaciones, juicios críticos y pensamientos. En todos los escritos se muestra el estilista. Un ejemplo: En el ejemplar destinado a Juan Antonio Rodríguez: «El valor de un libro se prueba en los grandes momentos de la vida. El libro verdaderamente intenso y eficaz es aquel que se recuerda en la hora de los grandes dolores, o de la suma felicidad, o de los supremos entusiasmos.» Montevideo, 1916 (180).

Rodó desarrolló una fecunda actividad epistolar. «Poco amante de las confidencias íntimas (observó Julio Noé), Rodó ha mostrado casi exclusivamente en sus cartas su personalidad de escritor... En toda su correspondencia, muestra Rodó el gran amor que tuvo por la patria grande de América» (181).

(180) R.: *Pensamiento autógrafo*. En A. Scarone: «Bibliografía de Rodó», t. I, pág. 135.

(181) J(ulio) N(oé): *Epistolario, por José Enrique Rodó*. Paris-Buenos Aires, 1921. En «Nosotros», Buenos Aires, año XV, núm. 146, julio de 1921, pág. 412.

CAPITULO IV

ANALISIS INTROSPECTIVO. SIGNIFICACION MORAL DEL PENSADOR

Rodó, que con agudo sentido crítico supo ver la transparencia de las almas (sus estudios sobre Bolívar, Montalvo, Rubén Darío, por ejemplo), dejó también traslucir la suya en diversas ocasiones. La sinceridad, nota destacada en su personalidad, motiva frecuentemente la nota autobiográfica en sus escritos. La lectura de sus obras nos permitirá trazar o, mejor, recoger algunos rasgos de su perfil psicológico y moral.

1.—*Vinculación latina.*

«Yo, que soy tan profundamente latino en mi concepción de la belleza y en mis veneraciones históricas» (1). Con posterioridad había dicho a Unamuno, en carta del

(1) R.: «L. y J.», pág. 204.

12 de octubre de 1900: «Yo me considero muy *latino*, muy meridional; por lo menos como manifestación *predominante* de mi espíritu, pues una de mis condiciones psicológicas es la flexibilidad con que me adapto a diversos modos de ver, y hay veces en que mi *latinismo* se eclipsa y me siento vibrar al unísono con un Carlyle, o un Heine, o un Amiel. Mi aspiración sería equilibrar mi espíritu hasta el punto de poder contemplar y concebir la vida con la serenidad de un griego o de un hombre del Renacimiento.»

En su vinculación latina le seduce lo francés, y lo español le merece simpatía: «Me seduce lo francés por la espiritualidad, la gracia, la fineza del gusto y la generosa amplitud y liberalidad del sentimiento... Con esta afición a lo francés concilio perfectamente mi amor a todo lo que puedo comprender dentro de lo septentrional, pues creo tener cierta amplitud de gusto y de criterio» (2). «El pensamiento francés es mi encanto» (3).

«Lo español me merece sincera y viva simpatía. Nadie más que yo admira a los representantes de verdadero mérito que quedan a la intelectualidad española. Nadie admiró más a Castelar, ni tiene más alta consideración por Menéndez Pelayo, Leopoldo Alas, Valera, Galdós, Echegaray, Pereda y tantos otros» (4). «España... Esa tierra... que también considero mía por mi sangre y por el afecto que le consagro» (5).

(2) R.: Carta a Unamuno, 12 de octubre de 1900.
(3) R.: «L. y J.», pág. 205.
(4) R.: Carta a Unamuno, 12 de octubre de 1900.
(5) R.: ídem.

2.—*Modernista y neoclásico.*

En su ensayo *Rubén Darío* precisó su situación ideológica, colocándose en la reacción que partió del naturalismo literario y del positivismo filosófico, y se denominó modernista: «Yo soy un *modernista* también; yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo» (6).

En el ensayo *Rumbos nuevos*, escrito con motivo de la publicación *Idola Fori*, del colombiano Carlos Arturo Torres, se incluyó entre los neoidealistas (7). La contemplación de algunos edificios en Barcelona, de paso para Italia, le suscita manifestaciones de gusto neoclásico, pero su clasicismo no es un criterio cerrado frente a nuevas tentativas; «el templo de la Sagrada Familia, en construcción; la casa que en una de las Ramblas más céntricas ocupa el Consulado argentino y la sala de conciertos del Orfeó Catalá. Todo ello equivale a la impresión de un choque violento para quien está educado en el gusto de la línea pura y se confirma cada día en el amor de la severa y divina sencillez; pero, aun así, se imponen tales tentativas un fondo interesante si se las toma en su condición de una busca fuera de lo usado, de un olfateo que alguna vez puede ser leonino e indicar que la guerra está tendida y que la presa de verdad anda cerca» (8).

Rodó se muestra partidario de la literatura de ideas.

(6) R.: «R. D.» En «H. de A.», pág. 163.
(7) R.: *Rumbos Nuevos*. En «El M. de P.», pág. 48.
(8) R.: *En Barcelona*. En «El G. de P.», págs. 88-89.

«Si algo me separa fundamentalmente de la mayor parte de mis colegas literarios de América es mi afición, cada día más intensa, a lo que llamaré *literatura de ideas*, ya que llamarla docente o *trascendental* no la definiría bien» (9). «En América sigue predominando la literatura de abalorios, juguetes chinos y cuentas de cristal. Luchamos por poner en circulación *ideas;* por hacer pensar» (10).

«Mi incorregible inclinación al arte que combate y que piensa», afirma en *Rubén Darío* (11).

3.—*Amplitud y comprensión.*

Rodó, espiritualmente tolerante, consideró la amplitud virtud literalmente cardinal. «Presumo tener entre las pocas excelencias de mi espíritu la virtud, literariamente cardinal, de la amplitud... Mi temperamento de Simbad literario es un gran curioso de sensaciones. Busco de intento toda ocasión de hacer gimnasia de flexibilidad» (12).

Se sentía satisfecho de su amplitud de espíritu. «En la educación de mi espíritu, de una cosa estoy satisfecho, y es de haber conquistado, merced a una constante disciplina interior (favorecida por cierta tendencia innata de mi naturaleza mental), aquella superior amplitud que permite al juicio y al sentimiento, remontado sobre sus estrechas determinaciones personales, percibir la nota de

(9) R.: Carta a Unamuno, 25 de febrero de 1901.
(10) R.: Carta a Unamuno, 10 de diciembre de 1901.
(11) R.: «R. D.». En «H. de A.», pág. 139.
(12) R.: ídem. En ídem, pág. 130.

verdad que vibra en el timbre de toda convicción sincera, sentir el rayo de poesía que ilumina toda concepción elevada del mundo, libar la gota de amor que ocupa el fondo de todo entusiasmo desinteresado» (13).

Aspira a ser cada vez más comprensivo. «Cada día me siento más amplio y comprensivo. Creo que lo seré cada vez más» (14). Tratando sobre el espíritu religioso en Alberto Nin Frías, afirma: «No me considero extraño en ningún campo donde un sentimiento desinteresado vivifique cualquier alta concepción del bien y la verdad (porque debajo de estas «cortezas de las almas» que llamamos ideas busco lo hondo, que es la voluntad, la intención y la fe)» (15). Y es que juzga con resonancia platónica que «toda gran ruta ideal, no importa cuál sea, lleva en dirección a la armonía, a la amplitud, a la comprensión de todo lo bueno, a la amistad con todo lo hermoso», precisó en carta a Nin Frías (16).

La amplitud le sirve de piedra de toque para hallar sus concordancias con Unamuno. «Por muchas que sean las ideas en que usted y yo no concordamos, me com-

(13) R.: «L. y J.», pág. 206.
(14) R.: Carta a Unamuno, 19 de julio de 1903.
(15) R.: «Sobre el espíritu religioso en Alberto Nin Frías». En Alberto Nin Frías: *Nuevos Ensayos de Crítica literaria y filosófica*; Montevideo; Dornaleche y Reyes, s. a.; pág. XXII.
(16) R.: «De una carta a Alberto Nin Frías». En Alberto Nin Frías: *Ensayos de Crítica e Historia*; Valencia; F. Sempere y Cía.; s. a.; pág. V.
Figura también en A. Nin Frías: *Nuevos Ensayos de Crítica literaria y filosófica*; Montevideo; Dormaleche y Reyes, s. a.; pág. XI.
También figura en «M. de P.», pág. 59, con fecha de 1904 y el título: «En la armonía, disonancias. De una carta a Alberto Nin Frías».

plazco en entender que son más y más fundamentales aquellas en que estamos de acuerdo. Así, por ejemplo, el espíritu amplio y generoso, su odio a las limitaciones y formalismos de cualquier género, su varonil anhelo de la originalidad y sinceridad de cuanto se piense y diga, su profunda *espiritualidad* (claro que no va esta palabra en el sentido de ingenio ameno y chispeante)» (17).

Su humanismo le lleva, en *Motivos de Proteo* (18), a considerar la amplitud contemplativa como medio de salvar la integridad de la humana condición: «Amplitud contemplativa... simpática y solícita atención tendida sobre el conjunto de las cosas, únicos capaces de salvar al fundo *humano* del alma de las limitaciones de cada oficio y cada hábito; género de amplitud que se predicó junto a la estatua de Ariel, y que es tanto más necesaria para aquel fin de mantener la integridad fundamental de la persona cuanto más el objeto de la vocación se restrinja y precise» (19).

En cuanto al límite de la capacidad de comprender, dice en *Ariel:* «Nuestra capacidad de comprender sólo debe tener por límite la imposibilidad de comprender a los espíritus estrechos» (20).

La amplitud de comprensión le lleva a no refrenar la espontaneidad del corazón en la exposición de su criterio de la equidad. «La espontaneidad del corazón y el criterio de la equidad consisten en honrar la vocación del sacrificio dondequiera que se le encuentre... y en glorificar la propaganda de la civilización, culquiera que sea el abanderado de la gran causa humana» (21).

(17) R.: Carta a Unamuno, 12 de octubre de 1900.
(18) R.: «M. de P.», pág. 170.
(19) R.: ídem, pág. 170. LX: «Falsa universalidad. La amplitud ha de manifestarse en la contemplación».
(20) R.: «A.», pág. 45.

Al caracterizar a Montalvo refleja su propia condición. «Tuvo, entre los rasgos que más definen su carácter, la admiración franca y ferviente: «El alma abierta a la comprensión plena, entrañable, de todo lo bueno, de todo lo grande, de todo lo hermoso: en la naturaleza y en el arte; en las cosas del pensamiento como en las de la acción; en el alma de los hombres como en el genio o historia de las sociedades» (22).

4.—*Escritor de minorías.*

Rodó fué escritor de minorías por la temática de su producción, por el atildado cuidado de la exposición y por la calidad de los pensamientos manifestados. Él mismo expresó su condición de escritor de minorías.

Contrapone, en *Notas sobre crítica* (enero de 1896), al escritor de noble raza, el escritor vulgar. «El escritor de noble raza es aquel que ambiciona, ante todo, ser comprendido. El vulgar escritor es aquel que procura, ante todo, ser elogiado» (23). Nietzsche escribió: «A los buenos escritores les son comunes dos cosas: prefieren más bien ser comprendidos que admirados» (24).

Comenta, en *Montalvo*, que se dé en las sociedades de

(21) R.: L. y J.», pág. 180.
(22) R.: «M.». En «H. de A.», pág. 69.
(23) R.: *Notas críticas*. En «Rev. Nat. de Lit. y Cienc. Soc.»; Montevideo, enero de 1896. En «El q. v.», pág. 108.
(24) Federico Nietzsche: *Opiniones y Sentencias*. Trad. de Luis Casanovas; Barcelona; Edit. Maucci, s. a.; pág. 82.

América «la desproporción entre el elegido y el vulgo. De aquí el desasosiego de la inadaptación y cierto impulso de nostalgia, muy común en los hispanoamericanos de vocación literaria y artística, por aquella patria de nuestro abolengo y nuestro espíritu que la civilización europea extiende del otro lado del mar» (25).

No le preocupaba la opinión de la multitud. En la sesión de la Cámara de Representantes de 21 de junio de 1904 manifestó la individualidad de sus opiniones: «Propendo, por natural tendencia de mi espíritu, a un individualismo, quizás exagerado, en materia de opiniones: formo las mías procurando apartarme de las influencias del ambiente en cuanto ellas pueden traer consigo sugestiones de pasión; y las enuncio tal como sinceramente las concibo, sin preocuparme nunca de volver la mirada para ver si de parte de lo que yo pienso está la opinión que representa el mayor número, o está una parte de la opinión, o estoy yo solo» (26). Reitera su manifestación en *Liberalismo y Jacobinismo*: «No miro a mi alrededor para cerciorarme de si está conmigo la multitud que determina el *silent vote* de la opinión y que determinaría el sí o el no en un plebiscito de liberales. Me basta con perseverar en la norma de sinceridad invariable, que es la única autoridad a que he aspirado siempre para mi persona y mi palabra» (27).

En *Motivos de Proteo* censura la pasión de Peregrino porque pone su mira, no en aquella noble especie de

(25) R.: «M.». En «H. de A.», pág. 44.

(26) Intervención de Rodó en la sesión de la Cámara de Representantes el 21 de junio de 1904, defendiendo su proyecto a favor de la libertad de la prensa. En «H. de A.», págs. 193-194.

(27) R.: «L. y J.», pág. 120.

fama que se satisface con la aprobación de los mejores, mientras espera la sanción perenne del tiempo, certísimo recompensador de la verdad, sino en la fama juglaresca y efímera» (28).

Se muestra disconforme con el orden social, transmitido por la democracia utilitaria, precisamente por disconformidad con la vulgaridad entronizada: «Aun aquellos que no somos socialistas, ni anarquistas, ni nada de eso, en la esfera de la acción ni en la de la doctrina, llevamos dentro del alma un fondo, más o menos consciente, de *inadaptación* contra tanta injusticia brutal, contra tanta hipócrita mentira, contra tanta vulgaridad entronizada y odiosa, como tiene entretejida en su urdimbre este orden social transmitido al siglo que comienza por el siglo del advenimiento burgués y de la democracia utilitaria» (29). Discutiendo con el doctor Díaz, dice con miras elevadas en *Liberalismo y Jacobinismo*: «Pero no se trata aquí de discutir con quien es vulgo, sino con quien se levanta muy arriba del vulgo, y por eso cabe preguntar si la fuerza empleada en adaptarse al ambiente de la vulgaridad no tendría mejor empleo en propender a elevar la vulgaridad al nivel propio» (30). Abunda en el mismo pensamiento, también en *Liberalismo y Jacobinismo*, al caracterizar el sentido filosófico e histórico del siglo XIX «Todo el sentido filosófico e histórico del siglo XIX (si se busca en sus manifestaciones

(28) R.: «M. de P.», pág. 419.

(29) R.: *Las moralidades de Barret. De una carta íntima*. En «El M. de P.», págs. 242-243.

(30) R.: «L. y J.», págs. 197-198.

más altas, en las cumbres, que son puntos persistentes de orientación)» (31).

El estilista logra, con perseverancia, triunfar en la expresión: es la difícil facilidad de que habló Horacio: «el brazo que labra el duro terruño de la prosa» (32).

El escritor de minorías anhela un público de selección. En este público se complace Rodó en *Los que callan*: «Cierto linaje de espíritus que unen al sentimiento infalible, perfecto, aristocrático, de la belleza, en las cosas del arte, el absoluto desinterés con que profesan calladamente su culto, inmunes de todo estímulo de vanidad, de todo propósito de crítica o de producción, de toda codicia simoniaca de fama. Comprenden la obra bella en sus más delicados matices, con esa plenitud de inteligencia y simpatía que es una segunda creación; son el lector o el espectador ideal con que el artista ha soñado; dan su alma entera en el sacrificio religioso de la emoción artística, en esa absoluta inmolación de la personalidad, de donde toma su vuelo el misticismo del arte... Son la compensación de la vulgaridad triunfante y ruidosa; del alarde inferior; del abominable *snobismo*... ellos componen el público, incógnito e incognoscible, que más me exalta y que más me tortura» (33).

En *Albatros* censura la prosa de la milicia literaria, entre otras razones, por estar «tejida... de transacciones con el vulgo... prosa más mísera, y aún más vulgar, que la de aquellos géneros de trabajo que conceptuamos prosaicos por esencia, porque en ella es el oro de idealidad

(31) R.: ídem, pág. 186.
(32) R.: «A.», pág. 122.
(33) R.: *Los que callan*. En «El M. de P.», págs. 455 y 456.

de un sueño grande lo que se trueca en el sucio «vellón» de la realidad» (34).

La conciencia de las propias facultades y orientarse según los datos de esa misma conciencia es camino de la fama duradera: «Tener conciencia clara de las facultades propias... y orientarse según los datos de esa misma conciencia, cuando ellos pugnan con los caracteres que halagan a la afición común y a la fama, suele ser acto de resolución heroica. Pero de esta resolución nace la gloria de bronce que prevalece cuando se han fundido las glorias de cera... La virtud intelectual de más subidos quilates es, sin duda, la que consiste en la sinceridad y estoicidad necesaria para salvar, en épocas de oscurecimiento de la razón o de extravío del gusto, la independencia de juicio y la entereza del temperamento personal, renunciando a transitorias predilecciones de la fama, con tal de llevar la aptitud por su rumbo cierto y seguro: el que dejará constituída la personalidad y en su punto la obra, aunque esto importe alejarse, al paso que se avanza, del lado donde resuenan los aplausos del circo» (35).

5.—*Sinceridad y consecuente manifestación de la verdad.*

Tolerancia y sinceridad consigo mismo son condiciones para que el pensamiento cumpla la ley de desarrollo vital: «Para que nuestro pensamiento cumpla esta ley de

(34) R.: *Albatros*. En «N. M. de P.», pág. 39.
(35). R.: «M. de P.», pág. 228 229. LXXVI: «Engaños de la imitación cuando no se concilia con la autonomía de la personalidad. Falsedad radical de las escuelas».

su desarrollo vital y no se remanse en rutinario sueño, es menester, a la vez que su aptitud de comunicación tolerante, el hábito de la sinceridad consigo mismo: rara y preciosa especie de verdad, mucho más ardua que la que se refiere a nuestras relaciones con los otros» (36). «Hablemos con sinceridad, pensemos con sinceridad» (37). Emerson puso de relieve la trascendencia de la sinceriridad en el escritor: «Si queremos que no se olvide lo que decimos y escribimos, hablemos y escribamos sinceramente... El que escribe para sí mismo escribe para un público eterno» (38). En *Ariel* consideró «la absoluta sinceridad del pensamiento, virtud todavía más grande que la esperanza» (39).

La sinceridad es la mejor prueba de estimación, apreció en uno de sus discursos parlamentarios: «La prueba mejor de estimación; con aquélla, por lo menos, que más grata debe ser a los espíritus levantados sobre la vulgaridad de la lisonja; con la estimación que se manifiesta por la sinceridad, y que unas veces se traduce en el aplauso desinteresado y otras veces se traduce en la crítica amistosa» (40).

Se percibe una resonancia autobiográfica en su lejano escrito, de 1895, *Juan Carlos Gómez*: «Su palabra se

(36) R.: «M. de P.», pág. 355. CXVI: «Toda fe o convicción ha de ser modificable y perfectible. La sinceridad consigo mismo».

(37) R.: «L. y J.», pág. 114.

(38) Ralph Waldo Emerson: *Ensayos*. Serie I-IV: «Leyes espirituales». Traduc. de Luis Echevarría. Col. Crisol, núm. 217. M. Aguilar, Editor. Madrid, 1947; pág. 161.

(39) «A.», pág. 38.

(40) Intervención de Rodó en la sesión de la Cámara de Representantes el 12 de julio de 1904, en favor de la libertad de prensa. En «H. de A.», pág. 212.

impone sobre todas y llega, como la voz altiva de su época, al recuerdo de la posteridad, por el poder de transmitir la emoción y el entusiasmo... por esa fuerza de la sinceridad que no se remeda porque es como el aliento del alma condensándose en la palabra del escritor» (41).

Marcos Manuel Blanco y G. Zaldumbide han destacado la nota de sinceridad en Rodó. «El mérito principal en Rodó, así como el de Rubén Darío, está, a mi juicio, en la sinceridad ideológica e idealista... Esta sinceridad es, por lo demás, florescencia de exuberante e ingenua nobleza del alma... sus esfuerzos artísticos e ideativos tienen siempre, como fondo, la voluntad firme de conservar lo puro, tanto como el aire de las montañas, a las cuales se parecen por la altura y por el vigor que infunde a los otros espíritus» (42). «Nunca se reunieron en alma tan noble más generosas dotes comunicativas, ni las abonó sinceridad más diáfana, probidad moral más delicada, autoridad más incólume. Su acento, sin ser patético ni arrebatado, diríase que convence sin más que revelar en su transparencia la pureza interior de que brota» (43).

Consecuencia de la sinceridad, decir la verdad. «El más seguro camino, no ya para la aprobación interior, sino también para el triunfo definitivo, es el de decir la verdad, sin reparar en quién sea el favorecido ocasionalmente por la verdad» (44).

(41) R.: *Juan Carlos Gómez*. En «El M. de P.», pág. 15.

(42) Marcos Manuel Blanco: *José Enrique Rodó*. En «Nosotros», Buenos Aires, año XI, núm. 97, mayo de 1917, pág. 200.

(43) Gonzalo Zaldumbide: *José Enrique Rodó*. New York. París, 1918, pág. 86.

(44) R.: «L. y J.», pág. 121.

6.—*El destino de su vida.—La supervivencia de su obra.*

No padecía Rodó la hipocresía de fingida humildad, ni al trazar su destino a la vida, ni al confiar en la supervivencia de su obra.

«Tracé mi destino a la vida: el de manejar la pluma, y a tal destino me atengo. Hay mucho que hacer en América con este instrumento de trabajo, y yo me debo a esta América, donde mi nombre suele despertar resonancias que no son vulgares, ecos que vuelven a mí en forma que me estimula y me enaltece» (45).

«Dejaré mi personalidad en mis libros y mis correspondencias, y procuraré que ellos me sobrevivan y den razón de mí cuando llegue el momento del último viaje» (46).

Ante la crítica de sus obras, recuerda Juan Antonio Zubillaga, sentía la legítima exigencia del conocimiento de su producción: «Tantos conversaban o escribían a su respecto, ignorando... hasta que al hacerlo demostraban que ¡no la habían leído! Por eso decía: «Que digan de ella lo que quieran, aunque sea contrario; pero que sea sólo después de conocerla» (47).

Ante el desdén, aconseja la perseverancia. «Porque no hablo ahora de la perseverancia mantenida a través de injustos desdenes con que el juicio del mundo desconoce

(45) R.: Carta a don Juan Francisco Piquet; Montevideo, septiembre de 1904. En «El q. v.», pág. 214.

(46) R.: ídem. En ídem, pág. 213.

(47) Juan Antonio Zubillaga: *De una larga amistad (Algunos recuerdos de Rodó)*. En «Nosotros»; Buenos Aires, año XI, número 3, noviembre de 1917, pág. 355.

merecimientos que existen ya en el desdeñado» (48). Perseverar, y el tiempo impondrá la verdad: «la posteridad, que concede la gloria», se lee en la parábola «La inscripción del Faro de Alejandría» (49). Y en su *Impresión*, antepuesta a *El sayal de mi espíritu*, de Ernesto Morales: «Es la obra buena de los veinte años. El tiempo dará lo demás; el tiempo, que para los sinceros y los fuertes es el triunfo sobre el propio pasado, es el sueño de perfección nunca satisfecho ni rendido:

> C'est la nuit, l'âpre nuit du travail d'où se lève
> Lentement, lentement, l'œuvre, ainsi qu'un soleil» (50).

7.—*Autoobservación psicológica. Tránsito de lo objetivo a lo subjetivo.*

El psiquismo de Rodó cumplía la ley del interés; su conciencia tendía a reproducir las imágenes que estaban de acuerdo con su manera de ser: «mi memoria es buena para las cosas que me impresionan bien» (51).

Rodó concibe como representación lo que los ingleses llaman idea. «On emploie couramment le terme de représentation pour désigner ce que les Anglais appellent *idea*, idée, c'est-à-dire, toute notion consciente» (52). En

(48) R.: «M. de P.», pág. 130.

(49) R.: ídem, pág. 52.

(50) Ernesto Morales: *El sayal de mi espíritu*. Poesías. Impresión de José Enrique Rodó. Buenos Aires; A. Mich y Cía., 1914, pág. 7.

(51) R.: *Las «Moralidades» de Barret. De una carta íntima*. En «El M. de P.», pág. 241.

(52) Georges Dwelshauvers: *Traité de Psychologie*. Payot; París, 1928; pág. 357.

carta a don Juan Francisco Piquet (Montevideo, julio de 1905), habla de su «aptitud para transformar en imagen toda idea que entra en mi espíritu» (53).

En Rodó, como él mismo dice de Juan Carlos Gómez, «la exquisita suavidad de los sentimientos constituía el fondo velado de su personalidad» (54).

Comprendió Rodó, o intuyó, el concepto de alucinación verdadera de la psicología de nuestro tiempo. «Vuelvo a mi mar y mis olas. Dulce empleo del tiempo es verlas nacer, morir y renovarse, y en la dejadez de un semisueño sentir que la inmensidad invade nuestra alma, y como que la penetra de su espíritu, y no saber, al cabo, si el objeto de la contemplación está en lo infinito de las aguas o está en la profundidad del alma propia» (55): «l'image reprodite n'est pas en rapport causal avec le monde extérieur, mais que sa causalité est psychique, appartient au cours des idées du sujet et non pas au cours des choses. Il n'y a pas d'autre moyen de distinguer l'*hallucination vraie* qu'est l'image présente de l'*hallucination imaginative*, qui se produit sans rapport avec le cours des choses» (56).

Le era fácil pasar de lo objetivo a lo subjetivo. «Tengo la imaginación hecha de tal modo que toda apariencia material tiende en mí a descifrarse en idea. La Naturaleza me habla siempre el lenguaje del espíritu. Observando, desde la playa, esto que ahora apunto, yo

(53) En «El q. v.», pág. 217.
(54) R.: *Juan Carlos Gómez*. En «El M. de P.», pág. 17.
(55) R.: *Cielo y agua. A bordo del «Amazón»*. Agosto de 1916. En «El C. de P.», pág. 64.
(56) G. Dwelshauvers: ob. cit., pág. 368.

pensaba en otro mar, extraño y tornadizo, que es la multitud de los hombres; y pensaba luego en las mil cosas ligeras, aéreas, ideales, que flotan a toda hora sobre el mar humano, allá donde no alcanza la furia de sus olas... Y me producía una suerte de embeleso considerar que basta a veces el toque, leve y sutil, de una de esas cosas delicadas, sobre el lomo del salvaje monstruo inquieto, para colorearlo de nuevo en un instante: para que la muchedumbre (la formidable fuerza real) se rinda como la cera al sello, a la todopoderosa debilidad de una palabra del poeta, de una promesa del visionario, de un ¡ay! del desvalido» (57).

Otro ejemplo nos lo ofrece el hermoso «Cuadro de Otoño», en las páginas finales de *Motivos de Proteo*: «El invierno, viejo fuerte, se acerca... Sentado a la ventana, empleo mi ocio en la contemplación. Mientras en mi chimenea se abre un ojo de cíclope que desde hace tiempo permanecía velado por un párpado negro... se fija mi atención en una muda sinfonía: la de las hojas que, desprendidas en bandadas, sin orden, de los árboles, que van dejando desnudos, pueblan el suelo y el aire, a la merced del viento... Caen, caen sin tregua las hojas; y el alma del paisaje éntrase, en tanto, por las puertas del sentido, al ambiente de mi mundo interior. Me reconcentro, sin dejar de atender a las aladas moribundas. Comienza a cantar, dentro de mí, esa elegía marchita que, en el pathos romántico, hay para la caída y el murmullo de las hojas secas. Abandono, voluptuosidad de melancolía: complacencia en lo amargo, fino y suave... ¿Dón-

(57) R.: *Mirando al mar*. En «El M. de P.», págs. 147-148.

de está ahora, respecto de mí mismo, el objeto de mi contemplación? ¿Adentro? ¿Afuera?... Caen, caen sin tregua las hojas... Las hojas son lo único que muere. El sentimiento de mi contemplación de otoño no llega a producir en mi alma esa ilusión de sueño en que la apariencia triste y bella cobra el imperio de la realidad y nos persuade casi de la universal agonía de las cosas. Sé que este desmayo de la vida no dura... Sobre el desconcierto de las hojas caídas se yergue la armazón esta de los árboles, firme y desnuda como la certidumbre, y en el acero claro del aire graba una promesa, simple y breve, de nueva vida» (58). «El autor de *Proteo* (observó Salterain) ama el otoño, como Víctor Hugo amaba el estío hiperbólico y grandioso, y como Alfredo de Musset adoraba la soledad tristísima de los días grises: en razón de su propio temperamento y congénita idiosincrasia» (59).

La exterioridad se le hace íntima. Lo extrínseco llega a su propia intimidad y termina trascendiéndolo. Verifica, con palabras de Le Senne, «démarche précieuse de l'esprit humain»: «Toute démarche précieuse de l'esprit humain consiste dans une conversion par laquelle quelque chose qui lui paraissait d'abord extrinsèque, qui se présentait à lui comme autre que lui même, est assimilée par son art au point qu'il devient capable, à partir de sa propre intimité et par son opération, non seulement de l'engendrer, mais de la transformer à son

(58) R.: «M. de P.», págs. 448-450.
(59) Joaquín de Salterain: *Sobre «Motivos de Proteo» de don José Enrique Rodó*. Montevideo, Taller Gráfico «El Arte», de O. M. Bertani, 1909; pág. 30.

gré en la transcendant. Au début de cette conversion, l'esprit se sentait étranger et inférieur à ce qu'il appréhendait: cela l'excluait, quand l'appropriation spirituelle s'est accomplie, il en à l'intelligence, la familiarité: c'est devénu sien... Cette transformation se vérifie en premier lieu dans la connaissance perceptive... L'extérieur s'est fait intime: c'est devénu, jusqu'où notre intelligence a poussé, un noeud de dispositions mentales» (60).

8.—*El problema religioso.*

No era ajeno Rodó al problema religioso. En carta a Unamuno (Montevideo, 20 de octubre de 1902) pone de manifiesto su preocupación: «¡Cuánto deseo que aparezca lo más pronto posible su prometida sobre la Religión y la Ciencia! Me preocupa muy intensamente el problema religioso, y leo con interés todo lo que espero que pueda darme nueva luz sobre ello.»

Su duda es ansia de creer: «La duda es en nosotros... una vaga inquietud en la que entra por mucha parte el ansia de creer que es casi una creencia» (61).

Aunque se afirmó desvinculado de dogma, «libre de toda vinculación religiosa» (62), persisten en su alma los principios religiosos que su madre le inculcó en los primeros años de su vida». Los viejos principios con que se

(60) René Le Senne: *Traité de Morale. Troisième édition*. Presses Universitaires de France. París, 1949; págs. 1-2.
(61) R.: «El q. v.», pág. 15.
(62) R.: «L. y J.», pág. 120.

ilumina en la infancia el despertar de nuestras conciencias: «Amaos los unos a los otros.» «No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti.» «Perdona y se te perdonará.» «A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.» La ley moral adoptada en el punto de partida por iluminación del entusiasmo y de la fe, reaparece al final de la jornada, como la tierra firme en que se realizase la ilusión del miraje... ¿Quién no se arroba ante estas supremas armonías de las cosas que parecen más lejanas y discordes?» (63). Quien así sentía, era capaz de concebir y escribir *Liberalismo y Jacobinismo*.

El beneficio de una sentida devoción ideal, aunque luego se marchite, lo expresó en *Motivos de Proteo*: «En suma, una devoción ideal que prevalece por cierto tiempo en tu vida, aunque, cuando luego se marchite y pase, deja en ti el bien de la disciplina a que te sometió; de las tentaciones de que te apartó; del empleo que dió a fuerzas errátiles de tu sensibilidad y de tu mente: del entusiasmo con que embelleció a tu alma; de la necesidad de orden y armonía que instituyó en ella, para siempre, con la autoridad de la costumbre» (64). Tituló expresivamente el párrafo CXXXIV de *Motivos de Proteo*: «Vestigio inmortal que deja de su paso toda fe sincera», y en él dice: «Perdura en las paredes del vaso la esencia del primer contenido... Así es como la austeridad cristiana pone su sello al paganismo de Juliano el *Apóstata*. Así Renán (y éste es patentísimo ejemplo) logra la extraña armonía de su espíritu... ¿No cabe preguntar si algo, si no tan intenso, semejante, no ocurre en todo aquel que ha tenido una fe, una apasionada convicción realmente *suyas?*» (65).

(63) R.: ídem, pág. 169.
(64) R.: «M. de P.», pág. 350. CXIII: «De cómo una potencia ideal evita la pérdida de infinitas minuciosidades de nuestra actividad interna».

Contestando a D. R. Scafarelli, autor de *El Mártir del Gólgota*, manifiesta que le irrita la religiosidad mentida, la tibia y la fanática. «Pero crea usted que nada me inspira más respeto que la sinceridad religiosa» (66).

9.—*Significación moral del pensador.*

Gustaba Rodó de «la altivez de la independencia moral». En el Parlamento, hablando en favor de la libertad de la Prensa, se expresó así: «Esta Cámara, a la cual siempre me enorgulleceré de haber pertenecido, porque la he visto siempre conciliar la prudencia del criterio político con la altivez de la independencia moral» (67). En Portugal, al entrevistarse con Bernardino Machado: «Estrecho su mano con el respeto que fluye tanto más imperioso de los espíritus que, como el mío, no conocieron nunca la cortesanía ni la lisonja» (68).

Alabó en Juan Gómez «el sentido de caballeresca dignidad»: «Así como ni en las mayores vehemencias de su alma apasionada, pierde el sentido de una caballeresca dignidad; así, aun en el ímpetu de la contradicción y el encarnizamiento de la lucha, mantiene la nota escogida

(65) R.: «M. de P.», págs. 392 y 393.
(66) R.: «L. y J.», pág. 202.
(67) Sesión del 12 de julio de 1904. En «H. de A.», pág. 212.
(68) R.: *Portugal. Una entrevista con Bernardino Machado.* En «El C. de P.», pág. 77.

del buen gusto» (69). Así es como obró Rodó en su posición antiyanqui en *Ariel* y en la polémica de *Liberalismo y Jacobinismo*.

Es significativo el apóstrofe al mar en ***Cielo y agua***: «Tú solo eres libre, tú solo eres fuerte... No hay inmundicia que sea capaz de macularte... Salve a ti, titán cerúleo, maestro de almas grandes, inquieto como el pensamiento, amargo como la vida, sencillo como la verdad» (70).

Podría juzgarse paradójico hablar del optimismo de Rodó teniendo en cuenta las expresiones depresivas de su espíritu (manifestaciones de melancolía), pero sus desfallecimientos no llegan al estado irritante de la desesperación. Aunque había dicho en *El qué vendrá*: «Las voces que concitan se pierden en la indiferencia» (71), más tarde, en *Ariel*, estima en los jóvenes: «que las notas de desaliento y de dolor... no eran indicio de un estado de alma permanente ni significaron en ningún caso vuestra desconfianza respecto de la eterna virtualidad de la Vida» (72).

Su pensamiento se muestra en ocasiones teñido de melancolía. Acabamos de citar su invocación al mar en *Cielo y agua;* lo llama «maestro de almas grandes», pero también lo denomina «amargo como la vida». Contemplando la cercanía del invierno, dice en *Cuadro de Otoño*: «Abandono, voluptuosidad de melancolía, complacencia en lo amargo, fino y suave» (73). En carta a Alejandro Andrade Coello (Montevideo, diciembre de 1913), lamenta «la agitada vida que por aquí llevamos... Por desdicha, esa hora de serenidad sigue siéndome esquiva». A pesar de todo, sabe sacar fuerzas de flaqueza: «Si se quiere templar la acerbidad del dolor, nada más eficaz que considerarlo como ocasión o arranque de un cambio que puede llevarnos en derechura a nuevo bien: a un bien acaso suficiente para compensar lo perdido» (74). En el último año de su existencia queda decepcionado al visitar la «Gruta Azul»: «La «Gruta Azul» fué para mí una decepción. Pero ya hace tiempo que aprendí a resignarme al desengaño de las grutas azules, y la belleza abierta y franca de la circunstante realidad me ofrece, de regreso de aquella fracasada aventura, el desquite de la ilusión desvanecida» (75).

Al justificar el optimismo del escritor ecuatoriano Montalvo, abona la razón del optimismo propio por encima de humanas congojas y desfallecimientos: «Era un radical optimista por la constancia de su fe en aquellas nociones superiores que mantienen fija la mirada en una esfera ideal: bien, verdad, justicia, belleza, aunque frente al espectáculo de la realidad le tentara, a menudo, aquel pesimismo transitorio que es como el lamento de

(69) R.: *La vuelta de Juan Carlos Gómez*. Discurso pronunciado en representación del Ateneo y la prensa de Santiago de Chile en el cementerio de Montevideo, al ser trasladados a la patria los restos de Juan Carlos Gómez, el 8 de octubre de 1906. En «El M. de P.», pág. 29.

(70) R.: *Cielo y agua. A bordo del «Amazón»*. Agosto de 1916. En «El C. de P.», pág. 66.

(71) R.: «El q. v.», pág. 12.

(72) R.: «A.», pág. 38.

(73) R.: «M. de P.», pág. 450.

(74) R.: ídem, pág. 28. X: «Actitud en la desilusión y el fracaso. Todo bien puede ser sustituído por otro género de bien».

(75) R.: *Capri*. Castellamare, marzo de 1917. En «El C. de P.», pág. 231.

esa misma fe, desgarrada por el áspero contacto del mundo» (76).

El recuerdo que dedica a Juan Carlos Gómez podría aplicarse al propio Rodó: «La tristeza nostálgica de sus últimos años no era sólo la del expatriado, sino también la del que se siente fuera de una época con la que se identificó absolutamente en espíritu» (77).

10.—*Simpatía por su patria.*

Hemos apuntado en el capítulo I, «Biografía y semblanza» (pág. 35), la simpatía que sentía Rodó por su patria; simpatía, en el sentido etimológico de la palabra, de σύν, con, y πάθος, sufrimiento. Añadiremos aquí solamente un fragmento de una carta dirigida a Alberto Nin Frías: «De lo que sí estoy seguro es del... temple de su naturaleza intelectual, sana y fuerte, como educada en país de robustos y tenaces trabajadores» (78).

11.—*Rasgos de humor, raro en Rodó.*

La nota humorística fué rara en Rodó. Sin embargo, cuando aparece, está manejada con habilidad. Por ejemplo, al rebatir en *Liberalismo y Jacobinismo* las citas del Doctor Díaz, cuando éste trata de discutir a Jesús la originalidad de la moral caritativa: «Convengamos en que esta piadosa evocación de la jeta mogólica de Confucio no pasa de ser un exceso de *dilettantismo* chinesco» (79). Y dejamos de lado la extravagancia de incluir al liviano y gracioso espíritu de Horacio, sólo porque haya hablado alguna vez de austeridad y de virtud entre los educadores y propagandistas morales, que es como si a alguien se le ocurriera retratar a lord Byron con el uniforme del Ejército de Salvación...» (80).

Jorge Luis Borges cree que el humorismo es raro en los uruguayos: «El humorismo es esporádico en los uruguayos, como la vehemencia en nosotros... Los argentinos vivimos en la haragana seguridad de ser un gran país, de un país cuyo solo exceso territorial podría evidenciarnos, cuando no la prole de sus toros y la feracidad alimenticia de su llanura. Si la lluvia providencial y el gringo providencial no nos fallan, seremos la Villa Chicago de este planeta y aun su panadería. Los orientales, no. De ahí su clara y heroica voluntad de diferenciarse, su tesón de ser ellos, su alma buscadora y madrugadora. Si muchas veces, encima de buscadora fué encontradora, es ruin envidiarlos. El sol, por las mañanas, suele pasar por San Felipe de Montevideo antes que por aquí» (81).

(76) R.: En «M.». «H. de A.», pág. 69.

(77) R.: *La vuelta de Juan Carlos Gómez*. En «El M. de P.», pág. 21.

(78) Carta de J. E. Rodó a Alberto Nin Frías. En Alberto Nin Frías: *Ensayos de Crítica e Historia*; Valencia; F. Sempere y Cía.; s. a.; pág. VI.

Figura también en A. Nin Frías: *Nuevos Ensayos de Crítica literaria y filosófica*. Montevideo; Dornaleche y Reyes; s. a.; página XII.

(79) R.: «L. y J.», pág. 130.

(80) R.: ídem, pág. 147.

(81) *Antología de la moderna poesía uruguaya*. 1900-1927. Seleccionada por Ildefonso Pereda Valdés. Palabras finales (Prólogo, breve y discutidor) por Jorge Luis Borges. Buenos Aires; El Ateneo, 1927; pág. 221.

CAPITULO V

EVOLUCION DEL PENSAMIENTO FILOSOFICO HISPANOAMERICANO

1.—*La filosofía en Hispanoamérica.*

a) *Las ideas filosóficas en los países de Hispanoamérica.*

Las ideas filosóficas han aparecido tardíamente en Hispanoamérica. En nuestro tiempo la preocupación por la filosofía se manifiesta con vigor y con diversas tendencias: escolasticismo, axiología, fenomenología y apreciaciones sobre el existencialismo. Unas consideraciones sobre la filosofía en los países de Hispanoamérica nos permitirá llegar a esta conclusión.

«Ideas filosóficas originales—dice Sánchez Reulet—no ha habido en Hispanomérica. Rara vez se ha hecho filosofía. El impulso teórico se frenó siempre ante la urgencia práctica... El imperativo de la acción fué (aún lo es)

el imperativo americano. Pero—sigue diciendo con razón manifiesta—toda acción supone ideas. Si no se vive de ideas, no se puede vivir, humanamente, sin ideas. Por eso, si en Hispanoamérica no hubo ideas filosóficas originales, las ideas filosóficas tuvieron importancia singular en su historia» (1).

b) *El hecho del descubrimiento y la colonización.*

El descubrimiento y la colonización de América no estuvieron desconectados de la acción de las ideas. La conquista de Hispanoamérica planteó a teólogos y juristas una importante cuestión de derecho natural, motivó la creación del Derecho internacional por Francisco de Vitoria y el desarrollo de la escuela internacional española (Vitoria, Soto, Cano, Báñez, Suárez). La autorizada palabra del profesor Barcia Trelles expuso en Montevideo, en 1949: «La escuela internacional española se articuló inspirándose en el hecho americano» (2).

(1) Aníbal Sánchez Reulet: *Panorama de las ideas filosóficas en Hispanoamérica*. En «Tierra Firme», Madrid, 1936; año II, número II; pág. 181.

(2) Camilo Barcia Trelles: *Interpretación del hecho americano por la España universitaria del siglo XVI. La Escuela Internacional Española del siglo XVI*. Curso de conferencias dictadas en el Paraninfo de la Universidad de Montevideo, con el patrocinio de la Institución Cultural Española del Uruguay. Montevideo, 1949; página 20.

MONTEVIDEO

c) *Los siglos XVI y XVII.*

Se inicia la filosofía en Hispanoamérica con el predominio de la escolástica. Las Ordenes religiosas introducen la filosofía en el Nuevo Mundo; primero, los franciscanos, los dominicos y los agustinos; después, y finalmente, los jesuítas. Las autoridades son Santo Tomás, Duns Escoto y Suárez. Agustinos y dominicos se mantienen fieles a la tradición tomista. Los franciscanos siguieron principalmente a Duns Escoto; el escotismo tuvo un ilustre representante en el Nuevo Mundo: fray Alonso Briceño, nacido en Santiago de Chile en 1590. La originalidad correspondió a los jesuítas, que mantuvieron el prestigio en América hasta el momento de la expulsión; sin apartarse de la ortodoxia, siguieron y defendieron el suarismo.

La filosofía en Hispanoamérica refleja la de la metrópoli. Las obras de los místicos españoles se difundieron en América rápidamente y con éxito.

Sobre el modelo de la Universidad de Salamanca se fundaron las de Lima y Méjico en 1551 y 1553, respectivamente. El agustino fray Alonso de Veracruz, discípulo de Vitoria, leal amigo de fray Luis de León, introdujo en Méjico la filosofía peripatética; fué catedrático de Prima de Teología en la Universidad de Méjico; publicó en 1554 *Recognitio Summularum* y *Dialectica Resolutio*, y en 1557 un tratado de Física; sus obras fueron las primeras publicadas en el Nuevo Mundo. El erudito P. Antonio Rubio (1568-1615) desempeñó las cátedras de Filosofía y Teología en Méjico y Alcalá; su comentario

de la *Lógica*, de Aristóteles, fué adoptado como texto por la Universidad de Alcalá.

En los siglos XVI y XVII predominan las tendencias ideológicas de la escolástica, representadas por las Ordenes religiosas, aunque no falten manifestaciones de otras tendencias.

Refleja el humanismo español Cervantes de Salazar, el primer doctor en Filosofía graduado en el Nuevo Mundo. Divulgó en la Universidad de Méjico las ideas de Luis Vives. Publicó en 1554, con fines didácticos, algunos diálogos de Vives, a los que añadió siete originales suyos. En 1771 se recomendaba en la Argentina la lectura de *La introducción a la sabiduría*, de Vives. La Real Provisión de 1771... aconseja otros libros de lectura, recomendando en los Estatutos del Colegio Académico, especialmente, la traducción castellana de *La Introducción y camino para la sabiduría*, de Luis Vives (3). El recuerdo de Vives persiste en América en 1940. Abel Naranjo Villegas publicó en 1940 una nota en la revista *Universidad Católica Bolivariana*, titulada «Luis Vives o el Renacimiento español (en el IV centenario de su muerte)», interpretando el universalismo del Renacimiento español, «no de estirpe erasmista, edificado sobre la nube resbaladiza de los hechos, sino de aquel otro universalismo metafísico que es el de las esencias» (4).

(3) Juan Probst: *La Educación en la República Argentina durante la época colonial*. En «Nosotros». Buenos Aires; año, XV, número 145, junio de 1921; pág. 242.

(4) Abel Naranjo Villegas: *Luis Vives o el Renacimiento español*. (En el IV Centenario de su muerte). En la Sección «Notas» de la Revista «Universidad Católica Boliviana». Medellín-Colombia. Vol. núm. 15, abril-mayo 1940; pág. 141.

Representa el erasmismo el primer arzobispo de Nueva España, fray Juan de Zumárraga, uno de los fundadores de la Universidad de Méjico.

Se ofrece el doctrinarismo político con Vaca de Quiroga, discípulo de Santo Tomás Moro, que intentó crear una sociedad ideal entre los indios tarascos de Méjico.

Cultivó la astrología judiciaria el capitán Melchor Xifré del Aguila.

Divulgó el neoplatonismo renacentista el inca Garcilaso de la Vega, al traducir *Los tres diálogos de amor*, de León Hebreo.

En el siglo XVII prosiguió la labor colonizadora y evangelizadora, creándose nuevos colegios y universidades. En este siglo mantuvieron la hegemonía cultural Méjico, Lima y Bogotá. Empieza a manifestarse la erudición que había de caracterizar al siglo XVIII. En Méjico y Perú hubo dos importantes eruditos: Sigüenza y Góngora y Peralta Barnuevo. El profesor de Filosofía Carlos de Sigüenza y Góngora dió a conocer, en escritos extravagantes, a Descartes y a Copérnico. «En Lima, Peralta y Barnuevo, el Pico de la Mirandola del Perú, rector de San Marcos, cosmógrafo real y mal poeta» (5).

d) *El siglo XVIII.*

La erudición con sentido crítico caracteriza la época. El cambio de dinastía dió lugar al predominio de lo francés en España y a las manifestaciones de la Ilustración.

(5) A. Sánchez Reulet: *Panorama de las ideas filosóficas* en *Hispanoamérica*. Rev. cit.; pág. 190.

El doctor Paz López, en su tesis doctoral sobre *Las ideas geográficas e históricas de Lorenzo Hervás y Panduro*, precisa que «España tuvo también su Ilustración, como Francia, como Italia o Alemania... La Ilustración española se jalona con los nombres de Feijóo, Sarmiento, Arteaga, Hervás. Precisamente concluye en Hervás... Se diferencia de la europea en la fe. Coincide en lo demás. La Ilustración española es cosmopolita, enciclopédica, amante de la experiencia, partidaria de la unidad del saber» (6). El P. Feijóo, hombre representativo de su tiempo, con su amplitud de criterio, contribuyó a abrir camino a nuevas ideas y a suscitar el interés por las novedades de la época. Sus *Teatro Crítico* y *Cartas eruditas* fueron populares en América.

Coincidió con la lectura de las obras de Feijóo la labor de divulgación de las nuevas ideas llevada a cabo por algunos religiosos, y principalmente por jesuítas. En Méjico difundieron y explicaron las doctrinas cartesianas los Padres jesuítas mejicanos Diego José Abad, Agustín de Castro y Francisco Javier Alegre, traductor latino de la *Ilíada*, «el filósofo y el teólogo más notable que ha producido hasta hoy la Compañía de Jesús en tierras americanas y el primer pensador que en América creó un completo organismo filosófico, en el cual se esfuerza por armonizar la metafísica tradicional con los principios de la ciencia experimental» (7).

(6) Gonzalo Paz López: *Las ideas geográficas e históricas de Lorenzo Hervás y Panduro*. Tesis doctoral. Inédita. Madrid, 21 de junio de 1950; pág. 46.

(7) Dr. Ramón Insúa Rodríguez: *Historia de la Filosofía en Hispanoamérica*. Guayaquil, Imp. de la Univers., 1945; pág. 78.

Iniciaron el cartesianismo en Quito los Padres Manguín y Tomás Larain. El papel principal lo desempeñó el Padre Juan Bautista Aguirre, «una de las mayores luminarias de la Compañía de Jesús en América y el filósofo más notable de que puede enorgullecerse el Ecuador» (8). Entre los sucesores en la cátedra del P. Aguirre mantuvo la reacción aristotélica el jesuíta ecuatoriano Pedro Muñoz. El jesuíta español P. Joaquín Millás, misionero en el Paraguay y en Tucumán, adoptó la duda cartesiana e intentó, sin éxito, conciliar el sensualismo de Condillac con el empirismo de la escuela escocesa.

Los jansenistas contribuyeron también indirectamente a la divulgación de Descartes. Las *Instituciones filosóficas*, de Jacquier, se adoptaron como texto en algunos centros; de Jacquier derivan José Agustín Caballero, en Cuba, y Luis J. Chorroarín, en Buenos Aires.

Las novedades filosóficas europeas empezaron a ser conocidas en América. Benito Díaz de Gamarra conoció en Europa los sistemas filosóficos de su tiempo, y en 1774 publicó en Méjico su obra *Elementa Recentioris Philophiae (Elementos de Filosofía Moderna)*. El naturalista Alzate divulgó incidentalmente cuestiones filosóficas en la *Gaceta de Literatura*. En Lima se estudiaban las nuevas doctrinas en la Universidad de San Marcos, y Cosme Bueno divulgaba en 1762 noticias filosóficas y científicas. Domingo Muriel exponía las nuevas tendencias en el Río de la Plata en 1743, y en 1790 publicaba sus conclusiones Francisco Javier de Aldunate, y Mariano Moreno leía en la biblioteca del canónigo Terrazas, en Charcas, a Bacon y a Montesquieu.

(8) Dr. R. Insúa Rodríguez: Ob. cit., pág. 82.

A la vez que el cartesianismo, Verney, el arcediano de Evora, conocido por el seudónimo de *El Barbandinho*, fué muy leído en América. Verney influyó en el doctor don Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo, nacido en Quito en 1747 y autor de *El nuevo Luciano o despertador de ingenios;* el título indica el deseo de imitar los *Diálogos* de Luciano de Samosata; la mordacidad de su temperamento satírico está influída por el *Fray Gerundio de Campazas*, del P. Isla. A fines del siglo se leía a Locke y a Condillac.

Algún brote de la tenebrosa secta de los iluminados apareció en América, cortada enérgicamente por la Iglesia católica. Se intentó propagar doctrinas de alumbrados en Cartagena de Indias.

En el último cuarto del siglo XVIII aparece un filósofo colonial: Carlos Josef Montero, primer catedrático de Filosofía en el Río de la Plata y cancelario de los reales estudios. En «una pesquisa laboriosa en archivos, ha desenterrado su nombre del olvido Belisario J. Montero» (9).

En el reinado de Carlos III se extienden por España las ideas enciclopedistas. El peruano Pedro de Olavide, en una etapa de su vida azarosa, divulgó en España las doctrinas de los enciclopedistas. En América empezó a difundirse lentamente la Enciclopedia, pero permitida la entrada de libros franceses, consecuencia de la política del despotismo ilustrado practicada por la metrópoli, la Enciclopedia se difundió con rapidez. Voltaire, Rousseau y Diderot eran leídos con entusiasmo, incluso por altas dignidades eclesiásticas y políticas. Las ideas enciclopedistas influyeron en los partidarios de la Independencia. El doctor Insúa Rodríguez opina que los libertadores se inspiraron en las doctrinas de la escuela salmantina de Francisco de Vitoria, y que «la independencia hispanoamericana fué el fruto natural del trasplante al Nuevo Mundo de la democrática institución del municipio castellano. En los Cabildos, los americanos aprendieron a gobernarse por sí mismos y a defender su libertad» (10). Bolívar, educado en el enciclopedismo francés, fué lector asiduo de Voltaire y de Rousseau.

(9) Belisario J. Montero: *Un filósofo colonial. El Dr. Carlos Josef Montero.* Apud Dardo Corvalán Mendilaharsu: *Bibliografía histórica.* En «Nosotros»: Buenos Aires, año X, núm. 87, julio de 1916; págs. 95-96.

e) *La enseñanza de la Filosofía durante la época colonial en la Argentina.*

Juan Probst nos ha trazado el cuadro de la enseñanza de la Filosofía en la Argentina durante la época colonial (11).

«Resumiendo, diremos que durante el siglo XVII dominaba en las aulas la escolástica, que en la primera mitad del XVIII comenzaron a tener entrada en ellas el cartesianismo y las nuevas teorías físicas, y que en la segunda mitad del mismo siglo empezaron a desalojar al escolasticismo.»

La enseñanza superior constaba de tres ciclos: el pri-

(10) Dr. Insúa Rodríguez: Ob. cit., pág. 115.

(11) Juan Probst: *La Educación en la Rep. Argent. durante la época colonial.* En «Nosotros»; Buenos Aires, año XV, núm. 145, junio de 1921: págs. 243, 246, 248, 254, 255, 257 y 258.

mero, de Gramática o latinidad; el segundo, de Filosofía, y el tercero, de Teología, Derecho o Medicina, según la carrera que eligiera el estudiante.

La enseñanza de la Filosofía (Lógica, Física y Metafísica) duraba tres años; se seguía con el mismo profesor; al tercer año, otro catedrático iniciaba un nuevo ciclo trienio. La Lógica se concebía como un arte y se enseñaba por las Súmulas, siendo el arquetipo las *Summulae* de Pedro Hispano.

Se distinguía la metafísica intencional y la real. La intencional trataba del problema ontológico, de la sustancia, del ente. En el problema de los universales se aceptaba la posición de Santo Tomás, *sunt in re*, son inmanente, pero con existencia real y verdadera. Más importancia se concedía a la metafísica especial, que trataba de lo que existe separado por sí de la materia: Dios, ángeles y alma.

La filosofía moral comprendía dos partes: la ética y el derecho natural o constitución del Estado.

La Teología se enseñaba en cuatro años. La enseñanza se basaba en Santo Tomás; los jesuítas seguían a Suárez.

f) *El siglo XIX.—La independencia.*

Hispanoamérica, en los años que siguieron a la independencia, continuó bajo el influjo del pensamiento europeo. Después de la independencia se impuso la necesidad de la organización política. Los caudillos, educados en el enciclopedismo, fascinados por la Revolución fran-

cesa, faltos de experiencia política, terminaron imponiendo el despotismo ilustrado. Así, Bolívar intentó aplicar a las nuevas nacionalidades las doctrinas del enciclopedismo francés, que había aprendido con entusiasmo en su juventud, pero el contacto con la realidad le hizo modificar sus primitivos propósitos, terminando por tratar de fortificar el principio y la encarnación de la autoridad. La política absorbía la vida entera, creando un ambiente nada favorable para el desarrollo de las actividades del espíritu.

En los primeros años de la independencia predominó el sensualismo de Condillac y Destutt du Tracy. Se los leía ya directamente, ya en las traducciones del catedrático de la Universidad de Salamanca Ramón de Salas. En los primeros años del siglo se imprimió en Caracas la *Lógica*, de Condillac. Desttut du Tracy predominó casi exclusivamente en Colombia. En Méjico fué profesor de Ideología José Luis Mora. En Cuba divulgó el sensualismo O'Gavan y persistió hasta 1830; en Chile lo expusieron Ventura Marín y José Joaquín Mora. En la Argentina, Diego Alcorta se manifestó discípulo de Condillac y Cabanis; Crisóstomo Lafinur siguió a Condillac en el Colegio de la Unión del Sur de Buenos Aires, y en la Universidad de Buenos Aires el presbítero español Manuel Fernández Agüero fué el primer catedrático de Ideología.

Se estudió el utilitarismo de Bentham. Se leyeron con avidez las traducciones. Contribuyeron a la difusión las obras de Derecho de Ramón Salas, el catedrático de la Universidad de Salamanca, que durante muchos años orientaron la enseñanza en las Facultades de Derecho en América. Bentham influyó en los proscritos argenti-

nos Alberdi y Sarmiento, en las ideas morales de Andrés Bello y en los caudillos políticos; Bolívar y Rivadavia sostuvieron correspondencia con Bentham.

Entre los escritores católicos se cuentan el arcediano de Lima don José Ignacio Moreno y el polemista ecuatoriano Fray Vicente Solano.

Coincidiendo con las primeras manifestaciones del romanticismo, se produce, hacia 1830, una reacción espiritualista con el conocimiento de las obras de Maine de Biran, Laromiguière y Cousin. En Cuba, el presbítero Félix Varela, llamado hiperbólicamente el *Sócrates de la Gran Antilla* se mostró ecléctico. El doctor González del Valle calificó de ecléctico al cubano José de la Luz y Caballero (12). En la Gran Antilla siguió a Víctor Cousin Manuel González del Valle, que presenta la particularidad de haber tomado algunas ideas de Luis Vives. El influjo de Cousin se prolongó hasta finales del siglo. Royer Collard introdujo la filosofía escocesa. Bello inspiró su *Filosofía del Entendimiento* en Reid y en Hamilton. En Lima divulgó la escuela escocesa el español José Joaquín de Mora; en 1832 publicó sus *Cursos de Lógica y Etica según la escuela de Edimburgo*, que se reimprimieron en La Paz en 1846.

El liberalismo francés sirvió de pauta al de Hispanoamérica. Constant, Guizot y Quinet influyeron en la teoría y en la práctica política. En la filosofía política,

(12) Dr. Francisco González del Valle: *La personalidad de Luz y Caballero*. Discurso en la inauguración del Parque Luz y Caballero, el día 9 de junio de 1935. En «Revista Cubana», La Habana; núms. 4-5-6, abril-mayo-junio 1935; pág. 261.

se asoció el socialismo de matiz romántico con la tendencia historicista; Echevarría estuvo influído por Vico, Herder y Saint-Simon y el espiritualista José Eusebio Caro se inclinó al socialismo.

Los idealistas alemanes no fueron conocidos directamente en Hispanoamérica, y apenas si lo fueron por referencias. Herder, invocado con frecuencia, fué leído en traducciones francesas.

g) *El positivismo (1870).*

Hacia 1870 el positivismo triunfó de modo tan concluyente, que puede decirse que quedaron extinguidas las distintas tendencias filosóficas; tan sólo persistió la escolástica en los centros religiosos. Durante más de treinta años mantuvo indiscutido su predominio. Prendió el positivismo y se propagó con facilidad en el simplismo de las pródigas nacionalidades nacientes de Iberoamérica. La persistencia del positivismo, negación en el fondo de la filosofía, motivó la pregunta que, entre irónico y displicente, formuló Bergson a Corpus Barga:

«—¿Siguen siendo todavía positivistas los filósofos de la América española?» (13).

El influjo del positivismo se manifestó principalmente en educación y en política. Predominó el positivismo francés (Comte y su escuela) en Méjico y Brasil, siguiéndose en éste el contenido religioso del *Sistema* y en aquél

(13) Corpus Barga: *Literatura de Bergson*. En «La Nación». Buenos Aires; domingo 13 de enero de 1929; tomo VIII, núm. 185; pág. 16.

la tendencia especulativa del *Curso*. El positivismo sajón (Darwin y Spencer) predominó en Argentina y Uruguay.

Ningún país escapó a su influencia en Hispanoamérica. En Méjico lo introdujo Gabino Barreda, discípulo de Comte, y lo divulgó Agustín Aragón en la *Revista Positiva*. Fué el fundador ideológico del porfirismo. La revolución que derrocó el porfirismo y la fundación del Ateneo de la Juventud superaron la doctrina de Comte.

El cubano Andrés Poey, fiel discípulo de Comte, publicó en París *Bibliothèque Positiviste. Vulgarisation du Positivisme* (14). También fué positivista en Cuba el poeta y pensador Enrique José Varona.

El sociólogo y moralista Eugenio María de Hostos constituye con Varona las dos figuras de máxima importancia entre los positivistas de Hispanoamérica.

En la Argentina el positivismo sufrió la doble influencia de Comte y de Spencer. Surgió en dos centros, la Escuela Normal de Paraná y la Universidad de la Plata; en ésta ha surgido en nuestro tiempo una fuerte reacción antipositivista.

Al precisar Cantecor la característica del positivismo en Chile, cita unas palabras del brasileño Lemos, reveladoras del fanatismo cientifista: «Le groupe chilien, sous l'influence des chefs actuels, Miguel Lemos (Brésil) et Jorge Lagarrigue (Chili), se distingue par un aveugle attachement à la lettre du comtisme. «Comme Saint Paul, écrit Miguel Lemos, nous préferons être tenus pour insensés, en suivant les leçons de notre Maître, qu'être re-

(14) Andrés Poey: *Bibliothèque Positiviste*. Vulgarisation du Positivisme. París, Germe Billière, 1879.

connus pour sages par la frivolité contemporaine» (15).

Ampliamos el contenido de este bosquejo sobre la filosofía en Hispanoamérica al Brasil, por la especial circunstancia que presenta el positivismo en este país. Surgió donde menos podía esperarse un movimiento ideológico: en la Escuela Militar. El organizador más notable fué el profesor de la Escuela Militar y de la Politécnica Benjamín Constant Botelho de Magalhães. Constant, con Miguel Lemos y Teixeira Mendes, fundaron en 1876 la Sociedad Positivista de Río. Aceptaron de Comte todo: la doctrina y la religión de la Humanidad. En 1897 establecieron, con apertura solemne, el Templo de la Humanidad en Río de Janeiro. Todavía continúa en Río el culto positivista. Benjamín Constant desempeñó un papel importante en la revolución brasileña y consiguió que el Congreso adoptara como divisa nacional el lema del positivismo: orden y progreso, incorporándolo a la bandera nacional, acuerdo que persiste en nuestro tiempo.

Spencer realizó en el campo de la filosofía la transformación del positivismo en evolucionismo. Spencer arraigó profundamente en Hispanoamérica. Comentando la Memoria que el peruano Francisco García Calderón presentó al Congreso de Filosofía de Heidelberg en 1908 con el título *Les courants philosophiques dans l'Amérique latine*, expone el escritor colombiano Carlos Arturo Torres:

«Los *Primeros principios* fueron tomados literalmente como el Evangelio de las ideas modernas. Nicolás Pin-

(15) George Cantecor: *Le Positivisme*. París, Imprimerie Crété; s. a.; pág. 134.

zón W., espíritu luminoso cuya pérdida no ha podido reemplazar la República; Herrera Olarte, J. D. Herrera, Iregui, fueron apóstoles convencidos y militantes de la filosofía spenceriana.

»Así como en Méjico extractos de los *Principios de Etica*, de Spencer, y de la *Lógica*, de Stuart Mill, sirven de textos universitarios, en nuestro Externado de Bogotá sintetizaciones de la *Moral* y de los *Primeros principios*, hechos y bien hechos por Tomás Eastman e Ignacio V. Espinosa, servían de textos de Etica y Psicología» (16).

«Depuis 1880—dice F. García Calderón en *Les Démocraties latines de l'Amérique*—jusqu'à ces dernières années, les théories de Spencer ont conquis deux générations; elles constituaient, dans certaines universités, un système officiel... On suivait servilement ses doctrines morales et sociales... En 1883, un politique colombien, Président de cette nation, Rafael Núñez, exposait à ses concitoyens la sociologie de Spencer comme le remède au dogmatisme politique de ses prédécesseurs. Les hommes d'Etat d'Amérique auraient facilement demandé au philosophe de l'évolucionisme des sugestions scientifiques, comme le firent les Japonnais» (17).

(16) Carlos Arturo Torres: *Los ídolos del Foro*. Editorial América, Madrid; s. a.; págs. 220-221.

(17) F. García Calderón: *Les Démocraties latines de l'Amérique*. París, M. Flammarion, Editeur, 1920; pág. 254.

h) *Diversas tendencias.*

Fué bien acogida en América la «dialéctica insinuante del mitigado racionalismo de Balmes» (18). «Il ne fait point école en Amérique, mais il est très lu par les conservateurs» (19).

F. García Calderón apunta, entre las reacciones producidas por el positivismo, los nombres de Guyau y Nietzsche. Señala el hecho en dos obras: en la Memoria *Les courants philosophiques dans l'Amérique latine*, presentada al Congreso de Filosofía de Heidelberg en 1908, acogida en la *Revue de Metaphysique et de Morale*, y en Livre V, Chapitre III—«L'évolution philosophique»—, de *Les Démocraties latines de l'Amérique*.

«Guyau—afirma F. García Calderón—a été le professeur d'idéalisme de deux générations américaines» (20); recuerda que Rodó ha comentado en *Ariel* bellas metáforas, y que el peruano González Prada ha popularizado las sugestiones del espíritu platónico de Guyau sobre la muerte.

Se divulgaron las obras de Nietzsche. El argentino Alejandro Korn, en su conferencia «Comentos de Filosofía contemporánea», pronunciada en 1916 en la Academia de Filosofía y Letras, precisó que con Nietzsche, al afir-

(18) F. García Godoy: *Les Démocraties latines de l'Amérique*. En «Páginas Efímeras» (Movimiento intelectual hispanoamericano). Santo Domingo; «La Cuna de América», 1912; págs. 337-338. Y en *La literatura americana de nuestros días*. Madrid, Impr. J. Pueyo; Biblioteca Andrés Bello; s. a.; pág. 275.

(19) F. García Calderón: *Les Démocraties...*; pág. 252.

(20) F. García Calderón: *Les Démocraties...*; pág. 256.

mar la vida, la filosofía no era pesimista al estilo romántico, pero que no llegó a alzarse con el cetro de la influencia por su doctrina de un individualismo aristocrático y amoral (21). Julio Noé, en 1916, censuraba el snobismo de los imitadores de Nietzsche, criticando *Vivificaciones*, de Eduardo Zaldarriaga: «Confieso que me desconciertan los libros nietzscheanos. Si creo en la honda sinceridad del maestro, creo muy a medias en la de sus discípulos... Hacen oscuras sus ideas para darles, así, cierta apariencia de profundidad» (22). Francisco García Calderón aprecia con crudas palabras la influencia de Nietzsche: «Nietzsche a aussi des disciples et des commentateurs. Traduit en espagnol, vulgarisé, ses doctrines furent la bible de l'égoïsme exasperé. On ne devine point son stoïcisme, sa culture de la vie heroïque et de la tragique aventure: Des ministres concussionaires, des métis que aspirent au pouvoir se croient nietzschénnes, parce qu'ils oublient tout scrupule en leur avancement immoral. Une génération qui est au délà du bien et au délà du mal, pratique en Amérique l'arrivisme, désorganise la politique et la sociéteé, oublie le code de la dignité humaine» (23).

La acción de Fouillée ha sido intensa en el Derecho, la política y la educación. «Par son noble idéalisme, par son admirable richesse, par son rationalisme, serein, par

(21) Reseña de la conferencia de A. Korn, por Gregorio Bermann: *Las orientaciones de la Filosofía contemporánea*. En «Nosotros»; Buenos Aires, año XI, núm. 99, julio 1917; pág. 424.

(22) Julio Noé: *Letras Argentinas*. En «Nosotros»; Buenos Aires, año X. núm. 86, junio de 1916; págs. 308-309.

(23) F. García Calderón: *Les Démocraties...*: pág. 256.

son caractère si latin, l'harmonieux système de Fouillée est devenu populaire parmi la jeunesse d'Amérique» (24).

i) *Desde 1900 hasta nuestros días.*

A partir de 1900, la preocupación por los problemas filosóficos en Hispanoamérica se va haciendo cada vez más intensa.

Carlos Octavio Bunge, en 1903, aun sosteniendo un concepto relativista de la verdad, tenía en alta estima la abstracción filosófica: «La Verdad no es una noción absoluta... Sin embargo, es el dedo de la abstracción filosófica lo que marca su ruta a las sociedades y su finalidad a los sentimientos de los hombres» (25). «La labor perdurable y definitiva del doctor Bunge se encierra en su obra sociológica», estima E. Martínez Paz (26). Alberto Palcos juzga con severidad los *Estudios filosóficos* de Bunge (27): «Son obras de pura imaginación, no de observación paciente y objetiva» (28).

Se caracteriza el comienzo del siglo por la crítica y superación del positivismo. Se funda en 1904 el Ateneo de

(24) F. García Calderón: *Les Démocraties...*; pág. 255.

(25) Carlos Octavio Bunge: *Nuestra América*. Prólogo de R. Altamira. Barcelona, Impr. de Henrich y Cía, 1903; pág. 10.

(26) E. Martínez Paz: *Carlos Octavio Bunge. Filósofo del Derecho*. En «Nosotros»; Buenos Aires, año XII, núm. 111, núm. extraordinario a C. O. Bunge; julio de 1918; pág. 384.

(27) Carlos Octavio Bunge: *Estudios filosóficos*. Introducción de Enrique Martínez Paz. Edit. «La Cultura Argentina», 1919; 255 páginas.

(28) Alberto Palcos: *Filosofía*. En «Nosotros»; Buenos Aires, año XIII, núm. 123, agosto de 1919; pág. 483.

lar Juventud Mejicana, en franca reacción contra el positivismo dogmático. «Deux jeunes philosophes, Antonio Caro, au Méxique, et Pedro Henríquez Ureña à Saint-Domingue, ont contribué à cette analyse. En s'inspirant des idées de M. Emile Boutroux, ils attaquent l'étroite interpretation des lois scientifiques» (29). F. García Godoy expuso las razones de la quiebra de la doctrina de Comte: «Su descuido del magno problema del conocimiento, su falta de caracterizada psicología, y el dogmatismo que se desprende de su concepto de ciencia» (30). Pedro Henríquez Ureña, en *Horas de Estudio*, al criticar la conferencia de Arturo Caso sobre el positivismo, afirmó que el comtismo había envejecido rápidamente, que no representaba ya más que un valor meramente histórico, y puso de manifiesto algunas coincidencias entre Nietzsche y W. James (31).

Francisco García Calderón, en 1908, en la Memoria presentada al Congreso de Filosofía de Heildelberg estimaba rebasados los reducidos límites ideológicos del positivismo, que, sin embargo, había de prolongarse aún: «Todas las figuras interesantes del pensamiento contemporáneo en la América latina están orientadas hacia el idealismo; en México, donde dominaba el positivismo, se advierte un cambio de frente; el ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra, hablaba recientemente de la crisis filosófica, y Bergson ha destronado a Spencer. En Chile, un profesor alemán, el doctor Wilhelm Mann, dirige en el Instituto Pedagógico un nuevo movimiento de ideas contrario a la tradición positivista de aquel pueblo; en el Perú, los profesores Deustúa y Javier Prado; en el Uruguay, Vaz Ferreira; en la Argentina, Carlos Octavio Bunge e Ingenieros; en Cuba, Enrique José Varona; en el Paraguay, Manuel Domínguez, propagan ideas bastante análogas para que sea permitido señalar una corriente filosófica nueva» (32).

Luis Baiardi protestaba en 1917 contra el utilitarismo que mina las bases de la sociedad argentina, y, fijando su anhelo en «la consecución del mayor bien para el hombre», extiende su angustia a más amplio campo que el ámbito nacional: «Esta gran guerra, motivada por una gran crisis económica, es también motivada por una gran crisis filosófica, por una gran penuria intelectual, y si algo esperamos de ella (no lo vislumbramos aún), es una reacción moral: mayores derechos, pero también mayores deberes. Orientar los estudios hacia esa meta es servir las verdaderas necesidades del país» (33).

La revista *Valoraciones*, editada por el Grupo de Estudiantes «Renovación», de la Plata, publicó gran parte del tomo II, julio de 1924, en homenaje a Kant, con mo-

(29) F. García Calderón: *Les Démocraties...*; págs. 256-257.

(30) F. García Godoy: *Benjamín Vicuña Subercaseaux*. En «La Lit. Americ. de nuestros días», pág. 214. Y en «Páginas Efímeras», pág. 264.

(31) Pedro Henríquez Ureña: *Horas de Estudio*. París, 1910; 333 páginas.

(32) Francisco García Calderón: *Les courants philosophiques dans l'Amérique*. Citado por Carlos Arturo Torres: *Los ídolos del Foro*. Madrid, Impr. J. Pueyo, Editorial América; s. a.; página 226.

(33) Nota de Luis Paiardi, en su traducción del trabajo de E. Caro: *Stendhal: sus novelas y su crítica de arte*, publicado en «Nosotros»; Buenos Aires, año XI, núm. 103, noviembre de 1917; pág. 352.

tivo del segundo centenario de su nacimiento. La Dirección precisó que el homenaje de la juventud a Kant «no significa enrolarse en las huestes ortodoxas del kantismo», y añadía: «No afirmamos con esto que nuestras rebeldías universitarias sean movimientos neokantianos, pero sí creemos necesario armarnos de la compañía de Kant para batir la influencia positivista que respira, en general, toda la vida argentina» (34). En el mismo número de la revista, Raúl A. Orgaz comienza su trabajo: «El neokantismo y la filosofía social», con estas palabras: «Bien vengan los homenajes a Manuel Kant en esta hora de ofensiva idealista, cuando el positivismo del «estúpido siglo XIX se bate en retirada» (35).

Ortega y Gasset suscitó inquietudes y contribuyó con sus libros y con su palabra a la renovación filosófica en Hispanoamérica. La Universidad de Tucumán divulgó las conferencias de Ortega y Gasset en 1916 (36).

El doctor Alejandro Korn, en su conferencia «Comentos de Filosofía», pronunciada en 1916, trazó la evolución del pensamiento filosófico desde mediados del pasado si-

(34) *Valoraciones. Humanidades. Crítica y Polémica.* Revista editada por el Grupo de Estudiantes «Renovación», tomo II. La Plata, julio de 1924: Est. Tip. «Alberdi». La Dirección: «Homenaje de la Juventud a Kant»: págs. 3-4.

(35) Raúl A. Ordaz: *El neokantismo y la filosofía social.* En «Valoraciones», La Plata, núm. cit.; pág. 24.

(36) José Ortega y Gasset. Universidad de Tucumán. Dos conferencias. Tucumán, Imp. y Pap. «La Minerva», 1916, 10 páginas. 1: *El filósofo.* Palabras con que fué presentado el conferenciante por... Alberto Rougés. 2. *Las conferencias.* La primera conferencia versó sobre la Cultura. La segunda conferencia versó sobre el Idealismo y el Realismo. 3. *Despedida.* Palabras pronunciadas por el doctor M. Lizondo Borda.

glo. Korn cree que la moral debe tener fundamentos metafísicos. Gregorio Bermann, al comentar la conferencia, aunque sostiene la imposibilidad de establecer una perfecta delimitación entre filosofía y ciencia, afirma que la filosofía «no perderá su tan preciosa función crítica... que predominará en el povenir, a pesar de los eclipses que sufra por las filosofías a la moda, estrellas fugaces en el horizonte del pensamiento de todas las edades» (37).

Bermann, en 1919, contraponía la pobreza de los estudios de la Facultad de Filosofía y Letras en la Argentina con la variedad de disciplinas de la Universidad de Columbia. Opinaba que debía separarse la cátedra de Etica y Metafísica; estimaba necesario un curso de Sociología general y creía «indispensable un curso de Introducción a la Filosofía, en el que se plantearía y daría noción de los problemas filosóficos y se harían lecturas de las obras más importantes de la Filosofía clásica» (38).

Hacia 1920 se propagaban distintas doctrinas: «Toutes les nouvelles doctrines se propagent, pragmatisme, bergsonisme, philosophie de Wundt et de Croce, philosophie de la contingente, sans créer toutefois de nouvelles directions» (39).

Se acrecienta el interés informativo y se siguen estudiando las nuevas tendencias.

(37) Gregorio Bermann: *Las orientaciones de la filosofía contemporánea. Los rumbos actuales de la Filosofía.* En «Nosotros», Buenos Aires, año XI, núm. 99, julio de 1917; págs. 430-431.

(38) Gregorio Bermann: *Los estudios filosóficos en nuestra Facultad de Filosofía y Letras.* En «Nosotros», Buenos Aires, año XIII, núm. 119, mayo de 1919; págs. 367 y 371.

(39) F. García Calderón: *Les Démocraties...*; pág. 256.

Ernesto Quesada, en la conferencia inaugural del curso de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras, en Buenos Aires, el año 1921, daba noticia de la obra de Oswald Spengler *Der Untergang des Abendlandes* (Munich, 1921), cuando no se había publicado aún el tomo II y no se había hecho la traducción a los idiomas latinos. Encuentra en Platón la síntesis spengleriana «entre los conceptos de lo que *es* y lo que está *siendo* (que es el *lei motiv* de su argumentación)», pero Platón no saca consecuencias de la indicación. Cree que la teoría de la decadencia de Occidente es una consecuencia de la de la relatividad: «La teoría relativista de Spengler, por más que no mencione especialmente al físico Einstein, es una aplicación de la de éste». Sostiene que la obra de Hermann Keiserling *Das Reisetargebuch eines Philosophen* (Darmstad, 1920), «llega a conclusiones casi análogas a las de Spengler» (40).

La traducción española de la obra de Spengler *La decadencia de Occidente*, por M. García Morente (Calpe, Madrid, 1923), fué acogida en la Argentina con amplia y objetiva reseña biográficocrítica, trazada por la pluma de Alberto M. Etkin (41).

Félix Asnaourow, colaborador de Freud durante once

(40) Ernesto Quesada: *Una nueva teoría sociológica. La teoría relativista spengleriana.* En «Nosotros», Buenos Aires, año XV, núm. 143, abril 1921; págs. 418, 419, 428 y 429.

(41) Alberto E. Etkin: *La decadencia de Occidente* (Bosquejo de una morfología de la Historia Universal), Oswaldo Spengler. Traducción de Manuel G. Morente. Primera parte: «Forma y realidad». Vol. I, Biblioteca de Ideas del Siglo XX. «Calpe», Madrid, 1923. En «Nosotros», Buenos Aires, año XVIII, número 179, abril 1924; págs. 550 a 555.

años, dió noticias en 1922 de las direcciones de la nueva psicología: trabajos de Binet y otros sobre las inclinaciones afectivas y sexuales del adulto; estudio de los sentimientos por Ribot; significación del inconsciente en nuestra psique, según Janet, Ribot y Bergson; psicología analítica de Charcot, y el psicoanálisis de Freud y sus discípulos Yung y Adler, el fundador de la Psicología Individual Comparada (42).

Francisco Romero siente la preocupación por obras didácticas y expositivas de problemas.

Romero alaba, en 1924, el manual de Vorländer, prologado por Ortega y Gasset en la edición española. «No estima adecuado el *Lehrbuch*, de Windelband, para un lector no informado. Cree que en la *Historia de la Filosofía Moderna*, de Höffding, «a través de la doble o triple traducción, las ideas parecen de gelatina» (43).

Romero muestra interés, también en 1924, por las tendencias de la filosofía alemana contemporánea en su extensa referencia crítica de la obra de Richard Müller-Freienfels *Die Philosophie des 20 Jahrhunderts in ihren Hauptstromungen* (Berlín, 1923): «Aunque el título aspira a la universalidad, el asunto real del libro se mantiene en los límites de la filosofía alemana» (44).

(42) Félix Asnaourow: *Progreso de la Psicología.* En «Nosotros», Buenos Aires, año XVI, núm. 152, enero de 1922; páginas 55-59.

(43) Francisco Romero: *Filosofía. Noticias y comentarios: A propósito del manual de Vorländer. Uriel da Costa. Paul Natorp.* En «Nosotros», Buenos Aires, año XVIII, núm. 184, septiembre 1924; págs. 80, 82 y 83.

(44) Francisco Romero: *Las dos tendencias de la filosofía alemana contemporánea.* En «Nosotros», Buenos Aires, año XVIII, núm. 179, abril 1924; pág. 498.

Romero aprecia, en 1927, el libro de Carlos Estrada *El problema epistemológico en la Filosofía actual* (Córdoba, República Argentina, Imp. de la Universidad, 1927): «El autor, uno de los pocos que entre nosotros se interesan por los grandes problemas teóricos que agitan el pensamiento actual... La información, segura y de primera mano, y el esfuerzo de previa aclaración y elaboración a que ha sometido sus datos, contribuyen a asegurar el trabajo del señor Estrada una significación especial» (45).

Otra muestra del interés informativo la ofrece Alejandro A. Jascalevich con su detallada reseña del sexto Congreso Internacional de Filosofía con el título *El Congreso de Harvard*, en *Nosotros*, marzo de 1927 (46).

Batido el positivismo, se afirmó la vuelta a la Metafísica. Reginaldo de Luca concibe la Metafísica como la ciencia más perfecta y la más noble. «Con la doctrina peripatética sostenemos que la Metafísica es la ciencia perfecta y la más noble... en tanto que las ciencias llamadas positivas se limitan a constatar el hecho sin decirnos por qué el fenómeno se origina así y no de otro modo» (47).

¿Puede hablarse de una filosofía americana? En 1944,

(45) Francisco Romero: *El problema epistemológico en la Filosofía actual, por Carlos Astrada*. Córdoba (República Argentina). Impr. de la Universidad, 1927. En la Sección «Filosofía», de «Nosotros»; Buenos Aires, año XXI, núm. 218, julio 1927; pág. 501.

(46) Alejandro A. Jaskalevich: *El Congreso de Harvard*. En «Nosotros»; Buenos Aires, año XXI, núm. 214, marzo 1927; páginas 336, 357.

(47) Reginaldo de Luca: *Literatura y Filosofía*. Tucumán, 6 de mayo de 1927. En «Nosotros»: Buenos Aires, año XXI, núm. 217, junio de 1927; pág. 334.

Gaos sostiene la afirmativa. «La posición de Gaos es clara... existe un pensamiento de América, tanto en sentido subjetivo (por la procedencia indígena de los pensadores) como en sentido objetivo (por los problemas específicos ocasionados con motivo de los hechos de la conquista, la independencia, etc.). Luego paraleliza las líneas de desarrollo de los pensamientos español y americano; primero, durante el XVI y XVII, en la época de la grandeza, hay entre ambos una completa unidad; después, esa unidad se rompe, pero subsiste un paralelismo claro entre la línea evolutiva española, que viene caracterizada por ser pensamiento de la *decadencia*, y la americana, definida como pensamiento de la *independencia*; y en este paralelismo los momentos esenciales se simultanean desde el siglo XVIII, en que al culteranismo y a la primacía de Feijoo en España corresponden en América el Sigüenza literario, la renovación científica y el mismo Feijoo, pasando por las épocas de las revoluciones, cuando a un Jovellanos en España corresponde el espíritu de la primera generación americana de la Independencia, y a Larra y Balmes corresponde Bello, hasta llegar al instante de los «heterodoxos» (irrupción de lo extraño, que en España es krausismo y en América es positivismo; reversión amorosa a lo propio, que son en España «los del 98» y en América los del tono de Prada, Martí y Rodó; y reacción europeizante, que aquí la hace Ortega, y allí Korn, Deustúa, Vaz Ferreira y Caso). O sea, que existe un mundo hispánico que evoluciona al unísono, habiéndose hecho muy patente la identidad de rasgos en los pasos finales de la metrópoli e Hispanoamérica... Por último, Gaos trata de caracterizar ese pensa-

miento hispánico, encontrando que consiste esencialmente en una actitud de defensa de lo cristiano frente a la modernidad, que es el nombre bajo el que quiere incluirse una nota central de racionalismo que implica otras de individualismo e inmanentismo y vuelto a una comunión de lo trascendente. De lo cual colige el papel esencial que en la nueva actitud ha de tener lo español» (48).

«Los primeros trabajos de historia de la Filosofía en América pertenecen al siglo pasado... pero (puntualiza Ardao) es en nuestros días, especialmente en la década del 40, coincidiendo sugestivamente con la crisis de la segunda guerra mundial, cuando se generalizan y cobran cuerpo hasta configurar un verdadero movimiento continental» (49).

En 1948 se constituyó en Méjico el Comité de Historia de las Ideas en América, presidido por el profesor Leopoldo Zea, que trata de evitar el aislamiento de los distintos núcleos filosóficos en el Continente.

Icaza Tigerino, preocupado por la originalidad cultural de Hispanoamérica, censura en 1948 el existencialismo alemán: «El existencialismo alemán, con su degeneración literaria francesa, últimos productos del pensamiento europeo, ¿qué significación y trascendencia tienen o pueden tener en Hispanoamérica? Trascendencia, ninguna. Significación, sólo la de un fenómeno de crisis

(48) Patricio Peñalver: *La Filosofía en Hispanoamérica. Antecedentes y situación actual.* En «Arbor»; Madrid, núms. 57-58, septiembre-octubre 1950; págs. 82-83.

(49) Arturo Ardao: *Espiritualismo y Positivismo en el Uruguay.* Méjico; Fondo de Cultura Económica, 1950; pág. 11.

espiritual de Europa, producto de la guerra, curioso para ser observado por las gentes de América ajenas a él y a sus causas.» En el mismo escrito desvaloriza la influencia de Maritain, concretándola a la filosofía política: «Filosofías políticas más recientes, como la de monsieur Maritain, con su blanda democracia cristiana, tampoco han pasado de influir pasajera y superficialmente en contados países de Hispanoamérica, concretamente tres: Chile, Uruguay y Costa Rica» (50).

Sin embargo, es indudable el influjo de Maritain en la neoescolástica en algunos países de Hispanoamérica, principalmente en Chile y en la Argentina.

Prueba evidente del ambiente favorable a la especulación filosófica significó el I Congreso Internacional de Filosofía celebrado en Mendoza (República Argentina) en abril de 1949.

España concurrió al Congreso juntamente con representantes de diversos países americanos y europeos. En las sesiones y en los trabajos presentados (aproximadamente, 250) se trataron cuestiones filosóficas de distintas tendencias.

Peñalver (51) destaca en la realidad actual del pensamiento filosófico hispanoamericano: las ediciones de textos y estudios en Méjico, la Biblioteca de Autores Cubanos editada por la Universidad de la Habana, las actividades de las Universidades Católicas del Perú y de San-

(50) Julio Icaza Tigerino: *Originalidad cultural de Hispanoamérica.* En «Estudios»; Santiago de Chile, núm. 189, octubre-noviembre de 1948; págs. 4-6.

(51) P. Peñalver: *La Filosofía en Hispanoamérica...*; Rev. citada, pág. 81.

tiago de Chile, la orientación escolástica del Instituto de Santo Tomás en Córdoba y la Facultad de San Miguel y Seminario de San José en Buenos Aires, la Facultad de Filosofía en la Universidad de Buenos Aires con Pucciarelli, Romero y S. Reulet y traducciones y ediciones de textos. A estas realidades podríamos añadir la preocupación en la elaboración de manuales didácticos; sirva de ejemplo *Lógica y Nociones de Teoría del Conocimiento*, por Romero y Pucciarelli, obra situada en la línea Balzano-Husserl-Pfänder, según manifestación de los autores en la advertencia que precede al libro (52).

No faltan las preocupaciones por problemas de actualidad. En el número correspondiente a los meses de mayo, junio y julio de 1950, de la revista *Universidad de Antioquia*, de Medellín (Colombia), M. A. Raúl Vallejos publicó un extenso trabajo titulado *Einstein y sus innovaciones*, estimando que «la teoría de la relatividad, de tan trascendentales consecuencias para la evolución de la Física y de la Astronomía, ofrece una concepción del universo que se presta en sumo grado a una disquisición filosófica sobre sus contenidos esenciales» (53). En 1950, Joaquín Vallejo dió una conferencia en el Palacio de Bellas Artes con el título «Consideraciones sobre la energía

(52) Francisco Romero y Eugenio Pucciarelli: *Lógica y Nociones de Teoría del Conocimiento*. Manual adaptado a los programas de enseñanza vigentes. Espasa-Calpe: Argentina. Buenos Aires, 1938; 258 páginas.

La manifestación que sitúa la obra en la línea Bolzano-Husserl-Pfänder, en pág. 9.

(53) M. A. Raúl Vallejos: *Einstein y sus innovaciones*. En «Universidad de Antioquia», núm. 99. Medellín-Colombia, mayo, junio y julio de 1950; pág. 247.

atómica»; la conferencia, publicada en el citado número de *Universidad de Antioquia*, terminó con unas consideraciones sobre *Filosofía del átomo* (54).

En el número antes mencionado de *Universidad de Antioquia*, B. Mantilla Pineda, en el artículo «Los métodos de la Filosofía», no oculta su simpatía por Husserl: «Reconocemos en Husserl a uno de los filósofos más geniales de la Historia» (55). En este artículo expone su concepto de la Filosofía, que viene a ser revelador de un vehemente deseo del cultivo de la Filosofía y manifestación de una profunda inquietud espiritual: «Los pueblos cultos tienen que elaborar su filosofía como la cima y remate de sus luchas sociales y políticas, de su creación poética y de su trabajo científico: «¡Cread vuestra filosofía!» Tal es el mandato del espíritu de la raza a la juventud hispanoamericana.

«Una filosofía no se incuba con el cerebro vacío y el corazón inerte. Es el resultado de años de vela y vigilancia en diálogo silencioso con las obras maestras del genio humano, de observación suspicaz de la conducta individual y colectiva, de meditación angustiosa y profunda de los enigmas del mundo y de la vida, de lucha con el misterio y de intuición del principio del cual manan en oleaje luminoso los mundos palpables e impalpables en los que retozan de júbilo los seres y centellean las ideas y los valores. La filosofía amasada con la vida, que es temblor y luz, responde a las exigencias espirituales de in-

(54) Joaquín Vallejo: *Consideraciones sobre la energía atómica*. Núm. cit. de «Univ. de Antioquia»; págs. 233-246.

(55) B. Mantilla Pineda: *Los métodos de la Filosofía*. Número cit. de «Univ. de Antioquia»; pág. 332.

dividuos de selección y ejerce influjo en vastos aglomerados humanos guiando el pensamiento, normando la conducta y elevando el espíritu en el goce estético y religioso. La Filosofía toca lo más hondo, vivo y noble del hombre» (56).

2.—*La Filosofía en el Uruguay*

a) *Filosofía preuniversitaria.*

a') *Etapas de la filosofía preuniversitaria.*

La escolástica empezó siendo la Filosofía en el Uruguay como en las demás naciones de Hispanoamérica, pero habiendo sido tardíamente colonizado el país, la escolástica que llegó a los claustros del convento de San Bernardino fué la decadente, decadencia que se acentuó con la expulsión de los jesuítas, en el momento en que el liberalismo dominaba el ambiente de la época.

Durante la época colonial predominó la influencia de España. El influjo de la escolástica continuó hasta los primeros tiempos de la independencia en las aulas universitarias, que prolongaron las del Virreinato. En la etapa revolucionaria el predominio es de Francia, primero con la filosofía de la Enciclopedia, después con la ideología y sansimonismo.

Las etapas de la filosofía preuniversitaria «son las de la filosofía ríoplatense hasta mediados del siglo XIX: escolástica, racionalismo, enciclopedia, ideología, sansimonismo... Los tres momentos teóricamente más importantes: escolástica, ideología, sansimonismo; los dos primeros, como manifestaciones ante todo docentes; el último, al margen de la enseñanza» (57).

(56) B. Mantilla Pineda: Artículo cit. En «Univ. de Antioquia»; págs. 338-339.

b') *La Escolástica.*

En 1745 se establecieron los jesuítas en Montevideo y abrieron una escuela primaria. Cuando pensaban crear cátedras superiores fueron expulsados, en 1767, pasando la escuela a ser regentada por los franciscanos en el convento de San Bernardino.

El Cabildo creó en diciembre de 1786 una cátedra de Fisolofía, que empezó a funcionar al año siguiente, siendo su primer lector Fray Mariano Chambo, llegado de Santa Fe. Poco duró la cátedra de Montevideo: de 1787 a 1791. El Comisario General de Indias ordenó en 1791 el traslado, a la vez que la de Teología, creada el año anterior, al convento de San Diego de Salta, siendo inútiles las protestas y gestiones del Cabildo de Montevideo y de los frailes de San Bernardino. En 1803 funcionaba de nuevo la cátedra de Filosofía, llamada de «artes». Después de la batalla de Las Piedras, Elío expulsó de Montevideo a los frailes artiguistas y la cátedra fué clausurada en 1811, siendo lector Fray José Benito Lamas. La influencia de la cátedra del San Bernardino fué escasa; los jóvenes con aspiraciones y posibilidades cursaban el ba-

(57) Arturo Ardao: *Filosofía pre-universitaria en el Uruguay*. «Claudio García & Cía.», Editores. Montevideo, 1945; págs. 10-11.

chillerato en el San Carlos de Buenos Aires, y en Córdoba o en Charcas los estudios de Derecho.

No volvió a haber enseñanza de Filosofía en el Uruguay hasta 1833. En esta fecha se fundó, por iniciativa de Larrañaga, la Casa de Estudios Generales, denominada tradicionalmente Casa de Estudios. El proyecto era convertir la Casa de Estudios en Universidad, pero lo impidieron las agitaciones de aquel tiempo. José Benito Lamas, el profesor del San Bernardino, secularizado desde 1825, desempeñó la cátedra, dictando, de 1833 a 1835, un curso sobre Lógica, Metafísica, Etica y Física.

El Reglamento de Enseñanza de 22 de febrero de 1836 organizó la enseñanza de la Filosofía. Con lecciones diarias de dos horas se enseñaría en dos años Lógica, Metafísica, Física general y Retórica. Apunta el espíritu enciclopedista al recomendar a Condillac para las dos primeras partes del curso, Lógica y Metafísica. La recomendación no pasó de teoría. Se encargó de la cátedra de Filosofía el doctor Alejo Villegas, argentino emigrado a Montevideo al empezar la etapa rosista. Villegas se mostró conciliador en la pugna de la Enciclopedia y de la ideología con la filosofía tradicional; en Metafísica se mostró racionalista y espiritualista. En marzo de 1838, Villegas fué sustituído por Ruano, habiendo sido repuesto nuevamente en diciembre del mismo año.

c') *La ideología y el sansimonismo.*

La minoría culta de la época conocía y aceptaba los autores enciclopedistas. Larrañaga calificó a Condillac de

«admirable», y en una cita llamó a Destutt du Tracy «uno de los profundos filósofos del día». El ideologismo pasó de la Argentina al Uruguay por una doble vía; constituyeron una de ellas los jóvenes que pasaron a Montevideo para seguir estudios superiores; la otra, los emigrados rosistas. Como puente simbólico en la cátedra misma, interpreta Ardao (58) el curso dictado en 1838 por el desconocido profesor Salvador Ruano, utilizando como texto de clase la obra del propio Destutt du Tracy. Se enseñó Filosofía con criterio ideologista también en el Colegio Oriental de Humanidades, fundado en Montevideo en 1838 por el clérigo español emigrado doctor Antonio R. de Vargas.

En 1838 empezó a manifestarse el sansimonismo entre las tendencias de la filosofía social del romanticismo francés. La tiranía de Rosas motivó que el sansimonismo pasara de Buenos Aires a Montevideo, no sólo en su doctrina, sino incluso en sus hombres. Bajo el influjo de Juan Bautista Alberdi, que había de interpretar personalmente el último acto del sansimonismo en el Uruguay, el uruguayo Andrés Lamas y el argentino Miguel Cané fundaron *El Iniciador*, órgano del sansimonismo, además de serlo, sobre todo, del romanticismo. Lamas condenó más tarde el sansimonismo.

b) *El eclecticismo.*

En vísperas de la Guerra Grande (1843-1851) se cerró la Casa de Estudios y quedó interrumpida en Montevi-

(58) A. Ardao: *Filosofía pre-universitaria...*; pág. 48.

deo toda actividad filosófica. Fué restaurada la enseñanza de la Filosofía al instalarse la Universidad. «Desde la instalación de la Universidad, en 1849, quedó consagrada la influencia exclusiva y directa de Francia, bajo la forma del espiritualismo ecléctico de la escuela de Cousin, que imperó incontrastable durante el tercer cuarto del siglo pasado» (59).

El antecedente de la cátedra de Filosofía de la Universidad se halla en la que desempeñó en 1843 en el Gimnasio Nacional el fundador de éste, el clérigo doctor Luis José de la Peña. Adoptó como texto, por indicación del Instituto de Instrucción Pública, el *Cours de Philosophie*, de Geruzez, inspirado en el espiritualismo ecléctico de Cousin. Arturo Ardao anota la curiosa observación de que esto ocurría en 1848, precisamente el año de la caída del eclecticismo en Francia como filosofía de la Universidad (60). En 1849, la cátedra del Gimnasio se convirtió en universitaria; siguió desempeñándola De la Peña y continuó de texto el libro de Geruzez. Caído Rosas, De la Peña volvió a la Argentina en 1852; le sucedió en la cátedra Plácido Ellauri. Ellauri desempeñó la cátedra hasta 1885, excepto el período 1877 a 1883, en que estuvo suprimida por decreto de Latorre. Continuó de texto el Geruzez y dominando en el Uruguay el espiritualismo ecléctico. Ellauri se consagró totalmente a su misión docente con un criterio ampliamente liberal, ganándose el afecto de sus discípulos y la consideración de sus conciudadanos.

(59) A. Ardao: *Espiritualismo y Positivismo en el Uruguay*. Fondo de Cultura Económica; México, 1950; pág. 15.
(60) A. Ardao; *Esp. y Posit. en el Uruguay*; pág. 30.

La producción filosófica en el Uruguay bajo el eclecticismo puede considerarse nula. Sin embargo, su influjo fué notorio en diversas manifestaciones culturales. «Miradas desde el ángulo de la Filosofía, adquieren unidad las manifestaciones salientes de la cultura nacional en ese período: el romanticismo en literatura, el principismo en política, el deísmo racionalista en religión, el laicismo en el orden educacional» (61).

c) *El positivismo.*

Entre 1873 y 1876 aparecen los primeros iniciadores uruguayos del positivismo, Angel Floro Costa y José Pedro Varela, criticando las orientaciones filosóficas de la Universidad y el plan de estudios con criterio positivista. Varela fué nombrado por Latorre Director de Instrucción Pública. La Ley de Educación común de 1877 organizó la instrucción primaria del Uruguay siguiendo las ideas y los métodos de Varela. La Universidad salió en defensa del espiritualismo filosófico, pero durante la dictadura de Latorre continuó la ofensiva, terminando por imponerse oficialmente el positivismo en la Universidad en 1880, al llegar al rectorado Alfredo Vásquez Acevedo. Vásquez Acevedo creó la enseñanza secundaria y preparatoria.

Las disputas entre espiritualistas y positivistas en el Ateneo y en el Club Católico conmovieron el ambiente de fin de siglo. «El problema religioso, vinculado directa-

(61) A. Ardao: *Esp. y Posit. en el Uruguay*; pág. 50.

mente al debate, contribuyó a darle un tono pasional que de otro modo no hubiera tenido... Pero el positivismo, en la modalidad de la filosofía evolucionista de Spencer, impuso un señorío indiscutible que por mucho tiempo signó todas las manifestaciones de la cultura nacional» (62).

El Ateneo, fundado en 1877, fué el centro de la vida intelectual por el año 1880. «Nuestros ateneístas del 80 rechazaron casi unánimemente el positivismo y el realismo, considerándolos como dos expresiones negativas del alma humana y del sentido de la vida; ellos profesaban una metafísica idealista, creían en la existencia ontológica del alma (y de sus facultades), como entidad distinta y superior a la materia; y creían asimismo en la verdad absoluta de los principios racionales, sobre los cuales fundaban el orden de las cosas y la sanción moral de la conducta. Eran librearbitristas... Los más de ellos eran deístas, y aun cristianos liberales, al modo de Hugo. Su más general profesión de fe filosófica era el idealismo de cepa hegeliana, simplificado en sus arduas abstracciones al pasar por las aduanas universitarias de Francia» (63).

El Ateneo se dividió en dos bandos: espiritualistas y positivistas. Destacan entre los adversarios del positivismo Julio Herrera y Obes y Prudencio Vázquez y Vega. Herrera sostuvo un dogmático espiritualismo metafísico y moral; siendo presidente de la República, en 1890, inspiró la reacción espiritualista que se manifestó en ese

(62) A. Ardao: *Filosofía pre-universitaria...*: pág. 15.
(63) Alberto Zum Felde: *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*. Ed. «Claridad»; Montevideo, 1941; páginas 125-126.

año en la Universidad. «Con Prudencio Vázquez y Vega nos enfrentamos al personaje que en el siglo pasado se acercó más entre nosotros al tipo del filósofo puro... Ardiente y austero, moralista intransigente y doctrinario fanático, hizo de la ética del deber una religión, que practicó y predicó con fervor de apostolado... Fué Vázquez y Vega el canto de cisne del espiritualismo romántico y principista, cuyas virtudes y defectos intelectuales y cívicos llevó a la exageración» (64). Sostenía la idea metafísica de la libertad como fundamento de la moral, y afirmaba la inmutabilidad de las leyes morales.

Vázquez y Vega se sintió atraído por la doctrina espiritualista de Krause. No fué éste el único caso de influjo del krausismo en el Uruguay. Pedro Mascaró y Sosa, que se había formado en España y llegó a ser director en su país de la Bibioteca Nacional, escribió un corto ensayo: *Un tema de Metafísica Analítica*, que viene a ser una glosa de la *Metafísica Analítica* de Julián Sanz del Río. Se conoció también el krausismo a través de Tiberghien y de Ahrens. El *Curso de Derecho Natural*, de Ahrens, fué el libro favorito de Batlle y Ordóñez.

Frente al Ateneo se manifestó el Club Católico, fundado en 1875; «el Ateneo, aun cuando no fuera, por sus estatutos, un centro de finalidad anticatólica, profesaba, oficialmente, el libre examen racional como norma de todos los problemas» (65). Figuras destacadas del Club Católico fueron Zorrilla de San Martín y el sacerdote Mariano Soler, primer arzobispo de Montevideo desde 1897.

(64) A. Ardao: *Esp. y Posit. en el Uruguay*; págs. 140 y 141.
(65) A. Zum Felde: *Proceso...*; pág. 139.

4430

De 1880 a 1890 fué la época de apogeo del positivismo. En 1885 y 1886 fué discutida en el Parlamento la Universidad positivista; hecho revelador en la historia de la cultura de «repercusión en la conciencia nacional del drama filosófico» (66).

d) *Superación del positivismo.*

Con la llegada a la Presidencia de la República del doctor Julio Herrera y Obes, en 1890, se inicia el declive del positivismo.

El Gobierno, sin excluir de las controversias docentes las doctrinas materialistas, declaró excluídos de la enseñanza pública con carácter oficial la doctrina y los textos espiritualistas. Se propuso como texto el *Tratado elemental de Filosofía* de Paul Janet. La reforma filosófica dió lugar a una animada discusión en la Prensa, en la que participó el propio presidente Herrera y Obes. La política no fué ajena al debate periodístico. Defendieron la reforma dos periódicos: *El Bien*, católico, dirigido por Hipólito Gallinal, y *El Día*, espiritualista liberal, dirigido por José Batlle y Ordóñez; la combatieron: *El Siglo*, dirigido por el positivista Eduardo Acevedo, y *La Razón*, el antiguo diario de Vázquez y Vega, dirigido por Daniel Muñoz.

En 1890 combatió el positivismo un grupo de jóvenes en la Academia Literaria del Uruguay, bajo la dirección de los jesuítas. De 1890 a 1892 publicaron la *Revista de la Academia*, en la que colaboró Mariano Soler.

(66) A. Ardao: *Esp. y Posit. en el Uruguay*; pág. 183.

En 1893 fué desplazado del rectorado Vázquez Acevedo, y aunque ocupó de nuevo el rectorado de 1895-1899, no volvieron a ocupar el primer plano los debates filosóficos en este cuadrienio.

El positivismo influyó en pedagogía y en política, y con menos intensidad en el aspecto religioso y en el literario. El influjo del positivismo inglés fué intenso a través de Bain y, principalmente, de Spencer.

Hacia 1900 aparecieron en Montevideo las ideologías revolucionarias. Las doctrinas libertarias se discutían en el Centro Internacional de Estudios Sociales. Contribuyeron a la difusión de estas tendencias materialistas algunos ácratas desterrados de la Argentina, y mucho también las ediciones populares de la Editorial Sempere, de Valencia.

Por el 1900 hizo su aparición en Montevideo el intelectual de café, de formación autodidacta y lector de la Editorial Sempere. En la monotonía del ambiente provinciano del Montevideo novecentista apareció un café literario: el Polo Bamba. El Polo Bamba, fundado por el gallego Severiano San Román, fué como un Ateneo de la Bohemia de 1900 a 1910. «Agitábanse allí, en promiscuidad fraterna, marxistas, anarquistas, nietzscheanos, estetas. El individualismo era el credo casi común del Polo Bamba; el materialismo, su doctrina (67) y (68).

(67) A. Zum Felde: *Proceso...*; pág. 218.

(68) Se ha publicado, con el título *Una noche en el «Polo Bamba»*, una nota gráfica «del inefable Severino San Román, que aparece en la nota gráfica erguido en una de sus peroratas del Montevideo de 1910, tan pintoresco», en la página 41 de la conferen-

En los últimos años del siglo aparecen nuevas tendencias. Como manifestación de renovación espiritual se mostró la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* (1895-1897), redactada por los hermanos Daniel y Carlos Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit y José Enrique Rodó; «la específica inquietud filosófica de los nuevos asomó igualmente, como naciente rebelión contra el positivismo, en los artículos del más joven y lúcido de los redactores. Casi no hay colaboración de José Enrique Rodó durante los tres años de existencia de la revista (de los veintidós a los veinticinco de su edad), que no la registre de algún modo, aunque a veces sea simplemente en una frase o en una palabra» (69). En 1896 expresó Rodó, en *La novela nueva* y en *El que vendrá*, la expectante inquietud de los desorientados espíritus de fin de siglo. En 1899, al finalizar *Rubén Darío*, se declara Rodó «modernista», y afirma: «Yo pertenezco... a la reacción que, partiendo del naturalismo literario y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundos, a disolverse en concepciones más altas» (70). En 1900 publicó *Ariel*, breviario de idealismo.

En 1896 se reformó la enseñanza de la Filosofía. En el plan, que rige actualmente, se establecieron dos cursos; en el primero se estudia Psicología y Lógica; en el segundo, Moral y Metafísica. En la Comisión que llevó a

cia *Contribución Hispánica a la Cultura uruguaya*, por Juan Carlos Sabat Pebet.

(69) A. Ardao: *Esp. y Posit. en el Uruguay*; pág. 260.

(70) R.: *R. B.* En «H. de A.». Ed. Cervantes, 3.ª ed., Barcelona, 1931; pág. 163.

cabo la reforma intervino Carlos Vaz Ferreira. El nombramiento de Vaz Ferreira, en 1897, para la cátedra de Filosofía, significó la superación del positivismo.

e) *La Filosofía en el siglo XX.*

Fué Rodó, y no ningún otro pensador americano, quien en su ensayo *Rumbos nuevos*, con motivo de la publicación de *Idola Fori*, de Carlos Arturo Torres (71), formuló en 1910, como aprecia con acierto Ardao, «una expresa valoración de conjunto sobre el positivismo... en su ensayo..., ese penetrante y olvidado ensayo debe considerarse como el acto formal de su balance y liquidación en la historia de nuestras ideas» (72).

Resalta Rodó en el pensamiento hispanoamericano de su tiempo: «El sentido idealista de la vida... Corresponde esta nota de nuestra vida mental al fondo común de sentimientos e ideas por que nuestro tiempo se caracteriza en el mundo» (73). Reconoce que el positivismo, que tan absorbente imperio ejerció en Hispanoamérica, surgió como reacción contra los excesos del idealismo.

Contrapone Rodó el espíritu positivista en las fuentes al empirismo utilitarista de bajo vuelo, que dominó en América: «Es indudable, además, que si el espíritu positivista se saborea en las fuentes, en las cumbres, un Comte o un Spencer, un Taine o un Renán, la soberana

(71) R.: *Rumbos Nuevos. Con motivo de la publicación de «Idola Fori», de Carlos Arturo Torres.* En «El M. de P.»; páginas 31-53.

(72) A. Ardao: *Esp. y Posit. en el Uruguay*; pág. 269.

(73) R.: *Rumbos Nuevos.* En «El M. de P.»; pág. 41.

calidad del pensamiento y la alteza constante del punto de mira infunden un sentimiento de estoica idealidad, exaltador, y en ningún caso depresivo, de las más nobles facultades y las más altas inspiraciones... Necesario es reconocer que aquella revolución de las ideas fué, por lo general, entre nosotros, tan pobremente interpretada en la doctrina como bastardeada en la práctica... Fué éste un empirismo utilitarista de muy bajo vuelo y de muy mezquina capacidad, como hecho de molde para halagar, con su aparente claridad de ideas y con la limitación de sus alcances morales y sociales, las más estrechas propensiones del sentido común» (74).

Circunstancias de época explican el imperio de la obsesión utilitarista, que había de ser batida y abatida por nuevas direcciones: Renán, Guyau, Carlyle, «el poderoso aliento de reconstrucción metafísica de Renouvier, Bergson y Boutroux», Tolstoi y Nietzsche; «y como superior complemento de estas influencias, y por acicate de ellas mismas, el renovado contacto con las viejas e inexhaustas fuentes de idealidad de la cultura clásica y cristiana, fueron estímulo para que convergiéramos a la orientación que hoy prevalece en el mundo. El positivismo, que es la piedra angular de nuestra formación intelectual, no es ya la cúpula que la remata y corona», entre otras razones, por «la permanencia indómita, la sublime terquedad del anhelo que excita a la criatura humana a encararse con lo fundamental del misterio que la envuelve». Mas «ninguna enérgica dirección del pensamiento pasa sin dilatarse de

(74) R.: Idem íd.; págs. 42 y 43.

algún modo dentro de aquella que la sustituye». Y, tras esta afirmación, acaba Rodó su juicio sobre el positivismo reconociendo lo que debía su generación a la iniciación positivista: «La indicación positivista dejó en nosotros, para lo especulativo como para lo de la práctica y acción, su potente sentido de relatividad; la justa consideración de las realidades terrenas; la vigilancia e insistencia del espíritu crítico; la desconfianza para las afirmaciones absolutas; el respeto de las condiciones de tiempo y de lugar; la cuidadosa adaptación de los medios a los fines; el reconocimiento del valor del hecho mínimo y del esfuerzo lento y paciente en cualquier género de obra; el desdén de la intención ilusa, del arrebato estéril, de la vana anticipación». Y termina con una grata metáfora, característica de su manera habitual de expresión: «Somos los neoidealistas, o procuramos ser, como el nauta que yendo, desplegadas las velas, mar adentro, tiene confiado el timón a brazos firmes, y muy a mano la carta de marear, y a su gente muy disciplinada y sobre aviso contra los engaños de la onda» (75).

Hacia 1910, el año en que Rodó hacía el balance y liquidación del positivismo, sitúa Ardao la fecha del alcance de la plenitud del magisterio de Vaz Ferreira. «Y fué a propósito de sus grandes temas y dentro de sus preocupaciones fundamentales (el conocimiento, la vida y la libertad) que se llevaron a cabo entonces alrededor de Vaz Ferreira, en una atmósfera, por otra parte, impregnada de idealismo ético y estético de Rodó, la enseñanza y el cultivo de la Filosofía. Se incorporaron bajo

(75) R.: Idem íd.; págs. 46-48.

este signo a la docencia filosófica, en el período señalado (primer cuarto del siglo actual), Emilio Zum Felde, Arístides L. Delle Piane, Dardo Regules, Antonio N. Grompone. Y de los dos profesores positivistas de fines de siglo, mientras Escalada se mantenía dentro de los límites de su escuela, Massera evolucionaba al contacto con las nuevas tendencias, hasta convertirse en una de las mayores y mejores encarnaciones de las mismas en la cátedra nacional» (76).

Vaz Farreira, muy influído por Stuart Mill, mantiene conexiones con el vitalismo bergsoniano en la interpretación de los problemas morales, y ofrece, en ocasiones, relaciones con la psicología intuicionista. Reconoce la conexión entre psicología y metafísica; afirma que la filosofía tiende hoy al idealismo; que cada vez crece más en importancia la teoría del conocimiento, y defiende la legitimidad de la metafísica. En *Ciencia y Metafísica*, incluído en *Fermentario*, se lee: «Aunque no hubiera, en favor de la metafísica, otras razones ni de utilidad ni de dignidad, habría ésta, que parece una paradoja y es una verdad capital: *el conocimiento de la metafísica es indispensable para ser un verdadero positivista en ciencia*... Los ingenuos positivistas de la primera hora aconsejaban abandonar toda especulación filosófica y aplicarse exclusivamente a la ciencia positiva. Si se hace lealmente el ensayo, ocurre como en las telas desflecadas: les cortamos el borde para dejar lo preciso y neto; pero éste se desfleca a su vez; cortamos de nuevo, etc., etc. La tela

(76) A. Ardao: *Esp. y Posit. en el Uruguay*; pág. 274.

se nos va yendo de entre las manos; ¡y si no nos detenemos a tiempo...!» (77).

Unamuno tenía en alta estima a Vaz Ferreira: «el doctor Carlos Vaz Ferreira, el profesor de Filosofía de Montevideo, uno de los hombres de pensamiento filosófico más penetrante, hondo y robusto que yo conozca, apenas tenga el prestigio y predicamento que merece, mientras privan otras lucubraciones más agradables tal vez, más amenas o más brillantes, pero en exceso literarias y vagas» (78).

Refiriéndose Manuel Arturo Claps a *El pensamiento filosófico y su historia*, de Nicolai Hartmann, señala algunas coincidencias entre este pensador y Vaz Ferreira. «Léase este pasaje, que podría ser de Bergson: «Se trata de reconocer lo que Platón ha conocido, de intuir lo que él ha intuído, aun cuando no lo formulara en conceptos conclusos» (pág. 35, nota). Bergson desarrolla más el proceso de la intuición, pero con el ahistoricismo que le es propio no lo generaliza para una historia de la Filosofía. Siguiendo estas líneas de pensamiento, Hartmann hace su conocida distinción entre los dos tipos de pensadores: «los que predominantemente piensan sistemas, y los que piensan preferentemente problemas» (pág. 18). Estas ideas no sorprenderán a los que estén familiarizados con el pensamiento de Vaz Ferreira, que ha enseñado a distinguir entre «pensar por sistemas y pensar por ideas», tomado de *Lógica viva*, precisa en nota, y continúa: «Lo

(77) Carlos Vaz Ferreira: *Fermentario*. Montevideo. Tip. Atlántida, 1938; págs. 113 y 116-117.

(78) Miguel de Unamuno: *Educación por la Historia*. En «Contra esto y aquello»; Madrid, Edit. Renacimiento, 1912; pág. 78.

que uno denomina problemático, el otro lo denomina conflictual. Este acercamiento de dos pensadores tan dispares contribuye a situar la figura del maestro uruguayo en el pensamiento contemporáneo». Encuentra Claps otro motivo de acercamiento entre lo que llama Vaz Ferreira «sistematizaciones ilegítimas» y la afirmación de Hartmann: «El error de la Filosofía es en lo esencial una función de la tendencia sistemática» (pág. 70) (79).

El pensamiento francés ha influído considerablemente en los escritores uruguayos. Taine, que tan presente estuvo en el espíritu de Rodó, motivó el concepto que Nin Frías formuló de la Filosofía: «Antes de partir definitivamente para América, encontré a Taine en la Biblioteca de la ciudad de Bruselas, y con él la filosofía tal como me complazco en comprenderla: una ciencia que conduce a las vastas leyes del espíritu y, en una palabra, evoca todo un pueblo, toda una época, todo un mundo de formas vivas» (80).

Aparte de Francia, no han faltado otros influjos y repercusiones.

La Biblioteca de Autores Célebres, de Madrid, publicó las *Prosas* de Soren Kierkegaard vertidas por primera al castellano por Alvaro Armando Vasseur (81).

(79) Manuel Arturo Claps: *Nicolai Hartmannn y la Historia de la Filosofía*. En «Número», año 1.º, núm. 2; Montevideo, mayo-junio 1949; págs. 117 y 118.

(80) Alberto Nin Frías: *Ensayos de Crítica e Historia*. Valencia, F. Sempere y Cía.; s. a.: pág. 35.

(81) Biblioteca de Autores Célebres. Editorial «América». Madrid, 1918.

De la edición dieron noticia los redactores de «Nosotros», Buenos Aires, en el número correspondiente a noviembre de 1918, página 498.

El primer trabajo de Hartmann que se tradujo al español, *El pensamiento filosófico y su historia*, se editó en Montevideo en 1944. Al dar cuenta Claps de la traducción por Aníbal del Campo, muestra su inquietud al lamentarse de la indiferencia con que fué acogido y espera un deseo de superación de prejuicios: «Este trabajo fué leído en la Academia Prusiana de Ciencias en junio de 1936. Fué traducido por Aníbal del Campo y publicado por la Editorial Claudio García y Cía., Montevideo, en 1944. Es el primer trabajo de Hartmann que se traduce al español, y la indiferencia con que ha sido acogido entre nosotros revela una alarmante falta de sensibilidad filosófica y un prejuicio injustificado frente al pensamiento alemán» (82).

Ardao ha precisado las naciones influyentes en la sucesión de las doctrinas y las tendencias de la Filosofía en el Uruguay en el primer cuarto del siglo actual, además de la orientación de Vaz Ferreira: «La filosofía católica tradicional, representada por el jesuíta Antonio Castro (*Algunas anotaciones a la Lógica viva*, 1914); el vitalismo individualista y aristocrático de Nietzsche, representado por el escritor Carlos Reyles (*La Muerte del Cisne*, 1910; *Diálogos Olímpicos*, 1917-1921); el materialismo científico energetista, representado por el médico Santín Carlos Rossi (*El Criterio Fisiológico*, 1919) (83).

«En nuestro siglo, el influjo dominante de Bergson y James, durante sus primeros veinticinco años, hizo de Francia y Estados Unidos nuestras metrópolis filosóficas.

(82) Manuel A. Claps: *Nicolai Hartmann y la Historia de la Filosofía*. Rev. cit., pág. 113.

(83) A. Ardao: *Esp. y Posit. en el Uruguay*; pág. 275.

Finalmente, en los últimos lustros, en medio del universalismo característico de la actual filosofía americana, se han destacado entre nosotros, junto a la clásica influencia francesa (que ha ido desde el sociologismo de Durkhein y la epistemología de Meyerson hasta el existencialismo de Sartre): la de España, representada por el movimiento de la *Revista de Occidente*, que animó Ortega y Gasset, y (principalmente por intermedio suyo) la muy activa de Alemania (que ha ido por su parte desde el historicismo de Dilthey y la fenomenología de Husserl hasta el existencialismo de Heidegger). Lo que no significa desconocer, por un lado, la presencia de secundarios influjos sajones; y por otro, la apreciable repercusión de las actividades filosóficas editoriales y doctrinarias (influencia exterior de nuevo tipo, si prescindimos de la unidad platense originaria) de dos países latinoamericanos: Argentina y México» (84).

3.—*Reflejo de la evolución del pensamiento filosófico en la literatura uruguaya.*

«La Filosofía ha estado, en América, en manos de los literatos», afirma Zum Felde (85). Idéntico concepto expresa el doctor Insúa Rodríguez: «No siempre es posible en Hispanoamérica estudiar las ideas de una época en tratados de carácter exclusivamente filosóficos, de exposición rigurosa, de íntima y lógica trabazón en todas

(84) A. Ardao: *Esp. y Posit. en el Uruguay*; págs. 15-16.

(85) A. Zum Felde: *Proceso...*; pág. 374. En el capítulo dedicado a Carlos Vaz Ferreira.

partes. Frecuentemente, las más originales se encuentran en páginas de libros muy desemejantes, muchos de ellos verdaderas improvisaciones, y es preciso perseguirlas y descubrirlas en las obras literarias, en las manifestaciones científicas, artísticas, políticas y sociales» (86).

En las letras uruguayas no faltan reflejos de la evolución del pensamiento filosófico hispanoamericano. Esquemáticamente, y limitándonos tan sólo a algunos escritores de la época de Rodó, podríamos diferenciar los poetas y los prosistas.

La capacidad intuicional de Delmira Agustini hizo posible la «profundidad *metafísica* de sus versos» (87). «La poesía de Luisa Luisi se significa por su índole filosófica» (88). El «anhelo perdurable de vida» de Juana de Ibarbourou (89). Alvaro Armando Vasseur, «el poeta de las emociones metapsíquicas... devoto de lo inconsciente» (90). Los poemas filosóficos de Carlos Sabat Ercasty. La «racionalidad filosófica, su facultad de abstracción mental», en Enrique Casaravilla Lemos (91). Son notables los poemas del catedrático de Filosofía Emilio Oribe; «el motivo de su poesía no son las cosas mismas, sino sus estados de alma, las sugerencias interiores; su pro-

(86) R. Insúa Rodríguez: *Historia de la Filosofía en Hispanoamérica*. Guayaquil, Impr. de la Univer., 1945; pág. 3.

(87) Zum Felde: Ob. cit., pág. 316.

(88) Idem íd.: Idem, pág. 606.

(89) Idem íd.: Idem, pág. 468.

(90) R. Cansinos Asséns: *Poetas y prosistas del novecientos*; páginas 84 y 35.

(91) Zum Felde: Ob. cit., pág. 507.

funda inquietud espiritual va convirtiendo las cosas en signos de una idealidad metafísica» (92).

En prosa señalaríamos las novelas psicológicas de Alberto Nin Frías. La seudopsicología científica en la producción literaria de Javier de Viana. La novela psicológica cultivada por el nietzscheano Carlos Reyles. La sensibilidad del mundo metapsíquico en Horacio Quiroga. La psicología de los personajes creados por los dramaturgos: Florencio Sánchez, Ernesto Herrera, Eduardo Dieste, Alberto Zum Felde, José Pedro Bellán y Edmundo Bianchi, y aún habría que añadir los ensayistas: Rodó, Juan Antonio Zubillaga, Zum Felde, Eduardo Dieste, Roberto Sienra, Gustavo Gallinal, entre otros.

(92) Idem íd.: Idem. pág. 513.

BIBLIOTECA NACIONAL "ARTIGAS-WASHINGTON"
M. DE M.
MONTEVIDEO

CAPITULO VI

IDEAS FILOSÓFICAS

1.—*Los temas clásicos: Dios, hombre, mundo.*

No fué indiferente Rodó ante los clásicos problemas de la Filosofía: Dios, hombre mundo. Aparte de lo que apuntamos en este capítulo, recordamos lo consignado sobre *La sugestión de Renán* en el capítulo II (páginas 73-82), y sobre *Liberalismo* y *Jacobinismo* en el capítulo III (págs. 150-152); véase también lo referente a *El Cristianismo* en el capítulo VIII: «Filosofía de la Historia» (págs. 492-503).

Rodó sintió intensamente la preocupación del Misterio infinito. En *La Novela Nueva*, manifestó: «Como la renovación incesante del oleaje sobre los abismos del mar, tal la inquietud de las ideas sobre la profundidad insondable del espíritu (1). Cree en los pueblos jóvenes,

(1) R.: *La Novela Nueva. «Academias», por Carlos Reyles.* En «El Q. V.», pág. 142.

pero desea que la juventud no sienta «el desdén de la Esfinge que interroga»: «Creo en los pueblos jóvenes. Pero si la juventud del espíritu significase sólo la despreocupación riente del pensar, el abandono para el que todos los clamores de la vida son arrullos, la embriaguez de lo efímero, la ignorancia de las visiones que estremecen y el desdén de la Esfinge que interroga, sería bien triste privilegio el de la juventud, y yo no cambiaría por la eternidad de sus confianzas un solo instante de la lucha viril en que los brazos fuertes desgarran jirones de la sombra y en que el púgil del pensamiento se bate cuerpo a cuerpo con la Duda» (2).

En *Liberalismo y Jacobinismo* expresó la superación del positivismo por la iluminación de la fe: «La preocupación del Misterio infinito es inmortal en la conciencia humana. Nuestra imposibilidad de esclarecerlo no es eficaz más que para avivar la tentación irresistible con que nos atrae, y aun cuando esta tentación pudiera extinguirse, no sería sin sacrificio de las masas, hondas fuentes de idealidad para la vida y de elevación para el pensamiento. Nos inquietarán siempre la oculta razón de lo que nos rodea, el origen de donde venimos, el fin adonde vamos, y nada será capaz de sustituir al sentimiento religioso para satisfacer esa necesidad de nuestra naturaleza moral, porque lo absoluto del Enigma hace que cualquiera explicación positiva de las cosas quede fatalmente, respecto de él, en una desproporción infinita que sólo podrá llenarse por la absoluta iluminación de una fe» (3).

En *Motivos de Proteo*, refiriéndose a Pascal, habla de

(2) R.: *La Novela Nueva*. En «El Q. V.», pág. 154.
(3) R.: «L. y J.», pág. 203.

«la Esfinge que nos interroga sobre el misterio de donde venimos y el misterio adonde vamos..., la obsesión del misterio infinito» (4). Y, en *Nuevos rumbos*, de «la sublime terquedad del anhelo que excita a la criatura humana a encararse con lo fundamental del misterio que la envuelve» (5). Dice en otro pasaje de *Motivos de Proteo:* «No hay esfuerzo sincero encaminado a la verdad que no enseñe algo sobre ella, ni culto del Misterio infinito que, bien penetrado, no rinda al alma un sabroso dejo de amor» (6). Afirmó en *La literatura posterior a la guerra:* «Los enigmas de nuestro destino, en los que toda poesía tiene su raíz» (7). En 1916, exclama, a bordo del *Amazón*, dirigiéndose al mar: «Tus amigos son el cielo y el viento; tienes del uno la profundidad misteriosa, y del otro el desasosiego implacable» (8).

Entre otras muestras de la simpatía de Rodó por el cristianismo, tenemos la interpretación del *David* de Miguel Angel en el magnífico *Diálogo de bronce y mármol*, escrito en Florencia en 1916; la escena se desarrolla en la Plaza de la Signoria de Florencia: los personajes son: el *David* de Miguel Angel, el *Perseo* de Benvenuto Cellini y Coro de vestales. Dice David: «Confío

(4) R.: «M. de P.», pág. 200.
(5) R.: *Nuevos Rumbos*, 1910. En «El M. de P.», pág. 47.
(6) R.: «M. de P.», pág. 354. CXV: *Convicción. Fe. La tolerancia y cómo ha de entendérsela.*
(7) R.: *La literatura posterior a la guerra*. En «El C. de P.», pág. 60.
(8) *Cielo y agua. A bordo del «Amazón»*. Agosto de 1916. En «El C. de P.», pág. 66.

en el brazo del Señor, porque él es justo y no le aparta de su pueblo» (9).

Comentando *Motivos de Proteo*, dice Salterain: «Pocas o raras veces la literatura contemporánea ha aplicado mejor al documento humano de las realidades vivientes la inolvidable y fecunda enseñanza del pescador de Galilea» (10).

En la primera parte de *Mi retablo de Navidad*, «El Niño Dios», Rodó siente la emoción religiosa, hasta el punto de terminar: «Mezcamos todos con recogimiento y silencio, para el porvenir de los hombres, la cuna de Dios» (11). Mas en la segunda parte del mencionado trabajo, después de haber dado muestras de sensibilidad ante el problema religioso, transita por «los alrededores y arrabales de la herejía» (12).

En *Diálogo de bronce y mármol* expresa su concepto integral del humanismo; se manifiesta antiutilitarista en las desgarradas frases de Perseo, afirmando, en su idea de conciliar helenismo y cristianismo, que Cristo no morirá jamás:

«PERSEO.—¡Bello es el mundo para escenario de los Héroes: bella la participación del hombre y del dios, la juventud eterna, la energía radiante y soberbia!

. . . . . .

»PERSEO.—El hombre ya no existe. La criatura armoniosa que dió con su cuerpo el arquetipo de nuestra her-

(9) R.: *Diálogo de bronce y mármol*. En «El C. de P.», pág. 115.
(10) Joaquín de Salterain: *Sobre «Motivos de Proteo»*. Montevideo, Taller Gráfico «El Arte», de O. M. Bertani; pág. 16.
(11) R.: *Mi retablo de Navidad*. En «N. M. de P.», pág. 76.
(12) R.: Idem, págs. 76-80.

mosura, y con su alma el dechado de nuestra serenidad, pasó, como los semidioses de mi raza y como los profetas de tu gigantesca Israel. Los que hoy se llaman hombres, noble título que quisieron llevar tu Dios y los míos, no lo son sino en mínimas partes. Todos están mutilados, todos están truncos. Los que tienen ojos, no tienen oídos: los que ostentan dilatado el arco de la frente, muestran hundida la bóveda del pecho; los que tienen fuerza de pensar, no tienen fuerza de querer. Son despojos del hombre, son vísceras emancipadas. Falta entre ellos aquella alma común de donde nació siempre cuanto se hizo de duradero y de grande. Su idea del mundo es la de un sepulcro triste y frío. Su arte es una contorsión histriónica o un remedo impotente. Su norma social es la igualdad, el sofisma de la pálida Envidia. Han eliminado de la sabiduría la belleza; de la pasión, la alegría; de la guerra, el heroísmo. Y su genio es la invención utilitaria, y conceden las glorificaciones supremas al que, después de una vida dedicada a hurgar en la superficie de las cosas, regala al mundo uno de esos ingeniosos inventos con que el Leonardo de nuestro siglo jugaba, como con las migajas de su mesa, entre un cuadro divino y una teoría genial.

»DAVID.—¿Cuál es tu consejo en la nostalgia?

»PERSEO.—Lo que no han mudado los hombres: el cielo, el aire, la luz.

»DAVID.—Perseo: ¿Volverán al mundo la alegría, la abundancia de la invención, la jovial energía creadora?

»PERSEO.—Cuando los hombres vuelvan a creer en los dioses.

»DAVID.—¿Con fe de belleza?

»PERSEO.—No, con fe de religión. El mundo se dará nuevos dioses. A la fe en la divinidad omnipotente e infinita sucederá otra vez la fe en divinidades parciales, númenes benéficos y activos, pero de poder limitado, que ejercerán en ordenada jerarquía el gobierno de las cosas, y con los que se entenderán más fácilmente los hombres, porque la limitación de su poder explicará la de su pavor y su justicia. Y dioses inmortales colaborarán en la misma obra universal.

»DAVID.—De mi posteridad nació el que vino a redimir el mundo y es el solo Dios verdadero. Cristo no morirá jamás.

»PERSEO.—¿Y por qué ha de morir? Bajo el claro cielo de Florencia se conciliaron ya la luz del Evangelio y la filosofía que dictaron los dioses. ¿Ves ese resplandor que dora la frente de mármol de Neptuno? Es el sol, que viene de iluminar la altura del Calvario y las ruinas del Partenón» (13).

En carta a Nin Frías, dijo Rodó: «Yo me atengo a las palabras de Juliano, que usted cita en su libro y que Ernesto Renán, moribundo, murmuraba en el delirio de la agonía: «Que salga el sol del lado del Partenón» (14).

«El misticismo de Rodó—interpreta Andrade Coello—revela fielmente la suntuosidad del artista. Con ojo de

(13) R.: *Diálogo de bronce y mármol*. En «El C. de P.», páginas 114, 124-125 y 127-128.

(14) Carta de José Enrique Rodó a Alberto Nin Frías. En Alberto Nin Frías: *Ensayos de Crítica e Historia*, pág. III. Figura también en A. Nin Frías: *Nuevos ensayos de crítica literaria y filosófica*, pág. XI.

artista se emociona ante las catedrales, los monumentos religiosos y los tesoros de las iglesias... De su clásico *Diálogo de bronce y mármol* se escorza la originalidad de su misticismo... ¿No es un alma religiosa y pensamiento helénico el Maestro de la Ruta de Paros?» (15).

«Mi alma está llena de Dios», escribió Rodó a la Pardo Bazán. «Rodó—recoge Andrade Coello—había escrito así a la condesa Emilia Pardo Bazán, desde París, en una como afinidad de sentimientos con Montalvo: «Yo no diré *de dónde diablos*, como solemos decir en ocasiones de extrañeza, sino *de dónde Dios* ha ido usted a sacar esa definición que ha sacado de mí en su dedicatoria... «Alma religiosa y pensamiento heterodoxo»... Pues yo, si hubiera acertado a calificarme a mi gusto, no hubiera hallado expresión más verdadera y expresiva. Sí, sí, ésa es la verdad, mi alma está llena de Dios, de inmortalidad, de gloria eterna, de codicias infinitas. La manera como los hombres han dispuesto y arreglado las cosas del cielo, eso es lo que no cabe en mi pensamiento ni en mi conciencia» (16).

Sueña en la inmortalidad de ultratumba: «una supervivencia de la personalidad reducida a sus líneas esenciales» (17).

De las conversiones, dijo Rodó en *Motivos de Proteo*: «*las conversiones*, que, a modo de las que obró la *gracia* de los teólogos, imprimen a la vida entera nuevo sentido.

(15) Alejandro Andrade Coello: *Al margen de «El camino de Paros»*. Quito-Ecuador, Imp. Mejía; págs. 15 y 17.

(16) A. Andrade Coello: Ob. cit., pág. 17.

(17) R.: *Y bien, formas divinas...* (Pensado en la «Sala de la Niobe», de la Galería de los Oficios). En «El C. de P.», pág. 137.

nueva orientación, y como que apagan dentro de nosotros el alma que había y encienden otra alma» (18). Al final de *Mi retablo de Navidad*, «Sueño de Nochebuena», habla de «esas súbitas conversiones de la voluntad que, por la avasalladora virtud de una emoción instantánea, remueven y rehacen para siempre la endurecida obra de la naturaleza o la costumbre: Pablo de Tarso herido por el fuego del cielo, Raimundo Lulio develando el ulcerado pecho de su Blanca, o el duque de Gandía frente a la inanimada belleza de la Emperatriz Isabel» (19). Cita en *Motivos de Proteo:* «La vocación ascética de Hilarión cuando llega delante del eremita Antonio, manifiesta uno de los más comunes modos como obró, en los tiempos de fe, el repentino impulso de la *gracia*» (20). Gruendler nos dice de la conversión y la gracia en nuestros días: «La transmutación de una persona «descreída» en una persona «creyente»; el abrirse el alma de la persona a los valores religiosos llámase conversión. Esta no puede procurarse «de propósito», arbitrariamente, sino sólo merced a una experiencia que sobreviene independientemente de mi albedrío... Lo normal es ir, paso a paso, desarrollándose de dentro afuera en el reino de lo sobrenatural. Hablamos, en cambio, de conversión cuando, en lugar de una paulatina maduración, tiene efecto un giro súbito, en un momento exactamente determinable. La ocasión externa para ello puede muy bien ser baladí. A menudo la vida religiosa ha estado sólo

(18) R.: «M. de P.», pág. 429. CXLVIII: *La vida es arte supremo.*
(19) R.: *Mi retablo de Navidad.* En «N. M. de P.», págs. 83-84.
(20) R.: «M. de P.», pág. 151.

dormitando, por decirlo así, y el menor choque basta para ayudarla a romper. Esta explosión se manifiesta entonces, en efecto, como una gran conmoción... Se comprende así que la conversión sea vivida como un regalo de la gracia» (21).

2.—*Psicología.*

a) *La psique en su unidad y en su curso.*

a') *La conciencia.*

En la continua fluencia de los contenidos de conciencia se ofrece ésta como una síntesis. «La total complexidad de nuestro ser se reproduce en cualquier manifestación de nuestra naturaleza moral, en cualquiera de nuestros sentimientos, y cada uno de éstos es, como nosotros mismos, un orden singular» (22).

b') *Lo subconsciente.*

En el Prólogo a la primera edición de *Lo Inconsciente*, afirma Yung: «El problema de lo inconsciente caótico... dormita inquieto bajo el mundo ordenado de lo consciente» (23). «Y es que cosa ninguna pasa en vano

(21) Otto Gründler: *Elementos para una Filosofía de la Religión sobre base fenomenológica.* Traduc. por J. Gómez de la Serna Favre. «Rev. de Oc.», Madrid, 1926; págs. 48-50 y 50-51.
(22) R.: «M. de P.», pág. 423.
(23) C. G. Yung: *Lo inconsciente.* Traduc. del alemán por Emilio Rodríguez Sadia. «Rev. de Oc.», Madrid, 1917; pág. 11.

dentro de ti», dice Rodó en el párrafo I de *Motivos de Proteo* (24). Y en otros pasajes de la misma obra: «Las fuerzas espontáneas, muchas veces inconscientes, del alma..., llegado el momento, acuden» (25). «Nada permanece en absoluto; pero, tampoco, nada que ha prendido una vez con eficacia muere del todo en lo latente de la vida moral» (26). El párrafo XXXV de *Motivos de Proteo:* «Cosas que desaparecen y vuelven de él. Las pulvícolas de lo inconsciente» (27), es un lírico y brillante comentario sobre lo inconsciente, que termina así: «Nada hay vil en la casa de Júpiter, decían los antiguos. Parodiándolo, digamos: Nada hay nimio o insignificante en la casa de Psiquis» (28).

Lo inconsciente puede ser principio director de cada uno de nosotros: «Hay también quienes, alardeando quizá de indiferentes, o acusándose de escépticos, llevan, muy abrigadas y en seguro, una luz interior, una oculta fuerza ideal que, sin que ellos lo sepan, concierta y embalsama su vida, guiando, con el tino genial de lo inconsciente, sus pasos» (29).

En *La estatua de Cesárea* nos habla del papel del subconsciente en la creación artística: «Allá en lo hondo del alma de cada uno duermen las tendidas aguas de la memoria. Sólo un rayo de luz cae sobre esas aguas sombrías; sólo en mínima parte aparecen a la claridad de la conciencia; pero su capacidad es insondable, e indefinida su aptitud de revelar lo que más íntimo guardan... en... aquel abismo de la memoria latente... guardan su turno para resurgir... si logran... el hilo de una asociación eficaz que los levante al círculo de lo consciente» (30). Asociaciones eficaces «son la chispa por la que comienza a iluminarse en la mente de Miguel de Cervantes la portentosa figuración de su héroe. Esta primera idea enamora el alma del artista; y del amor, que es padre del deseo, nace el de completarla y realizarla» (31). Inspira Rodó las palabras que acabamos de transcribir en León Hebreo. Dice León Hebreo, en sus *Diálogos de amor:* «Porque de las cosas que estimamos por buenas, las que tenemos y poseemos amamos, y las que nos faltan deseamos. De manera que lo que se ama primero se desea, y después de que la cosa deseada es habida, entra el amor y cesa el deseo» (32).

Yung encarece la dificultad de escribir sobre esta materia en el Prólogo a la tercera edición de su obra: «Quienquiera que haya intentado escribir en forma popular sobre una materia sumamente complicada y todavía en gestación científica, habrá de concederme que no es tarea fácil» (33).

Isaac Goldberg fijó su atención en las observaciones de Rodó sobre lo subconsciente: «No sé hasta qué punto estaría familiarizado Rodó con los métodos del psico-

(24) R.: «M. de P.», pág. 11.
(25) R.: Idem. pág. 388.
(26) R.: Idem. pág. 293.
(27) R.: Idem, págs. 75-80.
(28) R.: Idem. pág. 80.
(29) R.: Idem. pág. 301.
(30) R.: *La estatua de Cesárea.* En «N. M. de P.», págs. 65-66.
(31) R.: *La estatua de Cesárea.* En «N. M. de P.», pág. 67.
(32) León Hebreo: *Diálogo primero de amor.* Traduc. del inca por Garcilaso de la Vega. En M. Menéndez y Pelayo: *Orígenes de la Novela,* tomo IV; Madrid, edit. Bailly-Baillière, 1915; (N. B. A. E., XXI); pág. 285.
(33) C. G. Yung.: Ob. cit, pág. 16.

análisis; pero sus sondeos de nuestras insospechadas potencialidades presentan no pocas relaciones, así en sus premisas como en sus conclusiones, con los métodos, cuando no con las pretensiones de los psicólogos freudianos... su realización de las posibilidades del promedio de los hombres y de la capital importancia de lo inconsciente en la vida diaria emparéntanle con los psicólogos contemporáneos más avanzados... Insiste Rodó en el poderoso influjo de lo inconsciente hasta cuando no asoma a la superficie de la conciencia individual» (34). Más creo a Rodó en relación con las pretensiones que con los métodos del psicoanálisis.

b) *El sentido común.*

Coincide Rodó con Unamuno en la poca o ninguna simpatía por el sentido común. «El argumento del apóstol traidor ante el vaso de nardo derramado inútilmente sobre la cabeza del Maestro es todavía una de las fórmulas del sentido común» (35).

c) *Imagen e imaginación.*

Afirma Rodó el poder motor de la imagen. Es, en efecto, «axiomático en psicología que toda imagen trae consigo una fuerza elemental de ejecución, un cierto impulso a realizarse» (36). «No hay concepto intelectual

(34) Isaac Goldberg: *La literatura hispanoamericana.* Versión de Cansinos Asséns. Prólogo de E. Díez Canedo. Madrid, Ed. América, 1922; págs. 238 y 255.

(35) R.: «A.», pág. 58.

(36) R.: *El rat-pick.* En «M. de P.», pág. 65.

que por sí solo nos mueva a la práctica y a la acción, ni que, sin auxilio de la imagen, nos enamore» (37). Cita ejemplos del «poder de sugestión con que una imagen enérgicamente reflejada imita o aventaja al que ejercería la presencia real del objeto... *Nuestra Señora de París*, no el edificio, sino la novela, consagró arqueólogo a Didrón. Agustín Thierry sintió anunciársele su genio de vidente del pasado por su lectura de los *Mártires*» (38).

Con sentido poético, aconseja: «Cuidad de poner la unción de la imagen sobre la idea» (39).

Calificó la imaginación creadora: «Acto de creación (el más calificable de tal entre todos los actos de los hombres), que consiste en dar al mundo una criatura imaginaria inmortal: *Don Quijote* o *Don Juan, Otelo* o *Hamlet;* en arrancar de las entrañas del alma propia otra alma no reflejo de ella, sino autónoma y distinta: hecha de la tela de los sueños... con la lógica viviente de la Naturaleza» (40).

«La imaginación, eterna amiga de las treguas del trabajo y del combate» (41), «es el desquite de la realidad» (42).

La imaginación puede debilitar los efectos del hábito:

(37) R.: *El libro.* en «El C. de P». pág. 37.

(38) R.: «M. de P.», pág. 156. LV. *El hecho provocador. El «anch'io». La conversación, la lectura.*

(39) R.: *Decir las cosas bien...* En «El M. de P.», pág. 122. Reproducido en «El C. de P.», pág. 48.

(40) R.: *La estatua de Cesárea.* En «N. M. de P.», pág. 59.

(41) R.: *La tradición en los pueblos hispanoamericanos.* En «El C. de P.», pág. 18.

(42) R.: Prólogo a *El Terruño*, de Carlos Reyles; pág. XXVII. Se halla también en *La literatura posterior a la guerra.* En «El C. de P.», pág. 59.

«siente más quien mejor imagina aquello de que siente: cuanto mejor y con más bríos imagines la vida de remotos hombres, tanto más apto serás para participar, por simpatía, de sus dolores, de sus regocijos y entusiasmos..., de donde nace que para el hombre de imaginación difundida y adiestrada por el mucho ver, haya siempre mayor posibilidad de aflojar los lazos opresores del hábito y de redimir o reformar su personalidad» (43).

Para Rodó, en la unidad del ser humano, en «la imaginación y el sentimiento, agentes solidarios de las más hondas operaciones que sufre la sustancia de nuestro carácter, es donde la voluntad radica y, por tanto (cuando persistentes y enérgicos), fuerzas de que la idea ha de menester para revestirse de imperio» (44).

d) *La memoria.*

A la facultad de conservar o reproducir estados de conciencia referentes a otro tiempo, la denominó Rodó: «Vida, vida refleja del recuerdo...» (45); «lo que causa mortificación o perjuicio suele recordarse con facilidad» (46).

(43) R.: «M. de P.», págs. 262-263.
(44) R.: Idem, pág. 399.
(45) R.: *Parábola inédita.* Homenaje al movimiento nacional que provocó la llegada a Montevideo de los restos mortales de Rodó.
(46) R.: Intervención en la sesión de la Cámara de Representantes el 21 de junio de 1904, defendiendo su Proyecto a favor de la libertad de la Prensa. En «H. de A.», pág. 192.

e) *La atención.*

Confiando en la posibilidad de la educación de la voluntad, concretamente en el problema de la vocación, y en lo referente a la doctrina de la personalidad, había de destacar consecuentemente el papel primordial de la atención, y así es, en efecto, aunque lo haga incidentalmente entre paréntesis: «(jugo de toda aptitud es la atención)» (47); «por la pertinacia de la atención y del hábito, quien quiere creer, al cabo cree; quien tiene voluntad de amar, al cabo se enamora. Ya supo de esto Pascal cuando afirmó la virtualidad de la fórmula y el rito para abrir paso a la fe dentro del alma remisa a sus reclamos» (48).

f) *Pensamiento e idea.*

En el número 7 del capítulo IV: «Análisis introspectivo» (pág. 183), indicamos que Rodó concibe como representación lo que los ingleses llaman idea.

En el párrafo CXXXVII de *Motivos de Proteo* sostiene la tesis: «La idea, para ser eficaz, ha de acompañarse del sentimiento» (49). «No te reforman la verdad ni el error que te convence; te reforman de alma la verdad y el error que te apasionan... Gran distancia va de convencido a convertido. Conversión dice tanto... como idea ejecutiva, que, operando sobre la voluntad por in-

(47) R.: «M. de P.», pág. 340.
(48) R.: «M. de P.», pág. 435. CL. *La esperanza como luz, como fuerza. Omnipotencia de la voluntad.*
(49) R.: «M. de P.», págs. 396-399.

termedio del sentimiento, que es seguro resorte, rehace o modifica la personalidad. Convicción es dictamen que puede quedar, aislado e inactivo, en la mente» (50). Aunque supervalora el sentimiento respecto del intelecto, reconoce, en el párrafo CXXXIX de *Motivos de Proteo*, que «la idea puede suscitar el sentimiento... hábil y perseverantemente... entrando en alianza con el tiempo» (51). Si el amor es camino del conocimiento, también puede el conocimiento ser camino para llegar al amor.

Afirma «la íntima belleza de las ideas en la eficacia de las grandes revoluciones morales... La originalidad de la obra de Jesús... está... en haber hecho sensible, con su prédica, la poesía del precepto, es decir, su belleza íntima» (52).

Sostiene la influencia de una idea o un sentimiento superior en la unidad de la conciencia: «Otra benéfica influencia de una idea o sentimiento superior, que domina dentro de nosotros, es que se opone a la dispersión y el anonadamiento de infinitas minuciosidades de nuestra actividad interna» (53).

En *Ariel* nos ofrece un concepto poético de la meditación: «ese fino destilar de la meditación, absorta en cosas graves, que un alma santa ha comparado exquisitamente a la caída lenta y tranquila del rocío sobre el vellón de un cordero» (54).

(50) R.: Idem, pág. 398.
(51) R.: Idem, págs. 400-401.
(52) R.: «A.», págs. 61-62.
(53) R.: M. de P.», pág. 348. CXIII. *De cómo una potencia ideal evita la pérdida de infinitas minuciosidades de nuestra actividad interna.*
(54) R.: «A.», pág. 143.

g) *El lenguaje.*

Rodó, artífice del idioma, tenía un elevado concepto del medio de expresión. Nos habla de «el maravilloso poder de sugestión que está vinculado a las palabras» (55); «el escritor, el orador y el poeta, a un tiempo amor y esclavos de la palabra» (56). No se dejó fascinar por la ilusión del lenguaje. Reconoce que hay pensamientos inefables: «Para quien piensa de veras, ¡cuán poco de lo que se piensa sobre las más altas cosas cabe significar por medio de los nombres que pone a nuestra disposición el uso!... El lenguaje, instrumento de comunicación social, está hecho para significar géneros, especies, cualidades comunes de representaciones semejantes. Expresa el lenguaje lo impersonal de la emoción: nunca podrá expresar lo *personal* hasta el punto de que no queden de ello cosas inefables, las más sutiles, las más delicadas, las más hondas... La superioridad del poeta está en vencer, hasta donde lo consiente la naturaleza de las cosas, esa fatalidad del lenguaje; está en domarle para que exprese la *singularidad individual*, sin la cual el sentimiento no es sino un concepto abstracto y frío» (57).

(55) R.: «M. de P.», pág. 382.
(56) R.: Idem, pág. 415.
(57) R.: Idem, págs. 382 y 424-425.

h) *La movilidad.*

a') *La tendencia.*

Con una reminiscencia del mundo clásico apunta la significación de la tendencia, que definió Janet: «una disposición a responder a una excitación determinada, con determinadas reacciones». Rodó dice: «¿Nunca, apurando tus recuerdos, te has dicho: si aquella extraña intención que cruzó un día por mi alma llegó hasta el borde de mi voluntad y se detuvo, como en la liza el carro triunfador rasaba la columna del límite sin tocarla...?» (58). Víctor Pérez Petit ha precisado la fuente de la reminiscencia horaciana: «como en la liza el carro triunfador» (Horacio: *Odas*, lib. I, Oda 1. «Sunt quos curriculo») (59).

b') *El instinto.*

Mosso afirmó con expresión poética que el instinto es «la voz de las generaciones extinguidas resonando como un eco lejano a través de las células del sistema nervioso». Rodó se pregunta: «¿Qué es el misterioso mandato del instinto, que obra en ti sin intervención de tu voluntad y tu conciencia, sino una voz que... sube hasta tu alma, desde el fondo de un pasado inmemorial, y te

(58) R.: Idem, pág. 63.
(59) Víctor Pérez Petit: *Rodó. Su vida. Su obra*, pág. 268.

obliga a un acto prefijado por la costumbre de tus progenitores?» (60).

Intervienen en el instinto fenómenos de tendencia, pero también de sentimiento y de conocimiento. La razón «luz clara y serena... amanece entre las sombras del instinto» (61).

Exageró Rodó el finalismo de los instintos al afirmar «la fuerza ciega y misteriosa del instinto, que representa el círculo de hierro de la animalidad» (62). Alfredo Colmo rechazó la afirmación de Rodó por no ser el instinto «privativo de los animales..., ni siquiera es más acentuado en los animales que en los otros organismos biológicos», y ser, además, modificable. Exageró, en cambio, Colmo al afirmar que «no hay derecho evidente de contraponer el instinto a la inteligencia» (63), ya que los errores del instinto prueban que los animales no ejecutan sus actos de un modo reflexivo.

c') *El hábito.*

Concibió el hábito como «imitación de uno mismo» (64). Tenía clara idea del arraigo del hábito y de su carácter de economía dinámica: «si encaminada tu voluntad en un sentido nuevo te encuentras alguna vez volviendo a lo antiguo... no desmayes... Una transforma-

(60) R.: «M. de P.», págs. 68-69.
(61) R.: Idem, pág. 138.
(62) R.: Idem, pág. 430.
(63) Alfredo Colmo: *La filosofía en Rodó*. En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917; págs. 176-177.
(64) R.: «M. de P.», pág. 253.

ción moral que no ha arribado a lentos impulsos del tiempo y la costumbre, sino por inspiración y arranque de la voluntad, impone al alma un apresurado trabajo de disociación, para romper con viejos hábitos, y otro, no menos activo, de coordinación y disciplina, para formarlos nuevos y oficiosos» (65). «Gracia y facilidad de hacer son una misma cosa; los caracteres del movimiento bello son, al propio tiempo, elementos de economía dinámica. En lo físico como en lo moral, economizamos nuestras fuerzas por la elegancia, por el orden, por la proporción» (66).

i) *La voluntad.*

Rodó, que supervalora el sentimiento, estima, entre las facultades del alma, la voluntad forma superior de la actividad humana.

En los párrafos CL, CLI y CLII de *Motivos de Proteo* ofrece Rodó estimables indicaciones respecto al influjo de la voluntad y sobre la educación de la misma. «En ningún tratado de psicología he leído nada tan interesante—dice Gellini—, excepción hecha de Jules Payot, como la poética disertación que hace del predominio del sentimiento sobre las ideas en la voluntad» (67). Según Pérez Petit, lo tratado en los mencionados párrafos es, seguramente, un esquema que Rodó habría desarrollado

(65) R.: Idem, pág. 413.
(66) R.: Idem, pág. 16.
(67) Antonio Gellini: *José Enrique Rodó*. La Plata. En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917; pág. 205.

más ampliamente si no hubiera quedado truncada su vida tan pronto: «en el espíritu de Rodó debe de haber estado siempre arraigado el propósito de ampliar este ensayo» (68).

Ya en *Ariel* había apreciado *Excelsior* y *El Salmo de la vida*, de Longfellow, que cantan la acción fecunda de la voluntad: «La nota del *Excelsior* y *El Salmo de la vida* con que sus poetas [norteamericanos] han señalado el infalible bálsamo contra toda amargura en la filosofía del esfuerzo y de la acción» (69).

Tituló el párrafo CL de *Motivos de Proteo*: «La esperanza, como luz; la voluntad, como fuerza. Omnipotencia de la voluntad.» Da principio con las siguientes palabras: «La ESPERANZA, como norte y luz; la VOLUNTAD, como fuerza; y por primer objetivo y aplicación de esta fuerza: nuestra propia personalidad, a fin de reformarnos y ser cada vez más poderosos y mejores» (70).

«La voluntad... fué... el fundamento de la soberbia estoica, despreciadora del dolor... y que surge en lo moderno con Kant» (71).

Hay que «anticiparse al agotamiento y al hastío... y si se adelantan a nuestra previsión, levantarse sobre ellos por un *invento* de la voluntad (la voluntad es, tanto como el pensamiento, una potencia inventora) que se proponga y fije nuevo objetivo» (72).

«La invención es a menudo un acto de voluntad... Y,

(68) V. Pérez Petit: *Rodó. Su vida. Su obra*, pág. 273.
(69) R.: «A.», pág. 104.
(70) R.: «M. de P.», págs. 433-434.
(71) R.: Idem, pág. 435.
(72) R.: Idem, págs. 23-24. VII. *Cambio consciente y orientado siempre.*

desde luego, este arranque para romper con lo sabido y usado, en que consiste la invención, ¿no es uno mismo, por su carácter y el modo de desenvolverse, con el arranque por el cual se aparta de la uniformidad del instinto y la costumbre el acto plenamente voluntario?...» (73).

«El desasosiego estéril es, tanto como la quietud soporosa, una dolencia de la voluntad» (74); «la recta voluntad es la constante inhibición de un extravío tentador, de una disonancia, de una culpa. Una potencia ideal que nos inspira fija la norma a esa función de nuestra voluntad, y es a menudo como el demonio socrático, que se manifestaba en el alma del filósofo, más por la inhibición de lo que no concordaba con su ley que no por su capacidad de iniciativa» (75).

«En la generación del convencimiento y la creencia, el socorro de la voluntad suple infinito» (76).

«Sólo la voluntad que realiza el bien es sólido fundamento de gloria» (77).

El apostolado religioso es ejemplo de vocación que pertenece al orden de la voluntad: «el apostolado religioso préstase... para ejemplo de cómo una vocación que pertenece al orden de la voluntad suscita y mantiene bajo su amparo y sugestión otras vocaciones. de la voluntad misma o del pensamiento» (78).

La influencia de la voluntad llega también a lo orgánico: «Aun a lo connatural y orgánico del cuerpo llega la jurisdicción de la voluntad». Ejemplos: «Aquel rasgo de Alejandro cuando, atormentado su ejército y él mismo por las angustias de la sed, logra un poco de agua... y para animar a los suyos a soportar el sufrimiento... en vez de beber vuelca el casco en el suelo... El poder que Weber tenía pra contener o acelerar... las palpitaciones de su corazón. Goethe... ensalza la eficacia de la voluntad para baluarte de la salud del cuerpo... Un acto enérgico de voluntad... suele rasgar de inmediato el velo del sueño» (79).

El tema de la voluntad le inspiró las parábolas: *La pampa de granito* y *La respuesta de Leuconoe*.

De *La respuesta de Leuconoe* dijo Andrade Coello: «Prosa de himno la suya, que conmueve, que purifica, que canta al propósito de enmienda y a la voluntad que jamás duerme, es Leuconoe» (80).

Carlos de Velasco juzgó *La pampa de granito*: «la más vigorosa parábola sobre el poder y el valor de la voluntad» (81). Y Julio Irazusta: «La pampa de granito es el símbolo más desolador y desesperante de la dureza de nuestro destino» (82). Se ha censurado a Rodó por la dureza que entraña la parábola, máxime teniendo en cuenta la natural bondad de su carácter. El propio Rodó aclaró el sentido de la parábola en las palabras iniciales

(73) R.: «M. de P.». pág. 436.
(74) R.: Idem. pág. 237.
(75) R.: Idem, pág. 344.
(76) R.: Idem, pág. 395.
(77) R.: *La vuelta de Juan Carlos Gómez*. Discurso pronunciado el 8 de octubre de 1906. En «El M. de P.», pág. 22.
(78) R.: «M. de P.». pág. 310.
(79) R.: Idem. págs. 436-437.
(80) A. Andrade Coello: *Rodó*. 4.ª ed. Quito-Ecuador, 1917; pág. 45.
(81) Carlos de Velasco: *Un duelo de América: Rodó*. En «Nosotros», Buenos Aires, septiembre de 1917; pág. 55.
(82) Julio Irazusta: *De literatura hispanoamericana*. En «Nosotros», Buenos Aires, junio de 1920; pág. 261.

del párrafo CLII: «Sentido de esa parábola»: «Esa desolada pampa es nuestra vida, y ese inexorable espectro es el poder de nuestra voluntad, y esos trémulos niños son nuestras entrañas, nuestras facultades y nuestras potencias, de cuya debilidad y desamparo la voluntad arranca la energía todopoderosa que subyuga al mundo y rompe las sombras de lo arcano» (83).

j) *La afectividad.*

a') *Los sentimientos.*

Entendimiento, sentimiento y voluntad integran las actividades de la conciencia. El sentimiento «cría alas en las larvas de la sensación» (84). En el Prólogo a *América*, de Abel J. Pérez, insiste Rodó en las relaciones entre conocimiento y sentimiento: «Es cosa averiguada que el corazón es también un órgano de conocimiento y que no conoce plenamente su objeto aquel que no llega a él con el sentimiento al mismo tiempo que con la inteligencia» (85). En su concepto de la unidad de América, antepone el sentimiento en el artículo *Magna Patria*, publicado en el periódico *El Nuevo Diario*, de Caracas, el 28 de actubre de 1916 (86).

La subjetividad y la actualidad, características del sentimiento, las precisó Rodó en el párrafo CXLVI de *Motivos de Proteo*: «Paradoja sobre la originalidad»: «Nada más raro que la originalidad en la expresión del sentimiento; pero nada más común y vulgar que la originalidad del sentimiento mismo. Por la manera de sentir, nadie hay que deje de ser original. Nadie hay que sienta de modo enteramente igual a otro alguno... Cada sentimiento, aun el más pequeño, de cada corazón, aun el más pobre, es un nuevo y diferente objetivo en el espectáculo que el divino Espectador se da a sí propio. Cada minuto de mi vida que cae al abismo de la eternidad rompe un molde que nunca volverá a fundirse... Jamás un sentimiento real y vivo se reproducirá sin modificación de una a otra alma» (87).

En la complejidad y originalidad del sentimiento encuentra las fuentes inexhaustas de la lírica y de la novela: «Si la sustancia de la lírica y de la psicología novelesca está libre de la posibilidad de consumirse y agotarse con el transcurso del tiempo, débese la complejidad y originalidad de todo sentimiento real» (88).

Observó Rodó la dificultad de clasificar los sentimientos: «Placer y dolor, amor y odio, son contrarios más en la esfera de la abstracción y del lenguaje que en la de la realidad concreta y viva.

»¡Cuánto no se ha dicho de la dificultad de clasificar en los términos del dolor o el placer el sentimiento de la contemplación melancólica, del ensueño abandonado y lánguido. ¿La melancolía es gozo, es pena?... La complacencia con que el espectador de la tragedia deja correr sus lágrimas, herido por los filos cariciosos del arte,

(83) R.: «M. de P.», pág. 441.
(84) R.: «M. de P.», pág. 138.
(85) R.: Prólogo a *América*, de Abel J. Pérez: págs. 7-8.
(86) R.: *Magna Patria*. En «M. de P.», págs. 171-172.
(87) R.: «M. de P.», págs. 121 y 122.
(88) R.: Idem, pág. 426.

y en la voluptuosidad del paladar propia del *goloso de lo amargo*, y en aquella otra extraña voluptuosidad del que remueve sus heridas para despertar el sufrimiento y gozarse en su encono; y en la sonrisa con que el mártir, sabedor de que el martirio es el pórtico de la bienaventuranza, resplandece en las llamas de la hoguera... en todos estos casos, los dos polos de la sensibilidad se tocan y unimisman» (89).

Apreció el sentimiento de la nostalgia. «Sagrada es la melancólica voz que, en tu ausencia de la tierra nativa, viene de lo hondo de tu alma a pedirte que tornes a su seno y a despertar el leve enjambre de las dulces memorias... la melancólica voz del recuerdo amante... es lo más puro y mejor de la nostalgia... otra especie de nostalgia conocida de las organizaciones bien dotadas de simpatía y amplitud: la nostalgia de las tierras que no se han visto, de los pueblos a que aún no se ha cobrado amor, de las emociones humanas de que nunca se ha participado» (90).

b') *Las emociones: el amor.*

Se inspiró Rodó, al tratar la emoción del amor, en el platonismo de los *Dialoghi d'Amore*, la «poética elaboración de León Hebreo» (91). Caracteriza a los *Dialoghi:*

(89) R.: Idem, pág. 402.
(90) R.: Idem, págs. 263-264.
(91) Carl Gebhardt: *León Hebreo. Su vida y su obra.* «Rev. de Oc.», Madrid, año XII, núm. CXXXIV, agosto 1934; pág. 135.

«la forma mítica de un nuevo sentimiento vital cósmico» (92).

Expone Max Scheler en *Esencia y forma de la simpatía:* «Respondiendo a la fundamental división de todos los actos en actos vitales o del cuerpo, actos psíquicos puros o del yo, y actos espirituales o de la persona, también el amor y odio se nos presentan bajo tres formas de existencia: el amor espiritual de la persona, el amor psíquico del individual yo y el amor vital o pasión... De estas «formas» del amor distinguimos las «especies» del amor. Tocan a aquellas diferencias que son sensibles para nosotros como cualidades especiales del sentimiento, sin que necesitemos mirar a los cambiantes objetos y a las notas comunes de estos que son objeto de estos sentimientos... De las especies de amor distinguimos, finalmente, los meros modos del amor, que se manifiestan en meras *combinaciones* de actos de amor especialmente como modos sociales de comportarse y vivencias de simpatía... por ejemplo, bondad, benevolencia, inclinación» (93).

En *Motivos de Proteo* expresó Rodó su concepto del amor: «Anhelo instintivo de lo bello, e impulso a propagar la vida, mediante el señuelo de lo bello: esto es amor... Amor es polo y quinta esencia de la sensibilidad... Amor es exaltación que traspasa los límites usuales del imaginar y el sentir... Amor es revelación de poesía... Y en la misma labor de la mente austera y grave, en la empresa del sabio y el filósofo, de él suele proceder la

(92) C. Gebhardt: Ob. cit., pág. 138.
(93) Max Scheler: *Esencia y forma de la simpatía.* Ed. Losada, Buenos Aires, 1943; págs. 239, 242 y 244.

fuerza que completa la unidad armoniosa de la obra del genio, añadiendo a las síntesis hercúleas del saber y a las construcciones del entendimiento reflexivo el elemento inefable que radica en las intuiciones de la sensibilidad» (94).

Rodó estimó al amor soberano móvil de nuestra sensibilidad: «¿Quién ha de ser sino aquel *fuerte, diestro, antiguo* y *famosísimo señor*, de que habló, con la fervorosidad de los comensales del *Convite*, León Hebreo?» (95). Lo consideró, en la diversidad de sus manifestaciones, como estímulo de acción: «La diversidad de su acción es infinita, no menos por voluntarioso que por omnipotente... Infinito en objeto y diferencias... Cuanto es estímulo de acción, cuanto es objeto de deseo, viene derechamente de él» (96).

El amor «siempre es alto en idea», dijo Rodó. «En el amor se hace todo más valioso», dice la moderna axiología.

«Por el estímulo a ennoblecerse y mejorarse que el amor inspira, suyo preferentemente es el poder iniciador en las mayores vocaciones de la energía y de la inteligencia. Movida del empeño de levantarse sobre su condición para merecer el alto objeto (siempre es alto en idea) a que mira su encendido anhelo, el alma hasta entonces indolente, resignada a su humildad, busca dentro de sí el germen que puede hacerla grande, y lo encuentra y cultiva con voluntad esforzada... aun del desengaño de amor suelen hacer un culto desinteresado y altísimo,

(94) R.: «M. de P.», págs. 144, 145 y 148. LIV: *Amor y arte.*
(95) R.: «M. de P.», pág. 133.
(96) R.: Idem, págs. 133, 135 y 304.

que vuelve mejor a quien lo rinde... Por espontánea e inconsciente actividad, que no se da punto de reposo, el alma enamorada transfigura la imagen que reina en el santuario de sus recuerdos... aun aplicado a objeto ruin, infinitas veces el amor persevera como potencia dignificadora y fecunda, no porque el amor deje entonces de adecuar la personalidad del enamorado a un modelo, ni porque este modelo sea otro que la imagen de su adoración, sino porque es virtud del alma enamorada propender a sublimar la idea del objeto» (97).

Leemos en Max Scheler: «El amor es un movimiento que va del valor más bajo al más alto y en que relampaguea por primera vez en cada caso el valor más alto de un objeto o de una persona; el odio es un movimiento opuesto... La dirección del amor es la que lleva a poner el posible valor más alto, lo que es un valor positivo (o a conservar el valor más alto), y a anular el posible valor más bajo (lo cual es un valor positivo)... El amor es el movimiento intencional en que, partiendo de un valor dado, *A*, de un objeto, se produce la aparición de su valor más alto. Y justamente este ***aparecer*** el valor más alto está en relación esencial con el amor» (98).

Karl Jaspers, citado por Max Scheler, afirma: «No hay valores que sean descubiertos en el amor, sino que en el amor *se hace* todo más valioso» (99).

(97) R.: Idem, págs. 141, 142, 145 y 147.
(98) Max Scheler: Ob. cit., págs. 220 y 221.
(99) Karl Jaspers: ***Psychologie der Weltanschauungen*** (***Psicología de las sensaciones del mundo***). Berlín, 1919, capítulo «Die entusiastische Einstellung ist Liebe» («La actitud entusiasta es amor»). Citado por Max Scheller: ***Esencia y forma de la simpatía;*** B, «El amor y el odio.

c') *Las pasiones.*

«Vencer una pasión que nos sojuzga y sustituirla voluntariamente por otra es empeño heroico, pero no quimérico» (100). Aun en la pasión impura caben elementos de belleza moral; pertenece a la intuición del psicólogo y moralista «asentar el cimiento de la regeneración sobre la misma cerviz del enemigo» (101).

«¿Cómo se engendra la pasión en el alma? Como la muchedumbre que se levanta al paso de una bandera o de un profeta. La iniciativa de una emoción dotada del misterioso poder de proselitismo y simpatía reúne, dentro de nosotros, elementos vagos y dispersos, y lo ordena a una finalidad y lo concita a la acción. Entre los elementos de tal manera congregados, los hay fieles, inconmovibles y seguros; pero los hay también que no se adhieren sin reserva y no permanecen sin desgana o malicia. Hay en la heterogénea muchedumbre el indolente, el forzado, el posible prófugo, el posible traidor. ¿Qué importa que no se los perciba mientras la pasión marcha a su objeto, como la horda que el furor guerrero arrebata? Ellos van dentro de ella, y no hay pasión en cuyos reales no militen de estos soldados sin estímulos. Conclúyese de aquí que toda pasión humana es, en alguno de sus elementos, contradictoria del carácter que prevalece en su conjunto. Medita en esto, y tradúcelo por esta otra proposición, tan sugestiva para cuando te convenga mantener y afianzar cierta pasión, cierta fuerza organizada,

(100) R.: «M. de P.», pág. 401.
(101) R.: Idem, págs. 401-402.

en tu alma, como para cuando te interese reducirla y vencerla: *Toda pasión humana lleva en sí misma el germen de su disolución*» (102).

Observó el juego de la pasión en la invención humana: «El interés de una pasión acicateando la mente para excogitar un ignorado arbitrio, la observación de lo pequeño como punto de partida para el hallazgo de lo grande: ¿no está ahí toda la filosofía de la invención humana? ¿No es ésa la síntesis, anticipada por candorosa intuición, de cuanto en los milagros del genio encuentra el análisis de los psicólogos?» (103).

k) *Psicología diferencial.*

a') *El carácter.*

Rodó conceptuó el carácter conforme a la etimología de la palabra, sello o grabado: «El carácter, cauce de piedra de la personalidad, donde reciben el pensamiento su troquel, y la acción el impulso con que se desata» (104).

El carácter se esboza en la infancia: «El fondo real y estable de un carácter, la orientación fundamental de sentimientos e ideas, que se ha esbozado en la niñez, reaparecen en ciertas ocasiones, después de reprimidos, du-

(102) R.: Idem, págs. 404-405. CXXXIX. *La idea puede suscitar el sentimiento. Contradicciones íntimas. Toda pasión humana lleva en sí misma el germen de su disolución.*
(103) R.: «M. de P.», pág. 140.
(104) R.: «B.». En «H. de A.», pág. 104.

rante largo trecho de la vida, por una falsa superficie personal producto del ambiente o de sugestión artificiosa» (105).

El carácter no es inmutable; puede cambiar por propia voluntad, y consiste la superioridad del mismo en ser «capaz de orgánico desenvolvimiento» (106).

Decían los estoicos que el hombre debe esculpir sin cesar su propia estatua. Idéntico pensamiento expresa Rodó: «El cambio consciente y ordenado implica, pues, fuerza y constancia de personalidad, con que ésta se habilite para esculpirse y retocarse a sí misma» (107). En el párrafo LXXXI de *Motivos de Proteo* considera a Goethe ejemplo típico de renovación personal.

b') *La personalidad.*

Rodó interpretó una realidad las transformaciones de la personalidad. Con la frase «Reformarse es vivir», comienza *Motivos de Proteo*. «*Reformarse es vivir*»... El tiempo es el sumo innovador... Cada uno de nosotros es no *uno*, sino *muchos*... ¿Quién ha expresado esta inestabilidad mejor que Séneca, cuando dijo, considerando lo fugaz y precario de las cosas: «Yo mismo, en el momento de decir que todo cambia, ¿ya he cambiado?» Perseveramos sólo en la continuidad de nuestras modificaciones; en el orden, más o menos regular, que las rige; en la fuerza que nos lleva adelante hasta arribar a la

(105) R.: «M. de P.», pág. 121.
(106) R.: Idem, pág. 239.
(107) R.: Idem. pág. 239.

transformación más misteriosa y trascendente de todas...» (108).

«Búscate a ti mismo, no imites nunca», aconsejaba Emerson (109). Y el mismo autor, en otro pasaje del mismo ensayo: «Nada puede traerte la paz sino tú mismo. Nada puede traerte la paz sino el triunfo de los principios» (110). Rodó insistió en la necesidad del conocimiento de sí mismo: «En lo hondo de ti mismo, en el seguro de tu alma, en el secreto de tu pensamiento, en lo recóndito de tu corazón: en ti, en ti solo, has de buscar arranque a la senda redentora» (111).

El conocimiento propio debe ser antecedente de la acción. De ahí: «Ahondar en la conciencia de sí mismo... por prurito de alambicamiento y sutileza» es «más que vana, funesta ocupación de la vida» (112). Tal fué el caso de Amiel, y caso contrario, el de Marco Aurelio. «El saber de sí mismo no arriba a término que permita jurar: «Tal soy, tal seré siempre»... *Bosques de espesura* llamó a los hombres el rey Don Alfonso *el Sabio*» (113).

«Lo complejo de nuestra naturaleza «explica» la diversidad, la inconsecuencia y la contradicción, que se

(108) R.: Idem, págs. 9, 10 y 11.
(109) Ralph Waldo Emerson: *La confianza en sí mismo*. En «Ensayos», traduc. de Luis Echevarría; nota preliminar de F. S. R.; col. Crisol, núm. 217, M. Aguilar, editor; Madrid, 1947; pág. 96.
(110) R. W. Emerson: *Ensayo, cit.*, pág. 103.
(111) R.: «M. de P.», pág. 38. XV. *¿Qué vienes de buscar?*
(112) R.: «M. de P.», pág. 47. XIX. *El conocimiento propio como antecedente de la acción. Amiel y Marco Aurelio.*
(113) R.: «M. de P.», págs. 58-59.

entrelazan con las mismas raíces de nuestro ser» (114). Creo encontrar «el secreto de las originalidades superiores» en «la concordia, o la perenne reacción de los contrarios... Ya sea esto en la esfera de la inteligencia, por el hallazgo de una síntesis, de una teoría o de un estilo; ya sea en la esfera de la vida moral, por el ejemplo de un sesgo desusado en la acción y la conducta» (115).

Nos recuerda el pensamiento de Protágoras: «El hombre es la medida de todas las cosas», cuando escribe: «Humanidad reducida a breve escala es la persona.» Y continúa su pensamiento, en oposición a Rousseau, «barbarie, no menos que la de la horda y el aduar, la condición de cada uno como sale de manos de la Naturaleza, antes que la sujeten a otras leyes la comunicación con los demás y la costumbre» (116).

En la variedad de las personalidades, afirma en cada uno de nosotros un principio director. «A través de todas las transformaciones necesarias de nuestra vida moral perdura en ella... una potencia dominante... En la esfera de la voluntad, sea ella un propósito que realizar...

En la esfera del pensamiento, una convicción, una creencia, o *bien* (no olvides esto) *un anhelo afanoso y desinteresado de verdad que guía nuestra mente en el camino de adquirirlas*. Vano sería que, con menosprecio de la complejidad infinita de los caracteres y destinos

(114) R.: Idem, pág. 63. XXIX. *Imposibilidad de una igualdad perenne.*

(115) R.: «M. de P.», págs. 71-72. XXXI. *Ventajas de la multiplicación de nuestro fondo íntimo.*

(116) R.: «M. de P.», pág. 138.

humanos, se intentara reducir a pautas comunes cuáles han de ser tal propósito y tal convicción» (117).

Estima, en *Motivos de Proteo*, la idea del sentimiento de patria, raíz de la personalidad: «Toda la muchedumbre de imágenes que se ordenan y sintetizan en la grande imagen de la patria: el cielo, el aire, la luz; los tintes y formas de la tierra; las líneas de los edificios; los ruidos del campo, de la calle; las fisonomías de las personas; el son de las voces conocidas; todo ese armónico conjunto, no está fuera de ti, sino que hace parte de ti mismo, y te imprime su sello, y se refleja en cada uno de tus actos y palabras; es, cuando más objetivamente se le considere, una aureola o penumbra de tu *yo*... Alejadas de tus sentidos aquellas cosas materiales, las fuerzas cautivadoras que se valen de ellas pierden gran parte de su influjo... Aunque persistan los lazos que responden a inclinaciones perdurables y sagradas de la Naturaleza... La expatriación de los viajes es, por eso, antídoto supremo del pensamiento rutinario, de la pasión fanática y de toda suerte de rigidez y obcecación... Aquel cuento de los tratados de San Ambrosio, del amante que, para dar al olvido su pasión, busca la ausencia, y peregrina largo tiempo, hasta que, al volver, es requerido por su antigua enamorada, que le dice: «*Reconóceme; soy yo, soy yo misma*»; a lo que arguye él: «*Pero yo ya no soy yo*», presta vivos colores a una virtud psicológica... mostrando cómo un cambio considerable y violento de las circunstancias exteriores no solamente tiende a determinar modificaciones profundas en nuestros sentimientos e

(117) R.: Idem, págs. 300-301.

ideas, sino que llega a conmover y escindir, aunque sea sólo parcialmente, la noción de nuestra continuidad personal» (118). «Yo soy yo y mis circunstancias», ha dicho Ortega y Gasset (119). En el Prólogo a *El Terruño*, de Carlos Reyles, escribió: «La misteriosa «voluntad» que nos señala tierra donde nacer y tiempo en que vivir, nos impone con ello una solidaridad y colaboración necesaria con las cosas que tenemos a nuestro alrededor. Nadie puede contribuir, en su grande o limitada esfera, al orden del mundo, sin reconocer y acatar esa ley de la necesidad. Cuanto más cumplidamente se la reconoce y acata, tanto más eficaz es la obra de la voluntad individual» (120).

Rechaza, como «falso de flexibilidad moral», «la gracia del *proteísmo* simulado y hábil» (121).

La sinceridad en las manifestaciones y en el obrar motiva el rango de la personalidad: «Sólo en el vulgo de las almas las hay de la condición de las monedas de un valor, que pueden trocarse sin diferencia las unas por las otras... La originalidad es la verdad del hombre» (122).

Una personalidad sólidamente constituída sabe, en el fracaso, sacar de la sinrazón cordura. «En el fracaso, en la desilusión, que no provengan del fácil desánimo de la inconstancia... La filosofía digna de almas fuertes es la

(118) R.: Idem, págs. 253-254 y 255-256. LXXVI. *Los viajes como instrumento de renovación.*

(119) José Ortega y Gasset: *Meditaciones del Quijote*. En «Obras completas», 2.ª ed.; Madrid. Espasa-Calpe, 1936, pág. 13.

(120) R.: Prólogo a *El Terruño*, de Carlos Reyles. Montevideo, Imp. «Renacimiento», 1916; pág. XIII.

(121) R.: «M. de P.», págs. 250 y 251.

(122) R.: Idem, págs. 420 y 421.

que enseña que del mal irremediable ha de sacarse la aspiración a un bien distinto de aquel que cedió al golpe de la fatalidad» (123). Encuentra un ejemplo en Don Quijote cuando, vencido éste por el caballero de la Blanca Luna, propone a Sancho consagrarse a la vida pastoril, «mientras cumplen el plazo de su forzoso retraimiento» (124).

c') *El genio.*

Rodó, en *Ariel*, se refirió a «la divina inconsciencia frecuente en las adivinaciones geniales» (125). Max Scheler precisó la nota de superabundancia de la intuición en el genio: «El héroe tiene que poseer, como el genio, una exuberancia insólita por encima de lo normal de cierta función espiritual específica.» Pero esa función es «en el genio la superabundancia de la intuición y el pensamiento, comparada con lo preciso para las necesidades de la vida» (126).

La originalidad del genio es fuerza de síntesis: «El genio es esencialmente la originalidad que triunfa sobre el medio, pero esta originalidad en que consiste el elemento específico del genio... es la fuerza de síntesis que, reuniendo y compenetrando por un golpe intuitivo esos elementos preexistentes, infunde al conjunto vida y sen-

(123) R.: Idem, págs. 26 y 27. X. *Actitud en la desilusión y el fracaso. Todo bien puede ser sustituído por otro género de bien.*

(124) R.: «M. de P.», págs. 29-30. XI. *Don Quijote, vencido.*

(125) R.: «A.», pág. 138.

(126) Max Scheler: *El héroe*. «Rev. de Oc.», Madrid, año XI, núm. CXX, junio 1933; págs. 241 y 242.

tido inesperados, y obtiene de ello una unidad ideal, una creación absolutamente única, que perseverará en el patrimonio de los siglos... Así en el arte como en la ciencia, como en la creación moral... cuando se trata de la iniciativa de revoluciones morales... la personalidad *viviente* del reformador, la personalidad que siente y obra, es casi todo» (127).

Afirma la personalidad del genio al considerar la teoría de Carlyle: «Hay algo de inexacto, pero hay mucho de verdadero, en la teoría de *Los héroes*, de Carlyle. La fatalidad de las fuerzas naturales, la acumulación inconsciente de los instintos colectivos, no excluyen el dinamismo peculiar de la personalidad genial.. de cualquier modo que la interprete» (128).

La filosofía de la Historia, ante «el problema del valor relativo de la conciencia genial y de la acción inconsciente de la masa», admite ambos elementos. De la admisión exclusiva de uno de los dos elementos, en el desarrollo de la tesis de Hegel, surgieron las opuestas tendencias de la derecha y la izquierda hegeliana. «El influjo de Nietzsche, la nueva propagación de las ideas de Carlyle y de Emerson, y otras influencias, han determinado en los últimos tiempos una reacción contraria a la excesiva importancia que se concedió a la acción de la muchedumbre, y favorable al papel histórico del genio. Pero lo que importa hacer notar, sobre todo, es que ninguna tesis autorizada y duradera llegó nunca a la afirmación de uno solo de ambos factores y a la negación

(127) R.: «L. y J.», pág. 142.
(128) R.: Idem, pág. 157.

del otro... «Véase, por ejemplo, cómo el individualismo histórico de Hegel no sólo no significa negar el valor de la obra común, sino que implícitamente lo afirma, hasta el punto de que, según se considere su tesis, ya lleva a la deificación de los hombres providenciales, ya conduce a la idea de la pasividad del grande hombre... que no hace sino continuar y terminar la obra de todos (Hegel: *Filosofía del Derecho*, Prefacio).

Y para ejemplo de la posición contraria, nótese cómo Le Bon, sostenedor de la preponderante eficacia de las multitudes, encarece la necesidad de la dirección individual que las polarice y oriente (Le Bon: *Psicología de las muchedumbres*, lib. II, cap. III)» (129).

El genio no se ofrece aislado de la realidad circundante: «El genio es, como toda humana criatura, tributario de la realidad que le rodea, y cabalmente en comprenderla y sentirla con más profundidad y mejor que los demás consiste el que sea capaz de arrancar de sus entrañas el paradigma de una realidad superior» (130).

El genio puede manifestarse reconcentrado «en una sola facultad, en una única potencia del alma». «La facultad soberana se magnifica restando lugar y fuerza a las otras, y levanta su vuelo, como águila solitaria y señora, sobre la yerma austeridad del paisaje interior.» Hay también «los genios complejos y armoniosos... Tanto más gallardamente descuella la arquitectónica mental de estos espíritus múltiples cuanto la vocación o facultad que lleva el centro en ellos (*el quilaterrey*, si recordamos a Gra-

(129) R.: Idem, págs. 157-158.
(130) R.: Prólogo a *El Terruño*, de Carlos Reyles; páginas XIII-XIV.

ción) halla como orientarse, de manera firme y resuelta, en una grande y concertada obra, en una idea constante» (131).

A veces el genio es «la expresión de la personalidad infantil del elegido... Brentano prometía... un alma mística. Luego, convertido a la razón, es escritor escéptico, sin merecer gran nota... cuando Brentano, inflamado en la religiosidad que puso su sello al romanticismo alemán, recobra aquel tenor de alma de su niñez» (132).

En la idea obsesionante encuentra Rodó el secreto de la eficacia del genio: «Preciso es convenir en que el secreto de la eficacia del genio es, a menudo, esta avasalladora obsesión; la fuerza implacable de una idea que ha clavado la garra en una conciencia humana. Sólo para esta idea tiene entonces capacidad de tiempo. «Mi oración es tan continua—dice Santa Teresa de Jesús—, que ni aun en sueños puedo interrumpir su curso...» La faz estética de estos caracteres, si se los toma en lo eminente de su especie, mira, más que a lo bello, a lo sublime» (133).

d') *El héroe.*

«La característica de un genuino heroísmo es la persistencia... Lo heroico no puede ser lo corriente, ni lo corriente lo heroico», dijo Emerson en su ensayo sobre *El*

(131) A.: «B.». En «H. de A.», págs. 97 y 98.

(132) R.: «M. de P.», pág. 122. XLV. *Augurios falaces. Las niñeces proféticas.*

(133) R.: «M. de P.», págs. 285 y 286. XCVIII. *Almas simples e inmutables; una sola idea; un solo impulso de pasión; sublimidad posible de estos caracteres.*

heroísmo (134). Max Scheler estimó: «Héroe es aquel tipo de persona humana e ideal... que está referido con el centro mismo de su ser a lo noble y a la *realización de lo noble*, es decir, a un valor «puro», no técnico, y cuya virtud fundamental es la nobleza natural del cuerpo y del alma y la correspondiente magnanimidad» (135). Rodó afirmó: «El héroe es, para mí, el *iluminado* de la acción. La acción heroica es la que toma su impulso... en donde se engendra todo lo que obra de un modo superior a la razón... Bolívar es héroe... Garibaldi: tipo de héroes» (136). Cumple Bolívar las condiciones que Max Scheler precisó en el héroe: «superabundancia en la intuición y el pensamiento... El héroe es hombre de voluntad, lo que, a la vez, quiere decir hombre de poder... Entre las virtudes que llamamos heroicas, ocupa la más fundamental el «dominio sobre sí mismo». Pues sólo logra poderío sobre los demás quien tiene el máximo poder sobre sí mismo... Estadista, general, colonizador, son los tipos principales de héroe. Cuando el estadista y el general aparecen unidos en una persona... estos hombres representan en la unidad del plano espiritual y de la responsabilidad la forma más alta del heroísmo» (137).

(134) R. W. Emerson: *Ensayos*. Ed. cit., pág. 256.

(135) Max Scheler: *El héroe*. «Rev. de Oc.», Madrid, junio 1933; pág. 243.

(136) R.: *Garibaldi*. Prólogo a la obra *La Bandera de San Antonio*, de D. Héctor Vollo. En «M. de P.», págs. 79 y 80.

(137) Max Scheler: *El héroe*. Ed. cit., págs. 242, 243 y 245.

1) *Psicología de las edades.*

a') *La infancia.*

En el párrafo XLIII de *Motivos de Proteo*, titulado: «El porvenir. La esperanza en formas vivas», precisó Rodó toda la realidad del mundo propio del niño, distinto del de las demás edades, y nos ofrece una precisa y poética definición del niño: «A nuestro lado y al mismo tiempo *lejos* de nosotros [el afortunado subrayado del adverbio es de Rodó], juegan y ríen los niños, sólo a medias sumergidos en la realidad, almas leves, suspendidas por una hebra de luz en un mundo de ilusión y de sueño... seres frágiles, cuya sola y noble utilidad actual consiste en mantener vivas en nosotros las más benéficas fuentes del sentimiento, obligándonos, por la contemplación de su debilidad, a una continua efusión de benevolencia» (138).

Son los niños «leves multitudes, donde reina la más sagrada igualdad: la igualdad de la común esperanza», añade en el párrafo XLIV de *Motivos de Proteo*: «Augurios. Pasan los niños sublimes». Entre los niños sublimes alude a Hesíodo, Platón, San Ambrosio y Lucano, y cita los nombres de Erasmo, Cervantes, Lope, Miguel Angel, Murillo, Foyatier, Atanasio, Carlos Borromeo, Hændel, Gaus, Fresnel y Ciro (139).

En ocasiones, «la apelación al recuerdo de sus primeras vistas del mundo... puede, más de una vez, ser un procedimiento que conduzca a recobrar el rumbo cierto...

(138) R.: «M. de P.», pág. 113.
(139) R.: Idem, págs. 115-116.

Pero quizá también es sólo la conciencia de la aptitud la que se adormece, extraviando el sentido de la vocación; y, por lo demás, la aptitud persiste en lo hondo del alma, capaz de ser evocada, mientras dure la vida, por virtud de una circunstancia dichosa. Esta es la razón de las infancias que yo llamo *proféticas*». Ejemplos, Richardson, Walter Scott y Tattegrain. «Y no es sólo en el sentido de anticipar la vocación como la infancia suele ser profética; el fondo real y estable de un carácter; la orientación fundamental de sentimientos e ideas, que se ha esbozado en la niñez, reaparecen en ciertas ocasiones, después de reprimidos, durante largo trecho de la vida» (140). «Las reputaciones de la escuela suelen ser mal descuento del porvenir»; tales fueron los casos de Santo Tomás, el Dominiquino y Pestalozzi (141).

Hay casos de presagios negativos y falaces: «¿Quién imaginaría que Beethoven abominó la música en su infancia? ¿Quién llegaría a sospechar que Federico el Grande detestaba el ruido de las armas cuando su padre preparaba para él los ejércitos de Friedberg y de Lissa?» (142).

En la expresión de una comparación manifestó su amor a los niños, al prologar *Narraciones de Juan Blanco de Acevedo:* «Este es un libro sano que viene a ocupar su puesto en una época literaria en que abundan libros enfermos, y en que la obra de los hombres nuevos de

(140) R.: Idem, págs. 119, 120 y 121.
(141) R.: Idem, pág. 124. XLVI. *Permanencia estática de una simiente apta para germinar.*
(142) R.: «M. de P.», págs. 124-125.

América suelen dejarnos esa impresión de disconveniencia que causa ver la palidez de la fiebre en la frente de los niños» (143).

b') *Tránsito de la infancia a la adolescencia.*

Este tránsito «es un caso natural de repentino cambio, el ser del niño resurte en ciertos momentos a la apariencia del alma del casi adolescente, y se da a conocer por puerilidades graciosas que resalta en medio de una seriedad temprana, hasta que, por fin, la fuerza que lleva adelante la vida aparta de su lado esos últimos vestigios de la edad que pasó» (144).

c') *La juventud.*

Véase en el capítulo VIII, «Filosofía de la Historia», el número 6: «La juventud, como agente de la Historia» (págs. 467-470).

m) *Psicología colectiva.*

«El mecanismo de la psicología colectiva (interpretó Rodó) no es diferente de la psicología individual; y en la una como en la otra, para que la idea... se haga carne en la acción, ha menester trascender el sentimiento, infa-

(143) R.: Prólogo a *Narraciones*, de Juan Blanco de Acevedo. En «El Q. V.», pág. 188.
(144) R.: «M. de P.», pág. 414.

lible resorte de la voluntad» (145). Estimó la docilidad para la sugestión en el pueblo como en el niño (146). Apreció la uniformidad de la masa: «Lo característico del sentido crítico de la mayoría es no entender de matices» (147).

Véase, sobre «Psicología de los pueblos», el número 7 del capítulo VIII: «Filosofía de la Historia» (páginas 470-475).

n) *Psicología aplicada.—El problema de la vocación.*

Rodó consagró gran parte de *Motivos de Proteo* al desarrollo del tema de la vocación. Los párrafos XI y XII (págs. 26-29 y 31-33); del XL al LXXIX (págs. 89-235), y del CIV al CX (págs. 305-342). Le Senne ha puesto de manifiesto la importancia social del problema de la vocación: «C'est l'ajustement des activités aux vocations qui constitue le principal problème social» (148).

Interpretó la vocación como instinto personal: «Hay una misteriosa voz que, viniendo de lo hondo del alma, le anuncia... el sitio y la tarea que le están señalados en el orden del mundo. Esta voz, este instinto personal, que obra con no menos tino y eficacia que los que responden a fines comunes de la especie, es el instinto de la vocación.» Se manifiesta la vocación de distintos modos: «A veces se revela tan temprano y tan anterior a toda emo-

(145) R.: «L. y J.», pág. 153.
(146) R.: *El rat-pick*. En «M. de P.», pág. 70.
(147) R.: «L. y J.», pág. 196.
(148) René Le Senne: *Traité de Moraleé Générale*. París, Presses Universitaires de France, 1949; pág. 650.

ción externa... Otras veces se manifiesta tan de súbito y de tan resuelta manera, cuando ya el alma ha entrado en el comercio del mundo... a veces, dura, como un mal de cuerpo, la huella que deja en la carne esa sacudida o arranque misterioso... la vocación prevalece sobre los más altos y categóricos motivos de determinación voluntaria... En medio de los obstáculos del mundo... se desenvuelve... Hay casos de «vocación tardía y melindrosa en declarar su amor, aun cuando luego pruebe, con su constancia, cuán verdadero era» (149).

En los párrafos X y XI de *Motivos de Proteo* se refiere a la vocación que fracasa: «A la vocación que fracasa puede suceder otra vocación» (150). «Una vocación que fracasa... suele ser, en el plan de la Naturaleza, sólo una ocasión de variar el rumbo de la vida sin menguar su intensidad ni su honor (151). «Aptitudes latentes, disposiciones ignoradas, tienen así la ocasión propicia de manifestarse... Yo llamaría estas disposiciones latentes que inhibe aquella que está en acto y goza de predilección: *las reservas* de cada espíritu» (152).

Hay aptitudes que se revelan con la pérdida de otras; tal fué el caso de Vauvenargues (153). Obstáculos de orden moral pueden motivar nuevas aptitudes: «Tal fué el

(149) R.: «M. de P.», págs. 89-92. En XL. *La vocación: su arraigo inconsciente.*

(150) R.: «M. de P.», pág. 28. X. *Actitud en la desilusión y el fracaso. Todo bien puede ser sustituído por otro género de bien.*

(151) R.: «M. de P.», pág. 31. XII. *El dolor de una vocación defraudada. Las «reservas» de nuestro espíritu.*

(152) R.: «M. de P.», págs. 32 y 33.

(153) R.: Idem, pág. 33. XIII. *Aptitudes que se revelan con la pérdida de otras.*

caso de La Rochefoucauld; en la antigüedad, la vocación de escritor de Salustio y del católico Moore» (154).

«La vocación es la conciencia de una aptitud determinada» (155). Esto es lo corriente, aunque no falten casos de universalidad en la aptitud, en las distintas edades de la Historia. En la antigüedad, Salomón y Aristóteles, modelo éste del tipo de hombre sabio; en el siglo XIII, Santo Tomás de Aquino, Rogelio Bacón, San Alberto Magno, Dante y Raimundo Lulio; en el Renacimiento, Leonardo de Vinci, y «si estuviera probado que Bacón y Shakespeare fueron uno, nunca las espaldas de Atlas habrían soportado tal orbe»; en la Edad Moderna, Leibniz. «Por bajo de los espíritus en que concurren sabiduría, arte y acción... cuéntanse... aquellos que comprenden, dentro del arte o de la ciencia, un grupo armónico de disciplinas..., así los que cultivan con fortuna todos los géneros literarios: como Manzoni, Voltaire, Lope de Vega» (156).

Con la complejidad de la vida, la vocación tiende a formas más concretas: «A medida que las sociedades avanzan y que su actividad se extiende y multiplica, como el árbol que crece, dando de sí ramas y ramúsculos, es ley que la vocación individual tome una forma más definida y concreta.» (157).

Apuntado queda en la psicología de las edades las observaciones de Rodó respecto a las niñeces proféticas y a presagios negativos y falaces de la niñez.

(154) R.: «M. de P.», pág. 36. XIV. *Obstáculos de orden moral que suscitan aptitudes nuevas.*

(155) R.: «M. de P.», pág. 93.

(156) R.: Idem, págs. 93-110. XLI. *Ausencia de vocación, una y precisa, por universalidad de la aptitud. Espíritus universales.*

(157) R.: «M. de P.», pág. 110.

La voluntad de los padres suele decidir la vocación de los hijos, generalmente y por diversas causas, sin que los acompañe el acierto. Menos frecuentes son los casos en que la observación del padre corrige una vocación falsa o dudosa. Cuando la voluntad del padre obra con acierto, «su eficacia es poderosa, casi tanto como el mismo don de la Naturaleza»; ejemplo laudable, el del pintor Mengs (158).

A veces, la vocación se anticipa a la aptitud. «No es esa vocación testimonio de una facultad real y efectiva, sino presentimiento de una facultad que ha de comparecer tardíamente» (159).

El hecho provocador es el que da lugar a que se manifieste la aptitud latente. «La *conversación*... es influencia fecunda en sugestiones... Pero ninguna manera de sugestión tiene tal fuerza con que comunicar vocaciones y traer a luz aptitudes ignoradas como la *lectura*» (160).

Aunque lo corriente es que la emulación excite «el ejercicio de una cierta aptitud», también puede ocurrir que «un deseo de contraste respecto de las obras ajenas... sean la energía que interviene para fecundar la vocación» (161).

El contraste puede ser estímulo de la vocación, ya en el género, o ya en la especie.

Antípodas de los espíritus universales, se ofrecen los espíritus de un solo tema: «Ocurre que ciertos espíritus,

(158) R.: Idem, págs. 125-128. XLVII. *La autoridad paterna. Los «oblatos».*
(159) R.: «M. de P.», pág. 129. XLVIII. *Vocación anticipada a la aptitud.*
(160) R.: «M. de P.», págs. 149, 152 y 153.
(161) R.: «M. de P.», pág. 157.

para precisar la verdadera especie de su vocación, hayan necesidad de restringir extraordinariamente el objeto de ella... Así, en pintura, los artistas que han sabido pintar flores y nada más que flores» (162).

Puede definirse la vocación por eliminaciones sucesivas. El estímulo es sostenido por un «sentimiento vago de la propia superioridad; un estímulo de ambición enérgica y emprendedora» (163). A veces, una respuesta de la fatalidad es la solución de la incertidumbre: «Cuando el motivo imperioso no surge de deliberación, se le crea artificialmente mediante un compromiso con el azar» (164). La mediocridad viene a ser manifestación de falsa universalidad: «La vocación vaga e incierta, prolongándose, suele traducirse, no en abstención e indolencia, sino en una actividad de objeto indistinto: en una falsa universalidad... Es la mediocridad a causa de aplicación somera y difusa» (165).

Rodó consideró la acción de la voluntad en el problema de la vocación: «Toda aptitud superior incluye en sí, además del natural privilegio de la facultad en que según su especie radique, un elemento de naturaleza volitiva, que la estimula a la acción y la sostiene en ella» (166). Interpretó el amaneramiento como limitación de la voluntad: «El amaneramiento, que hace resumir el espíritu del artista dentro de sí propio, es frecuentemente también una limitación de la voluntad» (167).

(162) R.: Idem, pág. 162.
(163) R.: Idem, pág. 164.
(164) R.: Idem, pág. 167.
(165) R.: Idem, pág. 169.
(166) R.: Idem, pág. 170.
(167) R.: Idem, pág. 174.

Aunque el exceso de amor paraliza la aptitud, «¡ay de aquel que no lleva inoculado en las venas un poco de este veneno estupefaciente!... En porción parca, él no inhibe ni hechiza, sino que presta divino rito y perseverancia a las energías indómitas... El *Nulla dies sine linea* puede referirse a la línea que se retoca o sustituye, no menos que a la enteramente nueva... no siempre la mayor realización de fuerza está del lado de quienes más producen» (168). Las colaboraciones son casos de concordancias de voluntades: «La vocación es entonces un solo *llamado* que oyen simultáneamente dos almas y cuyo fin y propósito sólo puede ser desempeñado entre los dos» (169). Puede ser eficaz la desemejanza entre las aptitudes, siempre que las diferencias puedan reducirse a unidad superior; «Goethe lo expresó, refiriéndose a su amistad con Schiller, cuando dijo que la eficacia de su unión consistía en que, *siendo ambos de muy contraria naturaleza*, tendían a un fin único» (170).

Consideró los casos del paso de una vocación a otra. «Interesante objeto de estudio sería el del paso de una vocación a otra... El tránsito de *Marta* a *María*, de la vida de acción a la de contemplación, es cambio frecuente en el declinar de la existencia que empezó consagrada a las artes de la voluntad... Tal sucesión de aptitudes vese, particularmente, en la vida de los grandes historiadores.» Tucídides, Tácito y Polibio, entre los historiadores clásicos; los cronistas que preceden a la gran historia clásica, Joinville y Fernán Pérez de Guzmán; entre los

(168) R.: Idem, págs. 181 y 182.
(169) R.: Idem, pág. 185.
(170) R.: Idem, pág. 190.

historiadores del Renacimiento, Guicciardini, Hurtado de Mendoza, Francisco de Melo; entre los modernos, Guizot y Niebuhr. Alguna vez también la inspiración poética, como en Silo Itálico. «Y el interés de la especulación filosófica... en la vida de Destutt du Tracy» (171). «El hecho contrario, de la ciencia o el arte, a la vida de acción, es hecho que reproduce, a menudo, cuando a largos períodos de paz suceden grandes sacudimientos revolucionarios o guerreros. Naturalezas esencialmente activas, a quienes la quietud del ambiente mantiene ignorantes de su radical vocación» (172). Caso de la variedad del arte a la ciencia fué el de Herschell, «el estudio de la armonía atrajo su atención a las matemáticas puras, y éstas le pusieron en camino de... la ciencia de los cuerpos celestes» (173). «Es menos frecuente la transición «de la ciencia al arte» (174). De un arte a otro es caso muy frecuente y ejemplo «nuestro contemporáneo Bartholdi, cuyo numen renunció al amor de la pintura para desposarse con la estatua» (175). Ceán Bermúdez es ejemplo de paso de producción a la crítica, «menos común en las artes plásticas que en el de la palabra, porque el crítico es genéricamente un escritor» (176). De la ciencia a la fe son los casos de conversión, «alguna vez sublime. Sublime es, desde luego, en Pascal» (177). La seducción de lo sobrenatural puede apartar al artista del cultivo del arte:

(171) R.: Idem, págs. 191 y 192-195.
(172) R.: Idem, pág. 195.
(173) R.: Idem, págs. 196-197.
(174) R.: Idem, pág. 198.
(175) R.: Idem, pág. 199.
(176) R.: Idem, pág. 199.
(177) R.: Idem, pág. 200.

«El *Botticelli,* a quien aleja del arte la palabra de fuego de Savonarola» (178). En otras ocasiones, la seducción de lo sobrenatural deja subsistir la aptitud como vocación subordinada; fué el caso de Fray Bartolomé de San Marcos «limitándose a fijar en el lienzo imágenes sagradas» (179). Una primera vocación deja vestigios en otra que la sustituye: «Así, en Ignacio de Loyola, la institución del fundador que se desviste la armadura dura para ceñirse los hábitos, muestra, en su índole y carácter, temple de milicia» (180). Apunta una sugerencia para el estudio de la psicología de los artistas: «En general, si se conociera menudamente la historia psicológica de todos aquellos artistas cuyo estilo y manera se caracterizan por alguna singularidad que se relacione con la transposición de los procedimientos de un arte al campo de otro, yo creo que se había de encontrar casi constantemente la clave de una primera vocación truncada y sustituída» (181).

Aconseja, ante los riesgos y engaños en el cambio de vocación: «Mientras que la vocación que se ha adoptado en un principio abone con sus obras la existencia real de la aptitud... debe continuarse siempre en torno de ella... Pero el abandono de la vocación verdadera y eficaz puede no ser sino una desviación transitoria, y a veces conducente y benéfica, después de la cual el espíritu

(178) R.: Idem, pág. 201.
(179) R.: Idem, pág. 201.
(180) R.: Idem, pág. 207.
(181) R.: Idem, págs. 208-209.

vuelve con nuevo ímpetu al cauce que le fué trazado por la Naturaleza» (182).

Considerando la naturaleza del medio social, lamenta Rodó: «¡Las fuerzas capaces de un alto dinamismo que quedan ignoradas, y para siempre se pierden, en el fondo oscuro de las sociedades humanas!... Muchas más son las semillas que la tierra deja perder que las que acoge» (183). En cuanto a la imitación: «La imitación es poderosa fuerza movedora de energías y aptitudes latentes mientras deja íntegra y en punto la personalidad, limitándose a excitar el natural desenvolvimiento de ella. Pero cuando la personalidad, por naturaleza, no existe, o cuando un supersticioso culto del modelo la inhibe y anula, la imitación no es resplandor que guía, sino bruma que engaña... Pero, aun cuando la vocación sea verdadera y nacida de la íntima posesión de la aptitud, para su disciplina y desenvolvimiento suele obrar también la imitación como fuerza excéntrica y perturbadora» (184). El medio y circunstancias, en ocasiones insuperables, malogran las ocasiones: «Otro maleficio de las cosas que clasificamos con el nombre de *medio* es el que se traduce por las vocaciones nobles, que, ya después de definidas y entradas en acto, la indiferencia común interrumpe y hiela... Aún hay más tristes que las que hiela lo ingrato del ambiente en connivencia con lo flaco de la voluntad, otras esperanzas perdidas. Pero sobre éstas no cabe sino

(182) R.: Idem, págs. 209 y 211, respectivamente, en LXX. *Riesgos y engaños en el cambio de vocación,* y en LXXI. *Desviaciones transitorias de la vocación y utilidad que cabe en ellas.*
(183) R.: «M. de P.», págs. 215 y 217.
(184) R.: Idem, págs. 225-226 y 227.

piedad y silencio... Los destinos segados por temprana muerte» (185).

En los párrafos CIV a CXI de *Motivos de Proteo* (páginas 305-342), trata el tema de la *asociación* o *subordinación* de vocaciones. A los casos de vocación absoluta, absorbente, «pueden oponerse aquellos en que una vocación predominante, sin disminución de su fervor, sino, por el contrario, persuadida de este mismo, suscita y estimula otras vocaciones secundarias, conviviendo con ellas y empleándolas como instrumentos suyos, con lo que se resarce de la parte que les cede de fuerza y atención» (186). Analiza casos en que coexisten sin asociarse, y distintos puntos de vista en la coexistencia y asociación de vocaciones. En los ejemplos abundan los nombres españoles.

Resume Rodó su concepto referente a vocación y aptitud: «La aptitud, en lo que tiene de virtual y primitivo, es secreto de la Naturaleza... La vocación es el sentimiento íntimo de una aptitud; la vocación es el aviso por que la aptitud se reconoce a sí propia... Pero no siempre vocación y aptitud van de la mano... Y si no cabe producir artificiosamente la aptitud superior... cabe formarla... robustecerla, mediante la doctrina, la educación y la costumbre» (187).

Clemente Estable aprecia el estudio de Rodó sobre las vocaciones: «En las obras de Platón hay pasajes alusivos a la aptitud, que define como «una feliz disposición

(185) R.: Idem, págs. 229 y 230.
(186) R.: Idem, pág. 305.
(187) R.: Idem, págs. 234-235. En LXXIX. *Resumen: Vocación y aptitud.*

del alma para aprender rápidamente (*La República*, tomo II, pág. 321. Perlado, Páez y Cía.). En tal sentido, la aptitud sería una de las maneras de la inteligencia (y es común que la rapidez de ésta no sea más pronto tenida en cuenta que su profundidad); pero existen aptitudes que parecen más instinto que inteligencia; de ahí que haya quienes consideren la aptitud como maneras del instinto... Como los anteriores y posteriores a él, Rodó juzga (con oscilaciones en su pensamiento) que la vocación, cuya naturaleza no discute, es distinta de la aptitud... Para Rodó, la vocación sería *la conciencia, el sentimiento íntimo, la íntima posesión de la aptitud*. Provendría, en último análisis, de la aptitud, siendo ésta otra cosa; constituiría como el estado afectivo-activo que surge de la conciencia de la aptitud, pero también está entredicho en *Motivos de Proteo* que la vocación es un espontáneo arranque de lo inconsciente, un arranque de sinceridad y libertad que llevaría al fondo del alma (lo mejor que mana del fondo del ser). Es ley (así lo cree Rodó) que la aptitud esté acompañada de la vocación que la ejercita; mas no olvida las excepciones y nos pone ejemplos hasta de un desdén por los dones que se tienen. Esta adversión (y la misma indiferencia por el ejercicio de los poderes espirituales) considerámosla del dominio de la patología (enfermedades de la vocación...), nadie antes que Rodó estudia mejor que él las vocaciones... Por importante que sea el estudio de Rodó sobre las vocaciones, la psicología de ésta no es su preocupación mayor, poco indaga su estructura psíquica: tema de toda su vida es la transfiguración de la personalidad, ¡y con qué maestría lo desarrolla!... En todo hombre

se dan todas las maneras del hombre. La diferencia es de grado... En mayor o menor grado, todos somos *homo multiplex*, y la vocación realiza, en lo hondo del alma, la unidad de la multiplicidad. Pero ella misma puede ser múltiple, en cuyo caso una suele prevalecer sobre las otras y las armoniza en la unidad de su esencia» (188).

Estable recuerda la afirmación de Marañón: «La vocación, que es, en su fondo biológico, aptitud» (189). «El distinguido endocrinólogo Gregorio Marañón, cuando confunde vocación con deseo y ambición (y se ha definido la vocación como un deseo, vulgar es el error), reduce, sin problema, toda la vocación a la aptitud» (190).

Don Carlos Gurméndez, agregado cultural a la Legación del Uruguay en España, en 1951, al intervenir en el Comité de Cooperación Intelectual, trató el problema de la vocación en Rodó, en su conferencia «Rodó y la idea de América». Sostiene Gurméndez que Rodó trata el problema del ser, tanto referido al individuo (persona), como al ser nacional, anticipándose a la posición de Sartre y Heidegger, especialmente la autenticidad, según el último. En el concepto de nación (juzga Gurmén-

(188) Clemente Estable: *Psicología de la vocación. Vocación y profesión.* Conferencia pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires (16 de octubre de 1941). En «Enciclopedia de Educación», págs. 78, 81, 82, 83 y 86.

(189) Gregorio Marañón: *Vocación y Etica.* Madrid, Espasa-Calpe, 1935; pág. 41.

(190) C. Estable: Ob. cit., pág. 83.

dez). Rodó no es propiamente antiyanqui, sino que trata de defender la autenticidad de la personalidad nacional frente a influencias extrañas (191).

o) *Psicología racional. Vida y alma.*

Sin plantearse Rodó explícitamente problemas de psicología racional, se refirió ya, en *El que vendrá*, a «la infinita sed de expansión del alma humana» (192).

En carta a Piquet, aludió a «el desvanecimiento de esta gran ilusión a que llamamos vida» (193).

En *Motivos de Proteo* identifica la filosofía de la acción y de la vida: «renovarse, transformarse, rehacerse... ¿no es ésta toda la filosofía de la acción y la vida? ¿No es ésta la vida misma, si por tal hemos de significar. en lo humano, cosa diferente en esencia del somnambulismo y del vegetar de la planta?...» (194). Expresó en *Pensamientos inéditos:* «Yo concibo la vida como una continua movilidad y variación que dé nuevos, siempre nuevos alicientes al espíritu, librándole del tedio y la

(191) Datos tomados de la conversación con don Carlos Gurméndez el 13 de julio de 1951. En el momento de redactar esta parte de la tesis, me informa la Oficina de Educación Iberoamericana, de Madrid, que en fecha cercana se publicarán las Actas del Congreso de Cooperación Intelectual, hallándose en la imprenta la Conferencia de don Carlos Gurméndez.

(192) R.: «El Q. V.», pág. 12.

(193) R.: Carta a don Juan Francisco Piquet (Montevideo, septiembre de 1904). En «El Q. V.», pág. 214.

(194) R.: «M. de P.», pág. 24. VII. *Cambio consciente y orientado siempre.*

monotonía de una existencia inmovilizada como la de la ostra en la peña» (195).

Según Luis Gil Salgueiro: «Rodó tiene el sentimiento de los desarrollos; siente *más* la vida como posibilidad remotísima de hondos movimientos que como potencia de prodigios creadores» (196).

Goldberg deduce del concepto rodoniano de la vida una importante aplicación a la educación moderna: «una aplicación importantísima de su fecundo principio a la educación moderna... Siendo la vida un perpetuo *devenir*, el conocimiento ha de ser una constante adquisición» (197).

«Para él —interpreta Zaldumbide— la vida tiene su fin en sí misma, o se lo asigna, no como límite, pero sí como deber. Y este fin es el incesante perfeccionamiento, la educación indefinida de la voluntad, el sobrepasarse y ser cada vez más y mejor, no en el sentido nietzscheano... sino en el sentido «humano, demasiado humano» de que es preciso hacer algo» (198).

---

(195) R.: *Pensamientos inéditos.* En «El Q. V.», pág. 282.

(196) Luis Gil Salgueiro: *Ideario de Rodó. Preludios de una filosofía del heroísmo.* Ordenación de ——. Montevideo, Ministerio de Instrucción Pública. Biblioteca de Cultura Uruguaya. Imprenta L. I. G. U., 1943; pág. 243.

(197) I. Goldberg: *La lit. hispanoam.*, pág. 243.

(198) G. Zaldumbide: *J. E. Rodó*, pág. 58.

3.—*Lógica y epistemología.*

a) *Concepto de la Lógica.*

Apunta el voluntarismo en su frío concepto de la Lógica: «Yo tengo la lógica, que no es más que la verdad paralítica; pero en usted habla el instinto vital de la esperanza, madre de toda energía y, al cabo, de toda verdad» (199). «En la generación del convencimiento y la creencia, el socorro de la voluntad suple infinito» (200).

b) *Clasificación.*

Admite la necesidad de clasificar, aunque no se pueda rebasar la imprecisión del lenguaje: «La necesidad de clasificar y poner nombre a nuestras maneras de pensar no se satisface sin sacrificio de alguna parte de lo que hay en ellas de más esencial» (201).

c) *Inducción.*

La inducción puede aplicarse no sólo en las ciencias de la naturaleza, sino también en las del espíritu, aunque su amplio campo se ofrece más en aquéllas que en éstas. «Aun prescindiendo de las ciencias de la naturaleza..., aun en las ciencias del espíritu y de la socie-

---

(199) R.: *La esperanza en la Nochebuena.* En «El C. de P.» pág. 159.

(200) R.: «M. de P.», pág. 395.

(201) R.: Idem, pág. 382.

dad, donde la observación sensible no es tanta parte del método, pero es siempre parte importantísima, fácil será imaginar hasta qué punto puede acrisolarse la eficacia de la observación, en quien ha nacido para ejercitarla, con la infinita diversidad de las circunstancias y los hechos; ...y el poner a prueba cada día la inducción naciente en nuevas piedras de toque, con que se lleve a sus posibles extremos de rigurosidad las que llamó Bacon *tablas de ausencia y de presencia*» (202).

d) *Intuición.*

Alabó Rodó «la maravillosa intuición que el amor presta para ver en lo hondo de las almas» (203). La intuición puede manifestarse en el erudito, en el arquitecto artista, en los novelistas históricos y en psicólogos y moralistas.

«Es hermosa y fecunda entre todas las aplicaciones del espíritu la obra inspirada del investigador que, levantando la curiosidad erudita a la condición de una simpatía inexhausta, y guiado por aquella luz intuitiva que no se suple con la prolijidad de los documentos ni con la certidumbre de las cosas externas, penetra en la profundidad del tiempo muerto, como para restituirle su alma» (204).

(202) R.: Idem, pág. 280. XCVII. *Los viajes en la revelación y el desenvolvimiento de las vocaciones científicas. Montesquieu, Stuart Mill...*
(203) R.: «M. de P.», pág. 126.
(204) R.: *Juan María Gutiérrez.* En «El M. de P.», págs. 434-435.

MONTEVIDEO

«El arquitecto artista es, por esencia de su oficio, el ejecutor de una obra de utilidad, a que concurren la Geometría y la Mecánica; y para complemento y realce de lo que hay, en su labor, de ciencia aplicada, pone su intuición de belleza» (205).

«La ciencia de las cosas pasadas, subordinándose a la intuición, por modo artístico, de la misma muerta realidad, concurre a la aptitud peculiar de los novelistas históricos, como Walter Scott, Freytag y Manzoni» (206).

«Pertenecen a la intuición de nuestro psicólogo y del moralista redentor descubrir esos aliados suyos contenidos en la pasión o el hábito de que se proponen emancipar un alma, y combatir a éstos en su propio seno» (207).

La intuición explica el triunfo del poeta. «Consiste el triunfo del poeta en agrupar las palabras de modo que den la intuición aproximada de esa originalidad individual del sentimiento, merced a la sugestión misteriosa que brota del conjunto de las palabras que el genio elige y reúne» (208).

«Hay en la inspiración moral, como en la alta invención poética, un género de potencia adivinatoria; y lo característico, en uno como en otro caso, es anticipar por la síntesis alada de la intuición lo que se recompondrá, tras largos ordenados esfuerzos, con los datos menudos del análisis» (209).

(205) R.: «M. de P.», págs. 322-323.
(206) R.: Idem, pág. 320.
(207) R.: Idem, págs. 401-402.
(208) R.: Idem, pág. 425.
(209) R.: «L. y J.», pág. 169.

e) *Verdad y certeza.*

Rodó subordina las verdades particulares a la verdad infinita: «No hay término final en el descubrimiento de lo verdadero... sino cadena de revelaciones... en el seno de la infinita verdad» (210).

En *Cuadro de otoño* sostiene lo firme de la certidumbre: «Sobre el desconcierto de las hojas caídas se yergue la armazón escueta de los árboles, firme y desnuda como la certidumbre» (211).

f) *La duda y la fe.*

Rodó antepone la fe a la dudosa esperanza. En el párrafo CXXXV de *Motivos de Proteo* (págs. 393-394), después de referir la parábola de «Los tres cuervos del descubrimiento de Islandia», se pregunta: «¿Sacrificarás tu fe a una esperanza aleatoria? El mar por donde se arriesgan los que dudan está lleno de naves inmóviles o errantes, sobre cuyo mástil más alto domina, como grímpola negra, un triste cuervo, posado en desolante quietud» (212); «por el camino de la duda mortal no es posible llegar más que a la realidad de la decepción que ella anticipa y de la sombra que ella prefigura» (213).

(210) R.: «M. de P.», págs. 380-381.
(211) R.: Idem, pág. 451. CLVII. *Cuadro de otoño.*
(212) R.: Idem, pág. 394.
(213) R.: Idem, pág. 433. CXLIX. *El primer instrumento de la regeneración es la esperanza de alcanzarla.*

La «fe se opone al desconcierto del alma y a la frigidez que la hiela» (214).

Sin explayarse en apreciaciones sobre la duda cartesiana, afirma ser la duda laboriosa principio de disciplina: «En el fuerte, la duda no es desconcierto ni ocio. La duda laboriosa es, como la fe, principio de disciplina» (215).

g) *La causalidad.*

No hay hecho que por pequeño pueda ser desdeñado, afirma en el párrafo XXXVI de *Motivos de Proteo*. En el párrafo XXXIX: «El hecho nimio y la invención», insiste en la misma idea.

Rodó generaliza la teoría de las causas actuales a la interpretación de los humanos destinos. Carlos Lyell, que tanto influyó en Darwin, inició en sus *Principles of Geology* (1830-1833) la teoría de las causas actuales, fundamento de la geología moderna. En *Motivos de Proteo* sostiene Rodó: «La eficacia de las *causas actuales*, por las que el sabio explicó, mostrando el poder de la acumulación de acciones insensibles, los mayores cambios del orden, alcanza también a la historia del corazón humano. Las *causas actuales* son la clave en muchos enigmas de nuestro destino» (216).

(214) R.: «M. de P.», pág. 396.
(215) Título del párrafo CXXXVI de «M. de P.».
(216) R.: «M. de P.», págs. 10-11. I. *Reformarse es vivir. Nuestra transformación personal en el tiempo.*

4.—*Etica y estética.*

a) *Etica y estética.*

A la manera platónica, identifica bien y belleza: «Considerad al educado sentido de lo bello el colaborador más eficaz en la formación de un delicado instinto de justicia... Nunca la criatura humana se adherirá de más segura manera al cumplimiento del deber que cuando, además de sentirlo como una imposición, lo sienta estéticamente como una armonía» (217).

Como un hombre del Renacimiento, piensa: «En su relación con lo moral, no sólo en los dominios del arte propendo a conceder a cuanto es bello una irresponsabilidad olímpica, sino que, dentro de la misma realidad y de la misma acción, concedo que allí donde lo bello es el fin o la forma de lo malo, lo malo no se cohonesta, pero sí se atenúa» (218).

Se adhirió a la refutación que Menéndez Pelayo formulara respecto a la interpretación de la estética por Jungmann (219).

Korn, en su conferencia «Comentos de filosofía contemporánea», afirma que la vida intensa debe animarse con anhelos de justicia y belleza: «El precepto de hacer la vida intensa no importa disiparla en la lucha eco

(217) R.: «A.», págs. 58-59.

(218) R.: *El rat-pick.* En «El M. de P.», págs. 58-59.

(219) R.: *Un libro de crítica.* Artículo sobre la segunda serie de *Estudios de crítica literaria*, por Menéndez Pelayo. En «El Q. V.», págs. 58-59.

nómica, ni en los impulsos instintivos; tienda, por el contrario, a animarla con anhelos de justicia y de belleza, de suerte que el sentido de la mesura y una emotividad más estética moderen el conflicto de las pasiones y de los intereses» (220). En la época en que Korn formuló la apreciación expuesta, Colmo creyó inconveniente el ideal de belleza de Rodó, por estimarlo inadaptado a la realidad ambiente de su tiempo (221).

Jiménez Pastor apreció el apostolado ético y estético de Rodó: «El objetivo de ese hermoso apostolado ético y estético que Rodó cumplió con tan alta y serena elocuencia, con tan profundo sentido artístico y moral; apostolado sin dejo remoto de autoridad impertinente o presunción dogmática, amable magisterio de lo bello, iluminado por la sonrisa de las Gracias... Como alta poesía concibió la vida toda este moralista que en la belleza encontrara el más noble y eficaz agente de armonía espiritual y social» (222).

Zaldumbide señaló en Rodó la superación de la moral clásica, por su compenetración con el cristianismo: «Tuvo el helénico amor de la acción por la acción, por su propia belleza o bondad. Moral clásica, vuelta en él

(220) Korn: *Comentos de Filosofía contemporánea.* Conferencia leída en el acto académico de su recepción en la Academia de Filosofía y Letras. Apud: Gregorio Bermann: *Las orientaciones de la filosofía contemporánea. Los rumbos actuales de la Filosofía.* En «Nosotros». Buenos Aires, mayo de 1917; págs. 179-180.

(221) Alfredo Colmo: *La filosofía de Rodó.* En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917; págs. 179-180.

(222) Arturo Jiménez Pastor: *José Enrique Rodó.* Discurso en la Facultad de Filosofía y Letras. En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917; pág. 18.

más íntima, por su compenetración con la irrenunciable sensibilidad cristiana. Dulcificada por esta virtud, bastaba a mantener y levantar la consciencia de una dolorosa comunidad con los inferiores y a cubrir las asperezas que la edad antigua despojaba del necesario amparo fraterno» (223).

b) *Belleza, bien y verdad.*

Razona Rodó en defensa de lo bello: «Para que la mayoría de los hombres no se sientan inclinados a *expulsar las golondrinas de la casa*, siguiendo el ejemplo de Pitágoras, es necesario argumentarles, no con la gracia monástica del ave, ni su leyenda de virtud, sino con que la permanencia de sus nidos no es en manera alguna inconciliable con la seguridad de los tejados» (224).

Insiste en la trascendencia de lo bello: «Cierto es que la santidad del bien purifica y ensalza todas las groseras apariencias... Pero no es sólo más hermosa, sino mayor, la caridad que anhela transmitirse en las formas de lo delicado y lo selecto...; añade a sus dones un beneficio más... realza el bien que se concede, como un toque de luz. Dar a sentir lo hermoso es obra de misericordia... La virtud es también un género de arte, un arte divino: ella sonríe maternalmente a las Gracias» (225).

(223) G. Zaldumbide: *J. E. Rodó*, págs. 90-91.
(224) R.: «A.», pág. 69.
(225) R.: Idem, pág. 60.

Fascinado por el ideal esteticista, llega a estimar el buen gusto rienda firme del criterio: «Cultivar el buen gusto no significa sólo perfeccionar una forma exterior de la cultura, desenvolver una aptitud artística, cuidar con exquisitez superflua una elegancia de la civilización. El buen gusto es «una rienda firme del criterio» (226). No obstante, juzga que el buen gusto no puede ser único criterio moral, mas tampoco debe considerársele como tentación del error: «No es, por cierto, el buen gusto, como quería cierto liviano dilettantismo moral, el único criterio para apreciar la legitimidad de las acciones humanas; pero menos debe considerársele, con el criterio de un estrecho ascetismo, una tentación del error y una sirte engañosa» (227).

Confiando en el progreso humano, espera que llegue a interpretarse la ley moral como una estética de la conducta. «A medida que la Humanidad avance, se concebirá más claramente la ley moral como una estética de la conducta... La idea de un superior acuerdo entre el buen gusto y el sentido moral es, pues, exacta, lo mismo en el espíritu de los individuos que en el espíritu de las sociedades... La esclavitud afea al mismo tiempo que envilece; la conciencia de su armonioso desenvolvimiento imprime a las razas libres el sello exterior de la hermosura» (228).

En la jerarquía de los valores, estimó altos fines del alma el bien, la verdad y la belleza: «Indudablemente, ninguno más seguro entre los resultados de la estética

(226) R.: Idem, pág. 64.
(227) R.: Idem, pág. 60.
(228) R.: Idem, págs. 61 y 66.

que el que nos enseña a distinguir en la esfera de lo relativo lo bueno y lo verdadero de lo hermoso, y aceptar la posibilidad de una belleza del mal y del error. Pero no se necesita desconocer esta verdad, *definitivamente* verdadera, para creer en el encadenamiento simpático de todos aquellos altos fines del alma, y considerar a cada uno de ellos como el punto de partida, no único, pero sí más seguro, de donde sea posible dirigirse al encuentro de los otros» (229).

c) *La virtud.—La fe y la esperanza.*

Precisó Luis Amador Sánchez: «Ha poetizado la constancia de la fe en su narración titulada *Los seis peregrinos*» (230).

Santo Tomás (1.ª, 2ae, q. XL, a. 8, c.) consideró: «El éxito de la esperanza es un verdadero estimulante» (231). De la esperanza humana, dijo Rodó: «La esperanza humana es como estas enredaderas a las que basta, para centro y sostén, el tenuo rodrigón de un hilo. Busca su eje ideal y lo encuentra en una levedad, en un soplo, en una sombra. Por eso persistirán eternamente las infinitas formas de la fe, de que no nos eximimos los incrédulos» (232). Bien pudo afirmar Andrade Coello: «Rodó... habla de la esperanza como inagotable manantial que refresca a las almas» (233).

«Enseña, en suma —apreció Zaldumbide— que la virtud, no la felicidad, es el mayor bien» (234). Afirmó Rodó: «Sólo los hombres que han sido virtud, carácter, inteligencia, merecen el homenaje de los pueblos y el recuerdo de la posteridad. Estas tres superioridades eternas: inteligencia, carácter y virtud» (235).

d) *El arte.*

Concibe el arte «señor de sí, desinteresado y libre», pero no indiferente «por lo que pasa en nuestras almas... Sólo el arte indiferente y glacial puede aspirar a ser el arte inmóvil» (236).

Consideró la sinceridad fundamental en el arte: «La sinceridad, que le hace dueño del espíritu. De la sinceridad adquiere al mismo tiempo su encanto y su poder: ella es su fuerza y su gracia» (237).

El arte debe vivir en autonómica hermandad con las obras humanas: «Yo he pensado siempre que, aunque la soberana independencia del arte y el valor sustancial de la creación de belleza son dogmas inmutables de la

(229) R.: Idem, pág. 66.
(230) Luis Amador Sánchez: *El pensamiento vivo de Rodó*. En «Univ. de Antioquia», núm. 99; págs. 282-283.
(231) Citado por el P. Lejeune: *Las Pasiones*. Traduc. por Emilio Angel Roig. Barcelona: Gustavo Gili, editor; MCMX; pág. 136.
(232) R.: *La esperanza en la Nochebuena*. Turín, diciembre 1916. En «El C. de P.», pág. 157.
(233) A. Andrade Coello: *Al margen de «El camino de Paros»*, pág. 31.
(234) G. Zaldumbide: *J. E. Rodó*, pág. 58.
(235) R.: *La vuelta de Juan Carlos Gómez*. Discurso del 8 de octubre de 1906. En «El M. de P.», pág. 22.
(236) R.: *La N. N.* En «Q. V.», págs. 141-142.
(237) R.: Idem. En «El Q. V.», pág. 142.

religión artística, nada se opone a que el artista, que además es ciudadano, es pensador, es *hombre*, infunda en su arte el espíritu de vida que fluye de las realidades del pensamiento y de la acción, no para que su arte haga de esclavo de otros fines, ni obre como instrumento de ellos, sino para que viva con ellos en autonómica hermandad, y con voluntaria y señoril contribución se asocie a la obra humana de la verdad y del bien» (238).

Encuentra las fuentes de la poesía y del arte en el «sentimiento de belleza cuando le imprime finalidad el deseo de engendrar imaginarias criaturas que gocen tan propia y palpitante vida como las que el amor engendra en el mundo» (239).

Interpretó la leyenda de la invención del dibujo «significativa y pintora, mezcla de esta divina fuerza del amor a los orígenes de la invención, al risueño albor de las artes.

«—¿Recuerdas la tradición antigua de cómo fué el adquirir los hombres la habilidad del dibujo? Despedíase de su enamorada un mozo de Corinto. Sobre la pared la luz de una lámpara hacía resaltar la sombra del novio. Movida del deseo de conservar la imagen de él consigo, ideó ella tomar un pedernal o un punzón, o acaso fué un alfiler de sus cabellos, y de este modo, siguiendo en la pared el perfil que delineaba la sombra, lo fijó, mitigando, merced a su arte sencillo, el dolor que le preparaba la ausencia; de donde aprendieron los

(238) R.: *Una bandera literaria. A. D. F. García Godoy.* En «M. de P.», pág. 214.
(239) R.: «M. de P.», pág. 144. LIV. *Amor y arte.*

hombres a imitar sobre una superficie plana la forma de las cosas» (240). La tradición renace en la leyenda del arte de imprimir. Un flamenco de Harlem grabó en la fresca corteza de un sauce una carta que destinaba a su amada, «envolvió la lámina en un pergamino... y desenvolviéndola luego, halló reproducida en el pergamino la escritura, merced a la humedad de la savia; y esto fué, según la leyenda, lo que, sabido de Gutenberg, depositó en su espíritu el germen de la invención sublime. ¡Mentira con alma de verdad!» (241).

El arte es la aristocracia del espíritu. «Dentro del arte... es donde el sentido de lo selecto tiene su más natural adaptación, vibran con honda resonancia las notas que acusan el sentimiento» (242). Son manifestaciones de la negación del arte: «La brutalidad del efecto rebuscado, el desconocimiento de todo tono suave y de toda manera exquisita, el culto de una falsa grandeza, el *sensacionismo* que excluye la noble serenidad inconciliable con el apresuramiento de una vida febril» (243).

Tanto «en la esfera del pensamiento especulativo como en la del arte», «el más alto de los triunfos» es el «efecto de serenidad ideal», como ocurría al espectador de la antigua tragedia, al conseguir «la solución y purificación de todo conflicto de pasiones» (244).

(240) R.: Idem, págs. 139-140. LIII. *La leyenda del dibujo y la de la imprenta. El amor en las vocaciones.*
(241) R.: «M. de P.», pág. 140.
(242) R.: «A.», pág. 83.
(243) R.: Idem, pág. 112.
(244) R.: «L. y J.», pág. 204.

El poeta y el artista «tiene por norte sentir y realizar lo hermoso... el artista es la sensibilidad hecha persona». Concibe el término artista en su más amplia significación: «Todo el que, con sus escritos, con su prédica o su ejemplo viste de hermosura y claridad una idea» (245).

e) *La creación artística.*

El platonismo de los *Diálogos de Amor,* de León Hebreo, informa su concepto de la creación artística. La creación artística debe ser como había sido la estatua de Cesárea: «pura forma sensible del amor... Este es el proceso en la invención del artista; ésta, la «misteriosa generación» de lo bello, de que habló el Sócrates platónico: una belleza entrevista, que enciende amor, deseo de tenerla, anhelo de fijarla» (246).

f) *El estilo.*

Es el estilo «el sesgo peculiar que ha de prevalecer definitivamente en la obra de un escritor o un artista», y «no es caso extraordinario... se relacione... con las impresiones que lo modelaron en sus primeros años» (247).

En el Prólogo a *América,* de Abel J. Pérez, precisó

(245) R.: *El libro.* En «El C. de P.», pág. 37.
(246) R.: *La estatua de Cesárea.* En «N. M. de P.», págs. 64 y 65.
(247) R.: «M. de P.», pág. 121. XLV. *Augurios falaces. Las niñeces proféticas.*

«las cualidades esenciales del estilo didáctico: elegante sin afectación» y sencillo sin trivialidad (248).

Rechazó Rodó la teoría spenceriana del estilo: «Aquella spenceriana teoría del estilo, que se nos enseñara en cátedra y que reduce el secreto de la buena forma literaria a la economía de atención, es ineficaz y falsa de todo punto cuando se trata de penetrar en el carácter de la expresión verdaderamente artística» (249).

g) *Las escuelas.—La originalidad literaria.*

Según Gallinal, Rodó contribuyó a restablecer la entereza del arte: «Le pareció abominable cobardía, o perniciosa disminución, el apartamiento en solitarias capillas o cenáculos, donde la potencia de crear belleza y difundir verdad se agota en juegos del espíritu, efímeros y pueriles» (250). En carta a Unamuno, escribió Rodó: «También estoy convencido de que sin una ancha base de ideas y sin un objetivo *humano* capaz de interesar profundamente, las escuelas literarias son cosa leve y fugaz» (251).

En *Motivos de Proteo* se expresó así: «¡Cuándo nos persuadiremos de que los caracteres por que se distinguen las escuelas de arte... son diferencias que atañen a la historia y clasificación de los espíritus, mucho más

(248) R.: Prólogo a *América,* de Abel J. Pérez, pág. 7.
(249) R.: *Cómo ha de ser un diario.* En «El C. de P.», pág. 34.
(250) Gustavo Gallinal. Citado por Vicente Clavel en el Prólogo a «N. M. de P.»; edit. Cervantes; Barcelona, 1927; pág. 16.
(251) R.: Carta a Unamuno. Montevideo, 12 octubre de 1900.

que a la potestad disciplinaria de las ideas; y de tal modo ha de considerárselas, no ya respetando, sino suscitando y favoreciendo en cada cual la espontaneidad del impulso, venido de lo hondo de sí mismo!... Pero es grande el poder de las fórmulas, y por mucho que se alardee de amplitud, la tiranía del gusto de una época produce al fin, fuera de algunos espíritus solitarios, una falsa uniformidad, que se logra siempre a costa de buena parte de naturalezas violentadas y sacadas de quicio...; toda relación es posible y fecunda mientras se contenga en el fondo y sedimento del espíritu, donde hunde sus raíces la obra y deje libre el sagrado misterio de la generación estética» (252).

La originalidad literaria depende, «en primer término, de la sinceridad con que el escritor manifiesta lo hondo de su espíritu, y en segundo término, de la precisión con que alcanza a definir lo que hay de único y personal en sus imaginaciones y afectos. Sinceridad y precisión son resortes de la originalidad» (253).

h) *La poesía.*

En el número 16 del capítulo I, «Biografía y semblanza», nos referimos a la labor poética de Rodó y consignamos algunos testimonios del propio Rodó, demostrativos de su simpatía por la poesía.

Apuntado queda su concepto del poeta y del artista: «el que tiene por norte sentir y realizar lo hermoso» (254). El poeta, en el transporte de la inspiración, se identifica con el objeto amado: «En los transportes de la imitación poética, como en los del misticismo religioso, es lo primero la infinita voluntad de identificarse con el objeto amado» (255); «se levanta el verso para dar al idioma del alma apasionada el arco que acrecienta su ímpetu» (256).

No concibe la poesía fría, inexpresiva: «No hay plenitud de poesía sino allí donde se une a la obra de la naturaleza la vibración, el dejo del sentimiento humano» (257). Juzga poéticamente el libro de versos: «Un libro de versos es la delicada fuente de fresas donde sólo place ver admitidos, sobre el esmalte y el cristal, las frutas perfumadas, el azúcar níveo y bien cernido, los ampos más blancos de la nata...» (258).

Partidario Rodó de la «literatura de ideas» (259), prefiere el verso que hace pensar y sentir: «Alaben otros, ¡oh poeta!, la perfección de tus ánforas cinceladas. Yo prefiero decirte que tu verso sabe hacer pensar y sabe hacer sentir; que tu poesía tiene un ala que se llama emoción y otra ala que se llama pensamiento» (260).

Con fervor españolista celebra la seguidilla: «Esa estrofa alada y *balzante*, esa pequeña ánfora lírica donde el pueblo ha derramado todos los jugos de su cora-

(252) R.: «M. de P.», págs. 228 y 321.
(253) R.: Idem, pág. 425.
(254) R.: Idem, pág. 144. LIV. *Amor y arte.*
(255) R.: «R. D.». En «H. de A.», pág. 147.
(256) R.: «M. de P.», pág. 137.
(257) R.: *Cielo y agua. A bordo del «Amazón».* Agosto de 1916. En «El C. de P.», pág. 65.
(258) R.: «R. D.». En «H. de A.», pág. 141.
(259) R.: Carta a Unamuno. Montevideo, 25 de febrero de 1901.
(260) R.: *En el álbum de un poeta.* En «El M. de P.», pág. 317.

zón, está contada con cifra de españolismo poético y como el alma melodiosa de la vida de España» (261).

Admite el ritmo de la prosa, distinto del ritmo del verso: «¿Quién duda ya de que la caricia para el oído, la virtud musical, sean tan propias de la prosa como del verso? Midas no serviría más para prosista que para versificador. Toda frase tiene un oculto número. El párrafo es estrofa... Pero, por lo mismo que es indudable que hay un ritmo peculiar y distinto para cada forma de expresión, uno y otro ritmo no deben confundirse nunca, y mucho menos debe intentar combinarse la flotante armonía de la prosa con el recurso de la rima para obtener una hibridación comparable a la de ciertos cronicones latinos de la Edad Media» (262).

i) *La novela y el cuento.*

Afirma la superioridad jerárquica de la novela entre los géneros literarios, «por su mejor adaptación a las oportunidades del espíritu contemporáneo» (263). «No hay facultad artística superior a la de invención de los caracteres. El novelista lo es en más o en menos alto grado según la fuerza de su poder característico... La psicología novelesca se alimentará siempre, preferentemente, de lo raro y excepcional en materia de caracteres humanos» (264).

(261) R.: «R. D.». En «H. de A.», pág. 144.
(262) R.: «R. D.». En «H. de A.», págs. 158-159.
(263) R.: Prólogo a *Narraciones*, de Juan Blanco de Acevedo. En «El Q. V.», pág. 184.
(264) R.: *La raza de Caín*. Carta a Carlos Reyles. En «El M. de P.», págs. 133 y 134.

La novela ha sustituído a la épica: «La épica inexhausta y proteiforme de nuestro tiempo es la novela... con su abreviada imagen: el cuento, que es una novela menor, más alada, más leve, más primorosa...» (265).

Señala una condición común al novelista, al dramaturgo y al historiador: «La visión intuitiva y completa de un alma personal, de modo que... aparezca, en la imagen que se trace de ella, el coro de los sentimientos e impulsos secundarios, es la condición maestra en el novelador y el poeta dramático que imaginan nuevas almas, y en el historiador que reproduce o interpreta las que fueron» (266).

j) *La leyenda y la historia.*

Interpretó la leyenda: «La *verdad* de la tradición legendaria, donde se destila y concentra el jugo de los hechos» (267).

Exponemos el «Concepto de la Historia» en el número 1 del capítulo VIII: «Filosofía de la Historia». Consignamos aquí solamente que, tratando, o mejor, exponiendo casos de subordinación de una vocación científica a otra artística, dice Rodó: «Si se invierte el orden de esta subordinación, dando el primer puesto a la ver-

(265) R.: *La enseñanza de la literatura*. En «El M. de P.», página 74.
(266) R.: «M. de P.», pág. 65.
(267) R.: Idem, pág. 118.

dad estricta y comprobable, se pasa a la ciencia de la historia tal como la conciben y ejecutan los historiadores coloristas: Thierry, Barante, Michelet» (268).

k) *La crítica.—El ensayo.*

Estimó Rodó notas fundamentales de la crítica la simpatía y la serenidad: «La ley de simpatía... es fundamento de toda crítica certera» (269); «la más noble condición de la crítica: la de la sinceridad» (270).

Alabó en Blixen la capacidad de admirar: «Tenía el supremo don de la crítica: el don de admirar» (271); «la capacidad de admirar es, sin duda, la gran fuerza del crítico; pero los que lo somos, o aspiramos a serlo, tenemos nuestro inevitable trasgo familiar, a quien atormenta el prurito infantil de afilar sus dientes menudos hincándolos en carne noble. Cierta amargura mitigada y espiritual es un fermento sin el cual el licor que elaboramos no hace espuma» (272).

A propósito de *La unidad católica*, de Ordóñez («Ensayos y Revistas»), creyó oportuno hablar «de la crítica expansiva, *emocional*, *inspirada*, puesta frente a la obra, que la sugiere «como una placa sonora», que significa a su manera una producción, que es como el *épodo* que responde desde el fondo del alma a la ajena inspiración que la hiere, y se manifiesta añadiendo nuevas ideas, nuevas emociones, a las que de ella ha recibido, agrupando, según la imagen de Guyau, notas armónicas en torno de la idea fundamental que se desprende de la cosa juzgada» (273).

Gómez de Baquero definió el ensayo: «Es una filosofía popular y literaria, que casa la meditación con el sueño y la viste de metáforas, como hacen los poetas con sus ficciones. Los mejores ensayistas son poetas de las ideas y de la historia» (274). Rodó, buen ensayista, se anticipó al concepto del ensayo como forma moderna de manifestación literaria, al considerar la crítica con criterio amplio, precisando también los instrumentos precisos para la labor crítica: «La crítica... hoy, muy lejos de limitarse a una descarnada manifestación del juicio, es el más vasto y complejo de los géneros literarios; rico museo de la inteligencia y la sensibilidad, donde a favor de la amplitud ilimitada de que no disponen los géneros sujetos a una *arquitectura* retórica, se confunden el arte del historiador, la observación del psicólogo, la doctrina del sabio, la imaginación del no-

(268) R.: Idem, págs. 320-321.

(269) R.: «L. y J.», pág. 202. En carta al señor don R. Sacafarelli, autor de *El Mártir del Gólgota*. Apéndice a «L. y J.», con el epígrafe: *El sentimiento religioso y la crítica*.

(270) R.: *Un libro de crítica*. Artículo sobre la segunda serie de *Estudios de crítica literaria*, por Menéndez Pelayo. En «El Q. V.», pág. 28.

(271) R.: *Samuel Elixen*. Discurso pronunciado en representación del «Círculo de la Prensa», al inhumarse los restos de Samuel Elixen, el 23 de mayo de 1909. En «El M. de P.», pág. 176.

(272) R.: «R. D.». En «H. de A.», págs. 199-140.

(273) R.: *La crítica de «Clarín»*. En «El Q. V.», pág. 36.

(274) Eduardo Gómez de Baquero: *La prosa periodística y el ensayo*. En «El Sol», de Madrid: 1.º de agosto de 1926. Citado por Reginaldo de Luca: *Literatura y Filosofía*; en «Nosotros», Buenos Aires, año XXI, núm. 217, junio de 1927.

velista, el subjetivismo del poeta... los instrumentos que para ellos son precisos: el criterio, reacio a todo yugo, lo mismo tradicional que nuevo; la tolerancia, no sólo la que es luz intelectual, sino la que es también calor del sentimiento, penetrante fuerza de amor; el interés fácil y vario, siempre pronto a acudir adondequiera que un alma piense, sienta u obre; la virtud de la expresión, inseparable de los matices del pensamiento, y, por tanto, auxiliar eficaz de la investigación y el análisis» (275). Parafraseando a Bentham en los *Sofismas políticos*, estima que el «imperio de las opiniones autorizadas es una sana fuerza conservadora que mantiene el orden en los dominios del pensamiento» (276).

Antepone la capacidad creadora a la crítica: «Yo no concibo la crítica sino como un homenaje tributado a la superioridad jerárquica de los que crean sobre los que analizan» (277).

Observó V. García Calderón: «Artista y crítico a la vez, Rodó se aleja de las estrechas negaciones y de los entusiasmos aventurados» (278). Creyó Rodó necesarias en el crítico la amplitud tolerante y la íntima serenidad. Sin cierta flexibilidad del gusto no hay buen gusto. Sin cierta amplitud tolerante del criterio, no hay

(275) R.: «*De Litteris*», *de F. García Calderón*. Lima, 1904. En «El M. de P.», pág. 210.

(276) R.: *Notas sobre crítica*. «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.», Montevideo, enero de 1896. En «El Q. V.», pág. 109.

(277) R.: *Sobre un libro de versos*, de carta al señor F. Soto y Calvo. «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.», Montevideo, mayo de 1896. En «El Q. V.», pág. 106.

(278) Ventura García Calderón: *José Enrique Rodó*. En «Páginas Escogidas», pág. 401.

crítica literaria que pueda aspirar a ser algo superior al eco transitorio de una escuela y merezca la atención de la más cercana posteridad. Temperamento de crítico es el que une al amor por una idea o una forma de arte (nervio y carácter de sus juicios) la íntima serenidad que pone un límite a los apasionamientos de ese amor, como lo fija a las tempestades de la tierra la paz de las alturas... El ministerio de la crítica no comprende tarea de mayor belleza moral que la de ayudar a la ascensión del talento real que se levanta y mantener la veneración por el grande espíritu que declina» (279). Al considerar *Poemas*, de Leopoldo Díaz, interpreta Rodó: «Es de la crítica penetrar en el secreto de la obra de la imaginación y convertir al lenguaje de la idea lo que en ella se expresa en el lenguaje alado de la imagen» (280). En el mencionado trabajo se pregunta: «¿No puede hallar a veces un elevado y escogido placer en guardar a la ficción simbólica del arte su velo transparente (en no desvanecer sobre ella la semiclaridad ideal de la penumbra), en dejar sin traslación vulgar el idioma de formas y colores del poeta? El trabajo de los escoliastas (del que se ha dicho que haría trocarse el pliegue trágico de la boca de Dante en una sonrisa burlona) suele ser un afán inútil... Y el que ha *sentido* el símbolo, interpretándolo de manera que diga algo interesante o sugestivo a su alma, no ha de cambiar por la vuestra su interpretación» (281).

(279) R.: *Notas sobre crítica*. En «El Q. V.», págs. 107 y 108.

(280) R.: «*Poemas*», *de Leopoldo Díaz*. En «El Q. V.», pág. 171.

(281) R.: Idem, pág. 172.

Del crítico dijo Augusto Bunge: «No plasma arcilla, sino su espíritu, tal como es en el momento... ¡Todo entero en la obra del momento! Solamente así será impersonal, como lo es todo verdadero creador» (282). Y expresó Reginaldo Luca: «La crítica, si no se la rebaja a una subalterna vigilancia en la república de las letras, si no se la reduce a «camarista de las musas», empalma con la filosofía, en la estética; debe afirmarse en una filosofía del arte» (283).

Como artista y creador, consideró a Rodó Zaldumbide: «Toda su obra es crítica... Insuperables son sus dones para la crítica... en efecto, el crítico por excelencia y en grado tal, que ni tiene par en su lengua. Crítico, artista y creador... Su crítica parte de un sentimiento central, y en el panorama diverso y vasto de su curiosidad pone su alma el reflejo de su unidad esencial» (284).

El *Licenciado Vidriera* dijo de Rodó, como crítico: «Rodó supo recoger la herencia de Juan Valera y de *Clarín*... Además, cuando Rodó critica, no se cree desligado de la obligación del buen decir, añadiendo con esto al encanto de la idea el nuevo encanto de la palabra» (285).

De Rodó, como crítico, pudo afirmarse lo que Francisco Romero precisó del buen informador: «Escasean los buenos informadores. Las causas son múltiples. La exposición adecuada y comprensiva exige virtudes raras: entusiasmo desinteresado por el saber, simpatía comunicativa, claridad de mente para no sustituir las ideas propias a las ajenas... Hace falta, además, otra cualidad difícil de hallar: la modestia indispensable para mantenerse voluntariamente en segundo plano cuando basta esforzar un poco la voz o dar un paso para pasar a primer término. Y también la distinción espiritual, sin la cual el informador se queda en vulgarizador o divulgador» (286).

(282) Augusto Bunge: *De la crítica*. En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917; pág. 60.

(283) Reginaldo de Luca: *Literatura y Filosofía*. En «Nosotros», Buenos Aires, año XXI, núm. 217, junio de 1927; pág. 338.

(284) G. Zaldumbide: *J. E. Rodó*, págs. 96 y 97-98.

(285) Licenciado Vidriera: *José Enrique Rodó*. En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917; pág. 74.

1) *La didáctica.—El libro.*

No consideró Rodó tarea subalterna la producción de obras didácticas: «No sólo la producción de obras didácticas se considera, en general, tarea subalterna y adaptada a un mero fin de utilidad, sino que suele ocurrir que el género de popularidad que alcanza el autor de ellas por el hecho de que su libro corra, año tras año, en manos de preceptores y estudiantes, tiende a sobreponerse a la reputación que merece por obras más latas y fundamentales, cuando, además de un autor didáctico, hay en él un verdadero hombre de ciencia o un verdadero escritor» (287).

El libro «o es un papel vano o es un alma que teje

(286) Francisco Romero: *Prezzolini, el informador*. En «Nosotros», Buenos Aires, año XVII, núm. 173, octubre 1923; pág. 168.

(287) R.: *La enseñanza de la literatura*. En «El M. de P.», página 71.

con su propia sustancia su capullo» (288). Destacó, entre la diversidad de libros, «el libro modelador de caracteres, artífice de la voluntad» (289). «Obstáculo a la acción del ejemplo es la distancia que, en el espacio o en el tiempo, aleja a unos hombres de los otros, y el libro aparta ese obstáculo, dando a la palabra medio infinitamente más dilatable y duradero que las ondas del aire» (290). En las páginas 154-155 de *Motivos de Proteo* escribió su elogio de la Biblia.

El P. Eguía Ruiz, refiriéndose al cervantista Xalambrí, menciona: «Xalambrí, como uruguayo, recordaba mucho la sentencia de su conterráneo Rodó cuando dijo: «Grande instrumento de reforma interior es el libro» (291).

m) *Oratoria.*

La oratoria, según Rodó, debe estar subordinada a la acción: «El don de la oratoria no es grande por sí; es grande como aptitud subordinada al arte soberano de la acción, de donde toma, no sólo su transitoria utilidad, sino también su perenne y peculiar belleza... Y quizá cuando ha pasado la virtud de la palabra para

(288) R.: «M. de P.», pág. 451.
(289) R.: *El libro.* En «El C. de P.», pág. 36.
(290) R.: «M. de P.», pág. 153.
(291) Constancio Eguía Ruiz, S. J.: *La hispanidad en tierras uruguayas. Un gran cervantista. Don Arturo Estanislao Xalambri* (Montevideo). En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo». Santander, año XXVII, enero-diciembre 1951, núms. 1, 2, 3 y 4; pág. 368.

mover las voluntades, su hermosura aparece mejor, más limpia y patente; al modo como, quebrada la redoma, trasciende y se difunde el bálsamo» (292).

n) *La Prensa.*

Rodó estaba convencido de la influencia de la Prensa: «Son las revistas, las ilustraciones, los periódicos, formas triunfales de la publicación en nuestros días» (293). «Suele decirse que la labor del periodista es efímera. Esto no es verdad más que a medias...; la influencia y la sucesión que quedan de esos esfuerzos aparentemente perdidos y olvidados constituyen una acción persistente y eficaz como ninguna... Así es efímera la semilla de la planta» (294).

En la labor periodística «deberán ser inspiraciones cardinales la ecuanimidad y la independencia» (295).

«Cada vez más identificada con la vida completa de una sociedad, pero en forma necesariamente somera y cambiante, la Prensa diaria ha de ser como la sombra del cuerpo social: verdadera y fiel como la sombra, y, como la sombra, leve y pasajera» (296).

(292) R.: «M. de P.», págs. 308 y 309.
(293) R.: *Por la unidad de América.* Carta a don Manuel B. Ugarte. Montevideo, 1.º de abril de 1896. «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.», Montevideo, abril de 1896. En «El Q. V.», pág. 79.
(294) R.: *La Prensa de Montevideo.* Discurso pronunciado en el acto de la inauguración del Círculo de la Prensa, de Montevideo, el 14 de abril de 1909. En «El M. de P.», págs. 220-221.
(295) R.: *La Prensa de Montevideo.* En «El M. de P.», pág. 217.
(296) R.: *Cómo ha de ser un diario.* En «El C. de P.», pág. 34.

5.—*Educación e instrucción.*

a) *Concepto de educación.*

Rodó concibió la educación: «el arte de la transformación ordenada y progresiva de la personalidad...; plenamente concebido, se extiende, desde el retoque de una línea, desde la modificación de una idea, un pensamiento o un hábito, hasta reformas más vastas y profundas: hasta las *conversiones*... Arte soberano, en que se resume toda la superioridad de nuestra naturaleza, toda la dignidad de nuestro destino...; arte que nos convierte, no en amos de la fatalidad..., pero sí en contendedores y rivales con ella, después de lograr que dejemos de ser sus esclavos» (297).

Rodó aceptaba la educación, no sólo en el significado de la aplicación de la experiencia de los padres en los hijos, sino también en el del reflejo del espíritu de los hijos en sus progenitores: «Pienso con Michelet que el verdadero concepto de la educación no abarca sólo la cultura del espíritu de los hijos por la experiencia de los padres, sino también, y con frecuencia mucho más, la del espíritu de los padres por la inspiración innovadora de los hijos» (298).

Estable considera que el «fin supremo de la educación es vivir la vida de los valores» (299).

(297) R.: «M. de P.», págs. 428-429. CXLVIII. *La vida es arte supremo.*

(298) R.: «A.», pág. 42.

(299) Clemente Estable: *Pedagogía de la presión normativa y Pedagogía de la personalidad y de la vocación.* En «Enciclopedia de Educación», pág. 3.

CARLOS ROXLO

Si no se puede dominar la fatalidad, una buena educación permitirá sacar del mal la aspiración a un bien. Se lee en *Ariel:* «No olvidéis, además, que en ciertas amarguras del pensamiento hay, como en sus alegrías, la posibilidad de encontrar un punto de partida para la acción» (300). Y en *Motivos de Proteo:* «La filosofía digna de almas fuertes es la que enseña que del mal irremediable ha de sacarse la aspiración a un bien distinto de aquel que cedió al golpe de la fatalidad» (301).

Como si quisiera confirmar su propio autodidactismo, consideró la posible superioridad de los incultos y autodidactos, citando el ejemplo de Jesús y, entre otros «nombres menos altos, pero gloriosos», el de Sarmiento en el escenario americano (302). En carta a Piquet, le dice el 20 de abril de 1904: «El hombre debe habituarse a aprender por sí mismo y no a atenerse a lo que le enseñen en el ambiente cerrado y triste de las aulas» (303).

Su antidogmatismo le lleva a rechazar las «escuelas de espíritu concreto, y, si cabe decirlo así, *inmanente*, en ciencia o arte» (304).

(300) R.: «A.», pág. 40.

(301) R.: «M. de P.», pág. 27. X. *Actitud en la desilusión y el fracaso. Todo bien puede ser sustituido por otro género de bien.*

(302) R.: «M. de P.», págs. 221-225.

(303) R,: Carta a don Juan Francisco Piquet. Montevideo, 20 de abril de 1904. En «El Q. V.», págs. 209-210.

(304) R.: «M. de P.», pág. 222.

4430

b) *El arte de la educación.*

En el párrafo LXXIX de *Motivos de Proteo*, resumen de su doctrina sobre vocación y aptitud, señaló la finalidad del arte de la educación: «Y si no cabe producir artificiosamente la aptitud superior allí por donde naturaleza no existe, cabe despertarla cuando ella no es consciente de sí; cabe formarla donde permanece incierta y desorganizada; cabe robustecerla, mediante la doctrina, la educación y la costumbre» (305).

Hay almas simples e inmutables, obsesionadas con una sola idea; tales fueron los casos del ideal lacedemonio y del estoicismo; en estas circunstancias, «la única especie de educación que se aviene con la índole de tales caracteres... consiste en restringir, depurar y sistematizar, cada vez más, el campo de la propia conciencia..., a diferencia de la educación realmente progresiva que sistematiza y ordena, pero con cargo de aumentar correlativamente los elementos que reduce a una superior unidad» (306).

Las figuras ilustres son medio adecuado para la educación de las muchedumbres: «El homenaje debido a las figuras venerandas que son luz y guía de la humanidad... es, ...para la educación de las muchedumbres, un poderoso medio de sugestión y de enseñanza objetiva» (307).

(305) R.: Idem, págs. 234-235.
(306) R.: Idem, págs. 282-283. XCVIII. *Almas simples e inmutables; una sola idea; un solo impulso de pasión. Sublimidad posible de estos caracteres.*
(307) R.: «L. y J.», pág. 118.

c) *Persistencia indefinida de la educación.*

Con acertado criterio afirmó Rodó que cualquier tiempo es oportuno para suplir la ignorancia. Le pareció error funesto dividir la existencia en dos etapas: una, propia para aprender, y otra, propia solamente para aplicar lo aprendido.

«La persistencia indefinida de la educación es ley que fluye de lo incompleto y transitorio de todo equilibrio *actual* de nuestro espíritu...; conviene mantener viva en nuestra alma la idea de que ella está en completo aprendizaje e iniciación continua» (308).

La persistencia de la educación se verifica «bajo la mirada vigilante de la inteligencia y con el concurso activo de la voluntad» (309), es decir, «en la disciplina del corazón y la voluntad, de donde el alma de cada cual toma su temple» (310).

Precisó la necesidad de la educación: «Ninguna firme educación de la inteligencia puede fundarse en el aislamiento candoroso o en la ignorancia voluntaria» (311).

d) *El arte, elemento de educación.*

Afirmó (siguiendo a Schiller), y basándose en el interés universal del arte, la virtualidad de éste como elemento

(308) R.: «M. de P.», págs. 13 y 14.
(309) R.: «M. de P.», pág. 12. II. *La voluntad rige esta transformación y la orienta. Persistencia indefinida de la vocación.*
(310) R.: «M. de P.», pág. 14.
(311) R.: «A.», pág. 40.

de educación: «Entre todos los elementos de educación humana que pueden contribuir a formar un amplio y noble concepto de la vida, ninguno justificaría más que el arte un interés universal, porque ninguno encierra (según la tesis desenvuelta en elocuentes páginas de Schiller) la virtualidad de una cultura más *extensa* y completa, en el sentido de prestarse a un acordado estímulo de todas las facultades del alma» (312).

e) *La educación antiutilitarista.*

Si la educación se moviera exclusivamente en los estrechos límites de la finalidad utilitaria, su eficacia y su propio fundamento quedarían desnaturalizados; «el sentido de la utilidad material y el bienestar domina... en el estado actual de las sociedades humanas, para millones de almas civilizadas y cultas, a quienes la influencia de la educación o la costumbre reduce al automatismo de una actividad, en definitiva, material. Y bien: este género de servidumbre debe considerarse como la más triste y oprobiosa de todas las condenaciones morales... Aun dentro de la esclavitud material hay la posibilidad de salvar la libertad interior: la de la razón y el sentimiento» (313).

Por aspirar a la idealidad respecto de la enseñanza, estimó el último de los *Folletos Literarios* de *Clarín:* «Acaso el más hermoso y sugestivo de todos, se formula

(312) R.: Idem, pág. 58.
(313) R.: Idem, pág. 49.

la misma aspiración de idealidad respecto a la enseñanza, oponiéndose a la idea de directa utilidad como inspiración del propósito educativo la del desinteresado amor a lo verdadero» (314).

f) *El educador.*

Toda persona que trate de educar, para el eficaz cumplimiento de su misión ha de empezar por tener fe en sí misma: «El primer instrumento de la regeneración es la esperanza de alcanzarla. Todo propósito y plan de educar, de reformar, de convertir, y aún diré más: toda persona que la tome a su cargo, ha de empezar por ser capaz de sugerir la *fe en ellos mismos,* y obrar, mediante esta fe, en las almas donde ponen su blanco. Es la operación preliminar e imprescindible... No es, esta que te encarezco, la ciega confianza que consiste en suponer el triunfo inmediato... Es aquel otro linaje de confianza que muestra el triunfo al final del esfuerzo pertinaz y costoso» (315). Entre los extremos, duda pertinaz y exceso de confianza: «El exceso de confianza puede llevar algunas veces a término..., mientras que por el camino de la duda mortal no es posible llegar más que a la realidad de la decepción que ella anticipa y de la sombra que ella prefigura» (316). «La virtud de comunicación y simpatía que constituye el genio del maes-

(314) R.: *La crítica de «Clarín».* En «El Q. V.», pág. 46.
(315) R.: «M. de P.», págs. 431 y 432-433.
(316) R: Idem, pág. 433.

tro... caracteriza en ocasiones la superioridad de un espíritu» (317).

No está aislado el pensamiento de Rodó en las ideas pedagógicas del Nuevo Continente. El cubano José de la Luz y Caballero señaló una norma de efusión: «Que no sea maestro quien no se enternezca enseñando» (318).

g) *La enseñanza.—Los peligros de la especialización.*

Rodó es partidario de la práctica de la enseñanza, despojada de toda ingrata austeridad. Así actuaba Próspero, el profesor de *Ariel*, ganándose «la atención afectuosa» de sus alumnos, con sus «coloquios de amigos, en los que he procurado despojar a la enseñanza de toda ingrata austeridad» (319).

Aconseja Clemente Estable, en el Prólogo a *Enciclopedia de Educación:* «Procuremos reconquistar, en el aula, la naturalidad, la sencillez, la sinceridad. Donde no hay confianza no hay confidencia, y donde no hay confidencia no se conoce al alumno en muchos de sus aspectos y difícilmente se cumplen ciertos fines importantes de la educación» (320). Y el mismo autor afirma

(317) R.: Idem, pág. 339.

(318) Citado por el doctor Francisco González del Valle en su discurso *La personalidad de Luz y Caballero,* pronunciado el 9 de junio de 1935, en la inauguración del Parque Luz y Caballero. En «Revista Cubana». Publicaciones de la Secretaría de Educación. Dirección de Cultura. La Habana, abril-mayo-junio 1935, vol. II, números 4-5-6, pág. 256.

(319) R.: «A.», pág. 29.

(320) Clemente Estable: «Enciclopedia de Educación», pág. XI: *Esto no es un prólogo...*

en *Psicología de la vocación pedagógica:* «Reprimir es fácil; animar no es difícil: lo que cuesta es *corregir animando*. En estas dos palabras se resume casi toda la pedagogía» (321).

El convencimiento de la integridad de la condición humana le lleva a rechazar las especializaciones prematuras: «Por encima de los afectos que hayan de vincularnos individualmente a distintas aplicaciones y distintos modos de la vida, debe velar, en lo íntimo de vuestra alma, la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza, que exige que cada individuo humano sea, ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado de la humanidad... Antes que las modificaciones de profesión y de cultura está el cumplimiento del destino común de los seres racionales... Sed espectadores atentos allí donde no podáis ser actores» (322).

«Ser incapaz de ver de la Naturaleza más que una faz, de las ideas e intereses humanos más que uno solo, equivale a vivir envuelto en una sombra de sueño horadada por un solo rayo de luz» (323).

Apunta las desventajas de la especialización: «Sin dejar de constituir una condición necesaria de progreso, ese desenvolvimiento del espíritu de especialización trae consigo desventajas visibles, que no se limitan a estrechar el horizonte de cada inteligencia, falseando necesariamente su concepto del mundo, sino que alcanzan y perjudican, por la dispersión de las afecciones y los

(321) C. Estable: *Psicología de la vocación pedagógica.* En «Enciclopedia de Educación», pág. 160.

(322) R.: «A.», pág. 44.

(323) R.: Idem, pág. 45.

hábitos individuales, al sentimiento de la solidaridad» (324).

Consecuente con su punto de vista, nunca fué partidario de mutilaciones en la enseñanza secundaria: «Nunca fuí partidario de las mutilaciones de la enseñanza secundaria... Por lo mismo que el abogado no ha de tener fácil oportunidad de volver a interesarse en las ciencias de la naturaleza, ni el médico en los estudios literarios, importa que la enseñanza preparatoria les comunique aquella iniciación general necesaria en todo hombre de elevada cultura, para mantener su solidaridad de espíritu con los demás elementos dirigentes de la sociedad» (325).

Refiriéndose concretamente a su país, opina Vaz Ferreira: «La tendencia pedagógica que debe orientar nuestra enseñanza debe inspirarse, sobre todo, en el punto de vista educativo y de cultura general, nunca prematuramente especializada» (326).

«El sutil crítico señor don Julio E. Moreno (recoge Andrade Coello) ha analizado la faz educadora de Rodó, y dice: «Es el evangélico apologista de la integridad de nuestra naturaleza humana, porque comprende que sólo a condición de no mutilar nuestro ser moral cabe solucionar el problema de la organización de una alta y no artificial cultura» (327).

(324) R.: Idem, pág. 46.

(325) R.: *Cómo ha de ser un diario*. En «El C. de P.», pág. 31.

(326) Carlos Vaz Ferreira: *Moral para intelectuales*. (Conferencias de clase). Del curso de Moral de 1908 en la Universidad de Montevideo, pág. 25.

(327) Alejandro Andrade Coello: *Rodó*. Quito (Ecuador), 1917; pág. 54, n.

h) *La escuela.*

He aquí el noble concepto que Rodó tenía de la escuela: «Es en la escuela, por cuyas manos procuramos que pase la dura arcilla de las muchedumbres, donde está la primera y más generosa manifestación de la equidad social, que consagra para todos la accesibilidad del saber y de los medios más eficaces de superioridad. Ella debe completar tan noble cometido haciendo objetos de educación preferente y cuidadosa el sentido del orden, la idea y la voluntad de la justicia, el sentimiento de las legítimas autoridades morales» (328).

El poeta mejicano Luis G. Urbina, en *La patria futura*, cantó la escuela:

> La Escuela es templo que alza su pórtico divino
> a todos los que buscan verdad, bien y belleza;
> aquí no se conjura la sustancial tristeza
> de la vida (ese atávico y angustioso tormento),
> mas aquí hay siempre, para las tempestades, faros;
> para el poeta, musas; para el guerrero, aliento;
> amor para las almas, y para el pensamiento
> horizontes azules, luminosos y claros...

i) *Significación de los juegos infantiles.*

Rodó tuvo clara idea del valor y significación de los juegos infantiles. En el párrafo VIII de *Motivos de Proteo* narró la con justicia celebrada parábola «Mirando jugar a un niño».

(328) R.: «A.», pág. 86.

Antepuso a la parábola, a modo de lema: «A menudo se oculta un sentido sublime en un juego de niño (Schiller: *Thecla. Voz de un espíritu)*» (329). Jugaba un niño en el jardín de la casa, golpeando una copa con un junco. Después de cada golpe inclinaba la cabeza para oír las notas desprendidas del cristal. Llenó la copa de arena y la golpeó con el junco. Las lágrimas asomaron a sus ojos, al no arrancar sonidos; mas divisó una flor muy blanca en un cantero, la cogió, la colocó en la copa, transformándola en un búcaro, «y la paseó, como en triunfo, por entre la muchedumbre de las flores» (330). Comenta Rodó, en el párrafo IX de *Motivos de Proteo*: «Sentido de esta parábola: «¡Sabia, candorosa filosofía!, pensé. Del fracaso cruel no recibe desaliento que dure, ni se obstina en volver al goce que perdió... ¿No hay aquí un polo de sabiduría para la acción? ¡Ah, si en el transcurso de la vida todos imitáramos al niño!» (331). Fernández Moreno es el autor de este sencillo y sentido comentario a la parábola:

Un jardín geométrico,
una clara mansión,
un camino de arena,
dorado bajo el sol.
Un nido y una copa,
un junco y una flor...
El niño: José Enrique;
su copa: el corazón (332).

(329) R.: «M. de P.», pág. 24.
(330) R.: Idem, págs. 24-25.
(331) R.: Idem, págs. 25-26.
(332) Fernández Moreno: *Rodó*. En «Nosotros», Buenos Aires, mayo de 1917: pág. 212.

Otro ejemplo de juego infantil, revelador de un carácter: A la puerta de la choza de un vaquero de Persia, juegan los niños a la *basilinda* para elegir un rey, que designará príncipes y dignatarios. Uno de los niños nunca consintió la elección, «porque siempre tomó la autoridad real para sí y la hizo acatar sin disputa por los otros. Ciro es el nombre de este monarca de afición, y un día el Oriente caerá rendido a sus plantas, desde el mar Indo hasta el Egeo» (333).

6.—*Sociedad y Política.*

a) *La patria.*—«*Si vis pacem, para bellum*».

Hemos consignado en este mismo capítulo (pág. 281) cómo estimó Rodó el sentimiento de patria, raíz de la personalidad. En un discurso leído el 22 de mayo de 1907 en el «Club Rivera», de Montevideo, en conmemoración de la toma de las Misiones, reafirmó su sentimiento de la patria: «Por suerte mía, todas las sutilezas de mi afición a pensar no han alcanzado a amortiguar en mi pecho ni a paralizar en mi lengua las fibras que responden a estos dos aspectos venerandos: el sentimiento de la patria, sin el cual no hay corazón de hombre que sea más que vil saco de polvo, y la admiración del heroísmo guerrero, energía sublime, rayo ejecutor, por cuyo medio se comunica la nube, que es la idea, con el suelo, que es la realidad» (334).

(333) R.: «M. de P.», pág. 118. XLIV. *Augurios. Pasan los niños sublimes...*
(334) R.: *Perfil de caudillo*. En «El M. de P.», pág. 319.

El clásico «Si vis pacem, para bellum», la necesidad de estar preparado para la guerra, como garantía de la paz, sigue siendo realidad. Así lo reconoce Rodó: «Para desear eficazmente la paz, es menester la aptitud para la guerra. Los pueblos débiles no pueden proclamar la paz como un ideal generoso, porque para ellos es, ante todo, un interés egoísta, una triste necesidad de su desvalimiento. Sólo en los labios del fuerte es bella y gloriosa la afirmación de la paz» (335).

Este convencimiento justifica que Rodó se muestre partidario del «deber cívico del servicio militar obligatorio»: «El país tiene derecho a ser fuerte. Los ciudadanos, ya militares, ya civiles, tienen el deber de cooperar a que halle satisfacción ese derecho del país» (336).

b) *La ciudad.—Las grandes ciudades de la América latina.*

El concepto que Rodó formuló de la ciudad viene a coincidir con el que ha expresado Spengler en *La Decadencia de Occidente.*

Dice Spengler: «La ciudad es espíritu...; la ciudad, con su alma propia» (337). Afirma Rodó: «Una ciudad es un valor espiritual, una fisonomía colectiva, un carácter persistente y creador...; se le reconoce en que tiene un espíritu, en que realiza una idea y en que esa idea y ese espíritu relacionan armoniosamente cuanto en ella se hace, desde la forma en que se ordenan las piedras hasta el tono con que hablan los hombres» (338).

(335) R.: *La paz y la guerra.* En «El Q. V.», pág. 299.
(336) R.: *El ejército y el ciudadano.* En «El C. de P.», pág. 9.
(337) Oswald Spengler: *La Decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la Historia Universal.* Traduc. por Manuel G. Morente. Espasa-Calpe, Madrid, 1934; tomo III, pág. 140, y tomo IV, pág. 139.

Rodó y Spengler han conceptuado la ciudad organismo de la alta cultura. En el tomo I de la *Decadencia de Occidente,* dice Spengler: «El espíritu sistemático, apartado (abstraído) de lo sensible... Va unido al fenómeno de las *grandes urbes,* en donde la vida se condensa cada día más» (339). Y en el tomo III: «Y es que todas las grandes culturas son culturas urbanas... El «espíritu» es la forma específicamente urbana de la vigilia inteligente» (340). Rodó escribió en *Ariel:* «La gran ciudad es, sin duda, un organismo necesario de la alta cultura... Pero así la grandeza cuantitativa de la población como la grandeza material de sus instrumentos, de sus armas, de sus habitantes, son sólo *medios* del genio civilizador, y en ningún caso resultados en los que él puede detenerse» (341).

Trazó Rodó la perspectiva ideal de la ciudad: «Hay una perspectiva ideal... Grande es en esa perspectiva la ciudad cuando los arrabales de su espíritu alcanzan más allá de las cumbres y los mares, y cuando, pronunciando su nombre, ha de iluminarse para la posteridad

(338) R.: *Ciudades con alma.* En «El C. de P.», pág. 177.
(399) O. Spengler: Ob. cit., tomo I, pág. 163.
(340) Idem: Id., tomo III, págs. 130 a 131 y 134.
(341) R.: «A.», pág. 128.

toda una jornada de la historia humana, todo un horizonte del tiempo» (342).

Respecto a las grandes ciudades de la América latina, dijo Rodó: «Existen ya, en nuestra América latina, ciudades cuya grandeza material y cuya suma de civilización aparente las acercan con acelerado paso a participar del primer rango en el mundo... Necesario es temer, por ejemplo, que ciudades cuyo nombre fué glorioso símbolo en América; que tuvieron a Moreno, a Rivadavia, a Sarmiento; que llevaron... la gloria de sus héroes y la palabra de sus tribunos, puedan terminar en Sidón, en Tiro, en Cartago. A vuestra generación toca impedirlo; a la juventud que se levanta, sangre y músculo y nervio del porvenir» (343).

c) *El ambiente.—La natural rivalidad entre pueblos vecinos.*

El ambiente no es inmutable; «el ambiente modificado por las ideas que pasan y se renuevan, que es a las ausencias del tiempo como la nostalgia a las ausencias del espíritu» (344).

Alude a la natural rivalidad entre pueblos vecinos, en la apreciación de una relativa motivación estética. Así, encuentra entre Sorrento y Capri «un perpetuo cambio de desconfianzas y celos; un pleito encantador, que renueva sus instancias ante cada viajero» (345).

(342) R.: Idem, pág. 129.
(343) R.: Idem, pág. 131.
(344) R.: *Juan Carlos Gómez.* Discurso. En «El M. de P.», página 8.
(345) R.: *Capri.* En «El C. de P.», pág. 227.

d) *La política.*

a') *Concepto militante de la política.*

Distingue del concepto abstracto «el concepto militante de la política, no como movimiento de ideas, desenvuelto alrededor de la vida administrativa y legislativa del país, sino como lucha de pasiones y de agrupaciones permanentes o accidentales» (346).

b') *A la política por el camino de las letras.*

Llegar por «el camino de las letras, mediante la adaptación a la política, tiene un supremo inconveniente: «La política, mujer celosa, rara vez deja de exigir el absoluto olvido de la novia que se tuvo antes que ella» (347).

c') *Los partidos políticos* (348).

Entendía Rodó los partidos políticos como necesidades de la acción, y en el funcionamiento de las democracias aspiraba a educarlos (349).

(346) R.: *Cómo ha de ser un diario.* En «El C. de P.», pág. 29.
(347) R.: *Impresiones de un drama.* En «El M. de P.», pág. 96.
(348) R.: *Discursos parlamentarios. El aumento de sueldo a los profesores de la Universidad.* Sesión del 1.º de julio de 1913. En «H. de A.», págs. 259-260.
(349) R.: *Rumbos nuevos.* En «El M. de P.», págs. 48 y 49.

d') *El municipio, fundamento de educación política.*

Discurriendo Rodó sobre el carácter de las ciudades de América, afirma: «Formar «ciudades», ciudades con entera conciencia de sí propias, y color de costumbres, y sello de cultura, debe ser uno de los términos de nuestro desenvolvimiento. No hay «civilización» ni «ciudadanía» sin «ciudad». La educación municipal es el seguro fundamento de toda educación política» (350).

e') *La discusión parlamentaria.*

Salvo casos excepcionales, cree «en la conveniencia de que la discusión parlamentaria se contenga dentro de breves límites» (351). La experiencia parlamentaria le hacía dudar «de la eficacia de la palabra y de la virtud de la discusión» (352). En *Liberalismo y Jacobinismo* se mostró «un tanto desengañado sobre la eficacia virtual de la polémica», considerando escasos «los espíritus dotados de la rara cualidad de modificar sinceramente sus juicios o prejuicios por la influencia del raciocinio ajeno» (353).

(350) R.: *Ciudades con alma.* En «El C. de P.», págs. 180-181.
(351) R.: *Discursos parlamentarios. La reforma de la Constitución.* Sesión del 23 de diciembre de 1904. En «H. de A.», pág. 213.
(352) R.: *Discursos parlamentarios. En favor de la libertad de la Prensa.* Sesión del 12 de julio de 1904. En «H. de A.», pág. 202.
(353) R.: «L. y J.», pág. 119.

e) *El orden del mundo.—La autoridad.*

Estimó la idealidad elemento necesario al orden del mundo: «Hay el libro... que apacienta los dulces sueños, gratos al alma del trabajador y a la del príncipe; los sueños: suave, balsámico elemento, del que necesita también el orden del mundo» (354).

En la encarnación de la autoridad, consideró condición fundamental de la misma la distinción personal. Al entrevistarse en Portugal con Bernardino Machado, dijo de éste: «Tiene, sobre sus condiciones eminentes de inteligencia y de carácter, el atributo sin el cual la autoridad carecerá siempre de uno de sus prestigios esenciales: la distinción personal» (355).

f) *El deber del Estado.*

Concibe el deber del Estado desde un punto de vista ético: «El deber del Estado consiste en colocar a todos los miembros de la sociedad en indistintas condiciones de tender a su perfeccionamiento. El deber del Estado consiste en... provocar.. la revelación de las superioridades humanas» (356).

(354) R.: *El libro.* En «El C. de P.», pág. 36.
(355) R.: *Portugal. Una entrevista con Bernardino Machado.* En «El C. de P.», pág. 70.
(356) R.: «A.», pág. 88.

g) *La ley y la costumbre.*

No consideraba la Constitución como un fetiche: «Si las necesidades de los tiempos y los progresos del espíritu público traen la posibilidad de una forma mejor como expresión de esos deberes y de esos derechos, esta forma nueva será la digna de la veneración, porque en ella estará el espíritu y estará la vida» (357).

Fundamentó su creencia en la superioridad de la costumbre respecto de la ley: «La autoridad de la costumbre, siempre superior a la autoridad y eficacia de las leyes...; la repetición del acto, es lo que determina la costumbre, y la costumbre se identifica y confunde con la propia naturaleza, cuando no la sustituye y la vence» (358). El catedrático de Derecho civil en la Universidad de la Habana, doctor Aramburu, al considerar, en su *Filosofía del Derecho,* la costumbre jurídica, precisó que la virtualidad jurídica de ésta la «afirma el adagio español *la costumbre hace ley*» (359). El citado autor añade: «Leyes y costumbres han de actuar simultáneamente y con actividad recíproca en la vida jurídica, manteniendo ambas su condicional e igualmente respetable autoridad de normas de derecho, también por igual naturales y necesarias» (360).

(357) R.: *Discursos parlamentarios. La reforma de la Constitución.* Sesión del 23 de diciembre de 1904. En «H. de A.», pág. 215.

(358) R.: Intervención en la sesión de la Cámara de Representantes el 21 de junio de 1904, al defender su proyecto en favor de la libertad de la Prensa. En «H. de A.», págs. 190 y 191.

(359) Dr. Mariano Aramburu: *Filosofía del Derecho.* Instituto de las Españas, de los Estados Unidos. Nueva York, Imp. Helénica. Madrid, 1928; tomo II, pág. 368.

h) «*Del trabajo obrero en el Uruguay*».

En *El Mirador de Próspero* se encuentra el extenso trabajo de Rodó, fechado en 1908, ***Del trabajo obrero en el Uruguay.*** Con motivo de la ley propuesta en 1906 por el Gobierno uruguayo (361).

«Informe sobre la organización del trabajo en el Uruguay», refiere Zubillaga, que fué solicitado por el catedrático de Filosofía del Derecho en la Facultad de Buenos Aires, para texto de consulta de sus discípulos (362).

Goldberg enjuició el estudio: «*Del trabajo obrero en el Uruguay*, de Rodó, nos lo revela como profundo estudiador de problemas prácticos y de alcance mundial... Refiriéndose al Uruguay, donde todavía no se agudizaron los problemas de la lucha entre el capital y el trabajo, pronúnciase por una profilaxis social, medidas destinadas a anticiparse a futuras contingencias» (363).

En el discurso pronunciado el 14 de abril de 1909, con motivo de la inauguración del Círculo de la Prensa, de Montevideo, formuló Rodó su concepto del obrero: «El obrero es, por definición, «el hombre que trabaja».

(360) Doctor Mariano Aramburu: Ob. cit., tomo II. pág. 375.

(361) R.: *Del trabajo obrero en el Uruguay.* En «El M. de P.», págs. 245-311.

(362) Juan Antonio Zubillaga: *Crítica literaria*, págs. 96-97.

(363) I. Goldberg: *La lit. hispanoam.*, pág. 264.

es decir, la única especie de hombre que merece vivir..., ya los que desenvuelven los dones del vellón, de la espiga o de la veta; ya los que cuecen, con el fuego tenaz del pensamiento, el pan que nutre y fortifica las almas» (364). En el mencionado discurso afirma la necesidad de las asociaciones profesionales: «Todo gremio, toda colectividad profesional, tiene necesidad de asociarse... para pesar en el conjunto de los intereses sociales... Ningún lazo más estrecho puede unir a los hombres que la solidaridad de los intereses profesionales... Hay en las etimologías de las palabras enseñanzas y sugestiones profundas: «compañero» significa, originariamente, los que comen del mismo pan» (365).

i) *El delito y la pena.—Rodó, correccionalista.*

Aunque Rodó, en *Motivos de Proteo* (pág. 335), al referirse a «la portentosa labor del siglo último», habla de que se ha tendido «a modificar, por las conexiones entre lo moral y lo físico, el concepto del delito y la pena», y aunque dedica al tema de la criminalidad el párrafo CXLI de la citada obra (366), no puede decirse, en rigor, que Rodó exponga doctrinas originales referentes al Derecho penal. Se limita a tratar el tema

(364) R.: *La Prensa de Montevideo.* Discurso. En «El M. de P.», pág. 229.

(365) R.: *La Prensa de Montevideo.* Discurso. En «El M. de P.», págs. 224-225.

(366) R.: «M. de P.». CXLI. *Ante los muros de la cárcel. El criminal heroico. Fatalidad de un momento. El epiléptico en la tumba*; págs. 409-413.

desde el punto de vista de la posible corrección del delincuente, aprovechando de éste la «fuerza virtual de voluntad y de pasión» (367). Rodó se muestra, pues, correccionalista. «La criminalidad recoge buena parte de su ración de almas dentro de la inmensa multitud de los que cruzan el temeroso campo de la vida sin forma propia y fija de personalidad» (368).

j) *Liberalismo y democracia.*

a') *Liberalismo.*

Precisó, en *Liberalismo y Jacobinismo*, su concepto del liberalismo: «La idea de liberalismo, mi concepción de su alcance..., abarca toda la extensión que puede medirse por el más decidido amor de la libertad» (369). El 21 de enero de 1910, decía en carta a Andrade Coello: «Mi liberalismo, como el suyo, es, en su más íntimo fondo, tolerancia.»

Cuando Byron fundó con Shelley, en Pisa, el periódico *El Liberal:* «El liberalismo estaba entonces en su fresca aurora, y tenía para las almas de elección el singular prestigio de las ideas que aún no han pasado a incorporarse a los bienes mostrencos del sentido común» (370).

(367) R.: «M. de P.», pág. 410.

(368) R.: Idem, pág. 411.

(369) R.: «L. y J.», pág. 108.

(370) R.: *Recuerdos de Pisa.* En «El C. de P.», pág. 144.

b') *Democracia.*

Opina Ortega y Gasset: «No hay autocracia más feroz que la difusa e irresponsable del *demos*. Por eso, el que es verdaderamente liberal mira con recelo y cautela sus propios fervores democráticos y, por decirlo así, se limita a sí mismo» (371). Rodó se refirió al «monstruo de la enorme muchedumbre» (372). En *Ariel* dijo del siglo XIX: «El igualitarismo, en la forma mansa de la *tendencia a lo utilitario y lo vulgar*, puede ser un objeto real de acusación contra la democracia del siglo XIX» (373). En uno de sus últimos escritos dijo Rodó de nuestro tiempo: «La tendencia a regularizarlo e igualarlo todo, que es uno de los declives de nuestro tiempo, induce en la legislación y el gobierno de los pueblos a permitir sus perniciosos sofismas» (374). La impresión de V. García Calderón sobre el siglo XIX nos sirve para explicar la reacción de Rodó en el ambiente ideológico de la época: «Una ola de vulgaridad revienta bruscamente sobre el siglo XIX después de la Revolución francesa, y amenaza llevárselo todo, como la marejada consecutiva al terremoto... El escritor, el meditador en Francia (y en América), desconfían del vulgo y votan por Poe contra Whitman. Torre de Marfil, Castillo de Elsinor, Mirador de Próspero, Torre de las Paradojas, trastienda, como decía simplemente Montaigne, todo es lo mismo, todo significa la necesidad de una recámara secreta donde resguardar las cosas del espíritu» (375).

(371) José Ortega y Gasset: *Notas del vago estío*. V. *Ideas de los castillos: Liberalismo y democracia*. En *El Espectador*. Nueva edic. Madrid. «Rev. de Oc.», IV, V y VI, 1936; pág. 188.

(372) R.: «M. de P.», pág. 215.

(373) R.: «A.», pág. 81.

(374) R.: *Ciudades con alma*. En «El C. de P.», pág. 180.

La democracia tuvo su razón de ser en el acontecer histórico. Razona el doctor Aramburo: «Traída a la actualidad contemporánea por la Revolución francesa, en su lucha contra el absoluto poder monárquico y los desbordados privilegios de clase, púsose en ella el único remedio de esos males, mirándola como la última conquista de la libertad y el cimiento definitivo del *self-government*. La ideología de este régimen ha sido elevada a la cerúlea altitud del dogma» (376).

No faltaron pensadores y artistas que pusieron en tela de juicio las virtualidades de la democracia. Rodó recoge en *Ariel* algunas de las aludidas inquietudes: «*El idealismo alemán* rectificaba la utopía igualitaria de la filosofía del siglo XVIII y sublimaba, si bien con viciosa tendencia cesarista, el papel reservado en la Historia a la superioridad individual, *el positivismo de Comte*...; buscaba en los principios de las clasificaciones naturales el fundamento de la clasificación social... En cuanto a *Taine*... su finísimo instinto de la selección intelectual le lleva a abominar de la invasión de las cumbres por la multitud. La voz de *Carlyle* había predicado ya, contra toda niveladora irreverencia, la veneración del *heroísmo*, entendiendo por tal el culto de cualquier no-

(375) Ventura García Calderón: *Visita a Jorge Brummel*. En «Páginas Escogidas», pág. 523.

(376) Doctor Mariano Aramburu: *Filosofía del Derecho*. Tomo III. Nueva York, Instituto de las Españas, Imp. Helénica, Madrid, 1928; pág. 303.

ble superioridad. *Emerson* refleja esa voz en el seno de la más positivista de las democracias» (377).

«Dentro del arte, que es donde el sentido de lo selecto tiene su más natural adaptación» (378), Bourget ve «su forzoso término en el imperio de un individualismo mediocre» (379). «Entre las inspiraciones constantes de Flaubert (de quien se acostumbra derivar directamente la más democratizada de las escuelas literarias), ninguna más extensa que el odio de la mediocridad envalentonada... Ibsen desarrolla la altiva arenga de su «Stóckmann» alrededor de la afirmación de que «las mayorías compactas son el peligro más peligroso de la libertad y la verdad» (380).

Frente a Nietzsche, sostiene Rodó la superioridad moral del valor de la fraternidad cristiana: «El antiigualitarismo de Nietzsche... negando toda fraternidad, toda piedad... No es ciertamente esta concepción monstruosa la que puede oponerse, como lábaro, al falso igualitarismo que aspira a la nivelación de todos por la común vulgaridad. Por fortuna, mientras exista en el mundo la posibilidad de disponer dos trozos de madera en forma de cruz (es decir, siempre), la humanidad seguirá creyendo que es el amor el fundamento de todo orden estable, y que la superioridad jerárquica en el orden no debe ser sino una superior capacidad de amor» (381).

Unamuno, juzgando *Ariel*, interpreta rectamente la

(377) R.: «A.», págs. 82-83. Los subrayados no son de Rodó. Se han trazado para destacar los nombres de autores o doctrinas.
(378) R.: «A.», pág. 83.
(379) R.: Idem, pág. 74.
(380) R.: Idem, págs. 83-84.
(381) R.: Idem, pág. 90.

idea de democracia en Rodó: «Lo más preciado de *Ariel* es el empeño por conciliar la alta preocupación de los intereses ideales con el espíritu democrático: aquí el discípulo se opone a «las paradojas injustas del maestro», el aristocratismo de Renán, viéndose en esto al americano libre del excesivo lastre de tradición» (382). «L'aristocratisme absolu de Renan le choque, et aussi les violences de Nietzsche» (383). Miomandre justifica el punto de vista que, como esteta, adoptó Rodó frente a la democracia (384).

La actividad corriente inmigratoria «nos expone en el porvenir a los peligros de la degeneración democrática» (385). Rodó cita (386) la manifestación de Sarmiento: «El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión», dijo Sarmiento en el pórtico admirable del *Facundo*» (387). Alberdi había afirmado que gobernar es poblar. Rodó comenta: «Gobernar es poblar, asimilando, en primer término, educando y seleccionando después» (388).

El ideal de Rodó: «Una democracia noble, justa..., en la cual la supremacía de la inteligencia y la virtud (únicos límites para la equivalencia meritoria de los hom-

(382) Miguel de Unamuno: *De literatura hispanoamericana*. En «La Lectura». Madrid, enero 1901; pág. 61.
(383) Jean Cassou: *Renan et Rodó*. «Revue de l'Amérique Latine», deuxième année, vol. V; pág. 234.
(384) V. Ariosto D. González: *Rodó. Su bibliografía y sus críticos*. En A. Scarone: *Bibliografía de Rodó*, tomo I, pág. XVII.
(385) R.: «A.», pág. 76.
(386) En «El C. de P.», pág. 33.
(387) Domingo Faustino Sarmiento: *Facundo. Civilización y barbarie*, Madrid; Calpe, 1924; pág. 12.
(388) R.: «A.», pág. 77.

bres) recibe su autoridad y su prestigio de la libertad, y desciende sobre las multitudes en la efusión bienhechora del amor» (389). Análogo al punto de vista de Rodó es el del doctor Aramburu, al conceptuar la forma ideal de las formas políticas: «Ha de ser ejercicio de hombres dignos de regir a los demás por su talento, su saber y su virtud... Tendríamos así la *aristodemocracia*, palabra olvidada», y añade, en nota: «Consta en el *Diccionario etimológico* de Barcia» (390).

A Francisco García Calderón le parece prematura la enseñanza de Rodó, para fundar en Hispanoamérica la verdadera democracia (391). *Humanidades*, de la Universidad de la Plata, comentando el artículo de Gallinal «Rodó y la democracia» (392), dijo: «Acaso Rodó sintió ofendidos sus instintos de orden por el contacto de la democracia inorgánica» (393).

Según Mariano Picón-Salas, el venezolano Juan Vicente González, Sarmiento, Rodó y Montalvo «supieron

(389) R.: Idem, pág. 93.

(390) Doctor M. Aramburu: *Filosofía del Derecho*, tomo III, páginas 321 y 322.

(391) Francisco García Calderón: *La creación de un continente*. París, Lib. Paul Ollendorf; pág. 98.

De este libro dice el profesor Raimond Ronze: «En 1914, satisfecho del éxito de su gran libro sobre las democracias latinas, publicaba un trabajo donde se proseguían y desarrollaban ciertos temas: *La curación de un Continente*.» (R. Ronze: *Embajadores de las letras*. En V. García Calderón: «Páginas Escogidas», pág. 1120.)

(392) Gustavo Gallinal: *Rodó y la democracia*. En «La Nación». Buenos Aires, 10 de enero de 1926. Suplemento; pág. 4.

(393) *Humanidades*. Letras. Tomo XV. Rep. Argentina, 1927; pág. 361.

combinar tan armónicamente su destino de artistas y su labor más grave de civilizadores y apóstoles de democracias en germen» (394).

k) *Crítica del jacobinismo.*

La crítica que Rodó formuló del jacobinismo fué motivada por la polémica que dió lugar a *Liberalismo y Jacobinismo*. Arranca Rodó su crítica, no del clásico libro del abate Barruel *Mémoires pour servir à l'histoire du jacobinisme* (395), sino de *Les Origines de la France contemporaine*, de Taine (396). La crítica de Rodó gira en torno de su afirmación del principio de tolerancia y de su rechazo de la intolerancia. «La intolerancia, el exclusivismo, que cuando nacen de la tiránica absorción de un alto entusiasmo, del desborde de un desinteresado propósito ideal, pueden merecer justificación y aun simpatía, se convierten en la más abominable de las inferioridades cuando, en el círculo de la vida vulgar, manifiestan la limitación de un cerebro incapacitado para reflejar más que una parcial aparien-

(394) Mariano Picón-Salas: *Los intelectuales ante los problemas de nuestras democracias*. Santiago de Chile, 1924. En «Nosotros». Buenos Aires, 1924; pág. 85.

(395) M. l'Abbé Barruel: *Mémoires pour servir à l'histoire du jacobinisme*. Quatrième édition. Tome Premier. A Ausbourg, chez les Libraires Associés. 1799.

Hay traducción española por Simón de Rentería y Reyes. Dos tomos. Villafranca del Bierzo, 1812.

(396) Hippolyte Taine: *Les Origine de la France contemporaine*. París. Vingt-troisième édition. Librairie Hachette et Cie., 1901; XI vols.

cia de las cosas» (397); «el criterio de simpatía, de tolerancia y de equidad planteará las cuestiones de muy distinta manera, y las resolverá con más honor para la especie humana» (398). «Pone—afirma Zaldumbide—en exaltar la templanza y la armonía el ardor que un fanático pondría en extremar los contrarios» (399). Carlos Arturo Torres estimó que «el jacobinismo tiene una psicología entre nosotros que corresponde exactamente a la que Taine estudió y fijó con energía no exenta de pasión» (400).

«El jacobinismo no es solamente la designación de un partido famoso, que ha dejado impreso su carácter histórico en el sentido de la demagogia y la violencia. El jacobinismo es una forma de espíritu magistralmente estudiada y definida por Taine en los *Orígenes de la Francia contemporánea*... La idea central, en el espíritu del jacobino, es el absolutismo dogmático de su concepto de la verdad...; semejante idea implica forzosamente la intolerancia: la intolerancia inepta para comprender otra posición de espíritu que la propia» (401). Idéntico al jacobinismo se ofrece el neojacobinismo: «La misma *facultad dominante* que se halla en el fondo de los excesos brutales, pero indisputablemente sinceros, de la tiranía jacobina constituye el fondo de la intolerancia puramente ideológica e inerme que inspira una página

(397) R.: «A.», pág. 45.
(398) R.: «L. y J.», pág. 175.
(399) G. Zaldumbide: *J. E. Rodó*, pág. 93.
(400) Carlos Arturo Torres: *Los ídolos del Foro. Ensayo sobre las supersticiones políticas*. Ed. América, Madrid, s. a.; págs. 255-256.
(401) R.: «L. y J.», pág. 183.

o una arenga neojacobina sobre puntos de religión, filosofía o historia» (402).

Encuentra el antecedente en la Enciclopedia: «El antecedente teórico de la tendencia jacobina es la filosofía de la Enciclopedia: la ideología de Condillac, de Helvecio, de Rousseau» (403).

Juzga el seudoliberalismo de su tiempo retoño del jacobinismo (404). «El criterio histórico era en aquella filosofía, como lo es hoy en las escuelas que la han recibido en patrimonio, la aplicación rígida e inexorable de unos mismos principios al juicio de todas las épocas y todas las instituciones del pasado, sin tener en cuenta la relatividad de las ideas, de los sentimientos y de las costumbres; por donde fases enteras de la Historia, la Edad Media, la España del siglo XVI, el catolicismo, el feudalismo, eran condenadas de plano, sin la piadosa excepción de un hecho o un nombre, como estériles, perversas, afrentosas y estúpidas» (405).

Rechaza el jacobinismo, tanto en su relación con los hechos del presente como con relación a las cosas y a los sentimientos del pasado: «El jacobinismo, que con relación a los hechos del presente tiene por lema «la intolerancia contra la intolerancia», tiene por característica, con relación a las cosas y a los sentimientos del pasado, esa funesta pasión de impiedad histórica que conduce a no mirar en las tradiciones y creencias en que fructificó el espíritu de otras edades más que el límite,

(402) R.: Idem, pág. 184.
(403) R.: Idem, pág. 184.
(404) R.: Idem, págs. 184-185.
(405) R.: Idem, pág. 185.

el error, la negación, y no lo afirmativo, lo perdurable, lo fecundo, lo que mantiene la continuidad solidaria de las generaciones, perpetuada en la veneración de esas grandes figuras sobrehumanas (profetas, apóstoles, reveladores) que desde lo hondo de las generaciones muertas ilumina la marcha de las que viven como otros tantos faros de inextinguible idealidad» (406).

He aquí la interpretación rodoniana de la lógica del jacobinismo: «La lógica en *línea recta* del jacobinismo, que así lleva a las construcciones idealistas de Condorcet o de Robespierre como a los atropellos inicuos de la intolerancia revolucionaria, y que, por lo mismo que sigue una regularidad geométrica en el terreno de la abstracción y de la fórmula, conduce fatalmente a los más absurdos extremos y a las más irritantes injusticias cuando se la transporta a la esfera real y palpitante de los sentimientos y los actos humanos» (407).

Criticó y rechazó en *Ariel* el jacobinismo de las medianías (408).

Cree el moderno jacobinismo francés consecuencia de «aquella relativa falsedad implícita en la filosofía del progreso indefinido, falsedad que conduce, en último término, a la obra de escisión, artificial y violenta, de que da ejemplo el moderno jacobinismo francés» (409).

Frente al anticlericalismo del doctor Díaz, argumenta: «Para oponerse a los esfuerzos reaccionarios del clericalismo, no es preciso hacer tabla rasa de la gloria de

(406) R.: Idem, pág. 115.
(407) R.: «L. y J.», pág. 110.
(408) R.: «A.», págs. 80-81.
(409) R.: *La tradición en los pueblos hispanoamericanos*. En «El C. de P.», pág. 19.

las generaciones inspiradas por la idea católica, cuando esta idea era la fórmula activa y oportuna, como para combatir las restauraciones imperiales no han menester los republicanos franceses repudiar para Francia la gloria de Marengo y Austerlitz... ¿Imagina acaso el doctor Díaz que diez siglos de historia humana se tiran al medio de la calle bajo la denominación común de ignominia, ignorancia, crueldad, miseria, rebajamiento y servilismo? Los tiempos en que él no ve más que un proceso de «degradaciones tenebrosas» son en realidad una esforzada lucha por rasgar, para los gérmenes soterrados de civilización, la dura corteza de los aluviones bárbaros, y es sin duda en el transcurso de esa lucha cuando la acción histórica del cristianismo presenta círculos más incontestables a la gratitud de la posteridad, porque si el naufragio de la civilización fué desastroso, hubiera sido completo sin el iris que el signo de la cruz levantaba sobre los remolinos tenaces de la barbarie;... y reservaba, en medio de la guerra universal, un rincón de quietud para la labor de colmena de los escribas monacales, y salvaba el tesoro de las letras y las ciencias antiguas en los códices que, llegada la aurora del Renacimiento, romperían, merced a la invención de Gutenberg, sus oscuras crisálidas para difundirse por el mundo» (410).

Albert Sueur, en su obrita *Intellectualisme et Catholicisme*, enjuicia *L'Esprit de la Révolution et le Jacobinisme:* «La Révolution française a ses adorateurs et ses détracteurs: ils l'armirent ou la condamnent en bloc...

(410) R.: «L. y J.», pág. 178.

Les esprits chagrins la rendent responsable de toutes les misères du présent; et ils n'ont peut-être ni tout à fait tort ni tout à fait raison. On lui reproche d'avoir engendré le jacobinisme, l'esprit sectaire, l'irréligion, le matérialisme, une démocratie platement égalitaire, jalouse de toutes les supériorités sociales. Toutes ces calamités sont-elles des conséquences logiques de la Révolution, ou bien la Déclaration des droits de l'homme est-elle un idéal qui n'est pas encore réalisé?... Faisons notre examen de conscience, et nous verrons qu'elle n'est pas entièrement responsable de toutes nos fautes. Son plus grand tort est d'avoir mis à la base de son système le postulat d'un citoyen idéal. L'esprit de la Révolution française est l'esprit du *rationalisme:* là est le secret de ses grandeurs comme de ses faiblesses. Les révolutionnaires furent généreux, comme ils furent cruels, par raison... Si la Constituante a proclamé les droits de l'homme, si nous voyons aujourd'hui sur nos monuments publics les trois mots *égalité, liberté, fraternité* (et plût à Dieu qu'ils fussent dans les coeurs), c'est qu'il y a deux mille ans, sur les bords du Jourdain, a retenti cette parole d'une douceur victorieuse : «Aimez-vous les uns les autres» (411).

1.—*Rodó, pensador.*

«Sin ser un filósofo militante, su obra encierra... una atrayente y honda labor de difusión filosófica», expuso

(411) Albert Sueur: *Intellectualisme et Catholicisme.* Deuxième édition. Bloud et Cie.; s. a.; págs. 50, 51 y 53-54.

Chacón y Calvo (412). «Luis Alberto Sánchez destaca el estilo oratorio de Rodó... Rodó no busca emociones inmediatas, sino efectos de atención meditativa. Por eso se va descubriendo ahora en Rodó su rastro filosófico, un conceptismo modelado con una cultura y un afán de búsqueda. La filosofía de Rodó es un suave aliento que se desprende de su crítica y de sus reflexiones» (413). «La grande originalidad de Rodó—advirtió Pedro Henríquez Ureña—está en haber enlazado el principio cosmológico de la *evolución creadora* con el ideal de una norma de acción para la vida» (414).

Trató Rodó de llegar a la ética por la estética. «Su filosofía y su moral son, ante todo y sobre todo, estéticas... El deber es belleza; la severidad estética de Kant aparece suavizada en Rodó, quien, al unir la conciencia del deber con la clara visión de lo bueno, siente la complacencia de lo hermoso» (415).

«Pocas personas se han preocupado tanto como Rodó de la moral», indica Miomandre (416). F. García Godoy ve en la obra de Rodó plausibles orientaciones de

(412) Doctor José M.ª Chacón y Calvo, presidente de la Sección de Literatura del Ateneo de la Habana: *José Enrique Rodó.* En «Revista de la Facultad de Letras y Ciencias»; Univers. de la Habana; julio y agosto de 1917; pág. 95.

(413) Luis Amador Sánchez: *El pensamiento vivo de Rodó.* En «Univers de Antioquia», núm. 99, Medellín-Colombia, mayo, junio y julio de 1950; pág. 283.

(414) Citado por Ariosto D. González: *Rodó. Su bibliografía y sus críticos.* En A. Scarone: *Bibliog. de R.* tom. I, págs. XIII-XIV.

(415) Carlos Ibarguren: *José Enrique Rodó.* En «Nosotros»; Buenos Aires, mayo de 1917; pág. 65.

(416) Apud Ariosto D. González: *Rodó. Su bibliog. y sus críticos.* En A. Scarone: *Bibliog. de R.*: *pág.* XVI.

un eticismo amplio y trascendente. A la lógica conceptual, de evidente, de imprescindible necesidad en muchos casos, une la lógica íntima, personal, inconfundible, la lógica de las realidades sensibles que se suceden indefinidamente en nosotros. De esta manera, uniendo ambos extremos, sin esfuerzos, casi intuitivamente, llega o hace empeños por llegar al fondo mismo de la vida. Por condiciones de estructura íntima, su visión es de continuo optimista» (417). «Advierte Massera (recoge Ariosto D. González), coincidiendo con Castellanos y otros críticos, que «la moral de Rodó es práctica solamente... Su doctrina, agrega, por el hecho de ser, era fe» (418). Dice Zubillaga: «Hay en la amable filosofía del maestro lo que ve en la de Fouillée uno de sus más profundos comentaristas...: una fe» (419).

Goldberg, «el crítico en otro idioma que más ha indagado en la obra de Rodó» (420), considera a Rodó espíritu dionisíaco y dinámico, mentalidad proteica: «Mientras que otros anduvieron, con laudable propósito, buscando la expansión del yo de dentro a fuera, él hízolo de fuera a adentro, y reveló el inmenso caudal allí almacenado...; lo que Rodó aconseja es el yo, no el egoísmo... Es significativo el detalle de que lo que Rodó

(417) F. García Godoy: *El Mirador de Próspero.* En «De aquí y de allá». págs. 359 y 361-362.

(418) Cita de Ariosto D. González: *Rodó. Su bibliografía y sus críticos.* En A. Scarone: *Bibliog. de R.*; tomo I, págs. XVIII-XIX.

(419) A. Zubillaga: *Crítica literaria,* pág. 105.

(420) Ariosto D. González: *Rodó. Su bibliografía y sus críticos.* En A. Scarone: *Bibliog. de R.*; tomo I, pág. XXV.

procuraba sembrar en el alma del prójimo no fuese la verdad, sino el amor a la verdad» (421).

Gallinal cuenta a Rodó entre «los continuadores de la vieja y buena tradición hispánica del filosofar con elegancia... Profesó el culto de las almas heroicas... Dió lecciones de tolerancia. Anheló por la justicia. Buscó la verdad... Es que Rodó amaba con la misma pasión el bien, la verdad y la belleza. Y lo que más ennoblece su vida y su obra es el grande y anheloso esfuerzo de su pensamiento para alcanzar una participación cada día mayor en la luz de esas puras ideas eternas, de esas esencias divinas (Bien, Verdad, Belleza) cuya contemplación baña los espíritus poseídos del deseo de la sabiduría como de un anticipado reflejo de aquella esfera celeste en donde ellas resplandecen inmóviles» (422).

El idealismo de Rodó le enfrenta con toda manifestación pragmática: «Yo debo terminar mi brindis.. Pero quiero, antes, hacer nuevos votos... por que las generaciones que aparezcan y tengan la representación del porvenir reclinen la frente, muchas horas, en el que el poeta llama el *blando regazo de la mente:* en las delicadezas de la idealidad literaria, en el amor del arte, en el amor y el culto de las cosas desinteresadas de la vida. que además de ser las más bellas no está probado que no sean en definitiva también (¡oh espíritus graves!) las más reales y verdaderas de todas» (423).

(421) I. Goldberg: *La lit. hispanoam.*; págs. 210-211, 246 y 253.

(422) Gustavo Gallinal: *Rodó.* Ensayo leído en el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay el día 3 de diciembre de 1917. En «Crítica y Arte», págs. 244, 252 y 288-289.

(423) R.: Prólogo a *Narraciones,* de Juan Blanco de Acevedo. En «El Q. V.», pág. 203.

Si, según Zaldumbide (424), las imágenes le sirven a Rodó a «traducir, a encarnar ideas abstractas, casi nunca una sensación, una impresión directa, una visión de pintor o una emoción de poeta», ¿no es ello prueba de la capacidad de abstracción, característica de pensador?

Rodó, con su doctrina de la vocación, su «renovarse es vivir», su concepción del predominio del sentimiento, puede considerársele entre los pensadores partidarios de la filosofía de la vida, frente a los representantes de la filosofía de la ciencia.

Humanismo e idealismo son notas destacadas en Rodó. En su humanismo sentía la fascinación de Grecia y también la del Renacimiento. Su humanismo se ofrece con matiz racionalista, y de ahí su actitud crítica.

La interpretación del humanismo por Raimundo Paniker nos reafirma en la interpretación apuntada. Dice Paniker: «El humanismo no es un sistema filosófico (aunque lo presuponga); es más bien una postura cultural en la que el hombre (y la perfección humana, en consecuencia) ocupa el centro psicológico del interés. Esta tesitura psicológica implica una determinada posición gnoseológica característica del humanismo.

»El humanismo necesita poder creer en el hombre, y para ello le hace falta que el ser humano se fundamente a sí mismo, si no metafísica, por lo menos epistemológicamente. Por eso, todo humanismo es latentemente idealista, aun cuando hipostasíe la razón en un Ser Supremo, o quiera aparecer con ropaje realista.

... ...

(424) G. Zaldumbide: *J. E. Rodó*, pág. 79.

»El fundamento filosófico del humanismo es el racionalismo. Se implican mutuamente. Sólo si mi razón es criterio único de verdad, el hombre será la medida de todas las cosas. Y viceversa, si la primacía pertenece al hombre, es porque posee una facultad que le permite juzgar de todas las cosas, sin ser ella juzgada por nadie.

»El problema filosófico central del humanismo es la cuestión crítica, puesto que el hombre, en esta actitud humanista, radicalmente antropocéntrica, debe fundamentarse a sí mismo.

... ...

»Tres grandes humanismos ha habido en la historia occidental: el clásico, el renacentista y el actual.

»Los griegos y latinos pudieron intentar ser humanistas porque todavía no eran cristianos y no tenían por qué decidirse en pro de la Ley cósmica de la Cruz, que, aunque regía en el mundo, no había sido promulgada. De ahí la fascinación que Grecia ha ejercido sobre todos los hombres que sin fe viva se han encontrado en un clima cristiano: quisieran ser simplemente hombres y están «condenados» a ser algo más. Y, no obstante, existía en el humanismo clásico un secreto deseo de superación y un inconsciente afán de trascendencia.

»Es instructivo observar el caso del Renacimiento... El clima teocéntrico medieval se ha convertido en un ambiente antropocéntrico. Debido a esto, las mismas afirmaciones suenan de manera tan distinta. Lo que el Renacimiento tiene de anticristiano es lo que tiene de humanista.

... ...

»El Renacimiento fué cobarde. Se dió cuenta de las exigencias cristianas de la época naciente y tuvo miedo, no se atrevió a enfrentarse con su destino cristiano y prefirió volver a Grecia como a un refugio para no tener que decidirse, como si el hombre no hubiese experimentado después de Cristo un cambio radical. El éxito del movimiento luterano fué debido, en parte, a que se presentaba como una solución profundamente cristiana al compromiso que se había extendido ya de un humanismo cristiano. Y la paradoja histórica estriba en que, por virtud de una dialéctica interna, el pensamiento, antihumanista en sus principios, se «humanistizó». La minusvaloración del hombre se compensó con la exaltación del individuo.

»Finalmente, el humanismo moderno es el último reducto de una cultura que quiere salvarse a sí misma y que se bate en retirada.

»Dios, el hombre y el mundo son las tres máximas realidades existentes (prescindiendo del universo angélico), y su conjugación da lugar a los tres humanismos históricos mencionados» (425).

(425) Raimundo Paniker: *El Cristianismo no es un humanismo.* En «Arbor», Madrid, núm. 62, febrero 1951.

CAPITULO VII

RODÓ ANTE LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA.—ESQUEMA.—VALORACIONES.—VISIÓN PERSONAL.

1.—*Impresión de conjunto.—Su concepto del filósofo.*

Sin haber escrito Rodó una historia de la Filosofía, las manifestaciones vertidas en sus obras, principalmente en *Motivos de Proteo*, nos permiten considerar su posición ante la historia de la Filosofía. Como impresión de conjunto, puede señalarse la interpretación poética de la historia de la Filosofía; por ejemplo, en las apreciaciones sobre Juliano e Hipatia. «Fué el poeta de la Filosofía y el filósofo de la Poesía» (1), dijo de Rodó Cristóbal de Castro. Ofrece juicios precisos y exactos, como el de Sócrates; muestra particular aprecio por las épocas de transición: así la simpatía personal por Gorgias, Juliano y la Enciclopedia; recuerda figuras un tanto olvidadas,

(1) Cristóbal de Castro: *Los grandes de Hispanoamérica.* En «A B C», de Madrid, 4 de octubre de 1929.

como Vauvenargues; valora con exceso a Diderot y tiene el acierto de destacar a Goethe como pensador.

Considera «la aptitud científica más sintética y alta la del filósofo; apenas podría citarse ejemplo de superior capacidad metafísica que no haya venido acompañada del saber original e inventivo, o cuando menos de la versación vasta y profunda, en algún género de ciencia particular. Este como punto de apoyo pueden ser las matemáticas: así en Platón, en Descartes, en Malebranche; o las ciencias naturales y biológicas, como en Hartmann, Spencer y Bergson; cuando no se fija indistintamente, con la universalidad de Aristóteles o de Leibniz, en las más variadas partes de los conocimientos humanos» (2).

En la parábola *La despedida de Gorgias*, habla Rodó de «el placer de filosofar con gracia, que es propio de almas exquisitas» (3).

2.—*Filosofía griega.*

a) *Presocráticos.—Tales.—Pitágoras.*

Tales.—La tradición viajera de Tales le da pie para insistir en la influencia de «los viajes en la revelación y el desenvolvimiento de las vocaciones científicas...» (4): «La tradición antigua, que muestra antecedida de largos y prolijos viajes la labor de... los filósofos, desde Tales y Pitágoras, no indica sólo un hecho derivado de las condiciones peculiares de una civilización naciente y menesterosa del impulso extraño; encierra un ejemplo más alto y esencial para la disciplina del espíritu y la sólida confirmación del saber» (5).

(2) R.: «M. de P.», págs. 331-332.
(3) R.: Idem, pág. 374.
(4) Título del párrafo CVII de «M. de P.».

Pitágoras.—Aunque califica su «enseñanza sublime... Sócrates es y será siempre en la memoria de la posteridad el fundador del pensamiento filosófico» (6).

Razona la efímera influencia de la moral pitagórica: «La moral de Pitágoras, si señala un nivel más alto, no pasa de especulación filosófica a ley de conducta, sino en la forma de organización clausurada y conventual, necesariamente efímera en un pueblo a cuyas más íntimas condiciones repugnaba, y que pronto prefirió volverse a atender del lado de los sofistas el juego vano, pero alegre y audaz, de las ironías dialécticas» (7).

En una alusión al discípulo de Pitágoras Architas de Tarento, destaca la significación de las matemáticas en Pitágoras y en la antigüedad: «Obra de matemáticos fué, en la antigüedad, desde Architas de Tarento y Pitágoras hasta Boecio, cuanto se razonó sobre la concordia de los números sonoros» (8).

Se refiere a Pitágoras al considerar el paso del arte a la ciencia, en el caso de Herschell: «Músico era Herschell... El estudio de la armonía atrajo su atención a las matemáticas puras, y éstas le pusieron en el camino de... la ciencia de los cuerpos celestes...; dejó la música que

(5) R.: «M. de P.», pág. 280.
(6) R.: «L. y J.», págs. 125-126.
(7) R.: Idem, pág. 144.
(8) R.: «M. de P.», pág. 323.

se traduce en sonidos por aquella otra, inefable y altísima, que percibía en la contemplación de los cielos el filósofo de Samos» (9).

b) *Los sofistas.—Gorgias.*

Hemos visto, al referirnos a Pitágoras, la apreciación formulada en *Liberalismo y Jacobinismo* sobre la actuación de los sofistas: «Juego vano, pero alegre y audaz, de las ironías dialécticas.» En ***Motivos de Proteo*** **expresó**, hablando de Luciano: «Luciano... palpó la vanidad de la sofística» (10). En *Nuevos Motivos de Proteo* vuelve a aludir a la ironía dialéctica de la sofística: «Al día siguiente recibíamos una larga carta de Albatros. Nos confesaba en ella su deserción; la justificaba irónicamente como un acto de supremo idealismo, con argumentos que no hubiera desdeñado» (11).

El doctor Montero Díaz encuadra la significación de la sofística en el momento de su aparición en la escena político-ideológica de Grecia: «A partir de la sofística, coetáneamente a la crisis de la autoridad transpersonalista de la *polis* y del escolarcado, la problemática del individuo se sitúa en primer plano... La postura de la sofística (no solamente Caliclés, sino también Trasímaco, entre otros) sugiere una moral de señores. Pero sugiere también una moral revolucionaria» (12).

(9) R.: Idem, pág. 197.

(10) R.: Idem, pág. 165. En LVIII. *Vocación que se define por eliminaciones sucesivas.*

(11) R.: *Albatros.* En «N. M. de P.», pág. 37.

(12) Santiago Montero Díaz: *De Caliclés a Trajano.* Madrid, Instituto de Estudios Políticos; págs. 33 y 36.

Rodó interpreta a Gorgias desde un punto de vista antidogmático en la parábola *La despedida de Gorgias.* Alarmados los poderosos por la filosofía de Gorgias, y admitida la delación, «Gorgias va a morir... Ha escogido la de Sócrates. A la hora de entrarse el sol ha de beber la cicuta»; pasa las dos últimas horas «en serenidad sublime»... Lucio propone jurarle fidelidad, y Gorgias le pregunta: «¿Sabes, Lucio, lo que es jurar en vano?... Yo os fuí maestro de amor; yo he procurado daros el amor de la verdad; no la verdad, que es infinita»... Termina *La despedida de Gorgias* con el brindis de Leucipo, del que había dicho Gorgias: «Tú, Leucipo, el más empapado en el espíritu de mi enseñanza.» Brinda Leucipo: «Maestro, ¡por quien te venza con honor en nosotros! —¡Por ése!—dijo Gorgias—. ¡Por quien me venza con honor en vosotros!» (13).

Aprecia Salterain: «La palabra de Gorgias... no es fábula caprichosa, ni producto de la fantasía exaltada, sino himno al progreso de las ideas, inspirado en la sabiduría de la experiencia y alusión finísima a las injurias humanas» (14).

El relativismo spenceriano que seguía Rodó en lo relativo a la teoría del conocimiento explica su simpatía por Gorgias. Quizá se sintió atraído por la prosa artística del sofista. «Il a été un des fondateurs de la prose artis-

(13) R.: *La despedida de Gorgias.* Párrafo CXXVII de «M. de P.», págs. 374-379.

(14) Joaquín de Salterain: *Sobre «Motivos de Proteo».* Montevideo. Taller Gráfico «El Arte», de O. M. Bertani; págs. 25-26.

tique grecque» (15). Quizá se dejó fascinar Rodó por la gloria conseguida por Gorgias y por la fama de su magisterio. «Una visión como la de Gorgias de Leontinci no cabe imaginarla más que en Atenas. Cuando, destruída su ciudad natal, apareció allí, espléndidamente ataviado, en calidad de embajador siciliano, y empezó a pronunciar sus grandiosos discursos, con la diadema en la cabeza y el báculo en la mano, el pueblo estalló de entusiasmo... Tanto Pitágoras como Gorgias se hacían pagar cien minas (nueve mil marcos) por la enseñanza completa» (16); «parmi ses élèves en outre d'Isocrates il compte Thucydide, Eschine, le rival de Démosthène, Critias, le poète Agathon, etc.» (17).

c) *Sócrates.*

Rodó afirma dos veces en *Liberalismo y Jacobinismo* que Sócrates es «el fundador del pensamiento filosófico» (18). La crítica autorizada confirma la manifestación de Rodó. «La reflexión socrática fué la constitución de la filosofía» (19). «Fué la paradoja socrática lo que genialmente dió a la filosofía el impulso definitivo... Pero

(15) Théodore Gomperz: *Les penseurs de la Grèce. I.* Payot. París, 1928; pág. 518.

(16) Joseph Gregor: *Pericles. Grandeza y decadencia de Grecia.* Traduc. de A. Herrero y Miguel. Joaquín Gil. Editor. Barcelona, 1944; págs. 245 y 246.

(17) Leon Robin: *La pensée grecque et les origines de l'esprit scientifique.* París. La Renaissance du Livre, 1923; pág. 163.

(18) R.: «L. y J.», págs. 109 y 125-126.

(19) Xavier Zubiri: *Sócrates y la sabiduría griega.* «Escorial». Madrid; tomo II, enero 1941; pág. 66.

si hay que hacer la historia del concepto de la filosofía..., no puede negarse a Sócrates la cualidad de creador y definidor, pues llenó de escrúpulos científicos, y a la vez de sinceridad moral, todo ese afán de saber que es el motor de la vida intelectual humana» (20).

Reconoce en la doctrina socrática elementos comunes con el cristianismo, pero afirma que ello no anula la originalidad de Jesús, y con este motivo recuerda la devoción que Erasmo sentía por Sócrates: «Nadie puede negarse a reconocer en la esencia de la doctrina de Sócrates elementos comunes con los que imprimieron carácter a la revolución moral del cristianismo *(Sancte Socrate, ora pro nobis,* rezaba el viejo Erasmo). Emancipando la moral de la tradición y la costumbre, para fundarla sobre la íntima potestad de la conciencia, Sócrates anticipaba en cierto modo la reivindicación cristiana de «el espíritu y la verdad», antepuestos a la autoridad tradicional de la ley. Oponiendo al egoísmo receloso de la *ciudad* antigua aquella vislumbre de sentimiento humanitario que inspira las palabras que nos ha transmitido Cicerón: «No soy de Atenas; soy del mundo», anunciaba el sentido de cosmopolitismo con que los estoicos prepararían el escenario del Imperio romano a la propaganda de la idea cristiana. Sellando su amor a la verdad con la resolución del sacrificio, daba el ejemplo del testimonio sublime de los mártires, de que el cristianismo recibiría su prestigio y su fuerza.

»Pero si injusto sería desconocer la gloria de estos precedentes, aún más injusto sería exaltarla hasta el punto

(20) Antonio Tovar: *Vida de Sócrates.* «Rev. de Oc.», Madrid, 1947; págs. 200 y 212-213.

de anular por ella la originalidad de Jesús. Desde luego (y esto bastaría a nuestro propósito), lo que entendemos por caridad no tiene marco que ocupar en la doctrina socrática. El sentido cristiano de la caridad es el bien practicado sin condiciones, aun a cambio del mal recibido, y aun con la presunción de la ingratitud del mal. La moral de Sócrates nunca pasó de la noción de justicia que se define activamente por la retribución con el bien, y que frente al mal sólo prescribe la aptitud negativa de no retribuirlo con el mal. No es, en lo que tiene de activo, más que la relación armoniosa que el maravilloso instinto plástico de la fábula griega había personificado en las tres Gracias: la que concede el beneficio, la que lo recibe y la que lo devuelve. Las Gracias formaban un grupo inseparable, y la tercera nunca quedó aparte de las otras... Su ley moral partía de la eficiencia del conocimiento, de la necesidad de la sabiduría como inspiración de la conducta, y esta concepción aristocrática, que limitaba forzosamente la virtud a un tesoro de almas escogidas, llevaba en sí misma la imposibilidad de popularizarse y universalizarse... Instituyó, sí, una orientación filosófica perdurable, un fundamento racional y metódico que perseveró en las construcciones de la ciencia helénica, y que, en la relación de la moral, produjo ideas que en Platón y sus discípulos se elevan a menudo a una alta noción de la solidaridad humana» (21).

Afirmó Rodó que en Sócrates «fué mucho más lo que sugirió que lo que significó y concretó», y que «la atracción que supo ejercer en torno suyo» se debió a «la sugestión de su palabra y el modelo de su vida» (22).

(21) R.: «L. y J.», págs. 145-147.

La doctrina de la personalidad desarrollada por Rodó es un brillante comentario al «conócete a ti mismo», inscripción del templo de Apolo, en Delfos, y que Sócrates había tomado como lema para sus reflexiones.

Hostos alabó la sinceridad de Sócrates: «Los dos seres más poderosos de la Historia han sido Sócrates y Jesús, porque han sido los dos que más han realizado lo que hablaban» (23).

d) *Platón.*

a') *Platón.*

Considera a Platón «ejemplo de superior capacidad metafísica, con versación en matemáticas» (24).

Contempla poéticamente la época de Platón: «Los tiempos divinos en que las almas jóvenes daban modelos para los dialoguistas radiantes de Platón sólo fueron posibles en una breve primavera del mundo» (25).

En el párrafo LXXVI de *Motivos de Proteo:* «Engaños de la imitación cuando no se concilia con la autonomía de la personalidad. Falsedad radical en las *escuelas*»,

(22) R.: Idem, pág. 156.

(23) Eugenio María de Hostos: *Palabras.* «Revista de Santiago», tomo I, Santiago, Imprenta Nacional. Recogido en: *Obras completas.* Vol. XIV. «Hombres e Ideas». Edición conmemorativa del Gobierno de Puerto Rico, 1839-1939. Habana (Cuba), MCMXXXIX; pág. 296.

(24) R.: «M. de P.», págs. 331-332.

(25) R.: «A.», pág. 37.

se refiere a la estancia de Platón en Siracusa, para iniciar al tirano Dionisio en el conocimiento de la geometría: «Entre los antiguos era fama que, cuando Platón llegó a Siracusa y Diosinio el tirano mostró deseos de iniciarse, con las lecciones del filósofo, en el estudio de la geometría, una legión inesperada de geómetras apareció de pronto en la corte de Dionisio, y su palacio se llenaba a toda hora de las nubes de polvo que levantaba la gente cortesana trazando figuras. Luego, hastiado el tirano de la ciencia, los geómetras pasaron con facilidad de aquellas nubes de polvo» (26).

En Pisa, en 1916, un grupo de jóvenes universitarios venezolanos, estudiantes de Medicina, «me forman, para mis restantes horas de Pisa, el más afectuoso y grato acompañamiento que yo hubiera podido imaginar. «Arielizamos» en sobremesa platónica» (27).

b') *El platonismo en la Academia de Florencia.*

En *Diálogo de bronce y mármol* nos ofreció Rodó una evocación de Florencia en tiempo de los Médicis:

«DAVID.—Yo presencié tal triunfal epifanía.

»PERSEO.—Dulce tiempo que fué... ¿Te acuerdas de aquel hervir pintoresco de la vida en las abiertas logias, centros de conversación, de arte y de filosofía, como los pórticos de Atenas? ¿Te acuerdas de aquel zumbar, como de abejas oficiosas, en derredor de un antiguo mármol

(26) R.: «M. de P.», págs. 226-227.

(27) R.: *Recuerdos de Pisa.* Florencia, octubre de 1916. En «El C. de P.», pág. 146.

recobrado, de un amarillo códice devuelto a la luz? ¿Te acuerdas de las procesiones, de las máscaras, de las pompas mitológicas, cuando la juventud representaba en las calles, inmenso teatro descubierto, la apoteosis de la alegría y de la fuerza?

«DAVID.—Tú no viste más que el ocaso; yo vi la radiante luz del mediodía. Yo asistí en su plenitud al imperio de la renovada antigüedad. Yo oí flotar en el viento el rumor de convites platónicos, en torno al simulacro del Maestro, en los jardines de Fiésole, coreado el dulce razonar de los iniciados por la vibración armoniosa de los pinos. Ante mí se detuvieron Rafael, Leonardo de Vinci, Andrea del Sarto. Vi, antes que tú vinieras, cincuenta años de gloria, con mis verdaderos ojos, que aquí reflejaron por tres siglos el sol...

. . . . . .

»PERSEO.—¿Qué resta, si no es vuestra inmortalidad, de aquel divino tiempo?

»DAVID.—La idea, en el imperecedero espíritu del hombre» (28).

Puso de manifiesto la reminiscencia platónica en Miguel Angel:

«DAVID.—Aquel soberano dueño de la gloria pasó por la vida real en soledad y tristeza, sin sonreír ni aun a las imágenes de su fantasía; y esta tristeza era la de la reminiscencia platónica, era la nostalgia infinita del que ha contemplado en otra esfera la belleza ideal y no encuentra cómo aquietarse en el polvo de la tierra: *Oh,*

(28) R.: *Diálogo de bronce y mármol.* En «El C. de P.», páginas 122, 123 y 124.

che miseria e dunque l'essenato!... Al bajar la pendiente de la vida, encarnó ese sueño de belleza en el recuerdo póstumo de una de las más nobles figuras de mujer que haya divinizado el barro humano, en el recuerdo de Victoria Colonna, y este contemplativo amor le ungió poeta, y de sus cantos se levantó una nueva personificada Idea al coro angélico de Beatriz y de Laura. Cuando toda su generación se había rendido a la muerte, él quedaba en pie, como el roble que desafía las tormentas; favorecido con el don de una homérica vejez, y siempre inclinado sobre el mármol, y siempre solo, y siempre triste. Llamábase Miguel Angel Buonarroti... Aquel Miguel Angel casi adolescente, que me había llamado a nuevo ser, llevaba aún en el alma el beso de la Florencia medicea, el sello de un ambiente impregnado de la serenidad platonica, sello de serenidad al que pronto había de sobreponerse la reacción de su genio impetuoso y sombrío» (29).

Masoliver interpreta el platonismo de Miguel Angel como un eco del neoplatonismo de Marsilio Ficino: «Muchas veces oí a Miguel Angel platicar y discutir de amor, y supe por los allí presentes que hablaba, ni más ni menos, como sobre ello en Platón se lee», nos dice su discípulo y confidente Ascanio Condivi (A. Condivi: *La vita di Michelagnolo Buonarroti*, Milán, Cogliati, 1928); pero como el propio Ascanio reconoce modestamente que él no ha leído a Platón, conviene bucear, sin más, en las poesías del escultor, que en este respecto nos traen un eco nutridísimo del neoplatonismo de Marsilio Ficino. Lo que no es para sorprendernos, pues sabido es que

(29) R.: Idem. En «El C. de P.», págs. 116 y 119-120.

la carrera artística de Buonarroti empezó en Florencia, en la Corte del Magnífico, y que de mozo había asistido a los platonizantes banquetes de la quinta de Caraggi, durante los cuales profesaba el Ficino sus doctrinas. Como es también notorio que de viejo correspondió largamente con Benedetto Varchi, otro ficiano, quien en vida de Miguel Angel publicó una explanación de sus rimas. Y así, con estas poesías, bien merece la pena de volver sobre el famoso tratado del Ficino (M. Ficino: *Sopra l'Amore ovvero Convito di Platona*, ed. y pref. de Giuseppe Rensi. Lanciano, Carabba, 1914)» (30).

c') *El platonismo en Leopardi.*

Leopardi vivió en obsesión con la idea de la muerte, llegando a considerar como hermanos la muerte y el amor, «fratelli a un tempo stesso l'amore e la morte». Interpreta Rodó: «Y de este culto de la Muerte nacieron versos que concilian con la serenidad y la transparencia platónica el fervor y el arrebato de los místicos, el vuelo ardiente de San Juan de la Cruz» (31).

e) *Aristóteles.*

Admiró Rodó en Aristóteles la «superior capacidad metafísica» (32). Lo consideró «modelo insuperable y eter-

(30) Juan Ramón Masoliver: *De las ideas estéticas de Miguel Angel y de sus poesías de escultor*. «Escorial», cuaderno 19. Madrid, mayo 1942; págs. 237-238.
(31) R.: *El altar de la muerte*. En «El Q. V.», pág. 333.
(32) R.: «M. de P.», pág. 331.

no de esta casta de espíritus... que se levanta en el horizonte de la antigüedad, llegando la ciencia helénica a la madurez de la razón... Su obra austera y desnuda es como esqueleto de ideas en que apoyarán los músculos de su pensamiento tres civilizaciones distintas: la que dijo sus postreras razones con Hipatia, la que se propagó con el Islam y la que se desenvuelve, entre luces y tinieblas, desde los primeros claustros monacales hasta las primeras cátedras de los humanistas» (33).

En hiperbólica comparación, manifiesta, con motivo de su consideración sobre Aristóteles, la admiración por el tipo de *sabio* de la civilización helénica: «Dicen que si el abismo de la mar se secara y hubiesen de volverlo a llenar con el tributo que derraman en él los ríos de la Tierra, cuarenta siglos pasarían antes que lo lograran: tal me represento yo la proporción entre la capacidad creadora de uno de estos intelectos omnímodos y la labor perseverante y menuda de las generaciones que vienen después de ellos» (34).

f) *El estoicismo.*

a') *Rodó y el estoicismo.*

En la idiosincrasia de Rodó encajaba sin dificultad el estoicismo. «On dirait que le stoïcisme lui a été facile, comme un plaisir» (35).

(33) R.: Idem, págs. 105 y 106.
(34) R.: Idem, pág. 106.
(35) Jean Cassou: *Renan et Rodó.* «Revue de l'Amérique Latine», deuxième année, vol. V, pág. 233.

b') *Cleanto.*

Encuentra Rodó un ejemplo de la salvación de la libertad interior en Cleanto, discípulo y continuador en la dirección de la escuela de Zenón, el fundador de la doctrina de la Stoa: «La escuela estoica, que iluminó el ocaso de la antigüedad como por un anticipado resplandor del cristianismo, nos ha legado una sencilla y conmovedora imagen de la salvación de la libertad interior, aun en medio de los rigores de la servidumbre, en la hermosa figura de Cleanto; de aquel Cleanto que, obligado a emplear la fuerza de sus brazos de atleta en sumergir el cubo de una fuente y mover la piedra de un molino, concedía a la meditación las treguas del quehacer miserable y trazaba, con encallecida mano, sobre las piedras del camino, las máximas oídas de labios de Zenón. Toda educación racional, todo perfecto cultivo de nuestra naturaleza, tomarán por punto de partida la posibilidad de estimular en cada uno de nosotros la doble actividad que simboliza Cleanto» (36).

c') *Características del estoicismo.*

Señaló Rodó, entre las características del estoicismo, el ideal de perfección, la abstracción, la resistencia y el dominio de la voluntad: «El concepto de la perfección... es también la inmovilidad de abstención y resistencia que

(36) R.: «A.», pág. 54.

se predicó en el pórtico de Stoa» (37). «La voluntad... No fué otro el fundamento de la soberbia estoica, despreciadora del dolor, que inspiró la gloriosa frase de Arria y la moral de Epicteto, y que resurge en lo moderno con Kant» (38).

Contrapone el estoico a los curiosos espíritus de amplitud comunicativa: «Hay el entusiasta inflexible, alma monocorde y austera; y hay aquel cuyo entusiasmo asume las múltiples formas de la vida, y consiente, generoso con su riqueza de amor, otros objetos de atención y deseo que el que preferentemente se propone. De aquella pasta están hechos el estoico y el asceta, el puritano y el jansenista; de ésta, los espíritus amplios, comunicativos y curiosos, sin mengua de su fidelidad inquebrantable ni su férvida consagración» (39).

d') *La moral estoica.*

Argumenta Rodó contra el doctor Díaz en *Liberalismo y Jacobinismo:* «Llegan las vísperas de la regeneración del mundo. La filosofía clásica parece aspirar, en aquella expectativa inconsciente, a un sentido más activo y revolucionario que la convierta en fuerza de sociabilidad y en inspiración de la voluntad individual, y, sobre el desborde de todas las abyecciones y todas las concupiscencias, se propaga la moral a que el conferenciante alude con los nombres de Epicteto, Séneca y Lucano; se propaga la moral del estoicismo... La razón teórica tiende a infundirse y encarnarse en la eficiente realidad de la vida. El estoicismo trajo como fermento de su moral la idea más alta que se hubiera profesado nunca de la igualdad de los hombres, lo mismo en la relación del ciudadano al extranjero que la del señor al esclavo: preconizó la dignidad del dolor; exaltó la aprobación de la conciencia sobre los halagos del mundo, y produjo su magnífica flor de grandeza humana en el alma perfecta de Marco Aurelio. ¿Con qué conquista positiva, con qué adelanto tangible en la práctica de la benevolencia y la beneficencia, contribuyó, entre tanto, el estoicismo al advenimiento de la caridad?... Tal vez con algún alivio en la suerte del esclavo cuando el señor era estoico; tal vez con algún influjo en las modificaciones de la legislación para mitigar las diferencias sociales; pero ningún resultado práctico nació del estoicismo, que ni remotamente se hallara en proporción con la teoría ni prometiese en él la aptitud de realizarla por sus fuerzas. Faltaban a aquella última y suprema fórmula de la moral pagana el jugo de amor y la energía comunicativa, y su virtud apática, su *deber* de abstención y resistencia, capaces de suscitar dechados de austeridad individual, pero ineptos para remover el fondo de la conciencia común y arrancar de ella el ímpetu de una reforma, permanecían con la inmovilidad del mármol ante el espectáculo de aquel orden moral que se disolvía y de aquel mundo que se desmoronaba» (40).

(37) R.: «M. de P.», pág. 283. XCVIII. *Almas simples e inmutables: una sola idea, un solo impulso de pasión. Sublimidad posible de estos caracteres.*

(38) R.: «M. de P.», pág. 435. En CL. *La esperanza como luz, como fuerza. Omnipotencia de la voluntad.*

(39) R.: «M. de P.», págs. 287-288. En C. *Dos distintas especies de almas entusiastas. Los seis peregrinos.*

(40) R.: «L. y J.», págs. 147-148.

Expone Montero Díaz, bajo el título «Estoicismo y universalidad», en su trabajo *Estoicismo e Historiografía:* «De todos los sistemas netamente helenísticos, el estoicismo fué, sin duda, el que con más vigor captó las esencias universales de los nuevos tiempos. La filosofía social de los estoicos fundamenta seriamente la universalidad de la naturaleza humana y la igualdad entre los hombres. «En su origen, los hombres son todos iguales como partícipes de la razón divina» (41). De esta manera las condiciones objetivas de universalidad, creadas por el helenismo, son teóricamente interpretadas y se proyectan en el plano de la especulación filosófica. Ya el fundador del estoicismo, Zenón de Citio, formula la primera utopía de un estado universal» (42).

e') *Estoicismo y cristianismo.*

Afirma Rodó que los cristianos «triunfaron oponiendo el encanto de su juventud anterior (la de su alma embalsamada por la libación del vino nuevo) a la severidad de los estoicos y a la decrepitud de los mundanos» (43). Sostiene Montero Díaz: «No cabe duda que el estoicismo había dado algunos pasos en el sentido de concebir al género humano como una remota unidad moral, y al hombre como universal soporte de unas cualidades que

(41) Paul Barth: *Los estoicos.* Madrid. Imp. Galo Sáez. 1930; pág. 222. Cita de Montero Díaz.

(42) Santiago Montero Díaz: *Estoicismo e Historiografía.* En «Revista de la Universidad de Madrid». Letras, tomo III, fascículo I, 1933.

(43) R.: «A.», pág. 35.

genéricamente le corresponden. Pero esto no había pasado en el estoicismo de una especulación teórica de escuela, de una postura de minorías. Por otra parte, el estoicismo confortaba una concepción del *sabio* desdeñosa y aisladora, que no podía transmutarse jamás en un vasto movimiento social de caridad» (44).

g) *La escuela epicúrea y el escepticismo.*

Epicuro descubrió «su don de filosofar por las obras de Demócrito» (45).

Puso Rodó de relieve el vacío del escepticismo: «Después, como antes de los estoicos, el pueblo no tuvo norma que seguir del lado de la filosofía: en el espíritu del pueblo la filosofía había destruído y no había edificado, y la corrosión del escepticismo, que apresuraba la fuga de los dioses, no se reparaba con ninguna afirmación que viniese a llenar el vacío de las conciencias sin gobierno y a retemplar la fibra enervada de los corazones» (46). «Se ha dicho que el escéptico no es capaz de reconocer a un héroe, aunque lo vea y lo toque; agréguese, para complemento de observación tan verdadera, que ni aun es capaz de reconocerle cuando lleva al héroe dentro de sí mismo» (47).

Sin aludir siquiera a la inmutabilidad de los principios

(44) Santiago Montero Díaz: *Introducción al estudio de la Edad Media.* Murcia, 1948; pág. 66.

(45) R.: «M. de P.», pág. 156.

(46) R.: «L. y J.», pág. 149.

(47) R.: «M. de P.», pág. 171.

supremos del conocimiento, Rodó clasifica los escépticos en superiores y a medias, caracterizando a unos y a otros: «Cabe en el escéptico superior la amplitud amplia y generosa, la benevolencia fácil; el sentido de lo relativo y transitorio de toda fórmula de la verdad, la cultura varia y renovable, la gracia y movilidad del pensamiento. Deslúcenlo, como reverso de estos dones, la ineptitud para la acción, la fría esterilidad de la duda, la limitación y pobreza de lo que exige de la realidad, la influencia enervadora y corrosiva...; a los escépticos a medias los fascina aquel como prestigio diabólico que nace, en el pleno escepticismo, de la resistencia invariable de la duda y del alarde impávido de la ironía» (48). Hay otras formas reales del escepticismo: «Picados de ese escepticismo del gusto que nace de un exceso de refinamiento, de una malicia histriónica adquirida en el abuso de la crítica y en el hábito mañoso de anticiparse a las burlas de la realidad» (49).

Difícilmente se da el escepticismo radical y absoluto: «En lo hondo del escepticismo más helado y más yerto, más arraigado en la solidez de la razón, más puesto a prueba por la experiencia de la vida, hay un temblor de idealidad inconsciente, hay un hilo de ilusión y de fe, que así puede ser la brizna vana perdida en el suelo del camino, como el vestigio que deja de su paso una oficiosa araña que un día volverá a su tarea» (50).

Señaló los correctivos del escepticismo o, como él dice

(48) R.: *Rumbos nuevos*. Con motivo de la publicación *Idola Fori*, de Carlos Arturo Torres. En «El M. de P.», págs. 31 y 33.
(49) R.: *Albatros*. De «N. M. de P.», pág. 46.
(50) R.: «M. de P.», pág. 405.

en *Los amigos de Pirrón*, «la lealtad del juicio, la sensibilidad moral, el buen gusto, las fuerzas espontáneas, muchas veces inconscientes, del alma, que, llegado el momento, acuden a evitar el peligro» (51).

«Pirrón, padre de los escépticos» (52), pasó de la pintura a la ciencia (53).

Afín al escepticismo se ofrece la inconsecuencia. Rodó cita como ejemplo de inconsecuencia a Peregrino. «Luciano ató al remo de su sátira la memoria de aquel filósofo de Pario: Peregrino... y que, por lo que hay de simbólico en su fin, podría, levantándole a un significado más alto, representar toda la atormentada legión de las almas que no encuentran contento ni reposo en ninguna determinación del pensamiento, en ninguna forma de la vida...; su funesta pasión le llevó a dar la vida por la fama, y en unos juegos públicos, donde la multitud lo viese y se espantase, se precipitó entre las llamas de una hoguera. Arder y disiparse en cenizas fué la muerte del que había disipado a los vientos su alma incapaz de convicción» (54).

Entre los escépticos, calificó a Montaigne: «Este amable escéptico» (55).

(51) R.: Idem, pág. 388. En CXXII. *Los amigos de Pirrón*.
(52) R.: Idem, pág. 387.
(53) R.: Idem, pág. 197.
(54) R.: Idem, págs. 418-419.
(55) R.: Idem, pág. 265.

3.—*La filosofía en Roma.*

a) *El estoicismo.—Séneca.*

Hemos visto (pág. 278) la referencia de Rodó a Séneca, tratando de las transformaciones de la personalidad.

El estoicismo de Séneca, refiriéndose a los viajes, le recuerda a Rodó la opinión de Kempis: «El estoicismo de Séneca truena en las *Cartas a Lucilio* contra los que piensan, viajando, variar de alma, «como si no viajasen en compañía de ellos mismos»; y recuerda a Kempis cuando enseña que «la imaginación y mudanza del lugar a muchos ha dado engaño» (56).

«Séneca—precisa Montero Díaz— es, ante todo, un filósofo español.» «No es solamente español por la patria, sino también por el carácter general de sus escritos», dice Bonilla. En la misma opinión abunda Menéndez y Pelayo. Y el pueblo español, el pueblo campesino y trabajador, que no sabe de humanidades ni de filosofías, pone en Séneca los labios cuando quiere significar sabiduría» (57).

Rodó estimó, con frase de Ribot, «moral muerta» la de Séneca, por estimar en desacuerdo la norma moral aconsejada y la conducta personal practicada por el filósofo: «La moral de Séneca el estoico se levanta casi tan alta como la del Evangelio; pero Séneca no sólo dejó

(56) R.: Idem, pág. 265.

(57) Santiago Montero Díaz: *Semblanza de Trajano.* En «De Caliclés a Trajano»; Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1948; pág. 183.

inmóvil e indiferente el ánimo de sus contemporáneos. sino que su moral, falta del calor que se une a la luz intelectual de la convicción para refundir el carácter, no impidió que la conducta del propio Séneca siguiese el declive del egoísmo abyecto de su tiempo. Era la suya «moral muerta», como diría Ribot» (58).

Plantea Rodó una cuestión interesante en las relaciones entre Séneca y Nerón: «Sería un interesante objeto de estudio determinar la parte que corresponde, entre los factores de la refinada perversidad de Nerón, al germen de histrionismo monstruoso depositado en el alma de aquel cómico sangriento por la retórica afectada de Séneca» (59). Renán había formulado este mismo parecer: «Séneca hizo más mal a su discípulo por su perverso gusto literario que por su galana filosofía. Séneca era un gran espíritu, un talento excepcional y un hombre respetable en el fondo, no obstante más de una mancha, pero estropeado por la declamación y la vanidad literaria, incapaz de sentir y de raciocinar sin frases. A fuerza de ejercitar a su discípulo en expresar cosas que no sentía, en componer de antemano frases sublimes, hizo de él un comediante celoso, un orador malo, que sólo decía palabras humanas cuando estaba seguro de no ser escuchado. El viejo pedagogo veía profundamente el mal de su tiempo, el de su discípulo y el suyo propio, cuando exclamaba en sus momentos de sinceridad: «*Literarum intemperantia laboramus...*» Lo que dominaba en todo era la falta de sinceridad, un género insípido como el de las tragedias de Séneca, la habilidad para expresar sen-

(58) R.: «L. y J.». pág. 153.

(59) R.: «A.», pág. 65.

timientos no sentidos, el arte de hablar como hombre virtuoso sin serlo (60). José Verissimo *(A propósito de «Quo vadis?», de Enrique Sienkiewicz)* recoge la opinión de Renán: «La vanidad de artista y de literato, con la abnegación del pueblo romano, fueron tal vez los principales factores de la perversidad de Nerón... Nunca un remordimiento, ni siquiera una duda, atravesaron su conciencia... Nerón era un sujeto de mal gusto, educado por un hombre de mal gusto, Séneca, y viviendo en una época de mal gusto general. Esto lo puso perfectamente en evidencia Renán» (61).

La apuntada apreciación de Rodó produce indignación en Nueda: «En los párrafos dedicados al cultivo del buen gusto, entre muchos conceptos acertados y no pocos lugares comunes, salta esta verdadera blasfemia» (62). Charles Norris Cochrano, apoyándose en la autoridad de San Agustín, dice de Séneca: «Atacaba la «superstición», pero recomendaba la adoración de los dioses políticos como «materia de forma» y como expediente «para vincular las masas a la sociedad civil»; mostrándose en ello, como se ha dicho, «más hipócrita que ningún comediante» (San Agustín: *De Civ. Dei*, VI, 10 y VI, 32)... Pero si así empleaba Séneca la máscara de un cumplido actor, no lo hacía por deliberadamente perverso o mendaz. Al contrario, todos los indicios muestran que, a pesar de notorias debilidades de carácter, fué varón bienintencionado y de altos pensamientos» (63).

(60) Renán: *Historia de los orígenes del cristianismo*. En «Novísima Historia Universal»; Madrid, La Editorial Española y Americana, 1903; pág. 101.

(61) José Verissimo: *Hombres e ideas extranjeros*. Traduc. del portugués por Andrés González Blanco. Madrid. Editorial América. Imp. A. G. Izquierdo; s. a.; págs. 120-121.

(62) Luis Nueda: *Mil libros*. 4.ª ed. Madrid, Aguilar, S. A. de Ediciones, págs. 1352-53.

b) *Otros estoicos: Agripino y Marco Aurelio.*

Rechaza la postura de Agripino, por ser opuesta a la «filosofía viril»: «Aquel Agripino de que se habla en los clásicos, singular adulador del mal propio, que hizo el elogio de la fiebre cuando ella le privó de salud, de la infamia cuando fué tildado de infame, del destierro cuando fué lanzado al destierro» (64).

Rodó tenía en alta estima a Marco Aurelio: «Recordemos ahora la augusta personalidad de Marco Aurelio y aquel su constante examen de sí mismo, no disipado en vano mirar, sino resuelto en actos de una voluntad afirmativa y fecunda, que va tejiendo una de las más hermosas vidas humanas» (65). Al subir las gradas del Capitolio, contempla: «El soberbio Marco Aurelio de bronce evocaba, en una sola imagen, la gloria del pensamiento latino y del latino poder» (66).

(63) Charles Norris Cochrane: *Cristianismo y cultura clásica*. Traduc. de José Carner. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1949; pág. 165.

(64) R.: «M. de P.», pág. 27.

(65) R.: Idem, pág. 49.

(66) R.: *Al concluir el año*. En «El C. de P.», pág. 175.

c) *Otras tendencias: Lucrecio, Lupercio, Cicerón, Horacio.*

Rodó nos ofrece una manifestación de la interpretación poética de la Historia de la Filosofía en la valoración excesiva de la personalidad del epicúreo Lucrecio: «Lucrecio, por quien la savia del saber antiguo cuajó en pomposa magnolia» (67).

Evoca, también con sentido poético, a Lupercio: «En tiempos en que Roma congregaba todas las filosofías, vivió en Roma Lupercio, geómetra y filósofo. De un amor juvenil tuvo Lupercio una hija, a quien dió el nombre de Urania y educó en la afición de la sabiduría. Imaginémonos a Hipatia en un albor de adolescencia» (68).

En cuanto al ecléctico Cicerón, se refiere en *Ariel* al precepto de aquél de que cada uno cuide la originalidad de su carácter (69). Interpreta el *Charitas generis humani* ciceroniano «sin fuerza de propaganda y de realización» (70), y su famosa frase: «No soy de Atenas, soy del mundo», como anuncio del «sentido de cosmopolitismo con que los estoicos prepararían el escenario del Imperio romano a la propaganda de la idea cristiana» (71).

Rodó, antiutilitarista, se opone al epicureísmo de Horacio, al aconsejar a la juventud: «Vuestra filosofía moral en el trabajo y el combate debe ser el reverso del *carpe diem* horaciano» (72).

(67) R.: «M. de P.», pág. 320.
(68) R.: Idem, pág. 232.
(69) R.: «A.», págs. 98-99.
(70) R.: «L. y J.», pág. 147.
(71) R.: Idem, pág. 145.

Rechaza el «escepticismo alegre y ocioso, casa de Horacio, donde hay guirnaldas para orlar la frente del vencido» (73).

C. Mano ha calificado el pesimismo de Horacio: «Mais, c'est à tort que l'on s'est évertué à doser le pessimisme d'Horace, les quelques plaintes qu'il formule contre l'existence «invida aetas», ses lamentations sur la rapidité de la vie ne témoignent guère que de la haute estime qu'il avait pour les plaisirs et les joies de ce bas monde, il ne leur reconnaissait qu'un défaut: passer vite. S'il fut en un certain sens quelque peu pessimiste, il n'éleva jamais ses boutades à la hauteur d'un système» (74).

Le Senne, refiriéndose a las morales del placer, juzga el epicureísmo de Horacio: «Sous sa forme la moins intellectualissée, la plus proche de l'immédiat, la morale du plaisir est la règle du jouisseur, serait-ce à jouissances atténuées, à la manière d'Horace..., sa philosophie se réduit à une modération qui n'a pas besoin de se forcer pour préférer une vie simple et peu d'ambition, basse ou bonne, à la recherche des fins les plus hautes» (75).

(72) R.: «A.», pág. 134.
El doctor Llauró, en su *Diccionario Manual Morfológico Latino-Español*, Barcelona, 1945, traduce el *Carpe Diem:* «Aprovecha el tiempo; disfruta.»
(73) R.: «M. de P.», págs. 26-27.
(74) L'abbé. C. Mano: *Le pessimisme contemporain. Ses précurseurs. Ses représentants. Ses sources.* Collection «Science et Religion». Troisième édition. París. Librairie Bloud et Cie 1901, pág. 3.
(75) René Le Senne: *Traité de Morale Générale.* París. Presses Universitaires de France, 1949; págs. 379 y 384.

4.—*El neoplatonismo de Alejandría.*

Juzgó acertadamente la personalidad de Filón en la tendencia neoplatónica de Alejandría: «Si el cristianismo primitivo se asimila elementos de procedencia egipcia, será por intermedio de los pensadores griegos, y singularmente del neoplatonismo de Alejandría» (76). En el capítulo VIII: «Filosofía de la Historia» (pág. 494), recogemos la manifestación de Rodó de haber permanecido Jesús «en incomunicación absoluta» con Filón. «Filón... era lo que Jesús no fué nunca: hombre de ciencia, hombre de sabiduría reflexiva y metódica. Ajustó la tradición hebraica a los moldes del raciocinio griego, y su espíritu condensaba el ambiente de aquella Alejandría donde el saber occidental y el oriental juntaron en un foco sus luces. Y, por obra de Filón, la ciencia planteó simultáneamente con las prédicas de Galilea su tentativa de legislación moral, para llegar a resultados teóricamente semejantes... El nombre de Filón sólo existe para la erudición histórica, y Jesús gobierna, después de veinte siglos, millones de conciencias humanas» (77).

Refiriéndose, en *La estatua de Cesárea*, a la actividad creadora de la imaginación, cita el «golpe intuitivo» de que hablan los Plotinos y Jámblicos en la iluminación de lo divino» (78).

(76) R.: «L. y J.», pág. 123.
(77) R.: Idem, pág. 168.
(78) R.: *La estatua de Cesárea*. En «N. M. de P.», pág. 70.

5.—*Juliano «el Apóstata» e Hipatia. (Postreras manifestaciones del paganismo.)*

a) *Juliano.*

a') *Juliano, visto por Rodó.*

«Juliano se inspiró en la historia de Alejandro» (79), «la austeridad cristiana pone su sello al paganismo de Juliano *el Apóstata*» (80). Nos dejó, en *Motivos de Proteo*, una elogiosa semblanza de Juliano: «No ya semivelado por el vapor de la leyenda, como el rey bíblico, sino a pleno sol de la historia, otro monarca de genio orbicular aparece, conduciendo a los pueblos en los últimos días del paganismo. Es Juliano, más vulgarmente famoso por el estigma que agregó a su nombre la vindicta del vencedor que por la estupenda complejidad de su genio, donde alternan rasgos de santo y de poeta, de sabio y de héroe; en esa alma gigantesca hay comprendidos no menos de cuatro hombres superiores, a la manera como el cráter de Pichincha tiene dentro de sí varias montañas. Renovador de una filosofía, la enciende en espíritu de religión, y frente pensadora luce las ínfulas sacerdotales; poseedor de un cetro, lo ilustra, como Trajano, por la grandeza; como Antonio, por la bondad; vibrador de una espada, la impone al respeto de los bárbaros cuanto a la admiración de sus legiones, la lleva de las Galias de César a la Persia de Alejandro, y, más fe-

(79) R.: «M. de P.», pág. 154.
(80) R.: Idem, pág. 392.

liz que Alejandro y César, esgrimiéndola muere; dueño de un estilo, lo transfigura en la austeridad de Marco Aurelio, en la gracia de Platón, en el arrebato de Plotino, en las sales de Luciano. Una civilización se infunde entera en él para morir, y mueren juntos. Herido por un golpe sublime, el mundo antiguo se desploma a los abismos de la nada; ese titán rebelde lo recibe en sus brazos extendidos, lo mantiene en alto un instante, y cuando vencido del peso lo suelta, se precipita tras él, y su sombra inmensa sirve de cauda, en la memoria de los tiempos, a aquel mundo desorbitado» (81).

Las raíces romántico-esotéricas de la devoción de Rodó por Juliano se hallan en Strauss (82), Ibsen (83), R. Rydberg (84) y Merejkowsky (85).

El drama *Emperador y Galileo*, de Henrik Ibsen, consta de dos partes, en cinco actos cada una: «La apostasía de César» y «Juliano, emperador». Se publicó la primera edición en Copenhague, en 1873. Por exigencias de técnica dramática, altera a veces la sucesión de los hechos. Pero «lo esencial es histórico...; con muy buen juicio, cuidó más de seguir la huella de las almas que las descripciones cronológicas de los historiadores...; estando

(81) R.: Idem, págs. 96-97.

(82) David Federico Strauss: *Der Romantiker auf dem Throne der Cäsaren oder Julian der Abtrünnige*. Mannheim, 1847.

(83) Ibsen: *Emperador y Galileo*. Traduc. de Pedro Pellicena. Madrid. Edit. Mundo Latino, s. a.

(84) Víctor R. Rydberg: *El último ateniense*. Novela del tiempo de Juliano *el Apóstata*. Traduc. de Francisco Casanova, 2.ª edición. F. Granada y Cía., Editores. Barcelona-Madrid; s. a.

(85) Dimitri Merejkowsky: *La muerte de los dioses*. Traduc. de Pedro Pedraza Páez. Barcelona. Ramón Sopena, Editor; s. a.

profundamente estudiado el carácter de Juliano, el autor le hace hablar con gran exactitud, reproduciendo frases exactas del emperador» (86). Héctor Díaz Leguizamón recuerda que «la extensa tragedia de *Emperador y Galileo* es siempre recordada por él como la cúspide de su producción» (87). «Ibsen considera este drama como su obra capital *(Correspondencia:* a L. M. Daae; Dresde, 4 febrero 1873)», cita S. Albert (88).

b') *El amor a Juliano en la generación uruguaya de Rodó.*

La generación uruguaya de Rodó amó la figura de Juliano. Alvaro Armando Vasseur cantó:

> Siento en la mía la imperial alteza
> de su alma tracia (89).

Alberto Nin Frías, en *Ensayos sobre la muerte*, dice de Juliano: «Entre los que murieron jóvenes, en plena primavera de belleza y de grandeza, acaso soñando con el imperio universal, están Alejandro, el bello y grande; Juliano, el filósofo y el artista... Juliano, una vez emperador, quiso fundar el doble imperio de Apolo y de Minerva... Una mente vasta, Dimitry Merejkowsky, en

(86) Ibsen: *Emperador y Galileo*. Traduc. de Pedro Pellicena; pág. 121. núm. 2; 14-15, núm. 1; 211, núm. 1.

(87) Héctor Díaz Leguizamón: *Apostillas. Ibsen en el vigésimo aniversario de su muerte*. En «Nosotros». Buenos Aires, mayo de 1926; pág. 99.

(88) S. Albert: *El tesoro dramático de Henrik Ibsen*. Edit. Minerva. Barcelona; s. a.; pág. 31, núm. 1.

(89) Alvaro Armando Vasseur: *Cantos del otro yo*.

La muerte de los dioses, ha sabido dar vida a esa época de transición... Juliano, herido por los persas, es llevado a su tienda y le acuestan en su lecho de campaña. El bravo delira con su sublime valor. Luego que ha calmado el paroxismo de dolor y de pena, exclama: «Todo ha concluído... ¡Venciste, Galileo!» Recupera su fuerza el delirio y vuelven las ideas entrecortadas: «¿La sangre?... ¿La muerte de la Hélada?... ¿La oscuridad?... ¡Yo quiero el sol, el sol dorado... sobre el mármol del Partenón!... ¿Por qué ocultas el sol?...» (90). En *Ensayos sobre los libros que he leído*, dice de Dimitry Merejkowsky: «Merejkowsky, en sus dos novelas, se revela hombre de un profundo cariño por Grecia, la madre de todo lo bello; por Italia, que recogió su rica herencia; por Juliano *el Apóstata* y Leonardo de Vinci, sus más augustos representantes en las postrimerías de la grandeza ática e itálica.

»Escoge para sus estudios las épocas de la Historia en que al espíritu humano brotan alas para volar más alto; épocas de transición en que frente a frente se baten dos conceptos de la civilización y del progreso; épocas de lucha, siglos de vida y estudio. Así, en *La muerte de los dioses* aparece en cuadros soberbios la revolución de ideas que derribó el paganismo y estableció la religión cristiana... En *La resurrección de los dioses* surge con vida la Italia de los Médicis y de los Borgias» (91).

(90) Alberto Nin Frías: *Ensayos sobre la muerte*. En «Nuevos ensayos de crítica literaria y filosófica»; Montevideo; Dornaleche y Reyes; s. a.; págs. 56, 57 y 58.

(91) Alberto Nin Frías: *Ensayo sobre los libros que he leído*. En «Nuevos ensayos de crítica literaria y filosófica», pág. 191.

c') *Interpretación de Juliano en D'Ors.*

La figura de Juliano ha impresionado la sensibilidad de Eugenio d'Ors. Sobre este tema escribió una tragedia. En diversos pasajes del *Nuevo Glosario* considera a «Juliano *el Apóstata* patrón de todo el nacionalismo» (92). En *Juliano y San Pablo*, enlaza D'Ors los nombres de ambas importantes figuras históricas en la tesis del nacionalismo: «*Juliano y San Pablo.*—Hay un nombre (probablemente inmortal, porque, mientras más pienso, más me parece ver, en la mente que lo llevó, una de las claves de arco de la historia humana); hay un nombre, digo, que puede tomarse como el del patrón de la tesis liberal acerca de las naciones, es decir, de la tesis del nacionalismo. Me refiero al de Juliano *el Apóstata;* Juliano, el que soñó en restaurar la antigua Grecia; no los dioses de Grecia, como suele decirse, sino Grecia misma, hecha dios... Grecia entidad suprema, a la cual subordinaba el emperador-filósofo toda categoría: la verdad, la justicia, el bien. Sin negar por ello a los hebreos el derecho de tener su dios Jehová, y, por debajo de él, *su* bien, *su* justicia y *su verdad* autónomos; ni a los persas, por su parte, el tener *su* Sol *su* Mitra propios, con el séquito de *sus* propios bien, justicia y verdad.

»Desde Juliano *el Apóstata* hasta el mesiánico polonés Lutoslawski..., una corriente de tradición tendida hajo tierra en largos intervalos de olvido, pero que reaparece de cuando en cuando para regar el mundo con sus linfas

(92) Eugenio d'Ors: *Nuevo Glosario*, vol. II (MCMXXVII. MCMXXXIII). M. Aguilar, Editor, 1947; pág. 719.

envenenadas, ha animado cuanto, en la evolución de los tiempos, se ha presentado como rebelión secesionista contra la Cultura. La invasión de los bárbaros en la Europa meridional fué un episodio de nacionalismo. La Reforma protestante, otro.

»Contra esto se ha defendido siempre algo, que también y mejor constituye una tradición perenne. Quiero decir la fundación intelectual de San Pablo. La del Apóstol de las Gentes, que, al cristianizar a las gentes, enseñó a las gentes (es decir, a las naciones) que había un ideal por encima de ellas, que su fin no era ellas, que debían *servir*, constituirse en *servidoras* y encontrar cada una cierta *función* que les sirviera para la propia justificación.

»En el cuadro universal del pensamiento, borradas minucias de cronología, se encara San Pablo con Juliano el *Apóstata*» (93).

d') *El emperador filósofo.*

«Julian... a eu l'illusion... de régénerer le monde par des arguments d'école ou selon des décrets inspirés par la philosophie», aprecia L. Robin (94).

León Homo enjuicia a Juliano: «A su advenimiento, Juliano tenía treinta años. Llegaba al poder con serias cualidades (era instruído, culto, letrado, apasionado por la filosofía, sobre todo por el platonismo, para el cual eran todas sus preferencias, y su gobierno de Galia le

(93) Eugenio d'Ors: *Juliano y San Pablo* (1929). En «Nuevo Glosario», vol. II. Madrid. M. Aguilar. Editor, 1947; págs. 249-250.
(94) L. Robin: *La pensée grecque*..., págs. 450-451.

había revelado a la vez como buen administrador y general experimentado) y también con un programa netamente definido: educado en la religión cristiana, que había abandonado al llegar a su mayor edad, se proponía restablecer el paganismo, un paganismo renovado bajo la influencia de los cultos orientales desde luego, como religión oficial del Imperio. Pero no tuvo tiempo para conseguirlo. Caerá durante su campaña en Persia, sólo después de dos años de reinado (363)» (95).

Charles Norris Cochrane adjetiva de reaccionario el programa de Juliano (96) y destaca su platonismo: «Con la entrada de Juliano en Constantinopla (diciembre de 361), la filosofía, por segunda vez en la historia romana, asumió la púrpura imperial...; el movimiento... de Juliano lo fué de reacción con este santo y seña: *de Cristo a Platón*. Juliano se consideró a sí mismo en un doble papel: el de restaurador predestinado de la *Romanitas* y el de alumno del rey Helios. De Platón tomó «la noción de la forma como esencia y causa...; cita las *Leyes* de Platón...; como buen platónico, Juliano debía de creer en la especialización de funciones en el cuerpo político» (97).

Boissier valora a Juliano: «De todas las empresas dirigidas contra el cristianismo, ninguna ha sido mejor ni más hábilmente concebida que la de Juliano; ningu-

(95) León Homo: *Nueva Historia de Roma*. Traduc. del francés por J. Farrán y Mayoral. Barcelona. Joaquín Gil, Editor, 1943.
(96) Charles Norris Cochrane: Ob. cit., pág. 285.
(97) Charles Norris Cochrane: Ob. cit., págs. 259, 260, 261, 272, 274 y 278.

na ha producido resultados más insignificantes. Una de las principales razones de este fracaso ruidoso es que encontró un medio de crearse enemigos entre los dos cultos, y que, en realidad, no contentó a nadie... En el siglo pasado no se consideraba más que uno de los aspectos de su obra; no se veía en él más que al príncipe que había combatido al cristianismo... Se habían recogido en sus obras algunas hermosas palabras de tolerancia, que se citaban con admiración, y se complacían todos en trazar de él las semblanzas más seductoras. Eran, por desgracia, semblanzas de fantasía, en que se exageraban las cualidades y se disimulaban los defectos. A decir verdad, en Juliano sólo el soldado merece elogios sin reserva... El poeta Prudencio, un cristiano celoso, pero un buen patriota, decía de él esta hermosa frase: «¡Si ha traicionado a su Dios, al menos, no ha traicionado a su patria!» (Prudencio: *Apotheosis*, 453)... Ama mucho la filosofía, pero la de Platón y de Pitágoras... En cuanto a la de Epicuro y la de Pirrón, no quiere oír hablar de ellas... Tiene horror a los ateos» (98).

A modo de resumen histórico, he aquí la opinión de Montero Díaz: «Juliano... fué el héroe trágico, el héroe de los momentos declinantes... A los pocos años de su muerte, su obra se había borrado y apenas si quedaba el recuerdo patético de su vida y su lucha» (99).

(98) Gastón Boissier: *El fin del paganismo*. Traduc. por Pedro González Blanco. Madrid. Daniel Jorro, Editor, 1908. Tomo I: págs. 135 y 143-144.

(99) Santiago Montero Díaz: *Semblanza de Trajano*. En «De Caliclés a Trajano», págs. 200 y 201.

b) *Hipatia.*

Hipatia es figura gemela de Juliano en el fin de la cultura antigua; Juliano (331 ó 332-363), Hipatia (370 ó 388-415). Rodó interpreta simbólicamente la figura de esta mujer, con la que, para él, se cierra la antigüedad como filosofía y como sensibilidad. La obra de Aristóteles es «como esqueleto de ideas en que apoyarán los músculos de su pensamiento tres civilizaciones distintas: la que dijo sus postreras razones con Hipatia» (100). Aludió Rodó a Hipatia al referirse a Urania, la hija del geómetra y filósofo Lupercio: «Imaginémonos a Hipatia en un albor de adolescencia» (101).

Alberto Nin Frías comparte con Rodó la interpretación simbólica de Hipatia. El poema *Triunfal*, de María Eugenia Vaz Ferreira, le recuerda a Nin Frías «el afecto de la sublime Hipatia de Alejandría por el soberano señor de la sabiduría, Apolo el divino» (102). Consideró a Hipatia «la última helenista, enamorada, como Juliano, del dios luz, Apolo. Hipatia, mártir de la fe en los dioses helénicos... Hipatia, al morir, fué a encontrarse con las tres jóvenes inmoladas en la flor de su edad: Antígona, Ifigenia, la sublime Ifigenia, y Polixena. La discípula de Platón muere más tranquila que sus divinas hermanas: ella ha vivido iluminada por *la luz del pen-*

(100) R.: «M. de P.», pág. 106.

(101) R.: Idem, pág. 232.

(102) A. Nin Frías: *Ensayo sobre las poesías de María Eugenia Vaz Ferreira*. En «Nuevos ensayos de crítica literaria y filosófica», pág. 10.

samiento que serena el corazón» (103). Nin Frías publicó *Hipatia. Cuento en prosa poética*» (104).

Era Alejandría, a principios del siglo IV (relata Miguel Antonio Caro), una ciudad tumultuosa, donde hervían creencias diversas y opuestos fanatismos: los paganos, los judíos y los herejes se agitaban, y a veces concertaban coaliciones contra el catolicismo pujante y dispuesto a defenderse en todo terreno... No sería, pues, propio de una crítica reflexiva y justiciera tomar como un hecho aislado el deplorable suceso de Hipatia. En uno de los frecuentes alborotos que ocurrieron en Alejandría, aquella filósofa y propagandista pagana, influyente consejera del prefecto Orestes, fué detenida en su carro, muerta violentamente y quemados sus miembros en un sitio llamado Cinarón» (105). En la Universidad de Alejandría, ciudad natal de Hipatia, «a fines del siglo V, se podían hallar todavía en esa ciudad grupos de sabios paganos, hombres y mujeres, dedicados al estudio de la filosofía» (106).

La figura de Hipatia ha sido tema de inspiración literaria. Al referirnos a *El camino de Paros* (pág. 166), hemos citado el poema de Leconte de Lisle. En el siglo XIX, en Inglaterra y Alemania, Kingsley (107) y Mauthner (108) escribieron novelas sobre Hipatia.

Draper sentía admiración por Hipatia. «Draper no tiene lágrimas bastantes para llorar la muerte de Hipatia, la filósofa pagana de Alejandría, descuartizada en un motín (año 415), como si se tratara de un acontecimiento capital en la historia de la civilización» (109).

La dinámica curiosidad de Eugenio d'Ors ha recordado a Hipatia. Leemos en el *Nuevo Glosario:* «Una Humanidad ya madura, estable y civil se honrará con Lucrecio y con Hipatia» (110). Con motivo del asesinato de Giovanni Gentile, dice en *El filósofo asesinado:* «Sólo una interpretación latitudinaria de lo filosófico se acordará aquí de Hipatia lapidada» (111).

La crítica histórica ha precisado que San Cirilo, obispo de Alejandría, no instigó el sacrificio de la joven y hermosa filosofía. Ofrece una aportación a la crítica histórica, en el sentido mencionado, el colombiano Miguel Antonio Caro, en su trabajo sobre *San Cirilo de Alejandría*» (112).

---

(103) A. Nin Frías: *Ensayo sobre la muerte*. En «Nuevos ensayos...», pág. 61.

(104) A. Nin Frías: *Hipatia*. Cuento en prosa poética. «La Razón», 1903.

(105) Miguel Antonio Caro: *Páginas de crítica*. Madrid. Editorial América. Imp. de Juan Pueyo; s. a.; págs. 190 y 191.

(106) H. I. Bell: *Egipto y el Imperio bizantino*. En «Univers. Oxford: El legado de Egipto», pág. 513.

(107) C. Kingsley: *Hypathia, or new foes with an old face*. 1852. Traduc. castellana por N. F. C., Madrid, 1857; *Hipatia o los últimos esfuerzos del paganismo en Alejandría*. Novela histórica del siglo V.

(108) Federico Mauthner: *Hipatia*. Stuttgart, 1892.

(109) Miguel Antonio Caro: Ob. cit., pág. 80.

(110) E. d'Ors: *Nuevo Glosario* (1920). En «Nuevo Glosario», vol. I (MCMXX-MCMXXVI). Madrid. M. Aguilar, Editor, 1947; pág. 87.

(111) E. d'Ors: *El filósofo asesinado*. En «Estilo y Cifras» (1944). «Novísimo Glosario». MCMXXXIV-MCMXXXV. Madrid. M. Aguilar, 1946; pág. 113.

(112) Miguel Antonio Caro: Ob. cit., págs. 186-194.

6.—*La patrística.—San Agustín.*

a) *San Justino.*—Refiere de San Justino su origen pagano y su paso por las diversas escuelas de su tiempo: «San Justino, padre de los apologistas cristianos... Convirtióse más tarde a la religión revelada; y esta vez su espíritu arraigó y se reposó para siempre en la creencia, hasta abonar con el martirio la fortaleza de su gran amor... En la primera *Apología* pone en sus labios este grito sublime...: *Todo el que ha vivido según la razón merece nombre de cristiano*» (113). «Los apologistas griegos, si juzgamos por San Justino, se servían ordinariamente de argumentos generales y filosóficos, invocaban en favor de los cristianos la razón, el buen sentido, la humanidad; se dirigían al hombre más que al romano» (114).

b) *Atanasio.*—En el párrafo XLIV de *Motivos de Proteo*, «Augurios. Pasan los niños sublimes», señala el nombre de Atanasio y alude a sus *Tres discursos contra los arrianos:* «Y aquel pequeño africano que remeda la ceremonia del bautismo a la vista del patriarca Alejandro, el cual sonríe con lágrimas proféticas, es Atanasio, a quien está reservada la gloria de confundir a los arrianos» (115).

c) *Eusebio de Cesárea.* — En *La estatua de Cesárea* (116) aludió a la *Historia Eclesiástica*, del obispo Eusebio de Cesárea.

(113) R.: «M. de P.», págs. 427-428. En CXLVII. *Versatilidad que remata en convicción firme y segura.*
(114) G. Boissier: Ob. cit., I, pág. 230.
(115) R.: «M. de P.», pág. 117.
(116) R.: «N. M. de P.», págs. 60 y ss.

d) *San Agustín.*—Consideró el entusiasmo apostólico de San Agustín consecuencia del influjo de la lectura en la determinación de vocaciones: «*Tolle, lege!*... ¿No fué un mandato de leer lo que trajo la voz inefable que oyó Agustín en el momento de la gracia?» (117); «nueva y sublime inspiración en otro inmenso espíritu, y Agustín, razonador de una fe, difunde la actividad de su sabiduría y de su genio por los doce mil estadios de *La Ciudad de Dios*» (118).

e) *Hilario de Poitiers y San Fulgencio de Ruspe.*—Hilario, obispo de Poitiers, autor de *De fide*, contra los arrianos, es recordado por Rodó, juntamente con San Fulgencio de Ruspe, al que decidió su destino la lectura, entre otros libros, de un sermón de San Agustín sobre el salmo 36. «Hilario de Poitiers y Fabio Claudio (que en su nueva vida fué Fulgenio), por inspiración de sus lecturas, dejaron a los dioses» (119).

7.—*De San Agustín a la Escolástica.—Santo Tomás.*

Recuerda a «los mantenedores o restauradores del saber: los Casiodoros e Isidoros, los Alcuínos y Vedas, oficiosos Plinios y Varrones de una edad que ha de empezar por recoger las ideas sepultas y dispersas entre los escombros de las ruinas» (120).

(117) R.: «M. de P.», pág. 154. En LV. *El hecho provocador. el «anch'io». La conversación; la lectura.*
(118) R.: «M. de P.», pág. 107.
(119) R.: Idem, pág. 154.
(120 R.: Idem, pág. 107.

La filosofía escolástica no era de sus simpatías. Consideró la autoridad del *magister dixit:* «El círculo de hierro de una autoridad secular organizada con todos los prestigios de la tradición» (121). Mencionó «la limitación escolástica» (122). Sin embargo, reconoce en el aquinate, con palabras de Montero Díaz, «uno de los hombres más representativos del siglo XIII; Tomás de Aquino, espíritu europeo de tan alto rango como hayan sido Leonardo, Descartes o Goethe» (123). «Pero es en el claro de luz del siglo XIII, al incorporarse pujante el genio de una civilización que quiere dar gallarda muestra de sí..., cuando vienen al mundo algunas magníficas personificaciones de saber encíclico, que evocan, en cierto modo, la memoria augusta del humano educador de Estagira. Llegan entonces los ordenadores del tesoro penosamente reintegrado, los artífices de *Sumas:* ya, como Tomás de Aquino, concertando en derredor de la idea teológica el pensamiento de la antigüedad, sin dejar punto intacto en aquella esfera...; ya, como Rogelio Bacon, tomando del conocimiento de un nuevo modo de sabiduría; ya, como Alberto Magno, abarcando dentro de la capacidad de su ciencia lo sublime y lo prolijo, la especulación ontológica y el saber experimental» (124). Recordó el conocido calificativo de «buey mudo» con que «eran apodados en su primera edad» Santo Tomás y el Dominiquino (125). Recordó también: «La habilidad de construir por propia mano los instrumentos y mecanismos adecuados al modo de observación o de experiencia de que ha menester la principal aptitud, fué siempre como sierva humilde y oficiosa en los más altos espíritus investigadores, desde Rogelio Bacon hasta Newton, desde Pascal hasta Franklin, desde Galileo hasta Humphry Davy» (126).

(121) R.: «M. de P.», pág. 222
(122) R.: «El Q. V.», pág. 7.
(123) S. Montero Díaz: *Introduc. al estudio de la Edad Media*, pág. 166.
(124) R.: «M. de P.», pág. 107.
(125) R.: Idem, pág. 124.

Destacó en el siglo XIII los nombres de Raimundo Lulio y Dante: «Espíritus omniscios..., cuya complejidad excede de los términos de la pura sabiduría..., reuniendo, a múltiples maneras de ciencia, el uno inspiración gloriosa en la acción, el otro grandeza excelsa en el arte, sin que tampoco el arte fuera don negado al primero, ni al segundo faltara el de la acción» (127). Menéndez Pelayo juzgó a Lulio: «Ramón Lull, hombre en quien se hizo carne y sangre el espíritu aventurero, teosófico y visionario del siglo XIV, juntamente con el saber enciclopédico del siglo XIII» (128).

«Dante Alighieri, el que ganó la cúspide en aquella bandada de enormes águilas; el poeta, sabedor de cuanto su tiempo supo, y présago de lo demás; un Leonardo de Vinci (por la dualidad del genio inventor) en quien cuadros y estatuas se transportasen a la verbal imaginería del verso, y descubrimientos y vislumbres se expresaran entre convulsiones pitónicas; o bien, un realiza-

(126) R.: Idem, págs. 339-340.
(127) R.: Idem, págs. 107-108.
(128) Marcelino Menéndez Pelayo: *Ensayos de crítica filosófica*, pág. 268.
Recogido por Jorge Vigón: *Marcelino Menéndez y Pelayo: Historia de España. Seleccionada en la obra del Maestro.* Valladolid. Cultura Española, 1938; pág. 54.

do fantasma Bacon-Shakespeare, apto... para manifestar su doble virtud... en el único estupendo organismo de un poema donde revive aquel don de síntesis total que fué atributo de las epopeyas primitivas» (129). Dietz dice de Dante: «*Dante* est la synthèse même du Moyen Age qui va finir, en même temps que son art inaugure una ère classique. La *Divine Comédie*, le premier monument des littératures modernes, est le résumé fidèle de son siècle, l'épopée du dogme catholique, l'encyclopédie la plus exacte et la plus complète des connaissances du temps, la peinture la plus vivante de ses passions, en même temps que par la composition et par la langue, elle en satisfait toutes les aspirations esthétiques» (130).

8.—*El Renacimiento.*

Nos remitimos a lo expuesto (págs. 380-83) respecto al platonismo en la Academia de Florencia y a la reminiscencia platónica en Miguel Angel.

a) *Leonardo de Vinci.*—Consideró a Leonardo de Vinci ejemplo de genio complejo y armonioso, aunque predomine en él la imaginación artística (131). Como pintor, «no pinta formas sólo; pinta el sonreír y el mirar de Monna Lisa, la gradación de afectos de *La Cena;* pinta fisonomías, pinta almas» (132). Rodó se explica que Leonardo dejara inconclusas y abandonadas algunas obras por «la fiebre de la perfección inasequible» (133).

Consideró a Leonardo de Vinci como personificación suprema de la novadora energía del Renacimiento (véase pág. 504 en capítulo VIII: «Filosofía de la Historia»). «Nunca un grito de orgullo ha partido de humanos labios más legitimado por las obras que estas palabras con que el maravilloso florentino ofrecía al duque de Milán los tesoros de su genio: «*Yo soy capaz de cuanto quepa esperar de criatura mortal*» (134).

b) *Cornelio Agripa.*—Una interpretación poética más de la Historia de la Filosofía nos ofrece Rodó al juzgar las ideas que Menéndez Pelayo calificó: «Aquella manera de grosero y plebeyo escepticismo que tanto ofende en las paradojas de Cornelio Agripa» (135). «Así resaltan, sobre el fondo triunfal del maravilloso siglo XVI, espíritus como el de aquel Cornelio Agripa, que el emperador Maximiliano lució en su séquito de guerrero y de mecenas; extraordinaria unión de escéptico e iluminado, de ocultista quimérico y crítico demoledor; teólogo, médico, jurisconsulto, ingeniero de minas; maestro de todas ciencias, en Dôle y en Colonia, en Turín y en Pavía; auxiliar a quien los reyes se disputaban los unos a los otros, como un preciado talismán o una interesante rareza; y en la vida de acción, tan apto para el alarde heroico, que le vale el título de caballero sobre el mismo campo de batalla, como para asistir a los consejos del emperador, ad-

(129) R.: «M. de P.», pág. 108.
(130) H. Dietz: *Italie-Espagne. Histoire littéraire.* Cinquième édition. París. Libr. A. Colin, 1912; pág. 20.
(131) R.: «B.». En «H. de A.», pág. 98.
(132) R.: «M. de P.», pág. 104.
(133) R.: Idem, pág. 181.
(134) R.: Idem, pág. 103.
(135) M. Menéndez Pelayo: *Ensayos de Crítica filosófica.* Madrid. Est. Tip. Sucesores de Rivadeneyra, 1892; pág. 308.

ministrar ciudades y participar en conciliábulos cismáticos» (136).

c) *Erasmo de Rotterdam.*—Recogió Rodó la admiración que Erasmo sentía por Sócrates pág. 377). Recuerda que Agrícola de Holanda, viéndole cuando era niño, «considerando el despejo de su frente y la elocuencia de sus ojos, le dijo: *Tu eris magnus!*» (137).

d) *Miguel Montaigne.*—En la pág. 391, al finalizar las consideraciones sobre el escepticismo, recordamos que Rodó calificó a Montaigne: «este amable escéptico». He aquí un juicio de Menéndez Pelayo: «El escepticismo mitigado de Montaigne, aquella manera de filosofar tan personal suya, ejercicio fácil y suave de una curiosidad siempre activa; aquella tan simpática y continua observación de sí propio, es una manera de sibaritismo intelectual, más que de filósofo, de hombre de mundo, que gusta de dormir sosegadamente sobre la almohada de la duda» (138).

Grato le sería referirse al precepto de Montaigne, según el cual «nuestro espíritu puede ser objeto de préstamo, pero no de cesión» (139).

e) *Giordano Bruno.*—Se fijó Rodó en la vida errante de Giordano Bruno, exponiendo con apasionamiento sus ideas: «Aquel ir y venir de su batalladora madurez, de ciudad en ciudad, de una a otra escuela famosa, anhelando por la autoridad por quien pelear por el sofisma y

(136) R.: «M. de P.», pág. 100.
(137) R.: Idem, pág. 116.
(138) M. Menéndez Pelayo: *Ensayos de Crítica filosófica*, página 336.
(139) R.: «A.», pág. 53.

la preocupación que destruir, a modo del lebrel que husmea inquieto el rastro de la pieza» (140). Precisa Hönigswald: «La filosofía del Renacimiento no tiene en las doctrinas de Bruno ni su raíz ni su cumbre. Pero en esas doctrinas se refleja claramente la formidable lucha de los espíritus, bajo cuyos auspicios se desenvuelve el contenido cultural de esta agitada época de transición..., y su vida, su apasionada afirmación del ideal personalista del Renacimiento, y su trágico fin, son la interpretación involuntaria de su filosofía» (141).

f) *Van Helmont.*—Recuerda al químico, médico y filósofo belga Juan Bautista van Helmont, «el gran innovador de los estudios químicos en las postrimerías del Renacimiento»; decepcionado «del poco fondo de las letras», de la magia, «de las incertidumbres del derecho», «de las conclusiones de la filosofía, hasta que una inspiración, en la que él vió sobrenatural mandato, le lleva a buscar nueva manera de curar los males del cuerpo y le pone en relación con los elementos de las cosas» (142).

9.—*Bacon y el cartesianismo.*

a) *Bacon.*—Bacon instituyó un método, pero no tuvo «aptitud de aplicarlo» (143). Al criterio moral de Rodó repugnaba la norma de conducta practicada por Bacon:

(140) R.: «M. de P.», pág. 266.
(141) Ricardo Hönigswald: *Giordano Bruno.* En «Los Grandes Pensadores». Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1938; I, págs. 445-446.
(142) R.: «M. de P.», págs. 165-166.
(143) R.: Idem, pág. 337.

«No hay refinada belleza sin algo extraño en sus proporciones» afirmaba el genial y abyecto canciller» (144).

b) *El cartesianismo.*

a') *Descartes.*—Fué Descartes «ejemplo de superior capacidad metafísica, con versación en matemáticas» (145). Aludió, en *Liberalismo y Jacobinismo,* a «la razón *razonante*» de Descartes» (146).

b') *Blas Pascal.*—Recuerda Rodó, refiriéndose a la vida norteamericana, el «círculo vicioso que Pascal señalaba en la anhelante persecución del bienestar cuando él no tiene su fin fuera de sí mismo» (147).

Tratando de la trascendencia del hecho nimio, refiere que Pascal fundó el cálculo de probabilidades al contestar a la consulta del caballero de Méré sobre el juego de dados (148).

Refiriéndose a Leonardo, afirma: «Su ciencia fué inspirada e intuitiva desde la niñez..., como la de Pascal adivinando la geometría» (149); «el portentoso geómetra, que antes de salir de la infancia, sin libros ni maestros, obtiene, por propia y personal abstracción, toda la ciencia de Euclides, y la desenvuelve y aplica en su juventud, dando plena manifestación de uno de los más altos entendimientos científicos que hayan morado en cabeza

(144) R.: «R. D.». En «H. de A.», pág. 122.
(145) R.: «M. de P.», págs. 331-332.
(146) R.: «L. y J.», pág. 184.
(147) R.: «A», pág. 108.
(148) R.: «M. de P.», pág. 88.
(149) R.: *El altar de la muerte.* En «El Q. V.», pág. 330.

de hombre; hasta que la palabra de Jansenio y el accidente que puso en peligro su vida al pasar el puente de Neuilly le hieren en el centro del alma con la obsesión del misterio infinito» (150). Pascal «afirmó la virtualidad de la fórmula y el rito para abrir paso a la fe dentro del alma remisa a sus reclamos» (151).

c') *Bossuet.*—Se refirió Rodó al dogmatismo de la argumentación oratoria de Bossuet (152). Bossuet, en su infancia, se impresionó con la lectura de la Biblia. «De una manera semejante a ésta fué como Bossuet, niño, sintió en los hombros el temblor de sus alas nacientes» (153).

10.—*Cartesianos independientes.*

a) *Malebranche.*—Es también ejemplo de «superior capacidad metafísica, con versación en matemáticas» (154); sintió anunciársele su genialidad metafísica leyendo el *Tratado del hombre,* de Descartes» (155).

b) *Spinoza.*—Al considerar el amor en las vocaciones, dice de Spinoza: «¿No es fama que para alentar el pensamiento y la voluntad de Spinoza tuvo su parte de incentivo una infortunada pasión por la hija de Van der Ende, su maestro, la cual, aun negándole corresponden-

(150) R.: «M. de P.», pág. 200.
(151) R.: Idem, pág. 435.
(152) R.: «L. y J.», pág. 184.
(153) R.: «M. de P.», pág. 155.
(154) R.: Idem, págs. 331-332.
(155) R.: Idem, pág. 88.

RICHARD

cia, le instó a buscar nuevo objeto a sus anhelos en la conquista de la sabiduría; mandato que, por ser de quien era, perseveró quizá en el espíritu de aquel hombre, sin mácula, con autoridad religiosa?» (156).

c) *Leibniz.*—Fué Leibniz «ejemplo de... universalidad... en las más varias partes de los conocimientos humanos» (157); «tendió la mirada de sus cien ojos de Argos sobre la Naturaleza y el espíritu, y dondequiera que eligió su blanco: ciencias físicas, ciencias matemáticas, filología, jurisprudencia, metafísica, reveló oculta riqueza y mantuvo el rango genial de la invención» (158). Opinó Leibniz que aun «la persecución de las tres grandes quimeras, *tria magna inania:* la cuadratura del círculo, la piedra filosofal y el movimiento perpetuo, ha sido ocasión de esfuerzos y experiencias en que el espíritu humano ha aprovechado» (159).

11.—*La filosofía en el siglo XVIII.*

a) *En Inglaterra: Adam Smith.*—Calificó la obra *De la riqueza de las naciones*, de Adam Smith, «Biblia de la utilidad» (160).

b) *En Italia: Vico.*—«Una ciencia particular, dominada con poderosa fuerza de síntesis y pensamiento trascendente, implica una aptitud de generación filosófica,

(156) R.: Idem, págs. 142-143.
(157) R.: Idem, pág. 332.
(158) R.: Idem, pág. 109.
(159) R.: Idem, págs. 223-224.
(160) R.: Idem, pág. 281.

que habilita... para remontarse... a un Vico, del conocimiento de los hechos históricos a la idea de las normas que sigue el desenvolvimiento de las sociedades humanas» (161). Precisa Montero Díaz: «En 1744 moría Giambattista Vico... Aplicó su entendimiento y su maravillosa vocación filosófica al problema de la Historia. Con manifiesta anterioridad a los grandes pensadores de la Ilustración y del idealismo alemán, creó una verdadera filosofía de la Historia. Su pensamiento constituye un magno cruce de caminos... Sus grandes libros... contienen una grandiosa visión unitaria de la Historia Universal, el destino del hombre, el despliegue temporal de la cultura» (162).

c) *La filosofía de la Ilustración en Francia.*

a') *Bayle.*—Rodó calificó la posición antidogmática de Pedro Bayle, introductor en Francia del empirismo inglés: «La tolerancia... de Bayle, que no se funda en intuición de simpatía, en penetrante poder de comprensión» (163).

b') *La Enciclopedia.—D'Alembert.—Diderot.—Montesquieu.—Voltaire.—Rousseau.*

La Enciclopedia.—«El antecedente teórico de la tendencia jacobina es la filosofía de la Enciclopedia... La

(161) R.: Idem, pág. 332. En CVIII. *Asociaciones permanentes entre las diferentes aptitudes científicas.*
(162) Santiago Montero Díaz: *Introducción al estudio de la Edad Media*, Murcia. Imp. Suc. de Nogués, 1948; págs. 297 y 298.
(163) R.: «L. y J.», pág. 185.

filosofía revolucionaria del siglo XVIII..., por lo que respecta al problema religioso, culminó en el criterio que privaba en las vísperas de la reacción neocatólica de Chateaubriand y Bonald; cuando se escribía y divulgaba *Las ruinas de Palmira;* cuando se admiraba a Holbach y y a Le Mettrie... El criterio histórico era en aquella filosofía, como lo es hoy en las escuelas que la han recibido en patrimonio, la aplicación rígida e inexorable de unos mismos principios al juicio de todas las épocas y todas las instituciones del pasado» (164). Al menos, «la filosofía de la Enciclopedia tenía, para sus apasionamientos e injusticias, la disculpa de la grande obra de demolición y allanamiento que había de cumplir para cooperar en los destinos del mundo» (165).

D'Alembert.—Sobre D'Alembert, más importante como matemático que como filósofo, opina Rodó: «Sainte-Beuve esbozaba, hablando de Pascal, una cuestión interesante: ¿No podría decirse que en este gran espíritu el geómetra manifiesta unas mismas cualidades de genio que el escritor, a diferencia de D'Alembert, que imprime en sus trabajos matemáticos caracteres, en cierto modo, reñidos con los que muestra en su literatura?» (166).

Diderot.—Rodó, en su entusiasmo por Diderot, llega a compararlo con Leibniz y a denominarle el Aristóteles de la Enciclopedia: «Aún más adelante, en el tiempo que Leibniz, menos creador e inventivo que él en los dominios de la ciencia; pero, en cambio, abarcando, dentro de su abrazo úrdico, inteligencia de verdad e inteligencia de belleza: ciencia y arte, y trascendiendo, además, de la especulación a la acción, por aquella finalidad de la palabra, convertida en máquina de guerra, que toca en algún modo al heroísmo de la voluntad, resalta Diderot, el caudillo de una centuria crítica y demoledora, el profeta de la Revolución, el Aristóteles ceñido de casco y coraza, de la Enciclopedia» (167).

(164) R.: Idem, págs. 184 y 185.
(165) R.: Idem, págs. 185-186.
(166) R.: «M. de P.», pág. 342.

Según Sorel, en *Les illusions du progrès*, Taine estimó a Diderot, en el ambiente del siglo XVIII, como el prototipo del intelectual. Recoge y comenta Barrenechea: «Taine estima que la filosofía de aquel tiempo fué «una especie de ópera superior en la que desfilan y entrechocan, ya en actitud grave, ya bajo un enmascaramiento cómico, todas las grandes ideas que pueden interesar a una cabeza pensante. La tribuna, el sitio de las variadas entusiásticas disputas filosóficas, se encontraba en los salones... Pero ¿qué decir de Diderot? Este es el prototipo completo del *intelectual* (de *l'homme de lettres)* del nuevo sistema, a tal punto que nuestros burgueses contemporáneos le han colocado en el Olimpo democrático... Si Taine no hubiera sido retenido por el respeto que profesaba hacia los escritores del siglo XVIII, habría dicho que Diderot era mimado por la alta sociedad como un saltimbanqui de las letras» (168).

Montesquieu.—Señaló la porfiada ejecución del *Espíritu de las leyes:* «Cuando vislumbra la idea del *Espíritu de las leyes*, dedica años de su vida a recorrer los pue-

(167) R.: Idem, pág. 109.
(168) Mariano Antonio Barrenechea: *Los intelectuales y la realidad social.* II. En «Nosotros», Buenos Aires, núm. 208, septiembre 1926; págs. 27 y 29.

blos de Europa, antes de recluirse en su castillo de Labrède, a fin de concentrar el pensamiento en la porfiada ejecución» (169).

Voltaire.—Citó a Voltaire entre los cultivadores del libelo, en materia histórica (170). Le consideró como ejemplo de aptitud en todos los géneros literarios (171). Calificó su tolerancia: «La tolerancia intelectualista y displicente de Voltaire..., que no se funda en intuición de simpatía, en penetrante poder de comprensión» (172). Mencionó la observación de Sainte-Beuve respecto del contraste entre el retrato de Voltaire de los cuarenta años y la «malicia senil del demoledor» (173).

Rousseau. — Consideró a Rousseau como ejemplo de iniciación tardía. «El *sueño* del germen terminó con los años de la juventud» (174). Le llamó, en *Ariel*, (sofista genial» (175), e insistió, en *Motivos de Proteo:* «Tipo del innovador sin disciplinadas letras es Rousseau. Su intrepidez rebelde, su despreocupación de la verdad inconcusa, su valor para esgrimir la irreverente paradoja; aquel ingenuo sofismar, tan lleno de alumbramientos y gérmenes felices, ofrecen juntos todos los excesos y todas las ventajas de la originalidad semiinculta» (176).

A través de las *Memorias* de Marmontel, recuerda el origen de la filosofía naturista de Rousseau: «Yo no olvidaré nunca la revelación de Marmontel, en sus *Memorias*, sobre el origen de la filosofía naturista de Rousseau... Refiere Marmontel confidencias de Diderot, que bien pudieran no discordar con la verdad, aun cuando sabidas enemistades fueran parte a excitarlas. Paseaban juntos el autor de *La Religiosa* y el del *Emilio*, y manifestó éste su propósito de concurrir al certamen abierto por la Academia de Dijón sobre el influjo de las ciencias y las artes en la moralidad de las costumbres. —¿Qué tesis sostendrá usted?—preguntó el enciclopedista—. —La afirmativa—respondió Juan Jacobo. Observó a esto Diderot que lo común y trivial de la solución afirmativa alejaba toda probabilidad de lucimiento, en tanto que lo audaz e inaudito de la negativa prestábase de suyo al interés y la originalidad. —Es cierto...—dijo, después de meditar un instante, Rousseau—; a la negativa me atengo. Y su *Memoria* del certamen (semilla donde están virtualmente contenidas tantas cosas de su obra futura) fué la famosísima invectiva contra la civilización, que destierra de la sociedad humana el candor de la naturaleza» (177).

«Si en el pensamiento hispanoamericano—expone el doctor Insúa Rodríguez—fué muy grande la influencia de los enciclopedistas, a su vez, en las ideas de éstos, el descubrimiento del Nuevo Mundo había influído decisivamente, aunque de manera indirecta, con la concepción del *buen salvaje*, o sea la ingenua creencia, que tanta importancia a través de Rousseau había de lograr en varios sistemas políticos modernos... Originó esta doctrina

(169) R.: «M. de P.», pág. 281.
(170) R.: «L. y J.», pág. 177.
(171) R.: «M. de P.», pág. 109.
(172) R.: «L. y J.», pág. 185.
(173) R.: «M. de P.», pág. 10.
(174) R.: Idem, pág. 125.
(175) R.: «A.», pág. 81.
(176) R.: «M. de P.», pág. 225.
(177) R.: Idem, pág. 361.

el casual encuentro de Montaigne en Ruán, en 1555, con algunos indios provenientes del Brasil. La descripción que de sus hábitos y costumbres hizo el genial ensayista francés, pintándolos como prototipos humanos de inocente bondad, los transformó en el espíritu visionario de Rousseau en símbolos de la igualdad, libertad y fraternidad a que aspiraban extensos sectores sociales, y en su *Discurso sobre el origen de las desigualdades humanas* presentó como ideal para una sociedad decadente y fatigada la regeneración por la vuelta al estado de naturaleza» (178).

Rodó criticó la vuelta al estado de naturaleza: «Refiriendo el ideal de la sencillez democrática al primitivo *estado de naturaleza* de Rousseau, podría elegir el símbolo de la discordia que establece entre la democracia y la cultura, en la viñeta con que aquel sofista genial hizo acompañar la primera edición de su famosa diatriba contra las artes y las ciencias en nombre de la moralidad de las costumbres: un sátiro imprudente que pretendiendo abrazar, ávido de luz, la antorcha que lleva en su mano Prometeo, oye al titán filántropo que su fuego es mortal a quien lo toca» (179).

c') *Tendencias materialistas: Condillac. Helvecio.*

Incluyó la ideología de Condillac y de Helvecio entre los antecedentes de la tendencia jacobina (180).

(178) Ramón Insúa Rodríguez: *Historia de la Filosofía en Hispanoamérica*. Guayaquil. Imp. de la Universidad, 1945; pág. 99.
(179) R.: «A.», pág. 81.
(180) R.: «L. y J.», pág. 184.

Montesquieu suscitó la emulación de Helvecio: «Cuando Montesquieu subyuga con *El espíritu de las leyes* la atención de sus contemporáneos, y Helvecio se siente movido a emularle y busca retiro y soledad para abismarse, también él, en la obra» (181).

Rodó se refiere a Helvecio tratando del dolor como estímulo para la lucha: «El hastío, para Helvecio, llega a ser la mayor y más preciosa de todas las prerrogativas humanas, desde el momento en que, impidiendo enervarse nuestra sensibilidad en los adormecimientos del ocio, se convierte en el vigilante estímulo de la acción» (182).

d') *Joubert y Vauvenargues.*

Calificó a Joubert: «Pensadores como el delicado y hondo Joubert» (183). *Pensées de Joubert* (París, 1834) fueron publicados por Chateaubriand.

Vauvenargues fué ejemplo de aptitud que se revela con la pérdida de otras: «El amable psicólogo nació con la vocación heroica de la acción. Lanzóse en pos de este género de gloria; pero males del cuerpo se interpusieron..., y en el recogimiento de la inacción forzosa nació, fecundando las melancolías del soldado, la inspiración del moralista» (184). Nietzsche estimó a Vauvenargues: «Libros europeos. Cuando se lee a Montaigne, La Rochefoucauld, La Bruyère, Fontenelle (particularmente los

(181) R.: «M. de P.», pág. 151.
(182) R.: «A.», pág. 40.
(183) R.: «M. de P.», pág. 205.
(184) R.: Idem, págs. 33-34.

Diálogos de los muertos), Vauvenargues y Chamfort, se aproxima uno más a la antigüedad que con cualquier grupo de seis autores de otro pueblo» (185). Las características de la personalidad de Vauvenargues, muerto a los treinta y dos años habían de suscitar la simpatía de Rodó. De él dice Suard en *Notice sur la vie et les écrits de Vauvenargues*, que precede a *Œuvres choisies:* «Mais la nature lui avait donné un esprit pénétrant, un sens droit, une âme élevée et sensible» (186).

e') *Saint-Simon.*—«Fué teoría de Saint-Simon, no el insigne autor de las *Memorias*, sino el utopista, que las doctrinas del pensador que aspira a innovar en punto a ideas morales y sociales no habían de concretarse y propagarse nunca sino en la vejez, viniendo precedidas de un dilatado período de acción varia y enérgica... período *experimental*... El mismo ajustó su existencia, de tan extrañas aventuras, a esta idea del perfecto reformador; o acaso ajustó la idea, *a posteriori*, al carácter que su existencia tuvo por necesidad; pero hay en ello, de todos modos, un fondo exacto y discreto, que corrobora cuán lógica y oportuna transformación puede ser la de un modo de vida en que desempeña principal papel la voluntad, en otro que dé preferencia al pensamiento» (187).

(185) F. Nietzsche: *El viajero y su sombra*. Traduc. de Pedro González Blanco. Sempere y Cía., Editor; Valencia-Madrid; s. a.; pág. 140.

(186) Vauvenargues: *Œuvres choisies*. París. Garnier Frères, Editeurs; s. a.; pág. 163.

(187) R.: «M. de P.», pág. 195.

f) *Condorcet: La doctrina del progreso.*

Con agudo sentido crítico consideró Rodó la doctrina del progreso indefinido: «La formación de los pueblos de nuestro continente como naciones libres ha coincidido con el auge universal de esa concepción del progreso indefinido, que, extraña a toda filosofía histórica anterior al siglo XVIII, halló su fórmula primera en Condorcet y ha atravesado triunfalmente todas las transformaciones de ideas de la última centuria... Más o menos entremezcladas de ilusión y de candor, no puede desconocerse lo que esta idea encierra en sí de estímulo eficaz para las humanas energías y de inspiración poética y ensoñadora... Dejando de lado la evaluación de la parte de verdad que contenga esa tesis optimista, y encarándola sólo en cuanto a su trascendencia activa y práctica, es fácil comprender que el vicio a que naturalmente tiende, en medio de sus muchas influencias benéficas, es el del injusto menosprecio de la tradición; el del desconocimiento vano y funesto de la continuidad solidaria de las generaciones humanas; el de la concepción del pasado y del presente como dos enemigos en perpetua guerra, en vez de considerarlos en la relación de padre a hijo o de dos obreros de sucesivos turnos dentro de una misma interrumpida labor... En el carácter y el desenvolvimiento de los partidos liberales y progresistas de Europa durante el siglo XIX, puede observarse bien aquella relativa falsedad implícita en la filosofía del progreso indefinido» (188).

(188) R.: *La tradición en los pueblos hispanoamericanos*. En «El C. de P.», págs. 17-19.

d) *La moral de Franklin.*—Calificó la moral de Franklin de «utilitarismo probo y mesurado» (189).

12.—*Kant y el idealismo alemán.*

Rodó oponía el idealismo alemán a «la utopía igualitaria del siglo XVIII, si bien se manifestaba «con viciosa tendencia cesarista» (190). (Véase pág. 355.)

a) *Kant.*—Fué Kant ejemplo de genio nacido «para el pensamiento, vive en la exclusiva sociedad de las ideas» (191).

«La voluntad... No fué otro el fundamento de la soberbia estoica... que resurge en lo moderno con Kant» (192). Roig Gironella ha aludido al «estoico imperativo kantiano» (193). «Porque Kant personifica, por excelencia, la moral abstraída de todo jugo y calor de sentimiento, vale decir: privada de todo dinamismo eficaz, de toda fuerza propia de realización; y en este sentido ofrece el medio de demostración más palpable que puede apetecerse para patentizar la diferencia que va de la esfera de la ciencia pura a la esfera de la voluntad inspirada. El moralista de Königsberg podría haber vivi-

(189) R.: «A.», pág. 115.
(190) R.: Idem, pág. 82.
(191) R.: «B.». En «H. de A.», págs. 97-98.
(192) R.: «M. de P.», pág. 425.
(193) Juan Roig Gironella, S. J.: *Filosofía y vida.* Barcelona. Editorial Barna; s. a.; pág. 73.

do... admirando, según sus célebres palabras, «el espectáculo del cielo estrellado sobre su cabeza y el sentimiento del deber en el fondo de su corazón; y podría haber hecho todo esto sin que su moral estoica conmoviese una sola fibra del corazón humano ni hiciera extenderse jamás una mano egoísta para un llamado de perdón o para un acto de generosidad» (194).

Es ideal de Rodó mitigar la severidad estoica de Kant con la complacencia de lo hermoso: «Cuando la severidad estoica de Kant inspira, simbolizando el espíritu de su época, las austeras palabras: «Dormía, y soñé que la vida era belleza; desperté, y advertí que ella es deber», desconoce que, si el deber es la realidad suprema, en ella puede hallar realidad el objeto de su sueño, porque la conciencia del deber le dará, con la visión clara de lo bueno, la complacencia de lo hermoso» (195).

b) *Hegel.*—Estima Rodó que el individualismo histórico de Hegel afirma el valor de la obra común (196).

c) *Schelling.*—Le considera poeta de la prosa: Schelling, a quien deliberadamente mento como soberano poeta de la prosa, en síntesis sublimemente didáctica del mundo, antes que como filósofo» (197).

d) *Schopenhauer.*—Se refirió, hablando de Salomón, a «la implacable dialéctica de Schopenhauer» (198). Encontró el motivo de la atracción que suscitó el enigma de la India en el pensamiento germánico, en «las congenia-

(194) R.: «L. y J.», pág. 167.
(195) R.: «A.», pág. 61.
(196) R.: «L. y J.», págs. 157-158, n.
(197) R.: «M. de P.», pág. 320.
(198) R.: Idem, pág. 94.

les simpatías que llevaron al espíritu de Schopenhauer al amor del loto de Oriente» (199).

Calificó de grande y genial misántropo a Schopenhauer, al mostrar éste la vanidad del cálculo que se aplique al curso de la Historia: «Nadie como el gran Schopenhauer ha mostrado la radical vanidad de todo cálculo que se aplique al curso desigual, errabundo, de la Historia, de toda ley que quiere imponerse en ella a título de inducción, y la sonrisa helada del genial misántropo se ilumina en mi espíritu siempre que veo renovarse el empeño de arrebatar con los medios de la lógica el secreto del futuro» (200).

Federico Nietzsche supervaloró a Schopenhauer: «Schopenhauer, el último alemán digno de ser tenido en cuenta, el último acontecimiento europeo» (201).

e) *Hartmann.*—Le consideró ejemplo de superior capacidad metafísica, con versación en las ciencias naturales y biológicas (202).

Se refirió a las congeniales simpatías que indujeron «a Hartmann a buscar en el desesperanzado misticismo del solitario de Urulviva el germen probable de la futura religión de los hombres» (203). «Las conjeturas de Hartmann sobre el porvenir de la evolución religiosa no excluyen de este porvenir la persistencia de elementos cris-

(199) R.: «L. y J.», pág. 131.
(200) R.: *La literatura posterior a la guerra.* En «El C. de P.», págs. 55-56.
(201) Federico Nietzsche: *El crepúsculo de los ídolos o cómo se filosofa al martillo.* Traduc. de Pedro González Blanco. F. Sempere y Cía., Editores; s. a.; pág. 94.
(202) R.: «M. de P.», págs. 331-332.
(203) R.: «L. y J.», pág. 131.

tianos, ni impiden que el filósofo del pesimismo reconozca explícitamente que la preponderancia y el sentido progresivo de la civilización occidental se deban a la superioridad de la filosofía cristiana, en cuanto afirma la realidad del mundo sobre el idealismo nihilista que ha detenido la evolución de los *aryas* asiáticos» (204).

Al pedir a la juventud parte de su alma para la vida del futuro, se refiere a Hartmann, pero no «en nombre de la muerte, sino en el de la misma vida» (205).

13.—*Goethe y Schiller.*

a) *Goethe.*—No faltan en la obra de Rodó referencias al *Fausto* (206). Goldberg precisó una alusión al *Fausto* en *El que vendrá:* «Y tu palabra resonará en nuestro espíritu como el repique de la campana de Pascua en los oídos del doctor inclinado sobre su emponzoñado brebaje» (207).

Rodó citó a Goethe entre los modelos de pensadores en el siglo XIX (208); le consideró ejemplo de genio complejo y armonioso, aunque predominó en él la invención poética (209); le caracterizó «la fuerza indomable de su voluntad» (210); llegó en la ciencia a la originalidad

(204) R.: Idem, pág. 131, *n.*
(205) R.: «A.», págs. 137-138.
(206) R.: Idem, págs. 37, 105, 127-128, y «L. y J.», pág. 166.
(207) Isaac Goldberg: *La literatura hispanoamericana.* Versión castellana de R. Cansinos Asséns. Prólogo de E. Díez-Canedo. Madrid. Edit. América; pág. 221.
(208) R.: «L. y J.», pág. 186.
(209) R.: «B.». En «H. de A.», pág. 98.
(210) R.: «M. de P.», pág. 242.

4430

y la invención (211). «El más alto, perfecto y típico ejemplar de vida progresiva..., una naturaleza dotada, en mayor grado que otra alguna, de la aptitud del cultivo propio; son obra viva en la empresa de erigir lo que él llamaba, con majestuosa imagen, la *pirámide de su existencia*» (212); «su filosofía... nace, no de un formalismo lógico, sino del vivo y fundente seno de un alma» (213). «Llega así al pináculo de su ancianidad gloriosa, aún más capaz y abierta que sus verdes años, y expira pidiendo *más luz*, y este anhelo sublime es como el sello estampado en su existencia y genio, porque traduce, a la vez, el ansia de saber en que perseveró su espíritu insaciable y la necesidad de expansión que acicateó su vitalidad inmensa» (214).

Refiriéndose a la amistad entre Goethe y Schiller, trazó el paralelo ideológico entre uno y otro: «Famosa amistad de Schiller y Goethe..., apasionado el uno, olímpico el otro; idealista el imaginador de *Don Carlos*, realista el del *Guillermo Meister;* demócrata el glorificador de la Revolución, aristocrático el consejero de Carlos Augusto; kantiano el autor de las *Cartas estéticas*, panteísta el lector de Spinoza» (215). El spinozismo de Goethe es apreciado por J. Cohn: «Goethe no fué, como se ha dicho tantas veces, un verdadero discípulo de Spinoza; pero el pensamiento de una unidad divina del Universo y el sentimiento del amor sin reciprocidad a esta naturaleza divina le acompañaron siempre a través de su rica y fecunda vida» (216).

(211) R.: Idem, pág. 320.
(212) R.: Idem, pág. 240.
(213) R.: Idem, pág. 241.
(214) R.: Idem, pág. 243.
(215) R.: Idem, pág. 190.

Nietzsche y Spengler han considerado a Goethe como pensador. «Acontecimiento no ya alemán, sino europeo, tentativa grandiosa de vencer al siglo XVIII... Goethe llevaba en sí los más enérgicos instintos: el sentimentalismo, la idolatría por la Naturaleza, el antiestoicismo, el idealismo, lo quimérico y la tendencia revolucionaria (este aspecto revolucionario no es más que una forma de antirrealismo)» (217). «Goethe fué filósofo. Adoptó frente a Kant la misma posición que Platón representa frente a Aristóteles... Platón y Goethe representan la filosofía del devenir; Kant y Aristóteles, la de lo producido» (218).

b) *Schiller.*—En *Ariel* se refirió a la tesis de Schiller: el arte se presta «a un acordado estímulo de todas las facultades del alma» (219).

14.—*Filosofía escocesa: Reid.*

Reid «se levantó a la especulación filosófica estimulado por la lectura de las obras de Hume» (220).

(216) Jonás Cohn: *Los grandes pensadores. Introducción histórica a la Filosofía.* Traduc. del doctor don Domingo Miral. 2.ª ed. Editorial Labor. Barcelona-Buenos Aires, 1927; pág. 117.
(217) F. Nietzsche: *El crepúsculo de los ídolos.* Ed. cit., página 130.
(218) O. Spengler: *La decadencia de Occidente.* Cita de Francisco Romero: *Las dos tendencias de la filosofía alemana contemporánea.* En «Nosotros», Buenos Aires, año XVIII, núm. 179, abril 1924; pág. 468.
(219) R.: «A.», pág. 58.
(220) R.: «M. de P.», pág. 156.

15.—*La Filosofía en el siglo XIX.*

a) *Filosofía en Francia.*

a') *El positivismo.—Augusto Comte.*

Nos remitimos a lo expuesto en el capítulo V (páginas 236-39) sobre la valoración de conjunto formulada por Rodó acerca del positivismo. Véase también la posición antideterminista de Rodó en *Filosofía de la Historia* (página 460).

Ya en *El que vendrá* salió Rodó en defensa de los fueros del espíritu, oponiéndose a la limitación del positivismo: «Quiso ella [la Némesis compensadora e inflexible que restablece totalmente en las cosas del Arte el equilibrio violado por el engaño, la intolerancia o la pasión] alejar del ambiente de las almas la tentación del misterio, cerrando en derredor el espacio que concedía a sus miradas la línea firme y segura del horizonte positivo; y el misterio indomable se ha levantado, más imperioso que nunca en nuestro cielo, para volver a trazar, ante nuestra conciencia acongojada, su martirizante y pavorosa interrogación. Quiso ofrecer por holocausto, en los altares de una inalterable objetividad, todas las cosas íntimas, todas esas eternas *voces interiores*, que han representado, por lo menos, una mitad, la más bella mitad, del arte humano; y el alma de las nuevas generaciones, agitándose en la suprema necesidad de la confidencia, ha vuelto a hallar encanto en la contemplación de sus intimidades, ha vuelto a hablar de sí, ha restaurado

en su imperio el «yo» proscrito por los que no quisieron ver «sino lo que está del lado de fuera de los ojos»; triste reclusa que se rehace, en el día del asueto, del mutismo prolongado de la soledad. Quiso cortar las alas al sueño, y de los hombros ensangrentados por el golpe de la cuchilla cruel y fría han vuelto a nacer alas» (221).

Señaló la influencia de Clotilde de Vaux... en el alma de Comte; «la memoria de Clotilde de Vaux hace transfigurarse el tono de su pensamiento y dilatarse los horizontes de su filosofía con la perspectiva ideal y religiosa, que hasta entonces había estado ausente de ella» (222).

Al criticar los peligros de la especialización, se refirió a Comte, que señaló la «influencia dispersiva del principio de especialización» (223). Recordó la afirmación del fundador del positivismo, acerca de que la calidad no puede ser sustituída por el número (224). Le estimó ejemplo de pensador en el siglo XIX (225).

b') *Quinet.—Taine.*

Quinet.—Reforzó con cita de Quinet su opinión sobre la gran ciudad (226). Y se refirió a él hablando de los precursores (227). Creyó «que tan profundamente ha pe-

(221) R.: «El Q. V.», págs. 6-7.
(222) R.: «M. de P.», pág. 149.
(223) R.: «A.», págs. 46-47.
(224) R.: Idem, pág. 78.
(225) R.: «L. y J.», pág. 186.
(226) R.: «A.», pág. 128.
(227) R.: Idem, págs. 133-134.

netrado en las armonías de la Historia y la Naturaleza» (228).

Taine.—No disimuló su simpatía por Taine. La crítica de éste «nos lleva a un magnífico laboratorio, en el que un experimentador opulento, que es a la vez hombre de selecto buen gusto, ha puesto la suntuosidad de un gabinete de palacio» (229).

Recogió el pensamiento de Taine, tratando del cultivo del buen gusto: «Las mismas líneas del Partenón, que halagan a la mirada con proporciones armoniosas, contentan a la inteligencia con promesas de eternidad» (230).

Abundan las referencias a Taine: respecto al espíritu inglés (231); al aprecio que Taine sentía por la aristocracia inglesa (232); a la vida pública norteamericana (233); respecto a la posesión de los bienes, tratando de la filosofía moral de la juventud (234); a la estructura de la sociedad anterior a la Revolución, en *El antiguo régimen*, de Taine (235); al concepto que el autor francés formuló del jacobinismo en los *Orígenes de la Francia contemporánea* (236), obra que Rodó enjuició en *Ariel* (237).

(228) R.: Idem, pág. 133.
(229) R.: *Notas sobre crítica.* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.», Montevideo, enero de 1896. En «El Q. V.», pág. 110.
(230) R.: «A.», pág. 65.
(231) R.: Idem, pág. 110.
(232) R.: Idem, pág. 110.
(233) R.: Idem, pág. 117.
(234) R.: Idem, págs. 134-135.
(235) R.: «L. y J.», pág. 178.
(236) R.: Idem, pág. 182.
(237) R.: «A.», pág. 83.

c') *El neokantismo: Renouvier y Boutroux.*

En *Rumbos Nuevos*, con motivo de la publicación de *Idola Fori*, de Carlos Arturo Torres, se refirió Rodó al «poderoso aliento de reconstrucción metafísica de Renouvier, Bergson y Boutroux» (238).

d') *Referencia a Martha.*

Rodó se refirió a la opinión de Martha sobre el buen gusto, al que atribuye la significación de una segunda conciencia (239). Constant Martha es autor de ***La délicatesse dans l'Art***, París, 1884. De esta obra dijo Menéndez Pelayo: «Un libro modesto y exquisito, verdadero joyel literario, que no es en rigor un tratado de Estética, porque no pretende abarcar metódicamente la ciencia de lo bello... Y en verdad que nunca se ha hablado de la delicadeza más delicadamente que lo hace Martha en este libro suyo» (240).

e') *El esteticismo de Guyau y la metafísica inductiva de Fouillée.*

Guyau.—Rodó tenía a Guyau en alta estima: «La noble figura de Guyau» (241); «es rey en las comparacio-

(238) R.: *Rumbos nuevos. Con motivo de la publicación de «Idola Fori», de Carlos Arturo Torres.* En «El M. de P.», págs. 46-47.
(239) R.: «A.», pág. 64.
(240) Marcelino Menéndez Pelayo: *Historia de las Ideas Estéticas en España.* 3.ª edición, tomo VIII (siglo XIX). Madrid. Lib. y Edit. Hernando, 1927; pág. 275.
(241) R.: «A.», pág. 72.

nes hermosas» (242); «un Renán o un Guyau, en quienes el entendimiento de verdad y el don de realizar belleza se compenetran y ensimisman, de modo que no parece formar sino una única aptitud» (243). Llegó a calificarle de «mente evangélica» (244).

Guyau formuló una moral sin obligación ni sanción. Rodó encontraba un principio de moralidad en toda potencia ideal con «poder de disciplinarnos y ordenarnos» (245). Juan Valera, comentando *La Irreligión*, de Guyau, afirmó: «Por más que medito, no veo posible la moral sin religión o metafísica que le sirva de base» (246).

Fouillée.—La *idea-fuerza* de Fouillée, para serlo, necesita, según Rodó, concomitantes afectivos (véase página 88). Aceptó de Fouillée la importancia de la educación popular para el porvenir (247); la afirmación del cumplimiento de la ley de selección natural en las sociedades humanas, que se realizará de más en más por vía de libertad (248), y que la relación entre los bienes positivos y los bienes intelectuales y morales es «un nuevo aspecto de la cuestión de la equivalencia de las fuerzas» (249).

(242) R.: Idem, pág. 69.
(243) R.: «M. de P.», págs. 319-320.
(244) R.: Prólogo a *Narraciones*, de Juan Blanco de Acevedo. En «El Q. V.», pág. 201.
(245) R.: «M. de P.», pág. 344.
(246) Juan Valera: *Cartas americanas*. Madrid, noviembre 1889. En «Obras Completas». M. Aguilar, Editor; Madrid, 1942; pág. 1779.
(247) R.: «A.», pág. 86.
(248) R.: Idem, pág. 89.
(249) R.: Idem, pág. 123.

f') *Ribot, Le Bon y Tarde (Psicología y Sociología).*

Ribot.—Siguió a Ribot al calificar la moral de Séneca «moral muerta» (250). Se refirió al *Ensayo sobre la imaginación creadora*, tercera parte, cap. VII, de Ribot, para reforzar su opinión sobre la invención personal, en la esfera de las ideas morales (251).

Citó la opinión de Le Bon, *Psicología de las muchedumbres*, lib. II, cap. III, respecto a la necesidad de una dirección individual que oriente las multitudes, a pesar de sostener la preponderante eficacia de las mismas (252).

Citó la teoría de la imitación de Tarde, al referirse a la fuerza social de la imitación (253) y al tratar de la concordia de la solidaridad en el juego de las fuerzas en las grandes épocas históricas (254).

g') *El estoicismo de Vigny.*

Calificó en *Motivos de Proteo* la filosofía de Alfredo de Vigny: «La impasibilidad de un estoicismo desdeñoso» (255). Había dicho, en *El que vendrá:* «Y mejor que Vigny, los que llevan la voz del pensamiento contemporáneo podrían llorar, en nuestro ambiente, pri-

(250) R.: «L. y J.», pág. 153.
(251) R.: Idem, págs. 123-124 y 124, *n.*
(252) R.: Idem, pág. 158, *n.*
(253) R.: Idem, pág. 195.
(254) R.: «A.»,, pág. 100.
(255) R.: «M. de P.», pág. 27.

vado casi de calor y de luz, el sentimiento de la «soledad del alma» que lamentaba, en días que hoy nos parecen triunfales, su numen desolado y estoico» (256).

El pensamiento de Alfredo de Vigny ha sido valorado por Le Senne: «Dans la mesure où la pensée de Vigny, médiocrement philosophe, se laisse systématiser, l'honneur se place existentiellement entre l'inspiration, au-dessus de lui, et le principe du devoir, plus sec que lui..., et le pessimisme de Vigny trouve son amère grandeur et une joie secrète dans une condition de l'homme qui est «la plus compléte et la plus aveugle immolation à l'idéal invisible», telle qu'il l'a lui même, dans *Servitude et Grandeur militaires*, celebré» (257).

b) *El ginebrino Amiel.*

«Amiel nos dió un ejemplo de contemplación interior sin otro fin que el del melancólico y contradictorio placer que de ella nace» (258). «Y ¿quién como ese mismo moderno umbilicario; quién como ese confidente oficioso de sí propio, ha expresado cuán fatal sea esa malversación del tiempo y de las fuerzas de la mente? (259). (véase pág. 89, capítulo II).

Amiel vivió «un ensimismamiento de bonzo...; pero, por fortuna, en esas mismas póstumas memorias dejó, sin proponérselo, la más alta demostración de la existencia de la aptitud superior que, por vicio de la voluntad, no

(256) R.: «El Q. V.», pág. 5.
(257) Le Senne: *Traité de Morale Générale*. París. Presses Universitaires de France, 1949; pág. 449.
(258) R.: «M. de P.», pág. 49.
(259) R.: Idem, pág. 48.

llegó a manifestar activamente en el transcurso de su vida» (260).

Le dió el calificativo de «triste Hamlet ginebrino» (261). Recuerda Gregorio Marañón: «Un poeta delicadísimo de Cataluña, Salvador Albert, comparaba, en un estudio admirable, a nuestro héroe con Hamlet y con Fausto (Salvador Albert: *Amiel*. Barcelona. «La Revista», edic. 1919)» (262).

c) *Leopardi.*

Captó el platonismo de Leopardi (véase pág. 383). Interpretó el pesimismo del poeta como conjunción del espíritu de un filólogo y de un metafísico: «La inspiración de Leopardi, evocando, en su purísima integridad, la más íntima belleza antigua, y exprimiendo en sus formas transparentes la amargura de una propia y personal filosofía, que tiene su lugar bien diferenciado en la historia de las ideas, no pudo nacer sino como nació, de espíritu que era el de un filólogo eminente y el de un metafísico de genio» (263). La filosofía de Leopardi fué «enaltecida por Schopenhauer, y comentada por Hartmann» (264).

(260) R.: Idem, págs. 172-173.
(261) R.: Idem, pág. 49.
(262) Gregorio Marañón: *Amiel. Un estudio sobre la timidez*. Madrid. Espasa-Calpe, 1932; pág. 28.
(263) R.: «M. de P.», pág. 320.
(264) H. Fierens-Gevaert: *La tristeza contemporánea. Ensayos sobre las grandes corrientes morales e intelectuales del siglo XIX*. Versión castellana de Andrés Torrente. Madrid. Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, 1900; pág. 83.

Carlyle (1795-1881): sa philosophie est expossée sans systematicité dans *Sartor* (1834); il tient la nature pour un symbole du surnaturel, il faut le comprendre pour s'élever au-dessus d'elle: c'est ce que font les hommes les plus grandes: *Heroes and Hero Worship* (1841). C'est la croyance, ce n'est pas la réflexion, qui est créatrice. Cette morale n'est pas sans analogie avec le bergsonisme, à l'affectivité près» (278).

Rodó se refería a la veneración del *heroísmo* en Carlyle, «entendiendo por tal el culto de cualquier noble superioridad» (279). Rafael Altamira consideraba muy acertada la observación de Leopoldo Alas en la Introducción al tomo II de la traducción española de *Los Héroes* (Madrid, 1893), «aunque a veces parece exageradamente *individualista*, tiene en ocasiones muy atenuado este sentido, puesto que admite la posibilidad de «muchos héroes simultáneos», de una *democracia* intelectual» (280). De Emerson y Carlyle dice Altamira: «Debe notarse que uno y otro comprenden en su concepto de genios a muchos que no pueden considerarse como «tutores», desde nuestro punto de vista; siguiendo en esto a Baltasar Gracián, que les abrió camino con *El Héroe*, donde habla de capitanes, reyes, filósofos, etc., ...hay que discernir los elementos que aportan al genio y las colectividades en la Historia, sin olvidar que se influyen recíprocamente» (281). «No cabe, pues, separar los «héroes» de las masas», dice Ortega y Gasset (282).

(278) Le Senne: Ob. cit., págs. 36-37.
(279) R.: «A.», pág. 83.
(280) Rafael Altamira y Crevea: *De Historia y Arte (Estudios Críticos)*. Madrid, 1898; págs. 157-158. Y en *La enseñanza de la Historia*, pág. 201; en esta obra se da el nombre del traductor español de *Los Héroes*, de Carlyle: don Julián G. Orbón.

Es natural que las condiciones morales de Carlyle despertaran la simpatía de Rodó, ya que, como expone Totomianz: «Carlyle exigía que los hombres fundasen sus esperanzas en la dinámica espiritual, en las fuerzas humanas esenciales e inmutables, en los misterios del amor, de la poesía, de la religión, del temor, del entusiasmo, del asombro, en todo lo que vive y en todo lo que es eterno. Toda reforma —decía—, a no ser la reforma moral, será inútil y estéril» (283).

c') *Bagehot.*—Le llamó «sabio pensador» (284). Se refirió a la opinión de Bagehot sobre la educación del buen gusto, que favorece «el ejercicio del buen sentido, que es nuestro principal punto de apoyo en la complejidad de la vida civilizada», y a la tendencia imitativa de nuestra naturaleza moral, que, según el autor inglés, «tiene su asiento en aquella parte del alma en que reside la credibilidad» (285). Estimaba, naturalmente, certera la creencia de Bagehot respecto a los beneficios para la humanidad de la existencia de soñadores (286).

(281) Rafael Altamira: *De Historia y Arte*, págs. 159, *n.*; 160, *n.*, y 161.
(282) José Ortega y Gasset: *El tema de nuestro tiempo*. En «Obras Completas», 2.ª ed. Madrid. Espasa-Calpe, 1936; pág. 834.
(283) V. Totomianz: *Historia de las doctrinas económicas y sociales*. Versión de la 2.ª ed. alemana por Vicente Gay. Barcelona. Gustavo Gili, Editor, 1934; pág. 208.
(284) R.: «A.», pág. 64.
(285) R.: Idem, pág. 96.
(286) R.: Idem, pág. 122.

f) *Filosofía en Norteamérica.*

a') *Emerson.*—Estimó la posición frente a la democracia en Emerson (287) consecuencia de su recio individualismo. Fué el de Emerson un «individualisme lyrique sur fond de panthéisme spirituel» (288).

En general, Emerson es como un hombre que continuamente hiciera uso de los anteojos, jactándose al mismo tiempo de tener excelente vista. Sin embargo, aunque no fué un filósofo, discernió con claridad algunas cosas por el hecho de ser poeta. Comprendió que era el momento de dejar de ser puritano, que la democracia necesita ideales y, más que todo, individuos. Con una sonrisa (Emerson jamás reía) arrojó al fuego los demonios de Jonathan Edwards, predicando a la vez con énfasis el libre albedrío. No hizo más, y el mundo, aficionado a las frases brillantes, no se detuvo a descifrar los soñadores mensajes de que Emerson se juzgaba el creador» (289).

b') *Marden y el utilitarismo.*—M. Orisson Swett Marden, en *Pushing to the front,* Boston, 1895, sostenía «que el éxito debía ser considerado como la finalidad suprema de la vida. La revelación tuvo eco aun en el seno de las comuniones cristianas, y se citó una vez, a propósito del libro afortunado, la *Imitación,* de Kempis, como término de comparación» (290).

(287) R.: Idem, págs. 77 y 83. Y «L. y J.», pág. 157, *n.*
(288) Le Senne: Ob. cit., pág. 37.
(289) George N. Shúster: *El espíritu de los Estados Unidos.* En «Inter América», español, vol. V, núm. 6, marzo 1922.
(290) R.: «A», pág. 115.

Al contrario de Marden, Rodó se mostró antipragmatista: «A la concepción de la vida racional que se funda en el libre y armonioso desenvolvimiento de nuestra naturaleza..., se opone (como norma de la conducta humana) la concepción *utilitaria,* por la cual nuestra actividad, toda entera, se orienta en relación a la inmediata finalidad del interés (291). Se ha solido «atribuir a dos causas fundamentales el desborde del espíritu de utilidad... Las revelaciones de la ciencia de la naturaleza... la universal difusión y el triunfo de las ideas democráticas... Confío en que vuestra primera iniciación en las revelaciones de la ciencia ha sido dirigida como para preservaros del peligro de una interpretación vulgar» (292). Sin embargo, el utilitarismo puede ser punto de partida para idealismos futuros: «Titánicos esfuerzos por la subordinación de las fuerzas de la naturaleza a la voluntad humana y por la extensión del bienestar material, son un trabajo necesario que preparará, como el laborioso enriquecimiento de una tierra agotada, la florescencia de idealismos futuros» (293).

(291) R.: Idem, pág. 71.
(292) R.: Idem, pág. 72.
(293) R.: Idem, pág. 72.

CAPITULO VIII

FILOSOFIA DE LA HISTORIA

A través de su producción, Rodó ha manifestado observaciones, que estimo de interés, sobre psicología de los pueblos y sobre filosofía de la Historia. Con su característica sinceridad, precisó con frecuencia la fuente de sus ideas. Las apreciaciones sobre los Estados Unidos de Norteamérica, consignadas principalmente en *Ariel*, han sido objeto de detenidas observaciones y comentarios, pero los juicios de Rodó sobre temas de Filosofía de la Historia no se limitan a los enunciados sobre América del Norte.

En la pág. 420 hemos recogido la referencia de Rodó respecto a Vico.

1.—*Concepto de la Historia.*

El historiador ha de manifestarse con la máxima objetividad; debe interpretar las cosas pasadas con «honda comprensión..., con sus consiguientes adelantos de exac-

titud y de justicia..., con un gran fondo de serenidad y de realidad, realzadas todavía por una insuficiente provisión de simpatía humana, que le permita transportarse en espíritu al de los tiempos sobre que ha de juzgar, adaptándose a las condiciones de su ambiente» (1).

El concepto de la Historia como «honda comprensión de las cosas pasadas... es una de las imperecederas conquistas del siglo de los Thierry, los Macaulay y los Mommsen... La historia no es ya una forma retrospectiva de la arenga y el libelo, como en los tiempos de Gibbon y Voltaire» (2).

Norma ética del historiador ha de ser el respeto a la verdad. «Las instituciones que han quedado atrás en el desenvolvimiento de la civilización... han tenido su razón de ser..., y es precisamente en el terreno de la Historia donde menos puede vulnerárselas» (3).

Hans Freyer ha puesto de manifiesto la gravedad del problema de la objetividad del conocimiento histórico: «El hombre que actúa en la Historia (si no renuncia desde luego a asentar su voluntad sobre una base histórica) será propenso a dar al pasado una forma que exprese más bien su propio espíritu que el del pasado... Por enérgico que en él aliente el sentido de su época, y por fuerte que sea en él la conciencia de esa su situación, ha de someterse, al hacer ciencia, a la exigencia cuyo cumplimiento constituye, según Ranke, el deleite del estudio histórico: «Perseguir la vena espíritu de las cosas», aspirar, como último resultado, «a compartir en

(1) R.: «L. y J.», págs. 176-177.
(2) R.: Idem, págs. 176-177.
(3) R.: Idem, pág. 177.

todo y a consaberlo todo». En todos los historiadores productivos vive la oposición entre la voluntad de entregarse a la realidad pretérita, en actitud puramente contemplativa, y la consecuencia de que deben querer la Historia, en último término, como destinada a un determinado presente. Esta oposición, empero, si no anula, por lo menos hace tolerable y da al concepto de la objetividad histórica y de la autonomía de la ciencia histórica un sentido inquebrantable; y éste es, en todo historiador auténtico, el respeto vivo al propio valor de las formas históricas» (4).

Schneider insiste en la objetividad de los conceptos: «El historiógrafo forma conceptos de los que siempre puede demostrarse que han sido formados debidamente (su valor radica en su exactitud, en su contenido de sucesos reales, en la elección de lo esencial y en la deducción legítima), conceptos que, en última instancia, son susceptibles de ser analizados siempre en sus notas características y deben entrar en un sistema, en una sinopsis de los conceptos por caracteres» (5).

Al exigir Rodó al intérprete de la Historia, además de sinceridad y serenidad, «suficiente provisión de simpatía humana», podría creerse que la subjetividad del intérprete obstaculizara la objetividad de la interpretación; mas, como ha precisado Menéndez Pidal, no hay que

(4) Hans Freyer: *Los sistemas de la Historia Universal*. En «Historia Universal», dirigida por Walter Goetz; versión española de Manuel García Morente; Espasa-Calpe; Madrid, 1932; tomo I, página 24.
(5) Hermann Schneider: *Filosofía de la Historia*. Traduc. directa del alemán por José Rovira y Armengol. Editorial Labor. Barcelona, 1931; pág. 271.

confundir la impersonalidad objetiva con la fría subjetividad: «La ciencia, como el arte, es difícil y exige de sus cultivadores una concentración máxima. Pero nadie puede sentirse ajeno a ningún movimiento elevado y humano; y menos que nadie, el artista o el científico, no ya por el interés público, sino por el interés de su propia obra, que sería banal y superficial si no fuera fecundada por los más hondos sentimientos que nos hacen capaces de una rica comprensión. ¿Cómo sería posible que alguien trabajase, por ejemplo, en la historia de España, a no ser superficialmente, sin tener un sentimiento vivo e intenso de todo cuanto constituye el espíritu de nuestro pueblo, de nuestra raza? Se confunde la impersonalidad objetiva de la ciencia con la impersonalidad, la frialdad subjetiva; no quita objetividad ni verdad a la Historia el hacerla, como quería Schlegel, con *amor*, o, como decía el discípulo de Mommsen, pensando con el maestro *cum ira et cum studio*» (6).

Impregnado el espíritu de Rodó en la cordialidad de humana simpatía, llega en algún momento (en *La vuelta de Juan Carlos Gómez)* a invocar la piedad histórica en los juicios de la posteridad: «Esa piedad histórica, señores, sin la cual los juicios de la posteridad no serían más que una lapidación insensata de las generaciones

(6) Ramón Menéndez Pidal: Entrevistas de «España».—Hablando con ——. «España». Semanario núm. 50. Madrid, 6 enero 1916: pág. 11. El concepto sobre la Historia se halla en el epígrafe titulado *La psicología del hombre de ciencia.*

vivas» (7). El sentimiento de piedad histórica no implica alterar la objetividad del conocimiento histórico, pues, como ha dicho Croce, «la Historia no enjuicia, sino que justifica todos los tiempos» (8).

En una conversación con Pérez Petit, conceptuó Rodó el juicio histórico como «perspectiva moral»: «La distancia, en el tiempo y en el espacio, es lo que crea esa perspectiva moral que es el juicio histórico. El contemporáneo de un héroe le ve cumplir una hazaña, y sólo acierta a decir, a lo sumo: «¡Cómo se ha hecho matar ese loco!» Pero nosotros, un siglo o dos después, fuera de la atmósfera de aquellos actores, desde nuestro palco de espectadores, aislamos al héroe y en la cámara oscura de nuestros gemelos *descubrimos* la verdadera magnitud de su acción gloriosa. Y por eso sentimos una admiración por el héroe, que aquel su contemporáneo no pudo experimentar. Lo interesante, pues, no está en revivir, con nuestros sentimientos de hoy, los siglos idos, sino en colegir lo que pensaban los hombres que los vivieron» (9). Precisa Zubiri: «La Historia pretende ser algo más que un fichero documental; ha de tratar de hacer inteligible el contenido de un mundo y de una época... La Historia ha de tratar de instalar nuestra mente

(7) R.: *La vuelta de Juan Carlos Gómez.* Discurso pronunciado en representación del Ateneo y la Prensa de Santiago de Chile en el cementerio de Montevideo, al ser traídos a la patria los restos de J. C. Gómez, el 8 de octubre de 1906. En «El M. de P.», pág. 25.

(8) Citado por Hans Freyer: *Los sistemas de la Historia Universal.* En «Historia Universal», dirigida por Walter Goetz; edición española; tomo I, pág. 24.

(9) Víctor Pérez Petit: *Rodó. Su vida. Su obra.* Montevideo; Imp. Latina. 1918; pág. 12.

en la situación de los hombres de la época que estudia. No para perderse en turbias profundidades, sino para tratar de repetir mentalmente la experiencia de aquella época, para ver los datos acumulados «desde dentro». Naturalmente que esto exige un penoso esfuerzo difícil y prolongado» (10).

La temporalidad del acontecer humano trae consigo la valoración de la histórica circunstancia. Hablando Rodó de la independencia del arte, sienta esta afirmación, que pudiéramos calificar de orteguiana: «Las circunstancias históricas tienen en esto, como en todo, considerable parte» (11).

El convencimiento de la distinta realidad de los hechos históricos lleva a Rodó a rechazar los augurios en materia histórica: «Concedo escasa fe a los augurios en materia histórica, ya se trate de historia literaria o política. Téngolos por necesariamente falsos, a lo menos cuando se procede por vía de razonamiento y no de intuición inspirada, como el que goza del don de profecía...; todo hecho, todo eslabonamiento de hechos, son cosa esencialmente nueva y única... Nadie como el gran Schopenhauer ha mostrado la radical vanidad de todo cálculo que se aplique al curso desigual, errabundo, de la Historia, de toda luz que quiera imponerse a título de inducción... Pero es indudable que la dificultad puede ser menor cuando el propósito se limita a una previsión afirmativa: no a definir aquello que ha de ser, sino

(10) Xavier Zubiri: *Sócrates y la sabiduría griega*. «Escorial», Rev. de Cultura y Letras; tomo I: Madrid, noviembre 1941; pág. 192.

(11) R.: *Una bandera literaria. A D. F. García Godoy*. En «El «M. de P.», pág. 214.

simplemente a eliminar algo de lo que no ha de ser» (12).

Huizinga, en el guión de la tercera conferencia «Sobre el estado actual de la ciencia histórica», sostiene: «La Historia no aprehende su objeto en un concepto, sino que lo intuye como un proceso que no está absolutamente determinado, sino que es contingencia» (13).

Según Ortega y Gasset, es previsible la estructura general del futuro: «Es falso decir que la Historia no es previsible. Innumerables veces ha sido profetizada. Si el porvenir no ofreciese un flanco a la profecía, no podría tampoco comprendérsele cuando luego se cumple y se hace pasado. La idea de que el historiador es un profeta del revés resume toda la filosofía de la Historia. Ciertamente que sólo cabe anticipar la estructura general del futuro; pero eso mismo es lo único que, en verdad, comprendemos del pretérito o del presente» (14).

Huizinga, en su obra *Entre las sombras del mañana*, subtitulada expresivamente *Diagnóstico de la enfermedad de nuestro tiempo*, juzga las enseñanzas de la Historia con vistas al futuro con la máxima prudencia, originada por el claro sentido de responsabilidad moral de su actividad de historiador consciente: «Bien que no vayamos hacia atrás; sin embargo, el pasado puede encerrar enseñanzas y servirnos de orientación... Crisis cultural es un concepto histórico. Si comparamos el tiempo

(12) R.: *La literatura posterior a la guerra*. En «El C. de P.», págs. 55-56.

(13) J. Huizinga: *Sobre el estado actual de la ciencia histórica*. Cuatro conferencias. Traduc. de doña María de Meyere. «Rev. de Oc.»; Madrid, 1934; pág. 71.

(14) José Ortega y Gasset: *La rebelión de las masas*. En «Obras Completas»; 2.ª ed.; Espasa-Calpe; Madrid, 1936; págs. 1183-1184.

presente con otros semejantes del pasado, orientándolo en la Historia, lograremos dar a aquel concepto cierta forma objetiva... Esos procesos históricos podemos juzgarlos como casos conclusos; y aunque esta necroscopia histórica no prometa terapéutica certera para el presente y ni aun siquiera tal vez pronóstico, no debemos omitir medio alguno para llegar a entender la índole del mal» (15).

Rodó estima las Memorias íntimas estimable fuente histórica: «La parte más interesante (si bien rara vez lograda) de la Historia no es la que se escribe con el pensamiento puesto en el juicio de los otros, aunque estos «otros» sean la posteridad. Es, o sería, la de las confesiones personales que actores y espectadores escribiesen con la absoluta sinceridad del pensamiento íntimo y sin pensar que existen en el mundo imprenta y literatura» (16). Las Memorias, como fuente histórica, precisa Altamira, «necesitan la aplicación de una crítica rigurosa para depurar su imparcialidad y el valor de sus noticias» (17). Mas, bien utilizadas, pueden motivar libros tan interesantes como *Portugal contemporáneo*, por Pabón (18).

(15) J. Huizinga: *Entre las sombras del mañana. Diagnóstico de la enfermedad cultural de nuestro tiempo.* Traduc. del holandés por doña María de Meyere; Madrid; «Rev. de Oc.», 2.ª ed., 1951; páginas 24-25.

(16) R.: *Un documento humano.* En «El C. de P.», pág. 156.

(17) Rafael Altamira: *La enseñanza de la Historia.* 2.ª ed.; Madrid; Est. Tip. Sucesores de Rivadeneyra, 1895; pág. 234.

(18) Pabón: *Portugal contemporáneo.*

2.—*Plan de investigaciones históricas.*

José Enrique Rodó, como diputado por Montevideo, presentó al Senado y Cámara de Representantes, el 25 de marzo de 1911, un proyecto de ley sobre estudios históricos, a fin de que el Poder ejecutivo comisionara una persona para verificar «en los archivos de España una investigación encaminada a reproducir o extractar los documentos de interés que se relacionan con la historia nacional» (19).

En la exposición de motivos, destacó la importancia del Archivo de Indias de Sevilla, el de Simancas, el Histórico Nacional, los eclesiásticos y los privados.

Contaba de antemano con la benévola disposición del Gobierno y de los archiveros españoles. Serviría de guía la descripción de los archivos citados por Rafael Altamira «en su interesante monografía» (20).

El proyecto de ley se ampliaría a los archivos de otras naciones, como Inglaterra y Portugal, y a los de las repúblicas americanas, especialmente las limítrofes al Uruguay. Complemento del plan sería la institución de becas para el estudio en centros europeos.

La aludida monografía de Rafael Altamira se halla en su obra *De Historia y Arte (Estudios Críticos)*. Madrid, 1898. Capítulo «Archivos, Bibliotecas y Museos de España» (21).

(19) R.: *Discursos parlamentarios.* En «H. de A.», pág. 227.

(20) R.: Idem, pág. 230.

(21) R. Altamira: *De Historia y Arte (Estudios críticos).* Madrid, 1898; págs. 57 y ss. Estas apuntaciones fueron escritas primi-

3.—*Antideterminismo.*

Ideológicamente se muestra Rodó antideterminista: «Por mucho que se limitase la jurisdicción de la voluntad y el pensamiento personales; por mucho que se extremara la concepción determinista de la Historia, nunca podría llegarse a anular el valor de aquellos factores» (22).

Incluso en el origen de las civilizaciones se hace patente la iniciativa personal: «En el origen de las civilizaciones se encuentran personajes semihistóricos y semilegendarios (Manú, Zoroastro, Moisés, Confucio, etc.), que han sido inventores o reformadores en el orden social y moral» (23). Gowen afirma la existencia histórica de Zoroastro y Confucio (24).

La dignidad del ser racional no consiente la indiferencia en la creciente complejidad de nuestra civilización (25).

Se observa «la persistencia del *ritmo* en las fases sucesivas del pensamiento humano» (26). «A través de los siglos —dice Walter Goetz—, prolóngase la lucha entre la experiencia terrestre y la hipótesis metafísica» (27).

4.—*Las épocas históricas.*

En oposición a Tarde, afirma Rodó la concordia de la solidaridad en el juego de las fuerzas en las grandes épocas históricas: «Se ha observado más de una vez que las grandes evoluciones de la Historia, las grandes épocas..., son casi siempre las resultantes de dos fuerzas distintas y coactuales, que mantienen, por los concertados impulsos de su oposición, el interés y el estímulo de la vida, los cuales desaparecerían agotados en la quietud de una unidad absoluta... Esta diferencia genial y emuladora no excluye, sino que tolera y aun favorece en muchísimos aspectos, la concordia de la solidaridad» (28).

La tradición es la base de la solidaridad histórica inquebrantable: «El sentimiento de la tradición, el culto del pasado, es una fuerza insustituíble en la conciencia de los pueblos... El interés del porvenir se une a la «sagrada voz de la Historia (siempre vibrante en el corazón de los pueblos que son algo más que muchedumbre») (29). Menéndez Pelayo precisó el valor de la tradición: «Donde no se conserve piadosamente la herencia del pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no espe-

---

tivamente en francés para publicar en la «Revue Internationale des Archives, Bibliothèques et Musées» (pág. 57). Referencias a archivos se hallan también en R. Altamira: *La enseñanza de la Historia*, 2.ª ed., Madrid, págs. 318 a 321.

(22) R.: «L. y J.», pág. 123.

(23) R.: Idem, pág. 124, *n.*

(24) Herbert Gowen: *Histoire de l'Asie*. Traduction française du commandant Lepage. Payot. París, 1929; pág. 13.

(25) R.: «A.», pág. 48.

(26) R.: «M. de P.», pág. 159.

(27) Walter Goetz: *Historia Universal*. Introducción. Versión española de M. G. Morente; tomo I; Espasa-Calpe; Madrid, 1932; pág. 10.

(28) R.: «A.», págs. 99-100.

(29) R.: *Juan Carlos Gómez*. En «El M. de P.», pág. 18.

remos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora» (30).

Diferencia Rodó, en el curso de la civilización, épocas de aptitud armoniosa y de fraccionamiento atomístico, expresión poética de las denominaciones corrientes en épocas de plenitud y de decadencia: «El curso de la civilización presenta épocas de aptitud armoniosa en que... la estructura nacional de los espíritus propende, sin mengua de la eficacia de sus fuerzas, a una universal capacidad: como la Grecia de Pericles, en el siglo XIII, o el Renacimiento, así hay también, en las sociedades que han llegado a una extrema madurez de cultura, tiempos de menudísima clasificación, de fraccionamiento atomístico, en las funciones de la inteligencia y de la voluntad» (31). Hegel, en su *Filosofía de la Historia*, refiriéndose «a aquellos que conocen a fondo el Estado real por haberlo dirigido, a los políticos prácticos, que tienen educada la conciencia de lo que es la naturaleza íntima del Estado», estima a Pericles «uno de éstos, el más grande de todos los políticos que han existido, figura excelsa en el Olimpo de las individualidades griegas, el Zeus de éstas, como fué llamado por los mismos griegos... Este era, sin duda, parcial, como patriota ateniense; pero tenía una profunda conciencia del carácter sustancial de su patria, y la grandeza de su espíritu consiste en esta conciencia» (32).

(30) Marcelino Menéndez Pelayo: *Dos palabras sobre el Centenario de Balmes. Discurso.* En «Ensayos de Crítica Filosófica». Ed. Nac. de las Obras Completas de ——; tomo XLIII; C. S. de I. C., 1948; pág. 354.

(31) R.: «M. de P.», pág. 163.

(32) Jorge Guillermo Federico Hegel: *Filosofía de la Historia Universal.* Traduc. del alemán por J. Gaos; tomo II; págs. 152-153.

En la misma obra, Hegel valora el siglo de Pericles: «Por iniciativa de Pericles fueron levantados aquellos monumentos eternos de la escultura, cuyas escasas reliquias asombran a la posteridad... A este pueblo fueron dirigidos los discursos de Pericles. De este pueblo nació un círculo de hombres que han sido los clásicos de todos los siglos; a ellos pertenecen, además de los citados [Esquilo, Sófocles y más tarde Eurípides], Tucídides, Sócrates y Platón y también Aristófanes, que conservó toda la gravedad política de su pueblo, en la época de la decadencia, y escribió y creó siempre con el pensamiento puesto en el bien de la patria» (33).

Ortega y Gasset aprecia, en *La rebelión de las masas*, «épocas relativamente clásicas (el siglo de Pericles, el Renacimiento), donde se habían preparado los valores vigentes» (34). Y estima, en *Esquema de las crisis*: «En los siglos de oro suele ser efectivo oro casi todo lo que reluce. La Edad Media tuvo el suyo: fué el siglo XIII» (35). Santiago Montero Díaz enjuicia: «Es el siglo XIII el siglo de la plenitud medieval..., ese luminoso siglo XIII» (36). Huizinga afirma: «Nos complacemos en contemplar las épocas pretéritas (la antigua Grecia en su apogeo, el período de mayor prosperidad de la Edad Media, el Renacimiento) bajo el aspecto del equilibrio y la armonía,

(33) Hegel: Ob. cit., pág. 158.

(34) J. Ortega y Gasset: *La rebelión de las masas.* En «Obras Completas»; 2.ª ed.; pág. 1172.

(35) J. Ortega y Gasset: *Esquema de las crisis y otros ensayos.* Madrid; «Rev. de Oc.», 1942; pág. 76.

(36) Santiago Montero Díaz: *Introducción al estudio de la Edad Media.* Murcia; Imp. Suc. de Nogués, 1948; págs. 120 y 121.

contrastando con las perturbaciones y trastornos de nuestro tiempo» (37). José Gregor aprecia en la figura de Pericles la grandeza y tragedia de Grecia (38).

5.—*La civilización.—Los precursores y la idea del progreso.*

Todo gran pueblo debe manifestar ante la posteridad, ante la Historia, obra fecunda. «Ante la posteridad, ante la Historia, todo gran pueblo debe aparecer como una vegetación cuyo desenvolvimiento ha tendido armoniosamente a producir un fruto... Sin este resultado duradero, *humano*, levantado sobre la finalidad transitoria de lo *útil*, el poder y la grandeza de los imperios no son más que una noche de sueño en la existencia de la Humanidad» (39).

Para Rodó la civilización es, pues, consecuencia de desenvolvimiento armónico. Según Huizinga, en nuestros días *(Entre las sombras del mañana* es el desarrollo de una conferencia dada en Bruselas el 8 de marzo de 1935), los rasgos distintivos del concepto de cultura son «el equilibrio armónico de los valores espirituales y materiales y un ideal esencialmente homogéneo, al que tienden las diferentes actividades colectivas» (40).

(37) J. Huizinga: *Entre las sombras del mañana*, pág. 47.

(38) J. L. Gómez Tello, en su artículo *El destino del pensamiento griego*, ha publicado un interesante comentario del libro de José Gregor, *Pericles. Grandeza y tragedia de Grecia*. En «Escorial», Rev. de Cultura y Letras; tomo XIII; Madrid, octubre 1943; páginas 133-138.

(39) R.: «A.», pág 127.

(40) J. Huizinga: *Entre las sombras del mañana*, pág. 42.

«Gran civilización, gran pueblo (en la acepción que tiene valor para la Historia) son aquellos que, al desaparecer materialmente en el tiempo, dejan vibrante para siempre la melodía surgida de su espíritu y hacen persistir en la posteridad su legado imperecedero (según dijo Carlyle del alma en sus *Héroes)* como *una nueva y divina porción de la suma de las cosas*» (41). Verdaderos monarcas son los que pueden ser interpretados «en el pleno sentido de la civilización», así (según Rodó) Salomón, Juliano, Alfonso el Sabio, «son reyes que de veras fueron, no en el simple sentido político, sino en el pleno sentido de la civilización, caudillos de su gente» (42).

Precisa Rodó cuál es la civilización de cuyo patrimonio vivimos: «La civilización de cuyo patrimonio y espíritu vivimos: la civilización que, tomando sus moldes últimos y persistentes en los pueblos de la Europa occidental, tiene por fundamentos inconcusos la obra griega y romana, por una parte; la revolución religiosa en que culminó el sentido histórico del pueblo hebreo, por otra» (43). «Nosotros —dice Montero Díaz—, hombres de Occidente, no podemos eximirnos de nuestra calidad de tales. Herederos de la cultura grecorromana, formados espiritualmente en el Cristianismo, nutridos después en el idealismo filosófico de elaboración occidental, todas nuestras orientaciones espirituales serán postizas y falsas en cuanto traicionen nuestro propio mundo» (44).

(41) R.: «A.», pág. 127.

(42) R.: «M. de P.», pág. 99.

(43) R.: «L. y J.», pág. 128.

(44) S. Montero Díaz: *Introduc. al estudio de la Edad Media*, págs. 94-95.

Edgard Quinet (recuerda Rodó) observó el papel de los precursores en el desenvolvimiento de la civilización, interpretando las armonías de la Historia y la Naturaleza (45).

«Todo el siglo XIX —dice Juan Antonio Maravall— está educado en la idea del progreso... Era el *porqué* y *para qué* de la vida humana... Y la idea del progreso, tan parcial en sí, se empleó en sustentar enteramente la vida humana» (46).

Rodó concibe la idea del progreso como pensamiento idealizador, consecuencia de nuestra preocupación por la posteridad, enlazando la tradición y el porvenir. «Sólo somos capaces de progreso en cuanto lo somos de adaptar nuestros actos a condiciones cada vez más distantes de nosotros, en el espacio y en el tiempo. La seguridad de nuestra intervención en una obra que haya de sobrevivirnos, fructificando en los beneficios del futuro, realza nuestra dignidad humana, haciéndonos triunfar de las limitaciones de nuestra naturaleza... El porvenir es en la vida de las sociedades humanas el pensamiento idealizador por excelencia. De la veneración piadosa del pasado, del culto de la tradición, por una parte, y por la otra, del atrevido impulso hacia lo venidero, se compone la noble fuerza que, levantando el espíritu colectivo sobre las limitaciones del presente, comunica a las agitaciones y los sentimientos sociales un sentido ideal. Los hombres y los pueblos trabajan, en sentir de Fouillée, bajo la inspiración de los instintos» (47). En el capítulo VII (pág. 429) hemos consignado la aguda crítica de la doctrina del progreso de Condorcet, formulada por Rodó.

(45) R.: «A.», págs. 133-134.

(46) Juan Antonio Maravall: *De una cultura de progreso a una cultura de la vida*. «Rev. de Oc.»; Madrid; marzo 1934; pág. 310.

6.—*La juventud, como agente de la Historia.*

Rodó interpreta la juventud aplicando la «comprensión elevadora», de la que habla Spranger. «Esta comprensión puede rebajar si acentúa los aspectos menos valiosos. Pero puede elevar si da pábulo al vuelo hacia lo alto, propio del alma joven. El único método de educación en estos años es la *comprensión elevadora*. Sócrates ha soñado a su modo el camino de ella» (48). Procura nuestro autor fomentar y encauzar el «impulso de independencia» (49).

«La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables... Yo os digo con Renán: «La juventud es el desenvolvimiento de un horizonte inmenso que es la vida» (50).

La obra de la juventud en el renacer de la esperanza, a través de la sucesión de las generaciones, hacía pensar a Guyau en aquella pobre loca que diariamente vestía las galas nupciales, creyendo llegado el día de sus bodas; todas las tardes, el desengaño teñía de melancolía su

(47) R.: «A.», págs. 136-137.

(48) Eduardo Spranger: *Psicología de la edad juvenil*. «Rev. de Oc.»; Madrid, 1929; pág. 62.

(49) E. Spranger: Ob. cit., pág. 65.

(50) R.: «A.», pág. 30.

locura; pero al día siguiente, «sin recuerdo del desencanto pasado..., volvía... a sonreír en espera del prometido» (51). «Inquebrantable permanece—sostiene Walter Goetz— el afán que empuja a la Humanidad a no contentarse con los resultados del pasado, sino a dilatar su dominio por caminos nuevos y rasgar el velo de la vida» (52).

El ideal de Rodó es que «generaciones humanas... devuelvan a la vida un sentido ideal, un grande entusiasmo; en las que sea un poder el sentimiento... ¿Será de nuevo la juventud una realidad de la vida colectiva, como lo es de la vida individual?» (53). Parece percibirse cierto dejo de duda en la interrogación. Sin embargo, insiste en *Ariel:* «La fe en el porvenir, la confianza en la eficacia del esfuerzo humano, son el antecedente necesario de toda acción enérgica y de todo propósito fecundo» (54). Y concretándose al «presente de América..., a pesar del doloroso aislamiento en que viven los pueblos que la componen..., creo ver expresada en todas partes la necesidad de una activa revelación de fuerzas nuevas; yo creo que América necesita grandemente de su juventud» (55).

Considera a la juventud «sangre y músculo y nervio del porvenir». Se la figura destinada «a guiar a los demás en los combates por la causa del espíritu» (56). Sin ambages le marca la pauta a seguir: «No desmayéis en

(51) R.: Idem, págs. 31-32.
(52) Walter Goetz: *Historia Universal.* Introducc., pág. 10.
(53) R.: «A.», pág. 37.
(54) R.: Idem, pág. 40.
(55) R.: Idem, pág. 41.
(56) R.: Idem, pág. 131.

predicar el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a los beocios, el Evangelio del desinterés a los fenicios» (57). Aconseja a los jóvenes que no caigan ni en el desaliento, ni en las impacien-cias que exigen vanamente del tiempo la alteración de su ritmo imperioso» (58).

La filosofía moral de la juventud «en el trabajo y en el combate debe ser el reverso del *carpe diem* horaciano... No aspiréis, en lo inmediato, a la consagración de la victoria definitiva, sino a procuraros mejores condiciones de lucha. «No es la posesión de los bienes—ha dicho profundamente Taine, hablando de las alegrías del Renacimiento—; no es la posesión de bienes, sino su adquisición, lo que da a los hombres el placer y el sentimiento de su fuerza» (59).

Observa Rodó que un escritor sagaz comprobaba en los personajes representativos de la juventud en la novela moderna «una progresiva disminución de *juventud interior* y de energía, en la serie... que se inicia con los héroes enfermos, pero a menudo viriles y siempre intensos de pasión, de los románticos, y termina con los enervados de voluntad y corazón..., como la del protagonista de *A rebours* o la del Roberto Greslou de *Le disciple.* Pero comprobaba el análisis también un lisonjero renacimiento de animación y esperanza en... los héroes nuevos de Lemaître, de Wicewa, de Rod, y cuya más cumplida representación lo sería tal vez el *David Grieve* con que cierta novelista inglesa contemporánea ha resumido

(57) R.: Idem, pág. 131.
(58) R.: Idem, pág. 132.
(59) R.: Idem, págs. 134-135.

en un solo carácter todas las penas y todas las inquietudes ideales de varias generaciones, para solucionarlas en un supremo desenlace de serenidad y de amor» (60). Rafael Altamira, en su estudio *La psicología de la juventud en la novela moderna*, incluída en su obra *De Historia y de Arte*, Madrid, 1898, afirma: «Roberto Greslou, de *Le Disciple*, revelaba (1889) el horrible vacío moral de su espíritu...; asoman ya los héroes nuevos, los jóvenes de Tolstoi, que llegan a encontrar la palabra de luz y de vida; los últimos de Bourget, que transpiran la esencia del ideal germinado en ellos; el David Grieve de mistress Ward, que, nuevo Meister, alcanza al fin la serenidad de alma que le fortalece y consuela, después de haber sufrido todas las influencias intelectuales que han pasado sobre la juventud de este siglo, por lo cual *David Grieve* es como un resumen de toda la evolución; y tantos otros, salidos de las filas del renacimiento moral con Ibsen, con Björnson, con Lemaître, con Rod, con Henzey, con Wyzewa, con Palacio Valdés *(La Fe)*» (61).

7.—*Psicología de los pueblos.*

En las páginas finales de *Motivos de Proteo* trata Rodó el problema de la psicología de los pueblos (párrafos CLIII. «La voluntad colectiva. Un milagro del mapa». CLIV. «La personalidad en los pueblos», CLV. «El genio

(60) R.: Idem, págs., 36-37.

(61) R. Altamira: *La psicología de la juventud en la novela moderna*. En «De Historia y Arte (Estudios críticos)»; Madrid: Lib. de V. Suárez, 1898; págs. 221-248.

nacional». CLVI. «Cambiar sin descaracterizarse». Podríamos considerar las ideas de Rodó sobre psicología de los pueblos con arreglo al siguiente esquema:

a) *La personalidad de los pueblos. Diversidad de su psicología.*

«Cuanto se dice de la unidad consciente que llamamos personalidad en cada uno de nosotros, ¿no puede extenderse, sin esencial diferencia, al genio de un pueblo, al espíritu de una raza, igualmente capaces del nombre de *personalidad?* ¿No se reproduce en esos grandes conjuntos todo lo que la observación del psicólogo halla en el fondo de nuestra historia íntima...?» (62). La personalidad de los pueblos se ofrece con psicología muy diversa (63).

b) *El genio nacional.*

«Si a la continuidad de las generaciones se une la persistencia de cierto tipo hereditario, no ya en lo físico, sino también en lo espiritual, y una suprema idea dentro de aquellas sucesivas generaciones, el pueblo tiene una personalidad constante y firme. Esta personalidad es su arca santa, su paladión, su fuerza y tesoro; es mucho más que el suelo donde está asentada la patria... Mantener esta personalidad es la epopeya ideal de los pueblos» (64).

(62) R.: «M. de P.», págs. 443-444.

(63) R.: Idem, págs. 444-445.

(64) R.: Idem, pág. 445.

Con anterioridad, había considerado en *Ariel* como un despropósito el intento de desnaturalizar el carácter de los pueblos: «No veo la gloria... en el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos (su genio *personal*), para imponerles la identificación con un modelo extraño al que ellos sacrifiquen la originalidad irreemplazable de su espíritu... Ese irreflexible traslado de lo que es natural y espontáneo en una sociedad al seno de la otra... equivalía para Michelet a la tentativa de incorporar, por simple abnegación, una cosa muerta a un organismo vivo» (65).

Hegel manifestó en su *Filosofía de la Historia:* «Los pueblos son lo que son sus actos. Los actos son su fin» (66). Considerando todo obra del espíritu, añadió: «El espíritu obra esencialmente; se hace lo que es en sí, su acto, su obra; y de este modo se convierte en su propio objeto y se ofrece a sí mismo como una existencia. Y lo mismo el espíritu de un pueblo. Su actividad consiste en hacerse un mundo real, que existe también en el espacio. Su religión, su culto, sus costumbres, sus usos, su arte, su constitución, sus leyes políticas, el orbe entero de sus instituciones, sus acontecimientos y actos, todo esto es su obra, todo esto es ese pueblo. Todo pueblo tiene esta sensación. El individuo halla entonces ante sí el ser del pueblo, como un mundo acabado y fijo, al que se incorpora» (67).

Spranger, aunque admite la influencia recíproca de los

(65) R.: «A.», pág. 37.
(66) Hegel: *Filosofía de la Historia Universal.* Traduc. J. Gaos. «Rev. de Oc.»; Madrid, 1928; tomo I, pág. 41.
(67) Hegel: Ob. cit., tomo I, págs. 41-42.

distintos elementos que forman el carácter nacional, afirma el predominio del espíritu: «El carácter, en sentido amplio, es el todo armónico de las acciones conjuntas de todos los estratos, si bien frecuentemente escindidos: de la sangre helada, de la vitalidad irradiada inmediatamente en el alma y de la espiritualidad. De los tres, el espíritu domina en una cierta medida, ya siendo el que conforma, ya reprimiendo a los demás. Sin embargo, él mismo se nutre de los materiales de los otros dos estratos, y de ellos saca continuamente sus energías: varíen los caudales hereditarios, y al punto un nuevo temperamento producirá un carácter ético distinto» (68).

«Veces hay en que el carácter colectivo se eclipsa y desaparece..., replegado sólo bajo una personalidad de imitación y artificio... Tal, por ejemplo, cuando la civilización descolorida y uniforme del siglo XVIII, extendiéndose desde la corte de Francia, ahoga la originalidad, el genio tradicional de cada pueblo..., hasta que despiertan aquellas *voces de las naciones* que oyó Herder, y la savia estancada vuelve a subir por el árbol de cada terruño, y en todas partes el corazón y la fantasía buscan el materno calor de la memoria» (69).

(68) E. Spranger: *Cómo entender el carácter nacional.* «Escorial», Rev. de Cultura y Letras; cuaderno 19; Madrid, mayo 1942; pág. 174.
(69) R.: «M. de P.», págs. 445-446.

c) *Cambiar sin descaracterizarse.*

Los pueblos pueden cambiar, pero sin descaracterizarse; «en el fondo de los pueblos hay... reservas ignoradas... que aún no se manifestaron en acto, o que, no bien manifiestas, se soterraron, y tienden, lenta y calladamente, al porvenir, por la oculta transmisión de la herencia. De este modo, el genio poético y contemplativo del sajón surge otra vez en la Inglaterra del Renacimiento, después de ahogado bajo el férreo pie del normando conquistador» (70).

En ocasiones, «tomado de afuera, lo nuevo no queda como costra liviana, que ha de soltarse al soplo del aire, sino que ahonda y se concierta con la viva armonía en que todo lo del alma ordena su impulso» (71). Así, por ejemplo, la asimilación de la cultura griega en el pueblo romano.

d) *La eficacia de la revolución.*

Puede verificarse la transformación siguiendo «el compás y ritmo del tiempo; pero, lo mismo que pasa en cada uno de nosotros, nunca ese orden es tal que vuelva inútiles los tránsitos violentos y los bruscos escapes del tedio y la pasión... Esta es la heroica eficacia de la revolución bélica enviada de Proteo a la casa de los indolentes y al encierro de los oprimidos» (72).

(70) R.: Idem, pág. 447.
(71) R.: Idem, pág. 448.
(72) R.: Idem, pág. 448.

Según Spranger, «lo que aparece en el funcionamiento psíquico de la *conciencia* es solamente una manifestación fragmentaria de la *naturaleza* nacional que se halla en su base».

Esta naturaleza de lo nacional oculta tras el individuo puede hacer valer en una determinada generación su propia vida, hasta entonces soslayada, merced al impulso poderoso de los instintos primarios. Tales hondones del alma se hacen patentes en el mundo de la Historia como grandes cambios, guerras, revoluciones, llevándose de calle, por así decirlo, los motivos corrientes y superficiales de la conciencia. El carácter de una nación se hace cada vez más rico, amplio y primitivamente original que lo haría sospechar su existencia en una época ordenada y normal. La naturaleza de una nación vive entonces en sus individuos merced a unas fuerzas que incluso a los individuos que a ella pertenecen pueden llegar a ser enigmáticas y extrañas» (73).

8.—*Edad Antigua.*

Partidario Rodó del desonvolvimiento natural, desea que la voluntad rija la espontaneidad de la vida, en sucesión rítmica y gradual; «pero no ha de entenderse que sea realizable por completo, mucho menos desde que falta del mundo aquella correlación o conformidad, casi perfecta, entre lo del ambiente y lo del alma, entre el esce-

(73) E. Spranger: *Cómo entender el carácter nacional.* «Escorial», núm. cit., pág. 177.

nario y la acción, que fué excelencia de la Edad Antigua» (74).

a) *Oriente.*—En *Liberalismo y Jacobinismo* formuló Rodó atinadas observaciones sobre pueblos orientales, al refutar los argumentos del doctor Díaz, que pretendía demostrar la existencia del sentimiento de la caridad desde mucho antes de Jesús.

a') *China.*—Refiriéndose a Confucio, afirma Rodó que el aislamiento de China impidió la comunicación con la civilización cristiana. «Ninguna suerte de comunicación espiritual, ninguna noticia positiva siquiera, había fijado la idea de la China en el espíritu de Europa, antes de los viajeros del Renacimiento. Era aquélla una tierra de leyenda, la Sérica de los antiguos, la Catay semisoñada de Marco Polo; ese pueblo había permanecido por millones de años en inviolada soledad» (75).

b') *India.*—Reconoce Rodó en la doctrina de Buda «un ideal moral realmente alto... Nos encontramos además en un mundo que, desde el punto de vista étnico, puede considerarse más vinculado al origen de los pueblos occidentales que el propio mundo de Jesús» (76). Sin embargo, niega la influencia del budismo en la civilización cristiana, y la fundamenta así: «La religión de Sakia-Muni, expulsada, no bien nacida, de su centro por la persecución de la ortodoxia brahmánica, se extiende hacia el Oriente y hacia el Norte» (77). Afirma Gowen: «L'autre religion, le Bouddhisme, se répandait en même

(74) R.: «M. de P.», pág. 21.
(75) R.: «L. y J.», pág. 129.
(76) R.: Idem, pág. 130.
(77) R.: Idem, pág. 130.

temps, au sud, au nord et à l'est de l'Inde. Sa pénétration en Asie Centrale durant les premiers siècles suivants est le mouvement le plus important» (78). «El budismo fracasó —dice Renán— en todas sus tentativas por extenderse hacia el Occidente» (79).

Según Salomón Reinach: «La analogía del budismo y del cristianismo ha dado lugar, desde Bunsen, a hipótesis aventuradas. Todo cuanto puede concederse es la posibilidad de un influjo directo de la India sobre la secta de los esenios... Pero las semejanzas notadas entre la historia del Budha y la historia evangélica son más aparentes que reales» (80).

Le Senne marca la diferencia entre budismo y cristianismo: «Le bouddhisme et le christianisme. Tandis qu'en celui-ci l'amour et la charité sont à la source et au coeur de la morale, que l'homme doit s'oublier pour se fondre en autrui et en Dieu, que d'ailleurs ce feu doive alimenter la contemplation ou l'action, la sensibilité morale du bouddhiste est toujours dominée par la visée de détachement... Dans l'apologue de Longue-doleur et de son fils Longue-vie (Oldenberg: *Le Bouddha*, página 295, 4.ª ed., 1934, pág. 331), le principe de l'aphorisme du père que le fils comprend et explique s'énonce: «L'inimitié s'apaise non par l'inimitié, mais par

(78) H. Gowen: *Histoire de l'Asie*, pág. 52.
(79) Ernesto Renán: *Historia de los orígenes del Cristianismo*. En «Novísima Historia Universal», escrito por individuos del Instituto de Francia»; tomo II, pág. 383.
(80) Salomón Reinach: *Orfeo. Historia general de las religiones*. Versión de la 12.ª ed. francesa, por Domingo Vaca. Madrid; Daniel Jorro, Editor, 1910; págs. 70-71.

l'absence d'inimitié». Il serait chrétien de dire «par l'amour» (81).

En la parábola *La respuesta de Leoconoe* nos ofrece Rodó una caracterización de la India por sus productos: «Grande estuvo la India cuando pintó montañas y ríos colosales, cuando invocó las piedras fúlgidas, el algodón, el marfil, las plumas de los papagayos, las perlas; cuando nombró cien plantas preciosas: el ébano, que ensalzó Virgilio; el amono y el malabatro, braseros de raros perfumes; el árbol milagroso, cuyo fruto hace vivir doscientos años...» (82).

c') *Persia.*—Este es, sin duda, un campo histórico más fronterizo que los de Buda y Confucio con los orígenes de la civilización cristiana» (83). Mas aun concediendo que «el espíritu occidental haya podido asimilarse, por intermedio de la cultura helénica, partículas que procedan del contenido ideal del mazdeísmo, sea desde los viajes más o menos legendarios de Pitágoras, sea desde las expediciones de Alejandro», y que sea «la moral de los filósofos griegos únicos puentes posibles entre el espíritu del reformador de la Bactriana y la conciencia de la moderna civilización», ningún otro influjo autoriza a incluir la moral del mazdeísmo entre los precedentes de la moral que profesamos. Le religión del Zend-Avesta no sólo perdió en Maratón y Salamina la fuerza necesaria para propagarse e influir en los destinos del mundo, sino que ni aun supo persistir dentro de sus propias fronteras y fué barrida de ellas al primer empuje de proselitismo del Corán, para arrinconarse en las semiignoradas regiones donde aún prolonga su lánguida agonía» (84).

(81) Le Senne: *Traité de Morale Générale*. París: Presses Universitaires de France, 1949: págs. 120-121.
(82) R.: «M. de P.», págs. 42-43.
(83) R.: «L. y J.», pág. 132.

«Une leyenda —dice S. Reinach—, que quizá encubre algo de verdad, hace viajar a Pitágoras hasta la India» (85).

Rawlinson recoge las opiniones de Jámblico y de Garbe respecto a los viajes de Pitágoras por Oriente; «según su biógrafo Jámblico, viajó mucho, estudiando las esotéricas doctrinas de los egipcios, asirios y hasta de los brahmanes» (86).

«No es exagerado pensar—dice Garbe *(Greek Thinkers*, I, 127)—que el curioso griego, que fué contemporáneo de Buda y quizá también de Zoroastro, adquiriera un conocimiento más o menos exacto del Oriente en aquella época de fermentación intelectual, a través de Persia. A este respecto debe recordarse que los griegos asiáticos, en la época en que Pitágoras permanecía aún en su hogar jónico, estaban bajo la espada de Ciro, el fundador del Imperio persa» (87).

d') *El pueblo hebreo.*—Contestando al doctor Díaz, dice Rodó: «Nuestro replicante presenta lo que debiera haber sido la parte principal de su argumentación, en esta forma displicente y casi despectiva: «En *los mismos* libros del Antiguo Testamento, anteriores a Je-

(84) R.: Idem, pág. 132.
(85) S. Reinach: *Orfeo*, pág. 68.
(86) H. G. Rawlinson: *La India en la literatura y el pensamiento europeos*. En «Universidad de Oxford». *El legado de la India*. Ediciones Pegaso; Madrid; pág. 20.
(87) H. G. Rawlinson: Ob. cit., pág. 20.

sús, hay preceptos de caridad, etc.» (88), y añade: «El amor del pobre, del desamparado, del vencido, es la esencia misma de esa clamorosa predicación de los profetas, que constituye el más penetrante grito de la conciencia popular entre las resonancias de la historia humana... ¿En qué consiste entonces la originalidad moral de la ley nueva? ¿En qué consiste que la caridad debe llevar el sello de Jesús y no el sello de Moisés o Isaías? Apenas parece necesario decirlo. En que la Ley y los profetas fueron una obra eminentemente nacional, y la obra de Jesús fué una obra eminentemente humana; en que la Ley y los profetas predicaban para su pueblo, y Jesús predicaba para la Humanidad» (89).

«La difusión del Cristianismo —razona Montero Díaz— hizo variar la intensidad de la apreciación histórica del pueblo de Israel... El interés del pueblo de Israel, históricamente, como depositario de la Revelación, es incalculable. Pero en el orden de cosas meramente humano (político, artístico, cultural), no es posible hacer de los judíos el eje de la historia universal. La investigación se aplica a los judíos, como a los demás pueblos del Antiguo Oriente, tratando de separar cuidadosamente la intangibilidad de la revelación y de la historia religiosa de los restantes aspectos de su pasado histórico» (90).

e') *Egipto.*—Es «evidente el contacto del pueblo de Israel con el imperio de los Faraones... y el contacto del pensamiento griego, desde Pitágoras o desde antes de

(88) R.: «L. y J.», pág. 135.
(89) R.: Idem, págs. 135-136.
(90) S. Montero Díaz: *Introduc. al estudio de la Edad Media*, Murcia, 1948; pág. 29.

Pitágoras, con la enseñanza de los sacerdotes del Nilo» (91). Pero esto en nada amengua «la originalidad y virtud de la moral cristiana, como ley de amor extendida a todos los hombres...; aquel pueblo de formalitas y canonistas, con su inmovilidad hierática y su egoísmo desdeñoso y estrecho, jamás hubiera sido capaz de infundir, por su propia eficacia, en el organismo una fe apta para propagarse e imponerse al mundo» (92).

En *Ariel*, Rodó caracteriza el Egipto en contraposición a Grecia, terminando con una gráfica metáfora. Egipto «representaba, en tanto, la senectud, que se concentra para ensayar el reposo de la eternidad y aleja, con desdeñosa mano, todo frívolo sueño. La gracia, la inquietud, están proscritas de las actitudes del alma, como del gesto de sus imágenes la vida. Y cuando la posteridad vuelve las miradas a él, sólo encuentra estéril noción del orden presidiendo el desenvolvimiento de una civilización que vivió para tejerse un sudario y para edificar sus sepulcros: la sombra de un compás tendiéndose sobre la esterilidad de la arena» (93).

En el párrafo XVII de *Motivos de Proteo*, «La respuesta de Leuconoe», preside Egipto el homenaje que rindieron a Trajano los pueblos de Libia: «Vinieron luego los pueblos de la Libia. Presidiéndolos, llegó el Egipto multisecular: habló de sus pirámides, de sus esfinges y colosos; del despertar mejor de su grandeza, en una

(91) R.: «L. y J.», pág. 133.
(92) R.: Idem, pág. 134.
(93) R.: «A.», pág. 34.

ciudad donde una torre iluminada señala el puesto a los marinos» (94).

Según Hegel, «las infinitas construcciones de los egipcios están mitad sobre el suelo y mitad bajo la tierra. El imperio entero de los egipcios es en parte un reino de la vida y en parte también un reino de la muerte» (95).

El conservadurismo egipcio, explica Glaville, «es claramente una actitud mental que ha sido alimentada por las condiciones climáticas y topográficas» (96). Precisa Montero Díaz: «De la vieja imagen de la historia egipcia podemos aceptar y dar como válido un rasgo que ya nos transmite Herodoto: el persistente poder de la tradición... Pero la tradición es el espíritu de un pueblo... Que un pueblo (como el Egipto) mantenga impasiblemente su tradición y el viejo espíritu de su raza, no quiere decir que el mismo pueblo carezca de mutaciones, de procesos internos violentísimos, de asalto al Poder y subversiones sociales» (97).

Luis Benloew, en el libro III de *Les lois de l'Histoire*, considera formas imperfectas del ideal del bien las de Confucio, Buda y Zoroastro; forma perfectible, Israel, y forma perfecta, Jesús de Nazaret (98).

f') *Otros pueblos de Oriente.*—Rodó caracterizó por

(94) R.: «M. de P.». pág. 43.

(95) Hegel: *Filosofía de la Historia*, tomo II, pág. 8.

(96) S. R. K. Glanville: *Universidad de Oxford. El legado de Egipto*. Introduc. Ediciones Pegaso; Madrid, 1944; pág. 8.

(97) S. Montero Díaz: *Introduc. al estudio de la Edad Media*, pág. 25.

(98) Benloew: *Les lois de l'Histoire*. París; Librairie Germer-Baillière et Cie., 1881; págs. 69-102.

sus productos, en la parábola de Leuconoe, diversos pueblos y tierras de Oriente que, bajo el imperio de Trajano (años 98 a 117), quedaron en el ámbito del dominio de Roma: Siria, Asia Menor, Babilonia, Persia, la India, Palestina, Fenicia, la región sabea, Mesopotamia, el país de Sérica y Taprobana (99).

b) *Grecia.*—Rodó escribía a Unamuno, en carta fechada en Montevideo el 12 de octubre de 1900: «Mi aspiración sería equilibrar mi espíritu hasta el punto de poder contemplar y concebir la vida con la serenidad de un griego o de un hombre del Renacimiento.»

En el humanismo de Rodó se ofrece patente su amor a Grecia. El P. Joaquín Iriarte cree que la formación helenística de Rodó «es de segunda mano, aspirada de la prosa de Renán, Guyau, Anatole France y otros «écrivains» franceses» (100).

En *Rubén Darío* afirmó Rodó: «Es todavía la atracción de la Hélade, luminosa y serena, la que triunfa cuando se trata de fijar el rumbo de los peregrinos. Nuestro siglo es... el que más sincera y profundamente ha amado a Grecia» (101).

Para Rodó, Grecia es el alma joven. En Grecia «los atributos de la juventud humana se hicieron, más que en ninguna otra, los atributos de un pueblo, los caracteres de una civilización...; cuando Grecia nació, los dioses le regalaron el secreto de su juventud inextingui-

(99) R.: «M. de P.», págs. 42-43.

(100) Joaquín Iriarte, S. J.: *La filosofía hispanoamericana contemporánea en su organización y orientaciones varias*. «Razón y Fe»; Madrid, marzo 1944; pág. 255.

(101) R.: «R. D.». En «H. de A.», pág. 145.

ble... El sacerdote egipcio con quien habló Solón en el templo de Sais decía al legislador ateniense, compadeciendo a los griegos por su volubilidad bulliciosa: *No sois sino unos niños*. Y Michelet ha comparado la actividad del alma helena con un festivo juego a cuyo alrededor se agrupan y sonríen todas las naciones del mundo. Pero de aquel divino juego de niños sobre las playas del Archipiélago, y a la sombra de los olivos de Jonia, nacieron el arte, la filosofía, el pensamiento libre, la curiosidad de la investigación, la conciencia de la dignidad humana, todos esos estímulos de Dios que son aún nuestra inspiración y nuestro orgullo» (102). Hegel precisa: «Cuenta Platón *(Timeo*, 22) que un sacerdote egipcio decía que los griegos eran eternos niños» (103).

Destacó Rodó el sentido integral de la concepción de la vida en Atenas. «La belleza incomparable de Atenas..., aquella ciudad de prodigios... Atenas supo engrandecer a la vez el sentido de lo ideal y de lo real, la razón y el instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo... Por eso afirma Macaulay que un día de la vida pública del Atica es más brillante programa de enseñanza que los que hoy calculamos para nuestros modernos centros de instrucción. Y de aquel libre y único florecimiento de la plenitud de nuestra naturaleza surgió el *milagro griego*..., una primavera del espíritu humano, una sonrisa de la Historia» (104). Esparta se opone al armonismo de Atenas: «La Esparta de Leónidas... es la facultad exclusiva, sombría e infecunda» (105).

(102) R.: «A», págs. 33-34.
(103) Hegel: *Filosofía de la Historia*, tomo II, pág. 54.
(104) R.: «A.», págs. 47-48.

«De aquella parte —dice en *Liberalismo y Jacobinismo*— vino lo más noble de nuestro patrimonio intelectual: ciencia, arte, investigación metódica, sentido de lo bello. ¿Vino también de allí un ideal de amor caritativo que... volviese vana la enseñanza del Redentor del mundo? (106). Rodó contesta negativamente: «Nada era menos conciliable con la íntima serenidad del genio griego que el instinto de la propaganda moral apasionada y simpática, de donde nacen los grandes movimientos de reforma social y religiosa» (107).

En *El rat-pick* recuerda «aquel mundo donde el sentido de la belleza plástica no se apartó jamás de ninguna manera de pensamiento o de acción» (108).

En el homenaje a Trajano, narrado en la mencionada parábola *La respuesta de Leuconoe*, desfila Grecia después de Roma: «la siguió como madre que viene después de la hija por ser ésta soberana; Grecia, coronada de mirto. Lo que dijo de sí sólo podría abreviarse en lápida de mármol» (109).

Nos ofrece una literaria evocación de Grecia en *Motivos de Proteo:* «Transparentando la corteza de la tierra y las aguas del mar, ilumina mi espíritu ese seno oriental del Mediterráneo, donde hunden sus áncoras eternas las rocas sobre que alzó sus ciudades la raza por quien

(105) R.: *Bélgica*. En «El C. de P.», pág. 53.
(106) R.: «L. y J.», pág. 144.
(107) R.: Idem, pág. 147.
(108) R.: *El rat-pick*. En «El M. de P.», pág. 61.
(109) R.: «M. de P.», págs. 41-42.

empezó a ser obra de hombres la belleza; y en una rara, hiperbólica figuración, tierra y mar se me representan como una inmensa tumba de estatuas, museo disperso donde la piedra que fué olímpica, los despojos de los dioses que, en seis siglos de arte, esculpieron los cinceles de Atenas, de Sicione y de Pérgamo, reposan bajo la agitación indiferente de la Naturaleza, que un día personificaron, y de la Humanidad, que fué suya...» (110).

El profesor Montero Díaz enjuicia la significación de Grecia: «Avidez, vida interior, anhelo vigoroso de definirse, de establecer el exacto lugar del hombre en el universo. Lo que Grecia logrará plenamente» (111). Estima la universalidad del genio griego, completando su afirmación con palabras de Max Scheler: «La universalidad del genio griego consiste, ante todo, en su admirable comprensión del hombre... El griego crea una cultura imperecedera, porque se fundamenta en una vivacísima oposición del hombre frente al Cosmos, en un radical ennoblecimiento del hombre por la conciencia de sí mismo (112). Así Max Scheler, con penetrante mirada histórica, define la concepción clásica del hombre: «Aquí la conciencia que el hombre tiene de sí mismo se elevó por primera vez en el mundo a un concepto de su posición singular mediante la tesis de que el hombre es hombre porque tiene razón (logos, frónesis, donde *logos* significa tanto la palabra como la facultad de apresar el *qué* de las cosas. Con esta concepción se enlaza estrechamente la doctrina de que el universo entero tiene por fondo una razón sobrehumana de la cual participa el hombre y sólo el hombre entre todos los seres» (113).

(110) R.: Idem, págs. 213-214.
(111) S. Montero Díaz: *Introduc. al estudio de la Edad Media*, pág. 27.
(112) S. Montero Díaz: Ob. cit., págs. 37-38.

c) *Roma.*—Rodó caracterizó el espíritu de Roma incidentalmente en *Ariel*, refiriéndose a los Estados Unidos de Norteamérica: «El exclusivismo y el orgullo de raza... son los que transfiguran y engrandecen, en la antigüedad, la prosaica dureza de la vida de Roma» (114). Insiste en *Liberalismo y Jacobinismo:* «El espíritu romano (tributario, como es bien sabido, del griego, en todo lo que no surgió de su ruda y soberbia espontaneidad)» (115). «El caso de Roma—expresa Ortega y Gasset— sobra de don de mando (terquedad, dureza y soberbia) y falta de aquel mínimo de deporte intelectual que mantiene alerta el espíritu y le permite modelarse blanda y exactamente sobre la cambiante realidad. En esto, como en todo lo vital, el acierto es cuestión de tacto y mesura» (116).

Roma, censura Rodó, asimiló a las costumbres la crueldad como espectáculo: «Hay una forma o especie de la imaginación creadora... Es la imaginación aguijoneada e inspirada por el sentimiento de crueldad...; la crueldad como espectáculo, como deleite inútil, como «finalidad sin fin», según la célebre fórmula del arte, es privilegio humano, y toca a la materna Roma el triste honor de

(113) Max Scheler: *El puesto del hombre en el Cosmos.* Madrid: «Rev. de Oc.», 1936; págs. 11-12.
(114) R.: «A.», pág. 109.
(115) R.: «L. y J.», pág. 147.
(116) J. Ortega y Gasset: *Sobre la muerte de Roma.* En «El Espectador», nueva ed.; IV, V y VI; Madrid, «Rev. de Oc.», 1936; pág. 417.

haberlo asimilado a las costumbres y embellecido con las pompas de la civilización» (117).

Hegel interpreta los juegos romanos en oposición a las fiestas de los griegos. «También las fiestas y los juegos romanos ofrecen, a diferencia de los griegos, ese carácter de exterioridad... Las fiestas romanas se desenvolvían, en cambio, de un modo más exterior y eran consideradas las más de las veces como algo al servicio de la pompa visual... Más tarde los juegos degeneraron en un placer estúpido y cruel... El gusto por las luchas de hombres y animales, principalmente, creció con el lujo... El interés romano sólo podía ser excitado por una muerte sin espíritu; en sus juegos la muerte tenía que ser real. Esta fría negatividad de la simple muerte representa a la vez la muerte íntima de un fin espiritual objetivo» (118). El año 1916, escribió en Roma el artículo *Los gatos en la columna Trajana* (119). La observación del Foro poblado de gatos le lleva a comparar nuestra civilización con el genio de los antiguos. Manifiesta su aversión hacia los gatos. «No quiero a los gatos. Me han parecido siempre seres de degeneración y de parodia; degeneración y parodia de la fiera. Son la fiera sin la energía; son el tigre achicado, el tigre de Liliput; el instinto contenido por la debilidad; la intención pérfida y sinuosa que sustituye el arrebato de la fuerza; la mansedumbre delante del hombre y la ferocidad delante del ratón».

(117) R.: *El rat-pick*. En «El M. de P.», págs. 63-64.
(118) Hegel: *Filosofía de la Historia*, tomo II, págs. 211-212.
(119) R.: *Los gatos en la columna Trajana*. En «El C. de P.», pág. 191.

Empapado su espíritu de pesadumbre, escribe: «Para dar voz a otros hombres y otros tiempos, el *Ramayana*, la *Ilíada*, la *Comedia*. Para expresar la democracia utilitaria y niveladora, *La gatomaquia*... El patriotismo romano, propagandista y conquistador, fué un inextinguible anhelo de espacio, y rebosando sobre el mundo, hizo nacer de la idea de la patria el sentimiento de la Humanidad. Nuestro patriotismo, contenido y prudente, egoísta y sensual, ¿no tiene mucho del apego del gato a la casa donde disfruta su rincón?... —¡Oh tú, que te levantas allá enfrente!, sombra del Coliseo, erguido fantasma de la antigüedad, genio de una civilización de águilas y leones: ¿no será esta de que nos envanecemos una civilización de gatos?...» (120).

En la parábola *La respuesta de Leuconoe* precisó Rodó el anhelo de espacio, característica del pueblo romano, puesta de manifiesto cuando «Trajano dió al Imperio, en frase de Menéndez Pidal, los límites más dilatados que nunca tuvo» (121). «Aquel provincial—asevera León Homo—, que tenía un sentido tan profundo de la grandeza romana» (122). Montero Díaz cita la frase de Eutropio: «*Llenó el orbe*, asegura Eutropio» (123).

(120) R.: Idem. En «El C. de P.», págs. 192-193.
(121) Ramón Menéndez Pidal: *Historia de España*. Dirigida por ——. Madrid; Espasa-Calpe, 1936; pág. XXVIII.
(122) León Homo: *Nueva Historia de Roma*. Traduc. del francés por J. Farrán y Mayoral. «Iberia». Joaquín Gil. Editor. Barcelona, 1943; pág. 251.
(123) S. Montero Díaz: *Semblanza de Trajano*. En «De Caliclés a Trajano; Madrid. 1948; pág. 198.

Soñó Rodó, en la parábola de Leuconoe (124), que al volver Trajano «de una de sus gloriosas conquistas», un patricio de una de las ciudades de Etruria le preparó un homenaje con las más lindas doncellas personificando las tierras del mundo conocido, para que, al reverenciarle, le hicieran ofrecimiento de los dones de los distintos países; «hubo necesidad de aumentar en uno el número de las personas»; pero como ya se había contado con todos los países del mundo, el patricio, inspirándose en la *Medea*, de Séneca (124 bis), propuso que ese país soñado fuese el que representase la más joven de todas las doncellas, llamada Leuconoe, caracterizándola «con un traje blanco y aéreo, como una página donde no se ha sabido qué poner». Con tal motivo, Rodó evoca el mundo conocido en la época de Trajano, caracterizando las tierras, principalmente, por sus producciones: Roma, Grecia, Italia, Galia, Iberia, Germania, Bretaña, Iliria,

(124) R.: *La respuesta de Leuconoe*. En «M. de P.», págs. 40-45.

(124 bis) En la antigüedad clásica había profetizado Lucio Anneo Séneca en la *Medea* (v. 375-379):

Venient annis saecula seris
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens pateat tellus
Tethysque novos detegat orbes,
Nec sit terris ultima Thule.

Recuerda Hugo D. Barbagelata (*Histoire de l'Amérique Espagnole*, pág. 10) que Cristóbal Colón tradujo este pasaje de la tragedia del filósofo cordobés, ofreciéndonos una versión francesa de la traducción mencionada: «Il viendra, avec les âges, des temps où l'Océan relâchera les liens des choses et une grande terre apparaîtra: un nouveau marin, comme celui qui guida Jason, découvrira un nouveau monde et alors l'île de Thulé ne sera plus la dernière des terres.» Autographe de Colomb. *Le Centenaire*, tomo III, págs. 219 a 229; Madrid.

Tracia, Macedonia, Thulé; las tierras asiáticas: Asia Menor, la flauta frigia como cruz de balanza, Babilonia, Persia, India, Palestina, Fenicia, la región sadea, Mesopotamia, el país de Sérica, Trapobana; los pueblos de la Libia: Egipto, «la Cirenaica dijo el encanto de su serenidad, que hizo que fuese el lecho adonde iban a morir los epicúreos», Cartago, Numidia, Etiopía y las Fortunadas. Inició el desfile Roma: «Presentóse, primero que ninguna, Roma, en forma casi varonil: éste era el modo de hermosura de la que llevaba sus colores; el andar, de diosa; el imperio en el modo de mirar; la majestad en cada actitud y cada movimiento. Ofreció el orbe por tributo» (125). Al presentarse Leuconoe ante Trajano, le preguntó éste:

«—Pero ¿qué bien me dirás de la región que representas, si has de evitar el engañarme?... ¿Qué me ofreces de allí? ¿Qué puedes afirmar que haya en tu tierra de quimera?...

»—¡Espacio!—dijo con encantadora sencillez Leuconoe.

»Todos sonreían.

—»Espacio...—repitió César—. ¡Es verdad!... Tu respuesta tiene un alto sentido...; encierra tu respuesta una hermosa consigna para nuestra voluntad, un brioso estímulo a nuestro denuedo. No hay límite en donde acabe para el fuerte incentivo de nuestra acción. Donde hay espacio, hay cabida para nuestra gloria. Donde hay espacio, hay posibilidad de que Roma triunfe y se dilate» (126).

(125) R.: «M. de P.», pág. 41.

(126) R.: Idem, págs. 44-45.

El Imperio llegó con Trajano a su mayor extensión. Al personificar Rodó en Trajano el anhelo de expansión del pueblo romano, pone de relieve la significación del emperador en la historia de Roma. «Trajano, pues—expone Montero Díaz— significa, en la historia de Roma, el término feliz de su obra universal. Remate y consolidación de una tarea de siglos y para los siglos. Pero Trajano es al mismo tiempo (ya lo hemos visto) un español. Y no un español cualquiera, sino un arquetipo de español. Es, decíamos en cita augusta de Basterra, *la entrada de acción de España en los destinos de Roma.* España, que enriquece al Imperio; que le proporciona un siglo de poetas y pensadores; que robustece sus legiones y asimila su espíritu; España, sangre del Imperio e Imperio ella misma desde los años de Augusto, remata y concluye por medio de Trajano la obra romana» (127).

a) *El cristianismo.*

a') *El mundo redimido por Jesús.*—«En Grecia, en Roma, en todo el oriente del Mediterráneo, las colonias judías precedieron en mucho tiempo a las misiones de los apóstoles; pero su espíritu no fué, antes de la propagación del cristianismo, más que un ánfora cerrada, sin trascendencia real en el ambiente... La sinagoga sin Jesús es el fariseísmo: el hedor del sepulcro, la hipocresía de la fórmula. Jamás pudo surgir de almas de fariseos la redención de la Humanidad...; la ortodoxia judía,

(127) S. Montero Díaz: *Semblanza de Trajano.* En ob. cit., página 203.

que sacrificó al Reformador en nombre de la ley, fué el mortal enemigo que hubo de vencer la fe naciente... para no perecer..., como habría pedido, sin duda, si el genio propagador y humanitario de San Pablo no lo arrancara de aquella atmósfera de muerte, separando, según el precepto del Maestro, el vino nuevo de los odres que lo hubieran agriado» (128). Reconoce Schwartz: «El Evangelio y las epístolas de San Pablo forman el núcleo de la colección literaria con que completaron los cristianos los libros sagrados de los judíos» (129).

b') *San Pablo.*—Trazó Rodó la siguiente semblanza de San Pablo: «Un día se presentó en el Areópago de Atenas un judío desgarbado y humilde, que hablaba, con palabras balbucientes, de un dios desconocido, de una ley ignorada, de una era nueva... Su argumentación inhábil hizo sonreír a los filósofos y los retores, iniciados en los secretos de la diosa que comunica los dones de la razón serena y de la irresistible persuasión. El extranjero pasó; ellos quedaron junto a sus mármoles sagrados, y nadie hubiera podido hacerles comprender entonces por qué, con la dirección moral de su sabiduría, el mundo se había rendido a la parálisis que lo mantenía agarrotado bajo la planta de los Césares, y por qué Pablo de Tarso, el judío de la dialéctica torcida y la palabra torpe, llevaba consigo el secreto de la regeneración del mundo» (130).

Señala la asimilación intuitiva de San Pablo, y precisa

(128) R.: «L. y J.», págs. 138-139.

(129) Eduardo Schwartz: *Figuras del mundo antiguo.* Traduc. de J. R. Pérez Bances. «Rev. de Oc.»; Madrid, 1925; pág. 181.

(130) R.: «L. y J.», pág. 151.

que no vió a Jesús. «El influjo de la personalidad del fundador es un hecho tan esencial, que un hombre del genio y la asimilación intuitiva de San Pablo nunca logró compensar del todo la inferioridad en que quedó, en muchos respectos, para con los candorosos discípulos de Galilea, con no haber vivido como ellos en compañía del Maestro, con no haber presenciado por sus propios ojos las escenas de la Pasión, con no haber escuchado con sus propios oídos el Sermón de la Montaña... Bien se echa de ver en San Pablo, a pesar de toda su grandeza, que no estuvo nunca al lado de Jesús» (131).

Kahler enjuicia la conversión de San Pablo: «Su proceso psicológico explica el resultado ideológico tal como se refleja en sus enseñanzas: su arrepentimiento, su resentimiento contra el pasado, sus celos por los discípulos, los Apóstoles directos y legítimos a los que nunca pudo igualarse, pues estaban consagrados por el conocimiento personal de Jesús y la estrecha comunidad con él. Por ello ha de hacerse mucho hincapié en su labor misionaria, en que trabaja más que todos ellos. Y necesita subrayar la gracia de Dios que logró su conversión. Pues era una conversión, y él mismo era un convertido, no un discípulo directo ganado por el amor personal y contacto directo» (132).

c') *Filón y Jesús.*—El doctor Díaz «trae a luz el nombre de Filón, el judío de Alejandría que, simultáneamente o con alguna anterioridad a Jesús, obtuvo de la conciliación del deísmo de su pueblo con la filosofía

(131) R.: Idem, pág. 156.

(132) Erich Kahler: *Historia Universal del hombre*. Méjico, 1946; pág. 139.

neoplatónica una moral inspirada en un alto sentimiento de la fraternidad humana...; respecto del pensador alejandrino, nadie duda que permaneció Jesús en incomunicación absoluta» (133).

d') *Los esenios, Hillel y Jesús.*—Cree Rodó «que es sostenible la influencia de los esenios, con su apartamiento de las observaciones exteriores y su sentido semicristiano de la caridad; y muy sostenible la de moralistas como Hillel, el rabino de las suaves sentencias». Ahí, una vez más, la sugestión de Renán. Apunta éste, respecto de los esenios: «Los ensayos completos de vida cenobítica se encuentran solamente entre los esenios... Su organización espiritual asemejaba el esenismo al monaquismo cristiano» (134), y precisa aún: «A fines del siglo XVIII y principios del XIX estuvo en moda explicar el cristianismo únicamente por el esenismo... Entre el esenismo y el cristianismo es dudoso el contacto directo, pero los parecidos son profundos... Produjo... un ascetismo conmovedor, pero condenado anticipadamente a morir porque no tenía los medios de transformarse que poseyó la obra de Jesús» (135).

En cuanto a Hillel, sostiene Renán: «Sus máximas en general se inclinaban a la dulzura... Algunas veces se ha comparado a Hillel con Jesús. Ambos parecen haber poseído un sentimiento de dulzura y amor al pueblo, pero el Evangelio no podía salir de la *Halaka*, que siempre

(133) R.: «L. y J.», pág. 140.

(134) Ernesto Renán: *Historia del pueblo de Israel*. En tomo II de «Novísima Historia Universal (Desde los tiempos prehistóricos a 1908)». Escrita por individuos del Instituto de Francia; pág. 319.

(135) E. Renán: Ob. cit., pág. 321.

será fría y seca. De aquellas insípidas discusiones... no podía surgir el despertar del sentimiento moral en la Humanidad» (136).

Había sostenido Renán que algunas máximas de Jesús «procedían de los libros del Antiguo Testamento. Otros eran pensamientos de sabios más modernos, particularmente de Antígono de Soco... y de Hillel» (137). Y Rodó concluye: «Las ideas que el análisis puede disociar en la doctrina de Jesús se hallan en la ley mosaica, en los profetas, en el *Eclesiástico,* en Hillel, en Antígono de Soco, en Filón, en el Bautista; pero sólo Jesús, sólo su fuerza sublime de personalidad, obtiene de esos elementos flotantes, dispersos o inactivos, esta síntesis soberana: la moral y la religión de veinte siglos, el porvenir del mundo, la regeneración de la Humanidad..., y el nombre de Jesús es, y seguirá siendo durante un porvenir cuyo límite no se columbra, el núcleo del proselitismo más fervoroso, más expansivo y más avasallador de que haya ejemplo en la memoria de los hombres» (138).

e') *Crítica del libro de Bossi.*—Juzga con sentido crítico el libro del italiano Emilio Bossi, que niega la existencia de Jesús; «libro literario por la forma y vulgarísimo en el fondo, donde la conocida tesis de Ganneval (y, hasta cierto punto, de Havet) se rebaja a la entonación de esa *propaganda* efectista y batallona que es en sí misma un prejuicio inconciliable con la indagación histórica

(136) E. Renán: Ob. cit., pág. 355.
(137) E. Renán: *Historia de los orígenes del Cristianismo.* En «Novísima Historia Universal», tomo II, pág. 399.
(138) R.: «L. y J.», pág. 143.

de la verdad» (139). Incluye el libro entre los «escritos *ad captandum vulgus,* que llevan en su propia inferioridad la condición triunfal de su difusión y su influencia» (140).

f') *Cristianismo y helenismo.*—Para Rodó, el ideal de perfección sería fundir los conceptos de helenismo y cristianismo. «La perfección de la moralidad humana consistiría en infiltrar el espíritu de la caridad en los moldes de la elegancia griega» (141). «Ambos principios han llegado a conciliarse, más o menos armoniosamente, en la complejidad de nuestro espíritu, en nuestro sentimiento de la vida» (142). Análoga expresión de pensamiento manifiesta Alfonsina Storni en carta a Cejador: «Aspiraría a fusionar las líneas griegas con la piedad cristiana» (143).

g') *El cristianismo naciente.*—De nuevo la sugestión de Renán. El cristianismo naciente es, en la interpretación (que yo creo tanto más verdadera cuanto más poética) de Renán, un cuadro de juventud inmarcesible» (144). «En la iglesia primitiva...—dice Renán—vivían todos en comunidad, uniéndolos un solo corazón y una sola alma... La concordia era perfecta... El tierno recuerdo de Jesús borraba todas las discusiones... La

(139) R.: Idem, pág. 159, *n.*
(140) R.: Idem, pág. 159, *n.*
(141) R.: «A.», pág. 63.
(142) R.: «L. y J.», pág. 150.
(143) Cejador: *Lit. esp.,* tomo XIII, pág. 241.
(144) R.: «A», pág. 34.

moral era austera, pero empapada en dulce y tierno sentimiento» (145).

h') *El cristianismo de Rodó.*—Luis Amador Sánchez ha calificado el cristianismo de Rodó: «Un cristianismo razonable y esclarecido con el humano lirismo de Renán» (146). «Su cristianismo —dice Zaldumbide—, enternecido y sin dogmas, acaso habría llegado, con los años y los desengaños, a echar de menos la fe, en cuanto favorece la eclosión de la esperanza supraterrestre. Tal vez no fué extraño del todo a la emoción religiosa; por lo menos, llegamos a verle admirar en Roma..., una lección suprema de tolerancia... Acaso habría pascalizado más tarde» (147).

A lo consignado en los capítulos VI, «Ideas filosóficas» (págs. 247 y sgs.), y IV, «Análisis introspectivo páginas 187-190), añadimos que, dado el concepto que tenía Rodó de la democracia, su desdén por la vulgaridad, la impresión amarga de los hechos de la guerra del 14 y su fina sensibilidad, no es inverosímil suponer un posible cambio de actitud en su humanismo, si su vida no hubiese quedado truncada a los cuarenta y cinco años. En su trabajo *Una impresión de Roma*, fechado en esta ciudad en enero de 1917, late el deseo de encontrar ocasión para ajustar su imaginación «al tono religioso de que no me siento, sin embargo, incapaz» (148): «Falta—dice en el artículo citado— el ambiente indefinible de misterio

(145) E. Renán: *Historia de los orígenes del Cristianismo*. Edición cit., pág. 497.
(146) Luis Amador Sánchez: *El pensamiento vivo de Rodó*. En «Univ. de Antioquia», núm. 99, pág. 278.
(147) G. Zaldumbide: *Rodó*, pág. 91.
(148) R.: *Una impresión en Roma*. En «El C. de P.», pág. 183.

y de unción, aquel toque de ángel a que responde el alma con la nostálgica aspiración a lo divino... Las invisibles alas que en la austera semioscuridad del templo gótico os arrebatan hacia la luz que inflama, allá arriba, los gloriosos vidrios de colores...; en esta ciudad se manifiesta, con la muchedumbre y la grandeza de sus monumentales tesoros, la capacidad creadora de esa religión, en sus siglos de plenitud y de verdadero dominio; la radiante inspiración del genio católico iluminando el alma de esta raza de coloristas y estatuarios; los veneros de belleza, de idealidad y de amor que la fe hoy abatida supo arrancar a la conciencia de las generaciones que fueron... Es necesario olvidar que la fe católica es todavía materia de disputas humanas, y remontarse a considerarla ideal y desinteresadamente, para sentir la belleza inefable de sus formas, la avasalladora grandeza de su espíritu» (149).

En *La vuelta de Juan Carlos Gómez* nos habla del «honor de esta civilización cristiana», que mantiene, por encima de las mudanzas y los siglos, la enseña capitana del mundo» (150). La ley moral del cristianismo, expresa Rodó, «no ha dejado de ser la esencia de nuestra civilización, de nuestra legislación y de nuestras costumbres» (151). En el capítulo de *Liberalismo y Jacobinismo* titulado «La personalidad de los reformadores morales», considerando la personalidad de Jesús, pone de

(149) R.: Idem, en «El C. de P.», pág. 184.
(150) R.: *La vuelta de Juan Carlos Gómez*. Discurso. En «El M. de P.», pág. 22.
(151) R.: «L. y J.», pág. 118.

manifiesto la superioridad de la moral cristiana frente a la de la moral pagana y de la sinagoga (152).

i') *Interpretación rodoniana de la figura de Jesús.*—Considerándose libre de toda vinculación religiosa, manifiesta «la adhesión racional a los fundamentos de una doctrina que tengo por la más verdadera y excelsa concepción del espíritu del hombre» (153), y expresa en carta a A. Andrade Coello (Montevideo, 21 de enero de 1910) «alto respeto por la figura humana y sublime del fundador de la civilización cristiana». Estima a Cristo como «la personificación indiscutida de la caridad» (154).

En diversos pasajes de *Motivos de Proteo,* dice de Jesús: «Levantémonos a la cumbre sublime donde se tocan lo divino y humano. Subamos hasta Jesús» (155); «reconocemos la palpitación de nuestra naturaleza en Aquel que la levantó más alto que todos..., en el más grande y puro de los hombres» (156). «Vino al mundo el Mesías cuando todo el mundo pensaba en él y precisaba de él» (157).

j') *El símbolo del cristianismo.*—«El signo histórico, el supremo símbolo del cristianismo, es y será siempre la cruz... Y el crucifijo no es más que la última y definitiva forma en el desenvolvimiento iconográfico del signo de la cruz... Los emblemas que los primitivos cristianos alternaban con el de la cruz quedaron sepultados

(152) R.: Idem, págs. 152-161.
(153) R.: Idem, pág. 108.
(154) R.: Idem, pág. 110.
(155) R.: «M. de P.», pág. 64.
(156) R.: Idem, pág. 67.
(157) R.: Idem, pág. 112.

en el seno de las catacumbas, y prevaleció el que recordaba plásticamente el martirio con que fué consagrada la idea» (158). Es «la representación de un valor sublime, del más alto Maestro de la Humanidad, figurado en el momento del martirio con que selló su apostolado y su gloria» (159).

k') *Significación del cristianismo en la filosofía de la Historia.*—El doctor Montero Díaz pone de relieve la significación del cristianismo en la valoración del hombre. «Por de pronto, el cristianismo suponía una interpretación del *hombre* mucho más honda, más extensa, y, por tanto, más universal, que la ideada por las formas de la piedad pagana, e incluso por las especulaciones de la filosofía griega... El cristianismo es una valoración radicalmente distinta y nueva del hombre.» Y precisa: «No sólo más universal que la griega en el sentido de su difusión, sino en el sentido de la interpretación de la naturaleza humana, pues la concepción socrático-platónica del hombre hace de la razón el centro de gravedad de toda la personalidad humana, mientras que el cristianismo integra con la razón y el cuerpo las zonas (radiantes u oscuras) de la afectividad» (160). Citas de Max Scheler y Gründler confirman sus manifestaciones. «Max Scheler ha penetrado hondamente el sentido de esa diferencia: «El amor cristiano es una intención espiritual sobrenatural que rompe y deshace todas las leyes de la vida impulsiva natural; por ejemplo, el odio a

(158) R.: «L. y J.», pág. 172.
(159) R.: Idem, pág. 117.
(160) S. Montero Díaz: *Introducción al estudio de la Edad Media,* pág. 65.

los enemigos, la venganza y la exigencia de compensación, y que quiere colocar al hombre en un estado vital enteramente nuevo» (161). Gründler también ha llegado a penetrar este papel del amor en el cristianismo, como esencial integración de toda la persona humana en la concepción religiosa y, por tanto, base de su mayor universalidad. «En la comunión religiosa de todas las personas finitas, formada por el amor al prójimo y por la solidaridad moral, culmina por esencia toda religión. Pero de las religiones positivas, sólo el cristianismo ha escalado esa cúspide... Dicha esencia no ha sido en parte alguna más puramente expresada que en el mandamiento fundamental de Cristo: Ama a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a ti mismo...» (162).

En lo que respecta a la relación del individuo con la sociedad, la «capacidad social del cristianismo para universalizar la idea de la libertad interior del hombre y generalizar la concepción del género humano como suprema unidad a la que quedan subordinados todos los individuos, es lo que dió a la Iglesia el arrollador empuje que le permitió, en pocos siglos, apoderarse de la sociedad antigua» (163.)

(161) Max Scheler: *El resentimiento en la moral*. Madrid; «Revista de Occidente», 1938; pág. 83. Cita de Montero Díaz en ob. citada; pág. 65.

(162) Otto Gründler: *Filosofía de la Religión*. Madrid; «Revista de Occidente», 1926; págs. 197-198. Cita de Montero Díaz en ob. cit.; págs. 63-64.

(163) S. Montero Díaz: Ob. cit., pág. 67.

9.—*Edad Media*.

Rodó apreció la Edad Media con penetrante sentido crítico: «La denigración histórica de la Edad Media es un tema de declamaciones que han quedado, desde hace mucho tiempo, relegadas a los estudiantes de quince años en las clases de la Historia Universal» (164).

Nietzsche consideró la Edad Media como época de grandes pasiones: «La Edad Media es la época de las grandes pasiones. Ni la antigüedad ni nuestro tiempo poseen esa intensidad de alma» (165).

Montero Díaz ha valorado la Edad Media en el proceso universal: «La Edad Media poseyó una clarísima representación del proceso histórico, como proceso universal, tal como se entendía en la doctrina agustiniana, desarrollada por Orosio. En el agustinismo (y en Orosio) se funden la tradición universalista grecorromana y la bíblica, llegándose, por medio de esta síntesis, al impecable y preciso concepto de «Historia Universal», que fué patrimonio del Medievo y que, a través del Renacimiento, pasó a la Edad Moderna» (166).

10.—*Edad Moderna*.

El Renacimiento. — Los hombres del Renacimiento «traen consigo... un alma nueva, una nueva concepción

(164) R.: «L. y J.», pág. 176.

(165) F. Nietzsche: *El viajero y su sombra*, pág. 151.

(166) S. Montero Díaz: *Introduc. al estudio de la Edad Media*, pág. 3. Cfr. sobre el concepto y significación de la Edad Media, en especial págs. 71 y ss.

de la vida, una nueva especie de hombres, que se propaga por emulación y simpatía, y que consiste, en cuanto a la inteligencia, en el sentimiento de la observación y la malicia de la duda; en cuanto al sentimiento, en la alegría de vivir y el amor de la libertad..., y en cuanto a la voluntad, en el ánimo de las heroicas empresas y la ambición de gloria y de fortuna» (167).

Considera (168) a Leonardo de Vinci como personificación suprema de la novadora energía del Renacimiento. «Con los manuscritos de Leonardo, la moderna ciencia amanece. Frente a los secretos del mundo material, él es quien reivindica y pone en valiente actividad el órgano de la *experiencia*» (169) y cree que «Galileo, Newton, Descartes, están en germen y potencia en el pensamiento de Leonardo» (170).

«La universal facultad de los espíritus del Renacimiento las presenta unidas... en pintores insignes, como Miguel Angel, Leonardo y el Verrocchio» (171). Spengler estima, en *La decadencia de Occidente*, «el caso de Leonardo, de Rafael y de Miguel Angel, los únicos hombres verdaderamente grandes que aparecen en Italia desde Dante» (172).

«La gran florescencia espiritual del Renacimiento—interpreta Rodó— es, más quizá que cualquier otra época no inculta ni primitiva, fecunda en estos casos de omní-

(167) R.: «M. de P.», pág. 267.
(168) R.: Idem, págs. 101-105.
(169) R.: Idem, pág. 101.
(170) R.: Idem, pág. 102.
(171) R.: ídem, pág. 325.
(172) Oswald Spengler: *La decadencia de Occidente*, vol. II. Madrid; Espasa-Calpe, 1934; pág. 91.

moda aptitud, porque, debido a un conjunto de circunstancias transitorias, tendió a generalizar, por tipo de los caracteres, una como multiplicación de la personalidad. Al desatarse las energías reprimidas y concentradas durante un sueño de siglos, no parece sino que todas las actividades de la inteligencia y de la voluntad fuesen pocas para dar empleo a tal desborde de fuerzas, y que cada hombre tuviera necesidad de gustar su parte de vida de muchos y distintos modos para saciar su anhelo de gozarla» (173).

Ortega y Gasset interpreta el Renacimiento como un fenómeno de crisis histórica. «El llamado Renacimiento es, pues, por lo pronto, el esfuerzo por desprenderse de la cultura tradicional que, formada durante la Edad Media, había llegado a anquilosarse y ahogar la espontaneidad del hombre» (174).

Ni en biología se admite la generación espontánea, ni en el proceso histórico en la sucesión del tiempo se producen hendiduras de tan inverosímil profundidad que impidan la normal continuación del camino. Montero Díaz interpreta el Renacimiento «como fase terminal de la baja Edad Media. Así, pues, el espíritu europeo experimentó un prodigioso viraje, afectando a todos los órdenes de la cultura a lo largo de la Edad Media. Viraje de ritmo muy lento y cuyo instante crucial queda emplazado en el siglo XII. El Renacimiento no se opone, pues, al Medievo, sino que plenifica el renovador período que se extiende entre los siglos XII y XV. Es, por tan-

(173) R.: «M. de P.», pág. 99.
(174) José Ortega y Gasset: *Esquema de las crisis y otros ensayos*. Madrid, «Rev. de Oc.», 1942; pág. 19.

to, en el exacto sentido de estas palabras, la fase terminal de la baja Edad Media. Las nuevas consideraciones sobre humanismo, individualismo y objetivación de la naturaleza por el saber no bastan para alcanzar el hondo sentido del Renacimiento. Es preciso incluir en su caracterización muchos más factores: estado y economía, vida ciudadana y religiosa, filosofía y ciencia. Renacimiento no es negación de la baja Edad Media, sino ultimación, desarrollo pleno de sus posibilidades» (175).

11.—*Edad Contemporánea.*

a) *El siglo XIX.*—«El despertar del siglo fué en la historia de las ideas una aurora, y su ocaso en el tiempo es también un ocaso en la realidad» (176); «este nuestro ocaso de siglo, tan lleno de incertidumbres morales, tan angustiado por extrañas vacilaciones» (177); «nuestro ocaso secular presenta, con la agitación aparentemente anárquica y sombría, que es el signo de las grandes transiciones humanas...» (178). «El siglo que concluye, siendo en cierta manera el de los grandes y heroicos esfuerzos de la voluntad, el de la triunfal expansión de las energías interiores, es a la vez, por singular antinomia, el que legara a la historia de los males humanos más abundante acopio de observación en cuanto a las

(175) S. Montero Díaz: *Introduc. al estudio de la Edad Media*, págs. 259-260.

(176) R.: «El Q. V.», pág. 6.

(177) R.: «*Dolores*», *por Federico Balart*. «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.»; Montevideo; marzo de 1895. En «El Q. V.», pág. 72.

(178) R.: «La N. N.». En «El Q. V.», pág. 158.

enervaciones y enfermedades del carácter, que extinguen o desencaminan aquellas energías» (179).

¿No será en realidad el siglo XIX, difícil de una exacta apreciación histórica por falta de perspectiva, una época de transición, y el cientifismo del mismo el preludio de las adquisiciones científicas de nuestros días?

«El siglo XIX —dice Zum Felde— llegaba a su desembocadura histórica dividido en multitud de corrientes; a veces, netamente delimitadas, de caracteres y direcciones distintos; a veces, entremezcladas, inciertas, sin rumbo. Ninguna época de la cultura occidental fué más diversa y contradictoria en sus doctrinas y en sus formas: ninguna, tampoco, más múltiple en ideologías y en escuelas. Tal vez en ello le fuera sólo comparable la decadencia helénica, el mundo mediterráneo a tiempo de aparecer el cristianismo. No se trataba, acaso, de otra «decadencia». *...Je suis l'Empire à la fin de la décadence?*, había dicho Verlaine, uno de sus poetas mayores.

»Junto al realismo literario, sostenido aún por una generación de novelistas hercúleos, cundía, antagónica, la corriente esteticista, de refinados sensualismos y de ironías paradojales...

»Si múltiple y contradictoria era la época en el plano de la literatura, más aún lo era en el de la filosofía. Al positivismo científico y evolucionista de la escuela spenceriana se oponía el pesimismo metafísico alemán, de schopenhauariana cepa; el socialismo materialista y

(179) R.: *La raza de Caín*. Carta a Carlos Reyles. En «El M. de P.», pág. 135.

dogmático (con su concepción económica de la Historia) se debatía, por un lado, con la jurisprudencia política burguesa, y por otro, con el individualismo de carácter anárquico...; época de criticismo agudo cual ninguna es aquélla, también, época de escepticismo general...; el individualismo, en moral y en arte, es el rasgo psicológico típico de la época» (180).

El *dilettantismo*, según Rodó, caracteriza a los espíritus contemporáneos. «El *dilettantismo* no es sino el anhelo indefinido de renovación, privado de una idea que lo encauce y gobierne, y defraudado por la parálisis de la voluntad, que lo retiene en los límites de la actividad contemplativa» (181). «El don de universal simpatía...; la *curiosidad* solícita; la comprensión penetrante y vivaz; la nostalgia de cuanto aún permanece ignorado; la aversión por las eliminaciones y proscripciones absolutas... Y por esta su parte de virtudes, el *dilettantismo* nos representa hoy en lo mejor que de característico nos queda, y es, en algún modo, la forma natural de los espíritus contemporáneos, como fueron la intolerancia y la pasión la forma natural de los espíritus en las épocas enterizas y heroicas» (182).

La «curiosidad cosmopolita» está facilitada por los medios de comunicación que «nos envuelven en una red de solicitaciones continuas y cambiantes» (183).

El «maravilloso sentido de simpatía histórica... ha

(180) Alberto Zum Felde: *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*, págs. 196-198.
(181) R.: «M. de P.», pág. 243.
(182) R.: Idem, pág. 244.
(183) R.: Idem, pág. 245.

sido, en los últimos cien años, uno de los más interesantes caracteres», dice en *Motivos de Proteo* (184). Con anterioridad había alabado el «sentido filosófico e histórico del siglo XIX», en *Liberalismo y Jacobinismo*» (185).

Otra característica: «La anulación de las diferencias sociales» (186).

Interpreta la música y la escultura como símbolos del alma contemporánea y del espíritu de las razas antiguas. «Alma musical es la nuestra; alma forjada como de la sustancia de la música vaga, cambiante e incoercible; y a ello se debe que ese arte sin vestidura carnal sea el que, mejor que otro alguno, nos resuma y exprese, al modo como la firme precisión y la olímpica serenidad de la estatua son la imagen fiel de la actitud de permanencia y sosiego con que nos figuramos, por su menor e inarmónica complejidad, el alma de las razas antiguas» (187).

El avance científico caracteriza también el siglo XIX. Menciona Rodó «la portentosa labor del último siglo» en la psicología fisiológica, las ciencias penales y la arqueología prehistórica, e influído por Spencer, manifiesta: «Ya buscando en los datos de la Biología nueva luz para las ciencias sociales» (188). En Matemáticas recuerda el nombre ilustre de Carlos Federico Gauss: «Aún cuenta menos años, porque no pasa de los tres, aquel precoz calculista que, en una pobre casa de Brunswick,

(184) R.: Idem, pág. 245.
(185) R.: «L. y J.», págs. 130 y 186-187.
(186) R.: «M. de P.», pág. 246.
(187) R.: Idem, pág. 246.
(188) R.: Idem, págs. 334-335.

está con un lápiz en la mano y marca líneas y superficies sobre el suelo: se llama Gauss, y dentro de su cabeza aguardan el porvenir cálculos tales que Laplace los ha de poner sobre la suya» (189).

b) *El siglo XX.*—En 1900, estimó contradictoria el alma de nuestra época; «esta extraña alma de nuestro tiempo, tan contradictoria en su complejidad, tan irreducible, para nosotros, a toda clasificación y todo juicio» (190). El mismo 1900 apreció en *Ariel:* «Alto honor de nuestro siglo: la fuerza obligatoria de preocupación por lo futuro» (191).

Consideró, en 1904, con excesivo pesimismo el comienzo del siglo: «El pasado siglo, que empezó entre los fuegos de la época napoleónica, es rico de esos formidables nombres en que Carlyle y Emerson cifraron su filosofía de la Historia. El nuestro empieza como en un vago estupor, como en una fría reserva; apagándose los luminares que orientaron la marcha de otras generaciones, y no se ve encenderse los que los sustituyan. ¿Estará cercano el día en que podamos decir con más exactitud que Rémusat: «Nuestro tiempo carece de grandes hombres»...?» (192).

(189) R.: Idem, pág. 118.
(190) R.: *La raza de Caín.* En «El M. de P.», pág. 136.
(191) R.: «A.», pág. 137.
(192) R.: «Garibaldi»: Prólogo a la obra *La bandera de San Antonio,* de Héctor Vollo. En «El M. de P.», págs. 78-79.

12.—*Concepto de Europa.*

Rodó precisó el papel que desempeña la tradición en Europa, continente pleno de historia: «En Europa el pasado es una fuerza real y poderosa, la tradición existe con pleno prestigio y plena autoridad. El desalentado impulso que pretende obrar sin ella encuentra en ella misma la resistencia que lo equilibra y lo sujeta a un ritmo» (193); «en esta tierra de Europa la Historia habla en cada palmo con palabras de piedra, evocadoras de recuerdos y ejemplos infinitos» (194).

Manuel Arturo Claps señala lo que representa para los americanos de hoy el estudio de la historia de la Filosofía, en relación con lo que significa la tradición en Europa: «La historia de la Filosofía se ha convertido en uno de los temas fundamentales del pensamiento contemporáneo. El problema tiene para nosotros primordial importancia, dada nuestra situación histórica. El europeo puede hacer problema de la Historia, pero vive *desde* la Historia, desde la tradición. A nosotros, en cambio, en plena formación espiritual, este problema de la Historia nos afecta esencialmente, porque tal vez nos sea posible, planteado de un modo existencialista, *elegir* una tradición. Es decir, elegir con respecto al pasado» (195).

(193) R.: *La tradición en los pueblos hispanoamericanos.* Montevideo, 1917. En «El C. de P.», pág. 11.
(194) R.: *Al concluir el año.* Roma, diciembre de 1916. En «El C. de P.», pág. 174.
(195) Manuel Arturo Claps: *Nicolai Hartmann y la Historia de la Filosofía.* En «Número»; Montevideo, mayo-junio 1949; año I, núm. 2, pág. 113.

a) *La Rusia de Pedro «el Grande»*.— «Sugestionado Pedro por los prestigios de la civilización occidental, vuelve a su imperio concentrando toda el alma en el pensamiento de rehacer esta bárbara arcilla según el modelo que le obsede; y pone mano a la obra, con su feliz brutalidad de Hércules civilizador» (196).

b) *Alemania*.—Consideró al «genio alemán, en muchas de sus condiciones características más profundas y enérgicas..., una verdadera antítesis del genio americano» (197).

c) *Inglaterra*.—Le desagradaba el puritanismo inglés, por haber divorciado la virtud «del sentimiento de lo bello..., y que dura en las menos amables manifestaciones de su religiosidad y de sus costumbres» (198). Keyserling se ha referido a «la profunda religiosidad anglosajona. Pero también procede de ella, inversamente, el aire sombrío particular del anglosajón» (199). La rigidez puritana ha sido escuela eficaz para la educación de la voluntad. Generalmente, los sentimientos en el inglés —dice Fouillée— tienen una dirección interior; su centro es su propia personalidad» (200). «En Inglaterra

(196) R.: «M. de P.», pág. 272.
(197) R.: «A.», pág. 124.
(198) R.: Idem, pág. 63.
(199) Conde Hermann Keyserling: *Europa. Análisis espectral de un continente*. Traduc. por José Pérez Bances; 2.ª ed.; Madrid; Espasa-Calpe, 1929; pág. 41.
(200) A. Fouillée: *Bosquejo psicológico de los pueblos europeos*. Traduc. de Ricardo Rubio. Madrid; Daniel Jorro, Editor, 1903; pág. 260.

—precisa Emilio Reich— se ejerce el verdadero culto de la fuerza volitiva» (201).

«La libre Inglaterra tuvo siempre el tono y el sentido de una caballeresca dignidad» (202). Destaca E. Reich: «De todos modos, si perduran muchos prejuicios medievales, en compensación también se ha conservado mucho de aquel especial encanto característico de la época. El señor, lleno de grandes ideales, rodeado de una atmósfera de majestuosa grandeza, tan difícil de encontrar en una época de constante frenesí y desasosiego. El señor profesa todavía el constante respeto a la palabra empeñada y el odio absoluto a la falsedad» (203).

Si el utilitarismo es característica del espíritu inglés (204), no es menos cierto que Inglaterra es también país de buenos y numerosos poetas, y no sólo en la época del Renacimiento; «el genio poético y contemplativo del sajón surge otra vez en la Inglaterra del Renacimiento, después de ahogado bajo el férreo pie del normando conquistador» (205).

d) *Holanda*.—Consideró el caso de Holanda como ejemplo de la fuerza transfiguradora de la voluntad, no sólo en los hombres, sino también en los pueblos: «Allí, en el mapa que tengo frente a donde escribo, veo una mancha menuda, que abre un resquicio para su pálido

(201) Emilio Reich: *El éxito de las naciones*. Versión española de Pedro Umbert. Barcelona; Henrich y Cía., Editores; tomo I, pág. 128.
(202) R.: *Bélgica*. En «El C. de P.», pág. 49.
(203) Emilio Reich: Ob. cit., tomo II, págs. 118-119.
(204) R.: «A.», pág. 95.
(205) R.: «M. de P.», pág. 448.

verde, entre la gran mancha amarilla de Alemania y el celeste claro que representa el mar...; nadie como tú, pueblo ni hombre, se debió tanto a sí mismo; porque tal como el pájaro junta su nidamenta con las briznas de henos, y las ramillas, y la tierra menuda, y de este modo va tejiendo hebra a hebra su nido, de igual manera juntaste tú ese flaco barro que huellas: pueblo donde se ama a las flores, donde el candor doméstico aguarda la vuelta del trabajador en casas limpias como la plata, y donde ríos morosos van diciendo, si no el himno, el salmo de la libertad» (206). Con razón se ha alabado a Holanda; así, por ejemplo, Fouillée y Van Valkenburg: «Es una población extraordinariamente fuerte, seria y laboriosa» (207). Los Países Bajos, conocidos más generalmente con el nombre de Holanda, podrían presentarse como ejemplo de las virtudes de uno de los mejores tipos de civilización existentes en Europa...; los holandeses, como los suizos, son el fruto de un medio físico inicialmente improductivo; y, también como los suizos, no sólo han dominado su propia tierra, sino que se han convertido en una nación profundamente individualista» (208).

e) *Bélgica.*—La tragedia de Bélgica, invadida en la guerra del 14, enfervorizaba a Rodó: «Quien fué el primero en la resistencia sobrehumana, quien lo es en

(206) R.: Idem, págs. 442-443.
(207) Fouillée: Ob. cit., pág. 478.
(208) Samuel van Valkemburg: *La tierra y el hombre.* En «La Nación Holandesa». Director: Bartholomew Landheer. México. Fondo de Cultura Económica, 1945; pág. 3.

la magnitud del sacrificio, séalo también para la simpatía que busca mitigar el dolor» (209).

f) *Francia.*—Considerada a Francia «la personificación armada de la Humanidad, la patria de adopción de todos los espíritus libres, la norma y la esperanza de cuantos afirman un ideal más alto que el predominio de la fuerza y una ley internacional más noble que la disputa de los egoísmos colectivos» (210). Keyserling y Siegfried estimaron que, hasta la guerra del 14, Francia era un país privilegiado. «Hasta la guerra europea no había ningún país en que hombres de amplio horizonte intelectual y cordial no citasen alguna vez el viejo dicho: «Todo hombre tiene dos patrias: la suya y Francia.» Y, en efecto, no encontrarse bien en Francia es imposible para todo el que sea capaz de salir de sí mismo, de conceder vacaciones a su yo, siempre que conozca y comprenda a Francia y sus sensaciones inmediatas no se hallen sofocadas por otras producto de la época» (211). «La meilleure définition qu'on puisse, rétrospectivement, donner de la France d'avant 1914, c'est de dire qu'elle était un pays heureux..., aujourd'hui plus engagée qu'autrefois dans la solidarité internationale... Le français est avant tout un individu, c'est à la fois sa grandeur et sa faiblesse» (212).

Caracterizó el espíritu francés por «el dominio de las formas graciosas..., la virtud de hacer amables las ideas...,

(209) R.: *Bélgica.* En «El C. de P.», pág. 49.
(210) R.: *El Catorce de Julio.* En «El M. de P.», págs. 460-461.
(211) Keyserling: *Europa. Análisis espectral de un continente,* pág. 47.
(212) André Siegfried: *Tableau des partis en France.* París. Editions Bernard Grasset, 1930; págs. 21-22, 24 y 28.

el don poderoso de la universalidad... Las ideas adquieren alas potentes y veloces, no en el helado seno de la abstracción, sino en el luminoso y cálido ambiente de la forma. Su superioridad de difusión, su prevalencia a veces, dependen de que las Gracias le hayan bañado con su luz» (213). De Francia ha dicho Keyserling: «Además, el espíritu es esencialmente transmisible... Esta transmisibilidad del espíritu no se agota en modo alguno en la claridad del entendimiento; puede aplicarse a todas las correspondencias que existan entre el sentido percibido y la expresión; y la expresión francesa es, en todas las esferas, de una claridad luminosa... Es lógica que se ha hecho carne en el más amplio sentido de la palabra... Así, todo sentido occidental expresable en francés halla en este cuerpo su expresión más comprensible. La lucidez de este idioma, en el sentido más amplio; la elaboración del espíritu que lo anima hasta llegar a la gracia objetiva, inevitable, pone lo específicamente occidental como ninguna otra forma de Europa en relación inmediata con la naturaleza general del hombre. Por eso la cultura europea sólo convence en todo el planeta vestida a la francesa... Por eso la mayoría de las formas bellas de Europa, que se han hecho patrimonio general, son de origen francés... Francia se ocupa más que nunca de la claridad del entendimiento... Los franceses creen en la «definición» como los pueblos salvajes en los fetiches...; su significación mundial descansa, como antes, en lo que conserva

(213) R.: «A.», pág. 67.

de tradicional. Pues lo tradicional encarna valores eternos con vestidos temporales» (214).

En *Bélgica* afirmó: «En el corazón de Francia la generosidad es la naturaleza misma» (215). Expone Fouillée: «La base sensible, como hemos hecho notar en nuestra *Psychologie du peuple français*, es la facilidad para simpatizar, que permite experimentar rápidamente en sí el reflejo de los sentimientos de otro. Esta facilidad misma presupone una sensibilidad caracterizada por la vivacidad, la movilidad y la expansión... La risa misma ofrece un elemento social que importa no olvidar y que ha sido recientemente analizado con ingenio por un filósofo francés, M. Bergson. Muy raramente la risa es solitaria... De ordinario es un fenómeno de simpatía y sociabilidad» (216).

En el primer número del periódico *France-Uruguay*, llamó a Francia «musa, nodriza, conductora inmortal, de las imaginaciones que amanecen, de las energías que ignoran, de los desamparos que buscan...» (217). Dirigiéndose a Anatole France, habló de «ese fascinador espíritu de Francia que, en su manifestación de arte, es gracia, proporción, gusto exquisito, claridad de ideas y de formas» (218). «La finura —dice Fouillée— es cualidad de civilización avanzada en un pueblo sociable y

(214) Keyserling: Ob. cit., págs. 48-49, 66 y 67.
(215) R.: *Bélgica*. En «El C. de P.», pág. 49.
(216) A. Fouillée: Ob. cit., págs. 554 y 556.
(217) R.: *Bienvenida*. En el primer número del periódico «France-Uruguay», 1906. En el «M. de P.», pág. 199.
(218) R.: *A Anatole France*. Discurso pronunciado en el banquete ofrecido a Anatole France, a su paso por Montevideo, el 16 de julio de 1909. En «El M. de P.», pág. 145.

racional a la vez...; el pueblo francés es uno de los más abiertos a la gracia que sonríe... Otras muchas cualidades reconocidas generalmente al pueblo francés tienen las mismas raíces ocultas en la doble tendencia racionalista y simpática: tal es el *gusto* (219).

g) *Italia.*—En el mensaje a Trajano, que soñó Rodó en la parábola *La respuesta de Leuconoe:* «Italia vino luego. Habló de la gracia esculpida, en suaves declives, sobre un suelo que dora el sol, al son armonioso del aire. Celebró su feracidad, aludió al trigo de Campania, al óleo de Venafro, al vino de Palermo» (220). «En este maravilloso suelo de Italia, donde los ojos leen como la unidad de una tradición y de un espíritu, aunque largos siglos parezcan negarle fuerza ejecutiva, concluye por encarnar en realidad inconmovible» (221). «Italia no era sólo la «expresión geográfica» de Metternich, antes que la constituyeran en expresión política la espada de Garibaldi y el apostolado de Mazzini... La Italia una y personal existía: menos corpórea, pero no menos real; menos tangible, pero no menos vibrante e intensa, que cuando tomó color y contornos en el mapa de las naciones» (222).

«Raza de coloristas y estatuarios» (223). Según Fouillée, «en Italia el sentimiento de lo bello, más que otro cualquiera, desempeña un papel social propio y verdadero» (224).

(219) A. Fouillée: Ob. cit., págs. 561, 563, 564-565.
(220) R.: «M. de P.», pág. 42.
(221) R.: *Al concluir el año.* En «El C. de P.», pág. 173.
(222) R.: *Magna Patria.* En «El M. de P.», pág. 172.
(223) R.: *Una impresión de Roma.* En «El C. de P.», pág. 185.
(224) A. Fouillée: Ob. cit., pág. 122.

«Naturaleza y arte, el eterno original y el simulacro excelso... Y en cuanto a la virtud de las maravillas del arte sobre los espíritus en quienes una facultad superior espera sólo ser llamada y sacudida, hable Italia, que sabe de esto» (225). Cita, como ejemplos, los casos de Poussin, Rubens, Meyerbeer, Mendelsshon, y «más hermoso ejemplo es el de Goethe, transfigurado por el mismo espectáculo del arte y la naturaleza de Italia» (226).

Calificó Rodó: «Raza fina y sutil» (227). Destacó Fouillée: «La finura del italiano es extremada...; desconfiado y sutil, tendrá cuidado de todas sus palabras» (228).

Puso Rodó de manifiesto la variedad y significación de las ciudades de Italia: «Dentro de una unidad nacional tan característica y enérgica, Italia ofrece la más interesante y copiosa variedad de aspectos y maneras que pueblo alguno pueda presentar a la atención del viajero; y esta variedad se manifiesta por la armonía verdaderamente única de sus ciudades. No hay en el mundo nación de tantas ciudades como Italia...; entendida la ciudad madre de toda la civilización, foco irradiador de toda patria, digo que no hay pueblo moderno en que las ciudades sean tantas y tan «personales» y sugeridoras como en este pueblo de Italia» (229). Emilio Reich dice del carácter de la ciudad: «Toda provincia, toda ciudad; más aún: cualquier ángulo de ciu-

(225) R.: «M. de P.», pág. 275.
(226) R.: Idem, pág. 276.
(227) R.: *Anécdotas de la guerra.* En «El C. de P.», pág. 223.
(228) A. Fouillée: Ob. cit., pág. 128.
(229) R.: *Ciudades con alma.* En «El C. de P.», págs. 178-179.

dad, posee su carácter distintivo, su individualidad especial» (230).

Plantea Rodó un curioso problema de geografía humana al llegar a Palermo, procedente de Nápoles: «Viniendo de Nápoles, recibo más bien la impresión de pasar de un *allegro* a un *lento*. Este pueblo [Palermo], en cuanto puede juzgar la somera observación de un pasajero, me parece dar un tono más suave y reflexivo que el bullicioso pueblo napolitano. Se me ocurre buscar razones étnicas a esa aparente inconsecuencia del sol, y atribuirla, por una parte, a la mezcla de sangre normanda, con su dejo de melancolía, y por la otra, al adobo de sangre árabe, con su religiosa gravedad» (231).

Habló del origen helénico de Anacapri: «Poético abolengo atribuye la leyenda a Anacapri, como que, según la tradición local, fué el Amor mismo, el *Eros*, de Grecia, quien puso los fundamentos de la graciosa ciudad, cuyo origen helénico es, como el de todos los pobladores de la isla, bien claro. Y este origen histórico (y también aquel legendario abolengo) tiene su más firme testimonio en la peculiar belleza de las *contadinas* de Anacapri; belleza de mármol bruñido por el sol y el viento del mar; o si las tomáis, al caer de la tarde, cuando van con el cántaro a la fuente, belleza de Nausicaa, rodeada de candor patriarcal» (232).

h) *Portugal.* — Interpretó la cortesía portuguesa, a través de la personalidad de Bernardino Machado: «Grave sin afectación, llano sin vulgaridad, de una cortesía

(230) Emilio Reich: Ob. cit.
(231) R.: *Palermo*. En «El C. de P.», págs. 233-234.
(232) R.: *Capri*. En «El C. de P.», págs. 229-230.

en que se reconoce al punto la tradición inconfundible de la raza» (233).

He aquí la interpretación rodoniana de la *saudade* portuguesa: «Hay un particular matiz de tristeza que me parece propio de los pueblos que un día fueron poderosos y grandes y que han perdido la actualidad de la gloria, pero no la dignidad de los hábitos ni la idea de sus tradiciones. Es la tristeza de la casa de los hidalgos de donde ha desertado la fortuna sin llevarse consigo la distinción ni la altivez. Es un sentimiento melancólico que se filtra al pasar por los «dejos» de la grandeza secular, por la costumbre, adquirida del respeto ajeno; por la conciencia, a un tiempo abrumadora y enaltecedora, de una historia que no ha de superarse nunca... Algo de eso se me figuró percibir en Portugal, donde las *saudades* de la gloria pasada ponen como una suave penumbra en el carácter de las gentes y de las cosas. Y algo de eso percibo también en el silencio y la quietud de Pisa» (234).

i) *España.*—Rodó puso bien de manifiesto su fervor españolista en diversos pasajes de su producción. Véase, a este respecto, el capítulo X: «Amor a España» (página 601).

(233) R.: *Portugal. Una entrevista con Bernardino Machado*. En «El C. de P.», pág. 70.
(234) R.: *Recuerdos de Pisa*. En «El C. de P.», pág. 135.

13.—*Asia*.

Concepto de Arabia. — «La perspectiva desolante del desierto lleva en sí el germen del fatalismo musulmán» (235).

14.—*América.*

La filosofía de la Historia en América.

Apunta Agustín del Saz: «Para José Enrique Rodó, la filosofía de la historia de Hispanoamérica «nació con la generación chilena de después de 1841, en Valparaíso y Santiago; nació con los panfletos de Rivera Indarte y de Frías *(El que vendrá.* Barcelona, Ed. Cervantes, 1920)» (236).

En *Juan María Gutiérrez y su época,* dijo Rodó: La *Crónica dramática de la Revolución de mayo,* publicada por Alberdi en la *Revista del Plata* de 1839, representaba ya un estimable esfuerzo en el sentido de los sentimientos y de las ideas, por la animada reproducción de la exterioridad característica de los hechos. Debe considerarse esa *Crónica,* no sólo como el primer ensayo eficazmente encaminado a desentrañar la filosofía de la Revolución, sino también, lo que interesa más a nuestro tema, como el primer intento de proceder con cierto auxilio del arte en el estudio y reconstrucción de lo pasado. Pero la grande y triunfal iniciación de una *poesía pintoresca* y una *filosofía* de la Historia, en la literatura de esta parte de América, nació algunos años después, en el destierro de Chile; y nació... de genial inspiración, que hizo surgir aquellos elementos preciosos y durables del seno de un panfleto templado al calor de la pasión actual... Nació, en una palabra, del *Facundo,* libro para el que no había precedentes en lengua castellana, ni como cuadro de historia pintoresca, ni como ensayo de filosofía social» (237). Fué el *Facundo,* de Sarmiento, «obra de intuición, de adivinación, más que de estudio» (238).

Sobre la interpretación de América por Rodó, tanto en lo referente a los Estados Unidos de América del Norte como a Hispanoamérica, véase el capítulo IX: «América» (pág. 527).

15.—*Ante el enigma del futuro.*

a) *Concepto de una sociedad mecánicamente organizada.*—«Una sociedad definitivamente organizada que limite su idea de la civilización a acumular abundantes elementos de prosperidad, y su idea de la justicia a distribuirlos equitativamente entre sus asociados, no hará de las ciudades donde habite nada que sea distinto, por esencia, del hormiguero o la colmena» (239).

(235) R.: *Garibaldi.* Prólogo a la obra *La bandera de San Antonio,* de D. H. Vollo. En «El M. de P.», pág. 85.

(236) Agustín del Saz: *Resumen de Historia de la novela hispanoamericana.* Barcelona; Editorial Atlántida; Ediciones Ariel; pág. 93.

(237) R.: *Juan María Gutiérrez y su época.* En «El M. de P.», págs. 413-414.

(238) R.: *Arte e Historia (A propósito de «La loca de la Guardia», de don Vicente Fidel López).* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.»; Montevideo, junio de 1897. En «El Q. V.», pág. 118.

(239) R.: «A.», pág. 128.

b) *Días aciagos para la libertad humana.*—He aquí las palabras finales de Rodó en la polémica que sostuvo con el doctor Díaz: «El doctor Díaz tiene méritos y condiciones con que aspirar a triunfos mucho más altos que el de estas propagandas y estos discursos.

»Su liberalismo es probablemente el de la mayoría: se lo concede sin dificultad.

»¿Será también el que, en el inmediato porvenir, prevalezca y se realice en el mundo?

»No es imposible.

»No es imposible que se preparen en el mundo días aciagos para la libertad humana. No es imposible que (según augures pesimistas suelen profetizarlo) la corriente de las ideas, precipitándose cada día más en el sentido del menosprecio de la libertad individual, sacrificada a la imposición avasalladora de la voluntad y el interés colectivos, lleve al mundo, con acelerado paso, a una de esas situaciones de universal nivelación en que el opresor (persona o multitud, César o plebe) reclama a un tiempo para sí el Imperio y el Pontificado, obligando al pensamiento individual a refugiarse en el íntimo seguro de las conciencias, como las aves que se acogen a los huecos de las torres que se deshacen y de los templos que se derrumban.

»Si ése es el inmediato porvenir, habremos de resignarnos a no ser ya entonces hombres de nuestro tiempo. Pero la eficacia inmortal de la idea de la libertad que concretó las primeras convicciones de nuestra mente, que despertó los primeros entusiasmos de nuestro corazón, y que encierra en sus desenvolvimientos concéntricos la armonía de todos los derechos, la tolerancia con todas las ideas, el respeto de todos los merecimientos históricos, la sanción de todas las superioridades legítimas, seguirá siendo, en mayoría o minoría, el paladión del derecho de todos, y allí donde quede una sola conciencia que la sienta, allí estará la equidad, allí la justicia, allí la esperanza para la hora del naufragio y de la decepción» (240). Y es que, como ha dicho Le Senne, «la première condition d'une haute et noble civilisation c'est la confiance morale des hommes dans leur mission» (241).

Rodó sentía la interpretación aristocrática de la Historia. En nuestros días (1930), Ortega y Gasset interpreta la Historia con sentido aristocrático en *La rebelión de las masas:* «Es notorio que sustento una interpretación de la Historia radicalmente aristocrática. Es radical, porque yo no he dicho nunca que la sociedad humana *deba* ser aristocrática, sino mucho más que eso. He dicho, y sigo creyendo, cada día con más enérgica convicción, que la sociedad humana es aristocrática siempre, quiera o no, por su esencia misma, hasta el punto de que es sociedad en la medida en que sea aristocrática, y deja de serlo en la medida en que se desaristocratice. Bien entendido que hablo de la sociedad y no del Estado» (242).

---

(240) R.: «L. y J.», págs. 197-199.

(241) Le Senne: *Traité de Morale Générale.* Troisième édition. Presses Universitaires de France; París, 1949; pág. 33.

(242) J. Ortega y Gasset: *Obras.* 2.ª ed. Madrid; Espasa-Calpe, 1936; pág. 1163.

Luis Gil Salgueiro recoge y califica con precisión el pensamiento de Juan Ramón Jiménez, según el cual Rodó era «inflexible para la esencia, tierno para la Historia», según la dichosa fórmula del poeta Jiménez» (243).

(243) Luis Gil Salgueiro: *Ideario de Rodó. Preludios de una filosofía del heroísmo. Ordenación de* ——. Montevideo; Ministerio de Instrucción Pública. Biblioteca de Cultura Uruguaya. Impresora L. I. G. U., 1943; pág. X.

BIBLIOTECA MUNICIPAL "GABRIEL MIRÓ"

CAPITULO IX

AMÉRICA

1.—*Norteamérica.*

La tercera parte del *Ariel*, «la mejor del libro», en opinión de Zum Felde (1), está destinada a desarrollar la afirmación: «Los Estados Unidos pueden ser considerados la encarnación del verbo utilitario» (2). Podrían resumirse las apreciaciones de Rodó bajo los epígrafes: Activo y pasivo norteamericano.

A) *El activo norteamericano en «Ariel».*

«Esa democracia formidable y fecunda que, allá en el Norte, ostenta las manifestaciones de su prosperidad y su poder, como una deslumbradora prueba que abona en

(1) Alberto Zum Felde: *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura.* Montevideo; Editorial Claridad, 1941; pág. 239.
(2) R.: «A.», pág. 95.

favor de la eficacia de sus instituciones y de la dirección de sus ideas» (3).

«Todo juicio severo que se formule de los americanos del Norte debe empezar por rendirles, como se haría con altos adversarios, la formalidad caballeresca de un saludo. Siento fácil mi espíritu para cumplirla. Desconocer sus defectos no me parecería tan insensato como negar sus cualidades. Nacidos (para emplear la paradoja usada por Baudelaire a otro respecto) con la *experiencia innata* de la libertad, ellos se han mantenido fieles a la ley de su origen..., dando a su historia una consecuente unidad que... tiene la belleza intelectual de la lógica. La huella de sus pasos no se borrará jamás en los anales del derecho humano, porque ellos han sido los primeros en hacer surgir nuestro moderno concepto de la libertad» (4).

«Suyos son algunos de los rasgos más audaces con que se ha de destacar en la perspectiva del tiempo la obra de este siglo. Suya es la gloria de haber revelado plenamente... la grandeza y el poder del trabajo... Fuertes, tenaces, teniendo la inacción por oprobio..., han dado al genio humano una nueva e inesperada belleza... Perseverantes devotos de ese culto de la energía individual que hace de cada hombre el artífice de su destino... Sin sacrificarle esa soberana concepción del individuo, han sabido hacer al mismo tiempo, del espíritu de asociación, el más admirable instrumento de su grandeza y de su imperio» (5).

(3) R.: Idem, pág. 95.
(4) R.: Idem, pág. 101.
(5) R.: Idem, pág. 102.

«Hay en ellos un instinto de curiosidad despierta e insaciable, una impaciente avidez de toda luz; y profesando el amor por la instrucción del pueblo con la obsesión de una monomanía gloriosa y fecunda, han hecho de la escuela el quicio más seguro de su prosperidad, y del alma del niño la más cuidada entre las cosas leves y preciosas... No han incorporado a las adquisiciones de la ciencia una sola ley general, un solo principio; pero la han hecho maga por las maravillas de sus aplicaciones... Han inventado, con su prodigiosa aptitud de improvisación, un acicate para el tiempo» (6). «Junto a la fábrica y la escuela..., los templos... Ellos han sabido salvar, en el naufragio de todas las idealidades, la idealidad más alta, guardando viva la tradición de un sentimiento religioso» (7).

«Tienen el culto pagano de la salud, de la destreza, de la fuerza...; modelan el torso del atleta para el corazón del hombre libre» (8).

«Su grandeza titánica se impone así aun a los más prevenidos por las enormes proporciones de su carácter o por las violencias recientes de su historia. Y por mi parte, ya veis que, aunque no los amo, los admiro. Los admiro, en primer término, por su formidable capacidad de querer. Tienen, ante todo y sobre todo, la capacidad, el entusiasmo, la vocación dichosa de la acción. La voluntad es el cincel que ha esculpido a ese pueblo en dura piedra; sus relieves característicos son dos manifestaciones del poder de la voluntad: la originalidad y

(6) R.: Idem, pág. 103.
(7) R.: Idem, pág. 104.
(8) R.: Idem, pág. 104.

la audacia. Su historia es, toda ella, el arrebato de una actividad viril... Si algo lo salva colectivamente de la vulgaridad, es ese extraordinario alarde de energía que lleva a todas partes y con el que imprime cierto carácter de ética grandeza, aun a las luchas del interés y de la vida material» (9).

B) *El pasivo norteamericano en «Ariel».*

a) *Interrogante, a modo de introducción.*—«Adquirido, con el sincero reconocimiento de cuanto hay de luminoso y grande en el genio de la poderosa nación..., una cuestión llena de interés pide expresarse. ¿Realiza aquella sociedad, o tiende a realizar, por lo menos, la idea de la conducta racional que cumple a las legítimas exigencias del espíritu, a la dignidad intelectual y moral de nuestra civilización?» (10).

b) *El saludo a la democracia de América, de Herbert Spencer.*—«Herbert Spencer, formulando con noble sinceridad su saludo a la democracia de América en un banquete de Nueva York, señalaba el rasgo fundamental de la vida de los norteamericanos, en esa misma desbordada inquietud que se manifiesta por la pasión infinita del trabajo y la porfía de la expansión material en todas sus formas. Y observa después que... urgía ya rectificar, puesto que tendería a convertir el trabajo utilitario en fin y objeto supremo de la vida... Spencer agregaba que

(9) R.: Idem, pág. 105.
(10) R.: Idem, págs. 106-107.

era necesario predicar a los norteamericanos el Evangelio del descanso o el recreo» (11).

c) *El círculo vicioso de Pascal.*—«La vida norteamericana describe efectivamente ese círculo vicioso que Pascal señalaba en la anhelante persecución del bienestar; cuando él no tiene su fin fuera de sí mismo...; la confusión cosmopolita y el *atomismo* de una mal entendida democracia impiden la formación de una verdadera conciencia nacional» (12).

d) *El positivismo genial de la metrópoli no ha transmitido a América el beneficioso influjo de su aristocracia.*—El pueblo inglés tiene en la institución de su aristocracia (por anacrónica e injusta que ella sea bajo el aspecto del derecho político) un alto e inexpugnable baluarte que oponer al mercantilismo ambiente y a la prosa invasora» (13).

e) *El arte en Norteamérica.*—«Pródigo de sus riquezas (porque en su codicia no entra, según acertadamente se ha dicho, ninguna parte de Harpagón), el norteamericano ha logrado adquirir con ellas, plenamente, la satisfacción y la vanidad de la magnificencia suntuaria; pero no ha logrado adquirir la nota escogida del buen gusto. El arte verdadero sólo ha podido existir en tal ambiente a título de rebelión individual... Habla Bourget, en *Outre mer*, del acento concentrado y solemne con que la palabra *arte* vibra en los labios de los norteamericanos, a los que ha halagado el favor de la fortuna; de esos recios y acrisolados héroes del *self-help*, que as-

(11) R.: Idem, pág. 107.
(12) R.: Idem, págs. 108-109.
(13) R.: Idem, pág. 110.

piran a coronar, con la asimilación de todos los refinamientos humanos, la obra de su encumbramiento reñido.» Los caracteriza «el desconocimiento de todo tono suave..., el *sensacionismo*, que excluye la noble serenidad inconciliable con el apresuramiento de una vida febril» (14).

f) *La nivelación mesocrática en la ciencia.*—«La idealidad de lo hermoso no apasiona al descendiente de los austeros puritanos. Tampoco le apasiona la idealidad de lo verdadero... La investigación no es para él sino el antecedente de la aplicación utilitaria». Aprecia en la Prensa «los lienzos grises de un diarismo» (15).

g) *Los sentimientos morales.*—«Con relación a los sentimientos morales, el impulso mecánico del utilitarismo ha encontrado el resorte moderador de una fuerte tradición religiosa.» Sugestionado por Mill, opina: «La religiosidad de los americanos... evacuaría su puesto el día que fuera posible dar a la moral utilitaria la autoridad religiosa que ambiciona darle Stuart Mill. La más elevada cúspide de su moral es la moral de Franklin» (16).

h) *La influencia política de la plutocracia: los «trusts».* La influencia política de una plutocracia representada por los todopoderosos aliados de los *trusts*, monopolizadores de la producción y dueños de la vida económica, es, sin duda, uno de los rasgos más merecedores de interés en la actual fisonomía del gran pueblo» (17).

i) *Chicago se alza a reinar.*—«Al virginiano y al yanqui ha sucedido como tipo representativo ese dominador de las ayer desiertas praderas... El legado de los tripulantes del *Flor de Mayo*, la memoria de los patricios de Virginia y de los caballeros de la Nueva Inglaterra, el espíritu de los ciudadanos y los legisladores de la emancipación, quedarán dentro de los viejos estados donde Boston y Filadelfia mantienen aún, según expresivamente se ha dicho, «el *palladium* de la tradición washingtoniana» (18).

j) *Aspiración al primado de la cultura universal.*—«Hoy ellos aspiran manifiestamente al primado de la cultura universal... En el fondo de su declarado espíritu de rivalidad hacia Europa, hay... la profunda convicción de... su superioridad espiritual y su gloria, cumpliéndose una vez más, en las evoluciones de la civilización humana, la dura ley de los misterios antiguos, en que el iniciado daba muerte al iniciador...; aunque la contribución que han llevado a los progresos... de una obra universal, de una obra humana, ella es insuficiente para hacer trasmudarse, en dirección al nuevo Capitolio, el eje del mundo... Naturaleza no les ha concedido el genio de la propaganda ni la vocación apostólica... Aquella civilización puede abundar, o abunda indudablemente, en sugestiones y en ejemplos fecundos; ella puede inspirar admiración, asombro, respeto.» Su predilección por la civilización ateniense la lleva a oponer a «su gigantesco símbolo: la Libertad de Bartholdi, que yergue triunfalmente su antorcha sobre el puerto de Nueva York..., el to-

(14) R.: Idem, págs. 111-112.
(15) R.: Idem, págs. 112-113.
(16) R.: Idem, pág. 114.
(17) R.: Idem, pág. 116.
(18) R.: Idem, pág. 118.

4430

que luminoso que la lanza de oro de la Atenas de la Acrópolis dejaba notar a la distancia en la pureza del ambiente sereno» (19).

k) *Inducción recíproca entre los progresos de la actividad utilitaria y la ideal.*—«Y advertid que cuando, en nombre de los derechos del espíritu, niego al utilitarismo norteamericano ese carácter típico con que quiere imponérsenos como norma y modelo de civilización, no es mi propósito afirmar que la obra realizada por él haya de ser enteramente perdida con relación a lo que podríamos llamar *los intereses del alma*. Sin el brazo que nivela y construye, no tendría paz el que sirve de apoyo a la noble frente que piensa. Sin la conquista de cierto bienestar material es imposible, en las sociedades humanas, el reino del espíritu... La misma fuerza positiva aparece propiciando las mayores idealidades de la civilización... La Historia muestra en definitiva una inducción recíproca entre los progresos de la actividad utilitaria y la ideal. Y así como la utilidad suele convertirse en fuerte escudo para las idealidades, ellas provocan con frecuencia (a condición de no proponérselo directamente) los resultados de lo útil... Esta ley de armonía nos enseña a respetar el brazo que labra el duro terruño de la prosa. La obra del positivismo norteamericano servirá a la causa de Ariel, en último término. Lo que aquel pueblo de cíclopes ha conquistado directamente para el bienestar material, con su sentido de lo útil y su admirable aptitud de la invención mecánica, lo convertirán

(19) R.: Idem, págs. 119-121.

otros pueblos, o él mismo en lo futuro, en eficaces elementos de selección» (20).

l) *Condiciones de una civilización que esté destinada a vivir y dilatarse en el mundo.*—«Por otra parte, una civilización que esté destinada a vivir y dilatarse en el mundo, una civilización que no haya perdido, momificándose, a la manera de los imperios asiáticos, la aptitud de la variabilidad, no puede prolongar indefinidamente la dirección de sus energías y de sus ideas en un único y exclusivo sentido. Esperemos que el espíritu de aquel titánico organismo social, que ha sido hasta hoy *voluntad* y *utilidad* solamente, sea también algún día inteligencia, sentimiento, idealidad» (21).

C) *La «nordomanía».*

«La concepción utilitaria, como idea del destino humano, y la igualdad de lo mediocre, como norma de la proporción social, componen, íntimamente relacionadas, la fórmula de lo que ha solido llamarse, en Europa, el espíritu de *americanismo*... La poderosa federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes, y aún más, quizá, en el de las muchedumbres, fascinables por la impresión de la victoria. Y de admirarlas se pasa por una transición facilísima a imitarlas... Se imita a aquel en cuya superioridad se cree. Es así como la visión de una América

(20) R.: Idem, págs. 121-123.
(21) R.: Idem, pág. 125.

deslatinizada por propia voluntad... flota ya sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir, inspira la fruición con que ellos formulan a cada paso los más sugestivos paralelos, y se manifiesta por constantes propósitos de innovación y de reforma. Tenemos nuestra *nordomanía*» (22).

«Es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consuno. No doy yo a tales límites el sentido de una absoluta negación. Comprendo bien que se adquieran inspiraciones, luces, enseñanzas, en el ejemplo de los fuertes... Pero no veo la gloria, ni en el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos (su genio *personal)*, para imponerles la identificación con un modelo extraño al que ellos sacrifiquen la originalidad irreemplazable de su espíritu... En sociabilidad, como en literatura, como en arte, la imitación inconsulta no hará nunca sino deformar las líneas del modelo» (23). «Suele, en los tratados de ética, comentarse un precepto moral de Cicerón, según el cual forma parte de los deberes humanos el que cada uno de nosotros cuide y mantenga celosamente la originalidad de su carácter personal, lo que haya en él que lo diferencie y determine, respetando en todo cuanto no sea inadecuado para el bien el impulso primario de la Naturaleza, que ha fundado en la varia distribución de sus dones el orden y el concierto del mundo. Y aún me parecería mayor el imperio del precepto si se le aplicase, colectivamente, al carácter de las sociedades humanas» (24).

(22) R.: Idem, págs. 95-96.
(23) R.: Idem, págs. 96-97.
(24) R.: Idem, págs. 98-99.

D) *El deseo de Rodó de conocer América del Norte.*

Afirmó en *Ariel* que aunque no ama a los Estados Unidos, los admira (25). Insistió en la misma idea en carta a Piquet: «Y después convendrá que complete su doctorado» trabando conocimiento con el genio del Norte, en Europa y en la América sajona, a la que, como usted sabe, yo no amo, pero sí admiro» (26).

En *Motivos de Proteo* admite no sólo la admiración, sino también el asombro: «Allá, en el norte de América, hay una estupenda fuerza organizada; cuerpo en que participan dos naturalezas; manos de castor, testuz de búfalo; imperio por el poderío, república por la libertad... ¿Qué hay en la base de esa montaña de la voluntad, pueblo de nuevas magias y prodigios, que, donde no amor, inspira admiración, y donde no admiración, inspira asombro? Hay un vuelo de pájaros» (27). El vuelo de pájaros que decidió a Alonso Pinzón a corregir su ruta, tomando «la dirección que les marcaba aquel vuelo» (28).

En *Pensamientos inéditos* precisó el deseo de conocer América del Norte: «Yo moriré con la nostalgia de los pueblos que no haya visto... En estos últimos tiempos se me han desarrollado una súbita curiosidad y vivo interés

(25) R.: Idem, pág. 105.
(26) R.: Carta a don Juan Francisco Piquet. Montevideo, 20 de abril de 1940. En «El Q. V.», pág. 210.
(27) R.: «M. de P.», pág. 82.
(28) R.: Idem, pág. 83.

por conocer *también* la América del Norte, a la que no amo, pero admiro» (29).

Las apreciaciones de Rodó no cayeron en la indiferencia, ni en América ni en España. Tampoco fueron, naturalmente, las únicas opiniones manifestadas.

E) *Apreciaciones de escritores hispanoamericanos sobre los Estados Unidos.*

a) *Francisco García Godoy.*—Aunque «ciertas formas y modos de entender la vida son enteramente diferentes» en Norteamérica e Hispanoamérica, no ve «nada que nos impida la asimilación de ciertas formas de su vida individual y social sin sufrir menoscabo de ningún género ciertas cualidades que ha puesto en nuestra psicología el espíritu de la cultura latina... Nuestra ascendencia étnica es compleja, pero nuestro latinismo está fuera de lugar. Somos latinos por el idioma, por la asimilación del genio francés latino hasta la medula, por nuestro catolicismo, por nuestra interpretación del derecho, por nuestra exultación de ese concepto cesáreo de la vida de que habla Guillermo Ferrero... Ambas civilizaciones, la anglosajona y la latina (si la primera pudiera olvidar sus prejuicios de raza), podrían llegar en América, no a una fusión imposible, sino a un desarrollo paralelo de sus respectivas cualidades y energías intrínsecas para alcanzar un altísimo grado de cultura de incalculables beneficios para la humanidad entera» (30).

b) *Rufino Blanco Fombona.*—«El aspecto entre las dos Américas... Es una lucha de razas y de civilizaciones. Es transportada al nuevo mundo la vieja lucha histórica entre la raza inglesa y la raza española, entre la religión luterana y la fe católica, entre el sentido práctico de asociación y la tendencia anárquica del individualismo, entre el espíritu utilitario y el espíritu idealista, entre Sancho y Don Quijote, entre Calibán y Ariel» (31).

c) *Alejandro Andrade Coello.*—Recoge algunas «elocuentes confesiones» de Rodó; por ejemplo: «La obra del positivismo americano servirá a la causa de Ariel, en último término.» Y añade: «Debemos anhelar de corazón la cordura de los Estados Unidos, debemos ansiar imitarlos, debemos empeñarnos en que sirvan a cada instante de estímulo saludable» (32).

d) *Carlos de Velasco.*—Creía, en 1917, que «una visita a la gran fragua humana denominada Estados Unidos de la América del Norte le hubiera hecho ahora modificar, tal vez, algunas de las conclusiones a que llega» (33).

(29) R.: *Pensamientos inéditos.* En «El Q. V.», pág. 282.

(30) F. García Godoy: *Les démocraties latines de l'Amérique* [del peruano F. García Calderón]. En «Páginas efímeras (Movimiento intelectual hispanoamericano)». Santo Domingo; Imp. «La Cuna de América», 1912; págs. 342-343.

(31) Rufino Blanco Fombona: *El Conquistador español del siglo XVI.* Cita de Francisco Villalobos: «Crítica americana». San José de Costa Rica; Imp. Trejos Hnos.; s. a.; págs. 5-6.

(32) Alejandro Andrade Coello: *Rodó.* Quito (Ecuador). 1917; págs. 55 y 56.

(33) Carlos de Velasco: *Un duelo de América: Rodó.* En «Nosotros»; Buenos Aires, septiembre de 1917; págs. 51-52.

e) *Licenciado Vidriera.*—«Provechosas y muy prudentes enseñanzas» se hallan en Rodó, teniendo en cuenta que «los pueblos no se hacen para las instituciones, sino éstas para aquéllos» (34).

f) *Alfredo Colmo.*—«No hay duda acerca de lo fundado de varias de las aludidas observaciones. Pero lo que es extraordinario es que un filósofo haya podido adoptar al efecto un criterio como el que las mismas revelan: el criterio del desmenuzamiento y del fragmentarismo. Una cosa (una institución, un país) no puede ser contemplada sino en la recíproca e integral ponderación de todos sus aspectos de fondo...; bastante harían nuestros países con imitar a los Estados Unidos y con procurar aproximárseles: tendríamos cosas de que hoy carecemos... Decidme qué país del mundo es menos utilitario que el de los Estados Unidos, donde la beneficencia privada, las instituciones solidarias y altruístas, han sido llevadas a expresiones nunca vistas ni soñadas, en hospitales que son una maravilla, en asilos y refugios que son una gloria, en bibliotecas, universidades y establecimientos educadores de todos los órdenes que son la apoteosis de lo que hay de más desinteresado y superior en la gama de las idealidades humanas...» (35).

g) *Gonzalo Zaldumbide.* — Gonzalo Zaldumbide ha razonado la fascinación del ejemplo del Norte (36). «Son páginas imperecederas las en que reconoce, ensalza y

(34) Licenciado Vidriera: *José Enrique Rodó.* Santiago de Chile, 1917. En «Nosotros»; Buenos Aires, mayo de 1917; pág. 73.

(35) Alfredo Colmo: *La filosofía de Rodó.* En «Nosotros»; Buenos Aires, mayo de 1917; págs. 181-182.

(36) G. Zaldumbide: *J. E. Rodó,* págs. 48 y ss.

canta, por decirlo así, la hermosura del genio de esta raza. Su crítica toda es de sabio y de poeta, doblemente iluminada; y en el vasto cuadro que traza, arrogante y firme, su justicia pone la nota exacta y delicada, junto al toque soberbio y audaz. Sin embargo, ¿no son los rudos yanquis los verdaderos idealistas? Nuestro idealismo latino, ¿no es una forma de la voluptuosidad, mientras el de ellos es de esencia más espiritual, más desinteresada y libre? Civismo, idealidad religiosa, solidaridad social, responsabilidad individual, respeto del derecho ajeno, ¿no son para ellos obligaciones de idealismo cotidiano, y no las desarrollan bajo formas que no conocemos en nuestra falta de ingenuidad ante el deber? ¿Y no practican el idealismo en tantas otras virtudes que ni siquiera entendemos? Al reconocerlas, tan magníficamente como lo hizo, el mismo Rodó las propuso como modelo. Pero, con tiento sutil, quiso apartarnos de la imitación de otras tendencias suyas. El peligro, para él, estaba en no hacer el deslinde neto. Sin embargo, parece haber contradicción en su teoría. Tal vez no existía el peligro, sin contar con que bien quisiéramos como cualidades algunos de esos defectos, o que una mitad, por lo menos, de cada uno de nuestros pueblos se yanquizara, mientras que la otra mitad velara. Quizá no había sino ventajas en la imitación, que nunca pudo ser excesiva, porque a ello se oponían las infranqueables barreras de nuestra naturaleza» (37).

h) *Carlos Octavio Bunge.* — «Los hispanoamericanos parecen no comprender la verdadera imaginación, la gran

(37) G. Zaldumbide: Ob. cit., págs. 51-52.

imaginación... Creen que los yanquis carecen de imaginación» (38).

i) *Julio R. Cabarcos.*—Según lo expresado en *Ariel*, podría creerse: «We (as is natural) are Ariel, the *verbum* of the idealists; they are Caliban, the dark genius of the instincts... This is the true in literature. In the world of facts, it is different: we are the Philistines, and the true idealists are the Americans of the North» (39).

j) *Pedro Henríquez Ureña.*—Pedro Henríquez Ureña se opone también a la *nordomanía*. «Como Maeztu se declara «desencantado de los países extranjeros», muchos podemos declararnos desencantados del maleficio de la *nordomanía*... La *nordomanía* de nuestra época se explica fácilmente con el culto ingenuo del éxito... Pero hay más: a veces, lo que se impone es el espejismo romántico de la sencillez, de la pureza espiritual, del vigor juvenil. Las gentes del Norte (se cree) son menos complicadas que las del Mediterráneo; y la complicación (se pretende) es signo de decadencia... Responde a una tendencia paradójica, común en los momentos agudos de la civilización: por ella admiraba Platón a Esparta. Tácito a los germanos» (40). Sin embargo, «a pesar de todas las salvedades y excepciones, uno de los rasgos característicos de este país es, como piensa John Dewey, su culto a la educación, su fe en la cultura para todos» (41).

(38) Carlos Octavio Bunge: *Nuestra América*. Prólogo de R. Altamira. Barcelona; Imp. de Henrich y Cía., 1903; pág. 87-88.

(39) Julio R. Cabarcos: *Our professors of Idealism in America*. En «Inter América; English, New York; vol. III; december 1919; number 2; pág. 89.

(40) P. Henríquez Ureña: *En la orilla*. En «Nosotros»; Buenos Aires, abril de 1923; pág. 471.

k) *Guillermo Subercaseaux.*—Cree que no debe rechazarse el consorcio panamericano; «las sobresalientes cualidades de la gran civilización angloamericana... colocan a los Estados Unidos en una situación que honra no sólo a la América, sino también a la civilización contemporánea toda entera...; la grandeza de los pueblos tiene también su fuerza de atracción, como la grandeza de los astros» (42).

l) *Rafael J. Bruno.*—Rafael J. Bruno ha recogido autorizadas opiniones norteamericanas, convencidas de la importancia de los estudios clásicos: «La gran República del Norte, exponente magnífico de una maravillosa vida mercantil o industrial... Sus mejores hombres públicos y estadistas han reconocido siempre la utilidad de la escuela clásica.

»El ex presidente Wilson ha dicho: «Sería una vana ilusión la nuestra de llegar al fin deseado disponiendo solamente del escaso patrimonio de sabiduría que hemos podido acumular por nosotros mismos y descuidando aquel que nos ha llegado por herencia. Este, me parece, es el argumento decisivo y perentorio que debería incitarnos para favorecer lo más posible el estudio directo

(41) P. Henríquez Ureña: *La cultura y los peligros de la especialidad*. En «Nosotros»; Buenos Aires, septiembre de 1922; pág. 49.

(42) Guillermo Subercaseaux: *El Panamericanismo desde el punto de vista económico*. «Boletín de la Unión Panamericana», agosto de 1923.

Cita de Arturo Orzábal Quintana: *Las dictaduras de las grandes potencias*. En «Nosotros»; Buenos Aires, año XVII, núm. 173, octubre de 1923; pág. 154.

de los clásicos antiguos... No es posible conocer al mundo sin conocer aquellos que fueron los señores del mismo antes que nosotros moviéramos nuestros primeros pasos. Aquéllos son los maestros inmortales: seguir sus ejemplos es una segura garantía de buen éxito.»

»El ex presidente Taft así se ha expresado: «Los resultados obtenidos por medio de los sistemas escolásticos ingleses y en general europeos demuestran indiscutiblemente, a mi parecer, no solamente la importancia de los estudios clásicos como elemento esencial de una selecta instrucción liberal..., sino también su alto valor práctico. Yo estoy con aquellos que quieren el mantenimiento de estos estudios en nuestras escuelas.»

»Teodoro Roosevelt opinó: «Una instrucción liberal no debe limitarse solamente a los estudios clásicos, sino que debe también comprenderlos.»

»Andrés F. West, decano de la Facultad de la Universidad de Princeton, recordando a otro ex presidente de los Estados Unidos, Grover Cleveland, dijo así: «Grover Cleveland propugnó siempre con solidísima convicción la necesidad e importancia de los estudios clásicos en todas las escuelas.»

»El ex secretario de Estado Roberto Lansing ha manifestado: «Yo estoy convencido de que el estudio de los idiomas clásicos pone a nuestra disposición procesos mentales a los cuales no se podría llegar por ninguna otra vía; nos levanta más arriba de la materialidad, y nos inspira, al mismo tiempo, una más alta concepción de lo real...; tales estudios... refinan el gusto, haciendo nacer y manteniendo vivo en nosotros el deseo y la facultad de gozar ante todo lo que es bello y selecto. Estas son las

características de la cultura; y la cultura debe ser el fin precipuo en el cual deben inspirarse nuestras escuelas y nuestras universidades.»

»Otro ex secretario de Estado y presidente de la Sociedad Americana de Legislación Internacional, señor Elías Root, ha declarado así: «Yo creo firmemente en la utilidad de estudiar el griego y el latín...; sirven para ampliar nuestra visión mental, nuestra concepción y comprensión de la vida.»

En la misma República norteamericana, después del inglés, el latín es el idioma más estudiado, tanto en las escuelas secundarias como en las universidades» (43).

m) *Julio Icaza Tigerino.*—En 1950 publica Icaza Tigerino: «De hecho puede observarse ya entre Hispanoamérica y los Estados Unidos ese fenómeno que Luis Alberto Sánchez llama «transculturación». El interés que despierta en los Estados Unidos el estudio de la vida y personalidad de Hispanoamérica, de su arte y de su historia, ha desbordado el orden puramente mercantil y político para entrar en el terreno de una auténtica preocupación cultural» (44).

n) *Carlos Hamilton.*—En 1951 destaca Carlos Hamilton manifestaciones de buena vecindad: «En cada sismo trágico que ha sepultado ciudades y vidas, en Chillán como en San Juan, en Ecuador como en el Cuzco, cruzan todos los cielos de América, en un idéntico im-

(43) Rafael J. Bruno: *La enseñanza del latín.* En «Nosotros»: Buenos Aires, año XIX, núm. 198, noviembre 1925; págs. 294-297.

(44) Julio Icaza Tigerino: *Sociología de la política hispanoamericana.* Madrid; Seminario de Problemas Hispanoamericanos, 1950; pág. 342.

pulso fraternal de auxilio, los aviones militares de los Estados Unidos y de Chile, de la Argentina y del Perú, llevando médicos y socorros» (45).

F) *Los Estados Unidos, según escritores uruguayos.*

a) *Alberto Nin Frías.*—«Situada América (y en este decir van envueltas las tres Américas: latina, sajona y británica) entre dos viejos mundos, Asia y Europa, su misión es conquistarlos» (46). El puritanismo ha vigorizado hasta la dureza el carácter americano (47). Estima que «muchas cosas turban la paz pública. Por un lado, la megalomanía de los *trusts* y la actividad provocadora de las sociedades de resistencia... He venido a América animado de gran curiosidad; estoy sorprendido por la enormidad de sus conquistas materiales, políticas e intelectuales, si bien echo de menos nuestra pasión por lo bello, lo intelectual y el espíritu de familia» (48).

b) *Carlos Martínez Vigil.*—«Los ingleses y los norteamericanos despiertan la individualidad por medio de la educación de la voluntad y fomento del carácter... A esa acción benéfica y altamente saludable, los norteamericanos la designan bajo la denominación de *profesorado de la energía*... Yo desearía para mi país, en cuanto fueran adaptables, los principios sobre que reposa la educación inglesa y norteamericana, y quisiera que en nuestras escuelas no se echaran en olvido las máximas que informan aquella educación... Cuando esto afirmo, estoy distante de proclamar la muerte del ideal y la conveniencia de encaminar la marcha de la sociedad a fines exclusivamente utilitarios» (49).

c) *Carlos Vaz Ferreira.*—«Estados Unidos, país que... ha iniciado en los últimos años un movimiento, un esfuerzo sin igual, en todos sentidos, de voluntad, de dinero, para conquistar su independencia, más valiosa todavía que la primera. Si en estos momentos hay en los Estados Unidos algo que sea una idea nacional, es el deseo, la voluntad firmísima, de conquistar una cultura propia» (50).

d) *Emilio Frugoni.*—Frugoni comunica sus impresiones de un viaje a los Estados Unidos, realizado en 1915: «Rodó creía que, al fin, los Estados Unidos favorecerían el desarrollo de la ciencia y el arte... ¡Franklin! He ahí el hombre-símbolo de este pueblo. Sensatez que no excluye la idealidad; cordura que se nutre de audacia; sentido práctico que no olvida nunca los avisos de la realidad ni los dictados de la conveniencia; pero que no impide al genio arrancarle sus secretos a la nube para hacer resplandecer en las manos del hombre, como en

(45) Carlos Hamilton: *Comunidad de pueblos hispánicos.* Madrid; Ediciones de Cultura Hispánica. Colección «Santo y Seña», núm. 10. Artes Gráficas Ibarra, 1951; pág. 171.

(46) Alberto Nin Fría: *Norteamérica. Los elementos idealistas de la vida.* En «Estudios religiosos»; Valencia; F. Sempere y Cía.; s. a.; pág. 154.

(47) Alberto Nin Frías: Ob. cit. pág. 154.

(48) Alberto Nin Frías: Ob. cit., págs. 166 y 167.

(49) Carlos Martínez Vigil: *El problema nacional.* Montevideo; Impr. de «La Tribuna Popular», 1905; págs. 43-44.

(50) Carlos Vaz Ferreira: *Moral para intelectuales* (Conferencias de clase). Del curso de Moral de 1908 en la Universidad de Montevideo. Montevideo; Tip. Escuela N. de Artes y Oficios, 1909.

las de un nuevo Júpiter, la chispa fulminadora del rayo. Ese hombre, todo buen sentido, realizando la epopeya fantástica de domesticar la centella, es la imagen representativa de este pueblo» (51).

e) *Juan Andrés Ramírez.*—Los Estados Unidos, «extraordinaria sociedad que ha sabido alcanzar las más altas cumbres de la civilización sin relajarse por el progreso ni corromperse por la fortuna..., ensanchan su esfera de acción internacional, imponiéndose como potencia de primer orden» (52).

f) *Ariosto D. González.*—«Fué don Juan Valera quien primero censuró a Rodó por la acusación de utilitarismo que hizo en *Ariel* a los Estados Unidos; otros, después, se han adherido a ese juicio. Sin embargo, Rodó no llegó en su crítica a la acritud de Paul Groussac en su libro *Del Plata al Niágara*, publicado varios años antes, ni a la despiadada censura de Waldo Frank en sus recientes libros *Our America* y *Redescubrimiento de América*» (53).

g) *Daniel Hugo Martins («Hylas»).*—En *El Debate*, de Montevideo, correspondiente al 10 de julio de 1950, se publicó su ensayo *Actualidad y permanencia del ideario de Rodó*, primer premio en el Concurso de Ensa-

(51) Emilio Frugoni: *En la otra América.* En «Nosotros»; Buenos Aires, marzo de 1917; págs. 342 y 349.

(52) Juan Andrés Ramírez: *En el día de un gran pueblo.* En Vicente A. Salaverri, *Antón Martín de Saavedra: Florilegio de prosistas uruguayos*; Buenos Aires-Valencia; Editorial Cervantes; sin año; pág. 232.

(53) Ariosto D. González: *Rodó. Su bibliografía y sus críticos.* Estudio que precede a la obra de A. Scarone *Bibliografía de Rodó*; Montevideo; Imp. Nac., 1930; vol. 1, pág. XXII.

yos de *El Debate*. Considera, con acierto, el *Ariel* un *camino de perfección*. Estima el humanismo de Rodó como concepción admitida por la moderna filosofía de la cultura. Enlaza el concepto de Rodó acerca de la lucha por la *idealidad* en el logro de altos destinos humanos con el pensamiento de Max Scheler en *El saber y la cultura*, y recuerda la exégesis de las ideas filosóficas de Rodó llevada a cabo por Arturo Ardao: «Su idealismo se presenta definitivamente entonces como una axiología que, al mismo tiempo que fundamenta su filosofía de la acción, se relaciona íntimamente con su visión metafísica del ser».

«El mensaje arielino tiene también un contenido de filosofía política...; terminada la guerra de Cuba, en la cual los Estados Unidos derrotaron a España..., apareció *Ariel*... *Ariel* fué la reafirmación ilustre de los valores tradicionales en que reposaba la cultura latina... Medio siglo ha corrido desde entonces... La realidad es más rica en matices, más grávida en sugerencias.» Los Estados Unidos, «en esta segunda mitad del siglo XX, se presentan al mundo como los paladines de la cultura occidental... Emporio comercial y económico, financiero y político, técnico y militar... Hacia el novecientos, los Estados Unidos eran sólo el gran taller. Hoy, con gran sentido práctico, han adosado al taller el departamento de investigaciones científicas... Desde hace una década, el mundo no sólo importa de los Estados Unidos maquinarias y armamentos y va a estudiar sus técnicas industriales, sino que va en busca de las últimas novedades científicas: las experiencias de la energía nuclear (revolucionarias de la físico-química), los estudios biológico-matemáticos, las

investigaciones médicas, las técnicas de la cinematografía y televisión.»

La «filosofía que dinamiza la vida norteamericana... Por tradición histórica, por conformación cultural, la América hispana no puede convertirse a esa filosofía ni practicar ese estilo de vida sin traicionar su esencia y su destino. En el fondo, la civilización norteamericana choca en América con lo irreducible del alma de la raza. Cada pueblo tiene una manera peculiar de interpretar al hombre y su destino... El planteamiento de Rodó tiene, entonces, una actualidad indiscutible» (54).

G) *Los Estados Unidos, según Frank, Umphrey y Shuster.—La clarividencia de Tocqueville.*

a) *Waldo Frank.*—«Los errores y vicios de los Estados Unidos son, en mucha parte, los rasgos dominantes de todo el mundo moderno, y nada más que eso: mundo en pleno caos de transición... Aquello que debería ser central (la función que crea verdad, que crea y establece bellezas) no es sino trivial decoración... La mercadería reina... Esto no es verdad sólo en los Estados Unidos... El estado presente de vida..., aun cuando crea una especie de prosperidad como la que existe en los Estados Unidos, lo lleva a cabo con el sacrificio de la expresión esencial del hombre, con el sacrificio de su bienestar emocional, espiritual y estético» (55).

(54) Daniel Hugo Martíns («Hylas»): *Actualidad y permanencia del ideario de Rodó.* Primer premio en el Concurso de Ensayos de «El Debate». Montevideo, 10 de julio de 1950.

(55) Waldo Frank: *Primer mensaje a la América hispana*, páginas 12, 268-269 y 279.

b) *G. W. Umphrey.*—«Absorbida la nación en su propio desenvolvimiento interno, manifestaba general indiferencia hacia la América latina. Este egoísta provincialismo... se convirtió más de una vez en justa causa de resentimiento para los latinoamericanos... Durante los últimos diez o quince años han comprendido los Estados Unidos que vale la pena de estudiar a los latinoamericanos, y que el bienestar futuro de la nación exige mejor conocimiento y apreciación de lo que hacen y piensan... Los prejuicios y conceptos equivocados que se generalizaron en la América latina con respecto al pueblo de los Estados Unidos, individualmente y como nación, no provenían de indiferencia; han sido más bien el resultado de ciertas desemejanzas étnicas y de resentimientos provocados en gente cortés y refinada por maneras bruscas y palabras poco atentas... Afortunadamente, este antagonismo ha desaparecido casi por completo... La participación de los Estados Unidos en la guerra mundial, desde la primavera de 1917, contribuyó a poner término a muchos de los falsos conceptos corrientes en la América latina; sirvió también como prueba de los progresos realizados en el sentido de la solidaridad continental... Según el periodista y crítico literario chileno Armando Donoso, «Ariel, y no Calibán, es quien dirige ahora la corriente de la civilización angloamericana». Análoga idea expresa cierto periodista venezolano que decía recientemente en un artículo: «La guerra ha reducido a polvo la añeja leyenda del canibalismo de la América del Norte...» En cuanto se refiere al cambio de actitud de la América latina hacia los Estados Unidos, es todavía más convincente para el que escribe estas páginas la impre-

sión recibida en una reciente visita a la América del Sur» (56).

c) *George N. Shuster.*—En la revista *Inter América* publicó G. N. Shuster, en 1922, su ensayo *El espíritu de los Estados Unidos*. La Redacción de la revista resumió el contenido del ensayo: «En minucioso análisis, pasa revista el autor a las transformaciones que han ocurrido en el pensamiento de la nación desde los tiempos del *Mayflower*, según se revela en las obras de escritores y poetas de las diversas épocas y tendencias. Los puritanos hicieron los Estados Unidos, dice, y su carácter explica en gran manera el producto. Sin embargo, el puritanismo no penetró realmente en la literatura hasta que hubo transigido... La Humanidad, vacilante, necesita ahora una norma definida en que creer, proclama, y a la cual ajustar las acciones. Es el momento de enderezar el rumbo según el espíritu católico, haciendo de nuestra conducta un árbol de vida que produzca frutos de paz, para que la democracia sea algo más que un nombre: sea una doctrina en acción» (57). «En cuanto a nosotros, sentimos que jamás ha sido mayor la oportunidad o la necesidad de espíritu católico... Fortalezcamos aquello que nuestros padres, con la sabiduría de Agustín, Bernardo, Tomás y Dante, juzgaron excelente, haciendo de nuestra conducta un árbol de vida que produzca frutos de paz. Enderecemos el rumbo del *Mayflower* hacia aguas mejores, resueltos a que la democracia sea algo más que

(56) G. V. Umphrey: *La solidaridad panamericana*. En «Inter América; Español, vol. V, núm. 5, enero 1922; págs. 295-298.

(57) George N. Shuster: *El espíritu de los Estados Unidos*. En «Inter América»; Español, vol. V, núm. 6, marzo 1922; pág. 382.

un nombre; que no sea solamente un símbolo, sino una doctrina en acción» (58).

d) *La clarividencia de Tocqueville.*—Recuerda Alvaro d'Ors: «Sus puntos de vista —decía de Rusia y de los Estados Unidos el clarividente Alexis de Tocqueville, ya en 1830—, sus puntos de vista son diferentes; sus caminos, diversos; con todo, cada uno de ellos parece llamado por un secreto designio de la Providencia a tener entre sus manos, algún día, los destinos de la mitad del mundo» (59).

H) *Cruce de mensajes: Palacios y Frank.*

a) *Waldo Frank.*—En 1924, Waldo Frank, desde Madrid, envió un mensaje a los intelectuales hispanoamericanos: «Madrid, 16 de abril de 1924.—Señor don Alfonso Reyes, Legación de México.—Madrid.—Mi estimado amigo: Mañana saldrá usted de Madrid con rumbo a América; ¿me permite que con usted, persona tan preeminentemente indicada para la empresa, mande a sus compatriotas de México, y de hecho a todos los intelectuales de la América latina, el mensaje de un compañero de los Estados Unidos?

»Mi mensaje es muy sencillo: que debemos ser amigos. No amigos de la ceremoniosa clase oficial, sino amigos en ideas, amigos en actos, amigos en una inteligencia común y creadora. Estamos comprometidos a llevar

(58) G. N. Shuster: Ob. cit., págs. 389 y 390.

(59) Alvaro d'Ors: *Ordo Orbis*. En «Revista de Estudios Políticos», vol. XIX. Madrid, 1947; pág. 52.

a cabo una solemne y magnífica empresa. Tenemos el mismo ideal: justificar a América, creando en América una cultura espiritual. Y tenemos el mismo enemigo: el materialismo, el imperialismo, el estéril pragmatismo del mundo moderno.

... ...

»Nosotros, en América, debemos apoderarnos de las vastas energías de nuestro nuevo mundo para la causa de la verdad; no sólo para que América se convierta en algo mejor que un hijo bastardo de antiguas civilizaciones, sino para que, verdaderamente, todo el mundo occidental no se hunda en el caos y la desesperación; porque la energía que da origen a la luz espiritual está moribunda en las tierras de la Europa occidental. En los siglos futuros esa luz nos vendrá a través de los mares, de Inglaterra, Francia, Italia y España, o absolutamente no nos vendrá» (60).

b) *Alfredo L. Palacios.*—Alfredo L. Palacios, presidente de la Unión Latino Americana, envió un mensaje a los jóvenes yanquis: «Me es en extremo grato reconocer que vosotros habéis ya conseguido grandes cosas: habéis logrado imponer cierta igualdad exterior en el sentido de abrir camino a las aptitudes dentro de condiciones determinadas y puramente individualistas; habéis encarnado el triunfo sobre la inercia europea, y habéis llevado a su máxima expresión actual la industrialización de la Naturaleza. Pero habéis, a la vez, extravertido la personalidad de vuestro pueblo, convirtiendo a los hombres de la masa en autómatas, en instrumentos mecánicos de producción, y permitido a los oligarcas capitalistas que asuman la dirección de vuestra economía nacional, y esto os llevará al fracaso si no reaccionáis a tiempo. Y vuestro fracaso puede ser de consecuencias fatales para el mundo. Puede implicar la caída de toda la raza blanca y, por tanto, de la civilización de Occidente. Son, pues, supremos los intereses que tenéis en vuestras manos. Es necesario que realicéis un esfuerzo heroico, digno de la tradición de vuestro pueblo, para imponer una nueva orientación humana. Debéis también renovar la democracia dándole estructura ética y carácter social que ensanche el radio de acción de la justicia, despierte los sentimientos colectivos y estimule y permita la ascensión de la personalidad humana.

»De esta manera podréis robustecer nuestra tendencia renovadora y contribuir al florecimiento del porvenir que llevamos dentro. Porque nosotros, iberos de la América latina, no hemos realizado nada todavía, pero nos hemos forjado un alma propia y abrigamos el germen de una nueva palabra del espíritu. De vosotros, en parte, depende que podamos pronunciar esa palabra. Reunidos los dos aspectos: el de espíritu y acción, pensamiento y voluntad, emoción y dinamismo, podremos completar la esfera humana y abrir una era fecunda en la evolución del mundo.

»Si colaboran en esta empresa los *pioneers* de Walt Whitman, los idealistas de Emerson, los irreducibles reformistas de Thoreau, lograremos conquistar el porvenir, que reserva, para nosotros, maravillas mucho más

(60) Waldo Frank: *Mensaje a los intelectuales hispanoamericanos.* En «Valoraciones. Humanidades. Crítica y Polémica». Rev. editada por el Grupo de Estudiantes Renovación, tomo II, La Plata, julio de 1924; pág. 114.

esplendorosas que las alcanzadas hasta hoy. Vosotros, exploradores infatigables, tenéis una tierra virgen por descubrir y colonizar en el corazón del hombre. Vamos a explotar las minas de inagotable riqueza que hay ocultas todavía en el fondo del espíritu humano» (61).

I) *La opinión de Rodó, según Altamira, Unamuno y Maeztu.*

a) *Rafael Altamira.*—En el Prólogo a *Nuestra América*, de Carlos Octavio Bunge, fechado en Oviedo en marzo de 1903, dice Altamira: «Verdad es que el señor Bunge (a pesar de su teoría de la perdurabilidad de los caracteres étnicos) no desespera de la reforma; la cree posible, y la ve, como los que aquí la predicamos, en la europeización de su pueblo; sin que esto quiera decir, creo yo, que el hispanoamericano deba perder su individualidad, sino que se europeíce (que se *humanice*, porque los Estados Unidos no son Europa, aunque miran a ella más de lo que muchos creen) sin dejar de ser lo que es en el fondo de su espíritu, en lo que éste tiene de útil y aprovechable para la civilización, como Rodó ha dicho y a mi entender ha probado» (62).

b) *Miguel de Unamuno.* — Miguel de Unamuno, al

(61) Alfredo N. Palacios: *Mensaje a los jóvenes yanquis. A la juventud universitaria y obrera de los Estados Unidos.* En «Nosotros». Buenos Aires, año XXI, núm. 214, marzo de 1927, páginas 303-304.

(62) Rafael Altamira: Prólogo a *Nuestra América*, por Carlos Octavio Bunge. Barcelona; Impr. de Henrich y Cía., 1903; páginas XVII-XVIII.

apreciar el ensayo sobre *Ariel* de Nin Frías, expuso: «Rodó no niega lo grande de la civilización norteamericana, pero quiere también salvar lo grande e íntimo de la latina. En cuanto a creer que este empeño sea utópico porque sólo pueden hacerse cargo de él los intelectuales, me parece argumento de poca fuerza. ¿Quiénes hacen las revoluciones de ideas, y quiénes impulsan a las masas sino los intelectuales, en todo tiempo y ocasión?» (63).

c) *Ramiro de Maeztu.*—En *El Sol*, de Madrid, del 2 de septiembre de 1925 publicó Ramiro de Maeztu un artículo titulado *Notas de los Estados Unidos. Ariel y Calibán:* «No sé cuánto tiempo tardará en salirnos a los países de lengua española un escritor en que se reúnan las dotes de José Enrique Rodó, la magia del suave estilo, junto a la caridad apostólica y al patriotismo de la raza. Pero no se ha cometido injusticia mayor que la suya cuando vino a pintarnos a Ariel, genio de los aires, como Angel de la Guarda de los pueblos hispánicos, en tanto que los anglosajones han de abandonarse a los apetitos de Calibán, genio de la tierra y la putrefacción... Los Estados Unidos son uno de los pueblos más cultos del mundo desde mucho antes de su fundación... Esta incapacidad relativa nuestra para la prosperidad material, ¿se debe indefectiblemente a que nos absorba el espíritu de Ariel?» Maeztu cree que el aparato educador de los Estados Unidos no rinde lo que podría esperarse

(63) En «La España Moderna», Madrid, enero de 1903.
Apud: Alberto Nin Frías: *Nuevos ensayos de crítica literaria y filosófica;* Montevideo; Dornaleche y Reyes; s. a.; pág. 241. Incluído, con objetivo criterio, en el Apéndice con opiniones sobre el autor.

de Europa porque «los Estados Unidos son una democracia que se interesa más en elevar el nivel medio del pueblo que en formarse una aristocracia intelectual», y «que el talento norteamericano ha tenido que invertirse en la empresa de abrir acceso al hombre a los recursos de un continente virgen... Lo que ocurre, en resumen, es que la educación se entiende como una preparación para la vida activa más que para la contemplativa» (64).

Maeztu, el 3 de noviembre de 1925, publicó en *El Sol*, de Madrid, otro artículo con el título *Pareceres. Exito y fracaso:* «Ariel es, precisamente, uno de los intentos máximos que se han hecho para abrir camino de perfección a pueblos de nuestra habla. Es obra clásica por la dignidad del estilo, la elevación del propósito y la generosidad con que trata al ideal hostil. Y no le puedo dejar a don Horacio Maldonado en el error de suponer que la idea que Rodó tuvo de los Estados Unidos se ajustase a la verdad.» Expresa Maeztu su reconocimiento a Rodó al calificar *Ariel* «brote sudamericano del 98 español». Y añade: «Razón de más para prevenirnos contra el yerro en que cae al definir la civilización de Norteamérica. El error temporal consiste en tomar el accidente por la esencia... Me parece necesario y urgente enterarnos de que el éxito no se logra si no se honra» (65).

(64) Ramiro de Maeztu: *Notas de los Estados Unidos. Ariel y Calibán.* «El Sol», Madrid, 2 de septiembre de 1925, año IX, número 2.518.

(65) Ramiro de Maeztu: *Pareceres. Exito y fracaso.* «El Sol»; Madrid, 3 de noviembre de 1925, año IX, núm. 2.571.

J) *Las manifestaciones de Rodó, cumplido el cincuentenario de «Ariel», y el juicio de Goldberg.*

El año 1950 se cumplió el cincuentenario de la publicación de *Ariel*. En el medio siglo transcurrido, el mundo ha sufrido, en el más exacto sentido de la palabra, transformaciones profundas, realizadas a un ritmo no habitual en las transformaciones de la Historia. Cincuenta años, por otra parte, es tiempo suficiente para apreciar los hechos en perspectiva histórica. A través de esta perspectiva, algunas de las afirmaciones de Rodó aparecen sujetas a revisión y a rectificación. Quedará, no obstante, en pie la idea fundamental: la esencial diferencia entre el Norte y el Centro y Sur de América. Cinco decenios es realmente escaso número de años para alterar, en lo fundamental, la psicología de las naciones, para borrar o dejar en la penumbra la firmeza de los rasgos que la Geografía y la Historia (elementos físicos y espirituales) han trazado en el perfil de razas y pueblos. Desde este punto de vista, estimo escritas con laudable objetividad las palabras de Isaac Goldberg, al recoger la atribución a los Estados Unidos de excesivo espíritu utilitario.

Dice Isaac Goldberg: «Frecuente es ese reproche, aunque más de una vez se le ha hecho a esta nación por razones de envidia, cuando no por otros motivos más prácticos, no enteramente ajenos a lo que se llama propaganda en su sentido diplomático más pésimo; pero ¿no hay algo de verdad (poca o mucha) en el fondo?... Pero no puedo compartir, sin embargo, los pensamientos de Rodó tocantes a nuestro futuro. Nosotros somos una na-

ción joven, una nación que, para valerme de una parafrasis, está viviendo su odisea antes de haberla escrito; pero que en sí contiene toda la posibilidad de una amplia cultura continental, que ha de alcanzar algún día seguramente, a despecho o en virtud de su extremado materialismo» (66). Casi son las mismas palabras de Rodó en *Ariel* (págs. 122-123). «Pero por más que anduviese equivocado en sus apreciaciones respecto a nuestro porvenir inmediato, la objeción que hace a este país al pensar en proponérselo como modelo a la juventud hispanoamericana apóyase en razones sólidas. En primer lugar, hay una diferencia de raza...; sin estar, pues, de acuerdo con Rodó en los pormenores, podemos, no obstante, prestar respetuoso asenso a su proposición general, sin que esto implique menosprecio para nuestra nación. Como Darío y Santos Chocano presintieron, España y la América inglesa, como unión de fuerzas complementarias, pueden llevar a cabo grandes cosas» (67). Refiriéndose al discurso de Próspero en *Ariel*, dice Goldberg: «El título del famoso discurso es también shakespeariano. Esto es, naturalmente, indicio de muchas cosas: de su amplia cultura y de su alto idealismo; pero todavía indica mucho más. La raza que produjo un Shakespeare tiene una tradición digna; el pueblo del cual salió el creador de Próspero y Ariel para brindarle a Rodó una personalidad y un símbolo puede fijar la vista con confianza en el futuro» (68).

(66) Isaac Goldberg: *La literatura hispanoamericana*. Versión castellana de R. Cansinos Asséns. Prólogo de E. Díez-Canedo, Madrid; Edit. América; s. a.; pág. 226.

(67) I. Goldberg: Ob. cit., pág. 227.

(68) I. Goldberg: Ob. cit., pág. 229.

2.—*Hispanoamérica.*

A) *El descubrimiento y la conquista.*

a) *La gloria de Colón.*—Las lejanas expediciones de los marinos normandos a América no oscurecen, en modo alguno, la gloria de Colón. «Mucho tiempo antes de que Colón plantase en la playa de Guanahaní el estandarte de Castilla, los marinos normandos habían llegado con sus barcos de cuero, no ya a las costas de Labrador y de Terranova, sino a las mismas tierras donde hoy se levantan las más populosas, más opulentas y más cultas ciudades de la civilización americana; pero Colón es y será siempre la conciencia de la historia del descubridor del Nuevo Mundo» (69).

Tratando de la asociación de vocaciones, consideró a Colón, entre los descubridores y exploradores, «el más alto de todos..., con la pintoresca e ingenua poesía de ciertos pasajes de su *Diario*... Dos vocaciones diversísimas, y aun antitéticas, dentro de la general categoría de la vida de acción, reuniéronse en aquella alma extraordinaria: una vocación de iluminado, de profeta, de apóstol, persuadido de su predestinación para ensanchar los dominios de su fe y rescatar el sepulcro de su Dios, y una vocación de logrero, de mercader, de negociante codicioso y tenaz, como de raza liguria, que le llevaba en fascinación tras los imaginarios reflejos del oro soñado, en sus visiones de lejanas Cólquidas. Acaso separado y solo cada uno de estos estímulos, no hubiera sido capaz

(69) R.: «L. y J.», pág. 126.

de llevar el hervor de la voluntad al punto necesario para sazonar la perseverancia inquebrantable de la resolución; pero los dos se unieron, y la voluntad tomó su punto» (70).

Por la lengua castellana, fundamentalmente, vinculó a Colón con España y con América: «Toda la América que habla en la lengua del descubridor, toda la América nuestra» (71).

b) *La paradoja del descubridor.*—«En la vía que el genio escoge para llegar a la gloria que ve lucir, lograda ya por sabidos rumbos, en derredor del nombre de otros, suele reaparecer triunfalmente la paradoja del descubridor que se propuso hallar camino para las tierras de donde el sol se levanta, yendo hacia donde el sol se pone» (72).

c) *La conquista de América.* Se opuso al doctor Díaz «...en lo que respecta a alguna otra alusión de las que acumula el doctor Díaz en sus síntesis de las tradiciones infamantes de la cruz, y singularmente a la que se refiere a la conquista de América. Todo en la conquista fué oprobio y ferocidad; todo en ella fué abominación y exterminio; y cuanto en ella hubo positivamente de condenable a la luz de la razón serena, ¿ha de imputarse a la sugestión maldita de la cruz? ¿Por qué recordar, si se aspira a la severa equidad del juicio histórico, que la cruz representó en Cajamarca la sanguinaria brutalidad de la conquista, y olvidar que representó, en Guanahaní, el nacimieto de América a la vida de la civilización, la primera luz de nuestro espíritu, el pórtico de nuestra historia? ¿Por qué recordar que estuvo en manos de Valverde para excitar al sacrificio de los indios, y olvidar que estuvo en manos de Las Casas para interponer ante el pecho de los indios un escudo de misericordia? ¿Por qué recordar que fué, con Torquemada, el signo oprobioso de las iniquidades inquisitoriales, y olvidar que fué, en la mente de Isabel la Católica, el estímulo para ganar y redimir un mundo? ¿Por qué recordar al fraile que mata y olvidar al fraile que muere?» (73).

(70) R.: «M. de P.», págs. 309 y 315-316.

(71) R.: *Una bandera literaria. A don F. García Godoy.* 1912. En «El M. de P.», pág. 215.

(72) R.: «M. de P.», pág. 160.

B) *La unidad de América.*

a) *El ideal de Bolívar.*—Rodó anheló, en su interpretación de América, ver convertido en realidad el ideal de Bolívar. Se lamentaba «del doloroso aislamiento en que viven los pueblos que la componen» (74). Precisó José Pedro Segundo: «Nadie pugnó como él por la unidad moral de América, enmarañada aún por antagonismos y marasmos, y en punto a esta obra prócer, Rodó complementa a Bolívar» (75). Creía «próxima la hora en que la conciencia hispanoamericana, movida por el sacudimiento universal, afirme definitivamente su personali-

(73) R.: «L. y J.», pág. 179.

(74) R.: «A.», pág. 41.

(75) José Pedro Segundo: *Homenaje a Rodó.* Citado por Ariosto D. González: *Rodó. Su bibliografía y sus críticos.* En Scarone: *Bibliografía de Rodó,* tomo I, pág. VIII.

dad y demuestre su aptitud para incorporarse al grupo de pueblos creadores de civilización y cultura» (76).

b) «*Magna Patria*».—En 1915 publicó Rodó su artículo *Magna Patria* (77). En este artículo invocaba «la fuerza de la naturaleza o la voz de la razón que sean capaces de prevalecer sobre las artificiosas divisiones humanas. Patria es, para los hispanoamericanos, la América española» (78). Consideraba compatible el sentimiento de Magna Patria con el de «las naciones en que ella políticamente se divide. Por mi parte, siempre lo he entendido así, o mejor, siempre lo he sentido así. La unidad política que consagre y encarne esa unidad moral (el sueño de Bolívar)» (79). Espera que el sueño de la Magna Patria llegará a hacerse realidad, de la misma manera que llegó a ser realidad la unidad política de Italia.

c) *Primacía de las fuerzas del espíritu.*—En *La novela nueva* exaltó las fuerzas del espíritu sobre las fuerzas primarias al descubierto, en la labor para lograr la unidad de América: «En nuestra naturaleza, curiosa de todos los estremecimientos, vibra con más intensidad el eco de los gritos lejanos que vienen de las altas cumbres del espíritu, que el clamor desvanecido y confuso con que llega a nosotros (imágenes vivas del tipo humano que se esculpe y retoca cada día en los viejos talleres de la civi-

(76) R.: *Párrafos del maestro*. En «La Rábida», Revista Colombina Ibero Americana, año VII, núm. 72, Huelva, 30 de junio de 1917; pág. 15.

(77) R.: *Magna Patria*. 1905. En «El M. de P.», págs. 171-172. Reproducido en «El Nuevo Diario», Caracas, 28 de octubre de 1916, año III, núm. 1.015.

(78) R.: *Magna Patria*. En «El M. de P.». pág. 171.

(79) R.: Idem. En «El M. de P.», pág. 172.

lización) el cántico de originalidad salvaje de la *tierra* (80).

d) *La idea de la Unidad de América, expresada por Rodó en 1906, 1910 y 1912.*—En el discurso *La vuelta de Juan Carlos Gómez*, pronunciado el 8 de octubre de 1906, se expresó así Rodó:

«Señores: Alta es la idea de patria; pero en los pueblos de la América latina, en esta viva armonía de naciones vinculadas por los lazos de la tradición, de la raza, de las instituciones, del idioma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo aún más alto que la idea de la patria, y es la idea de la América; la idea de la América, concebida como una grande e imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, con sus héroes, sus educadores, sus tribunos; desde el golfo de Méjico hasta los hielos sempiternos del Sur. Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una u otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana» (81). Miguel de Unamuno, en *Don Quijote y Bolívar*, comentó el citado discurso: «Palabras tan altas y nobles cuanto es alto y noble el pensador de *Ariel*. No sé si esto no es más que un sueño de Rodó; pero es un sueño alto y noble. Es el sueño del gran Libertador, de Simón Bolívar, que pretendía dar libertad a Cuba y Puerto Rico y «establecer un equilibrio permanente entre la gran república de origen inglés y las repúblicas de origen español.» En el men-

(80) R.: «La N. N.». En «El Q. V.», págs. 152-153.

(81) R.: *La vuelta de Juan Carlos Gómez*. Discurso. En «El M. de P.», págs, 29-30.

cionado ensayo estimó Unamuno a Rodó: «Una de las más acendradas y más legítimas glorias del pensamiento hispanoamericano contemporáneo» (82).

«Rodó —recuerda Luis Amador Sánchez—, que escasa desazón viajera parecía sentir o no le atraía el abandono de sus lares patrios, en el año de 1910 fué a Santiago de Chile representando a su país en las fiestas del centenario de la Independencia chilena. Suyas son estas palabras, pronunciadas en su discurso en la República del Pacífico con aquella ocasión: «Yo creí siempre que en la América nuestra no era posible hablar de muchas patrias, sino de una patria grande y única.» Expresiones que deben tenerse en cuenta por si un día se recopilan documentalmente los antecedentes valiosos que hoy son el plan constructivo de una América fraternal, de un panamericanismo sólido y eficaz» (83).

En 1912, decía Rodó a F. García Godoy: «Toda la América que habla en la lengua del Descubridor, toda la América nuestra, representada y querida como una magna patria indivisible, en la que es necesario avivar la conciencia de su propia unidad y el amor de las tradiciones históricas donde esa unidad radica. Todo ello está enérgicamente sentido por usted» (84). Recuerda Abel J. Pérez el discurso de Rodó en el Congreso Estudiantil Americano: «Hace muy poco tiempo aún, la feliz iniciativa de un joven intelectual uruguayo (el doctor Héctor Miranda) reunía en Montevideo en un Congreso a los estudiantes de la América latina... Después de terminados sus trabajos, cuando iban a partir, todos se congregaron en un banquete que fué en realidad una fiesta de la mente y del corazón... Se pidió que hablara Rodó. Y Rodó habló con esa frase siempre galana cuyo secreto monopoliza, con esa amplitud de pensamiento que necesita para volar el ambiente de las cumbres, con esa entonación sincera en que se adivina un alma enamorada del ideal. Influído por aquella asamblea americana, condensó en su discurso todas aquellas ideas que nos envolvían en nimbo de luz, y evocó la vieja visión de Bolívar reuniendo con las alas de su pensamiento aquella confederación de naciones unidas por un alto y nobilísimo lazo en la obra de la civilización de un continente llamado a los más altos destinos» (85).

(82) Miguel de Unamuno: *Don Quijote y Bolívar*. En «Ensayos»; M. Aguilar, Editor; Madrid, 1942; tomo II, págs. 643-644.

(83) Luis Amador Sánchez: *El pensamiento vivo de Rodó*. En «Univ. de Antioquia», núm. 99; Medellín-Colombia, mayo, junio y julio de 1950; págs. 279-280.

(84) R.: *Una bandera literaria. A don F. García Godoy*. 1912. En «El M. de P.», pág. 215.

(85) Abel J. Pérez: *América*. Prólogo de J. E. Rodó. Montevideo; Imp. «El Siglo Ilustrado», 1912; págs. 168 y 169.

e) *Rodó insiste en su idea, en 1916, ante los estudiantes venezolanos de la Real Universidad de Pisa y en su artículo «Al concluir el año».*

a') *A los estudiantes venezolanos de la Universidad de Pisa.*—Andrade Coello da cuenta de la caracterización del sentimiento americano según Rodó, en su alocución a los estudiantes venezolanos de la Universidad de Pisa:

«Ayer no más (en septiembre de 1916) clamaba por el respeto a Venecia, «tesoro humano de tradición y de

arte». Y a los estudiantes venezolanos de la Real Universidad de Pisa les decía:

»Siempre fué sentimiento *americano* el entusiasmo generoso por todo lo noble, por todo lo desinteresado, por todo lo grande, y, recíprocamente, la repulsión instintiva por los abusos de la fuerza, por las torpezas de la barbarie, por las perversidades de la iniquidad...

»Mueve a ustedes, además, un estímulo de *latinidad*, que interpreta también el íntimo e imperecedero sentir de nuestra América; y ese estímulo se confirma en ustedes por el amor y gratitud que justamente los vincula a la nación gloriosa en que completan su formación intelectual al amparo de la más franca de las hospitalidades.

»Rasgos y aptitudes así manifiestan que la juventud de Venezuela permanece fiel a la consigna ideal del gran Libertador.

»No olvido nunca la muestra singular de consideración y afecto que debo a la Asociación de Estudiantes Venezolanos, de que son ustedes miembros fundadores. Sé que lejos de la patria la mantienen ustedes subsistente, y yo ratifico, hoy más que nunca, mi vinculación con ella, y deseo que ustedes consideren que, dondequiera que dos de sus asociados se reúnan para hablar de nuestra América y de su porvenir, allí estará mi espíritu, allí estarán mis fervientes votos y mi voluntad más decidida» (86).

b') *El contenido del artículo «Al concluir el año».*—Rodó escribió en Roma el mencionado artículo en diciembre de 1916. Podríamos sistematizar las ideas del artículo con arreglo al siguiente esquema:

a") *Somos esencialmente «unos».*—«Para la mirada europea, toda la América española es una sola entidad, una sola imagen, un solo valor. La distancia desvanece límites políticos, disimilitudes geográficas, grados diversos de organización y de cultura, y deja subsistente un simple contorno, una única idea: la idea de una América que procede históricamente de España y que habla en el idioma español. Esta relativa ilusión de la distancia, que a cada paso induce a falsas generalizaciones..., tiene, sin embargo, la virtud de corresponder a un fondo verdadero, a un hecho fundamental y trascendente...: el hecho fundamental de que somos esencialmente *unos*» (87).

b") *Cómo se transmite la sugestión de la distancia a los americanos que viven en Europa.*—«Es interesante observar cómo se transmite esta sugestión de la distancia a los americanos que viven en Europa...; compruébase a cada instante en Europa que la perspectiva de la ausencia y el contacto con el juicio europeo avivan la emoción de la unidad continental... La comprobación de este sentimiento en los americanos a quienes he tratado en Europa me parece el más grato mensaje que pueda enviar, al concluir el año, con mis filiales votos de amor, a mis dulces tierras de Occidente. Si se me preguntara cuál es, en la presente hora, la consigna que nos viene de lo alto..., contestaría: Formar el sentimiento hispanoamericano; propender a arraigar en la conciencia de nuestros

(86) A. Andrade Coello: *Rodó*. Quito (Ecuador), 1917; páginas 8-9.

(87) R.: *Al concluir el año*. En «El C. de P.», pág. 171.

pueblos la idea de la América nuestra como fuerza común, como algo indivisible, como patria única... En este maravilloso suelo de Italia... los ojos leen... la unidad de una tradición y de un espíritu, aunque largos siglos parezcan negarle fuerza ejecutiva» (88).

c") *Rodó formula una proposición.*—«Y he pensado en la juventud, como siempre que pasa por la mente una idea de esperanza y de gloria, y me he preguntado por qué de sus periódicos congresos de estudiantes no nacería, con la cooperación de los estados, una fiesta aún más amplia, aún más significativa: las Panateneas de nuestra liga espiritual; un Veinticinco de Mayo o un Doce de Octubre celebrados de modo que fuesen continentalmente el ágape de la amistad americana, y congregasen a los enviados de las diecisiete repúblicas en junta cultural, en donde se delinease poco a poco el hábito de deliberaciones más eficaces y de lazos más firmes» (89).

d") *La fe profunda en los comunes destinos.*—«Otro sentimiento despierta dentro del corazón americano la influencia de Europa, y es la profunda fe en nuestros destinos, el orgullo criollo, la tonificante energía de nuestra conciencia social. Despierta este sentimiento... porque los tesoros y prodigios de esta civilización creadora, en arte, en ciencia, en ideas sociales, estimulan y engrandecen el anhelo de nuestro porvenir, supuesto que la fuerza virtual existe con la heredada energía y sólo falta el seguro auxilio del tiempo» (90).

e») *América y el occidente de Europa.*—«Esto pensaba al subir las gradas del Capitolio, cuna y altar de la latina estirpe. El sol de una suavísima tarde doraba aquellas piedras sagradas y aquellos árboles que dicen la mansedumbre y la gracia de esta Naturaleza. La guerrera imagen de Roma presidía, allá en el fondo, con gesto maternal y augusto. El soberbio Marco Aurelio de bronce evocaba, en una sola imagen, la gloria del pensamiento latino y del latino poder. Sobre las balaustradas de la plaza, los trofeos de Mario. Más allá, la estatua de Rienzi, del «último tribuno», diseñando su ademán oratorio sobre los jardines donde juegan en bandadas los niños. Y me acerqué a la jaula de la loba que mantiene, allí donde fué la madriguera de Rómulo, el símbolo de la tradición inmensa en tiempo y en gloria, y la vi revolviéndose impaciente entre los hierros que la estrechan. Y me parecía como si, en su presagiosa inquietud, la nodriza de la raza mirase a donde el sol se pone y buscara, de ese lado del mundo, nueva libertad y nuevo espacio» (91).

(88) R.: Idem. En «El C. de P.», págs. 171-173.
(89) R.: Idem. En «El C. de P.», págs. 173-174.
(90) R.: Idem. En «El C. de P.», págs. 174-175.

C) *Rodó, apóstol del americanismo.*

«Su vida de escritor es un propósito de ideal americano», dijo de Rodó Alberto Gernuchoff (92). Manifestó Gustavo Gallinal: «En los escritos de este apóstol del americanismo literario hallaremos la persistente afirmación de un ideal de raza... La expresión *hispanoamerica-*

(91) R.: *Al concluir el año.* En «El C. de P.», pág. 175.
(92) Alberto Gernuchoff: *El aspecto argentino de Rodó.* En «Nosotros»; Buenos Aires; mayo de 1917; pág. 91.

nismo vuelve una y otra vez a los puntos de su pluma» (93).

«Sólo han sido grandes, en América, aquellos que han desenvuelto por la palabra o por la acción un sentimiento americano» (94). En carta a Alejandro Andrade Coello (Montevideo, 25 de diciembre de 1909), se complace porque haya estudiado temas «en su relación con nuestro ambiente americano... Así quisiera yo ver orientada la producción de nuestros escritores, y así aliento la esperanza de verla florecer cuando, terminando tanta frívola dispersión de fuerzas como hoy deploramos, nuestra literatura se nutra de las hondas y esenciales preocupaciones de nuestra vida y tienda a un ideal afirmativo y constructivo, de energía, de acción, de fe en el porvenir, como cumple a la expresión literaria de pueblos jóvenes y fuertes. Por este camino debemos buscar la originalidad.» En otra carta a Andrade Coello (del 21 de enero de 1910) le dice: «Muy sensatas me parecen las páginas que usted consagra a las cuestiones internacionales que interesan al Ecuador. El criterio de concordia y justicia es, en ese orden de cuestiones, en los pueblos americanos, imposición de la misma Naturaleza.»

Trazó un apunte de psicología colectiva al considerar el imaginario prestigio de lo desconocido: «El estudiante de provincia que sueña con ir a doctorarse a la metrópoli, el mozo de pueblo que nunca se apartó de la sombra de su campanario y anhela conocer el mundo, suelen forjarse de la ciudad, objeto de sus sueños, una idea alambicada, sublime y muy superior a toda realidad. Con el fácil optimismo de la inocencia, ellos se figuran la ciudad como la realización de un orden perfecto, donde todo está nivelado por lo alto... Obra en estos mirajes la natural exorbitancia de la imaginación candorosa y aguijoneada por los prestigios de lo desconocido; pero obra además la tendencia, no menos terca y congenial a la naturaleza del hombre, de no conformarse con las imperfecciones de la realidad que la rodea y de mantener, mientras la experiencia no le fuerza definitivamente al desengaño, la esperanza en una esfera de realidad donde lo ideal y lo soñado sea posible... En el juicio que los americanos formamos de nosotros mismos, de nuestra inferioridad y nuestro atraso, y de las excelencias de las sociedades lejanas que nos sirven de modelo, ¿no intervendrá con harta frecuencia el género de ilusión a que me he referido?» (95).

Era firme su fe en el porvenir de América: «En lo que se refiere al porvenir de los pueblos hispanoamericanos y a sus destinos históricos, soy de un impenitente optimismo.» (Carta a Andrade Coello, del 21 de enero de 1910.) Cree que América es la reserva en el posible movimiento de traslación de los destinos de la Historia: «Cuando el eje ideal de la civilización vacilara; cuando la arrebatada demencia de la guerra oscureciese del todo, en las más nobles razas del mundo, el sentimiento de aquellas nociones superiores que han guiado, entre parciales eclipses, la ascendente marcha de los pueblos: bien, verdad,

(93) Gustavo Gallinal: *Una conferencia sobre el hispanoamericanismo en la literatura uruguaya*. 1926. En «Letras Uruguayas»; primera serie; París, 1928; págs. 227 y 265.

(94) R.: «M.». En «H. de A.», pág. 44.

(95) R.: *La aldea y la ciudad*. En «El C. de P.», págs. 39-40.

derecho, justicia, aún quedaría en la desolación de ese naufragio el asilo de la conciencia americana. Cuidemos, dentro de cada uno de nosotros, nuestra parte en la reserva augusta que nos está confiada» (96).

Zaldumbide ha expresado el amplio humanismo de Rodó y su intenso amor por América: «Nadie, en América, supo más ni fué de cultura más europea, ni se sintió con más genuino derecho ciudadano del universo. Nadie, sin embargo, volvió a su América mirada más cargada de amor inquieto y vigilante afán. Tan sólo Francisco García Calderón, a quien precisamente consideran muchos como el más alto continuador de la impulsión idealista dada por Rodó a las nuevas generaciones, puede equiparársele en el sentido de esta doble posición intelectual y de esta ardua labor generosa» (97).

Cita Clulow las palabras del peruano Luis Velasco Aragón: «Nuestro arte está en nosotros mismos; en aquella manera de sentir la vida, como es la nuestra.» Y añade: «Así también lo comprendió José Enrique Rodó al escribir ese fervoroso mensaje pleno de fe en el ideal y en la constante superación en el culto de lo que denominó, con muy buen acuerdo, *americanismo literario*» (98).

(96) R.: *Bélgica*. En «El C. de P.», pág. 54.
(97) G. Zaldumbide: *J. E. Rodó*, pág. 22.
(98) Alfredo S. Clulow: *La novela en América. Ligeras consideraciones sobre sus tendencias actuales*. Montevideo, 3 de abril de 1924. En «Nosotros»; Buenos Aires, mayo 1924; págs. 73-74.

D) *Función social del arte en la formación del «alma» hispanoamericana.*

«Epocas y pueblos hay en que la función social de la obra artística se impone con mayor imperio y encuentra más adecuado campo en las operaciones de la realidad. Entre estos pueblos y estas épocas incluyo yo a las naciones hispanoamericanas del presente tiempo. Su gran tarea es la de formar y desenvolver su personalidad colectiva, el *alma* hispanoamericana, el *genio* propio que imprime sello enérgico y distinto a su sociabilidad y a su cultura. Para esta obra, un arte hondamente interesado en la realidad social, una literatura que acompañe, desde su alta esfera, el movimiento de la vida y de la acción, pueden ser las más eficaces energías» (99).

E) *«España, madre alta de América».*

Waldo Frank cree que América es el futuro del Occidente: «El mundo occidental está en crisis. Todo el pasado levanta a América al primer término... Es el futuro y el destino del Occidente..., la riqueza potencial de América..., es la América toda... Y ya en España sabía... que debía apropiarme espiritualmente la América hispana. Cuando me aproximé a esa madre alta de América supe por qué la quería. La quería porque la necesitaba, y la necesitaba porque era americano... Yo era americano moderno de Nueva York; y la España estática, rígida,

(99) R.: *Una bandera literaria*. En «El M. de P.», págs. 214-215.

fanática, estaba más próxima a mi América que las complejas corrientes de París. Porque en España había continuado viviendo una sabiduría más honda que la ciencia moderna, más auténtica que la moderna metafísica, más útil para la vida que todas las máquinas modernas. Esa sabiduría está en la conciencia del sentido trágico de la vida; esa sabiduría estriba en saber que la existencia misma es un sacramento trágico y divino, cuyo rito es la actividad humana. En España no se ha roto la herencia de Israel. España sabía y sabe aún que la vida debe ser íntegra en su complejidad, un todo sinfónico. Mientras criaba su magnífico fracaso, España (madre de América) ha conservado para nosotros la visión de esa verdad integral en que debe nacer un nuevo mundo. Y el don de esta sabiduría es su verdadero descubrimiento de América» (100).

F) *La América soñada por Rodó.*

Rodó deseaba que fuera América «hospitalaria para las cosas del espíritu, y no tan sólo para las muchedumbres que se amparan a ella; pensadora, sin menoscabo de su aptitud para la acción; serena y firme, a pesar de sus entusiasmos generosos; resplandeciente con el encanto de una seriedad temprana y suave, como la que realza la expresión de un rostro infantil cuando en él se revela, al través de la gracia intacta que fulgura, el pensamiento inquieto que despierta... Acaso sea atrevida y candorosa

(100) Waldo Frank: *Primer mensaje a la América hispana*, páginas 28 y 256-257.

esperanza creer... que baste... una generación humana para llevar en América las condiciones de la vida intelectual... a la categoría de.... cumbre que de veras domine. Pero donde no cabe la transformación total cabe el progreso... Yo suelo embriagarme con el sueño del día en que las cosas reales harán pensar que la Cordillera que se yergue sobre el suelo de América ha sido tallada para ser pedestal definitivo de esta estatua [la de Ariel], para ser el ara inmutable de su veneración» (101).

«No creo que me engañe mi pasión por nuestra buena tierra americana si afirmo que veo en ella (en su presente y emprendedora vida mental), en la acción entusiástica y animosa de su juventud, toda la vitalidad de la nueva florescencia de la poesía de habla española» (102).

G) *El sentimiento de la raza.*

En *Rumbos nuevos* apreció Rodó, en 1910, el fundamento del sentimiento de la raza. Ve en «la producción intelectual de la América española... ciertos rasgos característicos... Uno de estos sentimientos e ideas es la idea y el sentimiento de la raza. Aquel género de amor propio colectivo que, como el amor de la patria en la comunidad de la tierra, toma su fundamento en la comunidad del origen, de la casta, del abolengo histórico, y que, como el mismo amor patrio, es natural instinto y

(101) R.: «A.», págs. 133, 135 y 141.

(102) R.: *Poemas de Leopoldo Díaz*. «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.»; Montevideo, marzo de 1897. En «El Q. V.», pág. 159.

eficaz y noble energía, pasó durante largo tiempo, en los pueblos hispanoamericanos, por un profundo abatimiento... Parecía buscar una absoluta desvinculación con el pasado y pretenderse que, con la independencia, surgiese de improviso una nueva personalidad colectiva, sin el lazo de continuidad que mantienen, a través de todo proceso de regeneración o reforma personal, la memoria y el fondo del carácter... Este fundamental error privó de firmeza a la obra constructiva de aquellas colectividades de héroes, demasiado grandes e inspiradas en la guerra para que sea justo hacerles cargo de que no fuesen más sabias y cautas en la paz. Convirtieron en escisión violenta, que había de parar en forzosa desorientación y zozobra, lo que pudo ser tránsito ordenado, tenaz adaptación, enlace armonioso... Los partidos liberales... persistieron en el yerro original de tomar de afuera ideas y modelos, sin tener más que olvido o condenación para un pasado del que no era posible prescindir... Los partidos conservadores se adhirieron a la tradición y a la herencia española, tomándolas, no como cimiento ni punto de partida, sino como fin y morada...; una continua y populosa inmigración, procedente de distintos pueblos de Europa..., fué... un nuevo factor que conspiró a nublar la conciencia de la raza propia» (103). La corriente de las ideas y circunstancias históricas generalizaron las tendencias de aproximarse a los Estados Unidos. Continuando las afirmaciones consignadas en *Ariel* diez años antes, expresó: «Absurdo sería, desde luego, negar ni la

(103) R.: *Rumbos nuevos. Con motivo de la publicación de «Idola Fori», de Carlos Arturo Torres.* En «El M. de P.», págs. 34-36.

grandeza extraordinaria de este modelo real, ni las positivas ventajas y excelencias del modelo ideal: el genio de la raza que en aquel pueblo culmina; ni siquiera lo que de practicable y de fecundo había en el propósito de aprender las lecciones de su bien recompensado saber y seguir los ejemplos de su voluntad victoriosa. Pero el radical desconcierto consistía... en la vanidad de pensar que estas imitaciones absolutas, de pueblo a pueblo, de raza a raza, son cosa que cabe en lo natural y posible; que la estructura de espíritu de cada una de esas colectividades humanas no supone ciertos alineamientos y caracteres esenciales..., de modo que lo que es eficaz y oportuno en una parte, no lo es acaso en otras... Diríase que del misterioso fondo sin conciencia, donde se retraen y aguardan las cosas adormecidas que parecen haber pasado para siempre en el alma de los hombres y los pueblos, se levantan, a su conjuro, las voces ancestrales, los reclamos de la tradición, los alardes del orgullo de linaje, y preludian y conciertan un canto de *alborada*» (104).

Había consignado ya en *La novela nueva:* «Mirando al lado de Naciente, es como hemos de ver alzarse por mucho tiempo todavía la más intensa luz que irradiará sobre nuestra organización moral, sobre nuestra vida inteligente, tal así como si el espíritu de la raza reconociese, brillando en la profundidad del horizonte, el fuego lejano de su hogar» (105).

(104) R.: *Rumbos nuevos.* En «El M. de P.», págs. 37-38.
(105) R.: «La N. N.». En «El Q. V.», pág. 153.

H) *El idioma, vínculo de las naciones hispanoamericanas.*

Con motivo de la *Gramática razonada del idioma castellano*, por don Francisco Rodríguez Marín, comentó Rodó: «Una energía asimiladora... es en alto grado una lengua nacional; y esta lengua, para las naciones hispanoamericanas, no puede ser otra, fundamentalmente, que aquélla que las vincula entre ellas mismas, manteniendo para lo por venir el lazo de una unidad preciosísima... El idioma es a la personalidad colectiva de un pueblo lo que el estilo a la personalidad del escritor; lo que esa entonación característica que llamamos *modo de hablar*, a la personalidad del hombre común: un sello natural y propio que no puede cambiarse. Un pueblo que descuida su lengua, como un pueblo que descuida su historia, no están distantes de perder el sentimiento de sí mismos y de dejar disolverse y anularse su personalidad» (106).

Cuatro años antes de la muerte de Rodó, sostuvo con él una interesante conversación el colombiano Juan Ignacio Gálvez. Testimonia Gálvez: «Habla de «nuestro idioma que debemos conservar como el único vínculo de raza que nos une.» Se conduele de la corrupción que sufre la lengua española en algunas regiones; califica la pretensión de formar un idioma especial en la Argentina y en Chile como un despropósito, como «una aspiración de

(106) R.: *La enseñanza del idioma. Con motivo de la «Gramática razonada del idioma castellano», por don Francisco Rodríguez Marín».* En «El M. de P.», pág. 239.

tribu», y elogia a Colombia, en donde se conserva puro el idioma de Castilla» (107).

En *Montalvo* estimó «riquezas de la herencia común, «del instrumento verbal de la raza»: «la firmeza de la línea, la energía del color, la elocuencia ardiente y pomposa, el elegante discreteo, el castizo donaire» (108). Dijo en *Rubén Darío:* «El habla común, que es el arca santa de la raza» (109).

El presbítero chileno Luis Felipe Coutardo, como Rodó, consideró que el castellano es el instrumento verbal de la raza. Ambos coinciden con la autorizada opinión de Andrés Bello respecto a la importancia de conservar la lengua española: «Esta unidad de lengua hay que conservarla, pues, celosamente, como el vínculo inmortal de España con las naciones de la América que de España descienden, ya que, como dice J. Enrique Rodó, la persistencia invencible del idioma importa y asegura la del genio de la raza.» Y para conservarla es menester velar por la integridad de la lengua, sofocando con energía todo intento de corrupción o destrucción. Tal es la tesis de don Andrés Bello. «Juzgo importante (escribe el ilustre venezolano) la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las naciones de origen español, derramadas sobre los dos continentes» (110).

(107) Juan Ignacio Gálvez: *José Enrique Rodó.* En «España», semanario; Madrid, 5 de julio, núm. 128, págs. 9-10.
(108) R.: «M.». En «H. de A.», págs. 50-51.
(109) R.: «R. D.». En «H. de A.», pág. 164.
(110) Luis Felipe Coutardo: *Medios prácticos de un acercamien-*

I) *La tradición en los pueblos hispanoamericanos.*

Tal es el título de un ensayo de Rodó: «Cada año que pasa, la conciencia de estos pueblos nuevos de América se entona con un sentimiento más firme y seguro de la grandeza de su porvenir...; el noble orgullo colectivo empieza a florecer en ellos de la manera natural y espontánea con que toda fuerza juvenil tiende a hacer alarde de sí misma... Natural es también que ese orgullo colectivo se concrete en la idea y la figuración del porvenir. Si hay algún sentimiento esencialmente americano, es, sin duda, el sentimiento del porvenir abierto, prometedor, ilimitado, del que se espera la plenitud de la fuerza, de la gloria y del poder. La formación de los pueblos de nuestro continente como naciones libres ha coincidido con el auge universal de esa concepción del progreso indefinido». Se opone a Condorcet, entre otras razones, por «el injusto menosprecio de la tradición» (111).

La tradición que existe en Europa «con pleno prestigio y plena autoridad» es, en América, «enormemente inferior como extensión y como fuerza... No es sólo por su escaso arraigo en el tiempo por lo que la tradición carece de valor dinámico en nuestra América. Es también por el tránsito súbito que importó la obra de su emancipación, determinando un vigor y oposición casi absolutos

to estrecho entre España y la América española. En «Unión Ibero-Americana»; Madrid, mayo de 1917; págs. 21-22.

(111) R.: *La tradición en los pueblos hispanoamericanos.* En «El C. de P.», pág. 18.

entre el espíritu de su pasado y las normas de su porvenir... Esa obra de asimilación violenta y angustiosa fué y continúa siendo aún el problema, el magno problema de la organización hispanoamericana. De ella procede nuestro permanente desasosiego, lo efímero y precario de nuestras funciones políticas, y superficial arraigo de nuestra cultura. ¿Fué una fatalidad ineludible esa radical escisión entre las tradiciones de nuestro origen colonial y los principios de nuestro desenvolvimiento liberal y progresista? ¿No pudo evitarse esa escisión sino al precio de renunciar a incorporarse, con firme y decidido paso, al movimiento del mundo?... A mi entender, pudo y debió evitarse en gran parte, tendiendo a mantener todo lo que en la herencia del pasado no significara una fuerza indomable de reacción e inercia, y procurando adaptar, hasta donde fuese posible, lo imitado a lo propio, la innovación a la costumbre. Acaso los resultados aparentes habrían requerido mayor concurso del tiempo; pero, sin duda, habrían ganado en solidez y en carácter de originalidad» (112).

En las generaciones que siguieron a la Revolución, «una nueva fuerza hostil al sentimiento de tradición se agregó a esa influencia del idealismo revolucionario. Me refiero a las corrientes de inmigración cosmopolita, incorporadas al núcleo nacional con empuje muy superior a la débil energía asimiladora de que el núcleo nacional era capaz... Asistimos a ese naufragio de la tradición, y debe preocuparnos el interés social de que él no llegue a consumar-

(112) R.: Idem. En «El C. de P.», págs. 19-21.

se. El anhelo del porvenir, la simpatía por lo nuevo, una hospitalidad amplia y generosa, son naturales condiciones de nuestro desenvolvimiento; pero, si hemos de mantener alguna personalidad colectiva, necesitamos reconocernos en el pasado y divisarlo constantemente por encima de nuestro suelto velamen. Para esa obra de conservación, todos los momentos traen su oportunidad... La norma debe ser no sustituir en ningún punto lo que constituye un rasgo tradicional e inveterado sino a condición de que sea claramente inadaptable a una ventaja, a un adelanto positivo..., todo puede contribuir a la afirmación de «una manera nacional», todo puede contribuir a arrojar su nota de color sobre el lienzo gris de este cosmopolitismo que sube y se espesa en nuestro ambiente como una bruma. La persuasión que es necesario difundir, hasta convertirla en sentido común de nuestros pueblos, es que ni la riqueza ni la fuerza de las armas pueden suplir en el ser de las naciones, como no suplen en el individuo, la ausencia de este valor irreducible y soberano: ser algo propio, tener un carácter personal» (113).

J) *La filosofía del «Quijote» y el descubrimiento de América.*

Con motivo de la proximidad del centenario de la muerte de Cervantes, escribió Rodó el ensayo *La filosofía del «Quijote» y el descubrimiento de América*. Consideró a Cervantes el «más alto representante espiritual» de España, «que fué a la vez el mayor prosista del Renacimiento y el más maravilloso creador de caracteres humanos que pueda oponer el genio latino al excelso nombre de Shakespeare... El sentimiento del pasado original, el sentimiento de la raza y de la filiación histórica, nunca se representarían mejor para la América de habla española que en la figura de Cervantes. Cualesquiera que sean las modificaciones profundas que al núcleo de civilización heredado ha impuesto nuestra fuerza de asimilación y de progreso; cualesquiera que hayan de ser en el porvenir los desenvolvimientos originales de nuestra cultura, es indudable que nunca podríamos dejar de reconocer y confesar nuestra vinculación con aquel núcleo primero sin perder la conciencia de una continuidad histórica y de un abolengo que nos da solar y linaje conocido en las tradiciones de la humanidad civilizada. Y esa persistente herencia no tiene manifestación más representativa y cabal que la del idioma... Confirmar la fidelidad a esa fuerza espiritual que es el idioma y glorificarla en el recuerdo de su escritor-arquetipo es, pues, el modo más adecuado y más sincero con que América puede mostrar el género de solidaridad que reconoce con la obra de sus descubridores y civilizadores. No hay otra estatua que la de Cervantes para simbolizar en América la España del pasado común, la España del sol sin Poniente» (114).

(113) R.: Idem. En «El C. de P.», págs. 21-24.

(114) R.: *La filosofía del «Quijote» y el descubrimiento de América*. En «El C. de P.», págs. 11-13.

«Hay además, entre el genio de Cervantes y la aparición de América en el orbe, profunda correlación histórica. El descubrimiento, la conquista de América, son la obra magna del Renacimiento español, y el verbo de este Renacimiento es la novela de Cervantes. La ironía de esta maravillosa creación, abatiendo un ideal caduco, afirma y exalta de rechazo un ideal nuevo y potente, que es el que determina el sentido de la vida en aquel triunfal despertar de todas las energías humanas con que se abre en Europa el pórtico de la Edad Moderna... La América vasta y hermosa sobre todas las ficciones..., con su descubrimiento completa la noción del mundo físico, y con el incentivo de su posesión ofrece el escenario de proezas más inauditas y asombrosas que las aventuras baldías de los caballeros andantes. La filosofía del *Quijote* es, pues, la filosofía de la conquista de América... América nació para que muriese Don Quijote; o, mejor, para hacerle renacer entero de razón y de fuerzas, incorporando a su valor magnánimo y a su imaginación heroica el objetivo real, la aptitud de la acción conjunta y solitaria y el dominio de los medios proporcionados a sus fines.

Mientras muere vencido el Ingenioso Hidalgo y perece con él el tipo de héroes de las fábulas de caballerías, melancólicos como Tristán, vagos e inconsistentes como Lanzarote, inmaculados como Amadís, se consagra en las tremendas lides de América el nuevo tipo heroico, rudo y sanguíneo de los Cortés, Pizarros y Balboas, perseguidores de realidades positivas; apasionados, tanto como de la gloria, del oro y del poder. Mientras la armadura herrumbrosa y la adarga antigua y el simulacro de celada

del iluso Caballero se deshacen en rincón oscuro, resplandecen al sol de América las vibrantes espadas, las firmes corazas de Toledo. Mientras Rocinante, escuálido e inútil, fallece de vejez y de hambre, se desparraman por las pampas, los montes y los valles del Nuevo Mundo los briosos potros andaluces, los heroicos caballos del conquistador, progenitores de aquellos que un día habrán de formar con el «gaucho» y el «llanero» el organismo del centauro americano. Mientras se disipan en el aire los mentidos tesoros de la cueva de Montesinos, fulguran con deslumbradora realidad la plata de Potosí, el oro de Méjico, los diamantes y esmeraldas del Brasil. Mientras fracasa entre risas burladoras el mezquino gobierno de la Insula Barataria, se ganan de este lado del mar imperios colosales y se fundan virreinatos y gobernaciones con que se conceden más pingües recompensas que las que rey alguno de los tiempos de caballería pudo soñar para sus vasallos.

»Así, el sentido crítico del *Quijote* tiene por complemento afirmativo la grande empresa de España, que es la conquista de América. Así, al figurar una viva oposición de ideales, dejó escrita ese libro la epopeya de la civilización española, deteniendo, como hechizada, en el vuelo del tiempo la obra culminante en que aquella civilización llega a su plenitud y da de sí nuevas tierras y nuevos pueblos. Y así, el nombre de Miguel de Cervantes, no sólo por la suprema representación de la lengua, sino también por el carácter de su obra y el significado que hay en ella, puede servir de vínculo imperecedero que

recuerde a América y España la unidad de su historia y la fraternidad de sus destinos» (115).

Andrade Coello calificó el ensayo de Rodó: «Ofrenda y símbolo del *Quijote* en los representativos campos de Montiel del Nuevo Mundo» (116). Rodó (comenta Uribe-Echevarría), hombre de pensamiento, relaciona el descubrimiento de América con la aparición del *Quijote*. Una América ancha y hermosa reemplaza al lejano mundo de Amadises y Esplandianes... La interpretación lírica y filosófica de Rodó levanta, como la de Montalvo, un Quijote para americanos, con la misma oportunidad que Unamuno en España» (116 bis).

Comentando al argentino Arturo Marasso *(Cervantes. La invención del «Quijote»)*, reitera Uribe-Echevarría: «Comenzaban los tiempos de la razón en Europa y, como pensaba Rodó, el *Quijote* fué creado por Cervantes como sustentación de un ideal contrastado, que logró su plena realización en el Nuevo Continente» (116 ter).

K) *América y el ideal de Rodó, según escritores hispanoamericanos.*

a) *Alberto Nin Frías* (1900).—Sostiene la conveniencia del doble influjo de España y Estados Unidos en la América española: «La América española tiene que apo-

(115) R.: Idem. En «El C. de P.», págs. 13-16.

(116) Alejandro Andrade Coello: *Al margen de «El Camino de Paros»*. Quito (Ecuador); Impr. Mejía, 1919; pág. 24.

(116 bis) Juan Uribe-Echevarría: *Cervantes en las letras hispanoamericanas (Antología y Crítica)*. «Ediciones de la Univ. de Chile»; págs. 181-182.

(116 ter) J. Uribe Echevarría: Ob. cit., pág. 198.

yarse en España y Estados Unidos; la primera influencia debe calificarse de moral, propicia a la educación del corazón; la última, de intelectual, necesaria al desarrollo económico e industrial» (117).

b) *Carlos Martínez Vigil* (1905).—Reconoce las virtudes nativas de la raza. Estima de necesidad perentoria poner de acuerdo la influencia española y la francesa. «Casi todos nuestros defectos (sin dejar de reconocer las virtudes nativas de la raza, que hay que proclamar y enaltecer: la lealtad, el valor, la caballerosidad y la hidalguía) provienen de los antiguos pobladores de estas regiones, cuyos hábitos, así como su lenguaje, conservamos aún con bastante fidelidad, a pesar de las influencias de la inmigración extranjera y no obstante la lucha que se opera entre las diversas tendencias que se agitan, de que ha de provenir el carácter nacional, el tipo nacional, aún no formado. Política, social y económicamente, somos herederos de los hombres del tiempo de la conquista. Parte de nuestro derecho y de nuestro régimen administrativo es genuinamente colonial; nuestros dogmas políticos no tienen ese carácter; el código fundamental reposa, en general, sobre los principios liberales de la Revolución francesa... Poner de acuerdo ambas influencias... es una necesidad perentoria» (118).

c) *José Sienra Carranza* (1912).—Es partidario de la

(117) Alberto Nin Frías: *Cervantes. Ensayo sobre una Sociedad Literario-Internacionel*. Montevideo; Marcos Martínez, Impresor; 1900; pág. 6.

(118) C. Martínez Vigil: *El problema nacional*. Montevideo; Impr. de «La Tribunal Popular», 1905; págs. 8 y 9.

unidad de América. «No hay que forzar las fórmulas de la armonía o la confianza, sino afirmar obstinadamente la unidad de toda América y estudiar seriamente los medios de organización de las grandes naciones en que la América española debe constituirse definitiva o progresivamente, si es que, contra cualquiera otra forma en que se pretendiese amoldar sus destinos, no está condenada a perecer o a anular deplorablemente las grandes condiciones con que la suerte la ha dotado para el más brillante y venturoso porvenir. Hay que insistir en esto: bajo las actuales condiciones, la única América que no tiene significación nacional es la América española. Los angloamericanos son una gran nación: los Estados Unidos de América. La América lusitana es una nación, una nación única, tan grande ella sola como todas las repúblicas hispanoamericanas juntas. La América lusitana es una sola: el Brasil. Que se medite ese solo hecho. Y lo demás es cuestión de sentido común... o de muerte» (119).

d) *Federico García Godoy* (1912).—Sostiene la unidad de América, basándose en que son los «factores físicos y espirituales de idéntica procedencia»: «Constituímos desde Méjico hasta la extremidad patagónica un gran *todo* sólidamente cohesionado por indestructibles afinidades étnicas, históricas y sociales... Esa hermosa y salvadora concepción hispanoamericanista palpita a cada paso en las producciones de los más notables escritores de este continente, en José Enrique Rodó, en Manuel Ugarte,

(119) José Sienra Carranza: *Cuestiones americanas. Nuevos capítulos. Examen de una fórmula de cordialidad entre ambas Américas.* Ligugé; Imp. de Eugenio Aubin, 1912; pág. 5.

en Rufino Blanco Fombona, en Francisco García Calderón, en Pedro César Dominici, en Federico Henríquez Carvajal y en varios otros.» Da cuenta del propósito de Rodó de estudiar la conquista y colonización de América, principalmente en la figura de *Hernandarias*, «influído por el estudio del teatro español del siglo XVII (conforme ha declarado en un diario montevideano)» (120).

c) *José María Chacón y Calvo* (1917).—Chacón y Calvo, presidente de la Sección de Literatura del Ateneo de la Habana, consideró a Rodó «escritor profundamente americano... América es el centro de su pensamiento, el centro mismo de su alma» (121).

f) *Licenciado Vidriera* (1917).—Rodó, con su «tendencia americanista», muestra «el alto poderío espiritual de la raza» (122).

g) *Samuel Linnig* (1917).—Cree a Rodó el punto de partida para llegar a una cosmogonía espiritual. «En 1889, Bourget, en su admirable prólogo de *El Discípulo*, decía gravemente a la juventud francesa: «¿Sientes, cuando te encuentras frente a uno de los maestros de hoy

(120) F. García Godoy: *Ante el ara.* En «Páginas efímeras» (Movimiento Intelectual Hispano-Americano); Santo Domingo; Imp. «La Cuna de América». 1912; págs. 25 y 36.

Y en *La literatura americana de nuestros días* («Páginas efímeras»); Madrid; Imp. de J. Pueyo; Biblioteca Andrés Bello; s. a. (1915?); págs. 20-21 y 29.

(121) José María Chacón y Calvo: *José Enrique Rodó.* En «Revista de la Facultad de Letras y Ciencias»; Univ. de La Habana, julio y agosto de 1917; pág. 94.

(122) Licenciado Vidriera: *José Enrique Rodó.* Santigo de Chile, 1917. En «Nosotros»; Buenos Aires, mayo de 1917.

(un Dumas, un Taine, un Leconte de Lisle), *una emoción* al pensar que tienes delante de ti a uno de los depositarios del genio de tu raza?» La misma emoción grave domina la pluma de quien presiente, en la obra fragmentaria, pero inicial, de Rodó, el advenimiento de una América que se incorpora con fuerzas nuevas (con momentos de una conmoción humana, profunda) a la creación (sin fronteras étnicas ni políticas) de una definitiva cosmogonía espiritual» (123).

h) *Gonzalo Zaldumbide* (1918).—Según Zaldumbide, Rodó vivirá, fundamentalmente, por cuanto ha incorporado a la conciencia de Iberoamérica: «Casi toda su obra se inspira en el amor a América... Para ello creía preciso conformar nuestro espíritu al de los viejos pueblos latinos, herederos y continuadores de la norma clásica y todavía conductores de la Humanidad... Quería, en suma, que mantuviésemos la inteligencia franqueada a los cuatro vientos del espíritu y el corazón plantado con fuerza en lo más hondo del rincón natal... Rodó revivirá por este arte y por cuanto hay incorporado a la conciencia en formación de Iberoamérica» (124).

i) *José R. del Franco* (1921).—Intervino José R. del Franco en el II Congreso de Historia y Geografía Hispanoamericanas, celebrado en Sevilla en mayo de 1921. Afirmó que en los jóvenes y enérgicos pueblos de Hispanoamérica «se va plasmando el alma nacional con el aluvión y la amalgama heterogénea de todas las civilizaciones y las razas, sobre la trama, recia e indestructible, que allí dejara el genio y la cultura de la estirpe hispana, en cuatro siglos de ardua y proficua labor civilizadora y de evangelización» (125).

j) *Mariano Picón Salas* (1924).—El chileno Mariano Picón Salas se complace en manifestar: «El amor con que Rodó dedicó sus más bellos esfuerzos a estudiar y divulgar como patrimonio común de todos nosotros (chilenos o argentinos, colombianos o paraguayos) los grandes hombres y las grandes ideas hispanoamericanas ha aquilatado en nosotros el orgullo de nuestra conciencia colectiva» (126).

k) *Miguel F. Rodríguez* (1926).—El 16 de enero de 1926 se celebró el acto de inauguración de una Sección Argentina en la Biblioteca Nacional de Montevideo, consecuencia de un decreto del Ministerio de Instrucción Pública de la República Argentina, que encargó a la Comisión de Bibliotecas Populares la difusión del libro argentino en América. En aquel acto, entre otras cosas, dijo el doctor Miguel F. Rodríguez: «Se dice, generalmente, que entre los pueblos americanos no hay comunidad suficiente para dar base a una unión sólida y estable. Pienso que es un error, porque, además del origen, la histo-

(123) Samuel Linnig: *El sentido espiritual de la obra de Rodó.* En «Nosotros»; Buenos Aires, mayo de 1917; pág. 192.

(124) G. Zaldumbide: *José E. Rodó;* págs. 21 y 98.

(125) José R. del Franco: *La enseñanza de la Historia y la solidaridad hispanoamericana. Exito de una iniciativa en el II Congreso de Historia y Geografía Hispanoamericanas, celebrado en Sevilla en mayo de 1921.* Córdoba: Est. Gráfico de A. Biffignandi, 1924; págs. 13-14.

(126) Mariano Picón Salas: *Los intelectuales ante los problemas de nuestras democracias.* En «Nosotros»; Buenos Aires, enero 1924; pág. 92.

ria, la raza y este idioma majestuoso y bello, en el que volcaron su pensamiento Rodó y Montalvo, Martí y Estrada, existe un factor económico preponderante y decisivo: todos los pueblos latinoamericanos son pueblos en formación, sitiados por el desierto, sin población suficiente, con abundantes riquezas naturales a flor de tierra y sin explotarse, con materia prima para el desarrollo de todas las industrias del mundo. Esta analogía de situación necesariamente crea analogías de intereses y destinos, y si sobre lo material se extiende el tul invisible del espíritu, ha de descubrirse que no estamos tan alejados desde que sabemos de dónde venimos y adónde vamos» (127).

l) *Hugo D. Barbagelata* (1936).—Cree que la solidaridad hispanoamericana gana terreno cada día. «Dans l'incertitude de l'heure présente, la solidarité économique et intellectuelle hispanoaméricaine conçue par Bolívar, appuyée par la propagande optimiste de Rodó et dont Manuel Ugarte s'est fait l'apôtre, gagne chaque jour du terrain... Parallèlement aux relations économiques, les liens intellectuels, officiels ou non, développés surtout dans les universités et dans la Presse, deviennent de plus en plus étroits» (128).

m) *Ernesto Palacio* (1939).—Icaza Tijerino cita al argentino Ernesto Palacio, que se expresa así: «Somos españoles; mejor dicho, somos la prolongación de España en el Río de la Plata, por la persistencia entre nosotros de los dos elementos diferenciales, constituyentes de cultura, que son la religión y el idioma. No provenimos, espiritualmente hablando, de españoles e indios, sino exclusivamente de los primeros. Nuestra verdadera tradición, nuestra historia, es la de España a través de los conquistadores, que siguen viviendo en nosotros» (129).

n) *Juan Ramón Sepich* (1947).—«Nuestra hispanidad es injerto de una Europa ecuménica (la Europa sin par del Medievo) florecida y conservada en España sobre el tronco bárbaro de nuestro indio» (130).

L) *La originalidad cultural de Hispanoamérica.*

a) *Julio Icaza Tigerino.*—En *Estudios.* de Santiago de Chile (octubre-noviembre de 1948) publicó Icaza Tigerino su ensayo *Originalidad cultural de Hispanoamérica.* Considera unida América a España por un mismo concepto espiritual, y afirma que «la misión de América consiste en revisar los principios fundamentales de la cultura de Occidente.

»El problema de la cultura hispanoamericana comienza a preocupar a los europeos. Esta preocupación es un

(127) Doctor Miguel F. Rodríguez: Discurso en la inauguración de la Sección Argentina en la Biblioteca Nacional de Montevideo el 16 de enero de 1926. En «Nosotros»; Buenos Aires; Imprenta Mercatali; año XX, núms. 200 y 201; enero y febrero 1926.

(128) Hugo D. Barbagelata: *Histoire de l'Amérique Espagnole.* París. Librairie Armand Colin, 1936; pág. 307.

(129) Ernesto Palacio: *La historia falsificada.* Editorial Difusión; Buenos Aires, 1939. Citado por Julio Icaza Tigerino: *Originalidad cultural de Hispanoamérica;* en «Estudios»; Santiago de Chile; número 189, octubre-noviembre 1948; pág. 12.

(130) Juan Ramón Sepich: *Nuestra cultura en la cristiandad.* «Razón y Fe», núm. 509, marzo 1947, Madrid.

síntoma de que así como en el orden material Europa espera todo de América, en el orden espiritual su esperanza comienza a estar también en América. Para el hombre de la Europa actual, la realidad americana representa una salida de su caos espiritual más vital y atrayente que la filosofía existencialista o cualquier otro escape intelectual europeo.

»Pero mientras lo europeo pierde su influencia en Hispanoamérica y está cada vez más lejano de su preocupación fundamental, lo español, en cambio, recobra para nosotros el interés de lo cercano y de lo inmediato. Cuando hablo de Europa y de lo europeo distinguiéndolo de lo español, hablo como hispanoamericano. En Hispanoamérica lo español nunca ha sido ni es europeo, y es que lo español es también lo nuestro y como tal es americano. Europa nos ha traído siempre como algo extraño y distante. Mas España está en nosotros, y por eso no la hemos considerado nunca ni extraña ni distante... España se repite en América (cada región y cada ciudad de España tienen su réplica en América), y nuestro linaje étnico y cultural nos une a España en un mismo concepto espiritual: España no es Europa para nosotros.

»Hispanoamérica puede aportar nuevos valores humanos originales a la cultura occidental y recuperar los valores primitivos perdidos en la crisis histórica europea. El problema está en determinar cuáles son esos valores originales de aportación y cuáles son los de recuperación y hasta qué punto esta recuperación y aquella aportación pueden significar una modificación importante de la cultura de Occidente y un desplazamiento extraeuropeo de su centro geográfico y espiritual... Y es que los valores

intelectuales no son los únicos valores humanos de la cultura, ni tampoco los únicos importantes... La misión de América consiste en revisar los principios fundamentales de la cultura de Occidente... En este sentido acierta Keyserling cuando afirma que «la mentalidad y pasividad de Sudamérica pueden conferirle en este viraje de la Historia una misión trascendental para la Humanidad» (Keyserling: *Meditaciones sudamericanas*. Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1933).

Para Keyserling, esta misión consiste en «producir una cultura exclusivamente basada en la Belleza». El pensamiento de Rodó era llegar a la ética por la estética.

«En este sentido, si España ofrece ahora, como recuperación esencial, a la cultura de Occidente los valores cristianos, teológicos y teocéntricos, perdidos por Europa en la crisis de la Historia moderna, Hispanoamérica, en lo que tiene de hispánica, participa también, a su modo, de ese ofrecimiento: y en lo que tiene de estrictamente americano ofrece, además, los valores propios de un primitivismo esencial que también ha perdido la Europa supercivilizada y superintelectualizada, primitivismo necesario para la recreación incesante a que está sometida toda cultura que aspira a la supervivencia histórica» (131).

b) *Emir Rodríguez-Monegal.*—Emir Rodríguez Monegal afirmó la realidad cultural de la América hispánica en la revista *Número*, de Montevideo (mayo-junio de

(131) Julio Icaza Tigerino: *Originalidad cultural de Hispanoamérica*. En «Estudios»; Mensuario de Cultura General; Santiago de Chile: Impr. «El Esfuerzo», año XVI, núm. 189, octubre-noviembre de 1948; págs. 3, 6, 7, 9, 10 y 23.

1949): «Quizá algún día sea lugar común afirmar que una de las más vivas utopías de esta América hispánica en el siglo XX consistió en proclamar la originalidad de su cultura... Hoy parece ineludible para todo el que piense desde nuestra América (como la nombró para siempre Martí) afirmar su realidad cultural. Ello no significa, es claro, sostener que la cultura hispanoamericana es un hecho acabado, ni significa tampoco defender ciegamente una autonomía que no existe ni puede existir. Significa, eso sí, advertir que es posible postular ya la unidad de una cultura que en siglo y medio de existencia independiente ha logrado expresiones propias de indudable jerarquía... Uno de los que más lucharon para convertir en vivencias colectivas estos problemas fué don Pedro Henríquez Ureña (1884-1946)» (132).

M) *La América de la civilización cristiana y la romanza final de «Ariel».*

a) *La América de la civilización cristiana.*—En *Liberalismo y Jacobinismo* caracterizó la América de la civilización cristiana: «La Europa y la América de la civilización cristiana, manteniendo en alto la enseña capitana del mundo sobre quinientos millones de hombres, fortalecidos por la filosofía de la acción, de la esperanza y de la libertad» (133).

(132) Emir Rodríguez Monegal: *Pedro Henríquez Ureña y la cultura hispanoamericana.* En «Número», año I, núm. 2; Montevideo, mayo-junio 1949; págs. 145 y 147.

(133) R.: «A.», pág. 134.

b) *La romanza final del «Ariel».*—Con anterioridad a *Liberalismo y Jacobinismo*, al terminar *Ariel*, interpretó simbólicamente el destino de América:

«Así habló Próspero. Los jóvenes discípulos se separaron del maestro después de haber estrechado su mano con afecto filial. De su suave palabra, iba con ellos la persistente vibración en que se prolonga el lamento del cristal herido, en un ambiente sereno. Era la última hora de la tarde. Un rayo del moribundo sol atravesaba la estancia, en medio de discreta penumbra... Por mucho espacio marchó el grupo en silencio... Cuando el áspero contacto de la muchedumbre los devolvió a la realidad que los rodeaba, era la noche ya. Una cálida y serena noche de estío. La gracia y la quietud que ella derramaba de su urna de ébano sobre la tierra triunfaban de la prosa flotante sobre las cosas dispuestas por manos de los hombres. Sólo estorbaba para el éxtasis la presencia de la multitud. Un soplo tibio hacía estremecerse el ambiente con lánguido y delicioso abandono, como la copa trémula en la mano de una bacante. Las sombras, sin ennegrecer el cielo purísimo, se limitaban a dar a su azul el tono oscuro en que parece expresarse una serenidad pensadora. Esmaltándolas, los grandes astros centelleaban en medio de un cortejo infinito; Aldebarán, que ciñe una púrpura de luz; Sirio, como la cavidad de un nielado cáliz de plata volcado sobre el mundo; el Crucero, cuyos brazos abiertos se tienden sobre el suelo de América como para defender una última esperanza...» (134).

(134) R.: Idem, págs. 143-144.

CAPITULO X

AMOR A ESPAÑA

Fué Rodó fervoroso españolista. Son frecuentes en sus obras alusiones, apreciaciones y referencias sobre nombres y temas españoles. Buen conocedor de la literatura española, formuló acertados juicios; escribió páginas dignas de figurar en antologías, como las semblanzas de Alfonso el *Sabio* y de Hurtado de Mendoza; sin embargo, su capacidad de comprensión no llegó a penetrar la intensidad lírica de fray Luis de León. Afirmó la herencia de raza y el valor del idioma como expresión del genio de la raza. Recordamos el final de *Rubén Darío*, citado en la pág. 126, con la calificación de brillante muestra de literatura «regeneracionista». Recordamos también el concepto rodoniano de la seguidilla, que queda recogido en la pág. 321.

1.—*Referencias a El Escorial y a famosas personalidades españolas.*

En *Nápoles la española* menciona Rodó el Arco de Triunfo, recuerdo de «que entró a reinar el magnánimo Alfonso de Aragón»; la puerta monumental erigida por el duque de Alba; la capilla con el nombre de Gonzalo de Córdoba; el palacio que levantó «el conde de Lemos, desde el cual reinó después el innovador Carlos III»; las esquinas de Nápoles «vieron pasar a Don Juan» (1).

Al tratar de la vocación, recuerda que el padre de Hernán Cortés destinaba a éste a las letras (2). Se refirió a Bartolomé de las Casas como hombre apasionado (3). Recordó, entre las conversiones, la del «duque de Gandía frente a la inanimada belleza de la emperatriz Isabel» (4). Considerando los «vestigios de una primera vocación en otra que la sustituye, cita a San Ignacio, que al fundar la Compañía «muestra en su índole y carácter temple de milicia» (5).

Comparó las suntuosidades de la lengua en *Montalvo* con el alarde de magnificencia colectiva que presidió a la fábrica de El Escorial, para cuya edificación dicen que se reunieron, en piedras, maderas y metales, todos los primores de las tierras de España: el mármol de Filabres,

(1) R.: *Nápoles la española.* En «El C. de P.», págs. 203-204.
(2) R.: «M. de P.», pág. 127.
(3) R.: Idem. pág. 410.
(4) R.: *Mi retablo de Navidad.* En «N. M. de P.», pág. 84.
(5) R.: «M. de P.», pág. 207.

el jaspe de Tortosa, el pino de Cuenca y Valsaín, el hierro de Vizcaya, la caoba y el ébano de Indias» (6).

No sentía simpatía por Fernando VII (7).

Alaba la labor de Montolíu en el Instituto de Estudios Catalanes, y se complace «en recordar con él la gloria de nuestro gran colombiano Rufino José Cuervo» (8).

Cree que Verdaguer, Guimerá y Oller magnificarían el escenario de su producción usando la lengua castellana, medio de comunicación entre ochenta millones de almas» (9).

2.—*Los conquistadores.*

El inmenso horizonte de América, «abierto de improviso», despertó la pasión aventurera y los sueños de ambición de conquistadores, como Balboa, Cortés y Pizarro (10).

3.—*Remembranza del Apóstol Santiago.*

En el discurso leído en el Club Rivera el 22 de mayo de 1907, rememoró al Patrón de España: «¡Patriarca de los tiempos viejos: caudillo de nuestros mayores; grande y generoso Rivera! ¡Levanta eternamente sobre nuestro

(6) R.: «M.». En «H. de A.», pág. 54.
(7) R.: «El Q. V.», pág. 9.
(8) R.: *En España. En Barcelona.* En «El C. de P.», pág. 86.
(9) R.: *El nacionalismo catalán.* En «El C. de P.», pág. 103.
(10) R.: «M. de P.», pág. 218.

horizonte tu sombra tutelar, agigantada como en un inmenso espejismo; cabalgando en campos de aire, a la manera de Santiago en las leyendas de España!» (11).

4.—*Los misioneros y su influjo en la filología.*

De la misma manera que «Raimundo Lulio... contribuyó poderosamente a iniciar a la Europa cristiana en el conocimiento del árabe mismo y del hebreo..., los misioneros españoles y portugueses..., yendo tras las huellas de los conquistadores, trajeron a la filología el estudio de las lenguas americanas y dilataron o perfeccionaron el de las asiáticas» (12).

5. — *Referencias y consideraciones sobre artistas españoles.*

A) *El músico Salinas, el escultor Cano y los actores Cubas y Máiquez.*

«Aún guarda su interés mucho de lo que sobre el arte de la música teorizaron ejecutantes y compositores, desde Salinas y Rameau hasta Schumann y Liszt» (13).

Consideró al escultor, pintor y arquitecto granadino

(11) R.: *Perfil de caudillo.* Discurso leído en la velada literaria que celebró el Club Rivera, de Montevideo, en conmemoración de la toma de las Misiones, el 22 de mayo de 1907. En «El M. de P.», pág. 325.
(12) R.: «M. de P.», pág. 312.
(13) R.: Idem, pág. 330.

Alonso Cano ejemplo de aptitud en todas las artes plásticas (14).

Citó a los insignes cómicos Cubas y Máiquez como ejemplos de vocación anticipada a la aptitud (15).

B) *Pintores, escritores.*

a) *Pablo de Céspedes.*—«Las dotes del artista plástico y poeta... convergen por distinta vía a un mismo fin... en Pablo de Céspedes, una de las más gallardas figuras de las letras y el arte en la España del gran siglo» (16).

b) *Palomino.*—Afirmó Rodó: «La inteligencia teórica y la apreciación sentida de lo bello deben a la contribución personal de los artistas invalorables tesoros... En páginas escritas por pintores: Vicente Carducci o Palomino, Reynols o Lebrun, duran observaciones, enseñanzas y juicios de arte que, cuando no tienen valor definitivo, lo tuvieron histórico» (17).

c) *Ceán Bermúdez.*—El paso de productivo a crítico, «menos común en las artes plásticas que en el de la palabra, porque el crítico es genéricamente un escritor», se vió en Ceán Bermúdez, «que, después de ceder, en su juventud, al *anch'io del Correggio*, consagró definitivamente su atención a la teoría y la historia de la belleza que había soñado realizar» (18).

(14) R.: Idem, pág. 110.
(15) R.: Idem, pág. 131.
(16) R.: Idem, pág. 326.
(17) R.: Idem, pág. 330.
(18) R.: Idem, págs. 199.

ROSARIO SARIO 2015 Machado

C) *Referencias a Velázquez, Ribalta, Ribera y los hermanos Estrada.*

Citó a Velázquez entre los artistas que perpetuaron el crucifijo (19). Considerando la influencia negativa del medio social, se preguntó: «¿No has pensado alguna vez qué sería del genio de un Rembrandt o un Velázquez nacidos en la comunión del Islam, que no consiente la imitación figurada de las cosas vivas?...» (20).

Recordó a Ribalta, «que, a exacta imagen de Solario, buscaba en la casa de un pintor la vecindad de unos ojos al propio tiempo que la norma de una vocación» (21).

En Nápoles «pintó el Españoleto, y en sus cuadros está aún el mayor interés pictórico de Nápoles» (22).

Citó a los hermanos Estrada, en la pintura española del siglo XVII, como ejemplo de colaboración fundada «en real y positiva hermandad» (23).

(19) R.: «L. y J.», pág. 172.
(20) R.: «M. de P.», pág. 218. En LXXIII. *Las aptitudes perdidas en el fondo oscuro de la sociedad humana. La influencia negativa del medio social.*
(21) R.: «M. de P.», pág. 142. En LIII. *La leyenda del dibujo y la de la imprenta. El amor en las vocaciones.*
(22) R.: *Napoles la española.* En «El C. de P.», pág. 204.
(23) R.: «M. de P.», pág. 186.

D) *Murillo.*

Mencionó a Murillo entre los niños sublimes: «Vaga por la Sevilla de la gran época y, armado de un pedazo de carbón, dibuja toscas figuras en las paredes de las casas. Ese pedazo de carbón es el heraldo que abre camino a un pincel glorioso» (24).

Diferenció en la obra de Murillo «tres maneras tan desemejantes, tan netamente caracterizadas, que dominan, la primera, en los cuadros hechos, durante la juventud, para las ferias de Cádiz; la segunda, en los que pintó viniendo de estudiar las colecciones de El Escorial, y la tercera, en las maravillas del tiempo de *La Concepción* y el *San Antonio*» (25).

6.—*El sentimiento de la Naturaleza en la literatura española.*

En *Juan María Gutiérrez y su época* apuntó: «Descartados los cuadros de égloga e idilio por su falsedad o su indeterminación..., el amor de la Naturaleza en la lírica, sólo por excepción puede notarse en aquella delicada ternura con que los místicos solían considerar la obra de su dios en las bellezas del mundo; en la opulenta vena de lirismo que corre abrazada en las ficciones del teatro, y en la frescura agreste de algunas canciones populares que

(24) R.: Idem, pág. 117.
(25) R.: Idem, pág. 176.

asoman entre el follaje de los Cancioneros» (26). Precisó en *El americanismo literario:* «El amor de la Naturaleza por los líricos, sólo por excepción puede notarse, en la contemplación inspirada de la *Noche serena,* en ciertos pasajes del Romancero» (27).

Insiste en el tema y amplía sus consideraciones en la extensa carta a Unamuno del 13 de julio de 1903 : «Bien dice usted que la literatura española no tiene, entre sus notas características, el sentimiento de la Naturaleza.» Echó de menos este sentimiento en «los poemas y crónicas escritos por españoles en América sobre cosas de la Conquista». Hasta en Ercilla, el paisaje es convencional. Las huellas que encontró en el Diario de Colón son «fugaces y susperficiales». «Veo el sentimiento de la Naturaleza en tal cual rasgo de los mismos bucólicos del Renacimiento cuando se sobreponen a la falsedad de la escuela. Lo veo en Cervantes... Y si no como descripción *sostenida* ni como tema directo, a lo menos en notas pasajeras y accidentales, lo veo también en el teatro del gran siglo, sobre todo en Lope de Vega. Claro es que no olvido a fray Luis..., el duque de Rivas, Zorrilla, Arolas, Enrique Gil, Pastor Díaz, García Tassara, Núñez de Arce, Selgas, Ruiz Aguilera, Querol, entre los líricos, han sentido, cada uno a su modo, la Naturaleza. Los novelistas y cuentistas tienen mucho en materia descriptiva, tomada del natural y vivificada por el amor de determinado paisaje local. Así, Pereda, *Fernán Caballero,* Trueba, la

(26) R.: *Juan María Gutiérrez y su época.* En «El M. de P.», página 395.

(27) R.: *El americanismo literario.* En «El Q. V.», pág. 248.

Pardo Bazán, Salvador Rueda... Creo, sin embargo, que en esto se llevan la palma las literaturas regionales, a juzgar por lo poco que he visto de ellas. Cuadros preciosos recuerdo haber admirado en el *Canigó,* de Verdaguer, y en su *Atlántida.* También me impresionaron muy favorablemente los *Idilios,* de Apeles Mestres, de un sabor bucólico propiamente antiguo. Del mismo autor conozco *Los sardinalers,* que es un poema de mar y pesca, de un fuerte realismo. Menos que de la poesía catalana se me alcanza la gallega; pero en Rosalía de Castro, y, sobre todo, en Pondal, he *sentido* el reflejo intenso del paisaje comarcano.»

7.—*La literatura española anterior al Siglo de Oro.*

A) *Mester de juglaría y mester de clerecía.*

a) *Los héroes de la epopeya castellana.* — Considera Rodó al gaucho Pantaleón, el montonero, el caudillo, personaje de *El Terruño,* de Carlos Reyles, «majestuoso y raudo, al modo de los héroes de Homero, de los Siete Capitanes de Esquilo, o de los Cides, Bernardos y Fernanes González de la epopeya castellana» (28).

b) *Berceo y el «Alexandre».*—El coloquio de Centauros de Rubén Darío le evoca «el recuerdo de los viejos ritmos del *Alexandre* y de Berceo» (29).

(28) R.: Prólogo a *El Terruño,* de Carlos Reyles; págs. XXII-XXIII.

(29) R.: «R. D.». En «H. de A.». pág. 150.

B) *Siglo XIII.*

a) *Alfonso X, «el Sabio».*—Lo incluyó entre los espíritus universales, dotado de multitud de aptitudes, destacando como nota fundamental «el carácter del legislador» (30). En el párrafo XLI de *Motivos de Proteo* (págs. 97-99), nos dejó una hermosa semblanza del Rey Sabio: «Una fuente capaz de infinita suerte de ideas, la del sabio rey de las Partidas. Si no tan grande, o si no tan venturoso, en las artes de la acción como en las del pensamiento, no menos emprendedor y altamente inspirado en las unas que en las otras, y en las de la sabiduría tan vasto y comprensivo, que la extensión de la ciencia de su tiempo se mide por el cíngulo de sus aplicaciones. Don Alfonso es formidable cabeza, de donde brota, armada de todas armas, la Minerva de una civilización que se define y constituye» (31).

b) *Raimundo Lulio.*—Lo consideró espíritu universal, con la nota fundamental de filósofo (32). Lo denominó filósofo artista y aludió a su potencia imaginativa (33). Fué notable su aportación para el conocimiento del árabe y del hebreo en la Europa cristiana (34). Mencionó su conversión «develando el ulcerado pecho de su Blanca» (35).

(30) R.: «M. de P.», pág. 307.
(31) R.: Idem, pág. 97.
(32) R.: Idem, pág. 307.
(33) R.: Carta a D. Juan Francisco Piquet. Montevideo, julio de 1905. En «El Q. V.», pág. 217.
(34) R.: «M. de P.», pág. 312.
(35) R.: *Mi retablo de Navidad.* En «N. M. de P.», pág. 84.

C) *Siglo XV.*

Fernán Pérez de Guzmán. — «Veteranos de la acción política y guerrera fueron muchos de los cronistas que preceden a la reencarnación de la gran historia clásica.» Así, «aquel hidalgo de la sangre, del carácter y del estilo, que se llamó Fernán Pérez de Guzmán, el antiguo privado, compone, recluído en su señorío de Batres, la más rica y penetrante prosa histórica del siglo XV» (36).

8.—*El Siglo de Oro de la literatura española.*

A) *Poesía lírica.*

a) *Los petrarquistas. Boscán y Garcilaso.*—Consideró representativo el nombre de Boscán «en la transfiguración del castellano, cuando la grande aurora del Renacimiento» (37). Recordó que la conversación con Navagero, embajador de Venecia, le decidió a «transportar a la lengua de Castilla los metros italianos» (38). Respecto de *El Cortesano*, traducido por Boscán en modelo de traducción literaria, expresó Rodó: «Quien ha leído en Baltasar Castiglione la más fina y donosa de las teorías de amor humano, no olvidará aquella página donde con tal gracia y calor se representa la sugestión de amor en el ánimo del guerrero.» Abona la teoría el ejemplo de

(36) R.: «M. de P.», pág. 193.
(37) R.: *El nacionalismo catalán.* En «El C. de P.», pág. 101.
(38) R.: «M. de P.», págs. 152-153.

las hazañas de los capitanes en el cerco de Granada, presenciada por las damas de la Reina Católica (39).

«Una amistad gloriosa... unió a Boscán y Garcilaso y dió por fruto la forma típica y capaz del Renacimiento literario español» (40). Con Garcilaso, que en el «divino ambiente de Nápoles sintió el amor y la belleza» (41), adquirió definitiva forma el nuevo estilo de rimar» (42).

La personalidad de Garcilaso, militar y poeta, fué caso típico de coexistencia de vocaciones sin asociarse (43).

Los versos del *Friso*, de Rubén Darío, «tienen todo el aire de Sannazaro, de Garcilaso, de fray Luis, tal como probó a rejuvenecerla en la España de nuestro tiempo... la *Epístola a Horacio*» (44).

b) *Hurtado de Mendoza.*—Magnífica es la semblanza de Hurtado de Mendoza, salvando la paternidad que le atribuyó de *El Lazarillo de Tormes*. Lo estimó «figura estatuaria y clásica..., el hombre por excelencia significativo y armónico del Renacimiento español: cabeza por primores de estilo y para planes de gobierno, brazo para mandobles, ojo para cazas de altanería; el incomparable, el magnífico don Diego: soldado, embajador, gobernador de Siena, árbitro de Italia; verbo de Carlos V, cuya palabra hace retumbar en el Concilio de Trento por encima del Pontífice Romano, y cuya voluntad tiende en redes sutiles alrededor de príncipes y repúblicas;

(39) R.: Idem, págs. 143-144.
(40) R.: Idem, pág. 189.
(41) R.: *Nápoles la española*. En «El C. de P.», pág. 204.
(42) R.: «M. de P.», pág. 271.
(43) R.: Idem, pág. 306.
(44) R.: «R. D.». En «H. de A.», págs. 150-151.

y en el aspecto literario, humanista de los de la hora prima, inflamado hasta la medula de los huesos en los entusiasmos de la resurrección de la belleza y del hallazgo de manuscritos preciosos, a quien el sultán de Turquía manda una vez, para retribuir cumplidos de Estado, seis arcas llenas de códices antiguos; poeta que lo mismo compone al uso popular que cultiva el endecasílabo de Garcilaso; escritor que reproduce en la historia picaresca las tintas de Salustio» (45).

c) *Escuela salmantina: Fray Luis de León.* — «Fray Luis de León, que jamás abrigó el pensamiento de dar a conocer los versos que compuso, y que cuando en la vejez, y a instancia de un amigo, los copia en un cuaderno, pone delante las famosas palabras: «*Se me cayeron, como de entre las manos, estas obrillas...*» (46).

En la carta a Unamuno del 19 de julio de 1903, refiriéndose a la interpretación del sentimiento de la Naturaleza en la literatura española, dice Rodó: «Claro es que no olvido a fray Luis.» Mas, en punto y seguido, añade: «No debo olvidar por lo mismo que no es de *mis* poetas. Me pasa con fray Luis en la lírica clásica lo que con Zorrilla en la romántica moderna. No ciertamente porque se parezcan entre sí, sino porque, reconociendo yo su indudable grandeza, no los reconozco *míos*, sé que no los comprendo todo cuanto debiera. Me apenan estas limitaciones de gusto, y usted sabe que procuro tener los menos posibles y pongo mi mayor aspiración en comprenderlo todo... Claro está que por lo que respecta

(45) R.: «M. de P.», págs. 100-101.
(46) R.: Idem, pág. 203.

al poeta de la *Noche serena* (y lo mismo digo de Zorrilla) no debe darse más que un valor relativo a lo que afirmo de mi limitación de gusto. Los admiro, pero comprendo que no todo lo que ellos merecen.» La referencia que hizo a la *Oda a Salinas*, en el párrafo XCIX de *Motivos de Proteo*, implica capacidad de comprensión: «Y, sin embargo, cabe también cierta gracia peculiar en esta absorción tirana del espíritu por un solo y exclusivo objeto, que, en su grandeza o su pequeñez, circunscribe para aquél el horizonte del mundo. Cuando, por la calidad del alma y la del objeto, éste es capaz de hechizar el alma y serenarla, como *serenaba* el aire el músico ciego con el son melodioso» (47).

d) *Escuela sevillana*: *Rodrigo Caro*.—«Vese, en la sencilla dualidad de espíritu de Rodrigo Caro, el arqueólogo contraído a las vejeces de su tierruca, que... supo decir inmortalmente a Fabio la tristeza de los *campos de soledad*, donde *fué Itálica famosa*» (48).

En el artículo *Tívoli* evocó *Las ruinas de Itálica*, de Rodrigo Caro: «A un cuarto de hora de Tívoli, hacia el Sur, está la Villa Adriana. Es ésa una excursión, más que para aficionados al arte, para arqueólogos... «*De todo apenas quedan señales*». Un rebaño de cabras huella pedazos de mármol que se levantaron sobre tanta frente soberbia. La hierba salvaje adorna la exedra del Trono. Se busca a Fabio en este *campo de soledad* para comunicar la tristeza de la contemplación» (49).

(47) R.: Idem, pág. 286.
(48) R.: Idem, pág. 322.
(49) R.: *Tívoli*. En «El C. de P.», págs. 199-200.

c) *Escuela aragonesa: Bartolomé de Argensola*.—En *Sobre un libro de versos. Al argentino Francisco Soto Calvo, autor de «Prosas»*, recordó Rodó el «*voluntario vuelo* de que hablaba, a propósito de las imitaciones de los clásicos, Bartolomé de Argensola» (50).

B) *Poesía épica.*

a) *Ercilla*.—«Suele la voluntad del héroe hacer compañía al genio del poeta... Del rojo cobre heroico fundido con el resplandeciente estaño de la imaginación del poeta, nació el bronce del alma de Esquilo, y del alma de Camoens, y del alma de Ercilla» (51).

En Ercilla «se personifica, en cierto modo, la iniciación homérica de la literatura propia y original del Nuevo Mundo... Puede afirmarse, en efecto, que mucha parte de la esencia poética de la vida de los pueblos indígenas pasó, por intuición admirable, a las páginas del inmortal narrador... La glorificación, la idealización de la conquista española, le deben poco... «El héroe es Caupolicán; el tema del heroísmo, araucano», afirma Bello» (52).

Los épicos de la conquista americana, incluso el mayor de ellos, Ercilla, apenas fijaron «su atención en la virgen Naturaleza que les brindaba su copa de poesía rebosante». En el canto XVII de *La Araucana* no se des-

(50) En «El Q. V.», pág. 105.
(51) R.: «M. de P.», pág. 317.
(52) R.: *El americanismo literario*. En «El Q. V.», págs. 266 y 268.

cribe la realidad, sino «el valle fabuloso que compite con las más bellas descripciones convencionales de los clásicos, como en la de la isla embalsamada de Camoens y la del alcázar encantado que el Tasso imaginó para su Armida» (53).

b) *Otros autores.*—Rodó calificó con acierto el *Cortés valeroso*, de Lasso de la Vega; el *Peregrino indiano* o *Conquista de Méjico*, de Saavedra Guzmán, y las *Elegías de varones ilustres de Indias*, de Juan de Castellanos: «El débil poema de Saavedra Guzmán y el cronicón rimado de Lasso de la Vega. En las *Elegías* de Juan de Castellanos tampoco puede apreciar la posteridad, sino el interés del documento y la crónica; y en cuanto al continuador americano de Ercilla, cabe afirmar que América no puso ni un reflejo o una nota de color en sus descripciones, ni una inspiración de amor y de piedad en su espíritu contaminado por los odios de raza que superó noblemente el alma hidalga de su antecesor» (54). Recordó que Juan María Gutiérrez «estudió con fina inteligencia histórica y crítica» el *Arauco domado*, del chileno Pedro de Oña (55).

(53) R.: *Juan María Gutiérrez y su época*. En «El M. de P.», pág. 395. Con ligeras variantes, una prueba más de cómo Rodó cuidaba la revisión de sus escritos, aparece en *El americanismo literario* (en «El Q. V.», pág. 248). Se publicó este texto en la «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.», de Montevideo, julio-agosto de 1895.

(54) R.: *El americanismo literario*. En «El Q. V.», pág. 225.

(55) R.: *Juan María Gutiérrez y su época*. En «El M. de P.», pág. 375.

C) *Los místicos.*

Además de lo consignado respecto a fray Luis de León (pág. 613), se refirió a los versos de los místicos, al tratar, en *Ariel*, del renacer de las esperanzas humanas: «Se ilumina en el espíritu de la Humanidad la esperanza en el Esposo anhelado, cuya imagen, dulce y radiosa como en los versos de marfil de los místicos, basta para mantener la animación y el contento de la vida, aun cuando nunca haya de encarnarse en la realidad» (56). Citó a Granada y a Malón de Chaide, en *Montalvo* (57). Con motivo de Leopardi, recordó «el fervor y el arrebato de los místicos, el vuelo ardiente de San Juan de la Cruz» (58). Mencionó la frase de Santa Teresa: «Mi oración es tan continua, que ni aun en sueños puedo interrumpir su curso», en confirmación de que «el genio es, a menudo, avasalladora obsesión (59); evocó en *Motivos de Proteo* el verso famoso: «Ven, muerte, tan escondida...» (60).

(56) R.: «A.», pág. 32.

(57) R.: «M.». En «H. de A.», pág. 53.

(58) R.: *El altar de la muerte*. En «El Q. V.», pág. 333.

(59) R.: «M. de P.», pág. 285.

(60) R.: Idem, pág. 230.

D) *La Historia.*

a) *Francisco de Melo.*—Lo calificó como «el Tácito portugués» (61).

b) *Garcilaso de la Vega, el Inca.*—En los *Comentarios Reales*, ...idealización del Imperio y de la sabiduría de los Incas..., se extiende límpida y majestuosa el habla literaria modelada por los grandes prosistas del Renacimiento (62). Fué su autor «un mestizo que unió a la doble nobleza de la calidad el privilegio del estilo..., que semejan allí las huellas de la sangre del indio en el lustre de una hoja de Toledo» (63). «Aquella historia es un poema, en que forman armonía singular las voces de dos sangres enemigas, prevaleciendo la del español en lo declarado y aparente, pero la del indio en lo virtual y profundo» (64).

E) *Cervantes.*

a) *Miguel de Cervantes.*

a') *Niño sublime.*—Rodó consideró a Cervantes entre los niños sublimes, evocando su figura en Alcalá: «Aquel niño *de ojos alegres* que, en las calles de una ciudad de

(61) R.: Idem, pág. 194.
(62) R.: *El americanismo literario.* En «El Q. V.», páginas 274-275.
(63) R.: «R. D.». En «H. de A.», pág. 46.
(64) R.: *Juan María Gutiérrez y su época.* En «El M. de P.», pág. 417.

estudiantes, se inclina a recoger del suelo unos papeles donde ve letras impresas, y los guarda con esmero solícito, es Miguel de Cervantes Saavedra» (65).

b') *Vocación militar.*—Para Rodó «es el *Discurso de las armas y las letras* un indicio de que en la predilección... de Cervantes ocupaba el primer lugar... la vocación... que le movió en la juventud a perseguir la gloria militar, hasta caer cautivo después de dejar la mano compañera de la que había de escribir el *Quijote*, peleando en *la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros*» (66).

c') *Cambio de vocación literaria.*—«Cuando el estrépito triunfal de las comedias de Lope llenó los ámbitos de la escena, Cervantes dejó la pluma de *Los Tratos de Argel* y la *Numancia*, con que soñó fijar rumbos al teatro; y la pluma que en adelante maneja es la de Cide Hamete Benengeli» (67).

d') *Escritor arquetipo.*—Rodó, en su ensayo *La filosofía del «Quijote» y el descubrimiento de América*, estimó a Cervantes el «escritor arquetipo» de España, «su más alto representante espiritual, que fué a la vez el mayor prosista del Renacimiento» (véase pág. 585).

Percibía Rodó el «soplo de augusta y bienhechora li-

(65) R.: «M. de P.», pág. 116. En XLIV. *Augurios. Pasan los niños sublimes.*
(66) R.: «M. de P.», pág. 203.
(67) R.: Idem, pág. 158. En LVI. *El «anch'io» que obra por contraste. «Si tú a la izquierda, yo a la derecha».*

bertad que azota las ásperas cumbres de Cervantes y Shakespeare» (68).

e') *Referencia al conde de Lemos.*—Se refirió Rodó el conde de Lemos, el mecenas de Cervantes, en su artículo *Napoles la española* (69).

b) *El «Quijote».*

a') *El sello de los viajes de su autor.*—En los artistas que han viajado «hay un soplo inconfundible de realidad, de animación, de frescura, que trasciende de lejos, como el fragante aliento del mar o como el aroma de la tierra mojada por la lluvia. Este soplo más se siente que se define. Los libros que lo contienen son ambrosía de la imaginación. Contiénelo el *Quijote*, donde a cada página está transparentándose, bajo lo que se narra o describe, el hombre que ha andado por el mundo» (70).

b') *Expresión de la tragicomedia humana.* — «Nada aparentemente más inconciliable que el sentimiento de la admiración conmovida y el de la risa burlesca, manera del desprecio; pero ¿tienes más que volver a leer ciertas escenas del *Quijote*, para sentirlos, enlazados en paradoja sentimental, dentro de ti mismo?» (71).

(68) R.: *Una novela de Galdós.* 1897. En «El M. de P.», páginas 109-110.

(69) R.: *Nápoles la española.* En «El C. de P.», pág. 203.

(70) R.: «M. de P.», pág. 277. En XCVI. *Inconfundible sello de los viajes en la obra artística.*

(71) R.: «M. de P.», págs. 403-404.

c') *Razón de su universalidad.*—En el prólogo a *El Terruño*, de Carlos Reyles, expresó Rodó toda la razón de la universalidad de obras famosas de la literatura universal, entre ellas el *Quijote:* «La esencia de pasiones, de caracteres, de conflictos, que constituye la idea fundamental del *Quijote*, del *Otelo*, de *Macbeth*, de *El Alcalde de Zalamea*, y aun del *Hamlet* y del *Fausto*, puede tomarse indistintamente del cuadro de una sociedad semiprimitiva o del de un centro de alta civilización. Pertenece todo ello a aquel fondo radical de la naturaleza humana que se encuentra por bajo de las diferencias de raza y de tiempo, como el agua en todas partes donde se ahonda en la corteza de la tierra. La obra del artista empieza cuando se trata de imprimir a este fondo genérico la determinación de lugar y de época, individualizando en formas vivas la pasión universalmente inteligible y simpática» (72).

d') *Las interpretaciones arbitrarias del «Quijote».*— En una intervención parlamentaria, en la sesión del 9 de julio de 1904, mencionó Rodó «los infinitos comentarios que se han compuesto a propósito de una de las obras maestras del espíritu humano: a propósito del *Quijote*... Así, según algunos de los comentadores del *Quijote*, Cervantes resultaría un precursor de la filosofía racionalista; según otros, un precursor de la democracia o de la revolución social, o bien del darvinismo o del espiritismo... Pues bien: a mí, aunque estas interpretaciones nunca me convencieron, con frecuencia me

(72) R.: Prólogo a *El Terruño*, de Carlos Reyles; pág. XVI.

han entretenido, por la ingeniosidad que suelen revelar» (73).

e') *Los cambios de la fisonomía del hidalgo inmortal, interpretados por diversas patrias.*—Al visitar Rodó en Barcelona el Instituto de Estudios Catalanes, empezó «por admirar en él la copiosa colección cervantina, la primera del mundo, rica de ediciones primitivas, de ejemplares únicos o raros, y primores de imprenta y encuadernación, de esos que son golosina del bibliófilo. Renuevo, ante las láminas de las traducciones del *Quijote*, una observación que ya tenía hecha: la curiosa transfiguración, o si queréis, los cambios de patria de la fisonomía del hidalgo inmortal, al recibir de cada interpretación del lápiz el tipo étnico del país a que el dibujante pertenece, de manera que veis sucesivamente el Quijote inglés, el francés, el italiano, el tudesco, y hasta el vascongado y el nipón, todo dentro de la unidad impuesta por el carácter esencial de la figura» (74).

f') *La filosofía del «Quijote» y el descubrimiento de América.* (Véanse págs. 584-588, capítulo IX: «América.»

c) *Cervantes y Montalvo.*

Rodó interpretó, comparativamente, a ambos escritores: «Montalvo escribió los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, parodia del *Quijote*, que hasta después

(73) R.: Discurso parlamentario en la sesión del 9 de julio de 1904, en favor de la libertad de Prensa. En «H. de A.», páginas 198-199.

(74) R.: *España. En Barcelona.* En «El C. de P.», págs. 85-86.

de la muerte de Montalvo no conoció la imprenta... Cervantes, en quien la invención novelesca conserva mucha parte del candor del primitivo épico, tuvo la divina inspiración del estilo, y como su arte infuso; pero careció, en fuerza de su propia absoluta naturalidad, de la *conciencia del estilo*, que es intensísima y predominante en Montalvo, artista refinado y precioso, cuyas afinidades, dentro de la clásica prosa castellana, han de buscarse, mucho más que en Cervantes, en Quevedo o Gracián... Nadie, en idioma castellano, ha hablado de Cervantes y del *Quijote* como Montalvo en esas páginas. Sin asomo de hipérbole, puede decirse que ellas son el análisis condigno de la creadora síntesis del genio. La más durable estatua de Cervantes está allí, labrada con la unción que un artífice devoto pondría en cincelar una imagen sagrada» (75).

d) *Interpretación de Don Quijote.*

a') «*Maestro en la locura razonable y la sublime cordura*».—Rodó cita a Don Quijote vencido por el caballero de la Blanca Luna, como ejemplo de no entregarse en el fracaso al fácil desánimo de la inconstancia. Fué «Don Quijote maestro en la locura razonable y la sublime cordura» (76).

b') *Símbolo de España.*—Con motivo de un retumbante epitafio en una iglesia de Nápoles, comentó Rodó:

(75) R.: «M.». En «H. de A.», págs. 55-56.

(76) R.: «M. de P.», págs. 29-30. En XI. *Don Quijote, vencido.*

«Aquella España soberbia y andantesca, cuya idea encarnó en el caballero de la Mancha» (77).

c') *Don Quijote y la limitación de la civilización moderna.*—En el artículo *Los gatos en la columna Trajana*, exponiendo la limitación de la civilización moderna, se refirió Rodó a Don Quijote, cuando los gatos saltaron a la cara del héroe (78).

d') *«El Cristo a la jineta».*—En *El Cristo a la jineta*, compara Rodó la vida y la acción de Cristo y la de Don Quijote. Llamó a Sansón Carrasco el Judas que entregó a Don Quijote.. He aquí los párrafos del comienzo y del final del artículo: «Después del Cristo de Paz, hubo menester la humana historia del Cristo guerrero, y entonces naciste tú, Don Quijote, Cristo militante, Cristo con armas, implica con tradición, de donde nace, en parte, lo cómico de tu figura, y también lo que de sublime hay en ella... ¡Oh sublime Don Quijote, Cristo ejecutivo, Cristo león, Cristo a la jineta!» (79).

«Su *Cristo a la jineta* —comenta Uribe Echevarría— tiene toda la potencia lírica de Darío en su *Letanía de Nuestro Señor Don Quijote*, y de Unamuno en *La buenaventura de Don Quijote*» (80).

(77) R.: *Nápoles la española.* En «El C. de P.», pág. 207.
(78) R.: *Los gatos en la columna Trajana.* En «El C. de P.», pág. 192.
(79) R.: *El Cristo a la jineta.* En «El M. de P.», págs. 87 y 89.
(80) Juan Uribe Echevarría: *Cervantes en las letras hispanoamericanas (Antología y Crítica)*, pág. 181.

e) *Interpretación de Sancho.*

La penetrante agudeza crítica de Rodó caracterizó la figura de Sancho: «Sancho no parece el mismo, pero lo es (lo es con esa identidad de la Naturaleza y no de regularidad artificiosa) en pasos como el del inmortal abandono de su ínsula» (81).

Interpretó a Sancho al observar el personaje Mamagela de *El Terruño*, de Carlos Reyles: «La vigilante, la digna y sentenciosa Mamagela, musa prosaica del trabajo agrario, Sancho con faldas, Egeria de sabiduría vulgar... Como en el ingenuo utilitarismo de Sancho, hay en el de esta remota descendiente del inmortal escudero un fondo de honradez instintiva y de espontánea sensatez, que identifica a veces las conclusiones de su humilde perspicacia con los dictados de la severa razón y de la recta filosofía de la vida. Por sus labios habla la malicia rústica, más rastreadora de verdad que la semicultura del vulgo ciudadano» (82).

f) *Interpretación de Dulcinea.*

Rodó interpretó a Dulcinea como inspiración y gloria. «Sin que sean menester Cenobias, Pentesileas ni Semíramis, hay un género de heroísmo amazónico contra

(81) R.: «M. de P.», págs. 64-65.
(82) R.: Prólogo a *El Terruño*, de Carlos Reyles. Ed. cit.; págs. XX-XXI.

el que jamás prevalecerán Heracles ni Teseos, y es el que se vale del brazo del varón como de instrumento de la hazaña, y de la voluntad de la amazona como de inspiración y premio a la vez, mientras ella se está, quieta y sublime, en la actitud de la esperanza y la contemplación. Esta es la eterna heroicidad de Dulcinea, más lidiadora de batallas desde su Olimpo de la imaginación del caballero que al frente de sus huestes la soberana de Nínive» (83).

«No es en Dulcinea del Toboso en quien se ceban los filos de la sátira, sino en Aldonza Lorenzo» (84).

g) *Rodó y los «cervantófilos».*

Uribe Echevarría incluyó a Rodó en «la falange ética de los grandes quijotistas y cervantistas americanos: Urdaneta, Montalvo, Rodó, Darío, etc.» (85). Escribe el mencionado crítico: «Don José Enrique Rodó, maestro de la juventud americana en los comienzos de este siglo, es uno de los pensadores más interesados en derivar de la obra de Cervantes un imperativo moral, dinámico y trascendente. En toda la obra de Rodó aparece un Quijote que señala e impone normas de conducta que al pensador uruguayo se le antojan las únicas acor-

(83) R.: «M. de P.», pág. 143. En LII. *El amor en las vocaciones.*

(84) R.: Prólogo a *El Terruño*, de Carlos Reyles. Ed. cit.; páginas XXIV-XXV.

(85) J. Uribe Echevarría: Ob. cit., pág. 197.

des con nuestro destino. En *Rat-Pick* (Caza de la Rata), se lamenta Rodó de la muerte del caballero: «¿Por qué el Maestro de la buena locura no hará de vez en cuando alguna providencial aparición en nuestro mundo de gentes cuerdas y chiquitas?» (86).

A Rodó le disgustaban los cervantófilos. Refiriéndose a *Amor y Pedagogía*, le dice a Unamuno, en carta del 20 de octubre de 1902: «La originalidad de su humorismo y el profundo sentido que él entraña hacen pensar en escritores del Norte, y sobre todo de esa Inglaterra, donde, según ha dicho no sé quién, Cervantes es *mejor comprendido* que en la propia España de los *cervantófilos*, cazadores de puntos y comas en el libro inmortal o encomiadores de la sabiduría de Cervantes en ciencias, artes y oficios.» En otra carta a Unamuno (19 de julio de 1903), aprecia en Cervantes el sentimiento de la Naturaleza y le dice que por Cervantes, «cada día que pasa, crezco en admiración incondicional».

F) *El teatro español del siglo XVII.*

a) *Lope de Vega.*—Lo incluyó entre los niños sublimes: «Aquel otro que, en el patio de una escuela de párvulos, improvisa, dentro de un corro infantil, coplas que aún no es capaz de poner por escrito, y las dicta a los que tienen más edad, dándoles, por este auxilio,

(86) J. Uribe Echevarría: Ob. cit., pág. 181. La cita del «Rat-Pick», en «El M. de P.» pág. 67.

estampas y rosquillas, es Lope Félix de Vega Carpio» (87).

Lope, espíritu de amplitud en todos los géneros literarios (88), fué el «más bizarro y pródigo de los ingenios castellanos» (89); «el estrépito triunfal de las comedias de Lope llenó los ámbitos de la escena» (90). «Junto al noble linaje de artistas, nunca muy grande en número, para quien la perfección es la *dulce enemiga*, aparece en aquellos otros fáciles, inexhaustos y tormentosos; los que, indistintamente y a manos llenas, derraman, con la derecha, belleza; con la izquierda, trivialidad, acumulando, entre ambos materiales, tan desigual y vasta obra como la del *Tintoreto* en pintura; en música, la de Donizetti, o la de Lope de Vega en poesía..., la vida de un Lope, franqueada a todos los vientos de la acción y el placer, y arrojando al mundo, por los resquicios que acertaba a abrir entre unos amores y unas cuchilladas, tal cantidad de invención que, entre veinte autores que se la repartiesen, aún pasarían por pródigos» (91).

En Nápoles, recordó a Lope: «Nápoles del mar azul

(87) R.: «M. de P.», pág. 117. En XLIV, *Augurios. Pasan los niños sublimes.*
(88) R.: «M. de P.», pág. 109.
(89) R.: *Un libro de crítica.* Artículo sobre la segunda serie de *Estudios de crítica literaria,* por Menéndez Pelayo. En «El Q. V.», pág. 21.
(90) R.: «M. de P.», pág. 158.
(91) R.: Idem, págs. 182-183.

y del dulcísimo cielo con que soñé leyendo comedias de Lope» (92).

Se refirió a *La gatomaquia* en más de una ocasión. En *Los gatos de la columna Trajana:* «Para expresar la democracia utilitaria y niveladora, *La gatomaquia*» (93). Al referirse al periódico *El Liberal,* fundado por Byron, Shelley y Leigh Hunt: «Los micifuces y zapirones de 1822 eran, por lo general, conservadores» (94). Refiriéndose a Tocles, personaje de *El Terruño,* de Carlos Reyles: «De la sustancia espiritual de Tocles se alimentan «las idolatrías» de club y de proclama; los fetichismos de la tradición, los fetichismos de la utopía, las heroicas vocaciones de Gatomaquia, la ociosidad de la mala literatura...» (95).

b) *Tirso de Molina y Calderón de la Barca.*—Rodó esperaba de la crítica la exacta valoración de Tirso de Molina y que pusiera en claro noticias de su vida; «aún espera de la crítica la apreciación exacta de su genio y del conjunto de su producción» (96). Doña Blanca de los Ríos ha realizado anhelos que expresó Rodó. La ilustre dama ha estudiado con rigor crítico a Tirso de Molina, el mejor creador de caracteres femeninos en el teatro español del Siglo de Oro.

(92) R.: *Nápoles la española.* En «El C. de P.», pág. 203.
(93) R.: *Los gatos en la columna Trajana.* En «El C. de P.», pág. 192.
(94) R.: *Recuerdos de Pisa.* En «El C. de P.», pág. 144.
(95) R.: Prólogo a *El Terruño, de C. Reyles.* Ed. cit., página XXIV.
(96) R.: *Un libro de crítica.* En «El Q. V.», págs. 19-20.

Estimó acertado el juicio que hizo de Calderón de la Barca Menéndez Pelayo en *Estudios de crítica literaria* (97).

H) *El conceptismo.*

a) *Quevedo.*—Don Francisco de Quevedo, en Nápoles, «paseó su amarga sonrisa» (98). Citó la calificación humorística que aplicó Quevedo a los gatos: «gente de la uña» (99).

Estimó *El Buscón* antecedente del *Fray Gerundio* (100).

Creyó que las afinidades de Montalvo, «dentro de la clásica prosa castellana, han de buscarse, mucho más que en Cervantes, en Quevedo o Gracián» (101).

b) *Gracián.*—Fué Gracián ejemplo de genio, que es armonía estupenda (102). Explicando el alejamiento de San Martín, recordó a Gracián: «Tiene el alejamiento de San Martín explicación en su noble y austera virtud; pero, en no menor parte sin duda, tiénela en las indeliberadas reacciones del instinto, y la había anticipado Gracián en el primor décimocuarto de *El Héroe*, don-

(97) R.: Idem. En «El Q. V.», pág. 19.
(98) R.: *Nápoles la española.* En «El C. de P.», pág. 204.
(99) R.: *Los gatos en la columna Trajana.* En «El C. de P.», pág. 190.
(100) R.: *Juan María Gutiérrez y su época.* En «El M. de P.», pág. 360.
(101) R.: «M.». En «H. de A.», pág. 56.
(102) R.: «B.». En «H. de A.», pág. 98.

de define el «natural imperio» y dice: «Reconocen al león las demás fieras en presagio de naturaleza, y sin haberle examinado el valor le previenen zalemas; así a estos héroes, reyes por naturaleza, les adelantan respeto los demás, sin aguardar la tentativa del caudal» (103).

9.—*El siglo XVIII de la literatura española.*

a) *El P. Isla.* — Calificó Rodó el *Fray Gerundio:* «Aquella sátira española del siglo XVIII, tan cerril y tan tosca, pero tan varonil, tan sazonada con las especies fuertes del ingenio, que aún nos convida a franco y alegre reír en las páginas gruesas del *Gerundio*, y que podría tener el símbolo de sus procedimientos en el manteo de Sancho o en las tribulaciones del Buscón en la Universidad de Salamanca» (104).

b) *Moratín.* — Mencionó a Moratín como ejemplo del carácter que cada autor infunde en sus escritos. «La vida de la imaginación es el desquite de la vida real... Molière y Moratín reían poco, y tenían poco de qué reir, en el escenario del mundo» (105).

c) *Capmany.* — Rodó citó a Antonio de Capmany como maestro en la lengua de Castilla (106).

(103) R.: Idem. En «H. de A.», pág. 105.
(104) R.: *Juan M.ª Gutiérrez y su época.* En «El M. de P.», página 360.
(105) R.: *La literatura posterior a la guerra.* En «El C. de P.», pág. 59.
(106) R.: *El nacionalismo catalán.* En «El C. de P.», pág. 101.

d) *Jovellanos.*—Al referirse Rodó al estudio de Juan María Gutiérrez sobre Meléndez Valdés, consignó: «la grave razón de Jovellanos» (107).

e) *Meléndez Valdés.*—Juan María Gutiérrez, en su estudio de Meléndez Valdés, «glorificó... lo que la crítica de nuestro tiempo reconoce como el más alto merecimiento de Meléndez: la iniciación de la poesía social, revolucionaria, pensadora» (108).

f) *Cienfuegos.*—Rodó aplicó el adjetivo «apasionada» al alma de Cienfuegos (109).

g) *Quintana.*—Calificó la poesía severa de Quintana: «La poderosa inspiración de Quintana, el tribuno dantoniano del verso, cuya poesía severa e inflexible parece desdeñar como flaqueza mujeril la expresión de las íntimas congojas y las confidencias individuales» (110); «el cantor de Gutenberg..., aquel lirismo que consagró los guerreros triunfos de América y poetizó los principios de su revolución» (111).

10.—*El siglo XIX de la literatura española.*

A) *La lírica.*

a) *José Joaquín de Mora.* — José Joaquín de Mora, «para cuyo nombre debe existir, aún más que en la tierra de su nacimiento, en nuestra América, recuerdo res-

(107) R.: *Juan María Gutiérrez y su época.* En «El M. de P.», pág. 365.
(108) R.: Idem. En «El M. de P.», pág. 365.
(109) R.: Idem. En «El M. de P.», pág. 365.
(110) R.: Idem. En «El M. de P.», pág. 365.
(111) R.: Idem. En «El M. de P.», pág. 365.

petuoso y durable... Publicista, crítico, versificador, algo poeta; propagandista de adelantadas ideas de enseñanza, de literatura y de organización, durante sus diez años de permanencia en varios pueblos americanos... El olvidado autor de las *Leyendas españolas* no era, en el rigor de la palabra, un romántico... Pero sus doctrinas, más esenciales y sólidas, de libertad literaria habían sido adquiridas al contacto con el pensamiento inglés, de cuyo espíritu puede considerársele, entre los escritores de lengua española, uno de los emisarios primeros» (112).

b) *Espronceda.*—«El último impulso original y poderoso comunicado en nuestro siglo al desenvolvimiento de la lírica castellana es el que parte del poeta del *Idilio*». Su forma es «un tanto declamatoria, de imprecaciones y sarcasmos» (113). El periódico difundió en América el nombre del poeta (114).

c) *La Avellaneda.*—En su apreciación crítica de *Dolores*, por Federico Balart, citó Rodó «la vasta producción de la Avellaneda al género sagrado» (115).

d) *Enrique Gil Carrasco.*—A Enrique Gil Carrasco, que expresó fielmente el sentimiento de la naturaleza en su novela *El señor de Bembibre*, le apreció como poe-

(112) R.: Idem. En «El M. de P.», pág. 351.
(113) R.: *«Dolores», por Federico Balart.* «Rev. Nac. de Lit. y Ciene. Soc.»; Montevideo, marzo de 1895. En «El Q. V.», páginas 60 y 61.
(114) R.: *Juan María Gutiérrez y su época.* En «El M. de P.», página 357.
(115 R.: *«Dolores», por Federico Balart.* En «El Q .V.», página 71.

4430

ta: «El dulce y sentido poeta», que resistió la influencia del Romanticismo, que personificaba Espronceda, «mantuvo límpidas la ingenuidad y ternura de su inspiración, la naturalidad del sentimiento y la sencillez de la forma» (116).

e) *Nicomedes Pastor Díaz.*—Caracterizó Rodó a Juan Carlos Gómez con las notas que distinguen a Pastor Díaz: «Juan Carlos Gómez, a la manera de Nicomedes Pastor Díaz, uno de los tribunos de más varonil y resonante elocuencia que hayan hollado en nuestro siglo la tribuna española, y a la vez el más sentimental, el más íntimo, el más suave de los poetas de nuestra habla que preceden a Bécquer» (117).

f) *Tassara.*—Citó Rodó la *Meditación religiosa*, de Tassara, en las tradiciones de la lírica castellana (118). Percibió el soplo de Barbier, de Núñez de Arce y de Tassara en las estrofas de *Pentélicas*, por Andrés Mata (119).

g) *Campoamor.*—En Campoamor domina el pensamiento sobre los afectos..., no le es en manera alguna desconocido el secreto de la emoción...; por otra parte, tiene la sencillez externa de la forma (y es modelo en

(116) R.: Idem. En «El Q. V.», pág. 63.

(117) R.: *Menéndez Pelayo y nuestros poetas.* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.»; Montevideo, febrero de 1896. En «El Q. V.», pág. 96.

(118) R.: «*Dolores*», *por Federico Balart.* En «El Q. V.», página 71.

(119) R.: *Un poeta de Caracas. Sobre «Pentélicas», de Andrés Mata.* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.»; Montevideo, agosto de 1897. En «El Q. V.», pág. 181.

este respecto), pero le falta, en general, la sencillez del sentimiento y del espíritu» (120).

h) *Zorrilla.*—Zorrilla, en la lírica romántica moderna, no era poeta de las preferencias de Rodó. Así lo manifestó en carta a Unamuno el 19 de julio de 1903.

i) *Ruiz Aguilera.* — «Ventura Ruiz Aguilera..., en medio de la fecunda variedad..., dejó probado que era su verdadera cuerda la de los sentimientos tiernos y las confidencias melancólicas» (121).

j) *Núñez de Arce.*—Con motivo de los *Poemas cortos*, juzgó certeramente a Núñez de Arce: «Gaspar Núñez de Arce representa en el desenvolvimiento de la lírica española de nuestro siglo la iniciación de dos notas principales, relacionadas la una con el sentimiento, la otra con la forma, que se armonizan para constituirle en excelsa personificación del consorcio del genio tradicional y castizo de la poesía castellana con el espíritu moderno... No tiene Núñez de Arce el sentimiento lírico de la Naturaleza, pero tiene en grado supremo el arte objetivo de la descripción... El soberano dominio de la forma... Sólo un reparo será lícito hacer a esta pureza formal, y es la adjetivación profusa que se advierte en algunos de los sonetos más hermosos...; incomparable maestría... despliega Núñez de Arce en el manejo del verso libre (122).

(120) R.: «*Dolores*», *por Federico Balart.* En «El Q. V.», página 61.

(121) R.: Idem. En «El Q. V.», pág. 63.

(122) R.: *Los «Poemas cortos» de Núñez de Arce.* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.»: Montevideo, junio de 1895. En «El Q. V.», páginas 49, 52, 55 y 56.

k) *Ayala.*—Citó Rodó *Plegaria*, de Ayala, en las tradiciones de la lírica castellana (123).

l) *Balart.*—Rodó dedicó un amplio ensayo a *Dolores*, de Federico Balart, en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* (Montevideo, marzo de 1895). Consideró con acierto: «No es, ciertamente, la cuerda del sentimiento íntimo, delicado, que se manifiesta en la penumbra de resignadas tristezas, de suaves melancolías..., la poesía que busca con natural afinidad el consorcio de la forma sencilla y opuesta a todo efectismo de estilo y de versificación, el género que da la nota dominante en el concierto de la lírica española de nuestro siglo. No estimó a Balart a la altura de Quintana, Espronceda, Zorrilla, Bécquer y Campoamor; «pero afirmamos que es sobre toda duda un poeta original y verdadero, que trae por característica de su estilo y de su inspiración el sentimiento delicado y profundo expresado en correctas y sencillas formas». Destacó Rodó: «La pulcritud de la dicción. Y acierta a reflejar constantemente en su poesía la hermosura de la naturalidad y la sencillez». Como crítico de actualidades, une «la flexibilidad elegante del estilo y la manifestación comunicativa y amena de la impresión personal». Otra faceta de Balart es el misticismo: «La aspiración de lo absoluto, la emoción religiosa, que vibran con grave intensidad en composiciones del precio de *Aspiración*, de *Ultima tabla*, de *Nostalgia*. En Balart, el poeta que piensa y filosofa es evidentemente inferior al poeta que siente» (124).

m) *Bécquer.*—Apreció Rodó: «El tejido tenue y aeriforme de los líricos en quienes la poesía tiende a la sugestión sentimental de la música; el de las rimas de Bécquer, el del *lieder* heiniano: semiclaridad de crepúsculo, levedad etérea, graciosa suavidad de una forma desdeñosa del efecto plástico y el «número sonoro», porque, modelada para expresar las vaguedades del ensueño y la aspiración de lo inefable, encuentra su arte propio, rehuyendo la severa precisión de la línea, espiritualizando los contornos de la idea y de la imagen, como la onda del incienso que, al paso que más alto sube, más gana en inmaterialidad» (125). «El poeta de las *Rimas* es el gran intérprete del sentimiento individual en la España del siglo XIX, el soberano dominador de la forma pura y sencilla y el sentimiento espontáneo y caudaloso» (126).

n) *Ferrari.*—Mencionó Rodó al discípulo de Núñez de Arce: «el verso escultural y descriptivo de Ferrari» (127).

o) *Querol.*—«Vicente W. Querol, que manejaba el varso castellano con una corrección y una facilidad tan dignas de nota como la verdad y la delicadeza de los sentimientos que expresaba» (128).

(123) R.: «*Dolores*», *por Federico Balart*. En «El Q. V.», página 71.

(124) R.: Idem. En «El Q. V.», págs. 59, 62, 65, 68, 70 y 74.
(125) R.: *Carlos Guido Spano*. En «El M. de P.», pág. 453.
(126) R.: «*Dolores*», *por Federico Balart*. En «El Q. V.», página 60.
(127) R.: Idem. En «El Q. V.», pág. 65.
(128) R.: Idem. En «El Q. V.», pág. 63.

p) *Salvador Rueda.*—En el lirismo pictórico y colorista de Rueda «parece haber renacido la genialidad de la vieja lírica andaluza, la del Góngora de los buenos tiempos» (129), «armonizada con las influencias del moderno prurito literario de Quintana» (130).

q) *Los líricos gallegos y catalanes.*—En unos y otros apreció Rodó el sentimiento de la naturaleza. Véase el número 6 de este capítulo, páginas 607 y siguientes.

B) *Estébanez Calderón y Montalvo.*

«Montalvo fué artífice original con piedras de las ruinas, innovador con aliento de antigüedad. La literatura castellana no ofrece, en el siglo XIX, otra tentativa de restauración arcaica comparable a la suya, por lo viva y orientada en sentido de arte, y no de solaz gramatical o académico, que la de las *Escenas*, de Estébanez Calderón. Pero el costumbrista andaluz, a pesar de su opulencia de color y su caudal de lengua inexhausta y gallardísima, queda como escritor de muchos menos quilates que Montalvo. Faltan en su pintoresco artificio aquella gran alma, aquel arranque hacia arriba, aquel verbo ferviente, que magnifican y realzan el prodigio de forma de nuestro ecuatoriano. Lo que es curiosa ha-

(129) R.: «R. D.». En «H. de A.», págs. 142-143.
(130) R.: *Sobre un libro de versos. Al argentino Francisco Soto Calvo, autor de «Prosas».* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc»; Montevideo, mayo de 1896. En «El Q. V.», pág. 101.
Idéntico juicio manifestó en «*Dolores*», *por Federico Balart.* En «El Q. V.», págs. 64 y 65.

bilidad en Estébanez, es en Montalvo maña genial; la prosa de las *Escenas andaluzas* equivale a deleitable exposición de cuadros de género; a multiforme y soberbia galería, la de los *Siete Tratados*» (131).

C) *La novela.*

a) *La novela española del siglo XIX.* — «La novela española empezó a ser obra de pensamiento original y de sentido profundo, con la psicología de *Pepita Jiménez* y la filosofía social de *Doña Perfecta* y de *Gloria,* después de haberse contentado con respirar el perfume de los naranjos en los patios andaluces de Fernán, con ceñir la cota de Martín Gil y Men Rodríguez, y sazonar, merced a Alarcón, con el donaire de la buena tradición castellana, la urbanidad de la narración parisiense... En la novela es donde es necesario buscar todo lo que el alma de España sabe de la vida nueva del espíritu. En la novela es donde puede comprobarse que por ella también ha pasado cierto soplo de viento que semeja alzado desde la sombra, por un batir de alas...» (132).

b) *Alarcón.*—Don Pedro Antonio de Alarcón personificó en el triste ocaso de su vida... ese raro dominio de la voluntad... para que se condene o se resigne a la

(131) R.: «M.». En «H. de A.», págs. 49-50.
(132) R.: «La N. N.». En «El Q. V.», págs. 147 y 150.

inactividad y al silencio el artista que todavía es capaz de producir» (133).

c) *Valera.—Don Juan Montalvo y don Juan Valera.*—Sentía Rodó natural simpatía por la íntima serenidad y la amplitud de horizonte de Valera. «En la crítica de Villemain, o la de Valera, respiramos un tibio y perfumado ambiente de salón, donde se conversa con donaire exquisito sobre cosas de arte» (134); «tiende la mirada por la amplitud de su inmenso horizonte intelectual con la serenidad de un huésped del Olimpo» (135); «el genial optimismo de Valera parece dejar un toque de luz en todo objeto sobre que se posa el vuelo del espíritu, y lleva a todas partes la expansión de su íntima serenidad» (136).

Consideró la «exquisitez literaria» de Valera fruto de excepción en la moderna literatura española (137), y juzgó la prosa de *Pepita Jiménez* tersa y transparente» (138).

Con Castelar y Menéndez Pelayo, Valera contribuyó a «estrechar los lazos de fraternidad intelectual de España y de América». «Don Juan Valera, interesando, a favor del aticismo y espiritualidad de las *Cartas americanas*, la atención del público español en los nombres y obras de la actual literatura del Continente» (139).

(133) R.: *Una novela de Galdós.* «Rev. Nac. de Lit. y Ciencias Soc.»; Montevideo, noviembre de 1897. En «El M. de P.», página 107.

(134) R.: *Notas sobre crítica.* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.»; Montevideo, enero de 1896. En «El Q. V.», pág. 110.

(135) R.: «La N. N.» En «El Q. V.», pág. 148.

(136) R.: *La crítica de «Clarín».* En «El Q. V.», pág. 42.

(137) R.: «R. D.». En «M. de A.», pág. 120.

(138) R.: *Una novela de Galdós.* En «El M. de P.», pág. 110.

Razonó por qué el *Don* es complementario y característico de las personalidades de Valera y de Montalvo: «La inmortalidad no ha apodado el *Don* a su nombre, porque es complementario y característico de él. Don Juan Montalvo ha de decirse siempre, y nunca Juan Montalvo. El *Don* antepuesto a modernos hombres famosos suena ordinariamente a señal de desestima; y así, ¿quién, sin intención de rebajar, diría Don Domingo Sarmiento o Don Gustavo Bécquer? Pero él recobra, en labios de la fama, en condición original, título de dignidad, cuando, por cierto temple señoril de la persona ilustre o ciertas peculiares condiciones de su espíritu, cae el *Don* sobre el nombre con la oportunidad de un rasgo de carácter. Nadie lo suprimiría, sin mal tino, al nombrar a ese otro don Juan de noble alcurnia que se llamó don Juan Valera. Nuestro don Juan ecuatoriano, mucho más recio y andantescamente caballero que aquel sofista delicioso, en la parte grave de la vida, fué, tanto como él, hombre entendedor del vivir bello y regalado, artista en la sensualidad, según lo acreditan desde sus pinturas de mujeres, trazadas con delectación morosa, en cuadros de salacidad a lo Boucher, hasta aquellas descripciones de manjares y primores de la mesa rica, donde puso la pericial prolijidad de un magnate

(139) R.: *Menéndez y Pelayo y nuestros poetas.* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.»; Montevideo, febrero de 1896. En «El Q. V.», pág. 98.

razonador del paladar goloso, como don Enrique de Villena» (140).

d) *Pereda, visto por «Clarín».* — Recordó Rodó la manifestación de *Clarín*, al juzgar *La Montálvez:* «La crítica debiera auxiliarse a veces de la música. Sólo con una melodía muy tierna y dulce podría *juzgarse* de la belleza más recóndita de la última parte de *La Montálvez*» (141).

e) *Pérez Galdós.*—Fué «el más abundoso y más genial de los novelistas españoles» (142). «¡Mundo verdaderamente inmenso y formidable! Respecto de Galdós, y limitando esta observación a los contemporáneos nuestros, yo me atrevería a señalar sólo en Zola y en Tolstoi (invertid, si os place, el orden en que he escrito estos dos nombres, y acaso haréis justicia) ejemplos de una superioridad de fuerza creadora» (143). Poseía «el arte de la grande, humana y conmovedora sencillez, que habla a todos, embelleciendo el lenguaje de todos» (144).

Murió Benito Pérez Galdós el 4 de enero de 1920. Con motivo de su muerte, la revista *Nosotros*, de Buenos Aires, en enero de 1920 (año XIV, núm, 128), publicó juicios sobre Galdós de Alejandro Castiñeiras, Leopoldo Alas, Marcelino Menéndez Pelayo, *Azorín* y Rodó; el de este último abarca las páginas 109-120, antecedido de lo siguiente: «A la voz de los grandes críticos españoles queremos unir la del más grande crítico de América: José Enrique Rodó. El ilustre uruguayo juzgó la obra de Galdós, en 1897, con motivo de la publicación de *Misericordia*, parangonándola con la de los más famosos creadores de almas del siglo XIX. Como el lector sabe, Galdós no ha desmentido la profecía que formulaba Rodó en las últimas líneas del artículo.»

(140) R.: «M.». En «H. de A.», págs. 66-67.
(141) R.: *Notas sobre crítica.* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.»; Montevideo, enero de 1896. En «El Q. V.», pág. 111.
(142) R.: «La N. N.». En «El Q. V.», pág. 148.
(143) R.: *Una novela de Galdós.* En «El M. de P.», pág. 109.
(144) R.: Idem. En «El M. de P.», pág. 110.

f) *La Pardo Bazán.*—En la variada producción de la Pardo Bazán, apreció su vocación de novelista: «Emilia Pardo Bazán, que tiene la vocación y el sentido intenso de la «prosa» como atributo de su hermoso talento, bendice las barreras que han apartado ciertas nuevas corrientes del mundo espiritual, del ambiente de la novela de España, porque «la orea, merced a ello, una brisa de alegría», y porque «la realza cierto equilibrio mental muy sano y dulce» (145).

g) *Palacio Valdés.*—El realismo de Palacio Valdés está teñido de «*rumores* de espiritualidad»: «En Armando Palacio, la aspiración que infiltrándose delicadamente, como vena de aguas mansas y profundas, llenaba ya de *rumores* de espiritualidad, para los oídos sutiles, el ambiente de algunos de sus estudios primeros de la realidad; eso y la tendencia segura y confesada que inspiró las páginas originalmente hermosas de *La Fe* y que reclamó elocuentemente su puesto fuera del exteriorismo trivial y de la verosimilitud de estrechos horizontes con el prólogo a *La Hermana San Sulpicio*» (146).

(145) R.: «La N. N.». En «El Q. V.», págs. 147-148.
(146) R.: Idem. En «El Q. V.», pág. 149.

D) *La oratoria española del siglo XIX.*

a) *Ríos Rosas.* — Hablando de José Joaquín Mora, citó «la palabra elocuente de Ríos Rosas» (147).

b) *Castelar.*—«Emilio Castelar, manteniendo constantemente viva la palabra de la reconciliación y la unidad eterna de la raza en las más altas cumbres de la tribuna», contribuyó «al buen éxito de obra tan noble y tan fecunda como la de estrechar los lazos de fraternidad intelectual de España y América» (148).

E) *Dramaturgos del siglo XIX.*

a) *La irrupción romántica en Montevideo.*—En 1838 se editaba a Larra en Montevideo. En aquel tiempo triunfaban en el teatro de Montevideo el duque de Rivas, Larra y Hartzenbusch. «Al propio tiempo, la escena teatral se abría a la irrupción romántica, y en nuestro viejo San Felipe triunfaban *Don Alvaro, Macías, Catalina Howard, La torre de Nesle, Los Amantes de Teruel*» (149) .

«El duque de Rivas había de traer de sus viajes de

(147) R.: *J. M. Gutiérrez y su época.* En «El M. de P.», página 351.

(148) R.: *Menéndez Pelayo y nuestros poetas.* En «El Q. V.», pág. 98.

(149) R.: *J. M. Gutiérrez y su época.* En «El M. de P.», página 357.

proscrito el primer rayo de la aurora literaria que devolvió a la fantasía de su pueblo alguna parte de su fuerza y originalidad» (150).

b) *Tamayo y Baus.*—Tamayo, lo mismo que Alarcón, dominó con voluntad la energía de su vocación, resignándose a la inactividad cuando era todavía capaz de producir (151).

c) *Ventura de la Vega.*—La figura literaria de Juan María Gutiérrez «es semejante a la que tuvo, en el romanticismo español, la personalidad de otro argentino ilustre: la personalidad de Ventura de la Vega, a quien correspondió representar, en el seno de la generación que Lista había educado en el culto de los clásicos y que olvidó después, cediendo a los presagios del romanticismo triunfante, la fidelidad a las devociones de su primera juventud, al equilibrado consorcio de ambas influencias» (152).

F) *La erudición y la crítica.*

a) *Larra.—Larra en América.* — En el párrafo de *Motivos de Proteo* LXXIV: «Lucha entre la actitud individual y la resistencia del *medio*. En «el pesimismo de

(150) R.: «M. de P.», pág. 271. En XCIII. *Viajeros que, a su vuelta, magnetizan una sociedad. Contrarias formas de esta influencia.*

(151) R.: *Una novela de Galdós.* En «El M. de P.», pág. 107.

(152) R.: *J. M. Gutiérrez y su época.* En «El M. de P.», página 333.

Larra», interpretó Rodó certeramente a éste, a la vez que traza, en un buen esbozo, la psicología del satírico. Fijó su atención en *Horas de invierno* y *Necrología del conde de Campo-Alange*» (153).

De las críticas de *Fígaro* se hizo en el «año de 1838 una edición por las prensas de Montevideo» (154). «Don Miguel Cané..., formulando un excelente juicio sobre Larra, supo reconvenir a *Fígaro* el criterio, del todo extraño a la pura apreciación estética, que le dictó su condenación de *Antony*» (155). Larra fué «mentor y maestro» de Alberdi. Faltaba en Alberdi aquel fermento romántico que entró por mucha parte en la complejidad del alma de *Fígaro;* el pesimismo ingénito con que solía desleír en lágrimas acerbas la pastilla de color de la sátira» (156).

b) *Valbuena.*—«Personifica el autor de los *Ripios* con la exactitud de un rezagado de aquellas lides de pluma del siglo XVIII que encrespaban en torno a las nimiedades del vocablo todos los desbordamientos de la pasión y todas las iracundias del panfleto..., género útil y aun necesario..., pero mezquino y pernicioso cuando

(153) R.: «M. de P.», págs. 220-221. Lo contenido, desde la línea 25 de la pág. 220 hasta el final del párrafo LXXIV, se encuentra también en el artículo *La crítica de «Clarín»*, publicado en la «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.», de Montevideo, abril-mayo de 1895. (Incluído en «El Q. V.», págs. 40-41), con variantes, que son testimonio de cómo retocaba Rodó sus escritos, aun para reproducirlos.

(154) R.: *J. M. Gutiérrez y su época.* En «El M. de P.», página 357.

(155) R.: Idem. En «El M. de P.», págs. 358-359.

(156) R.: Idem. En «El M. de P.», págs. 361-362.

se le convierte en exclusivo y genera la crítica estrecha de criterio y nula de corazón, la crítica sin interés por el sentido y la esencia de la obra, ni sentimiento expansivo para identificarse con el estado de alma del escritor» (157).

c) «*Clarín*».—*Clarín*, crítico y novelista, fué objeto de meditadas consideraciones por parte de Rodó. «Leopoldo Alas, ardiente defensor de la realidad del elemento personal e intuitivo, irreemplazable por la fiel aplicación de las fórmulas, que es factor capital en el gusto del crítico verdadero como en la aptitud productiva del artista... Crítica directamente literaria en cuanto al objeto esencial a que se aplique; impersonal y afirmativa por partir de cierta base teórica de criterio y no de la veleidad de la impresión...; sus obras últimas interesan muy particularmente por la revelación del crítico pensador, en el que predominan ya sobre la facultad de ver lo pequeño y observar lo nimio, sobre la sátira que maneja sutilmente el estilete de la censura minuciosa, o ejercita en la *cacería de vocablos* las fuerzas del ingenio, el juicio amplio y las condiciones que podemos llamar positivas del espíritu crítico... Cierta nerviosa intemperancia en la agresión personal y un excesivo encarnizamiento con las medianías que complementa la tendencia un tanto autoritaria que se le ha reprochado...; ha podido afirmarse que posee *Clarín* en alto grado *la risa de las lágrimas*. Renuevan en la memoria ciertas páginas de nuestro autor impresiones que la lectura de

(157) R.: *La crítica de «Clarín»*. En «El Q. V.», pág. 38.

Fígaro deja vibrando en ella como un tañido doliente que interrumpen acordes de músicas festivas... Su naturalismo... nunca excluyó el criterio amplio y la cultura total, que le han llevado a la ardorosa defensa de los clásicos como elemento de educación literaria irreemplazable... Una generosa aspiración de armonía o inteligencia entre los espíritus separados por parcialidades de escuelas y confesiones, pero vinculados, desde lo hondo del alma, por el mismo anhelo de una nueva vida espiritual; un sentimiento profundo de concordia que une el respeto del pasado y de las tradiciones de la fe con el amor a la verdad adquirida, y como inspiración de este grande impulso de fraternal acercamiento, la idea cristiana en su pureza esencial, en su realidad íntima y pura: así podríamos formular la nueva tendencia que convierte al satírico implacable en propagador de un ideal de tono místico... En el último de los *Folletos literarios*, acaso el más hermoso y sugestivo de todos, se formula la misma aspiración de idealidad respecto a la enseñanza; oponiéndose a la idea de directa utilidad, como inspiración del propósito educativo, la del desinteresado amor a lo verdadero» (158). «En el imaginador de *Su único hijo* y *La Regenta*, no es la crítica sola quien ahora mueve impulsos de renovación, reflejos de nueva luz, sobre la vida literaria» (159).

d) *Francisco Rodríguez Marín.*—«Y si nada hay de *dómine* en sus condiciones de carácter, no lo hay tampoco en las de su inteligencia», por estar dotado su espíritu de la cualidad de la amplitud. En cuanto a su concepto del lenguaje: «Honda y fecunda es la influencia que sobre su método y doctrina ha ejercido la constante lectura de Benot» (160).

e) *Don Marcelino Menéndez Pelayo.*—Rodó reflejó en una frase la labor de polígrafo de Menéndez Pelayo: «Con Menéndez Pelayo penetramos en una inmensa biblioteca» (161).

La *Antología de líricos americanos* de «el sabio historiador de las *Ideas Estéticas*» la estimó «de positiva significación para el afianzamiento de nuestros pueblos con la metrópoli, que puede aspirar todavía a recuperar gran parte del influjo perdido, por errores y pecados comunes, en la dirección de su pensamiento y en la educación de su espíritu» (162).

Creyó mejor la primera serie de los *Estudios de crítica literaria*. Respecto de la segunda serie, escribió: «Predominan en los nuevos estudios literarios la erudición sobre la crítica, aunque sea constantemente esa erudición la original, selecta y fecundada por la inter-

(158) R.: Idem. En «El Q. V.», págs. 33, 34, 37, 39-40, 43, 45 y 46.

(159) R.: «La N. N.». En «El Q. V.», pág. 149.

(160) R.: *La enseñanza del idioma. Con motivo de la «Gramática razanada del idioma castellano», por don Francisco Rodríguez Marín.* En «El M. de P.», págs. 236-237.

(161) R.: *Notas sobre crítica.* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.»; Montevideo, enero de 1896. En «El Q. V.», pág. 110.

(162) R.: *Menéndez Pelayo y nuestros poetas.* En «El Q. V.», págs. 84 y 97.

vención activa del criterio y el gusto a que el sabio escritor nos tiene acostumbrados» (163).

Friso, de Rubén Darío, le evocaba la *Epístola a Horacio* (164).

11.—*La generación del 98: Unamuno.*

Rodó puso de manifiesto su afecto hacia don Miguel de Unamuno en la correspondencia epistolar y en la dedicatoria de sus obras, que hoy enriquecen los fondos de la Universidad de Salamanca, al haber hecho don Miguel donación a la Universidad de su interesante Biblioteca.

Dedicó *Ariel:* «A Miguel Unamuno. Homenaje de El Autor. Montevideo, 1900». Dedicatoria de *Liberalismo y Jacobinismo:* «A Miguel de Unamuno. Al pensador, al escritor, al amigo. Fraternalmente, José Enrique Rodó. Montevideo, 1906». Dedicatoria de *El mirador de Próspero:* «A M. de Unamuno. Su admirador, amigo affmo., José Enrique Rodó. Montevideo, 1913».

Véanse en el Apéndice los juicios de Rodó sobre algunas obras de Unamuno, en cartas de distintas fechas: el discurso de Bilbao (12 octubre 90); *Tres ensayos* (12 octubre 1900); *Electra* (25 febrero 1901); *Amor y Pedagogía* (20 octubre 1902); *Paisajes* (19 julio 1903).

(163) R.: *Un libro de crítica.* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.»; Montevideo, septiembre de 1895. En «El Q. V.», pág. 18.
(164) R.: «R. D.». En «H. de A.», págs. 150-151.

12.—*El poeta Juan Ramón Jiménez.*

Con motivo de *Elegías,* de Juan R. Jiménez, publicó Rodó su artículo *Recóndita Andalucía.* La afinada sensibilidad de Rodó y su penetrante sagacidad crítica se manifestaron en este juicio: «Esta poesía es personalísima del poeta, en la esencia y en la envoltura; es su alma misma, puesta en la más limpia y transparente expresión que alma humana pueda darse en palabras. Infunde el poeta de tal modo su espíritu en los caracteres de la forma, que nuestra lengua, de duro bronce resonante, semeja pasar en sus versos por una entera transfiguración. Nunca se la hizo tan leve, tan vaporosa, tan alada. Leyendo estas *Elegías* se reconocen, con sorpresa y arrobamiento, todos los secretos de espiritualidad musical, de sugestión melódica, que cabe arrancar al genio de una lengua tenida por tan exclusivamente pintoresca y estatuaria» (165).

13.—*Teófilo Gautier y su visión de España.*

En dos libros reflejó Gautier su impresión de España: uno, su libro de poesías; el otro, su *Viaje incomparable*» (166). Del libro de versos, dijo Rodó en carta a Unamuno del 19 de julio de 1903: «Es la colección

(165) R.: *Recóndita Andalucía.. Al margen de las «Elegías», de Juan R. Jiménez.* En «El M. de P.», pág. 179.
(166) R.: Idem. En «El M. de P.», pág. 180.

de poesías de Teófilo Gautier, en la que figuran, bajo el título general de *España*, rasgos de los más bellos que conozco, como descripción y aun como sentimiento lírico.»

Voyage en Espagne lo calificó Rodó de maravilloso, y cree que el viaje fué el que reveló a Gautier la Naturaleza (167).

Eugenio d'Ors, en *La España de Gautier, defensa del buen Théo*, afirmó que el Viaje está escrito con «designio de humorista»: «Lo que Gautier dijo de España puede no ser siempre rigurosamente exacto. Pero tampoco tiene nada de justo lo que en España suele decirse de Gautier... Añádase que no hay, ni remotamente, en Gautier la íntima actitud de desprecio por lo español... ¡Qué riqueza, al lado de... cómicas deformaciones; qué riqueza de detalles exactos, de imágenes precisas, de definiciones justas!» (168).

Prueban que no hay en Gautier desprecio por España las nostálgicas palabras finales del libro: «Le lendemain, à dix heures du matin, nous entrions dans la petite anse au fond de laquelle s'épanouit Port-Vendres. Nous étions en France. Vous le dirai-je?, en mettant le pied sur le sol de la patrie, je me sentis des larmes aux yeux, non de joie, mais de regret. Les tours vermeilles, les sommets d'argent de la Sierra Nevada, les lauriers-

(167) R.: «M. de P.», pág. 278. En XCVI. *Inconfundible sello de los viajes en la obra artística.*

(168) Eugenio d'Ors: *La España de Gautier, defensa del buen Théo.* En el «Nuevo Glosario. Hambre y sed de verdad»; Caro Raggio, editor; Madrid, 1922; págs. 42, 52 y 54.

roses du Generalife, les longs regards de velours humide, les lèvres d'oeillet en fleur, les petits pieds et les petites mains, tout cela me revint si vivement à l'esprit, qu'il me sembla que cette France, où pourtant j'allais retrouver ma mère, était pour moi une terre d'exil. Le rêve était fini» (169).

14.—*Las traducciones de Soto Calvo y Caro del soneto «Los conquistadores», en relación con los sonetistas españoles de la Edad de Oro.*

Respecto a la traducción del soneto *Los conquistadores*, de Francisco Soto Calvo, manifiesta Rodó: «Pero la tentativa de usted no significa, después de la de Caro, una obra inútil, porque está inspirada en muy distinta inteligencia de la traducción. El clásico de Colombia, además de traducir el soneto, lo ha españolizado. Impera en sus *Conquistadores* antes el estilo del traductor que el del propio poeta, y es su soneto de la casta de los que salieron de manos de los Góngora, de los Jáuregui, de los Arguijo. Considerado independientemente del original, es sobre toda duda soberbio; apreciado en su calidad de traducción, deja bastante que desear. Usted, en cambio, prefiere al endecasílabo que lleva el sello poético de nuestra raza, y a la soltura concedida en el procedimiento de interpretación, el *voluntario*

(169) Théophile Gautier: *Voyage en Espagne. (Tra los Montes).* París. Bibliothèque Charpentier, 1929; págs. 374-375.

vuelo de que hablaba, a propósito de las imitaciones de los clásicos, Bartolomé de Argensola, la estricta sujeción al metro y a la letra, y sus alejandrinos castellanos, calcados casi uno por uno en los del soneto original, son el traslado fidelísimo del pensamiento y las palabras del autor de *Trofeos*» (170).

15.—*Las Fortunadas.*

Recordando el antiguo nombre de «Afortunadas», celebró Rodó las Canarias en la parábola *La respuesta de Leuconoe:* «Las Fortunadas, fijado el término de lo conocido, recordaron que en su seno esperaba a las almas de los justos la mansión de la eterna felicidad» (171).

16.—*Andalucía.*

Frente a la Andalucía de pandereta, tan abusivamente divulgada, Rodó admira la Andalucía recóndita, al juzgar las *Elegías* de Juan Ramón Jiménez: «Jiménez nació y vive en la más meridional Andalucía. Sabiéndolo, alguien me preguntaba, después de leer conmigo este libro: «¿Dónde está aquí el sol andaluz?...» Y, en efecto, el sol que el poeta canta no es el que ven los

(170) R.: *Sobre un libro de versos. Al argentino Francisco Soto Calvo, autor de «Prosas»*. En «El Q. V.», págs. 104-105.
(171) R.: «M. de P.», pág. 43.

demás en Andalucía; es el *suyo*, es el sol velado, melancólico y mustio que difunde sobre los campos su «pena de enfermo», en una admirable página de las *Elegías...*; es el cielo gris que ha dejado, para siempre, en el arroyo donde ve el poeta la imagen de su corazón, un fondo de ceniza, según otra página muy bella de este libro. Los jardines por donde el poeta vaga no son los que visten las márgenes del Betis y el Genil con las pompas triunfales de una primavera inmarcesible; son aquellos a cuyos tristes rosales prestó la dulce y pálida paseante, de otra de las *Elegías*, la gracia melancólica de sus maneras... ¿Será esto razón para concluir que no es Jiménez un poeta de Andalucía? Yo creo que sí lo es, y que lo es de la manera más honda. Leopoldo Alas decía, a propósito de *El patio andaluz*, de Salvador Rueda, que no hay una sola Andalucía, sino varias. Hay seguramente muchas; pero, por mi parte, yo también sé, o tengo vislumbres de varias. Hay una que detesto; otra que admiro; otra, muy vagamente sabida, que quiero y me encanta. La que detesto es la de la plaza de toros y el alarde vulgar, y la alegría estrepitosa, y el gracejo de los chascarrillos. La que admiro es la de los poetas sevillanos, y los pintores fervientes de color, y la naturaleza ebria de luz, y las pasiones violentas e insaciables. La que quiero y me encanta es una que, por muy delicados indicios, sospecho que existe: una muy sentimental, muy suave, muy dulce; como nacida de la fatiga lánguida y melancólica que siguiera a los desbordes de la sangre, de sol y de voluptuosidad, de aque-

lla otra Andalucía, la admirable, la solamente admirable; no la adorable, la divina, la hermética... Y Jiménez es el poeta de esta última Andalucía, soñada más que real, y tiene de ella el alma y la voz» (172).

17.—*Cataluña.*

En agosto de 1916 fechó Rodó su ensayo *España. En Barcelona.* En «una tórrida noche» llegó Rodó a Barcelona, raíz de su sangre, y allí aprendió a pronunciar bien su nombre. (Véase en capítulo I: «Biografía y semblanza», pág. 10.)

Recordó «la gracia singular de Madrid». «El aire y la expresión de la gente que pasa son como de quien va al trabajo o piensa en él. El obrero marcha con la frente altiva. La belleza de las mujeres es del linaje que incluye plásticos signos de vitalidad... La Rambla de las Flores... me habla del delicado instinto del pueblo que da vida diariamente a ese comercio sin significación utilitaria. Paso ante dos o tres escaparates atestados de libros franceses, y se me ocurre relacionar con este dato de la calle la explicación de algunas de las características de esta cultura» (173).

Visitó el Archivo de la Corona de Aragón, «un dechado de organización, de orden y limpieza». Mostró su interés por la Barcelona que han dejado los siglos, y elogia la Barcelona moderna. Comparada Barcelona

(172) R.: *Recóndita Andalucía.* En «El M. de P.», págs. 179-181.
(173) R.: *España. Barcelona.* En «El C. de P.», págs. 80 y 81-82.

con Marsella y Génova, es aquélla «más pulcra, más primorosa, más *compuesta*» (174).

Como «testimonio de la actividad espiritual de las generaciones vivas», citó el Instituto de Estudios Catalanes... Vasto, admirable taller, que es suficiente por sí solo para juzgar cuanto de inteligencia, de tenacidad y de entusiasmo atesora bajo sus rudos aspectos el alma de esta raza viril» (175).

Son características de Cataluña la energía y el anhelo de originalidad. «Junto a un visible carácter positivo, calculador, utilitario (no olvidemos que es aquí, en Barcelona, donde fué vencido Don Quijote); junto al poderoso aliento de trabajo que lanza al cielo el humo de las fábricas de Sans, Sabadell y de Tarrasa, vese persistir el instinto de arte que un día hizo de este pueblo el propagador, por el mundo, de un ideal de refinada y caballeresca poesía. Mustio está el rosal de los Juegos Florales, y ya no da rosas sino en ambiente de invernáculo; pero la savia que antaño hizo florecer los «serventesios» y los «lays d'amor» se revela por lo que verdaderamente vive: por la espontánea vocación del genio popular, con sus famosos orfeones de obreros; por la producción independiente y noble de un grupo de artistas y escritores que, a la hora actual, hay que contar, sobre toda duda, entre los más fuertes de España» (176).

(174) R.: Idem. En «El C. de P.», págs. 83, 84 y 84-85.
(175) R.: Idem. En «El C. de P.», págs. 85 y 87.
(176) R.: Idem. En «El C. de P.», págs. 87-88.

El orgullo del catalán por haber nacido en Cataluña le recuerda el orgullo que el latino sentía por ser hijo de Roma: *civis Romanus sunt!* (177).

En septiembre de 1916 publicó dos artículos con el título *El nacionalismo catalán: un interesante problema político* (178). Forjando un interlocutor ideal con lo que lee, oye o induce, trata la cuestión en dos artículos. En el primero expone la significación y alcance del problema, sus orígenes, posición en el momento y las resistencias que ha provocado.

En el segundo artículo trató la cuestión del idioma: «Al llegar aquí, no pude menos de confesar mi resistencia instintiva a la idea de la preterición del castellano. Renové y me sentía dispuesto a renovar todavía las observaciones que una vez dirigí a Santiago Rusiñol en Montevideo: «¿No ofrecería grandes ventajas para todos que mantuviéramos la unidad de nuestro mundo hispano parlante? ¿No es de ustedes también, después de la larga convivencia, el idioma en que ahora conversamos? ¿No han contribuído ustedes con su tributo espiritual a la formación y a la gloria de la lengua que a todos nos vincula? En la transformación del castellano, cuando la grande aurora del Renacimiento, ¿no es nombre representativo el nombre de Boscán? ¿No fué maestro Capmany en la lengua de Castilla?» (179).

---

(177) R.: Idem. En «El C. de P.», págs. 89-90.
(178) R.: *El nacionalismo catalán. Un interesante problema político.* En «El C. de P.», págs. 91-112.
(179) R.: Idem. En «El C. de P.», págs. 101-102.

Ante el problema de Cataluña se sintió «espectador sereno, pero no indiferente: ¡Hombres de Cataluña! Equilibrad vuestro entusiasmo con una reflexiva abnegación. Mantened, amad la patria chica, pero amadla dentro de la grande. Pensad cuán dudoso es todavía que el sentido moral de la Humanidad asegure suficientemente la suerte de los estados pequeños. No os alucinéis con el recuerdo de las repúblicas de Grecia y de las repúblicas de Italia. Considerad que no en vano han pasado los siglos, y que hoy son necesarias las capacidades de los fuertes para influir de veras en la obra de la civilización. ¡Hombres de Castilla! Atended a lo que pasa en Cataluña... No os obstinéis en vuestro férreo centralismo... Mirad que esa fuerza que hoy amaga con la rebelión puede ser para vosotros, pacificada y conciliada, una gran potencia de trabajo, de adelanto y de orden. Mirad que en su misma altiva aspiración de predominio hay un fondo de razón y de justicia, porque pocas como ella ayudarían tan eficazmente a infundir, para las auroras del futuro, hierro en la sangre y fósforo en los sesos de España» (180).

Rafael Marquina ha precisado el nombre del político catalán con quien Rodó habló en Barcelona: don Juan Ventosa y Calvell (181).

---

(180) R.: Idem. En «El C. de P.», pág. 112.
(181) Rafael Marquina: *El nacionalismo catalán. Expresión del problema de Cataluña.* En «Nosotros»; Buenos Aires, año XVIII, núm. 179, abril 1924; pág. 512.

18.—*Castilla concretó la vocación de Irving.*

«Viajando Irving por los pueblos de Europa, sin haber hallado aún la manera como debe concretar una vaga vocación literaria, llega a Castilla, reanímanse en su mente, en aquellas muertas ciudades, los grandes tiempos del descubrimiento de América; busca sus huellas en los archivos y los monumentos, y esto le pone en camino por donde ha de vincular su nombre a la inmortalidad de tanta gloria» (182).

19.—*Castilla, unificadora.*

Múltiples y distintas observaciones se han formulado respecto a Castilla y las demás regiones españolas. Entre tanta diversidad de juicios y apreciaciones, recordamos las opiniones de un hispanoamericano y de un español: Blanco Fombona y Menéndez Pidal.

a) *Rufino Blanco Fombona.*—En medio de la variedad regional española, Castilla ha realizado una labor unificadora. «Castilla... ha impreso, con la complicidad de los siglos y con otras complicidades, ciertos rasgos comunes. No existen razones, por ejemplo, para que un pintor de Vasconia, hijo de la bruma y la humedad, se parezca a un pintor de la radiante Castilla.

(182) R.: «M. de P.», pág. 279. En XCVII. *Los viajes en la revelación de las vocaciones científicas.*

Zuloaga, sin embargo, parece tan castellano como Velázquez, que tampoco era de Castilla. ¿Por qué? Por la potencia irradiante, imánica, de la enorme personalidad castellana... Gracias a Castilla, podemos hablar de España... Gracias a Castilla, podemos hablar y hablamos el español y de lo español» (183).

b) *Ramón Menéndez Pidal.*—En 1916, el mismo año en que formulara Rodó sus observaciones sobre Barcelona y el problema político catalán, decía Menéndez Pidal: «A través de la historia de España, Castilla ha realizado esta función unificadora y fundente. No es ella toda España, pero su espíritu es la unidad de España. Lo fué desde su aparición en la Historia. Castilla se inicia como una región que da, en sus instituciones, en su política, en su poesía, en su lenguaje, una nota diferencial diversa de las otras regiones del resto de España, más uniformes entre sí que Castilla con ellas. De todo esto habría mucho que decir que aún no se ha dicho; algún día me ocuparé yo de ello en un estudio detenido en que reuniré cuanto tengo trabajado sobre la cuestión. Pero, sea comoquiera, el hecho es que Castilla, además de todos esos rasgos especiales y únicos, tenía el de ser más evolutiva e impulsora, y que por todo ello llegó a ejercer una hegemonía creciente, propagando su manera de ser especial hasta hacer que lo que primero era diferencial de una región pequeña lle-

(183) Rufino Blanco Fombona: *El conquistador español del siglo XVI.* Citado por Francisco Villalobos: *Crítica americana,* páginas 7-8.

gase a ser carácter general español. Muchas cosas hoy día, al parecer radicalmente españolas, empezaron por ser localmente castellanas. Pero todo esto es largo de contar; lo que sí me importa advertir es que la idea cultural y científica de la unidad de España precedió en Castilla a la política. Castilla empezó por poetizar ideales nacionales en la épica, concibió y escribió la historia de España como un todo nacional con el arzobispo don Rodrigo y Alfonso *el Sabio*, cuando ningún otro reino medieval tenía el sentimiento ni la idea del conjunto, y sólo más tarde realizó la unidad política con los Reyes Católicos. La fuerza mayor de Castilla estaba precisamente en no participar del defecto capital ibérico: la disgregación, el no sentir la solidaridad con el conjunto español. Entre sus ideales cupo el de formar el conjunto nacional: mientras fué fuerte España, de Castilla fueron las iniciativas nacionales; en la hora de la debilidad, sabe llevar la cruz y sacrificarse por toda España, sin que prenda en ella nunca la idea egoísta de pensar en salvarse sola... No es la uniformidad lo que hace una nación, sino la unidad de las manifestaciones de vida más ricamente diversas. El peligro está en que, siendo un defecto español la insolidaridad, nuestro regionalismo propende a desarrollar todo aquello que es diferencial negativamente, todo lo que separa y no lo que une... Basta pensar en lo que a la lengua se refiere. Cuando posee España como elemento de unión enorme e incomparable una lengua gloriosa como expresión histórica de cultura e instrumento de expansión, lengua que, aunque fuera castellana, y local, por tanto, en sus orígenes, ha sido hecha y

elevada a lo que es por obra de todos los españoles, el espíritu regional exclusivista trata de encerrarse en el cultivo de su propia lengua (cultivo en ciertos aspectos tan loable), renunciando de modo suicida a un instrumento incomparablemente más adecuado para realizar las aspiraciones de expansión de su espíritu y de sus intereses» (184).

20.—*Recuerdos españoles en Italia.*

a) «*Nápoles la española*». — Rodó encontró fuertemente impresa en Nápoles la huella de España: «Si hubiera llegado a Nápoles por los aires y con los ojos vendados, como Don Quijote cabalgando en *Clavileño*, y una vez cerca de la tierra, pero a suficiente distancia todavía para oír el idioma en que habla o canta esta estrepitosa muchedumbre, se me hubieran descubierto de improviso las gentes y las cosas, y si me hubiese preguntado dónde imaginaba estar, habría contestado resueltamente: En España. Y esta primera impresión se corrobora a medida que el alma de la ciudad nos hace vislumbrar sus secretos y que la evocación de las piedras seculares enciende en la fantasía la imagen de la España avasalladora y heroica que por aquí dejó y pasó floreciendo su espíritu...; a cada paso comparece

(184) Ramón Menéndez Pidal: *Entrevistas de «España». Hablando con Menéndez Pidal.* En «España», semanario, núm. 50; Madrid, 6 enero 1916; pág. 12.

el recuerdo de España en lo que el viajero observa desde el primer instante» (185).

Una conversación o una canción napolitana «os recordará donaires y dulzuras de español de Andalucía o de español americano» (186). «Yo he sentido despertarse y sonreír mi velado instinto criollo reconociendo en las calles de Nápoles cosas que me parecían del terruño, líneas y matices de mi ciudad nativa, en lo que ésta tiene aún de característico, de tradicional, de pintoresco» (187).

En Nápoles, febrero de 1917, firmó Rodó *Nápoles la española* (188). De 1917 es también la edición italiana de la obra de Benedetto Croce *España en la vida italiana durante el Renacimiento*. Dice Croce, en el Apéndice titulado «Un paseo por la Nápoles española»: «Para mí, que me gusta callejear y soñar por las viejas calles de Nápoles, entrar en sus iglesias, leer los epitafios de sus tumbas y contemplar todos los demás monumentos de la ciudad, constituye un singular placer el topar con los vestigios, aquí y allá diseminados, del pueblo extranjero que por tanto tiempo convivió con nosotros, y casi llegar a oír, a través de las piedras, la historia que acabo de narraros» (189).

(185) R.: *Nápoles la española*. En «El C. de P.», págs. 203 y 204.
(186) R.: Idem. En «El C. de P.», pág. 204.
(187) R.: Idem. En «El C. de P.», pág. 209.
(188) R.: Idem. En «El C. de P.», págs. 203-209.
(189) Benedetto Croce: *España en la vida italiana durante el Renacimiento*. Versión española de José Sánchez Rojas. Madrid; Edit. Mundo Latino; s. a.; pág. 220.

Entre otras cosas, dice Rodó: «La calle más central y populosa... es la universalmente afamada con el nombre de «calle de Toledo», en memoria del preclaro virrey a quien se debe su apertura; aunque ya va largo que el celo patriótico del municipio trocó ese nombre por el de «Roma», Toledo sigue llamándola, y la llamará hasta la consumación de los tiempos, el uso popular» (190). De la mencionada calle dice Félix Fernández Murga, secretario del Instituto Español de Lengua y Literatura de Nápoles: «A despecho de la moderna denominación oficial de Vía Romana, el pueblo continúa llamándola *Vía Toledo*» (191). Luigi Penta, del Museo Nacional de San Martino, pone de manifiesto la importancia de la toponomástica: «Bien sabido es cuánta importancia histórica y documental tienen los nombres de las calles, que constituyen, como decía Gregorovius, «capítulos de la historia ciudadana». Por ello es natural que en una ciudad como Nápoles, donde España tuvo tantos y tantos complejos influjos, la toponomástica conserve también y nos transmita recuerdos múltiples de aquellas relaciones.» L. Penta analiza toponímicos napolitanos, con la ayuda «de la erudita obra del historiador napolitano D. Gino Doria: *Las calles de Nápoles; ensayo de toponomástica histórica* (Nápoles, Ricciardi, 1943)». Recuerda «que Stendhal definió como «la más alegre y la más populosa del universo» la

(190) R.: *Nápoles la española*. En «El C. de P.», pág. 204.
(191) Félix Fernández Murga: *El gran virrey de Toledo don Pedro Alvarez de Toledo*. En «Rev. Geográfica Española», núm. 26, pág. 26.

actual *Via Roma*. Pero esta denominación es reciente, se remonta solamente al 1870, mientras que antes era llamada, y los napolitanos continúan aún hoy día obstinadamente llamándola así: *Via Toledo*» (192).

b) *La Plaza Vigliena o de los Quatro Canti, en Palermo.*—«El centro de la animación mundana y mercantil es la ochava Plaza Vigliena o de los Quatro Canti, que se forma en el cruce de la Vía Víctor Manuel con la de Macqueda. Cuatro palacios de mármol, recuerdos aún intactos de la dominación española, delinean el contorno de la plaza. Frente a cada palacio luce la estatua de una de las cuatro estaciones: en plano superior a esas estatuas se levantan la del emperador Carlos V y los tres sucesivos Felipes, y, por último, en orden más alto, las imágenes de las cuatro santas nativas y protectoras de la ciudad: Oliva, Agata, Ninfa y Cristina» (193).

21.—*Herencia de raza.*

La herencia de raza es vínculo de cohesión para los americanos latinos, no obstante el cosmopolitismo de su formación: «Acaso oiréis decir que no hay un sello propio definido, por cuya permanencia, por cuya integridad deba pugnarse, en la organización actual de

(192) Luigi Penta: *Recuerdos españoles en la toponomástica napolitana*. En «Rev. Geogr. Española», núm. 26. pág. 53.
(193) R.: *Palermo*. En «El C. de P.», pág. 234.

nuestros pueblos. Falta tal vez, en nuestro carácter colectivo, el contorno seguro de la «personalidad». Pero en ausencia de esa índole perfectamente diferenciada y autonómica, tenemos (los americanos latinos) una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la Historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro. El cosmopolitismo, que hemos de acatar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye ni ese sentimiento de fidelidad a lo pasado ni la fuerza directriz plasmante con que debe el genio de la raza imponerse en la refundición de los elementos que constituirán al americano definitivo del porvenir» (194).

22.—*Iberia e Iberoamérica.*

«Iberia presentó sus rebaños, sus trotones, sus minas», en la fiesta que un patricio organizó en Etruria en honor de Trajano (195).

Rodó, basándose en la unidad de raza, afirma: «No necesitamos llamarnos latinoamericanos para levantarnos a un nombre general que nos comprende a todos...; podemos llamarnos «iberoamericanos», nietos de la heroica y civilizadora raza que sólo políticamente se ha fragmentado en dos naciones europeas...; y yo lo con-

(194) R.: «A.», pág. 99.
(195) R.: «M. de P.», pág. 42. En XVII. *La respuesta de Leuconoe.*

firmo con la autoridad de Almeida Garret...; Almeida Garret, el poeta por excelencia del sentimiento nacional lusitano, afirmaba que los portugueses podían, sin menoscabo de su ser independiente, llamarse también, y con entera propiedad, españoles» (196).

23.—*El genio de la raza.—El idioma.*

Recordamos lo consignado respecto al idioma, como vínculo de las naciones hispanoamericanas, en la página 580 (capítulo IX: «América»).

En *El genio de la raza* expresó Rodó: «Por mucho que los hispanoamericanos adelanten y se engrandezcan y alcancen a imprimir a su cultura sello original y propio, el vínculo filial que los une a la nación gloriosa que los llevó en las entrañas de su espíritu ha de permanecer indestructible» (197). Julio César Raffo de la Reta, presidente del Instituto de Investigaciones Históricas de Mendoza (República Argentina), en la fiesta de la Hispanidad celebrada en Madrid por el Instituto de Cultura Hispánica el 12 de octubre de 1949, recordó que este pensamiento de Rodó respecto al idioma lo cita Barón Castro (198). Rodó añadió en su trabajo:

(196) R.: *Iberoamérica.* En «El M. de P.», págs. 327-328).
(197) R.: *El genio de la raza.* En «El M. de P.», pág. 463.
(198) Julio César Raffo de la Reta, presidente del Instituto de Investigaciones Históricas de Mendoza (República Argentina): *Misión histórica de los pueblos hispánicos.* En la sesión extraordinaria del Instituto de Cultura Hispánica, fiesta de la Hispanidad, 12 de octubre de 1949. «Mensajes de Hispanidad». 1949. Edición Cultura Hispánica; pág. 61.

«La persistencia invencible del idioma importa y asegura la del genio de la raza, la del alma de la civilización heredada, porque no son las lenguas humanas ánforas vacías donde pueda volcarse indistintamente cualquier sustancia espiritual, sino formas orgánicas del espíritu que las anima y que se manifiesta por ellas» (199).

Creyó Rodó especialmente apta nuestra lengua para el efecto plástico: «Soberbiamente hermosa, nuestra lengua, para el efecto plástico y para la precisión y la firmeza de la forma sonora.» Nuestro idioma está hecho «como para complacer al personaje de Gautier que, enamorado de lo firme, lo escultural y lo atrevido, soñaba cuadros que parecieran bajorrelieves de colores; figuras que resaltan, hercúleamente esculpidas por un sol triunfal, y nubes cuyos contornos mordaces sobre el azul les diesen las apariencias de pedazos de mármol» (200).

24.—*España y la difusión del espíritu español.*

En correspondencia epistolar, le decía a Unamuno: «Esa España que todavía consideramos como el hogar venerable de nuestra raza y nuestro espíritu» (carta del 20 de mayo de 1900). «Si pudiéramos trabajar de acuerdo aquí y allá, y llegar a una gran armonía espiritual de la raza española, ¿qué más agradable y fecundo para todos?» (carta del 12 de octubre de 1900).

Bernardino Machado le dijo a Rodó: «Necesitamos

(199) R.: *El genio de la raza.* En «El M. de P.», pág. 463.
(200) R.: «R. D.». En «H. de A.», pág. 142.

y queremos amistad con España; pero la amistad, la estrecha vinculación intelectual y económica a que aspiramos no debe confundirse con vanos sueños de unidad política... España y Portugal tienen destinos diferentes... Nuestra tradición, nuestro desenvolvimiento, están en la difusión de nuestro espíritu por la redondez del mundo. La obra de la civilización española es admirable; pero, a diferencia de la nuestra, es ésa una civilización eminentemente continental... «Rodó comenta: «—¿Y la España de Colón, de Cortés, de Pizarro, de Quesada, de Valdivia?—pensaba yo, interrumpiendo, mentalmente» (201).

25.—*La entrevista de Javier Bueno con Rodó.*

Javier Bueno visitó a Rodó en América. Incluyó el relato de la entrevista, con el título «España y Rodó», en el libro *Mi viaje a América*, publicado en 1913. Refiere Bueno:

«Apenas nos sentamos, Rodó comenzó a hablarme de España. «España —me decía— yo no creo que esté agotada ni extenuada; antes, por el contrario, yo creo que España es como un niño que tiene grandes reservas de fuerzas. Yo no puedo creer en la decadencia de España, porque la Historia me enseña que cuando a ese pueblo se le juzga más acabado, es cuando surge más potente. Cuando España se desmoronaba, cuando se deshacía, los Reyes Católicos le dieron su mayor esplendor... Y crea usted que todos nosotros permanecemos, a pesar de todo, españoles, aunque en cuestiones políticas hayamos tenido por escuela a Francia. La propia Argentina, si raspamos un poco en el exterior, se verá que es española. En cuanto a otros pueblos, como Colombia, Perú y Bolivia, y el mismo Uruguay, es probable que se conserve en ellos más pura el alma castellana que en Madrid.

»A los americanos que hablan mal de los conquistadores, yo les respondo que eso constituye hablar mal de nuestros abuelos, puesto que más tenemos nosotros de los conquistadores que ustedes, que se quedaron en España.

»Yo creo —añadió el gran escritor uruguayo— que todos debemos tender, tanto aquí como en España, a que haya una influencia mutua y una gran compenetración, y en este sentido, ampliando una idea de Altamira, que deseaba un intercambio de profesores, yo propongo, en un artículo que he mandado a la revista *Hispania*, de Londres, que se celebre un Congreso de estudiantes hispanoamericanos en Madrid. No los hombres que pronto hemos de desaparecer, sino los jóvenes que han de sustituirnos, muchos de los cuales serán jefes de Gobierno en sus países, son los que deben conocerse y cambiar mutuas simpatías.»

»Me despedí de Rodó, y copio estas palabras suyas, que han de agradecer todos los españoles, por venir de quien es el único, el más fuerte defensor del idioma castellano en América. Sólo por esto merecería todo nuestro cariño, si no tuviera muchos más y mayores merecimientos» (202).

(201) R.: *Portugal. Una entrevista con Bernardino Machado.* En «El C. de Paros», pág. 75.

(202) Javier Bueno: *España y Rodó.* En «Mi viaje a América»; París. Chartres, tip. Garnier; s. a. (1913); págs. 116 y 117-118.

26.—*La España niña.*

Con motivo de la publicación de *Camino de perfección,* del venezolano Díaz Rodríguez, escribió Rodó *La España niña.* Este trabajo, corto, pero enjundioso, es quizá la más brillante entre sus páginas de fervoroso españolismo. En él se lee:

«Yo no he dudado nunca del porvenir de esta América nacida de España. Yo he creído siempre que, mediante América, el genio de España, y la más sutil esencia de su genio, que es su idioma, tienen puente seguro con que pasar sobre la corriente de los siglos y alcanzar hasta donde alcance en el tiempo la huella del mismo. Pero yo no he llegado a conformarme jamás con que éste sea el único género de inmortalidad, o, si se prefiere, de porvenir, a que pueda aspirar España. Yo la quiero embebida, o transfigurada, en nuestra América, sí; pero la quiero también aparte, y en su propio solar, y en su personalidad propia y continua. Mi orgullo americano (que es el orgullo de la tierra y es, además, el orgullo de la raza)... Me he habituado así a borrar de mi fantasía la vulgar imagen de una España vieja y caduca, y a asociar la idea de España a ideas de niñez, de porvenir, de esperanza. Creo en la *España niña*... Acaso la defensa de una gran originalidad latente, que aguarda su hora propicia, imprima hondo sentido a esa resistencia, aparentemente paradójica, contra el *europeísmo* invasor, predicada hoy por el alto y fuerte Unamuno. *Soñemos, alma, soñemos* un porvenir en que a la plenitud de la grandeza de América corresponda un milagroso *avatar* de la grandeza española, y en que el genio de la raza se despliegue así, en simultáneas magnificencias, a este y aquel lado del mar, como dos enredaderas, florecidas de una misma especie de flor, que entonasen su triunfal acorde de púrpuras del uno al otro lado de los balcones fronteros» (203).

(203) R.: *La España niña.* En «El M. de P.», págs. 443 y 444-445. En la selección de pensamientos de J. E. Rodó, publicados en la revista «La Rábida», Huelva, 30 de junio de 1917, con el título *Párrafos del Maestro,* aparece el final con una variante: «del uno al otro lado de los *dos* balcones fronteros».

CONCLUSIONES

Terminada la exposición de los diez capítulos integrantes de la tesis, señalamos, a modo de síntesis, algunas conclusiones.

Rodó, buen estilista, tenía clara idea del secreto de la expresión.

Buen ensayista, fué escritor de minorías. «La aspiración a ejercer una cura de almas, derramando su prédica desde las alturas, fué la perdurable, la más rica ambición de su vida. Su vocación no era encauzar y señalar rumbos a las grandes fuerzas colectivas y dinámicas de la democracia», manifiesta Gallinal (1).

Afirmó la vinculación latina de su espíritu. Representa en Sudamérica la generación del 98. Sintió cordialmente a España. Puso de manifiesto su amor a España en las apreciaciones de nuestros artistas, en la exacta valoración de Sancho y en su fervor por Don Quijote.

La tolerancia fué nota destacada en su personalidad. Practicó «la altivez de la independencia moral».

No sólo no fué indiferente ante los clásicos problemas

(1) Gallinal. Citado por Vicente Clavel: *Prólogo a «N. M. de P.»*. Edit. Cervantes; Barcelona, 1927; pág. 18.

de la Filosofía: Dios, hombre, mundo, sino que sintió con intensidad la preocupación del Misterio infinito.

En Psicología, comprendió la importancia de lo inconsciente. Afirmó el poder motor de la imagen. Calificó, con acierto, la imaginación creadora. Aunque, entre las facultades del alma, supervalora el sentimiento, consideró la voluntad forma superior de la actividad humana. Son estimables sus observaciones sobre Psicología diferencial y Psicología de las edades; poesía y verdad se unen en su concepto del niño. Le preocupó el problema de la vocación.

Alabó la intuición.

Fascinado por el ideal esteticista, identificó bien y belleza.

La educación ha de ser antiutilitarista e integral, no fragmentaria. Rechazaba las especializaciones prematuras. Quería la enseñanza despojada de «toda ingrata austeridad». Valoró la significación de los juegos infantiles.

Liberalismo y Jacobinismo es, en la precisa apreciación de Luis Amador Sánchez, «brillante defensa del cristianismo».

En Sociología, su concepto de la ciudad coincide con el que ha formulado Spengler.

Interpretó poéticamente la historia de la Filosofía.

Hizo un buen balance del positivismo.

Interpretó la Historia exigiendo el respeto a la verdad. No confunde, coincidiendo con Menéndez Pidal, la impersonalidad objetiva con la fría subjetividad. Formuló observaciones de interés sobre filosofía de la Historia. Se manifiesta antideterminista. Muestra su simpatía por las épocas de transición (Gorgias, Juliano, Hipatia, la Enciclopedia). «La Historia —ha dicho Ortega y Gasset— es, como la uva, delicia de los otoños» (2).

Partidario de la unidad de América, el ideal de Bolívar, exaltó el sentimiento de la raza.

En su humanismo, que se ofrece con matiz racionalista, sentía la fascinación de Grecia y del Renacimiento.

Su idealismo le impulsaba a rechazar toda tendencia pragmatista. Como dijo Gallinal: «Rodó amaba el bien, la verdad y la belleza.» Y, como expresó el Licenciado Andrés Avelino, estimando a Pedro Henríquez Ureña, filósofo y humanista: «El hombre se valora por lo que él valoriza, por la preferencia de valores que manifiesta frente al cumplimiento de valores de las demás personas» (3).

En carta a don Juan Francisco Piquet, fechada en Montevideo en septiembre de 1904, decía Rodó: «Tracé mi destino a la vida: el de manejar la pluma. Y a tal destino me atengo. Hay mucho que hacer en América con ese instrumento de trabajo» (4). Mucho queda que hacer con la pluma y la palabra en América y en el mundo. Rodó, en su patria y en su época, manejando el idioma de la comunidad hispánica, hizo obra para su tiempo y para la Humanidad... «En el principio era el Verbo» (5), y al final será el verbo también.

(2) José Ortega y Gasset: *El ocaso de las revoluciones*. Apéndice a *El tema de nuestro tiempo*. En «Obras completas», 2.ª edición, pág. 894.

(3) Licenciado Andrés Avelino: *Pedro Henríquez Ureña. Filósofo y humanista*. En «Homenaje a Pedro Henríquez Ureña...»; Ciudad Trujillo; Pol Hnos., 1947; vol. I de las Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, pág. 96.

(4) En «El Q. V.», pág. 214.

(5) San Juan: *Evangelio*, I, 1: «In principio erat Verbum.»

NOTAS

ADVERTENCIAS

Las notas de las obras de Rodó entiéndanse referidas a las ediciones que a continuación se detallan:

José Enrique Rodó: *Ariel.* Estudio crítico de Leopoldo Alas *(Clarín).* Espasa-Calpe; Buenos Aires, 1948.

José Enrique Rodó: *Liberalismo y Jacobinismo.* Valencia; F. Sempere y Compañía, editores; s. a.

José Enrique Rodó: *El mirador de Próspero.* 3.ª edición; Barcelona; Editorial Cervantes; 1928.

José Enrique Rodó: *Motivos de Proteo.* 7.ª edición; Barcelona; Editorial Cervantes; 1936.

José Enrique Rodó: *El camino de Paros (Meditaciones y andanzas).* 3.ª edición corregida; Editorial Cervantes; Barcelona, 1928.

José Enrique Rodó: *Hombres de América (Montalvo, Bolívar, Rubén Darío. Discursos parlamentarios).* Barcelona; Editorial Cervantes; 1931.

José Enrique Rodó: *Nuevos motivos de Proteo.* Prólogo de Vicente Clavel. Barcelona; Editorial Cervantes; 1927.

Las notas a la obra de Zaldumbide *José Enrique Rodó* se refieren a la siguiente edición:

Gonzalo Zaldumbide: *José Enrique Rodó.* Extrait de la *Revue Hispanique,* tomo XLIII. New York-París. Impr. de la casa Editorial Bailly-Baillière; 1918.

SIGLAS

A.—Ariel.
B.—Bolívar.
D. p.—Discursos parlamentarios.
E. no. c.—Escritos no coleccionados.
El C. de P.—El Camino de Paros.
El M. de P.—El Mirador de Próspero.
El Q. V.—El que vendrá.
H. de A.—Hombres de América.
L. y J.—Liberalismo y Jacobinismo.
L. n. n.—La novela nueva.
M.—Montalvo.
M. de P.—Motivos de Proteo.
N. M. de P.—Nuevos Motivos de Proteo
P.—Poesía.
R.—Rodó.
R. D.—Rubén Darío.

APENDICES

1. Cartas inéditas de Rodó a Unamuno.
2. «Curriculum vitae» de Rodó.
3. Bibliografía.

ADVERTENCIAS A LOS APENDICES

2.—Al «CURRICULUM VITAE».

No pretende ser exhaustivo este «Curriculum vitae». Puede completarse con una detallada revisión de los escritos inéditos y de la correspondencia de Rodó. Es tan sólo un avance demostrativo de la actividad del escritor.

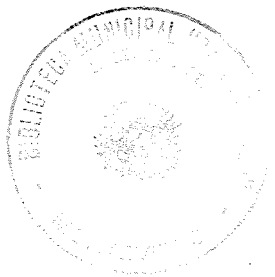
3.—A BIBLIOGRAFÍA.

Se distribuye la producción de José Enrique RODÓ en los apartados siguientes:

a) Ediciones.
b) Traducciones.
c) Apreciaciones, cartas, epílogos, impresiones, juicios y prólogos.
d) Artículos y fragmentos de Rodó en revistas y libros.

En el apartado *d)* se incluyen solamente datos que no están ya consignados en la obra de Arturo Scarone *Bibliografía de Rodó. El escritor. Las obras. La crítica.* Montevideo: Imprenta Nacional; 1930; II vols.

Las fechas de las Revistas ARIEL entiéndanse referidas a los fondos existentes en la Hemeroteca Municipal de Madrid.



APENDICE I

Cartas inéditas de Rodó a Unamuno.

1 (Tarjeta)

José Enrique Rodó saluda con el afecto de siempre a su respetado amigo Miguel de Unamuno, y le da las gracias por el envío de su interesantísimo y magistral discurso de Bilbao, no menos admirable por su significación de *acto* moral, como manifestación de un carácter sincero y valeroso, que por la profundidad del pensamiento. En ambos conceptos ese discurso tiene méritos sobrados para que los plácemes de los que piensan y sienten con alguna elevación desvanezcan en el espíritu del autor la amargura de impresiones que nunca pueden ser duraderas en quien es sensible a las íntimas satisfacciones de la conciencia.

La lectura de esa oración, ya famosa, ha sugerido en el espíritu de quien esto escribe tantas y tan ahincadas reflexiones, que para exponerlas serían necesarias muchas páginas. Ellas se resumirían en la aprobación honda y la admiración sentida que se expresan, más que con el aplauso trivial, con el efusivo apretón de manos.

Montevideo, octubre 12/90.

2

Montevideo, 20 de marzo de 1900.

Sr. Miguel de Unamuno.

Salamanca.

Muy distinguido colega y señor mío:

Al presentar a Vd., en signo de alta y sincera estimación, un ejemplar de mi reciente libro, quiero manifestarle cuánto es el interés que yo tengo en que Vd. lo lea; interés que no estriba solamente en lo mucho que me importa el juicio que Vd. forme de él como obra literaria, sino, ante todo, en el propósito que me ha movido a escribir la obra que le envío.

Es, como Vd. verá, obra *de acción*, si así puede decirse; he querido hablar a la juventud a que pertenezco, a la juventud de América, sobre ideas cuyo interés y oportunidad me parecen indudables; y si no pareciera una aspiración presuntuosa, agregaría que he ambicionado iniciar, con mi modesto libro, cierto movimiento de ideas en el seno de aquella juventud, para que ella oriente su espíritu y precise su programa dentro de las condiciones de la vida social e intelectual de las actuales sociedades de América.

La repercusión de la propaganda que yo quiero promover en esa España que todavía consideramos como el hogar venerable de nuestra raza y nuestro espíritu; una repercusión que no signifique halagos para mi vanidad literaria, pues no puedo aspirar a ellos, sino simplemente aprobación benévola de las ideas y del sentido general de la obra, significaría para mí muchísimo, porque daría a mi propaganda una sanción invalorable.

He enviado *Ariel* a los pocos amigos intelectuales de verdadero prestigio que tengo en España, contándose entre ellos el que más íntimamente conozco y más benévolamente me ha estimulado:

Leopoldo Alas; pero quiero que otros escritores a quienes, sin ser mis amigos, admiro y respeto, reciban también mi libro; y entre esos escritores, hubiera sido imperdonable olvidarle a Vd., a quien, con sobrada justicia, consideramos aquí el más *pensador* de los escritores de las nuevas generaciones españolas, el más profundo y reflexivo.

Leí hace poco una carta de Vd. en la que, disintiendo de mi modo de considerar la personalidad literaria de Rubén Darío, tenía Vd., sin embargo, frases muy benévolas para la obrita que dediqué a ese poeta nuestro. Hago votos por que esta vez, no siendo menor su benevolencia, tenga además mi libro la fortuna de concordar en ideas con Vd.

Reciba, con este motivo, las seguridades de mi alta estima literaria y de mi mayor consideración.

José Enrique Rodó.

3

Montevideo, 12 de octubre de 1900.

Sr. Miguel de Unamuno.

Muy distinguido amigo:

Aunque con gran tardanza, quiero contestar a su interesante carta sobre mi última obrita; carta en la que no sólo obliga Vd. a mi gratitud por lo benévolo de sus apreciaciones y la sinceridad de sus reparos, sino que me ofrece la agradable oportunidad de conocer su modo de pensar y su criterio en cuestiones que me interesan y preocupan tanto como a Vd.

Y no menos que la carta a que contesto, fué grata para mí la lectura provechosísima de sus *Tres ensayos*, obra que por su originalidad, su *arranque* personal y propio, la profundidad y virtud sugestiva de sus ideas y la fuerza varonil de su estilo, es de las que se encuentran sólo por rarísima excepción en la literatura española contemporánea. Vd. es, dentro de ella, una personalidad aislada, que a nadie se parece, ni por su manera de pensar, ni por su manera de escribir. Cierto es que, como Vd. me dice en su carta, nos separan, y aún alejan, ideas muy importantes y tendencias, muy características, del gusto. Yo me reconozco muy *latino*, muy meridional; por lo menos como manifestación *predominante* de mi espíritu; pues una de mis condiciones psicológicas es la flexibilidad con que me adapto a diversos modos de ver, y hay veces en que mi *latinismo* se eclipsa y me siento vibrar al unísono con un Carlyle o un Heine o un Amiel. Mi aspiración sería equilibrar mi espíritu hasta el punto de poder contemplar y concebir la vida con la serenidad de un griego o de un hombre del Renacimiento. Me seduce lo francés por la espiritualidad, la gracia, la

fineza del gusto y la generosa amplitud y liberalismo del sentimiento. Lo que más se me resiste en cuanto Vd. me manifiesta es su antipatía al espíritu francés. Claro está que, al decir esto, no me propongo defender el prurito infantil y vano de imitación parisiense que domina en nuestra juventud americana y española; imitación inconsulta y pedantesca de lo peor, que sólo conduce a una abominable escuela de frivolidad y *snobismo* literarios. Vd., que es tan benévolo conmigo, querrá hacerme la justicia de no confundirme con esos falsificadores de la literatura de *La Plume* o o *La Revue Blanche*. Mis dioses son otros. Mis dioses son Renán, Taine, Guyau, los pensadores, los removedores de ideas, y para el estilo, Saint Victor, Flaubert, el citado Renán. Con esta afición a lo francés concilio perfectamente mi amor a todo lo que puedo comprender dentro de lo septentrional, pues creo tener cierta amplitud de gusto y de criterio. Lo español me merece sincera y viva simpatía. Nadie más que yo admira a los representantes de verdadero mérito que quedan a la intelectualidad española. Nadie admiró más a Castelar, ni tiene más alta consideración por Menéndez Pelayo, Leopoldo Alas, Valera, Galdós, Echegaray, Pereda y tantos otros. Tengo los ojos fijos en la juventud de esa España para ver si *algo* brota de su seno. Si pudiéramos trabajar de acuerdo aquí y allá, y llegar a una gran armonía espiritual de la raza española, ¿qué más agradable y fecundo para todos?

Por muchas que sean las ideas en que Vd. y yo no concordamos, me complazco en entender que son más y más fundamentales aquellas en que estamos de acuerdo. Así, por ejemplo, en espíritu amplio y generoso, su odio a las limitaciones y formulismos de cualquier género, su varonil anhelo de originalidad y sinceridad en cuanto se piense y diga, su profunda *espiritualidad* (claro que no va esta palabra en el sentido de ingenio ameno y chispeante), son otros tantos motivos de simpatía que hacen singularmente grata la lectura de las obras de Vd. y que me inspiran el vehemente deseo de no dejar interrumpidas nuestras relaciones literarias. Aparte de lo que Vd., por su valer propio, tiene que enseñarme y aconsejarme, como *hermano mayor* a quien se escucha con respetuoso afecto, las mismas diferencias de criterio y orientación que Vd. nota entre ambos son, como Vd. mismo dice, una conveniencia más para el cambio de ideas y sentimientos que hemos establecido.

Mi aspiración inmediata es despertar con mi prédica, y si puedo con mi ejemplo, un movimiento literario realmente *serio* co-

rrespondiente a cierta tendencia ideal, no limitado a vanos juegos de forma, en la juventud de mi querida América. Tengo en mucho el aspecto artístico y formal de la literatura; creo que sin estilo no hay obra realmente literaria; y en la medida de mis fuerzas procuro *practicar* esa creencia mía. Pero también estoy convencido de que sin una ancha base de ideas y sin un objetivo *humano*, capaz de interesar profundamente, las escuelas literarias son cosa leve y fugaz. Mi propósito es difícil; Vd. lo sabe bien. Nuestros pueblos (España por anciana, América por infantil) son perezosos para todo lo que signifique pensar o sentir de manera profunda y con un objetivo desinteresado. No importa; trabajaremos mientras nos quede un poco de entusiasmo, estimulándonos recíprocamente los que formamos la minoría más o menos *pensadora*. Otros vendrán después que harán lo que no nos sea concedido a nosotros. Mi *Ariel* es el punto de partida de ese programa que me fijo a mí mismo para el porvenir. Me satisface que, hasta donde sea sensato esperarlo, el éxito del libro ha sido bueno, en España y América. Valera, *Clarín*, Altamira, Rueda, Benot, Blanco García, Gómez de Baquero, Rubió y Lluch, han tenido muy cariñosos juicios para *Ariel*. Creo que va a hacerse de él una tercera edición en España. En América ya se han agotado dos. Preparo para dentro de poco un nuevo opúsculo sobre una cuestión psicológica que me interesa mucho.

Pero basta de hablar de lo mío. Envíeme, en lo posible, lo que Vd. crea que puede interesarme más de aquello que Vd. escribe, o indíqueme a lo menos dónde puedo leerlo. Los *Tres ensayos* los tengo bajo el pisapapeles de mi mesa de estudio, para releerlos siempre.

Lamento que la forma escrita no consienta la extensión y la prolijidad de las confidencias verbales, pues me agradaría infinito *conversar* con Vd. sobre muchos temas que para ambos tienen interés. Pero no hay más remedio que poner punto, después de renovar mis protestas de estimación y de afecto sinceros.

Ordene Vd. a su affmo. amigo

José Enrique Rodó.

Universidad.

4

Montevideo, 25 de febrero de 1901.

Sr. Miguel de Unamuno.

Salamanca.

Muy estimado amigo:

Acaba de llegar a mis manos *La Lectura*, en cuyas páginas veo el hermoso artículo que Vd. consagra al movimiento literario hispanoamericano y en el que tiene para mi *Ariel* frases tan benévolas como dictadas por su amistosa generosidad. Ya conocía por las cartas de Vd. su opinión sobre mi pobre libro; pero esta nueva manifestación de su juicio me impresiona muy gratamente porque contribuye, con la eficacia y autoridad de su palabra, a la propaganda de *Ariel*. Y el día que me sea dado conocer las copiosas anotaciones que, según Vd. me dice, tiene tomadas sobre las ideas que he recogido en esas páginas, su conocimiento será, sin duda, tan grato como provechoso para mí, que no concibo más alto placer intelectual que el de la comunicación de ideas, sentimientos e impresiones con un espíritu de la calidad del de Vd.

Sagaz y acertadísima es su observación sobre la ambición de universalidad que nos espolea, para bien o mal, en América.

Ha pocos días recibí también el primer número de la *Unión Escolar*, donde aparece una elocuentísima *alocución* de Vd. a los estudiantes españoles. Bien sabe Vd. cuán de mi gusto es este género de *sermones laicos* en que se habla a la juventud. He leído y meditado el suyo, y lo guardo en recorte junto con el Discurso universitario que Vd. publicó en folleto y que tuvo la bondad de mandarme. A ambos estoy seguro de recurrir en frecuentes consultas.

Si algo me separa fundamentalmente de la mayor parte de mis colegas literarios de América es mi afición, cada vez más intensa, a lo que llamaré *literatura de ideas*, ya que llamarla *docente* o *trascendental* no la definiría bien. Por desgracia, el *modernismo* infantil, trivialísimo, que por aquí priva, me ofrece muy pocas ocasiones de satisfacer esa afición con la lectura de la producción indígena. Necesitamos gente de pluma que *sienta y piense*, y lo que abunda son miserables *buhoneros* literarios, vendedores de novedades frágiles y vistosas.

A propósito de *literatura de ideas:* no quiero dejar de enviarle mis felicitaciones y la expresión de mi regocijo por esa soberbia *sacudida* del espíritu español que ha producido *Electra*; sacudida que hace pensar si no será una resurrección... Yo he experimentado verdadero entusiasmo, y he concebido esperanzas quizá temerarias, leyendo lo que nos cuenta el telégrafo de ese que Hugo llamaría «abrazo de la multitud y el genio». Espero, quiero esperar, que *Electra* será un punto de partida y no una convulsión de agonizante.

Y otra impresión halagüeña, si bien no tan honda, que he recibido con relación a la intelectualidad española, es la que me produce la aparición de algunas revistas excelentes que han llegado a mis manos; revistas de las que no había y se necesitaban, como la magnífica *Lectura* y la intitulada *Nuestro Tiempo*.

Que todo eso continúe; que Vd. y los pocos dignos de ir a su lado tengan, al fin, un escenario no muy inferior al que merecerían.

Cordialmente le abraza

José Enrique Rodó.

5

Montevideo, 10 de diciembre de 1901.

Sr. M. de Unamuno.

Salamanca.

Querido y respetado amigo:

Grata, como todas las suyas, fué para mí la de 4 de noviembre. Ella llegó en muy buena oportunidad, pues muchos días habían pasado sin que pudiera yo consagrar algunas horas a mis tareas literarias, llamando así también a la correspondencia con intelectuales amigos. Engolfado en la tirana política, en vísperas de elecciones, abrí un paréntesis forzoso a mis aficiones más queridas; pero ya vuelvo a ellas. Recibo, pues, su carta en momentos en que se abre para mí un nuevo período de estudio y de meditación.

Grande interés me produce su anuncio de una próxima campaña en pro de la supremacía intelectual y del gobierno de los mejores y más cultos. Ningún tema puede ser más simpático que ése para quien, como yo, ha peleado y pelea al pie de una bandera semejante, en estas democracias a las que todavía hay que formar. Me figuro lo que será su prédica, conociendo dos factores tales como la magnitud del asunto y la talla del predicador. La personalidad de Vd. y la de algún otro, en ese desierto intelectual de España, me hacen el efecto de estatua colocada, sin pedestal, sobre el campo raso, de modo que ni la estatua descuella como debiera, ni el suelo chato y monótono presenta un árbol o una casa que puedan servir de término de comparación para apreciar debidamente su altura. Me refiero a que faltan ahí, para hombres de su magnitud de espíritu, las oportunidades, las oca-

siones, que sus dotes tendrían derecho a exigir. Pero la ingratitud del ambiente hace aún más meritoria su labor porfiada y valentísima. ¿Triunfarán en su empresa de regeneración? Ni siquiera una esperanza muy viva en el triunfo cercano puede suplir al estímulo que les niega lo presente. Todo esto sería triste si no se tratara de luchadores de su voluntad. De lo que pueden estar seguros es de la admiración y las simpatías de los que seguimos de lejos sus esfuerzos, combatiendo en escenario menor por los mismos ideales.

En América sigue predominando la literatura de abalorios, juguetes chinos y cuentas de cristal. Luchamos por poner en circulación *ideas;* por hacer pensar; por formar público para el libro que trae *quelque chose dans le ventre,* como dice Zola. Estos pueblos son escenario muy pequeño (para empresas de orden intelectual) en la actualidad; pero nos anima el que el porvenir de ellos es grande y seguro. Es nuestra única ventaja.

Con el deseo de leer pronto algo nuevo de Vd., me repito su amigo affmo., que le quiere y admira,

José Enrique Rodó.

6

Montevideo, 20 de octubre de 1902.

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Salamanca.

Querido y respetado amigo: Debo a Vd. mis agradecimientos (tanto más expresivos cuanto más tardíamente manifestados) por el envío de su interesante, original y sustanciosa novela. Dos veces la he leído ya, y aún más la segunda que la primera, me hizo pensar y sentir lo que pocas obras de su género. Estoy por los libros que, releídos, ganan, y digo siempre que ninguna obra literaria que haya yo leído una sola vez me ha agradado sino medianamente. Más que lector, soy *re-lector,* y, en este concepto, obstinado e incansable, pudiendo asegurar que no me pesarían cinco ni diez lecturas consecutivas de ciertas obras. La suya no quedará, seguramente, en la segunda.

Contribuyeron a que su novela me interesara sobre manera e hiciese vibrar simpáticamente mi espíritu motivos de oportunidad, de oportunidad *local* o nacional, y también viejas aficiones mías a investigar y meditar en cuanto se refiere a criterios de educación, materia en que tengo de antiguo algunas opiniones o prejuicios irreverentes, y aun anárquicos, que he sentido halagados a menudo por el sgslo [sic] franco, fresco y sutil que de las páginas de su fuerte novela se desprende, tal como yo las interpreto y relaciono con recuerdos, observaciones e impresiones que llevaba dentro y que ha reanimado su poderosa sugestión de pensador.

Como, desde hace algún tiempo, son pocos los diarios y revistas españoles que leo, no sé si *Amor* y *Pedagogía* ha sido recibida por la crítica con el excepcional aplauso y la admiración que merece. El libro ha podido imponerse por su propio indiscutible

mérito; no ciertamente porque concuerde con tendencias arraigadas del gusto, ni porque busque la pública estimación por camino trillado; y en este sentido no me extrañaría que hubiese resultado *déplacé*.

La originalidad de su humorismo y el profundo sentido que él entraña hacen pensar en escritores del Norte, y sobre todo de esa Inglaterra, donde, según ha dicho no sé quién, Cervantes es *mejor comprendido* que en la propia España de los *cervantófilos*, cazadores de puntos y comas en el libro inmortal o encomiadores de la sabiduría de Cervantes en ciencias, artes y oficios.

¡Cuánto deseo que aparezca lo más pronto posible su prometida obra sobre la Religión y la Ciencia! Me preocupa muy intensamente el problema religioso, y leo con interés todo lo que espero que pueda darme nueva luz sobre ello.

En cuanto a mi labor, ella sigue con intermitencias, impuestas por la diversidad de mis atenciones, que con harta frecuencia no son literarias, ni aun intelectuales. Veremos si para enero o febrero puedo enviarle algo impreso en libro u opúsculo.

Perdóneme la larga demora de esta carta.

Gracias y sinceros plácemes, de nuevo, por su interesantísima obra.

Sabe Vd. en cuán alta estima le tiene su amigo y admirador

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

7

Montevideo, 19 de julio de 1903.

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Salamanca.

Muy estimado amigo: Acabo de recibir *De mi país*, y, antes de leerlo, quiero satisfacer la deuda en que con Vd. estoy acusándole recibo de los *Paisajes* y *En torno al casticismo*, que recibí oportunamente y leí con el hondo interés que en mí suscita todo lo suyo.

Los *Paisajes:* libro simpático en grado sumo, desde antes de conocer su valor, por el título, revelador del tema. Bien dice Vd. que la literatura española no tiene, entre sus notas características, el sentimiento de la Naturaleza. Lo advertí yo cuando, leyendo los poemas y crónicas escritos por españoles en América, sobre cosas de la Conquista, buscaba en vano un rasgo que manifestase la emoción que necesariamente debieron de experimentar aquellos hombres ante el espectáculo de una naturaleza nueva y maravillosa. El mismo Ercilla, cuando habla de la naturaleza física y la describe, se refiere al paisaje convencional de idilios y églogas seudoclásicos. Apenas se concibe esto en quien tenía tal alma de poeta y había visto la naturaleza americana. Humboldt, el gran sabio-poeta, me hizo creer que Colón, en su Diario de viaje, *sentía* la espléndida hermosura del paisaje americano tropical. Busqué las huellas de ese sentimiento y las encontré tan fugaces y superficiales, que me decepcionaron. Veo sentimiento de la Naturaleza en tal cual rasgo de los mismos bucólicos del Renacimiento cuando se sobreponen a la falsedad de la escuela. Lo veo en Cervantes, por quien cada día que pasa crezco en admiración incondicional. Y si no como descripción *sostenida* ni como

tema directo, a lo menos en notas pasajeras y accidentales, lo veo en el teatro del gran siglo, sobre todo en Lope de Vega. Claro es que no olvido a fray Luis. No debo olvidarle por lo mismo que no es de *mis* poetas. Me pasa con fray Luis en la lírica clásica lo que con Zorrilla en la romántica moderna. No ciertamente porque se parezcan en sí, sino porque, reconociendo yo su indudable grandeza, no los reconozco *míos*, sé que no los comprendo todo cuanto debiera. Me apenan estas limitaciones de gusto, y Vd. sabe que procuro tener las menos posibles y pongo mi mayor aspiración en comprenderlo todo. Por esfuerzo y tesón de mi espíritu he vencido muchas de esas resistencias de mi gusto personal y espero dominar gran parte de las que me quedan. Cada día me siento más amplio y comprensivo. Creo que lo seré cada vez más. Claro está que por lo que respecta al poeta de la *Noche serena* (y lo mismo digo de Zorrilla), no debe darse más que un valor relativo a lo que afirmo de mi limitación de gusto. Los admiro, pero comprendo que no todo lo que ellos merecen.

Volvamos a lo principal. Muchas veces he deseado yo que se escribiera en castellano, y con relación a la literatura española y americana, un libro o estudio análogo a la muy hermosa obra de Víctor Laprade que se intitula *El sentimiento de la Naturaleza en los modernos*. Podría ser una obra de erudición y sentimiento, de las más agradables, para quien la escribiese y para los lectores, si se la escribía con amenidad y por quien de veras tuviese familiaridad con la naturaleza e *inteligencia* de su espíritu. ¿Por qué usted, que tan penetrante sentimiento de ella muestra en sus *Paisajes*, no escribe algo como lo que digo; si no una obra extensa, por lo menos un estudio donde plantase los jalones de un libro futuro, que escribiría usted mismo o algún otro?... Bastante que estudiar habría, a pesar de todo, no sólo en la literatura del Renacimiento, sino también en la del siglo pasado. El duque de Rivas, Zorrilla, Arolas, Enrique Gil, Pastor Díaz, García Tassara, Núñez de Arce, Selgas, Ruiz Aguilera, Querol, entre los líricos, han sentido, cada uno a su modo, la Naturaleza. Los novelistas y cuentistas tienen mucho en materia descriptiva, tomada del natural y vivificada por el amor de determinado paisaje local. Así, Pereda, *Fernán Caballero*, Trueba, la Pardo Bazán, Salvador Rueda... Creo, sin embargo, que en esto se llevan la palma las literaturas regionales, a juzgar por lo poco que he visto de ellas. Cuadros preciosos recuerdo haber admirado en el *Canigó*, de Verdaguer, y en su *Atlántida*. También me impresionaron muy favorablemente los *Idilios*

de Apeles Mestres, de un sabor bucólico propiamente antiguo. Del mismo autor conozco *Los Sardinalers*, que es un poema de mar y pesca, de un fuerte realismo. Menos que de la poesía catalana se me alcanza de la gallega; pero en Rosalía de Castro, y sobre todo en Pondal, he *sentido* el reflejo intenso del paisaje comarcano. Permítame ahora un rasgo de *americanismo* que creo lícito. Entiendo que, en sentimiento de la Naturaleza, la poesía americana es la que modernamente ha dado más altas notas en la lengua que nos es común. De cuantas originalidades puedan contribuir a dar fisonomía propia a la literatura de América, ésta que consiste en un fuerte y efusivo sentimiento de la naturaleza física me parece la más señalada. Quizá es lo único real y verdaderamente *propio* que tenemos en nuestra poesía.

Si yo escribiera sobre la naturaleza del suelo español (y no haría tal mientras no la viese por mis ojos), haría un libro sobre el que tendría que hablar mucho, porque casi me ha hecho *ver* muchas cosas de ella sin tenerla presente. Es la colección de poesías de Teófilo Gautier, en la que figuran, bajo el título general de *España*, rasgos de los más bellos que conozco, como descripción, y aun como sentimiento lírico... Pero noto que me voy por los cerros de Ubeda. Disculpe usted que haya demorado tanto en llegar a sus hermosos y sentidos *Paisajes*. Ya estoy en ellos. ¡Cuán bien entendido me parece, en el primer párrafo de *La Flecha*, el sentimiento de la Naturaleza en su relación con la vida de campo! Cuanto más se emancipe la voluntad del hombre de la tierra, como de una esclavitud, tanto más intensamente sentirá él la hermosura que en ella hay difundida. Sin embargo, preciso es que la tierra haya empezado por serle útil para que luego se deleite plenamente en su belleza. ¿No puede considerarse esto una aplicación particular de la teoría que sobre las relaciones de lo bello y lo útil ha desarrollado Herbert Spencer tomando por punto de partida ideas de Kant y Schiller? Lo bello nace de la muerte de lo útil; lo útil se convierte en bello cuando ha caducado su utilidad. Siempre lo pensé así, y así lo he enseñado en mi cátedra; separándome radicalmente, en esto, de Guyau, con quien en otras cosas pienso y siento armónicamente. Si, como se dice, sólo la visión real y directa del paisaje de que ha cantado un poeta es capaz de dar la inteligencia perfecta, el sentimiento íntimo de su canto, bien puede decirse que Vd., reflejando tan intensamente el *rincón de la Naturaleza* que inspiró a fray Luis de León, nos

hace penetrar más de lo acostumbrado en el espíritu de su poesía, como si realmente visitáramos el huerto de la Flecha.

Interesante es el cuadrito de *Brianzuelo de la Sierra*, pero se le olvida cuando se pasa a conocer la espléndida hermosura de *La puesta de sol*. Creo que en nuestro idioma pocas veces se habrán dicho, mirando al cielo, cosas tan hermosas e intensas. Magnificencia de color, sentimiento hondo y solemne, alteza de pensamiento; todo eso se admira en su magistral contemplación, que ha repercutido muy adentro de mí. Ella sola levantaría muy alto su libro, aun cuando no hubiese en él, como las hay, otras bellezas. *Fantasía crepuscular* y *Humilde heroísmo* acentúan la impresión de la *Puesta de sol*, con la que convergen en manifestar una nota del alma de escritor de Vd., que contribuye tanto a su originalidad como a su simpática fuerza. Me refiero a la espontaneidad, a la naturalidad con que su alma tiende a acordarse con los modos de sentir propios del hombre primitivo, de la naturaleza humana en su sencillez ingenua y pura, ya sea la de las generaciones primeras, de que nos separa la inmensidad del tiempo, ya la del rústico, de cuya alma, defendida por sus montañas, dice Vd. tan hermosamente: «Hace religión de cuanto en su seno recibe.» *Humilde heroísmo* es, después de la *Puesta de sol*, lo que en el libro más me gusta.

Llevo ya escrito más de lo regular, y siento no haber ahorrado espacio para poder hablarle, también en ésta, de su ensayo sobre el casticismo. Quedará para otra, así como su nuevo libro, *De mi país*.

Ha de disculpar Vd., no sólo la sobrada extensión de la presente, sino la prisa con que va escrita. En la próxima trataré de comunicarle lo que por mi parte pienso y preparo en materia literaria. Trabajo poco y con irregularidad. Espero *volver al orden* en breve.

Le estrecha la mano con el afecto de siempre

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

P. S.—Olvidaba la consulta que Vd. me hizo. Creo que lo mejor será, en esto, que Vd. *olvide* también la cuestión de que se trata. Excuso fundar mi parecer.

Montevideo, 20 de marzo de 1904.

Sr. Miguel de Unamuno.

Salamanca.

Muy estimado amigo: Grata fué para mí su última carta, no sólo por ser de Vd., sino por las esperanzas de reacción y regeneración de que Vd. me habla, refiriéndose al presente *estado de alma* de España. Algo de eso había vislumbrado ya por hechos significativos, y celebro que la autoridad de su juicio confirme ahora mis presunciones. He seguido con interés la campaña valiente y generosa de Grandmontagne, que coopera a la misma tarea salvadora, y estoy atento a cuanto pasa en esa tierra digna de mejor destino, que también considero mía por mi sangre y por el afecto que le consagro.

De mi país nada nuevo ni bueno puedo decirle. La guerra civil no es cosa nueva, tratándose de pueblos donde parece haber arraigado casi como una diversión o *sport* nacional. Sin embargo, aunque tal guerra sea cosa triste, injustificable y vergonzosa, y nos perjudique y afrente, he de decir a Vd. que no considero el porvenir inmediato de estos países con el criterio pesimista de muchos; creo que los males de ahora pasarán; percibo que, en medio de tantas tribulaciones, vamos adelante, aun en lo político y administrativo, y veo tanta vitalidad, y tanta riqueza, y tanta fuerza almacenada en estas tierras bendecidas por la Naturaleza, que tengo por cuestión de tiempo el triunfo sobre los resabios del pasado y el predominio definitivo de los hombres de pensamiento sobre los caudillos levantiscos.

Lo innegable es que, para los que tenemos aficiones intelectua-

les y tendencias a una vida de pensamiento y de cultura, resultan, más que incómodas, desesperantes las condiciones (siquiera sean transitorias) de este ambiente, donde apenas hay cabida sino para la política *impulsiva* y anárquica, que concluye por arrebatar en su vértigo a los ánimos más serenos y prevenidos. Yo no aspiro a la «torre de marfil»; me place la literatura que, a su modo, es milicia; pero cuando se trata de luchar por ideas grandes, de educar, de redimir. En fin: estoy muy hastiado de lo que por aquí pasa; y tal vez, tal vez, si logro arreglar mis asuntos, no pasará un año antes de que me vaya a *oxigenar* el alma con una larga estadía en esa Europa.

Tengo casi terminado mi libro, que probablemente haré imprimir en Madrid o Barcelona. Es extenso. El tema (aunque no cabe indicarlo con precisión en breves palabras) se relaciona con lo que podríamos llamar «la conquista de uno mismo»: la formación y el perfeccionamiento de la propia personalidad; pero desenvuelto en forma muy variada, que consiente digresiones frecuentes, y abre amplio espacio para el elemento artístico. Será un libro, en cierto modo, *a la inglesa*, en cuanto a los caracteres de la exposición, que puede tener parecido con la variedad y relativo *desorden* formal de algunos «ensayistas» británicos. Veremos qué resulta.

La vida literaria se arrastra por aquí (y, en general, en América) muy perezosa y lánguida. Por fortuna, va pasando, si es que no ha pasado ya, aquella *ráfaga* de decadentismo estrafalario y huero que nos infestó hace ocho o diez años. Yo creo que pocas veces en pueblos civilizados *del todo* se habrá dado ejemplo de tan pueril trivialidad literaria, y tanta perversión del gusto, y tanta confusión de ideas críticas, y tanta ignorancia, y tanta manía de imitación servil e inconsulta, como se vió en algunas partes de nuestra América con motivo de aquello. En Montevideo no es donde hizo más estragos, felizmente. Aquí hay formado cierto espíritu de crítica vigilante y perspicaz y respiramos un ambiente más *europeo*, en estas cosas, que en otras partes de América, sin exceptuar algunas donde la civilización es más espléndida y suntuosa y mayor la prosperidad material.

En Lima ha empezado a escribir un crítico, muy joven, García Calderón, muy bien orientado, estudioso y reflexivo. Pronto publicará una colección de artículos, para la que me ha pedido unas palabras de introducción, que he escrito con gusto, porque es de las buenas esperanzas que veo en la novísima generación americana.

De España recibo siempre dos revistas: *Nuestro Tiempo* y *Helios*, ambas muy interesantes. Aquí había empezado a publicarse una, modelada sobre el *Helios*, pero hubo de suspenderse a consecuencia de la guerra civil.

Si ve o escribe a Grandmontagne, hágame el favor de felicitarle en mi nombre por su valentísima y bien encaminada propaganda. A Grandmontagne le consideramos casi como americano, y por eso nos satisfacen más sus esfuerzos en pro de la libertad y la cultura españolas.

Llevo escrito de más y no me queda tiempo para hablarle, como deseaba, de la halagüeña noticia que nos da el telégrafo, sobre fundación de estudios hispanoamericanos en esa ilustre Universidad.

Será otro día. Acepte Vd., entre tanto, la seguridad de la consideración y afecto que le profesa su muy sincero amigo

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

Calle Cerrito, 102 A.

9

Montevideo, 21 de abril de 1916.

Sr. D. Miguel de Unamuno.

Salamanca.

Mi siempre recordado amigo: Después de tan larga interrupción de nuestra correspondencia, que no ha significado, por cierto, falta de comunicación espiritual, pues constantemente sé de Vd. y le leo, envíole estas líneas, no para hablarle de cosas mias, sino para presentarle a un joven poeta de mi país, el señor Montiel Ballesteros, que desea ser amigo de Vd. y a quien yo he estimulado a que envíe a Vd. sus juveniles versos, pues me parece que en ellos se orienta hacia algo nuevo y que en cierto modo participa del ideal poético por Vd. preconizado y defendido.

Es una amistad juvenil que supongo será a Vd. grata, como todo lo que signifique remover el contacto con las esperanzas y los entusiasmos de los veinte años.

Considéreme siempre su affmo. amigo

JOSÊ ENRIQUE RODÓ.

APENDICE II

«CURRICULUM VITAE» DE RODÓ.

1872.—15 de julio.—Nació en Montevideo.

1883.—En la Escuela «Elbio Fernández» (Clase C) funda el periódico juvenil *Los Primeros Albores*. Era director F. Herrera, y redactores, Rodó y M. Baretta; los tres, alumnos de la Clase C.

23 de julio.—*Benjamín Franklin*. Artículo en el primer número de «Los Primeros Albores». (Así opina, con fundamento, A. Scarone: *Bibliografía de Rodó*, I, pág. 118.)

6 de agosto.—*El Centenario de Bolívar*. Artículo en «Los Primeros Albores», año I, núm. 2.

1894.—Escribió sobre *Dolores*, de Federico Balart, publicado en el primer número de la «Revista Nacional».

1895.—*Juan Carlos Gómez*. «Lejano artículo, uno de los primeros que salieron de mi pluma» (R.: «El M. de P.», págs. 7-18).

Divina libertad. Al margen de «Bajorrelieves», de Leopoldo Díaz.

Lee a Taine y Spencer (Pérez Petit: *Rodó*, pág. 109).

Marzo.—*Juan María Gutiérrez*. «Revista Nac. de Lit. y Ciencias Soc.». Refundido con otros artículos (v. 1895, julio, agosto y noviembre, y 1896, agosto y octubre) en el estudio «Juan M.ª Gutiérrez y su época».

«Dolores», de Federico Balart. Núm. 1.º de la «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.». Montevideo. T. I, pág. 9.

Abril y Mayo.—*La crítica de Clarín*. «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.». Montevideo. T. I, págs. 57 y 75.

5 de junio.—*Los «Poemas cortos», de Núñez de Arce*. «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.». Montevideo. T. I, pág. 105.

1895.- Julio, agosto y noviembre.—*El americanismo literario.* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.». Montevideo. Refundido con otros artículos (v. 1895, marzo, y 1896, agosto y octubre) en el estudio «Juan María Gutiérrez y su época»).

10 de septiembre.— *Un libro de crítica: «Estudios de crítica literaria», por Marcelino Menéndez Pelayo.* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.». Montevideo. T. I, pág. 208.

Diciembre.—*De dos poetas*, relativo a *Ecos lejanos*, de Guido, y *Bajorrelieves*, de Díaz. Artículo reproducido, separada y parcialmente, bajo los títulos de *Carlos Guido Spano* y *Divina libertad.*

1895-1897.—Funda, el 5 de marzo, con Pérez Petit y los hermanos Martínez Vigil, la «Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales».

1895-1913.—Artículos diversos, escritos entre estos años, contenidos en el «El M. de P.».

1896.—*Ricardo Gutiérrez.* Publicado en el «Almanaque Sudamericano» de este año. Reproducido en 1897.

Lecturas. Soneto publicado en la «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.». Montevideo. T. II, pág. 55.

1896.—10 de enero.—*Notas sobre crítica.* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.». Montevideo. T. I, pág. 326.

25 de febrero.—*Menéndez Pelayo y nuestros poetas.* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.». Montevideo. Año 2.º, núm. 24, páginas 381-384.

1.º de abril.—*Por la unidad de América. Carta al Sr. Manuel Ugarte.* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.». Montevideo. T. II, pág. 19.

10. de mayo.—*Sobre un libro de versos. «Poesías», por Francsico Soto y Calvo.* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.». Montevideo. T. II, pág. 37.

25 de junio.—*Juicios cortos. Sobre dos poemas del señor Rivas Groot, «La Naturaleza» y «Constelaciones».* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.». Montevideo. Año 2.º, t. II, núm. 32, págs. 120-121.

El que vendrá (págs. 128-135). «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.». Montevideo.

Junio y diciembre.—*El que vendrá* y *La novela nueva.* En «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.».

30 de julio.— *El libro del alférez Martínez.* Aviso de recibo y juicio crítico sobre *Vida del general Simón Martínez*, por

José Luciano Martínez. «El Día». Montevideo. 2.ª época. Año 7.º, núm. 2.020, pág. 1.ª

1896.—25 de agosto y 10 y 25 de octubre.—*El Iniciador de 1838. Andrés Lama. Miguel Cané.* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.». Montevideo. T. II, págs. 155, 199 y 213. Refundido con otros artículos (v. 1895, marzo, y 1895, julio, agosto y noviembre) en el estudio «Juan María Gutiérrez y su época».

1897.—*Ricardo Gutiérrez. En ocasión de su muerte.* Reproducido del publicado en el «Almanaque Sudamericano» de 1896 y publicado en la «Rev. Nac.», y más tarde, sin variante ni corrección (salvo una), en el «M. de P.». (G. Zaldumbide: *J. E. Rodó*, pág. 34).

La vida nueva, I; *El que vendrá*, y *La novela nueva.* Montevideo. Reunidas en folleto.

Una novela de Galdós.

4 de enero.—En el núm. 1.º de «La Carcajada»: *A...*; cuartetas a la artista Lola Millanes, que nunca tuvo conocimiento de ellas.

25 de enero.—*¿Mi autobiografía? Carta al señor Pedro W. Bermúdez Acevedo.* «La Carcajada». Montevideo. Año 1.º, número 4, pág. 51.

25. de marzo.—*«Poemas» (Isla de Oro, La leyenda blanca, Belphegor), de Leopoldo Díaz.* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.». Montevideo. T. II, pág. 373.

Junio.—Escrito no recogido en volumen, publicado en la «Revista Nacional».

25 de junio.—*Arte e Historia. A propósito de «La loca de la Guardia», de Vicente Fidel López.* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.». Montevideo. T. III, pág. 22.

10 de agosto.—*Un poeta de Caracas. Sobre «Pentélicas», de Andrés Mata.* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.». Montevideo. T. III, pág. 71.

25 de septiembre.—*La muerte de Ricardo Gutiérrez.* «Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc.». Montevideo. T. III, pág. 116.

1898.—Catedrático de Literatura en la Universidad de Montevideo. Redactor de *El Orden.*

La vida nueva.

1.º de febrero.—*La juventud y el partido colorado.* «El Orden». Montevideo. Año I, núm. 1.º, pág. 1.ª. (Con este artículo inició Rodó su labor en este periódico.)

1898.—16 de febrero.—*¿Qué será el colectivismo?* (Artículo político, publicado con el seudónimo de *Vincy*). «El Orden». Montevideo. Año 1.º, núm. 13, pág. 1.ª

19 de febrero.—*La palabra del doctor Sienra Carranza.* (Artículo publicado con el seudónimo de *Vincy*). «El Orden». Montevideo. Año 1.º, núm. 16, pág. 1.ª

25 de febrero.—*La reforma de la Constitución.* (Artículo publicado con el seudónimo de *Vincy*). «El Orden». Montevideo. Año 1.º, núm. 19, pág. 1.ª

5 de marzo.—Carta al señor Antonio Rubió y Lluch.

14 y 15 de septiembre.—Prólogo al libro *Narraciones*, de Juan Blanco de Acevedo. «La Razón» (edición de la tarde). Montevideo. Año 10, núms. 2.643 y 2.644, pág. 1.ª (publicación en folletín).

1899.—*Rubén Darío* (Prólogo a *Prosas profanas*, del poeta).

Decir las cosas bien...

Carlos Guido Spano.

Carta al doctor Domingo Aramburu *(Byzantinus)*, agradeciéndole el envío de una de sus producciones.

14 de abril.—Carta al señor Antonio Rubió y Lluch.

1900.—*Ariel.*

Director interino de la Biblioteca Nacional.

Forma con los doctores Juan Paullier, Víctor Pérez Petit y Elías Regules la Comisión que elaboró el Reglamento interino de la Biblioteca Nacional y un plan de catalogación metódica, que fueron aprobados por el Gobierno.

Juicio sobre Alberto Nin Frías y su último libro.

La gesta de la forma.

La raza de Caín. Carta a Carlos Reyles con la opinión sobre la mencionada obra.

21 de enero.—Discurso político en el teatro San Felipe, con motivo de la reorganización del partido colorado.

18 de febrero.—*Ariel.* Anuncio sobre la próxima aparición de esta obra. «La Alborada», semanario. Montevideo. 2.ª época. Año 3.º, núm. 98, pág. 654.

14 de marzo.—Carta al señor Arturo Prats, agradeciéndole el artículo publicado sobre *Ariel* en la revista de Montevideo «La Alborada». «El Día». Montevideo, 2.ª época, núm. 3.120, pág. 2.

1900.—20 de marzo.—Carta al señor don Miguel de Unamuno. Salamanca.

Carta al señor don Antonio Rubió y Lluch.

17 de junio.—*Media página.* «Rojo y Blanco», semanario ilustrado. Montevideo. Año 1.º, núm. 1, págs. 2 y 3.

12 de octubre.—Tarjeta a Unamuno y carta al mismo.

11 de noviembre.—Discurso en la Cámara de Representantes al discutirse el proyecto del Tratado Brasil-Uruguay, sobre libre navegación en la laguna Merim y río Yaguarón.

12 de noviembre.—Discurso en la Cámara de Representantes al discutirse el Tratado sobre rectificación de frontera con los Estados Unidos del Brasil, comprendida entre la laguna Merim y el río Yaguarón.

1901.—21 de enero.—Discurso en el banquete celebrado por la Juventud Colorada en el teatro San Felipe.

6 de febrero.—Vicepresidente 1.º del Club Libertad.

25 de febrero.—Carta al señor don Miguel de Unamuno. Salamanca.

21 de mayo.—Proyecto presentado a la Comisión Directiva del Ateneo de Montevideo, de la cual era Rodó secretario, instituyendo la Biblioteca del Ateneo, para la publicación popular de las obras de autores uruguayos sobre temas literarios, históricos y científicos. «La Razón». Montevideo. Edic. de la mañana. Año 13, núm. 6.660, pá.g 1.ª

3 de junio.—Carta abierta a los señores Carlos Hlixen y Luis Ignacio García (hijo), directores de «El Diario», con su opinión respecto al programa del periódico. «El Diario». Montevideo. Año 1.º, núm. 2, pág. 1.ª

4 de octubre.—Decreto, expedido por el ministro de Fomento, en que se designa a Rodó para integrar el Consejo Directivo Honorario de la Biblioteca Nacional.

10 de diciembre.—Carta al señor don Miguel de Unamuno. Salamanca.

Un siglo nuevo. «Vida Social». Revista. Buenos Aires.

Dejó cátedra y clases para dedicarse a la política.

1902.—Diputado por Montevideo.

De la enseñanza constitucional y cívica en los estudios secundarios. «La Revista Nueva». Montevideo. Año 1.º, número 1, págs. 39-51.

De lo más hondo. Prólogo al libro de poesías del mismo título de Emilio Frugoni.

1902.—23 de febrero.—Carta al señor don Antonio Rubió y Lluch.

19 de abril.—*El héroe no maculado.* (Breve artículo patriótico con motivo del aniversario del 19 de abril de 1825). «La Alborada». Semanario de literatura y de actualidades. Año 6.º, núm. 214.

22 de mayo.—Proyecto e informe verbal en la Cámara de Representantes, en que se establece que los catedráticos de la Universidad de la República no son considerados en la condición de empleados del P. E.

25 de junio.—*El problema presidencial.* 1.º El Partido Colorado y la Presidencia futura. 2.º El Partido Nacionalista y la Presidencia futura». «El Día». Montevideo. 2.ª época. Año 12. núm. 3.885, pág. 1.ª

20 de octubre.—Carta al señor don Miguel de Unamuno. Salamanca.

30 de septiembre.—Carta al señor don Alejandro Andrade Coello. Quito.

1903.—Miembro fundador de la Asociación Teatro Uruguayo.

La tradición intelectual argentina.

«De Litteris», de F. García Calderón.

Obra de hermanos. En el álbum de una Exposición agrícola.

Una gran anomalía histórica. (Párrafos de un discurso pronunciado en la Cámara de Diputados en 1903). «El País». Montevideo. Año 7.º, núm. 2.262.

6 de abril.—Discurso en la Cámara de Representantes, en favor de una amnistía por delitos políticos, a raíz del movimiento revolucionario de marzo del mismo año.

1903.—19 de julio.—Carta al señor don Miguel de Unamuno. Salamanca.

1904.—*Garibaldi.* Prólogo a la obra *La bandera de San Antonio,* de don Héctor Vollo.

En la armonía, disonancias. De una carta a Alberto Nin Frías.

Enero.—Párrafos de un prólogo a una obra de Francisco García Calderón. «Lumen». «Rev. de Lit. y Cienc. Soc.». Montevideo. Año 1.º, núm. 1.º, págs. 6-7.

1.º de enero.—Carta a los directores de la revista «Alborada». «La Alborada». Montevideo. Año 7.º, núm. 302.

31 de enero.—Carta a don Juan Francisco Piquet.

1904.—23 de febrero.—Discurso al tratar de un proyecto de resolución por el que se exonera de la Cámara a varios diputados.

6 de marzo.—Carta a don Juan Francisco Piquet.

15 de marzo.—Discurso en la Cámara de Representantes al tratar del proyecto de pensión a los deudos del doctor Anacleto Dufort y Alvarez.

20 de marzo.—Carta al señor don Miguel de Unamuno. Salamanca.

3 de abril.—Carta a don Juan Francisco Piquet.

7 y 9 de abril.—Intervención en las sesiones de la Cámara de Representantes sobre procesamiento del diputado Bernardo García, por haberse incorporado al ejército revolucionario.

20 de abril.—Carta a don Juan Francisco Piquet.

4 de mayo.—Fundamentó su voto favorable a la supresión del latín en los estudios de la Sociedad de Enseñanza Secundaria de la Universidad.

Junio.—*Pensamientos inéditos.*

16 de junio.—Proyecto al Senado y Cámara de Representantes en favor de la libertad de Prensa, y defensa del proyecto.

21 de junio.—Intervención en la sesión de la Cámara de Representantes, en defensa del proyecto a favor de la libertad de Prensa.

9 de julio.—Intervención en la Cámara de Representantes en defensa de la libertad de Prensa.

12 de julio.—Interpelación al Poder ejecutivo, por medio del ministro del Interior, con motivo de la suspensión del diario *El Tiempo.*

4 de agosto.—Carta al señor don Francisco García Calderón, relacionada con su actuación política.

Septiembre.—Carta a don Juan Francisco Piquet.

13 de noviembre.—Explicación del voto en contra del proyecto sobre distribución proporcional de escaños en la Cámara de Representantes.

20 de noviembre.—Carta al señor don Max Henríquez Ureña.

23 de diciembre.—Intervención en la sesión de la Cámara de Representantes sobre la reforma de la Constitución.

1905-1907.—Escribe *Motivos de Proteo.*

1905.—*Magna Patria.*

Es designado socio honorario de la Sociedad Educacional y miembro de la Comisión del Centenario de Cervantes.

11 de marzo.—*Para «La Musa Americana»*. Una página. «La Musa Americana». Montevideo. Año 3.º, núm. 16, pág. 1.ª

1905.—Julio.—Carta a don Juan Francisco Piquet.

8 de octubre.—Discurso pronunciado en el Cementerio Central, en representación del Ateneo y de la Prensa de Santiago de Chile, con motivo de la repatriación de los restos de Juan Carlos Gómez.

1906.—*Liberalismo y Jacobinismo.*

El Cristo a la jineta.

Bienvenida. En el primer número del periódico «France-Uruguay».

El concepto de la patria. «Almanaque Ilustrado del Uruguay». Montevideo. Págs. 98 y 99.

20 de febrero.—Carta al señor don Pedro Henríquez Ureña.

15 de junio.—*Anales que no son anales.* «La Razón». Montevideo. (Firmado con el seudónimo de *Tácito.*)

21 de junio.—Carta-juicio sobre la obra *El Mártir del Gólgota*, de Rosalbo Scafarelli. «La Razón». Montevideo. Año 28, núm. 8.190, pág. 1.ª

5 de julio.—*La expulsión de los crucifijos.* (Carta publicada en «La Razón», de Montevideo). Cap. I de «L. y J.».

14 de julio.—Conferencia del doctor don Pedro Díaz en el Centro Liberal, en que refuta las ideas que Rodó expuso en su carta del 5 de julio de 1906. La conferencia motivó las *Contrarréplicas* de Rodó, publicadas en «La Razón» y en «L. y J.».

22 de agosto. — Artículo sin título. «El Fogón». Montevideo. 2.ª época. Año VIII, núm. 339. Número especial dedicado a la efemérides del 25 de agosto de 1825.

4, 5, 7, 8, 11, 12, 13 y 14 de septiembre.—Artículos publicados en «La Razón», de Montevideo, y que fueron después capítulos de «L. y J.». Llevaban los títulos de *Liberalismo contra Jacobinismo; Contrarréplicas; Los orígenes históricos de la caridad; La personalidad de los reformadores morales; El sofisma de la caridad científica; El Signo; ¿Jacobinismo?*, y *Conclusión.*

8 de octubre.—*La vuelta de Juan Carlos Gómez.* Discurso pronunciado en representación del Ateneo y la Prensa de Santiago de Chile en el Centenario de Montevideo, al ser traídos a la patria los restos de Juan Carlos Gómez.

25 de agosto.—*Pensamiento. La América latina será grande, fuerte y gloriosa...* «Caras y Caretas». Buenos Aires. Año 9.º, núm. 410.

1907.—*El Rat-pick.*

Una nueva antología americana.

«Bibliografía del general Pacheco y Obes», por Lorenzo Batlle. Montevideo. «Rev. Histórica de la Univ.». T. I, página 177. Imp. «El Siglo Ilustrado».

Juicio crítico sobre la obra *Nuevos ensayos de crítica*, de A. Nin Frías.

Presidente del Club Vida Nueva.

Miembro de la Comisión de Propaganda del IV Congreso Científico Panamericano.

Febrero.—*Una nueva antología americana.* (Juicio crítico sobre esta obra de Manuel Ugarte, en correspondencia fechada en Montevideo). «La Nación». Buenos Aires. Año 38, número 11.956; 4 de marzo de 1907; páginas 4.ª y 5.ª

6 de marzo.—*Distinción a un compatriota.* Con motivo de haber sido designado Rodó corresponsal literario de «La Nación», de Buenos Aires, en Montevideo. «La Razón». Montevideo. Año 29.º, núm. 8.397, pág. 2.ª

8 de abril.—Juicio sobre la obra de Roberto Peyró *El Triunfo de los otros.* «La Nación». Buenos Aires. Año 38, número 11.999; págs. 4.ª y 5.ª Reproducido en «El M. de P.», págs. 91-104, con el título *Impresiones de un drama.*

22 de mayo.—*Perfil de caudillo.* Discurso leído en la velada velada literaria que celebró el Club Rivera, de Montevideo, en conmemoración de la toma de las Misiones.

9 de noviembre.—*De mi cartera.* Rev. «Apolo». Montevideo. Año 2.º, núm. 9.

30 de noviembre.—Carta a los señores directores de «Nosotros». Publicada por la Dirección de la Rev. en el núm. extraordinario dedicado a Rodó en mayo de 1917, en el primer trabajo: *Nuestro homenaje a Rodó.*

5 de diciembre.—Carta al señor don A. Andrade Coello. Quito. Le comunica que escribe sobre Montalvo y le envía «L. y J.».

1907-1910.—Diputado, nuevamente, por Montevideo.

1908.—*Bohemia.* En la revista juvenil de ese nombre.

Del trabajo obrero en el Uruguay. Con motivo de la ley propuesta en 1906 por el Gobierno uruguayo.

El Conservatorio Labardén le nombra miembro del Jurado para fallar un concurso de obras teatrales.

1898.—4 de abril.—Proyecto presentado, con otros diputados, para establecer una pensión anual de 2.400 pesos a favor de Florencio Sánchez, para ir a Europa.

29 de octubre.—El proyecto de Rodó sobre la reforma constitucional. «El Siglo». Montevideo. Año 46, núm. 13.253, página 1.ª

28 de noviembre.—Carta al señor don Pedro Henríquez Ureña.

1909.—*Motivos de Proteo.* Anunció la aparición de la obra «El Tiempo», de Montevideo, correspondiente al 25 de abril de dicho año. Año 7.º, núm. 2.359; pág. 1.ª

La enseñanza de la literatura.

El espíritu de Goethe. «Nosotros». Buenos Aires. T. 4.º, páginas 30 y ss.

Formó parte del Tribunal del concurso para proveer la cátedra de Literatura de la Universidad.

Carta a la poetisa uruguaya María Eugenia Vaz Ferreira.

27 de marzo.—Fundamentó su voto, en la Cámara de Representantes, al discutirse el proyecto de ley sobre concesión de una pensión al ex presidente de la República doctor Julio Herrera y Obes.

14 de abril.—Discurso pronunciado en el acto de la inauguración del Círculo de la Prensa de Montevideo, celebrado en el salón de actos públicos del Ateneo de Montevideo.

14 de mayo.—El proyecto Rodó sobre la reforma de la Constitución. «El Telégrafo Marítimo». Montevideo. Año 59, número 105; pág. 1.ª

23 de mayo.—*Samuel Hlixen.* Discurso pronunciado en representación del Círculo de la Prensa, al inhumarse los restos de S. Hlixen.

5 de junio.—*Necesidad de un texto de Literatura.* (Con este artículo inició Rodó su labor en «La Razón»). «La Razón». Montevideo. Año 31.º, núm. 9.030; pág, 1.ª

2 de julio.—Carta al señor don Hugo D. Barbagelata.

16 de julio.—*A Anatole France.* Discurso pronunciado en el banquete ofrecido a Anatole France, a su paso por Montevideo.

29 de agosto.—Carta al señor don Alejandro Andrade Coello.

10 de septiembre.—Carta al señor don Carlos Arturo Torres, con la opinión sobre la obra de éste *Idola Fori.*

1909.—12 de septiembre.—Carta al señor D. Hugo D. Barbagelata.

18 de septiembre.—Discurso en la Cámara de Representantes, al disentirse el proyecto de ley sobre accidentes del trabajo y derecho a la huelga.

11 de noviembre.—*Límites Uruguay-Brasil.* Discurso en la Cámara de Representantes al discutirse el Tratado celebrado entre ambos países sobre condominio del río Yaguarón y laguna Merim.

23 de noviembre.—Carta al señor don Luis Azarola Gil, en contestación a la que este señor publicara, respecto «a la conveniencia de guiar con criterio autónomo y adaptado a nuestras necesidades nuestra asimilación de lo europeo».

3 de diciembre.—Carta al señor don Hugo D. Barbagelata.

12 de diciembre.—Carta a los editores don Luis Carlos Berro y don Dardo Regules, publicada al frente de *Tres parábolas de Proteo.*

15 de diciembre.— Tarjeta al señor don Alfonso Reyes, acusándole recibo de la carta en que anuncia el envío de un libro del que es autor.

25 de diciembre.—Carta al señor don Alejandro Andrade Coello.

1910.—*Recóndita Andalucía. Al margen de las «Elegías», de Juan R. Jiménez.*

Rumbos nuevos. Con motivo de la publicación de *Idola Fori,* de Carlos Arturo Torres.

Tucumán. En un álbum publicado en ocasión del Centenario de Mayo.

La enseñanza del idioma. Con motivo de la *Gramática razonada del idioma castellano,* por don Francisco Rodríguez Marín.

Iberoamérica.

La Academia de Letras de Río Grande do Sul le envía su diploma.

La Biblioteca Nacional de Buenos Aires le envía su diploma.

Los libreros de Montevideo le entregaron un pergamino por haber sido autor de la ley que suprimió los derechos de aduana a los libros extranjeros. «Caras y Caretas», de Buenos Aires, en su número del 29 de octubre de 1910, publicó reproducción facsimilar del pergamino.

21 de enero.—Carta al señor don A. Andrade Coello. Expone su concepto del liberalismo.

29 de enero.—Carta al señor don Hugo D. Barbagelata.

1910.—12 de marzo. Proyecto y exposición de motivos, presentado en la Cámara de Representantes, con otros diputados, sobre monumento al «Grito de Ascencio».

26 de marzo.—Discurso en el acto organizado por el Comité ejecutivo del Partido Colorado de la 2.ª Sección.

12 de mayo.—Proyecto y exposición de motivos, en la Cámara de Representantes, sobre libre introducción de libros en el país.

Carta al señor don Pedro Henríquez Ureña.

14 de mayo.—Discurso en la Cámara de Representantes y solicitud de homenaje de la Cámara a la memoria del señor don Agustín de Vedia.

1.º de junio.—Carta política al doctor Ricaro J. Areco, sobre el problema presidencial. «El Día». Montevideo. 2.ª época. Año 22, núm. 9.522; pág. 5.ª

Carta al director de «El País», sobre el problema presidencial (2.ª elección del señor don José Batlle y Ordóñez). «El País». Montevideo. Año 1.º, núm. 1; pág. 1.ª

30 de junio.—Intervención al discutirse el proyecto de ley de Protección literaria y artística.

7 de julio.—Para «El Fogón». (Artículo sin título.) «El Fogón». Periódico criollo ilustrado. Montevideo. 2.ª época. Año 12, núm. 504.

29 de julio.—*La difusión de un gran libro. «Ariel» en las bibliotecas escolares.* «El País». Montevideo. Año 1.º, núm. 50; pág. 1.ª

6 de agosto.—*Moralidades actuales.* Juicio sobre esta obra de Barret. «La Razón». Montevideo. Año 32, núm. 9.379; página 1.ª

10 de agosto.—*«Ariel», de Rodó, en la Argentina.* Adquisición de ejemplares por el Consejo Nacional de Educación. «La Razón». Montevideo. Año 32, núm. 9.382; pág. 2.ª

3 de septiembre.—*En honor de Manuel Díaz Ramírez.* Discurso pronunciado en el Club Uruguay, en honor del delegado de Venezuela en el Congreso Panamericano celebrado en Buenos Aires.

7. de septiembre.—Decreto por el que designa a Rodó para integrar la Embajada del Uruguay en los actos conmemorativos del Centenario de la Independencia de Chile. «El País». Montevideo. Año 1.º, núm. 80; pág. 1.ª

1910.—10 de septiembre.—Reforma constitucional. Proyecto y fórmula de Rodó). «El País». Montevideo. Año 1.º, núm. 83; página 1.ª

17 de septiembre.—*El Centenario de Chile.* Discurso pronunciado, en representación del Uruguay, en la sesión solemne celebrada por el Congreso chileno durante las fiestas del Centenario.

20 de septiembre.—Discurso en la sesión plenaria celebrada en el Congreso de Santiago de Chile, en honor de las embajadas extranjeras que concurrieron a la solemnización del primer Centenario de la Independencia de Chile. «La Razón». Montevideo. (Fragmentos.) Año 32, núm. 9.414.

1.º de octubre.—Discusión, en la Cámara de Representantes, de las enmiendas propuestas a la Constitución de la República.

4 de octubre.—Discurso en el banquete en honor del profesor Posada, en el Club Uruguay.

18 de octubre.—Intervención al discutirse el proyecto de ley de Protección literaria y artística.

1910-1913.—Diputado.

1911.—Miembro del Jurado del Certamen de prosa para conmemorar el primer centenario de la batalla de las Piedras.

El presidente de la República de Venezuela le propone para la condecoración del Busto del Libertador, de 3.ª clase, en el Congreso Postal de Montevideo.

Bolívar.

La España niña.

Mi retablo de Navidad.

Prólogo a la obra *Cosas del medio ambiente*, de Elzear Santiago Giuffra.

15 de enero.—Carta al señor don Hugo D. Barbagelata.

2 de marzo.—Solicitud de estudio de un proyecto, de reforma del Reglamento de la Cámara de Representantes.

12 de marzo.—Carta al señor don Hugo D. Barbagelata.

25 de marzo.—Intervención en la Cámara de Representantes en los proyectos de ley sobre los Estudios históricos y sobre derogación de las leyes de Duelo nacional.

20 de abril.—Intervención sobre integración de la Cámara de Representantes.

23 de abril.—Discurso pronunciado en el Círculo de la Prensa, al terminar su mandato de primer presidente, en la demostración realizada en su honor.

1911.—24 de abril.—Banquete en el Círculo de la Prensa en honor de Rodó.

Mayo.—Dictamen de Alberto Zorrilla, en nombre de la Comisión de Instrucción Pública de la Cámara de Representantes, respecto del proyecto de Rodó sobre investigación en los Archivos de España. «La Razón». Montevideo. Año 33, núm. 9.600, 4 de mayo de 1911; pág. 3.ª

29 de mayo.—*Pensamiento sobre el Centenario de la batalla de las Piedras.* «La Tribuna Popular». Montevideo. Año 32, núm. 10.555; pág. 2.ª.

2 de junio.—*Reportaje a Rodó.* «Media hora de charla.—Sus proyectos literarios.—La América intelectual.—El Maestro declara cuál es la página preferida». «La Nación». Montevideo. Año 1.º, núm. 16; pág. 1.ª

5 de junio.—Carta al señor don R. Pollo Darraque, con un juicio crítico sobre la obra de versos de que aquél es autor. «La Tribuna Popular». Montevideo. Año 32, núm. 10.561; página 2.ª

29 de agosto.—Carta al doctor Francisco Simón, a propósito del folleto de éste *El sueldo de los maestros.* «La Razón». Montevideo. Año 33, núm. 9.691; pág. 1.ª

5 de septiembre.—Defendió en la Cámara de Representantes una moción del diputado Federico Paullier, sobre Monopolio de Seguros.

6 de septiembre.—Prólogo a *América,* de Abel J. Pérez.

12 de septiembre.—Informe en la Cámara sobre el proyecto que establecía el pago de los títulos de ingeniero agrónomo.

16 de septiembre.—Intervención en la Cámara de Representantes con motivo de una petición de informes al P. E., formulada por el diputado doctor Emilio Frugoni.

28 de octubre.—Intervención y moción presentada en la Cámara de Representantes en homenaje al doctor Carlos de Castro, con motivo de su fallecimiento.

28 de octubre. — Discusión en la Cámara de Diputados con motivo del proyecto por el que se tributan honores oficiales a los restos del doctor Juan Carlos Blanco.

9 de noviembre.—Carta y contestación. A propósito de la reelección y prórroga del mandato presidencial. «El Siglo». Montevideo. Año 9.º, núm. 342; pág. 5.ª

11 de noviembre.—Dictamen y tasación de las obras dejadas por el extinto dramaturgo nacional Florencio Sánchez, a los

efectos del pago de los derechos de herencia. «La Razón». Montevideo. Año 43, núm. 9.754; pág. 3.ª

1911.—21 de noviembre.—Discusión del proyecto sobre Liceos de Enseñanza Secundaria en Campaña.

9 de diciembre.—Intervención en la Cámara de Representantes sobre reforma constitucional.

12 y 13 de diciembre.—Discurso sobre la reforma constitucional. (Reproducción del pronunciado el 9 de diciembre del mismo año en la Cámara.) «La Democracia». Montevideo.

1912.—*Prólogo a Cartas de Bolívar, 1799-1822.*

Los que callan.

Una bandera literaria.

Río Branco. En ocasión de su muerte.

Solidaridad. Artículo en «La Prensa del Uruguay». Folleto editado bajo la dirección de la Oficina de Prensa. Montevideo, 1912.

Fragmento. «Almanaque Ilustrado del Uruguay». Montevideo. Juan J. Dornaleche, editor; págs. 143 y 144.

Miembro correspondiente de la Real Academia Española.

Miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia de Venezuela.

Enero.—Carta al señor don Federico García Godoy (La Vega, Santo Domingo), con un juicio sobre el libro de éste *Alma dominicana.*

26 de febrero.—Prólogo a *América,* del doctor Abel J. Pérez. «La Razón». Montevideo. Año 34, núm. 9.837; pág. 8.

7 de abril.—Carta dirigida al Comité pro-candidatura del doctor Alfredo L. Palacios a una diputación ante el Congreso Nacional de la Argentina.

Nota al señor Julio David Orguelt, en contestación a la demanda de adhesión formulada por el Comité Independiente que defendió la candidatura del doctor Alfredo L. Palacios para el cargo de diputado en el Congreso Nacional Argentino. «Diario del Plata». Montevideo. Año 1.º, número 33; pág. 1.ª

8 de abril.—*Los paladines de hoy.* (Publicado con el seudónimo de *Calibán*). «Diario del Plata». Montevideo. Año 1.º, núm. 34; pág. 5.ª

16 de abril.—Defensa del proyecto, en la Cámara de Representantes, por el que se otorga la cantidad de 5.000 pesos al

doctor Juan Zorrilla de San Martín, por su obra *La epopeya de Artigas.*

1912.—29 de abril.—*Por el Continente.* «Nuestro desprestigio.—El caciquismo endémico.—La América del presente.—Su porvenir. (Publicado con el seudónimo de *Calibán*). «Diario del Plata». Montevideo. Año 1.º, núm. 55; pág. 8.ª

1.º de mayo.—Carta abierta a los miembros de la Comisión Provisoria Pro-Universidad Libre. «Diario del Plata». Año 1.º, núm. 60; pág. 2.ª

29 de mayo.—*La ampliación Rodó.* (Sobre la reforma constitucional). «El Bien». Montevideo. Año 33, núm. 10.135; pág. 1.ª

8 de junio.—Intervención al discutirse en la Cámara el proyecto de monumento a la memoria del doctor Samuel Hlixen.

13 de junio.—Discurso en la Cámara de Representantes sobre reforma de la Constitución.

3 de julio.—*La fórmula Rodó.* Opinión favorable al proyecto de reforma de la Constitución de 1830. «Diario del Plata». Montevideo. Año 1.º, núm. 110; pág. 1.ª

13 de julio.—Carta a Dardo Estrada, autor de la obra *Historia y bibliografía de la imprenta en Montevideo*, con juicio crítico sobre la obra. «Diario del Plata». Montevideo. Año 1.º, núm. 119; pág. 1.ª

19 de julio.—Carta al señor don Max Henríquez Ureña.

14 de septiembre.—*Pensamiento.* «La tradición será una fuerza invalorable en nuestro propósito de garantir por nosotros mismos la integridad de nuestro patrimonio, si sabemos tomar preferentemente de la tradición lo que nos une y no lo que nos separa». «Futuro». Revista semanal ilustrada. Salto. Año 1.º, núm. 11; pág. 1.ª

26, 28 y 30 de noviembre y siguientes.—Discusión a propósito del asunto planteado por el diputado doctor Emilio Frugoni con motivo de haber trasladado su domicilio al Arazati el presidente de la República, señor Batlle y Ordóñez.

7 de diciembre.—*Santiago Maciel.* «Caras y Caretas». Buenos Aires. Año 15, núm. 740.

1912-1914.—Redactor del *Diario del Plata.*

1913.—*Montalvo.*

Bolívar.

El mirador de Próspero.

Presidente del Círculo de la Prensa de Montevideo.

Opinión sobre el *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano.* (Folleto.) «La Voz del Uruguay». Montevideo.

Mensaje al pueblo paraguayo con motivo de las fiestas de confraternidad celebradas en la Asunción durante la estancia en esa ciudad de la peregrinación uruguaya al solar de Artigas. «Paraguay-Uruguay». Buenos Aires, 1913; págs. 154-156.

1913.—31 de enero.—Nota de adhesión al proyecto de monumento a Artigas del escultor Zanelli. «El Día». Montevideo. 2.ª época. Año 23, núm. 9.847; pág. 5.ª

11 de febrero.—Carta al señor don José Ignacio Gálvez, a propósito del plan de éste sobre unión intelectual latino-americana. «La Razón». Montevideo. Año 35, núm. 10.123; página 1.ª

14 de marzo.—Carta de la familia de Bolívar a Rodó, entregada por el ministro de Relaciones Exteriores, juntamente con una nota y pluma de oro, enviadas por los intelectuales de Venezuela con motivo de la publicación del estudio sobre el Libertador.

29 de marzo.—Reunión política. Manifiesto de los colorados independientes, firmado por Rodó y por los asistentes a la reunión. «Diario del Plata». Montevideo. Año 2.º, núm. 338; pág. 1.ª

9 de abril.—Improvisación en el banquete ofrecido en honor del doctor José Pedro Ramírez, en el Parque Hotel.

13 de abril.—*Manifiesto político. A los colorados del país.* (Firmado por Rodó y otros miembros del partido colorado, contrarios a la reforma constitucional). «Diario del Plata». Montevideo. Año 2.º, núm. 351; pág. 3.ª.

2 de mayo.—Carta al Comité organizador para que los Poderes públicos crearan la cátedra de Conferencias para el doctor Carlos Vaz Ferreira.

1.º de julio.—Intervención en la Cámara de Representantes sobre el aumento de sueldo a los profesores de la Universidad y proyecto de ley sobre los sueldos de los profesores de Enseñanza Preparatoria, Facultades y Academia General Militar.

12 de julio.—Discurso en la Cámara de Representantes al discutirse el proyecto, presentado con otros diputados, por el que se conceden honores de ministro a los restos del doctor José Pedro Ramírez, fallecido el día anterior.

1913.—Septiembre.—*La paz y la guerra.* «Ariel». Organo de los estudiantes. Montevideo. Año 1.º, núm. 3.

1.º de diciembre.—Carta al señor don Alejandro Andrade Coello. Le anuncia el envío de «El M. de P.».

20 de diciembre.—Improvisación en el banquete en honor del coronel Manuel Dubra, como protesta contra el atentado de que fué objeto en Rocha.

1914.—Miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia de Colombia.

Miembro correspondiente de la Sociedad Jurídico-Literaria del Ecuador.

Dejó de pertenecer a la Redacción del *Diario del Plata.*

Dedicatoria de «M. de P.», a Juan Antonio Rodríguez.

Fragmento *(Sobre el libro).* «Tabaré». Revista literaria nacional. Montevideo. Año 1.º, núm. 10.

Impresión sobre la obra de Ernesto Morales *El sayal de mi espíritu.*

14 de enero.—Carta al señor don Hugo D. Barbagelata.

15 de febrero.—Prólogo a la obra de Hugo D. Barbagelata *Artigas y la revolución americana.*

23 de marzo.—Carta al señor don José Gálvez (Lima), agradeciéndole el artículo publicado en «La Crónica» sobre «El M. de P.».

22 de abril.—Discurso en la recepción celebrada en el Círculo de la Prensa en honor de Eugenio Garzón.

Junio.—Carta al señor don Juan Ignacio Gálvez, sobre acercamiento moral e intelectual entre los pueblos de América.

11 de junio.—Autógrafo con un juicio sobre la obra *Historia del Mundo en la Edad Media,* editada por «La Nación», de Buenos Aires. «Diario del Plata». Montevideo. Año 3.º, número 707; pág. 7.ª

15 de junio.—Carta al señor Joao Pinto da Silva, agradeciéndole el envío de un ejemplar de *O Diario,* con un artículo del escritor brasileño sobre las dos primeras obras de Rodó.

25 de junio.—Carta al señor don Carlos de Velasco, director de *Cuba contemporánea.*

10 de agosto.—*Las matanzas humanas.* (Con motivo de la iniciación de la Gran Guerra.) «Diario del Plata». Montevideo. Edic. extraordinaria. Año 1.º, núm. 1.º; pág. 1.ª

Septiembre.—*La guerra a la ligera.* «Notas y comentarios. Los excesos de la guerra». (Firmado con el seudónimo de

Ariel). «El Telégrafo». Montevideo. Año 64, núm. 205; página 1.ª

1914.—3 de septiembre.—*La guerra europea.* «La Razón». Montevideo. Año 53, núm. 10.581; pág. 1.ª

5 de septiembre.—*Un grupo de alemanes considera de su deber contestar al ilustre escritor. Y lo hace para aclarar lo que en su concepto parece confuso.* «La Razón». Montevideo. Año 35, núm. 10.583; pág. 1.ª

8 de septiembre.—*La guerra a la ligera. Notas y comentarios.* (Primer artículo de una serie; los últimos, firmados con el seudónimo de *Ariel.*) «El Telégrafo». Montevideo. Año 64, núm. 196; pág. 1.ª

9 de septiembre.—*La guerra a la ligera. Notas y comentarios. La grandeza de las batallas.* (Sin firma.) «El Telégrafo». Montevideo. Año 64, núm. 197.

11 de septiembre.—*La guerra a la ligera. Notas y comentarios.* La emperatriz. (Sin firma). «El Telégrafo». Montevideo. Año 64, núm. 201; pág. 1.ª

16 de septiembre.—*La guerra a la ligera. Notas y comentarios. La voz de la estadística.* (Sin firma). «El Telégrafo». Montevideo. Año 64, núm. 201; pág. 1.ª

18 de septiembre.—*Los artículos de «Ariel».* Suelto anunciando que los artículos titulados «La guerra a la ligera», de Rodó, aparecerán firmados con el seudónimo *Ariel.* «El Telégrafo». Montevideo. Año 64, núm. 205; pág. 1.ª

19 de septiembre.—*La guerra a la ligera. Notas y comentarios.* Libertad *y guerra.* (Sin firma). «El Telégrafo». Montevideo. Año 64, núm. 203; pág. 1.ª

24 de septiembre.—*Cómo ha de ser un diario.* «El Telégrafo». Año 64, núm. 210, correspondiente al 23 de septiembre, anunciaba la publicación de este artículo para el día siguiente.

29 de septiembre.—*La guerra a la ligera. Notas y comentarios. La* historia *de Juan de Flandes.* (Firmado con el seudónimo de *Ariel.*) «El Telégrafo». Montevideo. Año 64, número 214; pág. 1.ª

15 de octubre.—*Holanda. Pandemonium.* Rev. quincenal ilustrada de ciencias, letras y artes; San José de Costa Rica. Año IX, núm. 120; pág. 734.

16 de octubre.—*La guerra a la ligera. Anarquistas y Césares.*

(Firmado con el seudónimo de *Ariel*.) «El Telégrafo». Montevideo. Año 64, núm. 229; pág. 1.ª

1914.—19 de noviembre.—*Después* (Artículo crítico sobre la Gran Guerra). «La Razón». Montevideo. Año 35, núm. 10.647.

20 de noviembre.—Carta al señor don Alejandro Coello. Le envía «Prosas profanas», con su estudio sobre Darío.

1.º de diciembre.—Carta al doctor Rafael H. Elizalde, de Quito, agradeciéndole su opinión sobre «El M. de P.».

17 de diciembre.—Pensamiento escrito para la Fiesta del Abanico, organizada por la Sociedad Entre Nous, el 8 de enero de 1915. «Aire de abanico suelo ser viento que mueve las tormentas y derriba las torres». «Diario del Plata». Montevideo. Año 3.º, núm. 868; pág. 5.ª

24 de diciembre.—*Cátedras libres. Un homenaje a Rodó.* (Con motivo de la presentación de un proyecto instituyéndolas.) «La Razón». Montevideo. Año 35, núm. 10.676; pág. 1.ª

27 de noviembre.—*Bélgica. Discurso.* Leído en el teatro Urquiza, en la velada franco-belga-inglesa. «La Razón». Montevideo. Año 35, núm. 10.655; pág. 1.ª

1915.—Breve semblanza preliminar a «Notas de Mafdo (Michelangelo Ferrero).

La Gioconda. Artículo escrito con motivo de la desaparición del cuadro «La Gioconda» del Museo del Louvre. «Anales Mundanos». Rev. Montevideo, núm. 6.

Bélgica. Discurso que salió por separado, en opúsculo.

Opinión de Rodó sobre la revista «Anales Mundanos». «Anales Mundanos». Rev. Montevideo, núm. 7.

Miembro del Tribunal en el Concurso de Gramática Castellana de la Universidad.

El presidente de Chile le envía la medalla «Al Mérito», de 1.ª clase, por su delegación a las fiestas del Centenario.

Marzo.—*Rodó y la guerra.* (Rodó manifiesta su impresión sobre el conflicto europeo, solicitada por la Prensa uruguaya.) Colec. «Ariel». San José de Costa Rica. Cuaderno 54; páginas 49-58.

4 de marzo.—*Carta abierta al Comité Estudiantil organizado contra la militarización en la escuela.* «El Siglo». Montevideo. Año 52, núm. 15.149; pág. 3.ª

25 de marzo.—*La bandera inspirada.* En el primer centenario del enarbolamiento de la bandera de Artigas en Montevideo. «La Razón». Montevideo. Año 36, núm. 10.749.

1915.—11 de mayo.—*Proteo. Del cerebro luminoso de José Enrique Rodó.* «Cultura». Semanario, Sec. «Literatura». Minas. Año 1.º, núm. 9; pág. 2.ª

1.º de junio.—*Dedicatoria escrita en el álbum ofrecido al señor Antonio Bachini con motivo de la exclusión de que se le hizo objeto en los actos a que dió lugar la visita del canciller brasileño, doctor Laro Muller.* «La Razón». Montevideo. Año 36, núm. 10.799.

3 de julio.—*Carta a la señora Martha Costa de Carril con motivo de la publicación del trabajo «Tomando alturas».* «El Plata». Montevideo. Año 2.º, núm. 144; pág. 1.ª

12 de julio.—*Homenaje nacional a Francia.* Manifiesto al pueblo redactado en ocasión de la fecha del 14 de julio. «El Plata». Montevideo. Año 2.º, núm. 151; pág. 2.ª

17 de julio.—*Artigas.*

23 de julio.—Mensaje, enviado con motivo de la peregrinación patriótica a la Meseta de Artigas, en el nuevo aniversario de la Jura de la Constitución. «El Siglo». Montevideo. Notas de *Fénix.* Año 52, núm. 15.260; pág. 4.ª

1.º de agosto.—*La gesta de la forma. Conceptos.* «El Tiempo». Montevideo. Año 16, núm. 4.183; pág. 5.ª

6 de agosto.—Discurso en el Cementerio Central en el acto de homenaje a la memoria del doctor Julio Herrera y Obes, en el aniversario de su muerte.

10 de agosto.—*La gesta de la forma.* «Cultura». Semanario. Minas. Año 1.º, núm. 20; pág. 2.ª

21 de agosto.—*El Centenario de Cervantes. La filosofía del «Quijote» y el descubrimiento de América.* «La Nota». Buenos Aires. Año 1.º, núm. 2.º; págs. 31-32.

2 de septiembre.—*Servicio militar obligatorio.* «Cultura». Semanario. Minas. Año 1.º, núm. 31; pág. 2.ª

30 de septiembre.—*Defensa nacional y servicio militar obligatorio.* «Artigas». Montevideo, Revista. Año 1.º, núm. 2.º

12 de octubre.—*El Día de la Raza. Pensamiento.* «El Diario Español». Montevideo. Año 9.º, núm. 1.841; pág. 4.ª

19 de octubre.—*El Libro* (Fragmento). «Cultura». Minas. Año 1.º, núm. 29; pág. 2.ª

20 de octubre.—*Lieja.* «Lieja», revista mensual pro Cruz Roja Belga y Aliada. Montevideo. Año 1.º, núm. 10; pág. 2.ª

1916.—*El Recuerdo Lírico.* «Anales Mundanos». Revista. Montevideo, núm. 12.

Los cuarenta mejores libros según Rodó, por Rafael Sienra. «Ariel». Publicación estudiantil. Año 1.º, núm. 2.º, 29 de febrero de 1916; pág. 1.ª

1916.—5 de enero.—*Al noble señor don Carlos Reyles.* Soneto en contestación a Reyles, que le pedía un prólogo para *El Terruño*. «La Razón». Montevideo. Año 37, núm. 11.038; pág. 1.ª

17 de febrero.—*Independencia y república.* «Ariel». San José. Publicación estudiantil. Año 1.º, núm. 1.º; pág. 1.ª

27 de febrero.—Carta al señor don Federico Henríquez y Carvajal, Santo Domingo, acusándole recibo del opúsculo *El Derecho público internacional y la guerra.*

Marzo.—Prólogo a *El terruño*, de Carlos Reyles.

4 de marzo.—*Carta política. A los colorados de Cerro Largo.* «El Telégrafo». Montevideo. Año 46, núm. 49; pág. 1.ª

15 de marzo.—Carta a los redactores de «Ariel», formulando votos por el éxito de la publicación «Ariel». Periódico estudiantil. San José. Año 1.º, núm. 3; pág. 6.ª

21 de abril.—Carta al señor don Miguel de Unamuno.

29 de mayo.—Carta al señor don Eugenio Villagrán Bustamante, en contestación a la consulta formulada por éste sobre si el catalán es idioma o dialecto. «Ariel». Periódico estudiantil. San José. Año 1.º, núm. 2; págs. 4-5.

1.º de junio.—*Contra el sistema de Ejecutivo colegiado* (Artículo de actualidad política, con motivo de la reforma constitucional e implantación del sistema de Ejecutivo pluripersonal). «Patria». Revista Anticolegialista. Montevideo. Año 1.º, núm. 1.º; pág. 7.ª

1.º de julio.—*La Democracia.* «Página Blanca». Montevideo. Año 2.º, núm. 23; págs. 659-660.

5 de julio.—Proyecto de ley y discurso fundamentándolo del doctor Blas Vidal, en la Cámara de Senadores, pidiendo la creación de una Cátedra de Conferencias para Rodó. La juventud universitaria solicitó del Cuerpo Legislativo la sanción del proyecto del doctor Blas Vidal, a fin de hacer desistir a Rodó de su viaje a Europa. La Cámara aprobó la moción Martín Suárez para que se diera lectura a la nota de la juventud.

6 de julio.—Carta al director de «El Plata», comunicando su resolución de no aceptar una cátedra de Conferencias. «El Plata». Montevideo. Año 3.º, núm. 439; pág. 1.ª

9 de julio.—Carta al señor don Juan Antonio Zubillaga, sobre

las colaboraciones solicitadas para una revista que aquél se proponía publicar.

1916.—12 de julio.—Asistió a una cena de despedida, de íntimos.

13 de julio.—Discusión y sanción del proyecto del doctor Gabriel Terra, en la sesión celebrada por la Cámara de Diputados, en solicitud de creación de una cátedra de Conferencias para Rodó.

El Centro de Estudiantes de Derecho, con motivo de su marcha del país, le designó socio *ad honorem.*

Autógrafo en que agradece a sus amigos y admiradores las expresiones de simpatía que le acompañan en su despedida. «El Plata». Montevideo. Año 3.º, núm. 445; pág. 8.ª

12, 13 y 14 de julio.—En estas fechas, especialmente (y en las anteriores y posteriores del mismo mes), los periódicos y revistas de Montevideo («La Razón», «El Bien», «La Democracia», «El Plata», «El Diario Español», «El Siglo», «Diario del Plata», «El Telégrafo», «Anales Mundanos», «Patria», «La Tribuna Popular») anunciaron y publicaron los homenajes tributados a Rodó por el pueblo, los estudiantes y el Círculo de la Prensa, con motivo de su partida para Europa.

14 de julio.—Partió de su patria y desembarcó en Lisboa.

21 de julio.—Llegó en «El Amazón» a Pernambuco.

Agosto.—*A bordo del «Amazón». Cielo y agua.*

En Barcelona.

Una entrevista con el presidente de Portugal.

Septiembre.—*En Barcelona. El nacionalismo catalán: Un interesante problema político.*

Octubre.—Florencia. *Recuerdos de Pisa.*

Florencia. *Y bien, formas divinas...*

Florencia. *Diálogo de bronce y mármol.*

28 de octubre.—*Magna Patria.*

14 de noviembre.—Milán. Carta al señor don Hugo D. Barbagelata.

24 de noviembre.—Milán. Carta al señor don Hugo D. Barbagelata.

Noviembre.—Bolonia. *La poesía de Stecchetti.*

Diciembre.—Turín. *Un documento humano. La esperanza en la Nochebuena.*

Roma. *Al concluir el año.*

Socio honorario del Ateneo de El Salvador.

1917.—*La tradición en los pueblos hispanoamericanos. Credencial* a la obra de Mario Falcao Espalter *La tolerancia de antaño. Transfiguración* (Fragmento). «Almanaque Ilustrado del Uruguay». Montevideo. Imp. Latina; págs. 3-7.

Roma. *Los gatos en la columna Trajana.*

Enero.—Roma. *Una impresión de Roma. Ciudades con alma.* Tívoli. *Tívoli.*

Febrero.—Milán. *Anécdotas de la guerra.*

Febrero.—Nápoles. *Nápoles la española.*

Marzo.—Sorrento. *Sorrento.*

Castellamare. *Capri.*

Palermo. *¿Renunciará al poder temporal Benedicto XV?* (Artículo póstumo).

Nápoles. *El altar de la muerte.* (Con motivo de la visita a la tumba de Leopardi.)

3 de abril.—Llegó al Hotel des Palmes, de Palermo, con procedencia del Hotel Santa Lucía, de Nápoles.

25 de abril.—*Momento supremo.* «Helvecia». Nueva Helvecia. Departamento de la Colonia. Año 4.º, núm. 248; pág. 1.ª

28 de abril.—Se sintió enfermo, y a las siete de la tarde pidió un médico.

30 de abril.—Se agravó en Palermo, «en el mismo hotel en que Wagner había escrito el último acto de *Parsifal* (G. Zaldumbide: *Rodó*, pág. 101, *n.*).

En gravísimo estado fué llevado al Hospital San Severio.

1.º de mayo.—Murió en Palermo (Sicilia).

Después de su muerte se publicaron, en 1919, *Ultimos motivos de Proteo.*

En 1930 se han publicado *Los últimos motivos de Proteo*, con prólogo del doctor Dardo Regules.

APENDICE III

Bibliografía.

Abrabanel, Judá *(León Hebreo): Diálogos de amor.* Traduc. del inca Garcilaso de la Vega. Menéndez Pelayo: *Orígenes de la novela.* T. IV (N. B. A. E., 21). Madrid. Edic. Bailly-Bailliè-re. 1915. Págs. 278-459.

Alas, Leopoldo *(Clarín):* Prólogo a *Ariel.* Págs. 11-12. Fechado el 23 de abril. Artículo publicado en «Los Lunes de El Imparcial», de Madrid.

Albert, Salvador: *El tesoro dramático de Henrik Ibsen.* Biblioteca de Cultura Moderna y Contemporánea. Barcelona. Edit. Minerva. Sobs. de López Robert y Cía., S. A. 365 págs. + 1 hoja.

Almada, Amadeo: *José Enrique Rodó.* Bibliot. Intern. de Obras Famosas. T. XX. Sdad. Intern., S. A. Madrid, Méjico, Habana, Nueva York, Buenos Aires, Santiago, Lima, Montevideo, Londres, París, Berlín, Roma. Págs. 10207-10210.

Altamira y Crevea, Rafael: *De Historia y Arte (Estudios críticos).* Madrid. Libr. de V. Suárez. Imp. y enc. de G. Juste. 1898. VIII + 400 págs.

Altamira y Crevea, Rafael: *La enseñanza de la Historia.* 2.ª edic. Madrid. Libr. de V. Suárez. Est. tip. Sucesores de Rivadeneyra. 1895. XII + 475 + 2 hoj.

Andrade Coello, Alejandro: *Al margen de «El camino de Paros».* Quito (Ecuador). Impr. Mejía. 1919. Pág. 34.

Andrade Coello, Alejandro: *Ariel.* «Cultura Hispanoamericana». Año VI, núm. 59. Madrid, 15 de octubre de 1917. Est. tip. de «El Liberal». Págs. 41-43.

Andrade Coello, Alejandro: *Rodó (Motivos de Proteo).* Quito (Ecuador). Impr. de la Univ. Central. MCMXII. 16 págs.

ANDRADE COELLO, Alejandro: *Rodó (El mirador de Próspero. Motivos de Proteo. Ariel. Bélgica y Rodó. Algo acerca de Montalvo. Cartas de Rodó).* 4.ª edic. Quito (Ecuador). Impr. y Enc. Nacionales. 1917. 83 págs. + 1 hoja.

Antología de la moderna poesía uruguaya. 1900-1927. Seleccionada por Ildefonso Pereda Valdés. Palabras finales, por Jorge Luis Borges. Buenos Aires. «El Ateneo». 1927. 224 págs.

ANTUÑA, Hugo: *José Enrique Rodó. Florilegio de prosistas uruguayos,* por Vicente A. Salaverri. Págs. 261-264.

ARAMBURO, Dr. Mariano (Catedrático de Derecho Civil en la Universidad de la Habana): *Filosofía del Derecho.* Nueva York. Instituto de las Españas de los Estados Unidos. 1924 y 1928. 3 tomos: I. Nueva York. Carranza & C°., Inc. 1924, 522 págs.; II. Imp. Helénica. Pasaje de la Alhambra. Madrid. 1928. 434 págs.; III, Impr. Helénica. Madrid. 1928.

ARDAO, Arturo: *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay* y *Filosofías universitarias de la segunda mitad del siglo XIX.* Colección «Tierra Firme», 49. Fondo de Cultura Económica. Méjico-Buenos Aires. 1950. 287 págs. + 1 hoja.

ARDAO, Arturo: *Filosofía pre-universitaria en el Uruguay.* Claudio García & Cía., editores (Biblioteca «Rodó»). Montevideo. 1945. 177 págs.

Ariel. Organo de la Asociación Juvenil Esperanza de la Fraternidad. Ciudad Trujillo. Impr. Roldán. 1944.

Ariel. Quincenal. San José de Costa Rica. Impr. Borrase Hermanos. 1939-1942.

Ariel. Revista del Centro de Estudiantes Ariel. Montevideo; s. l. 1930.

Ariel. Revista del Centro de Estudiantes de Derecho. Asunción. Impr. Temphirópolos & Cía. 1924.

Ariel. Revista del Pueblo y de la Juventud. Río Cuarto. Imprenta Fénix. 1926.

Ariel. Revista ilustrada de Literatura. Masaya (Nicaragua). Impr. Sequeiro. 1932-1933.

Ariel. Revista mensual artístico-literaria. Habana; s. l. 1928-1929.

Ariel. Revista quincenal. Sonsonate (El Salvador). Impr. El Alba. 1924-1925.

ARRIETA, R.[afael] A.[lberto]: *Ariel corpóreo (Letras extranjeras).* Buenos Aires. Edit. Buenos Aires. 1926. 168 págs.

ARRIETA, Rafael Alberto: *La voz en la penumbra.* La Plata. «Nosotros». Número extraordinario dedicado a J. E. Rodó.

CARLOS ROXLO

Año XI, núm. 97, mayo de 1917. Buenos Aires. Cía. Sud-Africana de Billetes de Banco. Pág. 57.

ASNAOUROW, Félix: *Progresos de la psicología.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XVI, núm. 152. Enero de 1922. Págs. 55-59.

AVELINO, Andrés: *Pedro Henríquez Ureña, filósofo y humanista.* «Homenaje a Pedro Henríquez Ureña...» Págs. 87-118.

AYALA DUARTE, C.[rispín]: *Resumen histórico crítico de la Literatura hispanoamericana.* Prólogo de José María Castro y Calvo. 2.ª edic. Madrid. Est. tip. Suc. S. de Ocaña. Editorial S. A. E. T. A. Madrid. 1945. X + 479 págs.

BACHINI, Antonio: *Rodó.* Discurso en el paraninfo de la Universidad al entregar los restos del Maestro. «Pegaso». Montevideo. Uruguay. Febrero de 1920. Núm. XX. Año III. Págs. 278-287.

BAIARDI, Luis: Traducción del trabajo de E. Caro *Stendhal: sus novelas y su crítica de arte.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 103. Noviembre de 1917. Cía. Sud-Americana de Billetes de Banco. Págs. 324-352.

BALBÍN DE UNQUERA, Antonio: *¡Hurra, latinos!* Cantos de guerra, por Ricardo Garzón. Montevideo, 1916. «Unión Ibero-Americana». Madrid, mayo de 1917. Año XXXI, núm. 4. Impr. de los Hijos de M. G. Hernández. Pág. 31.

BALBÍN DE UNQUERA, Antonio: *Les écrivains hispano-américains et la guerre européenne,* por Francisco Contreras. «Unión Ibero-Americana». Madrid, junio de 1919. Año XXX, núm. IV. Imprenta Artística Sáez Hnos. Pág. 34.

BALBÍN DE UNQUERA, Antonio: *Mi adiós a Rodó,* por Constantino Becchi. Montevideo (Brignoli), 1916. «Unión Ibero-Americana». Madrid, mayo de 1917. Año XXXI, núm. 4. Impr. de los Hijos de M. G. Hernández. Pág. 31.

BARBAGELATA, Hugo D.[avid]: *Histoire de l'Amérique espagnole.* Librairie Armand Colin. París, 1936. 323 págs.

BARBAGELATA, Hugo, y GARCÍA CALDERÓN, Ventura: *La Literatura uruguaya. 1517-1917* («Rev. Hisp.». XL, 415-542). Nueva York-París, 1917.

BARBAGELATA, Hugo D.: *Los nuevos poetas del Uruguay.* «Revista de Revistas». Méjico. 17 de septiembre de 1922. Reproducido en «Nosotros». Buenos Aires. Año XVI, núm. 161. Oct. de 1922. Pág. 281.

BARCIA TRELLES, Camilo: *Interpretación del hecho americano por la España universitaria del siglo XVI.* Curso de conferencias

4430

pronunciadas en el paraninfo de la Universidad de Montevideo, con el patrocinio de la Institución Cultural Española del Uruguay. Institución Cultural Española del Uruguay. Montevideo. Impresora Americana. 1949. 144 págs.

BARREDA, Ernesto Mario: *Algo sobre un libro de crítica.* [El de Roberto F. Giusti *Crítica y polémica.* Buenos Aires, 1917.] «Nosotros». Buenos Aires. Año XII, núm. 108. Abril de 1918. Págs. 508-516.

BARRENECHEA, Mariano Antonio: *Los intelectuales y la realidad social* (II); «Nosotros». Buenos Aires. Núm. 208. Septiembre, 1926. Págs. 22-55.

BARRIOS, Eduardo: *Figuras de América: Juan Torrendell.* En la revista chilena «La Semana». Reproducido en «Nosotros». Buenos Aires. Año XVI, núm. 161. Octubre de 1922. Páginas 268-271.

BARRUEL, Abbé: *Mémoires pour servir à l'histoire du jacobinisme.* 4me édit. T. premier. Augsburgo. Librairies Associés. 1799. XVIII + 215 págs.

BARTH, Paul: *Los estoicos.* Madrid. Impr. Galo Sáez. 1930.

BELL, H. I.: *Egipto y el Imperio bizantino.* «Universidad de Oxford. El legado de Egipto». Ediciones Pegaso. Madrid, 1944. Págs. 499-521.

BENGOA, Juan León, y FERNÁNDEZ Y MEDINA, B.: *El Uruguay en su primer centenario* (1830-1930).

BENLOEW, Louis: *Les lois de l'Histoire.* París. Librairie Germer Baillière et Cie. Imprimerie Charaire et fils. 1881. 400 págs.

BERGSON, Henri: *Dos ideales* (Párrafos finales de la segunda conferencia dada por M. Bergson en el Ateneo de Madrid). «España». Semanario. Núm. 69. Madrid, 18 de mayo de 1916. Gráficas Matéu. Pág. 5.

BERISSO, Emilio: *José Enrique Rodó.* Breves reflexiones «Nosotros». Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Buenos Aires. Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco. Págs. 74-78.

BERISSO, Luis: *José Enrique Rodó.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Págs. 68-70.

BERMANN, Gregorio: *Las orientaciones de la Filosofía contemporánea. Los rumbos actuales de la Filosofía.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 99. Julio de 1917. Págs. 422-433.

BERMANN, Gregorio: *Lo que debe a Ingenieros nuestra generación.* 12 de noviembre de 1925. [Discurso pronunciado en el teatro Novedades, de Córdoba, el 14 de noviembre en el funeral cívico organizado por la F. Universitaria y la Sección Local de la Unión Latino-Americana.] «Nosotros». Buenos Aires. Año XIX, núm. 199. Diciembre de 1925. Número extraordinario dedicado a José Ingenieros. Págs. 664-676.

BERMANN, Gregorio: *Los estudios filosóficos en nuestra Facultad de Filosofía y Letras.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XII, núm. 119. Marzo de 1919. Págs. 364-383.

BIANCHI, Alfredo A.: *Nuestro homenaje a Rodó.* «Nosotros». Buenos Aires. Mayo de 1917. La Dirección [Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti]. Págs. 6-7.

BIANCHI, Alfredo A., y GIUSTI, Roberto F.: *Nota de la Dirección* [de «Nosotros»] *al artículo de Rodó «Carlos Guido y Spano».* «Nosotros». Buenos Aires. Año XII, núm. 114. Octubre de 1918. Número extraordinario dedicado a Carlos Guido y Spano. Página 311.

Biblioteca Internacional de Obras Famosas: Colección de las producciones literarias más notables del mundo... Recopilada en colaboración con los siguientes eruditos: M. Menéndez Pelayo, R. Palma, E. J. Varona, D. Peña, T. Toribio Medina, J. Sierra, J. E. Rodó, R. Garnett, L. Vallée, Alois Brandl y Ainsworth R. Spofford. Sdad. Internacional, s. a. Madrid.

BLANCO, Marcos Manuel: *José Enrique Rodó.* La Plata, mayo de 1917. «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Págs. 200-201.

BOBADILLA, Emilio *(Fray Candil).* Respuesta a la quinta encuesta de «Nosotros»: *La literatura hispanoamericana juzgada por los escritores españoles.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XII, núm. 116. Diciembre de 1918. Págs. 525-527.

BOISSIER, Gastón: *El fin del paganismo. Estudio sobre las últimas luchas religiosas en el siglo IV en Occidente.* Traduc. por Pedro González Blanco. Madrid. Daniel Jorro, Editor. 1908. 2 vols.: I, 406 págs. + 1 hoja; II, 478 págs.

Boletín de la Biblioteca Nacional. Caracas (Venezuela). 30 de septiembre de 1930. Año VII, núm. 29. Lit. y Tip. Vargas.

BONET, Carmelo M.: *El alma uruguaya. Las revoluciones: su génesis, su proceso y su remedio* (Ensayo de Psicología colectiva). *Estirpe e idioma. Estirpe clara, idioma regio, naturaleza varia: hegemonía segura.* Primer premio. Concurso de «El Diario Español», año 1910. Buenos Aires. Otero & Cía., impresores. MCMXI. *El alma uruguaya,* págs. 1-19. *Estirpe e idioma,* págs. 21-32.

BONET, Carmelo M.: *La superstición nacionalista.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XII, núm. 115. Noviembre de 1918. Páginas 394-407.

BONET, Carmelo M.: *Rodó y la graforrea.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Págs. 196-198.

BONILLA Y SAN MARTÍN, Adolfo: Respuesta a la quinta encuesta de «Nosotros»: *La literatura hispanoamericana juzgada por los escritores españoles.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XII, núm. 116. Diciembre de 1918. Págs. 514-519.

BORGES, José Luis: *Antología de la moderna poesía uruguaya. 1900-1927...* «Palabras finales».

BRENES-MESÉN, Roberto: *Enrique Federico Amiel. A propósito de «Enrique Federico Amiel en su Diario íntimo», por Roberto F. Giusti.* Edic. de «Nosotros», Buenos Aires, 1919. Syracuse University, N. I. Abril de 1923. «Nosotros». Buenos Aires. Año XVII, núm. 169. Junio de 1923. Págs. 145-163.

BRUNO, Rafael J.: *La enseñanza del latín.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XIX, núm. 198. Noviembre de 1925. Págs. 281-300.

BUENO, Javier: *Mi viaje a América.* París. Chartres, tip. Garnier; s. a., 1913. 3 hoj. + 186 págs. + 1 hoja.

BUNGE, Augusto: *De la crítica.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Págs. 59-63.

BUNGE, Carlos Octavio: *Estudios filosóficos.* Introduc. de Enrique Martínez Paz. Edic. de «La Cultura Argentina». 1919. 255 págs.

BUNGE, Carlos Octavio: *Nuestra América.* Prólogo de Rafael Altamira. Barcelona. Impr. de Henrich y Cía. 1903. XXIII + 233 págs. + 1 hoja + 1 retrato.

BURGOS, Carmen de *(Colombine): Opiniones (José Enrique Rodó).* Rev. Hisp.-Am. «Cervantes», Madrid, mayo de 1918. Págs. 9-10.

CABARCOS, Julio R.: *Our Professors of Idealism in America.* Notes for a critical essay upon the positive and negative values of eur Indo-Spanish culture. «Inter América». New York. English. Vol. III. December, 1919. Number 2. Págs. 84-100 (To be continued). El apartado V lleva el título *José Enrique Rodó, the apostle Greco-Latinism.* Págs. 88-90.

CALVO SERER, Rafael: *En torno al concepto del Renacimiento.* «Escorial». Rev. de Cultura y Letras. Cuaderno 20. Madrid. Silverio Aguirre, impresor. Págs. 355-387.

CAMÓN AZNAR, José: *Teoría del Renacimiento.* «Rev. det Oc.». Año VIII, núm. LXXXVI. Agosto de 1930. Madrid. Impr. de Galo Sáez. Págs. 121-144.

CAMPO, Alberto del: *Situación actual de la Filosofía en Hispanoamérica.* «Cuadernos Hispanoamericanos», núm. 21. Mayo-junio de 1951.

CANSINOS ASSÉNS, R.: *Poetas y prosistas del novecientos. (España y América).* Madrid. Edit. América. Impr. de J. Pueyo. 1919. 314 págs.

CANSINOS ASSÉNS, Rafael: *Verde y dorado en las letras americanas. Semblanzas e impresiones críticas (1926-1936).* Con prólogo del autor. Colec. «Crisol», núm. 205. Madrid. M. Aguilar, editor. 1947. 623 págs.

CANTECOR, George: *Le Positivisme.* París. Imprimerie Crété, S. A. 144 págs.

CANTECOR, Thomas: *Los héroes. Culto a los héroes. Lo heroico en la Historia.* Traduc. de John Volfson. Prólogo de Carlos de Jovellanos y Paseyro. Madrid-Buenos Aires. Librería Perlado, editores. Buenos Aires. Talleres Gráficos de la Sdad. Impresora Americana. 1941. IX + 255 págs. + 1 hoja.

CARLYLE, Thomas: *Los héroes. El culto de los héroes y lo heroico en la Historia.* Vers. española, prólogo y notas, por Pedro Umbert. Madrid. M. Aguilar, editor. Colec. «Crisol», núm. 183. 1946. 485 págs. + 1 hoja.

CARMONA NENCLARES: *El espíritu americano y Castilla (Semejanza y diferencia).* «Rev. de las Españas». Unión Ibero-Americana. Madrid. Año III, núms. 22-23, junio-julio de 1928. Págs. 267-269.

CARO, Miguel Antonio: *Páginas de crítica.* Prólogo de don A. Gómez Restrepo. Madrid. Edit. América. Impr. de Juan Pueyo; s. a. 282 págs.

CARRICARTE, Arturo R. de: *Una polémica americanista en España.* [Con motivo de la suscitada entre J. Cejador y E. Carrere respecto del valor de *Almafuerte* y Rubén Darío.] «Nosotros». Buenos Aires. Año XII, núm. 105. Enero de 1918. Págs. 78-85.

CARRIZO, César: *La trashumancia y el amor en la poesía: Ismael Urdaneta.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 99. Julio de 1917. Págs. 405-420.

CARRIZO, César: *Rodó y la sabiduría.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Págs. 193-195.

CASSOU, Jean: *Renan et Rodó.* «Revue de l'Amérique Latine». 2me année. Vol. V. Págs. 232-234.

CASTELLANOS, Carlos E.: *El Círculo de la Prensa. La Prensa*

del Uruguay. Folleto editado bajo la dirección de la Oficina de la Prensa. Montevideo. Tip. O. M. Bertani, 1912. 35 páginas. Con grabados.

CASTRO, Cristóbal de: *El paso de Rodó. Un apóstol del Silencio*. «Nuevo Mundo». Madrid. Año 23, núm. 1.180; 18 de agosto de 1916.

CASTRO, Cristóbal de: *In Memoriam. El peregrino ilusionado*. Rev. Hisp-Am. «Cervantes». Madrid, mayo de 1918. Páginas 38-44.

CASTRO, Cristóbal de: *Los amigos de España. Rodó, o el fiel en la desgracia*. «Blanco y Negro». Madrid. Año 37, núm. 1901, 23 de abril de 1927.

CASTRO, Cristóbal de: *Los grandes de Hispanoamérica*. «A B C». Madrid. Año 25, núm. 8.353, 4 de octubre de 1929.

CASTRO, Miguel de: *Opiniones (José Enrique Rodó)*. Rev. Hisp.-Am. «Cervantes». Madrid, mayo de 1918. Pág. 11.

CAVIA, Mariano de: *Opiniones (José Enrique Rodó)*. Terceto endecasílabo sobre Rodó). Rev. Hisp.-Am. «Cervantes». Madrid, mayo de 1918. Pág. 7.

CEJADOR Y FRAUCA, Julio: *Historia de la Lengua y Literatura castellanas (Epoca regional y modernista: 1888-1907)*. (Segunda parte). T. XI. Madrid. Tip. de la «Rev. de Arch., Bibl. y Museos), 1919. Págs. 328.

CEJADOR Y FRAUCA, Julio: *Hist. de la Leng. y Lit. Cast. (Epoca reg. y modern.: 1888-1907)*. (Ultima parte). T. XII. Madrid. Tip. de la «Rev. de Arch., Bibl. y M.»). 1920; 361 págs.

CEJADOR Y FRAUCA, Julio: *Hist. de la Leng. y Lit. Cast.* T. XIII. (Con noticias de interés.)

CEJADOR Y FRAUCA, Julio: *Hist. de la Leng. y Lit. Cast.* T. IX. (Cita, en la pág. 325, el concepto de la crítica según Rodó en «El M. de P.»).

CEJADOR [Y FRAUCA], Julio: *José Enrique Rodó*. «Nuevo Mundo». Madrid; I, 22 de junio de 1917. Año XXIV, núm. 1.224; II, 13 de julio de 1917. Año XXIV, núm. 1.227.

CEJADOR [Y FRAUCA], Julio: *Opiniones (José Enrique Rodó)*. Rev. Hisp.-Am. «Cervantes». Madrid, mayo de 1918. Págs. 12 y 13.

CEJADOR [Y FRAUCA], Julio: Respuesta a la quinta encuesta de «Nosotros»: *La Literatura hispanoamericana juzgada por los escritores españoles*. «Nosotros». Buenos Aires. Año XII, número 116. Diciembre de 1918. Págs. 511-514.

Centenario de la Universidad: *Literatura y Universidad*. «Número». Montevideo, mayo-junio de 1949. Año 1, núm. 2. Impr. Rosgal. Págs. 79-80.

Centro de Cultura Hispanoamericana. Sesión en conmemoración de José Enrique Rodó. «Cultura Hispanoamericana». Madrid. Año VI, núm. 59, 15 de octubre de 1917. Págs. 2-3.

CLARÍN. V. ALAS, Leopoldo.

CLAPS, Manuel Arturo: *Nicolai Hartmann y la Historia de la Filosofía*. «Número». Montevideo, mayo-junio de 1949. Año 1, número 2. Impr. Rosgal. Pág. 113.

CLAVEL, Vicente: Prólogo a *Nuevos motivos de Proteo*, por José Enrique Rodó. Edic. Cervantes. Barcelona, 1927. Págs. 9-27.

CLULOW, Alfredo S.: *La novela en América. Ligeras consideraciones sobre sus tendencias actuales*. Montevideo, 3 de abril de 1924. «Nosotros». Buenos Aires. Año XVIII, núm. 180, mayo de 1924. Páginas 66-74.

COCHRANE, Charles Norris: *Cristianismo y cultura clásica*. Méjico-Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica, 1949; 508 páginas + 1 hoja.

COHN, Jonás: *Los grandes pensadores. Introducción histórica a la Filosofía*. Traduc. del doctor Domingo Miral, 2.a edic. Barcelona-Buenos Aires. Edit. Labor, 1927, 188 págs.

COLMO, Alfredo: *El modernismo literario en la Argentina*. «Nosotros». Buenos Aires. Año XV, núm. 141; febrero de 1921. Páginas 194-199.

COLMO, Alfredo: *La filosofía de Rodó*. «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97, mayo de 1917. Págs. 173-185.

COLMO, Alfredo: *Política cultural en los países latinoamericanos*. Edit. de la Rev. «Nosotros». Buenos Aires, 1925; 256 págs.

COLMO, Alfredo: *Política negativa que reclaman nuestros países: humanismo y letras*. (Del libro, de próxima publicación, *Política cultural en los países latinoamericanos*). «Nosotros». Buenos Aires. Año XIX, núm. 196, septiembre de 1925. Págs. 16-23.

CONTRERAS, Francisco: *Les écrivains contemporains de l'Amérique espagnole*. París, 1920.

CONTRERAS, Francisco: *Les écrivans hispanoaméricains et la guerre européenne*. París, Editions Bossard, 1917.

CONTRERAS, Francisco: *Louis Dumur y su obra*. París, 1924. «Nosotros». Buenos Aires. Año XVIII, núm. 180, mayo de 1924. Páginas 31-55.

CORONADO, Nicolás: *Letras americanas... Uruguay. «El Terruño», por Carlos Reyles. Prólogo de José Enrique Rodó*. «Nos-

otros». Buenos Aires. Año X, núm. 87; julio de 1916. Páginas 78-80.

CORPUS BARGA: *Literatura de Bergson.* «La Nación». Buenos Aires, 13 de enero de 1929. T. VIII, núm. 185. Pág. 16.

CORPUS BARGA: *Los intelectuales de Francia hablan de España. XII. Visita a Bergson, el filósofo.* «España». Semanario. Madrid, núm. 60. Pág. 12; 16 de marzo de 1916. Gráficas Matéu. Madrid.

CORVALÁN MENDILAHARSU, Dardo: *Bibliografía histórica.* [Reseña crítica del libro de Belisario J. Montero *Un filósofo colonial. El doctor Carlos Josef Montero*]. «Nosotros». Buenos Aires. Año X, núm. 87, julio de 1916. Págs. 95-96.

COUTARDO, Luis Felipe: *Medios prácticos de un acercamiento estrecho entre España y la América española.* Concepción (Chile). «Unión Ibero-Americana». Madrid, mayo de 1917. Año XXXI, núm. 4. Impr. de los Hijos de M. G. Hernández. Págs. 21-22.

CROCE, Benedetto: *España en la vida italiana durante el Renacimiento.* Versión española de José Sánchez Rojas. Madrid. Edit. Mundo Latino; s. a., 254 págs. + 1 hoja.

CROCE, Benedetto: *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza.* Bari Laterza, editori. 1917.

CHACÓN Y CALVO, José María: *José Enrique Dodó.* «Rev. de la Facultad de Letras y Ciencias». Univ. de la Habana, julio y agosto de 1927. Impr. «El Siglo XX». Habana.

DARÍO, Rubén: *Cabezas.* Edit. «Mundo Latino». Vol. 22 de las *Obras completas.* Madrid, 1899; 167 págs.

DARÍO, Rubén: *José Enrique Rodó.* Rev. Hisp.-Am. «Cervantes». Madrid, mayo de 1918. Págs. 4-6.

DARNET, Ana Julia: *Ariel corpóreo (Letras extranjeras).* Buenos Aires, 1926; 168 págs., por R. R. Arrieta. «Humanidades». Public. de la Facultad de Humanidadse y Ciencias de la Educación. Univ. Nac. de La Plata. T. XV. Letras. Rep. Argentina, 1927. Págs. 345-346.

DELEITO Y PIÑUELA, J.: «*Florilegio de prosistas uruguayos*», *por Vicente A. Salaverri.* «La Lectura». Rev. Madrid. Año 19, tomo II, 1919.

DELEITO Y PIÑUELA, J.: «*José Enrique Rodó*», *por Gonzalo Zaldumbide.* «La Lectura». Madrid. Rev. Año 19, t. I, 1919.

DELEITO Y PIÑUELA, J.: *Lecturas americanas.* Madrid. Edit. América, 1920, 237 págs.

D.[ELGADO], J.[OSÉ M.[ARÍA]: «*Ariel*», «*Jacobinismo y Liberalismo*», *por José Enrique Rodó.* Edic. Cervantes. Barcelona, 1921. «Pegaso». Montevideo. Notas bibliográficas, diciembre de 1921, núm. 42. Año VI. Pág. 287.

D.[ELGADO], J.[OSÉ] M.[ARÍA]: «*Les écrivains contemporains de l'Amérique espagnole*», *por Francisco Contreras.* París, 1920. «Pegaso». Montevideo. Notas bibliográficas. Octubre de 1920, número XXVIII. Año IV. Págs. 188-189.

DÍAZ LEGUIZAMÓN, Héctor: *Apostillas. Ibsen en el vigésimo aniversario de su muerte.* «Nosotros». Buenos Aires. Impr. Mercatani. Año XX, núm. 204. Mayo de 1926. Págs. 98-100.

DICKMANN, Enrique: *¿Poeta, filósofo o moralista?* «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Pág. 170.

Dictionnaire International des écrivains du Monde Latin. Roma, 1906.

DIETZ, H.: *Italie. Espagne. Histoire littéraire. Notices biographiques et critiques. Morceaux choisis.* 5me édition. París. Librería Armand Colin, 1912. VIII + 552 págs.

D.[ÍEZ] C.[ANEDO], E.[nrique]: *José Enrique Rodó.* «España». Semanario. Año III, núm. 123. Madrid, 31 de mayo de 1917. Gráficas Matéu. Pág. 12.

DÍEZ-CANEDO, E.[nrique]: *La poesía castellana y Rubén Darío.* «España». Sem., núm. 56. Madrid, 17 de febrero de 1916. Pág. 10.

DÍEZ-CANEDO, E.[nrique]: *Un escritor y unos críticos.* «España». Sem., número 126. Madrid, 21 de junio de 1917. Pág. 9.

DONOSO, Armando: *Rodó: An evocation of the spirit of Ariel* (de «Nosotros»). «Inter-América». English. New York. Vol. I, número 1.º, october 1917.

DONOSO, Armando: *Rodó. Evocación del espíritu de Ariel.* Santiago de Chile. «Nosotros». Buenos Aires, mayo de 1927. Páginas 40-52.

DWELSHAUVERS, Georges: *Traité de Psychologie.* Payot, París. Impr. Jouve et Cie., 1928, 672 págs.

EGUÍA RUIZ, Constancio: *La hispanidad en tierras uruguayas. Un gran cervantista: don Arturo Estanislao Xalambrí* (Montevideo). «Boletín de la Bibliot. de Menéndez Pelayo». Santander. Año XXVII, núms. 1, 2, 3 y 4, enero-diciembre de 1951. Págs. 365-378.

«*El camino de Paros*» *de José Enrique Rodó.* Literatura. «Cultura

Hispanoamericana». Año VII. núm. 69. Madrid, 15 de agosto de 1918. Establec. tip. de «El Liberal». Pág. 32.

El Nuevo Diario: Onomástica del Libertador (Nota anónima. Referencia a Rodó). Caracas, 28 de octubre de 1916.

EMERSON, Ralph Waldo: *Ensayos.* Traduc. de Luis Echevarría. Nota preliminar de F. S. R. Madrid. M. Aguilar, editor. Col. «Crisol», núm. 217, 1947, 604 págs.

EMERSON, R.[alph] W.[aldo]: *Société et Solitude.* Traduc. de M. Dugard. 4me édition. París. Libr. Armand Colin, 1922. VIII + 293 pógs. + 1 hoja.

Enciclopedia de educación. Dirección de Enseñanza Primaria y Normal. Plan Estable. Vol. I. *Estudios psicológicos y pedagógicos.* (Prólogo de Clemente Estable.) Epoca III. Año VI, número 2. Julio de 1946. Montevideo. Impr. Nac. 1946. XXI + 315 páginas + 1 hoja.

Enciclopedia universal ilustrada eucopeo-americana. Madrid. Espasa-Calpe. 1926. T. II, págs. 1217-1219; t. XXVIII.

ESTABLE, Clemente: V. *Enciclopedia de educación.*

ESTRADA, Angel de (hijo): *Carta abierta* [Al señor don Roberto Giusti]. 30 de mayo de 1917. «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Págs. 88-89.

ESTRADA, Norberto: *Gente de letras de mi país.* Buenos Aires. Impr. América Latina; s. a. 44 págs.

ETKIN, Alberto M.: *La decadencia de Occidente (Bosquejo de una morfología de la Historia Universal)*, por Oswaldo Spengler. Traduc. de Manuel G. Morente. 1.ª parte: *Forma y realidad.* Vol. 1.º, Biblioteca de Ideas del Siglo XX. Calpe. Madrid, 1923. (Reseña bibliográfico-crítica, detallada.) «Nosotros». Buenos Aires. Año XVIII, núm. 179. Abril de 1924. Págs. 550-555.

F. G.: *Mil novecientos veintidós,* por Fernández Moreno. («España». Madrid.) «Nosotros». Buenos Aires. (Sección *Los escritores argentinos, juzgados en el extranjero.*) Año XVII, núm. 168. Mayo de 1923. Págs. 133-135.

FAGUET, Emile: *Politiques et moralistes du dix-neuvième siècle.* 3me série. *Stendhal, Tocqueville, Proudhon, Sainte-Beuve, H. Taine, E. Renan.* Paris. Société Française d'Imprimerie et de Libr. 1900. XXII + 379 págs. + 1 hoja.

FARIÑA NÚÑEZ, Eloy: *El canto de Ariel.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XI. T. XXVI. Mayo de 1917. Págs. 219-221.

FERNÁNDEZ CARVAJAL, Rodrigo: *Sobre la personalidad cultural de Hispanoamérica.* «Rev. de Estudios Políticos». Madrid. Vol. XIX. 1947. Págs. 219-229.

FERNÁNDEZ CORIA, José: *La enseñanza del castellano en Francia. Exclusión de autores americanos.* «La Nación». Buenos Aires. Tomo VIII, núm. 195. 24 de marzo de 1929. Pág. 14.

FERNÁNDEZ CORIA, José: *La enseñanza de la literatura.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 95. Marzo de 1917. Pág. 370.

FERNÁNDEZ FRAGA, Germán: *Uruguay, un país a la vuelta de una ola.* «Mundo Hispánico». Madrid. Núm. 10. Noviembre-diciembre de 1948. Ediciones Iberoamericanas. Pág. 38.

FERNÁNDEZ MORENO: *Rodó* (Poesía). «Nosotros». Buenos Aires. Año XI. Núm. 97. Mayo de 1917. Pág. 213.

FERNÁNDEZ MURGA, Félix: *El gran virrey de Nápoles don Pedro Alvarez de Toledo.* «Rev. Geográfica Española». Madrid. Número 26. s. a. Extraordinario dedicado a *La huella de España en Nápoles.* Págs. 23-37.

FERNÁNDEZ Y MEDINA, Benjamín: *La muerte de José Enrique Rodó.* «Unión Iberoamericana». Madrid. Año XXXI, núm. 4. Mayo de 1917. Págs. 1-2.

FERNÁNDEZ Y MEDINA, Benjamín, y BENGOA, Juan León: *El Uruguay en su primer centenario (1830-1930).* Madrid. Impr. Católica. 1930. VI folletos.

FIGUEIRA, Gastón: *Poetas y prosistas de América.* «Univ. de Antioquia». Medellín-Colombia. Núm. 99. Mayo, junio y julio de 1950. Págs. 371-372.

FONTÁN, Antonio: *Humanismo.* «Arbor». Rev. Gral. de Invest. y Cultura. Madrid. Impr. J. Pueyo. T. XIX, núm. 65. Mayo de 1951. Págs. 66-74.

FORTEZA, Jorge R.: *Rafael Barret. Su obra.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XV, núm. 141. Febrero de 1912. Págs. 215-223.

FOUILLÉ, A.: *Bosquejo psicológico de los pueblos europeos.* Traducción de Ricardo Rubio. Madrid. Daniel Jorro, editor. 1903. 660 págs.

FRANCE, Anatole: [*Su opinión sobre Romain Rolland*]. «Justicia». Montevideo. 20 de enero de 1922. Reproduc. en «Nosotros». Buenos Aires (Con el título *Lo que dijo Anatole France en Estocolmo*). Año XVI, núm. 152. Enero de 1922. Pág. 136.

FRANCO, J. R. del *La enseñanza de la Historia y la solidaridad hispanoamericana.* Exito de una iniciativa en el II Congreso de Historia y Geografía Hispanoamericanas, celebrado en Sevilla

en mayo de 1921. Córdoba. Est. Gráfico A. Biffignandi. 1924. Una hoja. 122 págs. 1 retrato.

FRANK, Waldo: *Mensaje a los intelectuales hispanoamericanos.* «Valoraciones. Humanidades. Crítica y Polémica.» Rev. edit. por el Grupo de Estudiantes Renovación. T. II, «La Plata». Julio de 1924. Pág. 144.

FRANK, Waldo: *Primer mensaje a la América hispana.*

FREYER, Hans: *Los sistemas de la Historia Universal.* «Historia Universal», dirigida por Walter Goetz. Versión española de Manuel García Morente. Espasa-Calpe. Madrid. T. I, págs. 17-46.

FRUGONI, Emilio: *En la otra América.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XII, núm. 107. Marzo de 1917. Págs. 332-349.

FRUGONI, Emilio: *La despedida* (Poesía). Montevideo, 1917. «Nosotros». Buenos Aires. Mayo de 1917. Págs. 23-24.

G.[ACHE], R.[oberto]: *Letras argentinas.* [Reseña crítica del libro *José Enrique Rodó*, por Arturo Marasso Rocca.] «Nosotros». Buenos Aires. Año XII, núm. 105. Enero de 1918. Págs. 106-107.

GALÁN PACHECO, Manuel: *Críticos.* «España». Semanario. Madrid. Núm. 124. 7 de junio de 1917. Pág. 11.

GÁLVEZ, Juan Ignacio: *José Enrique Rodó.* «España». Semanario. Madrid. Núm. 128. 5 de julio de 1917. Págs. 9-10.

GÁLVEZ, Manuel: *El escritor y el hombre.* (Datos para la biografía de Carlos Octavio Bunge.) «Nosotros». Buenos Aires. Año XII. Núm. 111. Julio de 1918. Número extraordinario dedicado a C. O. Bunge. Págs. 365-379.

GALLINAL, Gustavo: *El camino de Paros.* «La Nación». Buenos Aires. Año 38, núm. 18.413. 2.ª sección. 24 de diciembre de 1922. Pág. 14.ª

GALLINAL, Gustavo: *Letras uruguayas.* París [1928]. 295 págs. + 2 hojas.

GALLINAL, Gustavo: *Rodó.* Ensayo leído en el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, el 3 de diciembre de 1917. «Crítica y Arte». Montevideo. La Edit. Uruguaya. 1920. XVI + 342 páginas. (El ensayo *Rodó*, págs. 239-289.)

GALLINAL, Gustavo: *Rodó y la democracia.* «La Nación». Buenos Aires. Suplemento. Año 42, núm. 19.516. 10 de enero de 1926. Pág. 4.ª

GARCÍA CALDERÓN, Francisco: *El pesimismo de Taine.* (Para «La Nación».) París, 1928. «La Nación». Buenos Aires. T. VI, núm. 161. 29 de julio de 1928. Pág. 161.

GARCÍA CALDERÓN, Francisco. *El mirador de Próspero.* Revista Hisp.-Am. «Cervantes». Madrid, mayo de 1918. Págs. 48-51.

GARCÍA CALDERÓN, Francisco: *Las corrientes filosóficas de la América latina*]. Ideas e impresiones. Madrid, Edit. América, 1919.

GARCÍA CALDERÓN, Francisco: *La creación de un continente.* París. Lib. Paul Ollendorf. 264 págs.

GARCÍA CALDERÓN, Francisco: *Les démocraties latines de l'Amérique.* Préface de M. Raymond Poincaré. París. Ernest Flammarion, éditeur. 1920. 383 págs. Livre V. Chapitre 123. «L'évolution philosophique».

GARCÍA CALDERÓN, F.: *Profesores de idealismo.* París; s. a. (1903?). 3 hoj. + 306 págs. + 1 hoja.

GARCÍA CALDERÓN, Ventura: *D'Annunzio, príncipe de Fiume.* Páginas escogidas. (Incluído en *Ensayos y crónicas.*) Páginas 604-618.

GARCÍA CALDERÓN, Ventura: *El demonio de la aventura.* Páginas escogidas. (Incluído en *Ensayos y crónicas.*) Págs. 528-536.

GARCÍA CALDERÓN, Ventura: *El nuevo idioma castellano.* Carta al hispanista James Fitzmaurice-Kelly). Con un estudio preliminar de Gómez Carrillo y cartas dirigidas al autor por A. Doroso, J. Fitzmaurice-Kelly, F. García Calderón, F. García Sanchiz, A. Hernández Catá, León Pacheco, Baldomero Sanín Cano, M. de Todo Gisbert y A. Zérega Fombona. Versión española de León Pacheco. Páginas escogidas (fué escrito y publicado en francés en la revista «Hispania». París, octubre a diciembre de 1922). Págs. 665-745.

GARCÍA CALDERÓN, Ventura: *Grandeza y decadencia del ídolo. Bolívar en el Perú.* Páginas escogidas. (Incluído en la sección *El Perú en la obra de García Calderón.*) Págs. 881-890.

GARCÍA CALDERÓN, Ventura: *La estatua del diablo.* Páginas escogidas. (Incluído en *Ensayos y crónicas.*) Págs. 488-497).

GARCÍA CALDERÓN, Ventura: *Literatura de lujo y literatura proletaria.* Páginas escogidas. (Incluído en *Ensayos y crónicas.*) Páginas 537-553.

GARCÍA CALDERÓN, Ventura: *Páginas escogidas.* Madrid. Edic. al cuidado de Javier Morata. 1917. II + 164 págs. + 16 págs. de iconografía.

GARCÍA CALDERÓN, Ventura: *Ricardo Palma.* (Estudio escrito en francés para prologar la edición francesa de *Tradiciones escogidas*, de Palma.) Traducido por José Pla. Páginas escogidas.

(Incluído en *El Perú en la obra de García Calderón.*) Páginas 985-1013.

García Calderón, Ventura: *Semblanzas de América.* Biblioteca Ariel. Rev. Hisp.-Am. «Cervantes». Impr. de G. Hernández y Galo Sáez. Madrid, 1920. 206 págs.

García Calderón, Ventura: *Una literatura de América.* Respondiendo a una encuesta. (Encuesta que Hugo D. Barbagelata publicó en su revista «Amérique Latine».) Páginas escogidas. (En *Ensayos y crónicas.*) Págs. 553-558.

García Calderón, Ventura: *Visita a Enrique Federico Amiel.* Páginas escogidas. (En *Ensayos y crónicas.*) Págs. 509-519.

García Calderón, Ventura: *Visita a Jorge Brummel.* Páginas escogidas. (En *Ensayos y crónicas.*) Págs. 519-528.

García Calderón, Ventura, y Barbagelata, Hugo D.: *La literatura uruguaya (1517-1917).* V. Barbagelata.

García Caminero, Juan: *De la República del Uruguay.* (Referencia a la conferencia dada sobre el Uruguay en el Ateneo de Madrid el 3 de mayo de 1915.) «Cultura Hispanoamericana.» Madrid. Est. Tip. de «El Liberal». Año IV, núm. 30. 15 de mayo de 1915. Págs. 27-28.

García Godoy, F.[ederico]: *De aquí y de allá.* (Notas críticas.) Santo Domingo. Tip. «El Progreso». 1916. 447 págs.

García Godoy, F.[ederico]: *La literatura americana de nuestros días.* (Páginas efímeras.) Madrid. Impr. de J. Pueyo. Biblioteca Andrés Bello; s. s. (1915?). 304 págs. + 2 hoj.

García Godoy, F.[ederico]: *Páginas efímeras.* (Movimiento intelectual hispanoamericano.) Santo Domingo. Impr. «La Cuna de América». 1912. 347 págs.

García Landa: *El amor a la claridad.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Pág. 199.

Garzón, Ricardo: *¡Hurra, latinos!* Cantos de guerra. Montevideo. Impr. Latina. 1916. 1 hoja + 39 págs.

Gautier, Théophile: *Voyage en Espagne. Tras los montes.* Nouvelle Edit. Paris. Bibliothèque Carpentier. E. Fasquelle, éditeur. 1929. 378 págs.

Gay, Vicente: *La América moderna.* (Dando cuenta del artículo sobre literatura hispanoamericana de la señora Blanche Z. de Baralt.) «La España Moderna.» Madrid. Año 25. T. 295, 1.º de julio de 1913. Págs. 113-121.

Gay Calbó, Enrique: *Carta* (fechada: «Cuba contemporánea». Habana, mayo de 1923. Publicada con el título «Hispanoamérica. Una carta cordial»). «Pegaso». Montevideo. V. G. Mariño, Impr. núm. 61. Año VII. Julio de 1923. Págs. 45-46.

Gay Calbó, Enrique: *Escritores jóvenes de Cuba: René Lufrin.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XV, núm. 140. Enero de 1921. Págs. 45-63.

Gay Calbó, Enrique: *José Ingenieros, por la Unión Latino-Americana* (Discurso pronunciado el 11 de octubre de 1922, al ofrecer el banquete organizado por la revista «Nosotros» en honor de José Vasconcelos). «Cuba Contemporánea», núm. 125. Mayo de 1923. Reproduc. en «Nosotros». Buenos Aires. Sección *Los escritores argentinos juzgados en el extranjero.* Año XVII, núm. 169. Junio de 1923. Pág. 284.

Gebhardt, Carl: *León Hebreo: su vida y su obra.* «Revista de Occidente». Madrid. Año XII, núm. CXXXII; junio, 1934; páginas 233-273 y año XII, núm. CXXXIV; agosto, págs. 113-161.

Gellini, Antonio: *José Enrique Rodó.* La Plata. «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Págs. 204-205.

Gernuchoff, Alberto: *El aspecto argentino de Rodó.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Págs. 90-92.

Gil Esquerdo, Francisco: *Nuevo diálogo de las lenguas. El estudio de los idiomas clásicos.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XVIII, núm. 180. Mayo de 1924. Págs. 56-65.

Gil Salgueiro, Luis: *Ideario de Rodó. Preludios de una filosofía del heroísmo.* Ordenación de ———. Montevideo. Ministerio de Instrucción Pública. Bibliot. de Cultura Uruguaya. Impresora L. I. G. U. 1943. 10 hoj. + 22 + 333 págs. + 1 hoja.

Giménez Pastor, Arturo: *José Enrique Rodó.* (Discurso para el homenaje realizado en la Facultad de Filosofía y Letras a iniciativa del Centro de Estudiantes de dicha Facultad.) «Nosotros». Año XI. T. XXVI. Mayo de 1917. Núm. 97. Págs. 9-22.

Giménez Pastor, Arturo: *Sobre un ayer literario.* Carta a Madame Thulin. «Nosotros». Buenos Aires. Año XXI. Marzo de 1927. Págs. 323-335.

Giuffra, Elzear Santiago: *Cosas del medio ambiente.* Prólogo de José Enrique Rodó. Montevideo. Talleres Gráficos «El Telégrafo Marítimo». 1911. 137 págs. + 3 hoj.

Giusti, Roberto F.: *Letras argentinas. Fernández Moreno.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 99. Julio de 1917. Páginas 463-470.

Giusti, Roberto F.: *Nuestro homenaje a Rodó.* «Nosotros». Bue-

sos Aires. La Dirección (Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti). Mayo de 1917. Págs. 6-7.

GIUSTI, Roberto F., y BIANCHI, Alfredo A.: Nota de la Dirección [de «Nosotros»] al artículo de Rodó *Carlos Guido y Spano*. «Nosotros». Buenos Aires. Año XII, núm. 114. Octubre de 1918. Número extraordinario dedicado a C. Guido y Spano. Pág. 311.

GLANVILLE, S. R. K.: *Universidad de Oxford. El legado de Egipto*. Editado bajo la dirección de S. R. K. Glanville. Traduc. por J. M. Fernández. Ediciones «Pegaso». Madrid. Impr. Viuda de Galo Sáez. 1944. Págs. 5-16.

GOETZ, Walter: *Historia Universal*. Dirigida por ———. Prólogo. Versión española de Manuel García Morente. Madrid. Espasa-Calpe. 1932. XVI + 706 págs. (El prólogo, págs. 5-15.)

GOLDBERG, Isaac: *La literatura hispanoamericana*. Versión castellana de R. Cansinos Asséns. Prólogo de E. Díez-Canedo. Madrid. Edit. América; s. a. (1922?). 1 hoja + 414 págs. + 1 hoja.

GOLDBERG, Isaac: *Studios in Spanish American Literature*. New York. Brentano's, 1920.

GÓMEZ CARRILLO, E.: *Un nuevo folleto en francés sobre la lengua castellana*. (Artículo publicado en «A B C» de Madrid, que va como estudio preliminar a la obra de V. García Calderón *El nuevo idioma castellano*.) *Carta al hispanista James Fitzmaurice-Kelly*.) V. GARCÍA CALDERÓN: *Páginas escogidas*. Página 672.

GÓMEZ DE BAQUERO, Eduardo: *Crónica literaria*. (Recensión crítica del libro de Manuel Ugarte *La joven literatura hispanoamericana*. París, 1907.) «La España Moderna». Madrid. Año 19. Tomo 220. 1.º de abril de 1907. Est. Tip. de Idamor Moreno. Págs. 172-182.

GÓMEZ DE BAQUERO, Eduardo *(Andrenio)*. Estudio crítico sobre *Ariel*. Rev. «La España Moderna». Madrid. 1909.

GÓMEZ DE BAQUERO, Eduardo: *La prosa periodística y el ensayo*. «El Sol». Madrid. 1.º de agosto de 1926.

GOMPERZ, Théodore: *Les penseurs de la Grèce. Histoire de la Philosophie antique*. I. Traduc. de M. A. Reymond. Préface de M. Alfred Croiset. París. Payot (Vannes. Impr. Lafolgue et J. de Lamarcelle. 1928. 557 págs.

GONZÁLEZ, Ariosto D.: *Rodó. Su bibliografía y sus críticos*. Estudio que precede a la obra de Arturo Scarone *Bibliografía de Rodó. El escritor, las obras, la crítica*. Parte 1.ª Págs. VII-XXVI.

GONZÁLEZ, Juan B.: *Amores al terruño*, por Enrique Pérez Colman. Editorial Tor. Buenos Aires. (Reseña crítica.) «Nosotros». Buenos Aires. Año XX, núm. 209. Octubre de 1926. (Sección «Bibliografía. Letras argentinas».) Págs. 257-259.

GONZÁLEZ, Manuel Pedro: *Insularismo*, por Antonio S. Pedreira. Madrid, 1934. «Rev. Cubana», editada por la Dirección de Cultura. Secretaría de Educación. Habana. Núms. 4-5-6. Abril, mayo y junio de 1935. Impresa por Molina y Cía. Págs. 237-239.

GONZÁLEZ BLANCO, Andrés: *Escritores representativos de América*. Madrid. Edit. América; s. a. (1917?). 1 hoja + II + 351 págs. + 1 hoja.

GONZÁLEZ BLANCO, Andrés: *José Enrique Rodó*. Rev. Hispanoamericana «Cervantes». Madrid, mayo de 1918. Págs. 55-62.

GONZÁLEZ BLANCO, Pedro: *¿Americanismo?* «España». Semanario. Madrid. Gráficas Matéu. Núm. 59. 9 de marzo de 1916. Pág. 15.

GONZÁLEZ CAMINEROS, Nemesio: *Unamuno*. T. I. *Trayectoria de su ideología y de su crisis religiosa*. Univ. Pontificia. Comillas (Santander). Impr. Aldecoa, Burgos. 1948. 391 págs.

GONZÁLEZ DEL VALLE, Francisco: *La personalidad de Luz y Caballero*. (Discurso pronunciado el 9 de junio en la inauguración del parque Luz y Caballero.) «Revista Cubana». Vol. II, números 4-5-6. Abril, mayo y junio de 1935. Págs. 250-264.

GONZÁLEZ OLMEDILLA, Juan: *Divagación crepuscular en torno al recuerdo del Maestro*. Rev. Hispanoamericana «Cervantes». Madrid. Mayo de 1918. Págs. 64-68.

GOOCH, G. P.: *Historia e historiadores en el siglo XIX*. Versión española de Ernestina de Champourcin y Ramón Iglesias. Méjico. (Fondo de Cultura Económica. Gráf. Panamericana.) 1942. 607 págs.

GOWEN, Herbert H.: *Histoire de l'Asie*. Traduc. française du commandant G. Lepage. París. Payot, 1929. 402 págs. + 1 hoja.

GREGOR, Joseph: *Pericles. Grandeza y tragedia de Grecia*. Traducción de A. Herrero y Miguel. Barcelona. Joaquín Gil, editor. 1944. 407 págs.

GRÜNDLER, Otto: *Elementos para una Filosofía de la Religión. sobre base fenomenológica*. Traduc. del alemán por J. Gómez de la Serna Favre. Madrid. «Rev. de Oc.». 1926. 237 págs.

GUILLOT, Víctor Juan: *Una carta trunca*. «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Págs. 206-209.

GUYAU, J.-M.: *Esquisse d'une morale sans obligation ni. sanction*. 18me édition. París. Libr. Félix Alcan. 1925. 254 págs.

GUYAU, J.-M.: *Vers d'un philosophe*. París. Alcan. 9me. éd. 1917.

GUZMÁN, Ernesto A.: *José Enrique Rodó*. Santiago de Chile, mayo de 1917. «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Págs. 86-87.

HALÉVY, Daniel: *Calibán habla* (Para «La Nación»). París, diciembre de 1928. ««La Nación». Buenos Aires, 3 de febrero de 1929. T. VIII, núm. 188. Pág. 2.

HAMILTON D., Carlos: *Comunidad de pueblos hispánicos*. Madrid. Ediciones de Cultura Hispánica. Artes Gráficas Ibarra. Colección «Santo y Seña»; núm. 10, 1951; 239 págs. + 1 hoja.

HEBREO, León: V. ABRABANEL, Judá.

Hechos y palabras: La guerra y Rubén Darío. «España». Semanario. Madrid, núm. 84. 31 de agosto de 1916. Pág. 12 (artículo sin firma).

HEGEL, Jorge Guillermo Federico: *Filosofía de la Historia Universal*. Traduc. por J. Gaos, del alemán. Madrid. «Rev. de Oc.». Impr. de la Ciudad Lineal, 1928, 2 vols.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro: *En la orilla*. «Nosotros». Buenos Aires. Año XVII, núm. 167. Abril de 1923. Págs. 471-475.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro: *Horas de estudio*. París, 1910. 333 páginas.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro: *La obra de José Enrique Rodó*. Conferencias en el Ateneo de la Juventud (22 de agosto de 1910). Méjico. Impr. Lacaud., 1910. Págs. 61-83.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro: *La cultura y los peligros de la especialidad*. «Nosotros». Buenos Aires. Año XVI, núm. 160. Septiembre de 1922. Págs. 46-54.

HERNÁNDEZ CATÁ, A.: *Carta a Ventura García Calderón con motivo de la que éste escribió al hispanista Fitzmaurice-Kelly*. V. GARCÍA CALDERÓN: *Páginas escogidas*. Págs. 713-715.

Homenaje a Pedro Henríquez Ureña. Discursos pronunciados en el acto académico celebrado en el paraninfo de la Universidad de Santo Domingo el 29 de junio de 1946 para rendir homenaje póstumo al ilustre compatriota. Ciudad Trujillo. Pol Hnos., 1947. Vol. I de las Pub. de la Univ. de Santo Domingo, 136 páginas.

Homenaje a Ricardo Rojas. (Organizado por iniciativa de la Revista «Nosotros», con la adhesión del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras y del Ateneo Universitario, con motivo de haber obtenido Ricardo Rojas el premio nacional por su *Historia de la literatura argentina*). «Nosotros». Buenos Aires. Año XVII, núm. 174. Noviembre de 1923. Págs. 349-368.

HOMO, León: *Nueva historia de Roma*. Traduc. del francés por J. Farrán y Mayoral. Barcelona. Joaquín Gil, editor, 1943. 467 páginas + 1 hoja.

HÖNIGSWALD, Ricardo: *Giordano Bruno*. «Los Grandes Pensadores. Antigüedad. Edad Media. Renacimiento». Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1938. Págs. 445-492.

HOSTOS, Eugenio María de: *Palabras*. «Rev. de Santiago». T. I, 1872. Santiago. Impr. Nacional. Recogido también en «Ideas». Pág. 296 de *Obras completas*. Vol. XIV. «Hombres e ideas». Edic. conmemorativa del Gobierno de Puerto Rico, 1839-1939. Cultural, S. A., Obispo y Bernaza. Habana, 7 de septiembre del año MCMXXXIX, 440 págs. + 1 hoja ex libris.

HUIZINGA, J.: *Entre las sombras del mañana. Diagnóstico de la enfermedad cultural de nuestro tiempo*. 2.ª ed. Madrid, «Revista de Oc.». Impr. de Vda. de Galo Sáez, 1951, 230 págs.

HUIZINGA, J.: *Sobre el estado actual de la ciencia histórica*. Cuatro conferencias. Traduc. de doña María de Meyere. Madrid. «Rev. de Oc.». Impr. de Galo Sáez, 1934. 134 págs. + 1 hoja.

IBARGUREN, Carlos: *José Enrique Rodó*. «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Págs. 64-67.

IBSEN: *Emperador y Galileo*. Drama histórico en diez actos, dividido en dos partes. Traduc. castellana y notas históricas de Pedro Pellicena. Madrid. Edit. Latino. Est. tip. s. a. (Parte 1.ª: «La apostasía de César». Parte 2.ª: «Juliano, emperador.)

INSÚA, Alberto: *Spanish-American Literature as judged by a Spanish writer*. «Inter América». English. Vol. II. Number 4. April, 1919. Doubleday, Page & Company. New York. Páginas 254-257.

INSÚA RODRÍGUEZ, Ramón: *Historia de la Filosofía en Hispanoamérica*. Guayaquil. Impr. de la Univers., 1945. 204 págs.

IRAZUSTA, Julio: *De Literatura hispanoamericana* (Con motivo de «Studies in Spanish American Literature», por Isaac Goldberg. Nueva York, 1920). «Nosotros». Buenos Aires. Año XIV, núm. 133. Junio de 1920. Impr. Mercatali. Págs. 257-261.

IRIARTE, Joaquín: *La Filosofía hispanoamericana contemporánea en su organización y orientaciones varias*. «Razón y Fe», marzo, abril y mayo de 1944. Tomo 129; fasc. 3 4 y 5.

J. E. Rodó: Nota de su paso por España. (Sin firma.) «España». Semanario. Madrid. Núm. 81. 10 de agosto de 1916. Pág. 8.

JASCALEVICH, Alejandro A.: *El Congreso de Harvard.* (VI Congreso Internacional de Filosofía). «Nosotros». Buenos Aires. Año XXI, núm. 214. Marzo de 1927. Págs. 336-357.

JORDÁN, Luis María: *Rodó.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1927. Págs. 171-172.

KAHLER, Erich: *Historia universal del hombre.* Versión esp. de Javier Márquez. Méjico. Fondo de Cultura Económica. 1946. 605 págs. + 1 hoja.

KEYSERLING, Conde Hermann: *Europa. Análisis espectral de un continente.* Traduc. del alemán por J. Pérez Bances, 2.ª ed. Madrid. Espasa-Calpe, 1929. 377 págs. + 1 hoja.

LAGORIO, Arturo: *El único.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Págs. 210-211.

LAGORIO, Arturo: *Letras americanas* (Reseña crítica de la obra *La literatura uruguaya,* por V. García Calderón y H. D. Barbagelata. New York. París, 1917). «Nosotros». Buenos Aires. Año XII, núm. 115. Noviembre de 1918. Pág.s 459-462.

LAGORIO, Arturo: *Letras americanas* (Reseña bibliográfica de *Pequeña antología de poetas chilenos.* Edic. de Los Diez. Santiago de Chile, 1917). «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 101. Septiembre de 1917. Pág. 127.

LA ORDEN MIRACLE, Ernesto: *Uruguay, el Benjamín de España.* Biografía del más joven y uno de los más pujantes países hispánicos. Madrid, mayo de 1918. Pág. 14.

LASSO DE LA VEGA, Rafael: *Rodó* (Poesía). Rev. Hisp.-Am. «Cervantes». Madrid, mayo de 1918. Pág. 14.

LAURET, Henri: *Critique d'une morale sans obligation ni sanction. Réponse à M. Guyau.* Neufchâteau. Typ. et lit. Vve. Kienné. 1885. 134 págs. + 1 hoja.

LAZO, Raimundo: *La personalidad de la literatura hispanoamericana.* «Rev. Cubana». Habana. Vol. II, núms. 4, 5, 6. Abril. mayo y junio de 1935. Págs. 129-158.

LEJEUNE, R. P.: *Las pasiones.* Tratado práctico. Con una carta de su eminencia el cardenal Mercier. Traduc. por Emilio Angel Roig. Barcelona. Gustavo Gili, editor. MCMX, 179 págs.

LE SENNE, René: *Traité de Morale générale.* 3me édit. revue. Presses Universitaires de France. París. 1949. VII + 761 páginas + 1 hoj.

LICENCIADO VIDRIERA: *José Enrique Rodó.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Págs. 70-74.

LINNIG, Samuel: *El sentido espiritual de la obra de Rodó.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Páginas 190-192.

LUCA, Reginaldo de: *Literatura y Filosofía,* Tucumán, 6 de mayo de 1927. «Nosotros». Buenos Aires. Año XXI, núm. 217. Junio de 1927. Págs. 333-348.

LUISI, Luisa: *Escritores uruguayos: Carlos Reyles, novelista.* Montevideo, 1922. «Nosotros». Buenos Aires. Año XVI, núm. 158. Julio de 1922. Págs. 292-320, y año XVI, núm. 159. Agosto de 1922. Págs. 450-483.

MAEZTU, Ramiro de: *Notas de los Estados Unidos. Ariel y Calibán.* «El Sol». Madrid. Año IX, núm. 2.518, 2 de septiembre de 1925.

MAEZTU, Ramiro de: *Pareceres. Exito y fracaso.* «El Sol». Año IX, núm. 2.571, 3 de noviembre de 1925.

MAEZTU, Ramiro de: *Rodó and the United States* («La Prensa». Buenos Aires (Argentina). December, 13, 1925). «Inter America». New York. English. Vol. IX. Number 5. June, 1926. Páginas 460-464.

MALAGARRIGA, Carlos: *Filosofía bergsoniana y catolicismo.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XXI, núm. 221. Octubre de 1927. Págs. 5-13.

M.[ANACORDA], T.[elmo]: *Discurso en el Congreso de Angostura de Simón Bolívar.* Edic. «El Convivio» J. García Monge, editor. San José de Costa Rica, 1922. «Pegaso». Montevideo. Año VII, núm. 56. Febrero de 1923 (Notas bibliográficas). Página 448.

MANACORDA (Telmo): *El año literario.* Resumen bibliográfico del año 1921. «Pegaso». Montevideo. Año VII, núm. 43. Enero de 1922. Págs. 311-316.

M.[ANACORDA], T.[elmo]: *«José Enrique Rodó», por Justo Manuel Aguiar.* Montevideo, 1922. «Pegaso». Montevideo. Año VII, número 48. Impr. «El Siglo Ilustrado». Junio de 1922. Páginas 588-589.

M.[ANACORDA], T.[elmo]: *«La honda inquietud», por Manuel Núñez Regueiro.* Rosario de Santa Fe, 1915. «Pegaso». Montevideo. Año VII, núm. 48. Junio de 1922. Pág. 586 (Notas bibliográficas).

M.[ANACORDA], T.[elmo]: «*La literatura hispanoamericana*», *por Isaac Goldberg*. Versión castellana de Cansinos Asséns. Editorial América. Madrid, 1922. «Pegaso». Montevideo. Año VII, núm. 56. Febrero de 1923 (Notas bibliográficas). Pág. 445.

MANACORDA, Telmo: *Las fiestas de Rodó*. «Pegaso». Montevideo. Año III, núm. XX. Febrero de 1920. Págs. 288-298.

M.[ANACORDA], T.[elmo]: «*Visiones uruguayas*», *por Juan Vicente Ramírez*. Biblioteca Paraguaya del Centro Estudiantil de Derecho. Asunción, 1920. «Pegaso». Montevideo, núm. XXVIII. Año IV. Octubre de 1920 (Notas bibliográficas). Págs. 185-186.

MANDOLINI, Hernani: *Los escépticos serenos*. «Nosotros». Buenos Aires. Año XIX, núm. 197. Octubre de 1925. Págs. 183-187.

MANO, Abbé C.: *Le pessimisme contemporain. Ses précurseurs Ses représentants. Ses sources*. 3me éd. Collec. «Science et Religion». París, Libr. Bloud et Cie., 1901.

MANTILLA PINEDA, M.: *Los métodos de la Filosofía*. «Univ. de Antioquia». Medellín-Colombia, núm. 99. Mayo, junio y julio de 1950. Págs. 321-339.

MARAÑÓN, Gregorio: *Vocación y ética*. Madrid. Espasa-Calpe, 1935.

MARAVALL, José Antonio: *De una cultura de progreso a una cultura de la vida*. Madrid. «Rev. de Oc.». Año XII, núm. CXXIX. Marzo de 1934. Impr. de Galo Sáez. Págs. 288-313.

MARCHENA COLOMBO, J.: *Enrique Rodó*. «La Rábida». Rev. Colombina Iberoamericana. Impr. de A. Moreno. Huelva. Año VII, núm. 72. Huelva, 30 de junio de 1917.

MARQUINA, Rafael: *El nacionalismo catalán*. Exposición del problema de Cataluña. «Nosotros». Buenos Aires. Año XVIII, número 179. Abril de 1924. Págs. 507-524.

MARTÍNEZ OLMEDILLA, Augusto: *Opiniones (José Enrique Rodó)*. Rev. Hisp.-Am. «Cervantes». Madrid, mayo de 1918. Pág. 6.

MARTÍNEZ PAZ, E.: *Carlos Octavio Bunge, filósofo del Derecho*. Córdoba, 20 de julio de 1918. «Nosotros». Buenos Aires. Año XII, núm. 111. Número extraordinario dedicado a Carlos Octavio Bunge. Julio de 1918. Págs. 384-396.

MARTÍNEZ VIGIL, Carlos: *El problema nacional*. Montevideo. Impr. de «La Tribuna Popular», 1905, 50 págs. + 1 hoja.

MARTINS, Daniel Hugo: *(Hylas): Actualidad y permanencia del ideario de Rodó*. Primer premio en el Concurso de Ensayos de «El Debate». «El Debate». Montevideo, 10 de julio de 1950.

MASOLIVER, Juan Ramón: *De las ideas estéticas de Miguel Angel y de sus poesías de escultor*. «Escorial». Cuaderno 19. Madrid, mayo de 1942. Págs. 232-258.

MASSERA, José P.[edro]: *Reflexiones sobre la moral y la estética de Rodó*. Rev. «Ariel». Núm. especial. Montevideo. Impr. «El Siglo Ilustrado», 1920. Págs. 43 y sigs.

MAS Y PI, Juan: *Los libros*. «*Motivos de Proteo*». «El Diario Español», 16 de mayo de 1909.

MÉNDEZ, Evar: *José Enrique Rodó*. «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Págs. 202-203.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: *Carta a Pedro Henríquez Ureña*. Madrid, 23 de noviembre de 1910. «Ateneo», s. d., núm. 13, enero de 1911. Pág. 25.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: *Dos palabras sobre el Centenario de Balmes*. Discurso leído en la sesión de clausura del Congreso Internacional de Apologética el día 11 de septiembre de 1910. *Ensayos de Crítica filosófica*. Edic. Nac. de «Obras completas». T. XLIII, C. S. I. C. Santander, S. A. Artes Gráficas, 1948. Pág. 423.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: *Ensayos de Crítica filosófica*. Madrid. Est. tip. Sucesores de Rivadeneyra, 1892. 397 págs.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: *Historia de las ideas estéticas en España*, 3.ª ed., t. VIII (siglo XIX). Madrid. Libr. y edit. Hernando, 1927, 364 págs.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *Entrevistas de «España»*. Semanario. Madrid. Gráficas Matéu, núm. 50, 6 de enero de 1916. Pág. 11.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *Historia de España*. T. I. Dirigida por ———. Madrid, Espasa-Calpe, 1935.

MEREJKOWSKY, Dimitri: *Julian l'Apostata. La mort des dieux*. Traduc. approuvée par l'auteur (integrale et conforme au texte russe), par Henri Mongault. Collec. des Textes Integraux de la Littérature russe. Editions Bossard. París, 1927, 468 págs.

MEREJKOWSKY, Demetrio: *La muerte de los dioses*. Traduc. de Pedro Pedraza Páez. Barcelona. Ramón Sopena, editor; s. a. 317 págs.

MILLÁN, Enrique: *Evolución filosófica de la América española*. «Rev. de las Indias». Bogotá, núm. 75, 1945. Pág. 351.

MIRANDA, Héctor: *Artigas, el Protector*. «Unión Ibero-Americ.». Madrid. Impr. Artística, Sáez Hnos. Junio de 1922. Págs. 24-28.

MISTRAL, Gabriela: *El presidente Obregón y la situación de Méjico*. «Nosotros». Buenos Aires. Año XVII, núm. 170. Julio de 1923. Págs. 307-313.

MISTRAL, Gabriela: *Un maestro americano del cuento. Ventura García Calderón.* V. GARCÍA CALDERÓN: *Págs. escogs.* (en la sección «Bibliografía: Algunos estudios críticos sobre la obra de García Calderón»). Págs. 1067-1071.

MOLINA, Enrique: *Calíope o del cultivo de las letras.* «Humanidades». Publicación de la F. de Humanidades y Cienc. de la Educación. Univ. Nac. de La Plata. T. XV. Letras. «La Plata», Rev. Argentina. 1927. Págs. 31-64.

MONTERO DÍAZ, Santiago: *De Caliclés a Trajano.* Estudios sobre historia política del mundo antiguo. Madrid, Instituto de Estudios Políticos. Talleres de Industrias Gráficas Magerit, 1948. 204 págs. + 4 hoj.

MONTERO DÍAZ, Santiago: *Estoicismo e historiografía.* Rev. de la Univ. de Madrid. Letras. T. III, Fasc. I. Madrid. Talleres Gráficos de Estades. 1943. Págs. 67-89.

MONTERO DÍAZ, Santiago: *Introducción al estudio de la Edad Media.* Murcia. Impr. Sucs. de Nogués, 1948. Págs. 311.

MORALES, Ernesto: *El sayal de mi espíritu.* Poesías. Impresión de José Enrique Rodó. Buenos Aires, A. Mich y Cía. 1914. 105 págs. + 2 hoj.

MORALES, Ernesto: *José Enrique Rodó.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Págs. 79-82.

MOUCHET, Enrique: *«Ingenieros, psicólogo», por Alberto Palcos.* «Nosotros». Buenos Aires. Número extraordinario dedicado a José Ingenieros. Año XIX, núm. 199. Diciembre de 1925. Páginas 572-503.

NARANJO VILLEGAS, Abel: *Luis Vives o el Renacimiento español.* (En el IV centenario de su muerte.) Rev. «Univ. Católica Bolivariana». Medellín (Colombia). 1940. Vol. V, núm. 15. Abril-Mayo (Sección «Notas»). Págs. 140-142.

NECROLOGÍA: *José Enrique Rodó.* «Cuba Pedagógica». Revista quincenal. 3.ª serie. Habana. Impr. de «Cuba Pedagógica». Año XIII, núm. 6. T. III. 30 de junio de 1917. Págs. 341-342.

NERVO, Amado: *Opiniones (José Enrique Rodó).* Rev. hispanoamericana «Cervantes». Madrid, mayo de 1918. Pág. 8.

NIETZSCHE, Federico: *Aurora.* Meditaciones sobre los prejuicios morales. Traduc. de Pedro González Blanco. F. Sempere y Cía., editor. Valencia-Madrid; s. a. 268 págs.

NIETZSCHE, Federico: *El crepúsculo de los ídolos o cómo se filosofa al martillo.* Traduc. de P. González Blanco. Sempere y Cía., editor. Valencia-Madrid; s. a. 143 págs.

NIETZSCHE, Federico: *El viajero y su sombra.* Traduc. de P. González Blanco. Sempere y Comp.ª, editor. Valencia-Madrid; s. a. 212 págs.

NIETZSCHE, Federico: *Opiniones y sentencias.* Traduc. del alemán de Luis Casanovas. Barcelona. Editorial Maucci; s. a. 191 págs.

NIN FRÍAS, Alberto: *Ensayos de crítica e historia.* Valencia. F. Sempere y Cía., s. a. XII + 13 + 253 págs. + 1 hoja.

NIN FRÍAS, Alberto: *Estudios religiosos.* Valencia. F. Sempere y Cía.; s. a. LVI + 57 + 212 págs. + 1 hoja.

NIN FRÍAS, Alberto: *Estudios sobre Jesús y su influencia.* Noviembre de 1906. Con un prólogo de J. E. Rodó *(El Cristianismo desde el punto de vista intelectual).* Montevideo. Tipografía de J. E. Pedralbes. 1908. 12 hoja. + VIII págs. + 1 hoja + IV + 79 págs.

NIN FRÍAS, Alberto: *Hipatia.* Cuento en prosa poética. «La Razón». Montevideo, 1903.

NIN FRÍAS, Alberto: *José Enrique Rodó y el íntimo sentido de su obra. Buenos Aires.* 30 de junio de 1922. «Nosotros». Buenos Aires. Año XVI, núm. 161. Octubre de 1922. Págs. 192-200.

NIN FRÍAS, Alberto: *Nuevos ensayos de Crítica literaria y filosófica.* (Con una carta de J. E. Rodó, un estudio sobre el último libro del autor, por Miguel de Unamuno; un Apéndice con opiniones sobre el autor, y Bibliografía.) Montevideo. Dornaleche y Reyes.; s. a. XXXII + 257 págs. + 1 retrato.

NIN FRÍAS, Alberto: *Pequeños ensayos de Literatura y Filosofía contemporánea. Cervantes. Ensayos sobre una Sociedad Literaria Internacional.* Montevideo. Marcos Martínez, impresor. 1900. 20 págs.

N.[oé], J.[ulio]: *«Epistolario», por José Enrique Rodó.* París-Buenos Aires, 1921. «Nosotros». Buenos Aires. Año XV, número 146. Julio de 1921. Págs. 411-412.

Noé, Julio: *Letras argentinas.* (Reseña crítica sobre el libro *Vidificaciones,* por Eduardo Zaldarriaga.) «Nosotros». Buenos Aires. Año X, núm. 86. Junio de 1916. Págs. 308-309.

Nosotros. Buenos Aires. Año XVII, núm. 165. Febrero de 1923. Nota bibliográfica de la revista «Rodó», de Santiago de Chile, en la sección «Notas y Comentarios». Pág. 287.

Nosotros. Bernardo G. Barros. Buenos Aires. Año XVI, número 158. Julio de 1922. Págs. 421-423. (Reproduce, en la Sec-

ción «Las Revistas», el artículo de Mario Guiral Moreno publicado en el último número de «Cuba Contemporánea».)

Nosotros: Notas y Comentarios. La repatriación de los restos de Rodó. «Nosotros». Buenos Aires. Impr. Mercatali. Año XIV, núm. 129. Febrero de 1920. Pág. 278.

Nosotros (Redactores de ———): Noticia de «Prosas» de Soren Kierkegaard, vertidas al castellano por Alvaro Armando Vasseur.

Nosotros: Nuestro homenaje a Rodó. (En la Sección «Notas y Comentarios».) Buenos Aires. Año XI, núm. 98. Junio de 1917. Pág. 368.

Nosotros: Un escritor americano en París. Buenos Aires. Año XVI, núm. 158. Julio de 1922. Págs. 419-421. (Reproduce, en la Sección «Las Revistas» *Lettre de Paris,* de Leon Bocquet, publicada en el número de marzo en la revista de Bruselas «La Renaissance d'Occident», que «habla extensamente de la vida y la obra de Francisco Contreras».)

NUEDA, Luis: *Mil libros (Recuerdos bibliográficos).* T. II. 2.ª edición. Barcelona. Edit. Ramón Sopena. 1943. 1.013 págs. + 1 hoja.

OBLIGADO, Pedro Miguel: *La serenidad del artista.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Págs. 53-59.

ONEGA CARRILLO, Niceto: *José Enrique Rodó.* Rev. hispano-americana «Cervantes». Madrid. Mayo de 1918. Págs. 94-97.

ORGAZ, Raúl A.: *El neokantismo y la Filosofía social.* «Valoraciones. Humanidades. Crítica y Polémica». (Rev. edit. por el Grupo de Estudiantes Renovación. La Plata. T. II. Julio de 1924. Págs. 24-30.

ORIBE, Emilio: *La obra del doctor Carlos Vaz Ferreira. «Ariel».* Rev. del Centro de Estudiantes Ariel. Montevideo. Núm. 39. Mayo de 1930; s. l.

ORS, Alvaro D': *Ordo Orbis.* «Revista de Estudios Políticos». Madrid. Vol. XIX. 1947. Págs. 37-62.

ORS, Eugenio D': *La España de Gautier, defensa del buen Théo.* «Nuevo glosario». III. Julio, agosto y septiembre de 1920. «Hambre y sed de verdad». Caro Raggio, editor. Madrid, 1922. Páginas 49-57.

ORS, Eugenio D': *Nuevo Glosario.* Madrid. Editor, M. Aguilar. 1922-1933. 2 vols. T. I (1920-1926). T. II (1927-1933).

ORS, Eugenio D': *Nuevo Glosario.* I. 816 págs. («Santuarios».)

ORS, Eugenio D': *Nuevo Glosario.* II. Págs. 674 y 675. («El Centenario del Uruguay.» «Superioridad e inferioridad del Uruguay centenario» y «La obra constitucional de Batlle y Ordóñez».)

ORS, Eugenio D': *Nuevo Glosario.* II. Pág. 679 («El centenario del Uruguay. Excelente materia prima».)

ORTEGA Y GASSET, José: *Esquema de las crisis y otros ensayos.* Madrid. «Revista de Occidente». Impr. de Galo Sáez. 1942. 156 págs. + 1 hoja.

ORTEGA Y GASSET, José: *La rebelión de las masas.* Obras completas. 2.ª ed. Madrid. Espasa-Calpe. 1936.

ORTEGA Y GASSET, José: *Meditaciones del Quijote.* Obras completas. 2.ª ed. Madrid. Espasa-Calpe. 1936.

ORTEGA Y GASSET, José: *Universidad de Tucumán. Dos conferencias.* Tucumán. Impr. y Pap. La Minerva. 1916. 10 págs. 1. El filósofo. Palabras con que fué presentado el conferenciante por... Alberto Rouges. 2. Las Conferencias. La primera conferencia versó sobre la Cultura. La segunda... versó sobre el Idealismo y el Realismo. 3. Despedida. Palabras pronunciadas por el doctor M. Lizondo Borda.

ORTIZ DE PINEDO, J.: *Opiniones (José Enrique Rodó).* Rev. hispanoamericana «Cervantes». Madrid, mayo de 1918. Pág. 8.

O.[RTIZ] R.[ODRÍGUEZ], J.[osé]: *Con uno de la generación de «Ariel».* «Letras y Artes», revista de la Dirección de Cultura de la Universidad del Zulia. Núm. 1. Maracaibo. Octubre a diciembre de 1949. Año 1.

ORZÁBAL QUINTANA, Arturo: *Las dictaduras de las grandes potencias.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XVII, núm. 173. Octubre, de 1923. Págs. 138-155.

PALACIOS, Alfredo L.: *Mensaje a los jóvenes yanquis. A la juventud universaria y obrera de los Estados Unidos.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XXI. Marzo de 1927. Núm. 214. Págs. 293-304.

PALCOS, Alberto: *Filosofía.* (Nota crítica sobre el libro *Estudios filosóficos,* de Carlos O. Bunge.) «Nosotros». Buenos Aires. Año XIII, núm. 123. Agosto de 1919. Págs. 482-483.

PALCOS, Alberto: *«Ingenieros, psicólogo, por Enrique Mouchet.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XIX núm. 199. Diciembre de 1925. Número extraordinario dedicado a José Ingenieros. Páginas 272-593.

PALOMO, Luis: *Discurso pronunciado en el Senado por el presidente del Centro de Cultura Hispanoamericana, don Luis Pa-*

lomo, el día 3 de julio de 1922. «Cultura Hispanoamericana». Madrid. Gráf. Ambos Mundos. Año XI, núm. 116. Julio de 1922. Págs. 13-36.

PALOMO, Luis: *José Enrique Rodó.* «Cultura Hispanoamericana». Est. Tip. «El Liberal». Madrid. Año VI, núm. 55. 15 de julio de 1917. Págs. 37-39.

PALOMO, Luis: *José Enrique Rodó.* Revista hispanoamericana «Cervantes». Madrid. Mayo de 1918. Pág. 63.

PALOMO, Luis: *El Centro de Cultura en La Rábida.* Referencia al recuerdo dedicado a la memoria de Rodó, el 26 de mayo de 1917, en la Sociedad Colombina Onubense. «Cultura Hispanoamericana». Madrid. Año VI, núm. 55. 15 de junio de 1917. Págs. 7-8.

PANDO, Andrés: *Amado Nervo.* «Unión Ibero-Americana». Madrid. Impr. Artística Sáez Hnos. Año XXXIII, núm. IV. Junio de 1919. Págs. 1-5.

PANIKER, Raimundo: *El cristianismo no es un humanismo.* «Arbor». Rev. Gral. de Investig. y Cultura. Madrid. Impr. J. Pueyo. T. XVIII, núm. 62. Febrero de 1951. Págs. 165-186.

PARDO-BAZÁN, Emilia: *La literatura francesa moderna.* II. *La transición.* Madrid. V. Prieto y Cía., editores. Est. Tip. Campomanes. 1911. 375 págs. T. 39 de Obras completas.

PARDO-BAZÁN, Emilia: *La literatura francesa moderna.* III. *El naturalismo.* Madrid. Renacimiento, S. A. Editorial .Impr. de Prudencio Pérez de Velasco; s. a. 415 págs. T. 41 de Obras completas.

PARKER, W. Belmont: *Uruguayans of to-day.* London. Bungay. Suffolk. Richard Clay & Sons, Limited. 1921. Vol. VII. Hispanic Notes & Monographs... by The Hispanic Society of America. XVI + 575 págs., con 96 lám.

PASCARELLA, Luis: *Letras americanas.* (Nota crítica sobre el libro *Rodó y Rubén Darío,* por Max Henríquez Ureña.) «Nosotros». Buenos Aires. Año XIII, núm. 123. Agosto de 1919. Páginas 466-468.

PASCARELLA, Luis: *Letras americanas.* (Nota crítica sobre el libro *José Enrique Rodó,* por Gonzalo Zaldumbide.) «Nosotros». Buenos Aires. Año XIII núm. 123. Agosto de 1919. Págs. 461-465.

PASCARELLA, Luis: *Ingenieros.* «Nosotros». Buenos Aires, Año XIX, núm. 199. Diciembre de 1925. Págs. 679-680.

PAZ LÓPEZ, Gonzalo: *Las ideas geográficas e históricas de Lorenzo Hervás y Panduro.* Tesis doctoral. Inédita. Madrid, 21 de junio de 1950. 332 págs., hol.

PENTA, Luigi: *Recuerdos españoles en la toponomástica napolitana.* «Rev. Geográfica Española». Madrid; s. a. Núm. 26. Extraordinario dedicado a «La huella de España en Nápoles». Páginas 53-59.

PEÑALVER, Patricio: *La Filosofía en Hispanoamérica. Antecedentes y situación actual.* «Arbor», revista general de investigación y cultura. Madrid. T. XVII, núms. 57-58. Septiembre-octubre de 1950. Págs. 65-84.

PERDOMO GARCÍA, José: *En torno a la peculiaridad de la filosofía hispanoamericana.* «Arbor». Madrid. Impr. J. Pueyo. T. XX, núm. 71. Noviembre de 1951. Págs. 242-250.

PEREDA VALDÉS, Ildefonso: *Antología de la moderna poesía uruguaya.* 1900-1927. V. *Antología.*

PEREIRA RODRÍGUEZ, José: *España invertebrada.* «Pegaso». Montevideo. Impr. «El Siglo Ilustrado». Año VII, núm. 48. Junio de 1922. Págs. 546-560.

PÉREZ, Abel J.: *América.* Prólogo de José Enrique Rodó. Montevideo. Impr. «El Siglo Ilustrado». 1912. 198 págs.

PÉREZ PETIT, Víctor: *El Ateneo del Uruguay.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XVII. núm. 165. Febrero de 1923. Págs. 145-168; año XVII, núm. 166. Marzo de 1923. Págs. 305-331.

PÉREZ PETIT, Víctor: *Rodó: su vida; su obra.* Montevideo. Imprenta Latina. 1918. 325 págs. + 1 hoj.

PI, Wifredo: *El concepto nietzscheano y la Alemania actual.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 102. Octubre de 1917. Págs. 187-192.

PI, Wifredo: *La obra de Rodó.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Págs. 83-85.

PICÓN-SALAS, Mariano: *Los intelectuales ante los problemas de nuestras democracias.* Santiago de Chile, 1924. «Nosotros». Buenos Aires. Año XVIII, núm. 176. Enero de 1924. Págs. 84-93.

PINTO, Mercedes: *Cuatro poetisas uruguayas.* «Revista Cubana». Edic. por la Direc. de Cultura. Secretaría de Educación. Habana. Vol. IV, núms. 10, 11, 12. Octubre, noviembre y diciembre de 1935. Impr. Ucar, García y Cía. Págs. 46-81.

POEY, Andrés: *Bibliothèque Positiviste. Vulgarisation du positivisme. París.* Germe Billière. 1879. 344 págs. + 1 hoja.

POSADA, Adolfo: *Desde América para España.* Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas. París, 1910. 334 págs.

PRADO, Pedro: *José Enrique Rodó*. Santiago de Chile, 1917. «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, T. XVI. Mayo de 1917. Páginas 214-215.

Pro-América. Oficina de Información Periodística Hispanoamericana. Méjico. Tip. «La Defensa». 1918. 1 hoja + 28 páginas + 1 retrato.

PROBST, Juan: *La educación en la República Argentina durante la época colonial*. «Nosotros». Buenos Aires. Año XV, núm. 144. Mayo de 1921. Págs. 35-55; año XV, núm. 145. Junio de 1921. Págs. 236-269.

QUESADA, Ernesto: *Rodó y su obra*. Buenos Aires. 25-V-1917. «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Págs. 35-39.

QUESADA, Ernesto: *Una nueva teoría sociológica. La teoría relativista spengleriana*. «Nosotros». Buenos Aires. Año XV, número 143. Abril de 1921. Págs. 417-429.

RAFFO DE LA RETA, Julio César (presidente del Instituto de Investigaciones Históricas de Mendoza, República Argentina): *Misión histórica de los pueblos hispánicos*. Discurso en la sesión extraordinaria del Instituto de Cultura Hispánica. Fiesta de la Hispanidad, 12 de octubre de 1949. Madrid. Col. «Santo y Seña», núm. 6. Mensajes de hispanidad. 1949. Edición Cultura Hispánica. Impr. Marsiega. 1950. Págs. 42-65.

RAMÍREZ, Juan Andrés: *En el día de un gran pueblo*. Vicente A. Salaverri: «Florilegio de prosistas uruguayos.» Págs. 231-237.

RAWLINSON, H. G.: *La India en la literatura y en el pensamiento europeos*. Universidad de Oxford. El legado de la India. Editado bajo la dirección de G. T. Garratt. Con una introducción del marqués de Zetland. Traduc. por A. J. Dorta. Madrid. Ediciones Pegaso. Impr. Vda. de Galo Sáez. 1945. Págs. 15-64.

REICH, Emilio: *El éxito de las naciones*. Versión española de Pedro Umbert. 2 tomos. Barcelona. Editores Henrich y Cía. Biblioteca Sociológica Internacional. 1907. T. I. 169 páginas + 1 hoja. T. II. 149 págs. + 1 hoja.

REINACH, Salomón: *Orfeo. Historia general de las religiones*. Versión de la 12.ª ed. francesa, por Domingo Vaca. Madrid. Daniel Jorro, editor. Tip. Lit. L. Faure. 1910. XXII + 547 páginas.

REISSIG, Luis: *Ingenieros y Rodó*. «Nosotros». Buenos Aires. Año XIX, núm. 199. Diciembre de 1925. Págs. 677-678.

RENÁN, Ernesto: *Historia del pueblo de Israel. Historia de los orígenes del cristianismo*. T. II. De «Novísima Historia Universal» (Desde los tiempos prehistóricos a 1908). Escrita por individuos del Instituto de Francia. Traduc. de Vicente Blasco Ibáñez. Madrid. La Editorial Española-Americana. Impr. de los Hijos de R. Alvarez. 1909. 558 págs. (Historia del pueblo de Israel, págs. 1-367. Historia de los orígenes del cristianismo, págs. 369-558; continúa la Historia de los orígenes del cristianismo en el T. III.)

RENTERÍA Y REYES, Simón de: *Compendio de las Memorias para servir a la Historia del Jacobinismo*, por Mr. el Abad Barruel. Traduc. del francés al castellano para dar a conocer a la nación española la conspiración de los filósofos, francmasones e iluminados contra la religión, el trono y la sociedad, por el muy ilustre señor don ———, abad de la Insigne Iglesia Colegial de Villafranca del Bierzo y de su territorio abacial. 2 tomos. Villafranca del Bierzo. Pablo Miñón, impresor de la provincia de León y del 6.º Ejército. 1812. (T. I, XXXIII + VII + 183 págs. T. II, 209 págs. + 2 hoj.)

Revista Histórica, publicada por el Archivo y Museo Histórico Nacional. Montevideo. (Noticia de «Mi adiós a Rodó», por Constantino Becchi.) T. VIII, núm. 23. Pág. 564.

Revista Histórica de la Universidad de Montevideo. Sobre «Motivos de Proteo», del doctor Joaquín de Salteráin. Año II, núm. 5. Agosto de 1909. Págs. 580-581.

REYES, Alfonso: *Discurso*. (En el banquete que por iniciativa de la revista «Nosotros» ofrecieron los escritores argentinos, el 24 de agosto de 1927, al ilustre escritor mejicano don Alfonso Reyes, embajador de la República de Méjico ante la del Uruguay.) «Nosotros». Buenos Aires. XXI, núm. 221. Octubre de 1927 Págs. 117-121.

ROBIN, León: *La pensée grecque et les origines de l'esprit scientifique. Avant-propos par Henri Berr*. Paris. La Renaissance du Livre. 1923. XXI + 480 págs.

RODÓ, José Enrique:

a) *Ediciones.*

Ariel. La vida nueva. III. (1.ª ed.). Montevideo. Impr. de Dornaleche y Reyes. 1900. 141 págs.

Ariel. La vida nueva. III. (2.ª ed., precedida de un juicio de Leopoldo Alas *(Clarín)*. Montevideo. Impr. de Dornaleche y Reyes. 1900. 156 págs.

Ariel. Santo Domingo. Revista literaria. 1901. (Publicada incompleta, como suplemento de la «Revista Literaria», sin haber recabado la autorización del autor.)
Ariel. «Cuba Literaria». Habana. Núms. 29, 44. 12 de enero a 28 de abril de 1905. (Publicado por Max Henríquez Ureña, autorizado por Rodó.)
Ariel. Monterrey. N. León. Méjico. Talleres Modernos de Lozano. Mayo de 1908. 90 págs. (Porfirio G. González, gobernador del Estado de Nuevo León, ordenó la publicación.)
Ariel. Publicado por orden de la Escuela Nacional Preparatoria. Méjico, 1908 (?).
Ariel. Montevideo. José María Serrano, editor (Barcelona. Imprenta Henrich y Cía.). 1910. 128 págs.
Ariel. 9.ª ed. Montevideo. José María Serrano, edit. Libr. Cervantes (Barcelona. Impr. Henrich y Cía.). 1911. 128 págs.
Ariel. Estudio crítico de Leopoldo Alas *(Clarín).* Madrid, 1919. 144 págs.
Ariel. Prólogo de Leopoldo Alas. Montevideo; s. i. 1920. 130 págs.
Ariel. Breviario de la juventd. Valencia. Edit. Cervantes. Talleres de la Lit. «La Gutenberg» .1920. 176 págs.
Ariel. «Editorial Radium». 1922. 156 págs.
Ariel. Estudio crítico de Leopoldo Alas *(Clarín).* Espasa-Calpe. Buenos Aires. 1948. 144 págs.
Ariel. Prólogo de Leopoldo Alas *(Clarín).* Valencia. F. Sempere y Cía., editores; s. a. 227 págs. (Prólogo, págs. 7-14; «Ariel», págs. 15-104).
Ariel. Prólogo de Leopoldo Alas *(Clarín). Liberalismo y Jacobinismo. La transformación personal en la creación artística.* Valencia. Prometeo, Sociedad Editorial; s. a. XIV + 225 págs. (Prólogo, págs. VII-XIV. «Ariel», págs. 15-106).
Ariel. Prólogo de Leopoldo Alas *(Clarín). Liberalismo y Jacobinismo. La transformación personal en la creación artística.* Valencia. Prometeo, Sociedad Editorial; s. a. 218 págs. + 1 hoja.
Ariel. Prólogo de Rafael Altamira. *Liberalismo y Jacobinismo.* 3.ª ed. Barcelona. Editorial Cervantes. 1926. 229 págs. + 1 hoja.
Ariel. Prólogo de R. Altamira. *Liberalismo y Jacobinismo.* 4.ª edición. Barcelona, 1930. 222 págs. + 1 hoja.
Artigas. Montevideo. 17 de julio de 1915. Homenaje de la Facultad de Humanidades y Ciencias. Montevideo. Uruguay. 1950. 13 págs. + 1 hoja. (con texto autógrafo).
Cinco ensayos. (Montalvo, Ariel, Bolívar, Rubén Darío. Liberalismo y Jacobinismo.) Madrid. Pueyo. Biblioteca Andrés Bello (s. a. 1915?). 416 págs. + 2 hoj.
Clásicos y modernos. Lecturas de Rodó. San José de Costa Rica. 1914.
Cuentos filosóficos. Selección de «Motivos de Proteo». Ediciones «El Convivio». García Monge, editor. San José de Costa Rica. (Precedidos de la crítica que Alberto Gerchunoff dedicó a *Motivos de Proteo* en «Nosotros», de Buenos Aires, enero de 1910.)
El camino de Paros (Meditaciones y andanzas). Valencia. Editorial Cervantes. Impr. Hijos de F. Vives Mora. 1918. 204 págs.
El camino de Paros (Meditaciones y andanzas). 2.ª ed. Valencia. Editorial Cervantes. Hijos de F. Vives Mora. 1919. 212 páginas + 1 retrato.
El camino de Paros (Meditaciones y andanzas). 3.ª ed., corregida. Barcelona. Edit. Cervantes. 1928. 240 págs. con 1 retrato.
El mirador de Próspero. Montevideo. José María Serrano, editor. Lib. Cervantes. Peña Hnos., impresores. 1913. 572 págs.
El mirador de Próspero. Valencia. Edit. Cervantes. Impr. Hijos de F. Vives Mora. 1919. 432 págs.
El mirador de Próspero. Madrid. Bibl. Andrés Bello. Edit. América, Sociedad General Española de Librería. Impr. de Juan Pueyo. 2 vols. (T. I, 253 págs. T. II, 252 págs.).
El mirador de Próspero. 2.ª ed. Barcelona. Edit. Cervantes. MCMXVI. 456 págs.
El mirador de Próspero. 3.ª ed. Barcelona. Edit. Cervantes. 1928. 466 págs.
El que vendrá. Rev. Nac. de Lit. y Cienç. Soc. Tomo II. Montevideo. 25 de junio de 1896. Págs. 81.
El que vendrá. «La Razón». Edit. de la tarde. Montevideo. Año 8.º, núm. 2.029. 30 de julio de 1896. Pág. 1.ª
El que vendrá. Barcelona. (Eduardo y José Solá.) 1920. 313 páginas + 1 hoj.
El que vendrá. 2.ª ed. Barcelona. Edit. Cervantes. 1930. 334 páginas.
Epistolario. Biblioteca Latino-Americana (dirigida por Hugo D. Barbagelata). París, 1921.
Hombres de América. (Montalvo, Bolívar, Rubén Darío). Discursos parlamentarios. Barcelona (Eduardo y José Solá). 1920. 259 págs.
Hombres de América. (Montalvo, Bolívar, Rubén Darío). Discursos parlamentarios. 2.ª ed. Barcelona. Edic. Cervantes. 1924. 265 páginas + 1 hoja.

Hombres de América (Montalvo, Bolívar, Rubén Darío). 3.ª edición. Barcelona. Edic. Cervantes. 1931. 265 págs. (Contiene también *(Discursos parlamentarios).*

La despedida de Gorgias. Ministerio de Instrucción Pública. Cruzada Cultural. Año 1934. Montevideo. Impr. Nacional. 1934. 9 págs.

La novela nueva. A propósito de «Academias», de Carlos Reyles. Rev. Nac. de Lit. y Cienc. Soc. Montevideo. T. II. 25 de diciembre de 1896. Pág. 273.

La novela nueva. Los que callan. Decir las cosas bien. Precedido de un elogio de Rodó por E. Potrie. Montevideo. Maximino García, editor. «Ediciones Minerva.» Núm. 2. Septiembre de 1919. Folleto. Págs. 42-79.

La vida nueva. I. *El que vendrá. La novela nueva.* Montevideo. Impr. de Dornaleche y Reyes. 1897. 60 págs. + 1 hoja.

La vida nueva. II. *Rubén Darío: su personalidad; su última obra.* Montevideo. Impr. de Dornaleche y Reyes. 1899. 80 págs.

Liberalismo y Jacobinismo. «La Razón». Diario de Montevideo. 5 de julio y 4, 5, 7, 8, 11, 12, 13 y 14 de septiembre de 1906.

Liberalismo y Jacobinismo. Montevideo. Libr. y Pap. La Anticuaria, de Adolfo Ossi. Impr. «El Siglo Ilustrado». 1906. 92 páginas + 1 hoja.

Liberalismo y Jacobinismo. «Ariel». Valencia. F. Sempere y Cía., editores; s. a. Págs. 105-207.

Liberalismo y Jacobinismo. «Ariel». Valencia. Prometeo, Sociedad Edit.; s. a. Págs. 107-225.

Liberalismo y Jacobinismo. «Ariel». Valencia. F. Sempere y Cía., editores; s. a. Págs. 105-207.

Liberalismo y Jacobinismo. «Ariel». Prólogo de R. Altamira. 3.ª edición. Barcelona. Edit. Cervantes. 1926.

Liberalismo y Jacobinismo. «Ariel». Prólogo de R. Altamira. 4.ª ed. Barcelona. 1930.

Los nuevos motivos de Proteo. Montevideo. José María Serrano. 1932.

Los últimos motivos de Proteo. Prólogo del doctor Dardo Regules. Montevideo. José María Serrano, editor. 1930.

Motivos de Proteo. Montevideo. José María Serrano y Cía., editores. Libr. de la Univ. Impr. y Encuad. «El Siglo Ilustrado». 16 de abril de 1909. 462 págs. + 1 hoja.

Motivos de Proteo (2.ª ed.). Montevideo. Berro y Regules, editores. Impr. «El Siglo Ilustrado». 1910.

Motivos de Proteo. Madrid. Biblioteca Andrés Bello. Edic. América. 1917. 2 tomos.

Motivos de Proteo. Valencia. Edit. Cervantes. Impr. Hijos de F. Vives Mora. 1917. 429 págs.

Motivos de Proteo. 4.ª ed. Valencia. Edic. Cervantes. 1920. 429 páginas.

Motivos de Proteo. 5.ª ed. Barcelona. Edic. Cervantes (Núñez y Cía.). MCMXXVI. 457 págs.

Motivos de Proteo. 7.ª ed. Barcelona. Edic. Cervantes. 1936. 458 páginas.

Nuevos motivos de Proteo. Prólogo de Vicente Clavel. Barcelona. Edic. Cervantes. 1927. 84 págs. + 1 hoja.

Páginas escogidas. Biblioteca Nueva. Madrid.

Páginas escogidas. 2.ª ed. Madrid. S. L. de Artes Gráficas. 229 págs. + 1 hoja.

Parábolas. Estudio preliminar de Gonzalo Zaldumbide. París. Casa Editorial Franco-Ibero-Americana. 158 págs.

Parábolas. Ediciones Mínimas. Buenos Aires. 1917.

Selección de parábolas. Ilustraciones de Pastor. Montevideo. Claudio García, editor. 1923. 57 págs. + 1 hoja.

Selección de parábolas. Ilustraciones de Pastor. Escuela Uruguaya. Colección de Cartillas de Enseñanza Moderna. Montevideo. Claudio García, editor. 1923.

Tres parábolas de Proteo. Con una carta a los editores, del autor. Ilustraciones de José Luis Zorrilla de San Martín. Montevideo. Editores: Lib. de la Univ. de Berro y Regules. Tip. y Lit. Moderna. 1909. IV + 49 págs. + 1 hoja.

Rubén Darío. Prosas profanas y otros poemas (con un prólogo de José Enrique Rodó). París. Vda. de C. Bouret. 1915. 160 páginas.

Rubén Darío. Prosas profanas y otros poemas. Montevideo. Claudio García, editor. 1925.

Rubén Darío. C. Santos González: *Poetas y críticos de América.* París. Casa Edit. Garnier Hnos. 568 págs. (*Rubén Darío,* por Rodó. Págs. 423-476.)

b) *Traducciones:*

Ariel. Translated, with an introductory assay by F. J. Stimson (J. S. of Dale). Late United States Ambassador to Argentina. Boston and New York. Houghton Mifflin Company. 1921. XXII + 150 págs.

Ariel. Fragmento. Traduction de J. F. Juge. «Revue de l'Amérique Latine». Vol. 5me., París. Jul. 1923. Págs. 235 et suiv.

Batalrajda. Kristo (en esperanto). Pri Cervantes ka lia fumkonata verko «El Quijote». Madrid. Tip. Pasaje del Comercio. 1925. Págs. 37-40.

Belgique (Bélgica). Prefacio y traducción francesa (Preface et traduction française) de Constant Willems. Montevideo. Impr. y Encuad. Maciel. 1915. 15 págs.

Bolívar. Bulletin de la Bibliotèque Americaine. Amérique Latine. An. 5me Ns. 4 et 5. Paris. Janvier et février de 1914.

Bolívar. Inter América. English. New York. November 1923. Vol. 6.º Pág. 81.

Dialogue Between Bronze and Marble. Inter America. English. New York. April, 1918. Vol. 1.º, núm. 4, pág. 197.

Pages choisies. Choix et préface de Hugo D. Barbagelata. Traduction de Francis de Miomandre. París. Librairie Félix Alcan. Evreux. Impr. Ch. Hérissey. 1918. XIX + 206 págs. + 1 hoja.

The Motives of Proteus. Translated from spanish by Angel Flores. With an Introduction by Havelock Ellis. London. George Allen and Unwin, Ltd. Printed in the United States of America. 1929. XXVI + 378 págs.

c) *Apreciaciones, cartas, epílogos, impresiones, juicios y prólogos:*

BARBAGELATA, Hugo D.: *Artigas y la Revolución americana*. Prólogo de ———. París. Chartres. Tip. Garnier (s. a. 1914). VII + 404 págs. + 1 retrato.

BLANCO ACEVEDO, Juan Carlos: *Narraciones*. Prólogo de ———. Montevideo. Impr. Dornaleche y Reyes. 1908. 158 págs. + 1 hoja.

Cartas de Simón Bolívar 1799-1822. Prólogo de ——— y notas de R. Blanco Fombona. París-Buenos Aires (Paul Dupont). s. a. (1913?). 459 págs. + 1 hoja + 1 retrato.

Discurso en el Congreso de Angostura de Simón Bolívar. Ediciones «El Convivio». I. García Monge, editor. San José de Costa Rica. Introduc. de García Calderón. Notas de Blanco Fombona, Cornelio Hispano, Miguel de Unamuno, José Enrique Rodó, Eugenio María de Hostos.

DÍAZ ROMERO, Engenio: *El templo umbrío (Nuevos poemas)*. Juicio crítico de ———, que sigue a un pórtico de Rubén Darío. Buenos Aires. 1920. 168 págs.

FALCAO ESPALTER, Mario: *La tolerancia de antaño*. «Credencial»

de ———. Montevideo. Imprenta Latina. 1917. 54 páginas.

FRUGONI, Emilio: *De lo más hondo (Poesías)*. Prólogo de ———. Montevideo. Talleres de A. Barreiro y Ramos. XV + 132 págs.

GARCÍA CALDERÓN, Francisco: *De litteris* (crítica). Prólogo de ———. Lima, 1904.

GIUFFRA, Elzear Santiago: *Cosas del medio ambiente*. Prólogo de ———. Montevideo. Talleres gráficos «El Telégrafo Marítimo». 1911. 137 págs. + 3 hoj.

GUIDO Y SPANO, Carlos: *Poesías escogidas*. Autobiografía. Prólogo de ———. Buenos Aires. Grandes escritores argentinos. Director, Alberto Palcos. T. 18. Libr. «El Ateneo». 1929. XI + 252 págs.

MAFDO: *Notas de Mafdo* (Michael Angelo). Editadas e inéditas. «El Crítico Musical». Breve semblanza preliminar por ———. Montevideo. Impr. Mercurio. 1915. 8 págs.

MALDONADO, Horacio: *Cabeza de Oro*. Prólogo por ———. Montevideo. 1906.

MORALES, Ernesto: *El sayal de mi espíritu* (poesías). Impresión de ———. Buenos Aires. Talleres Gráficos de A. Mich y Cía. 1914. 105 págs. + 1 hoja.

NIN FRÍAS, Alberto: *La vida del estudiante y la moral*. Prólogo de ———. Montevideo. Tip. J. E. Pedralbes. 18 págs.

NIN FRÍAS, Alberto: *Nuevos ensayos de crítica literaria y filosófica*. Con una carta de ———, un estudio sobre el último libro del autor, por Miguel de Unamuno; un Apéndice con opiniones sobre el autor, y Bibliografía. Montevideo. Dornaleche y Reyes.; s. a. XXXII + 257 págs. + 1 retrato.

Opinión sobre «Cien de las mejores poesías castellanas». Buenos Aires, 13 págs. (Breve opúsculo de propaganda de la obra de Pedro Henríquez Ureña, de Buenos Aires, con opiniones acerca de P. Henríquez Ureña, escritas por Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal, etc.) Las «Novedades», Nueva York, 1916. Apud: *Homenaje a Pedro Henríquez Ureña*. Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo. Vol. I, pág. 85.

O'LEARY, Juan E.: *Nuestra epopeya (Guerra del Paraguay)*. Juicio de ———.

PÉREZ, Abel J.: *América*. Prólogo de ———. Montevideo Impr. «El Siglo Ilustrado». 1912. 198 págs.

REYLES, Carlos: *El terruño*. Prólogo de ———. Montevideo. Impr. «Renacimiento». 1916. XXIX + 373 págs.

SOIZA REILLY, Juan José: *El alma de los perros*. Buenos Aires.

Rev. «Nosotros», editores. Con una carta de ———. 22 páginas + 2 hoj.

d) *Artículos y fragmentos de Rodó en revistas y libros:*

De la tradición. «Cultura Hispanoamericana». Madrid. Año VII, núm. 62. 15 de enero de 1918. Págs. 37-41.

El camino de Paros (Fragmento). José María Azpeurrutia. Lecturas selectas. 2.ª ed. Vitoria. 1930. Págs. 304-305. (Corresponde el fragmento a las págs. 224-225 de «El C. de P.»; «Anécdotas de guerra».)

El reino interior. (Cuento, en «Ariel».) «Unión Ibero-Americana». Madrid. Año XXVIII, núm. 8.º. 31 de agosto de 1914.

El resurgimiento de España. «La Unión Hispanoamericana». Madrid, 11 de agosto de 1919.

La despedida de Gorgias (Parábola de «M. de P.»). «La Rábida», revista colombina ibero-americana. Año VII, núm. 72. Huelva, 30 de julio de 1917. Págs. 13-14.

La España niña. (Fragmento. Transcripción de Luis Palomo al final de su artículo «José Enrique Rodó».) «Cultura Hispanoamericana». Año VI, núm. 55. Madrid, 15 de junio de 1917. Págs. 38-39.

La filosofía del Quijote y el descubrimiento de América. «España». Semanario. Madrid. 14 de octubre de 1915. Año I, número 83. Con el título «Letras americanas. El Centenario de Cervantes desde América», fechado en Montevideo, 1915. El semanario madrileño hace constar que el artículo apareció en el 2.º número de «La Nota», rev. mensual de Buenos Aires.

La pampa de granito. (Parábola de «M. de P.»). «Unión Ibero Americana». Madrid. Agosto de 1919. Págs. 4-5.

La respuesta de Leuconoe. (Parábola de «M. de P.»). Caraballo (Gustavo). Compendio de Literatura Preceptiva y breve noticia de la literatura hispano-americana. Buenos Aires. Agencia General de Librería y Publicaciones. 1925. 256 págs. *(La respuesta de Leuconoe* figura en la 3.ª parte. Trozos selectos. Prosa. Págs. 234-237).

La respuesta de Leuconoe. (Parábola de «M. de P.»). «Unión Ibero-Americana». Madrid, julio de 1919.

La tradición en los pueblos hispanoamericanos. «Cultura Hispanoamericana». Madrid. Año VII, núm. 69. 15 de agosto de 1918. Págs. 32-35.

La transformación personal en la creación artística. Alfredo Costa Rubert y Domingo Morales. Elementos de Literatura preceptiva. Nociones de Literatura argentina y de la América española. Prólogo de Emilio Alonso Criado. Buenos Aires (L. J. Rosso y Cía.). 1924. 383 págs. *(La transformación...*, página 83).

La unión espiritual de América. «El Fígaro» de la Habana. 3 de junio de 1917. Reproducción del titulado «Pensando en América».

Los seis peregrinos (Parábola de «M. de P.»). Biblioteca Internacional de Obras Famosas. T. XX. Sociedad Internacional. Madrid.; s. a. Págs. 10198-10206.

Magna Patria. «El Nuevo Diario». Caracas. Año III, núm. 1.015. 28 de octubre de 1916.

Párrafos del Maestro. «La Rábida». Rev. colombina ibero-americana. Año VII, núm. 72. Huelva, 30 de junio de 1917. Páginas 14-15.

Pensando en América. Artículo «escrito en Roma». Reproduc. en 29 de abril de 1917 por la «Revista de Revistas» de Méjico. (Carlos de Velasco: *Un duelo de América: Rodó.* En «Nosotros». Buenos Aires. Septiembre de 1917. Págs. 52).

Una novela de Galdós. «Nosotros». Buenos Aires. Impr. Mercantil. Año XIV, núm. 128. Enero de 1920. Págs. 109-112.

Viendo jugar a un niño (Parábola de «M. de P.»). «Unión Ibero-Americana». Madrid. Año XXXIII. Junio de 1919. Pág. 8.

Rodó y sus críticos. Biblioteca Latino-Americana, dirigida por Hugo D. Barbagelata *(Clarín.* Valera, Rubén Darío, Castellanos, Unamuno, García Calderón, Pérez Petit, Le Senne, De Miomandre, etc.). París. Agencia Gral. de Libr. 1920. 345 págs.

RODRÍGUEZ, Miguel F.: *Discurso* (En la inauguración de la Sección Argentina en la Bibliografía Nac. de Montevideo, el 16 de enero de 1926). «Nosotros». Buenos Aires. Año XX. Núms. 200 y 201. Enero y febrero de 1926. Págs. 154-158.

RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir: *Pedro Henríquez Ureña y la cultura hispanoamericana.* «Número». Montevideo. Año I, núm. 2. Mayo-junio de 1949. Págs. 145-151.

RODRÍGUEZ NAVAS, Manuel: *Opiniones (José Enrique Rodó).* Revista hispanoamericana «Cervantes». Madrid, mayo de 1918 Pág. 11.

ROIG GIRONELLA, Juan, S. I.: *Filosofía y vida.* Cuatro ensayos sobre actitudes. Nietzsche, Ortega y Gasset, Croce, Unamuno. Barcelona. Edit. Barna; s. a. 205 págs.

ROMERO, Francisco: *El problema epistemológico en la Filosofía actual*, por Carlos Astrada. Córdoba (Rep. Arg.), Impr. de la Univ., 1927.« Nosotros». Buenos Aires. Año XXI, núm. 218. Julio de 1927. Pág. 501. (Sección «Filosofía».)

ROMERO, Francisco: *Filosofía*. Noticias y comentarios: *A propósito del manual de Vorländer, Uriel da Costa. Paul Natorp*. «Nosotros». Buenos Aires. Año XVIII, núm. 184. Septiembre de 1924. Págs. 80-91.

ROMERO, Francisco: *Las dos tendencias de la filosofía alemana contemporánea*. «Nosotros». Buenos Aires. Año XVIII, número 179. Abril de 1924. Págs. 458-470.

ROMERO, Francisco: *Lógica y nociones de Teoría del conocimiento*. Manual adaptado a los programas de enseñanza vigente, por ——— y Eugenio Pucciarelli. Buenos Aires. Espasa-Calpe. Argentina. 1938. 258 págs.

ROMERO, Francisco: *Prezzolini, el informador*. «Nosotros». Buenos Aires. Año XVII, núm. 173. Octubre de 1923. Págs. 168-176.

RONZE, Raymond: *Embajadores de las letras. V. García Calderón*. «Páginas escogidas». Págs. 1118-1126. (En la sección «Bibliografía». Algunos estudios críticos sobre la obra de García Calderón».)

RYDBERG, Víctor: *El último ateniense*. Novela del tiempo de Juliano *el Apóstata*. Traduc. de Francisco Casanovas. 2.ª edición. F. Granada y Cía., editores. Barcelona-Madrid. Tip. «El Anuario». 191 págs.

SABAT PEBET, Juan Carlos: *Contribución hispánica a la cultura uruguaya*. Institución Cultural Española del Uruguay. Homenaje a la Universidad de Montevideo en su Centenario. Montevideo. Edit. Florensa & Lafon. 1950. 100 págs. + 2 hoj. (La conferencia de Sabat Pebet, págs. 11-50.)

SALAVERRI, Vicente A.: *Crítica de la literatura uruguaya. Un libro de Alberto Zum Felde*. «Nosotros». Buenos Aires. Año XV, núm. 150. Noviembre de 1921. Págs. 378-382.

SALAVERRI, Vicente A.: *Ediciones fraudulentas*. «Pegaso». Montevideo. Año III, núm. XXI. Marzo de 1920. (Glosas del mes). Páginas 350-351.

SALAVERRI, Vicente A.: *Antón Martín de Saavedra*. «Florilegio de prosistas uruguayos. Los ensayistas. Los articulistas. Los cuentistas. Los novelistas. Los periodistas.» Buenos Aires. Valencia. Edit. Cervantes; s. a. 264 págs.

SALDAÑA, Quintiliano: *Respuesta a la Quinta Encuesta de «Nosotros»*: «La literatura hispano-americana juzgada por los escritores españoles». «Nosotros». Buenos Aires. Año XII, número 116. Diciembre de 1918. Págs. 519-525.

SALTERAIN, Joaquín de: *Sobre «Motivos de Proteo», de don José Enrique Rodó*. Montevideo, Taller Gráfico «El Arte», de O. M. Bertani. Reconquista, 195. 1909. 32 págs.

S.[AMIEL], E.[milio]: *Epistolario de Rodó*. Biblioteca Latino-Americana. París, 1921. «Pegaso». Montevideo. Año VI, núm. 39. Septiembre de 1921. Pág. 139. (Notas bibliográficas).

SÁNCHEZ, Luis Amador: *El pensamiento vivo de Rodó*. «Univ. de Antioquia», núm. 99. Medellín-Colombia. Mayo, junio y julio de 1950. Págs. 275-283.

SÁNCHEZ REULET, Aníbal: *Panorama de las ideas filosóficas en Hispanoamérica*. «Tierra Firme». Rev. trimestral de la Sec. Hispanoamericana del Centro de Estudios Históricos. Año II. Número 2. 1936. Págs. 181-209.

SARMIENTO, Domingo Faustino: *Facundo. Civilización y barbarie*. Madrid. Calpe, 1924, 411 págs. + 1 hoja.

SAZ, Agustín del: *Resumen de Historia de la novela hispanoamericana*. Barcelona. Edit. Atlántica. Ediciones «Ariel».

SCARONE, Arturo: *Bibliografía de Rodó. El escritor, las obras, la crítica*. Precedida de un estudio de Ariosto D. González sobre Rodó, su bibliografía y sus críticos. Montevideo. Impr. Nac., 1930. Publicaciones de la Biblioteca Nac. de Montevideo, 2 vols. con lám. I. Parte 1.ª La producción de Rodó. XXXIX + 274 páginas + 26 lám. II. Parte 2.ª Escritos sobre la personalidad y la labor cultural de Rodó. 518 págs. + 1 hoja + 38 lám.

SCARONE, Arturo: *Uruguayos contemporáneos* Obra de consulta biográfica. Prólogo del doctor Juan Antonio Buero. 1.ª ed. Con un Apéndice con datos complementarios. Montevideo. Impr. y Casa Edit. «Renacimiento». 1918. XV + 676 págs. + XXXIV láminas.

SEPICH, Juan Ramón: *Nuestra cultura en la cristiandad*. «Razón y Fe». Núm. 509. Marzo de 1947. Madrid.

SCHELLER, Max: *El puesto del hombre en el Cosmos*. Traduc. del alemán por José Gaos. Madrid. «Rev. de Oc.», 1936.

SCHELLER, Max: *El resentimiento en la moral. Madrid*. «Revista de Occidente». 1938.

SCHELLER, Max: *Esencia y forma de la simpatía*. Traduc. directa de José Gaos. Edit. Losada. Impr. López. Buenos Aires, 1943. 375 páginas.

SCHNEIDER, Hans: *Filosofía de la Historia.* Traduc. directa del alemán por José Rovira y Armengol. Barcelona. Edit. Labor, 1931. 355 págs., con 8 lám.

SCHWARTZ, Eduardo: *Figuras del mundo antiguo.* Traduc. de J. R. Pérez Bances. «Rev. de Oc.». Madrid, 1925. 226 págs. + 1 hoja.

SHAKESPEARE: *La tempestad.* Obras completas de William Shakespeare. Estudio preliminar, traduc. y notas por Luis Astrana Marín. 4.ª ed., revisada. M. Aguilar, editor. Madrid, 1941. Páginas 1515-1550.

SHAKESPEARE: *Sueño de una noche de verano.* Traduc. de José Arnaldo Márquez. Barcelona. Casa edit. Maucci. 414 págs. *(Sueño...*, págs. 1-77).

SHUSTER, George N.: *El espíritu de los Estados Unidos.* «Inter América». Organo de Intercambio Intelectual entre los Pueblos del Nuevo Mundo Español. Vol. V, núm. 6. Marzo de 1922. Nueva York. Doubleday. Page & Company.

SIEGFRIED, André: *Tableau des partis en France.* París. Editions Bernard Grasset. París, 1930. 245 págs. + 1 hoja.

SIENRA CARRANZA, José: *Cuestiones americanas. Nuevos capítulos. Examen de una fórmula de cordialidad entre ambas Américas.* Ligugé. Impr. de Eugenio Aubin, 1912, 2 hoj. + 154 págs. + 1 hoja.

SILVA, Goy de: *Ofrenda a Rodó.* Rev. Hisp.-Am. «Cervantes». Madrid. Mayo de 1918. Págs. 45-47.

SOTO Y CALVO, Francisco: *El último libro de Alfredo Colmo, «Política cultural en los países latinoamericanos».*) Edit. de la Rev. «Nosotros». Buenos Aires, 1925. «Nosotros». Buenos Aires. Año XX, núm. 202. Marzo de 1926. Págs. 200-224.

SPENGLER, Oswald: *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la Historia Universal.* Traducido del alemán por Manuel G. Morente. Madrid. Espasa-Calpe, 1934, 4 vols. (Vols. I, II y III, 1934; vol. IV, 1937.)

SPRANGER, Eduardo: *Cómo entender el carácter nacional.* «Escorial». Rev. de Cultura y Letras. Silverio Aguirre, impresor. Cuaderno 19. Madrid. Mayo de 1942. Págs. 167-198.

SPRANGER, Eduardo: *Psicología de la edad juvenil.* Madrid, «Rev. de Oc.», 1929. 390 págs. + 1 hoja.

S.[UÁREZ], C.[ALIMANO], E.: *Bibliografía. Letras hispanoamericanas.* (Nota bibliográfica del libro de Hugo D. Barbagelata *Una centuria literaria —poetas y prosistas uruguayos—, 1800-1900.*)

París. Biblioteca Latino-Americana, 1924.) «Nosotros. Buenos Aires. Año XVIII, núm. 184. Septiembre de 1924. Pág. 114.

SUÁREZ CALIMANO, E.: *Letras hispanoamericanas. Libros uruguayos.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XVIII, núm. 176. Enero, 1924. Págs. 124-128.

SUÁREZ CALIMANO, E.: *Letras hispanoamericanas.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XX, núm. 207. Agosto de 1926. Págs. 536-542.

SUEUR, Albert: *Intellectualisme et catholicisme.* 2me ed. Collec. Science et Religion. París. Libr. Bloud et Cie. Impr. des Orphelins; s. a. 64 págs.

TAINE, H.: *Les origines de la France contemporaine.* París. Lib. Hachette et Cie. 23me ed. 1901, XI vols.

TAXONERA, Luciano de: *L'influence des lettres américaines sur la littérature espagnole.* «Revue de l'Amérique Latine». París. 3me année. Vol. VII, núm. 30. Juin, 1924. Págs. 511-520.

TENREIRO, Ramón María: *«Rodó y Rubén Darío», por Max Henríquez Ureña.* «La Lectura». Madrid. 1919. Año 19. T. 2.º Página 194.

TESTENA, Folco: *José Enrique Rodó.* «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Págs. 216-218.

TORRES, Carlos Arturo: *Los ídolos del Foro. Ensayos sobre las supersticiones políticas.* Apreciación de Francisco García Calderón. Edit. América. Impr. J. Pueyo. Madrid; s. a. 304 págs.

TORRES RIOSECO, Arturo: *José Asunción Silva (1865-1896).* «Nosotros». Buenos Aires. Año VII, núm. 173. Octubre de 1923. Páginas 179-198.

TOTOMIANZ, V: *Historia de las doctrinas económicas y sociales.* Versión de la 2.ª ed. alemana por Vicente Gay. Barcelona. Gustavo Gili, editor. 1934. 278 págs.

TOVAR, Antonio: *Vida de Sócrates.* Madrid. «Rev. de Oc.», 1947. 420 págs. + 1 hoja.

UMPHREY, George W.: *La solidaridad panamericana.* «Inter América». Español. Vol. V, núm. 5. Eenero de 1922. Págs. 294-300.

UNAMUNO, Miguel de: *A la memoria de Rodó.* «La Nación». Buenos Aires, 3 de agosto de 1919.

UNAMUNO, Miguel de: *Ariel. Rodó y sus críticos.* Agencia Gral. de Librería. París, 1920. Págs. 50 y 51.

UNAMUNO, Miguel de: *Carta a Alberto Nin Frías.* (Salamanca, 13 de diciembre de 1906. Figura como prólogo a la obra de Nin Frías *Estudios religiosos.* F. Sempere y Cía., editores. Valencia. P. III.)

UNAMUNO, Miguel de: *Contra esto y aquello*. Madrid. Edit. Renacimiento. 1912. 257 págs. + 1 hoja.

UNAMUNO, Miguel de: *De literatura hispanoamericana*. «La Lectura». Madrid. Año I, núm. 1.º Enero de 1901. Págs. 58-63.

UNAMUNO, Miguel de: *Ensayos*. Madrid. M. Aguilar, editor. 2 vols. I. Prólogo y notas de Bernardo G. de Candamo. XV + 1.050 págs. + 3 hoj. II. Con una Antología epistolar comentada por Bernardo G. Candamo. LXIII + 1.067 págs. + 1 hoja.

UNAMUNO, Miguel de: *Estudio sobre la primera obra de Nin* Frías. «La Lectura». Madrid, 23 de noviembre de 1902.

URIBE ECHEVARRÍA, Juan: *Cervantes en las letras hispanoamericanas*. (Antología y Crítica. Ediciones de la Univ. de Chile. Editorial Universitaria. 1949. 231 págs. + 1 hoja.)

VALERA, Juan: *Ariel. Rodó y sus críticos*. París. Agencia General de Librería. 1920. Págs. 51 y sigs.

VALERA, Juan: *Cartas americanas (1897-1900)*. «Obras completas. T. XLIV.

VALERA, Juan: *Obras completas*. Con un estudio preliminar de Luis Araújo Costa. 2.ª ed. M. Aguilar, editor. Madrid, 1942. XXIV + 2.095 págs. (*Cartas americanas*, págs. 1655-2030.)

VALKENBURG, Samuel van: *La tierra y el hombre*. Parte primera: La Escena, de «La Nación Holandesa». Director: Bartholomew Landheer. Méjico. Fondo de Cultura Económica. 1945. Páginas XII + 461 págs. (El capítulo de Valkenburg, págs. 3-16.)

Valoraciones, Humanidades, Crítica y Polémica. Rev. edit. por el Grupo de Estudiantes Renovación. T. II. La Plata. Julio de 1924. Est. Tip. Alberdi. (La Dirección: «Homenaje de la juventud a Kant», págs. 3-4).

VALLEJO, Joaquín: *Consideraciones sobre la energía atómica*. «Univ. de Antioquia». Medellín (Colombia), núm. 99. Mayo, junio y julio de 1950. Págs. 233-246.

VALLEJOS, M. A. Raúl: *Einstein y sus innovaciones*. «Univ. de Antioquía». Medellín (Colombia), núm. 99. Mayo, junio y julio de 1950. Págs. 247-271.

VASSEUR, Alvaro Armando: *Cantos del otro yo*.

VAUVENARGUES: *Oeuvres choisies*. Précedées d'une Notice par Suard. Nouvelle Ed. París. Garnier Frères, Libraires Editeurs. Imprimerie E. Capiomont et V. Renault: s. a.

VAZ FERREIRA, Carlos: El pragmatismo (Exposición y crítica). Montevideo. Tip. de la Escuela Nac. de Artes Gráficas. 1900. 117 págs.

VAZ FERREIRA, Carlos: *Fermentario*. Montevideo. Tip. Atlántida. 1938, 2 hoj. + IX + 220 págs.

VAZ FERREIRA, Carlos: Moral para intelectuales (Conferencias de clase). Montevideo. Tip. Escuela N. de Artes y Oficios. 1909. 144 págs.

VELASCO, Carlos de: *Un duelo de América: Rodó*. «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 101. Septiembre de 1917. Habana, 30 de julio de 1917. Págs. 49-60.

VERISSIMO, José: *Bolívar* (Traduc. de Francisco Villaespesa). «El Nuevo Diario». Caracas, 28 de octubre de 1915.

VERISSIMO, José: *Hombres e ideas extranjeros*. Traduc. del portugués por Andrés González Blanco. Edit. América. Impr. de A. G. Izquierdo. 187 págs. + 1 hoja.

VIGIL, Constancio C.: *A José Enrique Rodó* (Soneto). «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 97. Mayo de 1917. Pág. 58.

VIGÓN, Jorge: *Marcelino Menéndez Pelayo. «Historia de España»*. Selección y prólogo, 3.ª ed. Valladolid. Cultura Española. 1938. XVI + 361 págs. + 1 hoja.

VILLAESPESA, Francisco: *Opiniones (José Enrique Rodó)*. Revista Hisp.-Am. «Cervantes». Madrid. Mayo de 1918. Pág. 7.

VILLALOBOS, J. Francisco: *Crítica americana*. San José de Costa Rica. Impr. Trejos Hnos.; s. a. 50 págs. + 1 hoja.

X. X.: *Libros varios*. (Nota bibliográfica sobre *José Enrique Rodó*. «Pages choisies». París, 1918). «Nosotros». Buenos Aires. Año XII, núm. 116. Diciembre de 1918. Pág. 637.

X. X.: *Libros varios* (Reseña bibliográfica de *Mi adiós a Rodó. por Constantino Becchi*). «Nosotros». Buenos Aires. Año X, número 90. Octubre de 1916. Pág. 135.

X. X.: Libros varios (Reseña bibliográfica de la «Colección Ariel», de Costa Rica). «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 102. Octubre de 1917. Pág. 282.

X. X.: *Libros varios* (Reseña del libro «*Les écrivains hispano-américains et la guerre européenne*», *por Francisco Contreras*). «Nosotros». Buenos Aires. Año XII, núm. 105. Enero de 1918. Páginas 128-129.

YCAZA TIJERINO, Julio: *Originalidad cultural de Hispanoamérica*. «Estudios». Mensuario de Cultura General. Santiago de Chile. Madrid. Seminario de Problemas Hispanoamericanos. Gráficas Espejo. 1950. 347 págs. + 1 hoja.

ZALDUMBIDE, Gonzalo: *Ariel*. Discurso pronunciado en la distribución de premios de la Universidad Central del Ecuador, veri-

ficada al final del año escolar de 1902-1903. Edición ofic. Quito. Impr. de la Univ. Central, 1903.

ZALDUMBIDE, Gonzalo: *Cuatro clásicos americanos: Rodó, Montalvo, Fr. Gaspar de Villarroel, P. J. B. Aguirre*. Madrid, 1951. 269 págs.

ZALDUMBIDE, Gonzalo: *Cuatro clásicos americanos*. Academia Argentina de Letras. Buenos Aires.

ZALDUMBIDE, Gonzalo: *José Enrique Rodó*. Madrid. Edit. América. Impr. de Juan Pueyo. 1919, 189 págs.

ZALDUMBIDE, Gonzalo: *José Enrique Rodó: su personalidad y su* obra. Montevideo. Claudio García & Cía. Biblioteca «Rodó». 1944. 146 págs.

ZALDUMBIDE, Gonzalo: *José Enrique Rodó*. «Inter América». English. Vol. II. Number I. October, 1918. New York. Dubleday, Page & Company. Págs. 44-54.

ZALDUMBIDE, G.: *José Enrique Rodó*. Extrait de la «Revue Hispanique». T. XLIII. New York. París. Impr. de la Casa Edit. Bailly-Baillière. 1918. 103 págs. + 1 hoja.

ZALDUMBIDE, G.: *José Enrique Rodó*. Rev. Hisp.-Am. «Cervantes». Madrid. Mayo de 1918. Págs. 15-37.

ZALDUMBIDE, G.: *José Enrique Rodó: su personalidad y su obra*. «Revue Hispanique». T. 43. New York. 1918. Págs. 205-307.

ZALDUMBIDE, G.: *Ventura García Calderón*. V. García Calderón. «Páginas escogidas». (En la Sección «Bibliografía. Algunos estudios críticos sobre la obra de García Calderón»). Págs. 1033-1058.

ZÉREGA FOMBONA, A.: *La vie philosophique. Essais de Philosophie hispano-américaine*. Revue de l'Amérique Latine. París. Ière. année. Vol. II, núm. 5. Ière. Mai, 1922. Págs. 61-68.

ZÉREGA FOMBONA, A.: *Ventura García Calderón, poeta*. V. García Calderón: «Páginas escogidas» (Sección «Bibliografía»). Páginas 1059-1066.

ZOLESI SAN MARTÍN, Clara Inés: *Mi primer viaje literario. De Garcilaso a Rodó*. Páginas de emoción y de crítica. Prólogo de Jerónimo Zolesi. Montevideo. Impr. «El Siglo Ilustrado», 1927. 270 págs. + 1 hoja.

ZUBILLAGA, Juan Antonio: *Angel de Estrada*. (Carta al señor don Alfredo A. Bianchi.) «Nosotros». Buenos Aires. Año XVIII. Núm. 177. Febrero de 1924. Homenaje a Joaquín V. González (1863-1923) y a Antonio de Estrada. Págs. 256-260.

ZUBILLAGA, Juan Antonio: *Crítica literaria*. Montevideo. A. Monteverde y Cía. Editores. Talleres de Peña Hnos. 1914. 315 páginas + 2 hoj.

ZUBILLAGA, Juan Antonio: *De una larga amistad (Algunos recuerdos de Rodó)*. «Nosotros». Buenos Aires. Año XI, núm. 103. Noviembre de 1917. Págs. 355-360.

ZUBIRI, Xavier: *Sócrates y la sabiduría griega*. «Escorial». Madrid. T. I. Noviembre de 1941. Págs. 187-226. T. II. Enero de 1941. Págs. 51-78.

ZUCCARINI, Emilio: *El pensamiento filosófico de Rodó*. «Nosotros». Buenos Aires. Mayo de 1917. Págs. 186-187.

ZUM FELDE, Alberto: *José Enrique Rodó: His place among the thinkers of America*. «Inter América». English. Vol. II. Number 4. April, 1924. Págs. 261-274.

ZUM FELDE, Alberto: *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*. Montevideo, 1930, 3 vols.

ZUM FELDE, Alberto: *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*. Montevideo. Editorial Claridad. 1941. 631 págs.

PALABRAS DE GRATITUD

Mi sincero reconocimiento a todas las personas que me facilitaron datos, libros o ayudas para la redacción de este trabajo. De modo muy especial a los que se reseñan a continuación:

En primer lugar, el ponente de la tesis, doctor don Santiago Montero Díaz, En todo momento estuvieron presentes su experimentado consejo, su constante atención y su afectuosa deferencia.

Don Hermes Basualdo Bustos, encargado de Negocios del Uruguay en España.

Doctor don Manuel Fraga Iribarne, catedrático y diplomático, secretario general del Instituto de Cultura Hispánica.

Don Carlos Gurméndez, agregado cultural de la Legación del Uruguay. Actualmente en misión diplomática de la República del Uruguay en París.

Coronel Rolando A. Laguarda Trías, agregado militar de la Legación del Uruguay en España.

Don Dionisio Trillo Pays, director de la Biblioteca Nacional de Montevideo.

Don I. A. Espinosa, encargado de la Sección «Canje y Donación» de la Biblioteca Nacional de Montevideo.

Profesor don Carlos Lacalle, secretario de la Oficina de Educación Iberoamericana en Madrid.

Don Héctor Gros Espiell, de Montevideo.

Doña Felisa Unamuno, que con filial cariño guarda y ordena la correspondencia dirigida a don Miguel.

Doctor don Manuel García Blanco, catedrático-secretario de la Universidad de Salamanca.

Doctor don Salvador Parga Pondal, director de la Biblioteca Universitaria de Santiago de Compostela.

Don Antonio Gil Merino, jefe de la Biblioteca Provincial de Lugo.

Don Gonzalo Paz López, doctor en Filosofía y Letras (Sección de Historias).

Don Angel López Silvarrey, que transcribió íntegramente las cinco copias mecanográficas de la tesis.

Me es particularmente grato consignar al lado de los nombres de don Gonzalo Paz y don Angel López Silvarrey el de la señorita Mercedes Freire Carralbal, licenciada en Filosofía y Letras y auxiliar de la Biblioteca de Santiago. Los tres fueron alumnos de enseñanza oficial en el Instituto de Lugo, en los primeros años del ejercicio de mi función docente.

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
«EL PENSAMIENTO DE JOSÉ
ENRIQUE RODÓ», EN LA
IMPRENTA JUAN BENZAL,
HARTZENBUSCH, 9, EL
21 DE SEPTIEMBRE
DE 1953-MADRID